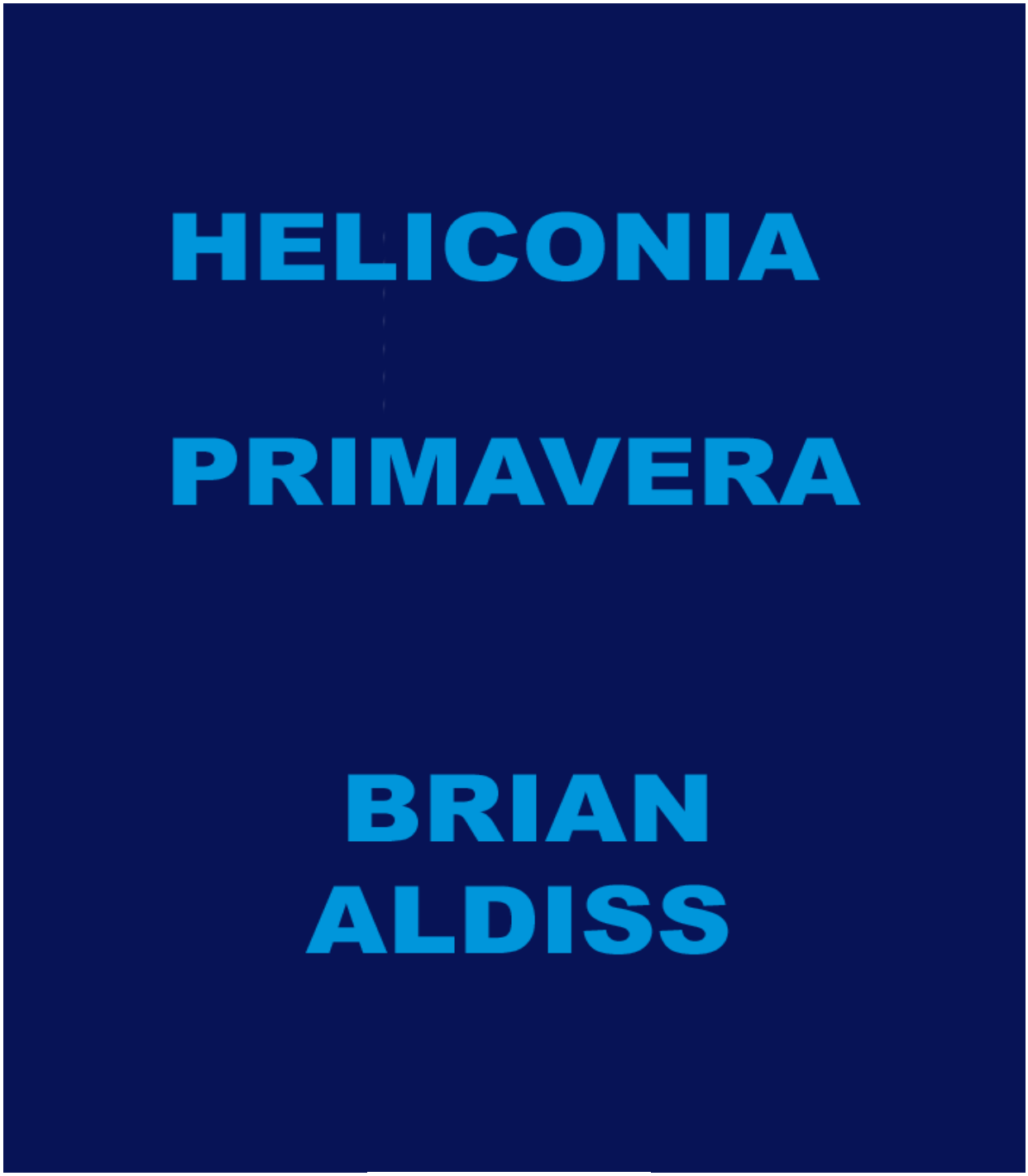
LIBRO dot.com

HELICONIA PRIMAVERA

BRIAN ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

HELICONIA PRIMAVERA

BRIAN ALDISS

¿Por qué, de modo recurrente, tantos hechos heroicos caen en el olvido sin encontrar un altar en los monumentos perdurables de la fama? La respuesta, creo, es que este mundo es de reciente factura; su origen es un acontecimiento próximo, y no de remota antigüedad.

Por esto aún ahora se están perfeccionando algunas artes: el proceso de desarrollo continúa. Sí; y no ha pasado mucho tiempo desde que se descubrió la verdad acerca de la naturaleza por primera vez; y yo mismo soy, aún ahora, el primero a quien le toca expresar esta revelación en nuestra lengua nativa...

LUCRECIO, *De Rerum Natura,* 55 AC

PRELUDIO - YULI

Así fue como Yuli, hijo de Alehaw, llegó a un lugar denominado Oldorando, donde sus descendientes medrarían en los días mejores por venir.

Yuli, virtualmente un adulto, tenía siete años cuando se agazapaba junto a su padre bajo una tienda de piel y miraba allá abajo la aridez de unas tierras conocidas ya entonces como Campannlat. Había despertado de un ligero sueño con el codo del padre en las costillas y la voz áspera diciendo: - Se acaba la tormenta.

El vendaval había soplado desde el oeste durante tres días, trayendo nieve y partículas de hielo de las Barreras. Llenaba el mundo de aullante energía; lo transformaba en una oscuridad blanco-grisácea, como un vozarrón que ningún hombre podía resistir. El saliente en que habían instalado la tienda apenas la protegía contra lo peor de la tormenta; padre e hijo sólo podían quedarse donde estaban, bajo la piel, dormitando, masticando de vez en cuando un trozo de pescado ahumado, mientras la tormenta golpeaba alejándose por encima de ellos.

Cuando el viento cesó, la nieve llegó en rachas, retorciéndose en torbellinos plumosos que se estremecían sobre el paisaje gris. Aunque Freyr estaba alto en el cielo -pues los cazadores se encontraban en el trópico- parecía colgar como un sol congelado. Arriba las luces ondulaban en sucesivos chales de oro cuyos flecos parecían tocar el suelo y cuyos pliegues se alzaban hasta desvanecerse en el cenit plomizo. Las luces eran débiles y no daban ningún calor.

Tanto el padre como el hijo se irguieron instintivamente, se desperezaron y patearon el suelo con fuerza y agitaron violentamente los brazos contra los macizos toneles de los cuerpos. Ninguno habló. No había nada que decir. La tempestad había amainado. Aún tenían que esperar. Pronto, lo sabían, los yelks estarían allí. No tendrían que vigilar mucho tiempo.

Aunque el suelo estaba roto, el hielo y la nieve cubrían todos los accidentes. Detrás de los dos hombres había terrenos más altos, también cubiertos por la alfombra blanca. Sólo en el norte había una fea oscuridad grisácea, allí donde el cielo bajaba como un brazo lastimado para encontrarse con el mar. Sin embargo, los ojos de los hombres estaban continuamente fijos en el este. Después de un rato de darse palmadas y golpear el suelo con los pies, cuando en el aire de alrededor flotó el nebuloso vapor del aliento de ambos, volvieron a esperar acomodándose bajo las pieles.

Alehaw apoyó en la roca el codo velludo, y hundió el pulgar en el hueco de la mejilla izquierda, sosteniendo el peso del cráneo sobre el hueso zigomático y cubriéndose los ojos con cuatro dedos enguantados en pelo crespo.

El hijo esperaba con menos paciencia. Se revolvía debajo de las pieles cosidas entre sí. Ni él ni su padre eran novatos en este tipo de cacería. Cazar osos en las Barreras era parte de la vida cotidiana, corno antes lo había sido para los padres de ellos. Pero el frío que venía de las huracanadas bocas de las Barreras los había empujado, juntamente con la enferma Onesa, hacia las temperaturas más

suaves de las llanuras. Yuli se sentía, pues, inquieto y excitado.

La madre enferma y la hermana, junto con la familia de la madre, se encontraban a algunas millas; los tíos se aventuraban esperanzados hasta el mar de hielo, llevando el trineo y las lanzas de marfil. Yuli se preguntaba cómo habrían capeado esa tempestad de días, si ahora estarían de banquete, cociendo pescado o trozos de carne de foca en la olla de bronce de la madre. Soñó el aroma de la carne en la boca, la áspera sensación mientras la grasa se le mezclaba con la saliva y él tragaba, el sabor... Algo le estalló en el vientre al pensarlo.

-Allí, mira. -El codo del padre le golpeó el bíceps.

Un alto frente nuboso, color de hierro, se elevó rápidamente en el cielo, oscureciendo a Freyr y derramando sombras sobre el paisaje. Todo era un borrón blanco e indefinido. Por debajo del farallón donde se encontraban, se extendía un gran río helado: el Vark, como había oído Yuli que lo llamaban. Estaba tan cubierto de nieve que nadie podía saber que era un río, si no caminaba sobre él. Hundidos hasta las rodillas en la escarcha, habían oído debajo un suave rumor. Alehaw se había detenido, introduciendo en el hielo el extremo afilado de la espada, y poniéndose el pomo en el oído, escuchando cómo el agua fluía oscura en algún lugar, más abajo. La costa opuesta del Vark estaba indicada vagamente por unos terraplenes, interrumpidos aquí y allá por marcas negras, con árboles caídos que la nieve cubría a medias. Más allá, sólo la tediosa llanura continuaba y continuaba, hasta una línea distinta de color castaño, bajo los hoscos chales del remoto cielo oriental.

Entornando los ojos, Yuli miró y miró la línea. Por supuesto, su padre tenía razón. Su padre lo sabía todo. Sintió que el orgullo le henchía el corazón al pensar que era Yuli, el hijo de Alehaw. Los yelks se acercaban.

Unos minutos más tarde aparecieron los animales de la primera línea, que avanzaban juntos en un frente amplio, precedidos por la ola que se levantaba cuando los cascos elegantes golpeaban la nieve. Avanzaban cabizbajos, y detrás venían más, y más, y más. A Yuli le pareció que los habían visto, a su padre y a él, y que se acercaban. Miró ansiosamente a Alehaw, que indicó cautela con un dedo.

-Espera.

Yuli tembló dentro de las pieles de oso. La comida se aproximaba, suficiente para alimentar a todas las criaturas y tribus a quienes Freyr y Batalix hubieran iluminado -o Wutra hubiera sonreído- alguna vez.

Cuando los animales estuvieron más cerca, aproximándose firmemente a paso de hombre con prisa, trató de imaginar qué enorme era el rebaño. La mitad del paisaje estaba cubierta de animales en marcha, de pieles blancas y costadas, mientras las bestias continuaban asomando en el horizonte oriental. ¿Quién sabía qué había allí, qué misterios, qué terrores? Sin embargo, nada podía ser peor que el frío lacerante de las Barreras, y esa gran boca roja que Yuli había vislumbrado una vez entre las fugaces nubes desgarradas, eructando lava sobre la ladera humeante...

Ahora era posible ver que aquella masa viviente de animales no era sólo un rebaño de yelks. En medio de ellos había unas bestias de mayor tamaño, que se erguían como rocas de cima redonda en una llanura móvil. El animal mayor parecía un yelk: el mismo cráneo largo con elegantes cuernos protectores, enroscados a cada lado, la misma greñuda crin sobre la piel gruesa y apelmazada, la misma giba en el lomo, cerca de la grupa. Pero se alzaban con una estatura una vez y media mayor que los yelks de alrededor. Eran los gigantescos biyelks, seres formidables capaces de llevar sobre el lomo a dos hombres a la vez, como le había dicho a Yuli uno de sus tíos.

Un tercer animal los acompañaba. Eran los gunnadus; y Yuli les veía los cuellos que se alzaban en todas partes a los lados del rebaño. Mientras la masa de yelks se adelantaba con indiferencia, los gunnadus corrían excitados de aquí para allá, sacudiendo las pequeñas cabezas en el extremo de los largos cuellos. La característica más notable, un par de orejas enormes, se volvía hacia uno y otro lado, atendiendo a inesperadas alarmas. Era el primer animal bípedo que veía Yuli, dos enormes patas como pistones que impulsaban un cuerpo cubierto de pelo largo. El gunnadu era dos veces más rápido que el yelk o el biyelk; sin embargo, cada animal mantenía su puesto dentro del rebaño.

Un trueno sordo, pesado y continuo señalaba la aproximación del rebaño. Desde donde estaban Yuli y el padre sólo era posible distinguir las tres especies si se sabía adonde mirar. Se fundían unas con otras bajo la melancólica luz veteada. El negro frente nuboso había avanzado más rápidamente

que el rebaño, y ahora cubría por completo a Batalix: el bravo centinela no reaparecería durante varios días. Una arrugada alfombra de animales se extendía por el paisaje, y los movimientos de los individuos no eran más visibles que las distintas corrientes de un río turbulento.

Una niebla cubría el rebaño, haciéndolo aún más indistinto. Era una niebla de calor, sudor, y pequeños insectos alados y voraces que sólo podían procrear al calor de los cuerpos de cascos nudosos.

Respirando más rápido, Yuli miró de nuevo: Oh, las criaturas que iban delante estaban ya ante las costas del helado Vark. Se acercaban más y más; el mundo era un solo animal multitudinario e ineludible. Volvió la cabeza y echó a su padre una mirada inquisitiva. Alehaw advirtió el movimiento, pero continuó mirando al frente con los dientes apretados, entornando los ojos bajo las acusadas protuberancias de las cejas. -Silencio -ordenó.

La marea viva alcanzó la ribera, fluyó por encima, se lanzó como una catarata al hielo escondido. Algunas criaturas, adultos torpes y pesados o jóvenes saltarines, tropezaron contra los troncos caídos, pateando furiosamente con las patas delgadas antes de ser atropellados por la presión del rebaño.

Ahora se podían distinguir animales aislados. Tenían las cabezas gachas. Los ojos, orlados de blanco, miraban fijamente. Unos hilos de saliva verde y espesa colgaban de muchas bocas. El frío helaba el vapor de los ollares, esparciendo partículas de hielo sobre la piel del cráneo. La mayoría de las bestias se movía penosamente, con la piel cubierta de harto, sangre, excrementos, o colgando en tiras allí donde la habían desgarrado los cuernos de algún animal vecino.

Los biyelks en particular, rodeados por las criaturas más pequeñas, alzando los enormes hombros de gruesa piel gris, caminaban con una especie de parsimoniosa incomodidad; revolvían los ojos cuando escuchaban los chillidos de los animales que caían, y comprendían que allá adelante los esperaba alguna especie de peligro amenazador, hacia el que era inevitable avanzar.

La masa de animales cruzaba el río helado, salpicando nieve. El ruido llegaba claramente a los dos observadores; no sólo el rumor de los cascos sino también las respiraciones roncas, y el continuo coro de gruñidos y resoplidos, el roce de los cuernos contra los cuernos, y el chasquido de las orejas que se sacudían para ahuyentar las moscas persistentes.

Tres biyelks pisaron a la vez el río helado. El hielo se rompió crujiendo como si chillara. Trozos de casi un metro de espesor afloraron a la superficie mientras los pesados animales caían hacia adelante. El pánico dominó a los yelks. Los que estaban sobre el hielo intentaron huir en todas direcciones. Muchos tropezaron y quedaron sepultados debajo de los demás. La grieta se alargó. El agua gris y embravecida se elevó en el aire. El río, rápido y frío, fluía, chocaba y se deshacía en espumas, como feliz de sentirse libre, y las bestias caían en él mugiendo, con las bocas abiertas.

Nada podía detener a los animales. Eran una fuerza natural, como el río mismo. Continuaban avanzando, borrando del todo a los compañeros que caían, cerrando las filosas heridas abiertas en el Vark, tendiendo un puente de cuerpos amontonados, hasta alcanzar la orilla más próxima.

Yuli se puso de rodillas y alzó la lanza de marfil, con los ojos brillantes. El padre lo retuvo tomándolo por el brazo.

-Mira, tonto: phagors -dijo, echando a Yuli una mirada colérica y desdeñosa, mientras señalaba el peligro con la lanza.

Yuli volvió a acomodarse en el suelo, agitado, tan asustado por la cólera del padre como por la idea de los phagors.

El rebaño de yelks se apretujaba contra la saliente rocosa bramando a ambos lados. La nube de moscas y bichos, con aguijones que zumbaban encima de los animales, rodeaba ahora a Yuli y Alehaw. Y Yuli miró a través de este velo, intentando ver a los phagors. Al principio no vio a ninguno.

Nada podía distinguirse sino la avalancha de seres vivos desgreñados, movidos por una compulsión que ningún hombre era capaz de comprender. Cubrían el río helado, las costas, el mundo gris hasta el remoto horizonte donde se ocultaba bajo las nubes pardas como una manta debajo de una almohada. Había cientos de miles de animales, y los mosquitos se cernían sobre ellos en una continua exhalación oscura.

Alehaw retuvo a su hijo contra el suelo y le indicó con una ceja peluda un lugar a la izquierda.

Ocultándose detrás de la piel que les servía de vivaque, Yuli miró. Dos gigantescos biyelks se movían hacia ellos. Los anchos hombros cubiertos de piel blanca estaban casi a la altura del saliente. Cuando Yuli apartó los mosquitos que tenía ante los ojos, la piel blanca se resolvió en phagors. Eran cuatro, dos en cada biyelk, aferrados a las crines de las monturas.

Se preguntó cómo no los había visto antes. Aunque se confundían con las gigantescas monturas, mostraban la arrogancia de toda criatura que anda montada entre otras a pie. Se apretaban sobre los hombros de los biyelks, con las fantásticas cabezas vueltas hacia el terreno más alto, donde el rebaño se detendría a pastar. Los ojos les brillaban debajo de los cuernos curvados hacia arriba. De vez en cuando echaban un chorro de lecha blanca por la ranura de los poderosos ollares, para quitarse de encima los insectos molestos.

Las cabezas torpes giraban sobre los cuerpos macizos, cubiertos de arriba abajo de largos pelos blancos. Las criaturas eran enteramente blancas, excepto los ojos, de un rosado rojizo. Montaban como si fueran parte de los biyelks. Detrás de ellos, un rústico bolso de piel, con palos y armas, se bamboleaba de un lado a otro. Ahora que Yuli había advertido la naturaleza del peligro, vio otros phagors. Sólo los privilegiados montaban. El individuo común iba a pie, a paso acompasado con el de los animales. Mientras miraba, tan tenso que ni siquiera se atrevía a apartar las moscas, Yuli vio un grupo de cuatro phagors que pasaban a pocos metros. No habría tenido dificultad en clavar la lanza entre los omóplatos del jefe, si Alehaw se lo hubiera ordenado.

Yuli examinó con particular interés los cuernos. Aunque parecían lisos a la luz escasa, eran de bordes afilados, por dentro y por fuera, desde la base hasta la punta.

Yuli deseaba tener uno de esos cuernos. Los cuernos de phagor eran utilizados como armas en las zonas más salvajes de las Barreras. Era por esos cuernos que los hombres educados de las ciudades distantes, al abrigo de la tempestad en sus guaridas, llamaban a los phagors la raza de dos filos.

El primer ser de dos filos avanzaba intrépidamente. Le faltaba la articulación de la rodilla y caminaba de un modo poco natural, mecánicamente; y así venía recorriendo millas y millas. La distancia no era un obstáculo.

El largo cráneo, profundamente enclavado entre los hombros, se inclinaba hacia adelante. En los brazos llevaba unas tiras de cuero que sostenían unos cuernos con puntas de metal, para alejar a los animales que se acercaran demasiado. No tenía encima más armas; pero en el bulto que transportaba un yelk próximo había lanzas y un arpón. Algunos animales también cargaban equipaje de los phagors del grupo.

Detrás del jefe había otros dos machos -eso le pareció a Yuli- seguidos por una hembra phagor. Era de constitución más delicada y traía una especie de bolso sujeto a la cintura. Las ubres rosadas se balanceaban entre el largo pelaje blanco. Un niño phagor iba montado a hombros, incómodamente aferrado al cuello, y con la cabeza apoyada en la de la madre. Tenía los ojos cerrados. La hembra caminaba automáticamente, corno deslumbrada. No se podía saber cuántos días había estado andando con los demás, o desde qué distancia.

Y había más phagors, en los flancos de la tropa. Los animales no reparaban en ellos: los aceptaban, como aceptaban a los insectos, porque no había alternativa.

El tamborileo de los cascos era punteado por la respiración fatigosa, las toses, el viento. Otro sonido se elevó. La lengua del phagor que encabezaba el grupo vibró emitiendo una especie de zumbido o gruñido, un áspero ruido de tono variable, quizá destinado a alentar a los tres que lo seguían. El ruido aterrorizó a Yuli. Luego se desvaneció, como los phagors mismos. Pasaron más animales, y también otros phagors, sin que ningún obstáculo los detuviera. Yuli y su padre se quedaron donde estaban, escupiendo insectos de vez en cuando, esperando el momento de atacar y conseguir la carne que tanto necesitaban.

Antes del ocaso, el viento se alzó otra vez, soplando como antes desde los helados picos de las Barreras, sobre los rostros del ejército migratorio. Los phagors avanzaban con las cabezas bajas, los ojos entornados. Unos largos hilos de saliva les brotaban de las comisuras de los labios y se les congelaban sobre los hombros como se congela la grasa arrojada al hielo.

La atmósfera era de hierro. Wutra, el dios de los cielos, había retirado los chales de luz, envolviendo en nubes sus dominios. Quizás había perdido otra batalla.

Por debajo de esta oscura cortina, Freyr alcanzó el horizonte y al fin se hizo visible. Las nubes se desgarraron y revelaron al centinela, que fulguró en un escenario de cenizas doradas. Brillaba animosamente sobre la desierta inmensidad, pequeño y ardiente, con un disco que era apenas la tercera parte del disco de la estrella compañera, Batalix. Sin embargo, Freyr daba más luz.

Se hundió en el eddre del suelo y desapareció.

Era el tiempo de la media luz, que predominaba en el verano y en el otoño, y quizás lo único que diferenciaba esas estaciones de otras aún más crueles. La media luz difundía una borrosa penumbra en el cielo nocturno. Sólo durante el Año Nuevo, Batalix y Freyr salían y se ponían juntos. Por el momento llevaban vidas solitarias, y se ocultaban frecuentemente detrás de las nubes, el humo fluctuante de las guerras de Wutra.

Observando cómo el día se convertía en media luz, Yuli previo que pronto llegarían las fuertes neviscas. Recordó una canción en antiguo olonets, la lengua de la magia, las cosas pasadas y las ruinas rojas; la lengua de las catástrofes, las bellas mujeres, los gigantes y los manjares; la lengua del ayer inaccesible. La canción se cantaba ahora en las estrechas cavernas de las Barreras:

Entristecido, Wutra echa a Freyr a rodar y a nosotros al mar.

Como en respuesta al cambio de luz, un estremecimiento general sacudió la masa de los yelks, que se detuvieron. Gruñendo, se acomodaron sobre el suelo pisoteado, metiendo las patas debajo del cuerpo. Para los enormes biyelks esta maniobra era imposible. Se durmieron donde estaban, con las orejas volcadas sobre los ojos. Algunos phagors se agruparon, buscando compañía, y otros se echaron con indiferencia al suelo y durmieron donde caían, con la espalda apoyada en el flanco de los yelks.

Todo dormía. Las dos figuras tendidas en el saliente de roca se echaron las pieles sobre las cabezas, y soñaron hambrientos, escondiendo el rostro entre los brazos replegados. Sólo velaba la neblina de insectos que picaban y chupaban.

Los seres que eran capaces de soñar se debatían en los enmarañados espejismos de la media luz.

En general, el panorama falto de sombras y de un nivel constante de sufrimiento, podía parecerle a cualquiera que lo observara por primera vez no tanto un mundo como un sitio que aún no había sido formalmente creado.

En ese momento de quietud hubo en el cielo un movimiento apenas más enérgico que el despliegue de la aurora poco antes suspendida sobre la escena. Un childrim solitario vino desde el mar, atravesando el aire a pocos metros por encima de la masa postrada. Parecía ser sólo una gran ala, roja corno las brasas de un fuego agonizante, moviéndose con ritmo letárgico. Cuando pasó por encima de los yelks, las bestias se agitaron y jadearon. Sobrevoló la roca donde estaban los dos humanos, y Yuli y su padre se agitaron y jadearon, como los yelks, viendo extrañas visiones en sueños. Luego la aparición se desvaneció, volando hacia las montañas del sur, dejando una estela de chispas rojas que morían en la atmósfera como reflejos de ellas mismas.

Un rato más tarde, los animales despertaron y se levantaron. Sacudiendo las orejas, que sangraban por las atenciones de los insectos, reiniciaron la marcha. Iban con ellos los biyelks y los gunnadus, dispersos aquí y allá. Y los phagors. Los dos humanos se incorporaron y vieron cómo se alejaban.

El gran avance continuó todo el día siguiente. Unas ráfagas furiosas cubrían de nieve los animales. Hacia la noche, cuando el viento impulsaba las desgarradas nubes por el cielo y en el frío había un filo sibilante, Alehaw avistó la retaguardia del rebaño.

No era tan compacta corno la vanguardia. Los animales rezagados se extendían a lo largo de varias millas; algunos cojeaban, otros tosían penosamente. A un lado se arrastraban unos largos seres peludos, con el vientre pegado al suelo, que esperaban la oportunidad de morder una pata y derribar una víctima.

Los últimos phagors pasaron junto al saliente. Iban montados, ya fuera porque temían a los escurridizos carnívoros o porque la marcha era difícil sobre el suelo cubierto de desechos. Alehaw se levantó entonces, indicando a su hijo que lo imitara. Se pusieron de pie, echando mano a las armas, y se deslizaron hacia el nivel inferior.

-Muy bien -dijo Alehaw.

La nieve estaba sembrada de animales muertos, sobre todo junto a las costas del Vark. Unos cuerpos ahogados taponaban la grieta del hielo. Las criaturas que habían tenido que echarse allí se habían congelado mientras descansaban y eran el núcleo rojo e irreconocible de unos grandes trozos de hielo.

Feliz de poder moverse, Yuli corrió, saltó y gritó. Lanzándose al río helado, se deslizó peligrosamente pisando el hielo roto, riendo y moviendo los brazos. El padre le ordenó vivamente que volviera.

Alehaw señaló algo entre los trozos de hielo. Unas sombras negras se movían, borrosamente visibles, definidas en parte por estelas de burbujas. Se abrían paso a través de la capa de hielo hasta el festín preparado para ellas, enrojeciendo el líquido turbio en que nadaban.

Otros depredadores venían por el aire: unas grandes aves se acercaban desde el este y el norte sombrío. Descendían aleteando pesadamente, y los ornados picos atravesaban el hielo hasta la carne sepultada. Mientras devoraban, clavaban en el cazador y en su hijo unos fríos ojos de ave.

Alehaw no perdió tiempo con ellas. Ordenándole a Yuli que lo siguiese, fue hacia el punto donde el rebaño había tropezado con los árboles caídos, gritando y blandiendo la lanza para asustar a las aves de presa. Allí los animales muertos eran fácilmente accesibles. Aunque habían sido pisoteados, una parte de la anatomía -el cráneo- estaba intacta. Sólo de ella se ocupaba Alehaw. Abría las mandíbulas muertas con la hoja del cuchillo, y cortaba diestramente las lenguas gruesas. La sangre le fluía por las muñecas hasta la nieve.

Mientras tanto, Yuli trepaba a los árboles y arrancaba las ramas rotas. Junto a un tronco caído limpió de nieve el suelo con los pies preparando un lugar protegido donde encender un pequeño fuego. Envolvió una rama aguzada en la cuerda del arco, y la hizo girar. La rama empezó a echar humo. Yuli sopló suavemente hasta que brotó una llamita como las que había visto muchas veces bajo el mágico aliento de Onesa. Cuando el fuego creció, puso encima la olla de bronce; la llenó de nieve y agregó sal de un bolso de cuero que traía entre las pieles. Todo estaba listo cuando apareció su padre con siete lenguas viscosas entre las manos y las dejó caer en la olla.

Cuatro para Alehaw, tres para Yuli. Comieron con gruñidos de satisfacción. Yuli esperaba que su padre lo mirase para sonreírle y mostrarle qué contento estaba, pero Alehaw comía con el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo pisoteado.

Aún había trabajo pendiente. Antes de terminar de comer, Alehaw se puso de pie y dispersó las brasas rojas a puntapiés. Las aves merodeadoras se elevaron un momento, y luego continuaron con su festín. Yuli vació la olla de bronce y la sujetó al cinturón.

Subieron casi hasta el punto donde el gran rebaño migratorio había alcanzado el límite occidental. En las tierras altas, los animales buscarían los líquenes debajo de la nieve, y pastarían los musgos verdes y altos en los lindes del bosque de alerces. En una meseta baja algunos animales terminarían la gestación y procrearían.

A la grisácea luz diurna, Alehaw y su hijo llegaron a una milla de esta meseta. Vieron a la distancia grupos de tres o más cazadores que se encaminaban hacia el mismo sitio; cada grupo ignoraba deliberadamente a los demás. Sólo ellos no eran más que dos, observó Yuli. Así pagaban la desgracia de no provenir de la llanura sino de las Barreras. Para ellos todo era más difícil.

Caminaban, inclinados, cuesta arriba. El camino estaba sembrado de rocas, allí donde un antiguo mar se había retirado ante la invasión del frío; pero ellos nada sabían de ese asunto, ni les importaba. A Alehaw y a su hijo sólo les importaba el presente.

Se quedaron al borde de la meseta, mirando hacia adelante, protegiéndose los ojos contra el aire helado. La mayor parte del rebaño había desaparecido. Los grupos aún en marcha sólo habían dejado atrás un olor acre, y a los animales que se reproducían.

Entre estos predestinados individuos no sólo había yelks, sino delicados gunnadus y macizos biyelks. Tendidos en el suelo, cubrían una extensa zona, muertos o moribundos, a veces con los flancos estremecidos. Otro grupo de cazadores se acercaba entre los animales agonizantes. Gruñendo, Alehaw señaló a un lado, y marchó con su hijo hasta un monte de pinos, donde había unos pocos yelks. Yuli observó cómo Alehaw mataba a la bestia inerme, que ya se abría paso hacia el

mundo gris de la eternidad.

Como su monstruoso primo, el biyelk, y como el gunnadu, el yelk era un necrógeno, que sólo se reproducía al morir. Los animales eran hermafroditas, y a veces machos, y a veces hembras, demasiado toscos para contener los sistemas propios de los mamíferos, como el ovario o la matriz. Luego de la fecundación, el esperma se desarrollaba en el cálido interior en pequeñas formas larvales que crecían mientras devoraban el vientre materno.

En cierto momento, las larvas yelk llegaban a una arteria mayor. Entonces se esparcían como semillas al viento, y el animal huésped no tardaba en morir. Esto ocurría invariablemente cuando los grandes rebaños llegaban a la meseta, el límite occidental de la tierra de los yelks. Así había ocurrido durante edades incontables.

Mientras Alehaw y Yuli estaban junto a la bestia, el estómago se desinfló como un bolso viejo. El animal movió la cabeza y murió. Alehaw clavó la lanza al modo ceremonial. Los dos hombres se dejaron caer de rodillas en la nieve y abrieron con los cuchillos el vientre del yelk.

Dentro estaban las larvas, no mayores que la uña de un dedo, a veces tan diminutas que era difícil verlas, pero de sabor delicioso, y además muy nutritivas. Ayudarían a que Onesa se recuperase. Morían en contacto con el aire helado. Libradas a sí mismas, las larvas se desarrollaban bajo la piel del animal huésped. Dentro de ese pequeño universo oscuro, no vacilaban en devorarse unas a otras, y eran muchos los combates que se libraban en la aorta y en las arterias del mesenterio. Las sobrevivientes pasaban por sucesivas metamorfosis, creciendo en tamaño y disminuyendo en número. Finalmente, dos, o quizá tres yelks de rápidos movimientos emergían por la garganta o el ano y se enfrentaban al famélico mundo exterior. Esto ocurría justo a tiempo de evitar que los rebaños los pisotearan hasta la muerte mientras se reunían en la meseta para la migración de regreso, hacia la lejana Chalce, en el noreste.

Unos gruesos pilares de piedra salpicaban la meseta, entre los animales que morían y procreaban a la vez. Habían sido levantados por una raza anterior de hombres. En cada pilar había un sencillo dibujo labrado: un círculo, o una rueda, con un círculo menor en el centro. Desde el círculo menor partían hacia afuera dos radios curvos y opuestos. Ninguno de los presentes en aquella meseta labrada por el océano, cazador o animal, prestaba la menor atención a esos pilares decorados.

Yuli estaba embelesado con la presa. Cortó tiras de piel y las entretejió haciendo un saco rústico en el que metió las larvas de yelk. Mientras tanto, el padre disecaba el cuerpo: todos los trozos eran útiles. Construiría un trineo con los huesos más largos, sujetándolos con tiras de cuero. Un par de cuernos haría las veces de patines y los ayudaría a empujar el pesado trineo de vuelta hasta la casa. Porque el pequeño vehículo iría cargado con apretados trozos de carne del lomo y las costillas de la bestia, cubierto todo con el resto de la piel.

Ambos trabajaban juntos, gruñendo por el esfuerzo, con las manos rojas y el aliento elevándose sobre ellos en una nubecilla, donde se reunían los mosquitos.

De repente, Alehaw lanzó un grito terrible, cayó hacia atrás e intentó echar a correr.

Yuli miró en torno, aterrorizado. Tres grandes phagors blancos habían salido de entre los pinos y estaban sobre ellos. Dos atacaron a Alehaw mientras se incorporaba y lo derribaron a palos sobre la nieve. El otro se precipitó contra Yuli, que gritó y rodó a un lado, eludiendo el golpe.

Habían olvidado por completo el riesgo de los phagors, y se habían descuidado. Mientras giraba, saltaba y evitaba el garrote, Yuli vio a los cazadores vecinos: se atareaban tranquilamente con un yelk moribundo, como él y su padre un momento antes. Tan decididos estaban en concluir su tarea, construir sus trineos y partir -tan próximos estaban a morir de inanición- que siguieron trabajando, de vez en cuando volviéndose apenas hacia la pelea. La historia habría sido distinta si hubieran sido parientes de Alehaw y Yuli. Pero eran hombres de la llanura, extraños y hostiles. Yuli les gritó pidiendo ayuda, sin resultado. Uno de ellos arrojó a los phagors un hueso sanguinolento. Eso fue todo.

Esquivando los golpes, Yuli echó a correr, resbaló y cayó. El phagor aulló. Yuli quedó en una posición instintivamente defensiva, apoyado en una pierna. Cuando el phagor saltó sobre él, Yuli alzó el cuchillo por debajo del brazo y lo hundió en el ancho vientre del atacante. Vio con disgusto y asombro cómo el brazo desaparecía entre el duro pelaje hirsuto, que se cubría inmediatamente de

sangre espesa y dorada. Luego el cuerpo cayó y Yuli rodó por el suelo; rodó alejándose del peligro, en busca de cualquier protección posible, hasta llegar jadeando al costillar del yelk muerto; desde allí miró el mundo que de pronto era un mundo inamistoso.

El phagor había caído al suelo. Ahora se incorporaba, con las enormes manos córneas apretadas contra la mancha dorada del vientre, dando unos pasos vacilantes, gritando: -Aoh, aoh, aohhh, aohhh. -Cayó de cabeza y no volvió a moverse.

Más allá, Alehaw yacía tendido en la nieve; pero los dos phagors lo recogieron y uno de ellos lo cargó sobre los hombros. La pareja miró alrededor; vieron al compañero caído, cambiaron una mirada, gruñeron, volvieron la espalda a Yuli, y empezaron a alejarse.

Yuli se incorporó. Descubrió que las piernas le temblaban dentro de los pantalones de cuero. No sabía qué hacer. Aturdido, esquivó el cuerpo del phagor que él había matado -cómo se jactaría ante la madre y los tíos- y corrió hasta el lugar de la pelea. Recogió la lanza, titubeó, y recogió también la lanza de su padre. Luego se puso a seguir a los phagors.

Avanzaban trabajosamente cuesta arriba, inclinados bajo la pesada carga. Pronto advirtieron que el muchacho los seguía, y se dieron vuelta una y otra vez, sin demasiado Interés, tratando de ahuyentarlo con amenazas y gestos. Era evidente que no les parecía digno de que gastaran en él una lanza.

Cuando Alehaw recobró el sentido, los dos phagors se detuvieron, lo pusieron de pie y a golpes lo obligaron a caminar entre ellos. Emitiendo una serie de silbidos, Yuli hizo saber a su padre que estaba cerca; pero cada vez que el hombre más viejo intentaba mirar por encima del hombro, uno de los phagors le asestaba un golpe que lo hacía tambalear.

Los phagors alcanzaron poco a poco a un grupo de su propia especie: una hembra y dos machos. Uno de los machos era viejo y caminaba con un palo tan alto como él, sobre el que se apoyaba pesadamente mientras ascendía. De vez en cuando, resbalaba en las pilas de excrementos de los yelks.

Al fin los excrementos desaparecieron y también el hedor. El rebaño migratorio no había pasado por allí. El viento había amainado; en la ladera crecían abetos. Varios grupos de phagors subían trepando. Muchos se doblaban bajo los cuerpos muertos de los yelks. Y detrás de ellos, un ser humano de siete años, con el corazón amedrentado, trataba de no perder de vista a su padre.

El aire se tornó pesado y denso, como por un hechizo. Los árboles se apretaban, el paso era más lento y los phagors se veían obligados a agruparse. Las lenguas córneas emitían un sonido áspero y el canto resonaba con fuerza; era un zumbido que en ocasiones ascendía en un ardiente crescendo y luego descendía. Yuli, aterrorizado, se retrasó un poco más, corriendo de un árbol a otro.

No podía comprender por qué Alehaw no se libraba de sus captores y corría ladera abajo; entonces podría recuperar su lanza, y los dos juntos, espalda contra espalda, matarían a todos los phagors. Pero el padre seguía cautivo, y ahora era una figura delgada que se perdía entre las figuras apretadas en la penumbra, bajo los árboles.

El canto zumbante se elevó ásperamente y murió. Una luz verdosa y ahumada brillaba enfrente, anunciando una nueva crisis. Yuli se deslizó agazapado hasta el próximo árbol. Delante había una construcción de algún tipo, con una puerta doble entreabierta. Se veía luz. Los phagors gritaban y la puerta se abrió más. Se vio que la luz venía de una antorcha que alguien sostenía.

-¡Padre, padre! -gritó Yuli-. ¡Corre, padre! ¡Estoy aquí!

No hubo respuesta. En la confusión acrecentada por la luz, era imposible ver si Alehaw había sido empujado puertas adentro. Uno o dos phagors se volvieron con indiferencia hacia Yuli y lo amenazaron sin animosidad.

-Ve a gritar al viento -dijo uno en olonets. Sólo querían esclavos adultos.

La última robusta figura entró en la vivienda. Con nuevos gritos, las puertas se cerraron. Yuli corrió hasta ellas y golpeó los burdos maderos, dando voces, hasta que oyó dentro un cerrojo que caía. Se quedó allí largo rato, con la frente apoyada en la puerta, incapaz de aceptar lo que había ocurrido.

Las puertas estaban instaladas en una fortificación de grandes bloques de piedra sencillamente apilados unos sobre otros y cubiertos de largos colgajos de musgo. La construcción era sólo la

entrada de una de las cavernas subterráneas donde, como Yuli sabía, habitaban los phagors. Eran criaturas indolentes, y preferían que los humanos trabajaran para ellos.

Durante un rato merodeó ante las puertas y luego subió la empinada ladera hasta que encontró lo que esperaba encontrar. Era una chimenea, tres veces más alta que él, y de considerable circunferencia. Pudo trepar fácilmente pues la chimenea se iba adelgazando hacia la cima y entre los bloques de piedra, toscamente superpuestos, había huecos que permitían apoyar el pie. Las piedras no estaban tan frías como Yuli hubiera esperado, ni cubiertas de escarcha.

En la parte superior se asomó imprudentemente al borde, y en el acto se echó atrás de modo que perdió pie y cayó. Aterrizó sobre el hombro izquierdo y rodó en la nieve.

Había recibido una bocanada de aire caliente y fétido, mezclado con humo de leña y exhalaciones rancias. La chimenea era el tubo de ventilación de los cubiles de los phagors, debajo del suelo. No podía entrar por esa vía. Estaba encerrado fuera, y había perdido a su padre para siempre.

Se sentó miserablemente en la nieve. Tenía los pies cubiertos de pieles atadas a lo largo de las piernas. Llevaba un par de pantalones y una túnica forrada de piel de oso, cosida por su madre. Y como abrigo adicional tenía una parka con capucha. Onesa, en un momento en que se sentía mejor, había decorado la parka con tres franjas de piel blanca, de conejo de las nieves, en cada hombro, y unas cuantas rojas y azules en el cuello. A pesar de esto, Yuli tenía un aspecto deplorable, con las ropas manchadas de grasa y barro, que olían fuertemente a Yuli. El rostro, de piel trigueña cuando estaba limpio, tenía marcas oscuras de suciedad, y el pelo le caía desgreñado sobre las sienes y el cuello. Tenía una nariz achatada, que empezó a frotar, y una boca ancha y sensual, que empezó a fruncir, revelando un diente delantero roto mientras se echaba a llorar y golpeaba la nieve.

Un rato más tarde se puso de pie y caminó entre los solitarios alerces, arrastrando la lanza del padre. La alternativa era volver sobre sus pasos y tratar de regresar al lado de la madre enferma, si lograba encontrar el camino a través del desierto helado.

Recordó además que estaba hambriento.

Sintiéndose desesperadamente abandonado, hizo un gran alboroto ante las puertas cerradas. No hubo ninguna respuesta. Empezó a nevar, lenta pero incesantemente. Se quedó un instante con los puños alzados por encima de la cabeza. Escupió contra los maderos. Eso para su padre. Lo odiaba por ser tan débil. Recordó todos los golpes que había recibido de su mano. ¿Por qué no había golpeado a los phagors?

Por último se volvió y echó a caminar entre la nieve que caía, cuesta abajo.

Arrojó la lanza del padre contra un arbusto.

Combatiendo contra la fatiga, el hambre lo llevó hasta el Vark. Las esperanzas se le disiparon en pocos segundos. No quedaba un yelk muerto sin devorar. Los depredadores habían venido de todas direcciones, y cada uno se había llevado su ración de carne. Sólo quedaban pieles y huesos desnudos junto al río. Aulló de furia y decepción.

La superficie del río estaba escarchada, y había nieve sobre el hielo sólido. La apartó con el pie y miró hacia abajo. Los cuerpos de algunos animales estaban aún dentro del hielo. Vio una cabeza de yelk que se movía inerte en la oscura corriente inferior. Unos peces grandes le devoraban los ojos.

Trabajando arduamente con la lanza y un cuerno afilado, Yuli perforó un agujero en el hielo, lo agrandó y aguardó, con la lanza preparada. Unas aletas resplandecieron en el agua. Arrojó el arma. Un pez brillante, con manchas azules, boqueaba sorprendido en la punta de la lanza. Era tan largo como las dos manos abiertas de Yuli, puestas pulgar contra pulgar. Lo asó sobre un fuego pequeño, y tenía buen sabor. Yuli eructó y durmió una hora, apoyado en un tronco. Luego inició el viaje al sur, por el sendero que la migración casi había borrado.

Freyr y Batalix cambiaron de guardia en el cielo, como correspondía, y Yuli seguía caminando: única figura que se movía en el desierto.

-Madre -gritó a su esposa el viejo Hasele, antes de llegar a la cabaña-. Mira, madre, lo que he encontrado en los Tres Arlequines.

Su arrugada y vieja mujer, Lorel, coja de nacimiento, renqueó hasta la puerta, sacó la nariz al aire glacial y respondió: -No importa qué hayas encontrado. Hay gente de Pannoval que te espera para negociar.

-¿Pannoval, eh? Aguarda a que vean lo que he encontrado en los Tres Arlequines. Necesito ayuda, madre. Ven, no hace demasiado frío. Malgastas tu vida, siempre metida en casa.

La casa era sumamente rústica: pilas de rocas, algunas más altas que un hombre, entremezcladas con tablas y maderos, y techo de pieles sobre el que crecía la hierba. Los intersticios habían sido rellenados con líquenes y barro, para evitar que el viento se colara en el interior, y las paredes estaban apuntaladas en distintos lugares con palos y troncos, de modo que el conjunto se parecía mucho a un puercoespín muerto. A la estructura original se habían agregado habitaciones adicionales, con el mismo espíritu de improvisación. Unas chimeneas de bronce se erguían contra el cielo agrio, humeando suavemente. En algunas habitaciones se secaban las pieles y los cueros que en otras se vendían. Hasele era trampero y comerciante, y había logrado ganarse la vida con suficiente eficacia para tener ahora, en sus últimos años, una esposa y un trineo tirado por tres perros.

La casa de Hasele estaba encaramada en una estribación baja que se curvaba hacia el este a lo largo de varias millas. En esa estribación había muchas rocas, algunas hendidas, otras apiladas, que daban abrigo a pequeños animales, y era por lo tanto un excelente terreno de caza para el viejo trampero, menos dispuesto que en su juventud a alejarse demasiado. Había puesto nombre a algunas de las acumulaciones de rocas más monumentales, como los Tres Arlequines. Allí excavaba en los depósitos de sal, extrayendo la que necesitaba para curar las pieles.

Piedras menores cubrían la ladera, y sobre ellas, en el lado este, se alzaban unos conos de nieve, cuyo tamaño variaba según la naturaleza de las rocas, y que señalaban con precisión la dirección del viento, que venía de las lejanas Barreras en el oeste. Una vez, en días más favorables, allí se habían extendido unas playas desaparecidas mucho tiempo atrás, la costa norte del continente de Campannlat.

Al este de los Tres Arlequines crecía un pequeño macizo de arbustos espinosos, que aprovechaban la protección del granito para echar de vez en cuando alguna hoja verde. El viejo Hasele apreciaba mucho estas hojas, que utilizaba en la olla, y había colocado trampas en torno de los arbustos, para alejar a los animales. Allí había encontrado al joven, inconsciente, enredado en las ramas espinosas, y a quien arrastraba ahora, con la ayuda de Lorel, al santuario ahumado de la cabaña.

-No es ningún salvaje -comentó Lorel con admiración-. Mira esta parka, adornada con cuentas rojas y azules. Son bonitas, ¿verdad?

-Eso no importa ahora. Haz que tome un poco de sopa, madre.

Así lo hizo ella, dando golpecitos en la garganta del muchacho hasta que él tragó, tosió, se incorporó y pidió más, susurrando. Lorel siguió alimentándolo mientras le miraba compungida las mejillas, los ojos y oídos hinchados por incontables picaduras de insectos, y la sangre que había goteado y se había apelmazado en el cuello. El muchacho tomó más sopa, gimió y volvió a caer en la inconsciencia. Ella lo sostuvo, pasándole un brazo por debajo de la axila, meciéndolo y recordando una antigua felicidad a la que ya no podía dar nombre.

Cuando buscó culpablemente a Hasele con la mirada, advirtió que él había salido de la habitación, a ocuparse de sus negocios con los hombres de Pannoval.

Suspirando, soltó la cabeza oscura del muchacho y siguió a su marido. Estaba bebiendo licor con los dos comerciantes, hombres de gran talla. Las parkas humeaban en el calor. Lorel tiró de la manga de Hasele.

-Quizá estos dos caballeros quieran llevar al joven enfermo que has encontrado hasta Pannoval. Nosotros no podemos darle de comer. Ya pasamos hambre solos. Pannoval es rica.

-Déjanos, madre. Estamos haciendo negocios -dijo Hasele, en tono señorial.

Lorel salió cojeando por la puerta trasera y miró cómo el phagor cautivo, arrastrando sus cadenas, metía a los perros en las perreras. Miró por encima de la espalda encorvada el pétreo paisaje gris que se extendía millas y millas y se confundía con el cielo desolado. El joven había venido desde algún punto de ese desierto. Quizá una o dos veces por año una o dos personas llegaban tambaleándose del desierto de hielo. Lorel jamás había tenido una impresión clara acerca del sitio de donde venían, ya que del otro lado del desierto había unas montañas aún más heladas. Uno de esos fugitivos había hablado balbuceando de un mar helado que era posible cruzar. Lorel trazó el círculo sagrado sobre sus pechos secos.

En su juventud le había molestado no tener una imagen clara del mundo. En una ocasión se había abrigado y había salido a mirar hacia el norte desde lo alto de las colinas. Los childrims volaban sacudiendo las alas solitarias, y ella había caído de rodillas con la deslumbrante imagen de una sagrada multitud que remaba impulsando la gran rueda chata del mundo, hacia un sitio donde no siempre soplaba el viento ni siempre caía la nieve. Y luego había regresado a la casa llorando, con odio, por la esperanza que los childrims le habían traído.

Aunque el viejo Hasele había alejado a su mujer con un ademán señorial, había tomado buena cuenta, como siempre, de lo que ella había dicho. Cuando el trato con los dos hombres de Pannoval se cerró al fin, y una pila de objetos preciosos -hierbas, especias, fibras de lana y harina- equilibró el peso de las pieles que los hombres cargarían en el trineo, Hasele preguntó si llevarían consigo al joven enfermo de vuelta a la civilización. Mencionó que tenía una buena parka con adornos, y que por tanto -sólo era una posibilidad- quizás fuera una persona de importancia, o por lo menos el hijo de alguien importante.

Hasele se sorprendió cuando le respondieron que de buena gana llevarían al joven. Necesitarían una piel de yelk más, para cubrirlo y compensar los mayores gastos. Hasele murmuró un rato, y luego accedió satisfecho. No podría alimentarlo, si el joven vivía; y si moría... No le gustaba alimentar a los perros con restos humanos, ni la costumbre nativa de la momificación de los muertos en la intemperie helada.

-Trato hecho -dijo, y fue en busca de la peor piel que pudiera encontrar.

Ahora el joven estaba despierto. Había aceptado un poco más de sopa y una pata de conejo de las nieves. Cuando oyó entrar a los hombres, se echó atrás con los ojos cerrados y una mano oculta en la parka.

Ellos lo miraron distraídamente, y se volvieron. Se proponían cargar el trineo con sus nuevas propiedades, hacerse atender unas horas por Hasele y la mujer, emborracharse, dormir la borrachera, y emprender el difícil viaje a Pannoval, en el sur.

Así se hizo. El licor de Hasele se consumió ruidosamente. E incluso los ronquidos fueron ruidosos cuando los hombres se durmieron sobre un montón de pieles. Y Lorel atendió secretamente a Yuli, lo alimentó, le lavó la cara, le alisó los espesos cabellos, lo abrazó.

Al comienzo de la media luz, cuando Batalix estaba en el horizonte, se llevaron a Yuli y él fingió que todavía estaba inconsciente mientras los hombres lo subían al trineo y hacían restallar los látigos, frunciendo el ceño para sacar fuerzas del frío atenazador, y partían de prisa.

Esos dos hombres, que llevaban una vida dura, robaban a Hasele y a cualquier otro trampero que visitaran, tanto como los tramperos consentían en dejarse robar, sabiendo que a su vez serían robados y estafados cuando revendiesen las pieles. El engaño era sólo una técnica de supervivencia, como la de abrigarse con cuidado. El sencillo plan de estos hombres consistía en degollar al recién adquirido inválido apenas estuvieran fuera de la vista de la destartalada casa de Hasele, tirar el cuerpo al ventisquero más próximo, y ocuparse de que sólo la parka, tan bien adornada, y quizá la túnica y los pantalones, llegaran al mercado de Pannoval.

Detuvieron los perros y frenaron el trineo. Uno de ellos preparó una brillante daga de metal y se volvió hacia la figura postrada.

En ese momento, la figura postrada se levantó con un grito, arrojó sobre la cabeza del hombre la piel que lo cubría, le dio una feroz patada en el estómago y corrió furiosamente en zigzag para evitar una posible lanza.

Cuando consideró que estaba suficientemente lejos, se volvió, al amparo de una roca gris, para ver si lo seguían. El trineo ya había desaparecido a la escasa luz. No había rastros de los hombres. No se oía ningún sonido, excepto el silbido del viento del oeste. Estaba solo en ese yermo glacial, unas horas antes de la salida de Freyr.

El horror se apoderó de Yuli. Después de que los phagors llevaran a su padre a los cubiles subterráneos, había errado en el desierto durante días incontables, enceguecido por la falta de sueño y el frío, y hostigado por los insectos. Se había extraviado por completo, y sentía la muerte cerca cuando cayó entre los espinos.

Un poco de comida y descanso le habían devuelto rápidamente la salud. Había permitido que los

dos hombres lo cargaran en el trineo no tanto porque confiara en ellos -de ningún modo era así- sino porque ya no podía soportar a esa vieja que insistía en tocarlo de un modo que le disgustaba.

Y ahora, después de ese breve interludio, estaba nuevamente en el desierto, con un viento bajo cero que le pellizcaba las orejas. Pensó una vez más en su madre, Onesa, y en lo enferma que estaba. Cuando la vio por última vez ella tosía, y tenía en los labios una espuma sanguinolenta. Le había echado una mirada espectral mientras él partía con Alehaw. Yuli sólo ahora comprendía qué significaba espectral: ella no esperaba volver a verlo. Y si era ya un cadáver, de nada valía que él intentase volver.

Entonces, ¿qué?

Sólo había una posibilidad de sobrevivir.

Se puso de pie, y con un trote sostenido siguió las huellas del trineo.

Siete grandes perros con cuernos de los llamados asokins tiraban del trineo. La perra que mandaba en el grupo se llamaba Garrona. Colectivamente se los conocía como «el tiro de Garrona». Descansaban diez minutos cada hora; cada dos períodos de descanso recibían el pescado seco y maloliente que se guardaba en un saco. Luego este saco era colocado junto al trineo, y los dos hombres se echaban en él.

Yuli comprendió pronto esta rutina. Se mantuvo prudentemente alejado. Incluso cuando el trineo no estaba a la vista, si no había viento, alcanzaba a percibir el olor de los hombres y los perros. A veces se acercaba para ver cómo se hacían las cosas. Quería saber cómo manejar por sí mismo un tiro de perros.

Después de tres días de marcha continua, en que se concedieron a los asokins descansos más largos, llegaron a casa de otro trampero: una pequeña fortificación de madera, decorada con cornamentas de animales salvajes. Había hileras de pieles secándose al aire. Los hombres permanecieron allí mientras Freyr se hundía en el cielo, y también el pálido Batalix, y el brillante centinela reaparecía en el horizonte. Los hombres gritaban, borrachos, con el trampero, o dormían. Yuli robó unas galletas del trineo y durmió cómodamente envuelto en pieles.

Luego continuaron avanzando.

Hubo otras dos paradas, y varios días de marcha. El tiro de Garrona se encaminaba aproximadamente hacia el sur. Los vientos eran menos fríos.

Por fin fue evidente que se estaban acercando a Pannoval. Las nieblas que parecían alzarse adelante no eran tales, sino rocas macizas.

De la llanura brotaron montañas, con los flancos cubiertos de nieve profunda. La llanura misma se elevó y pronto estuvieron entre las primeras sierras; los dos hombres tenían que caminar junto al trineo, o empujarlo. Y luego aparecieron unas torres de piedra, y unos centinelas, que los detuvieron. También detuvieron a Yuli.

-Estoy siguiendo a mi padre y mi tío -dijo.

-Te has quedado atrás. Te alcanzarán los childrims.

-Lo sé, lo sé. Mi padre quiere reunirse de prisa con mi madre. También yo.

Le indicaron que siguiese adelante, sonriendo porque era tan joven. Por fin, los hombres se detuvieron. Dieron pescado seco a los perros, y los ataron. Buscaron un hueco protegido en la ladera, se cubrieron de pieles, bebieron alcohol y se durmieron.

Apenas oyó que roncaban, Yuli se acercó.

Era necesario matar a los dos hombres casi a la vez. Cualquiera de ellos podía derrotarlo fácilmente en una lucha, de modo que tenía que sorprenderlos. Consideró la posibilidad de apuñalarlos, o romperles la cabeza con una piedra: los dos métodos era arriesgados.

Miró alrededor para cerciorarse de que no lo veían. Sacó una correa del trineo, se acercó a los hombres y la ató al tobillo derecho de uno y al izquierdo del otro, de modo que trabara los movimientos de cualquiera que saltase primero. Los dos roncaban.

Al buscar la correa había visto varias lanzas en el trineo. Quizá habían querido venderlas y no habían podido. No se sorprendió. Alzó una de ellas, la balanceó, y le pareció que no estaba bien equilibrada como arma arrojadiza. Pero tenía una punta bien afilada.

Regresó junto a los hombres; empujó a uno con el pie hasta que se dio media vuelta, gruñendo, y

Librodot

quedó boca arriba. Blandiendo la lanza como para clavarla en un pez, Yuli le atravesó la parka, las costillas y el corazón. El hombre tuvo un terrible sobresalto convulsivo. Con una expresión espantosa, los ojos muy abiertos, se sentó, se apoyó en el asta de la lanza, se dobló sobre ella, y luego cayó hacia atrás con un largo suspiro que terminó en un estertor. Un vómito sanguinolento le brotó de la boca. El otro apenas se movió, murmurando.

Yuli advirtió que había clavado la lanza con tanta fuerza que la punta estaba hundida en el suelo. Volvió al trineo en busca de una segunda lanza, y se deshizo también del otro hombre, de modo parecido. El trineo era suyo. Y los perros.

Una vena le latió en la sien. Lamentaba que esos hombres no hubiesen sido phagors.

Puso los arneses a los perros, que ladraron, y se alejó del lugar.

Unas apagadas franjas luminosas irrumpieron en el cielo, y una montaña alta las eclipsó. Ahora había un sendero definido, que se ensanchaba a cada milla. Subió hasta alcanzar una elevada cresta rocosa. Llegó al otro lado de la cresta y vio una meseta alta y protegida, defendida por un formidable castillo.

Ese castillo estaba en parte excavado en la roca, en parte construido de piedra. Los aleros eran anchos, para que la nieve cayera sobre el camino. Un grupo de cuatro hombres montaba guardia detrás de una barrera de maderos interpuesta en el paso.

Yuli se detuvo cuando un guardia se acercó. Llevaba un traje de pieles adornado con piezas de bronce.

-¿Quién eres, muchacho?

-Estoy con mis dos amigos. Hemos salido a comprar pieles, como puedes ver. Vienen más atrás, con el otro trineo.

-No los veo. -El acento del hombre era extraño. No hablaba el olonets que Yuli había oído en las Barreras.

-Se habrán rezagado. ¿No conoces el tiro de Garrona? -Hizo restallar el látigo sobre los animales.

-Así es. Por supuesto. Lo conozco bien. No son gente que uno olvide con facilidad. -Se hizo a un lado, alzando el fuerte brazo derecho. -Arriba - llamó. La barrera se elevó, el látigo cayó, Yuli gritó y pasó.

Era la primera vez que veía Pannoval. Respiró profundamente.

Tenía al frente un risco enorme, tan liso que la nieve no se le adhería. En la pared del risco habían labrado una gigantesca imagen de Akha el Grande. Akha estaba en cuclillas, en la actitud tradicional, con las rodillas cerca de los hombros y los brazos alrededor de las rodillas, las manos juntas con las palmas hacia arriba y la llama sagrada de la vida en las palmas. La gran cabeza culminaba en un nudo de pelo. La cara a medias humana era terrorífica. Incluso las mejillas dejaban sin aliento al espectador. Sin embargo, los ojos almendrados eran bondadosos, y en la boca y las cejas se leía serenidad tanto como ferocidad.

Junto al pie izquierdo había una abertura en la roca, empequeñecida por la imagen. Cuando el trineo estuvo más cerca, Yuli comprobó que era también muy grande, posiblemente tres veces más alta que un hombre. En el interior vio luces, guardias con extrañas vestiduras y acentos, y pensamientos extraños en sus mentes.

Cuadró los jóvenes hombros y se adelantó con paso firme.

Así fue como Yuli llegó a Pannoval.

Nunca olvidaría la entrada en Pannoval, ese momento en que abandonó el mundo bajo el cielo. Deslumbrado, condujo el trineo más allá de los guardias y de un bosquecillo de árboles escuálidos, y se detuvo bajo la bóveda donde tanta gente se pasaba la vida. Mas allá de la puerta la niebla se combinaba con la oscuridad y creaba todo un mundo de esbozos, de formas desdibujadas. Era de noche: las pocas personas que se veían estaban envueltas en gruesas vestiduras, envueltas a su vez en un halo de niebla, que flotaba sobre ellas y las seguía lentamente, como un manto deshilachado. En todas partes había piedras, muros de piedra, mojones, casas, corrales, establos y escaleras de piedra: porque esa gran caverna misteriosa penetraba en el interior de la montaña, y había sido cortada a lo largo de los siglos en cubos iguales, separados unos de otros por paredes y escalones.

Con obligada economía, una sola antorcha fluctuaba en lo alto de cada escalinata, y la llama

inclinada por la leve corriente de aire, iluminaba no sólo el entorno sino también la atmósfera brumosa que el humo hacía todavía más opaca.

El incesante trabajo del agua, durante eones y eones, había abierto en la roca una serie de cavernas conectadas entre sí, de distintos tamaños y a distintos niveles. Algunas de estas cavernas estaban habitadas, y ya eran parte del orden humano. Tenían nombre y todo lo necesario para sostener una vida humana rudimentaria.

El salvaje se detuvo; no podía seguir internándose en esa gran oscuridad mientras no encontrara un acompañante. Los pocos forasteros que, como Yuli, visitaban Pannoval, se reunían en una de las cavernas más grandes, que los habitantes conocían como Mercado. Allí se llevaban a cabo muchas de las tareas necesarias para la comunidad, pues se requería poca o ninguna iluminación artificial una vez que los ojos se acostumbraban a la penumbra. Durante el día resonaban allí las voces, y el golpeteo irregular de los martillos. En el Mercado, Yuli pudo cambiar los asokins y algunas mercancías del trineo por las cosas que necesitaba para su nueva vida. Tenía que quedarse allí. No había otro lugar adonde ir. Gradualmente se acostumbró a la oscuridad, al humo, a la mirada maliciosa y la tos de los pobladores. Los aceptó, junto con la segundad.

Tuvo bastante suerte, pues encontró a un comerciante honesto y paternal llamado Kyale, que ayudado por su mujer atendía una tienda en una callejuela de Mercado. Kyale era un hombre triste, con la boca curvada hacia abajo y oculta en parte por un oscuro bigote. Lo trató amistosamente por motivos que Yuli no podía comprender, y lo protegió de los embaucadores. Y además se tomó el trabajo de introducir a Yuli en este nuevo mundo.

Parte de los bulliciosos ecos del Mercado se podían atribuir a un río, el Vakk, que corría por una profunda garganta en la parte posterior. Era el primer río que Yuli veía fluir en libertad, y fue siempre para él una de las maravillas del sitio. Se quedaba arrobado escuchando el murmullo del agua; el alma animista de Yuli hacía del Vakk una cosa casi viviente.

El Vakk tenía un puente que permitía el acceso al final del Mercado donde el creciente declive del suelo necesitaba de muchos escalones, que culminaban en un amplio balcón. Allí había una gran estatua de Akha labrada en la roca. La figura se podía ver, con los hombros alzándose en medio de la oscuridad, aun desde el extremo opuesto del Mercado. Akha sostenía en las manos abiertas un verdadero fuego, que un sacerdote alimentaba a intervalos regulares, saliendo de una puerta en el estómago de Akha. Los fieles se presentaban regularmente ante los pies de Akha y le traían toda clase de regalos que eran aceptados por los sacerdotes, vestidos a rayas blancas y negras. Los suplicantes se postraban y un novicio barría el suelo con un plumero antes de que se atrevieran a mirar con esperanza los negros ojos de piedra situados arriba, envueltos en tinieblas, y se retiraran luego a lugares más profanos.

Estas ceremonias eran un misterio para Yuli. Le preguntó a Kyale. La respuesta fue una conferencia que lo dejó aún más confuso que antes. Ningún hombre puede explicarle su religión a un extranjero. Sin embargo, Yuli tuvo la clara impresión de que este antiguo ser, representado en la roca, luchaba contra las potencias desatadas en el mundo exterior, y particularmente contra Wutra, que gobernaba los cielos y todos los males relacionados con los cielos. A Akha no le interesaban mucho los humanos: eran demasiado pequeños para él. Lo que deseaba eran aquellas ofrendas regulares que lo mantenían fuerte y preparado para combatir a Wutra. Una poderosa corporación eclesiástica que velaba por que esos deseos se cumpliesen, y evitar así que el desastre cayera sobre la comunidad.

Los sacerdotes, aliados con la milicia, gobernaban Pannoval. No había un jefe superior, a menos que se pensara en el mismo Akha, quien, según se suponía, merodeaba por las montañas con un garrote celestial, como un gusano al acecho de Wutra y sus terribles cómplices.

Esto era sorprendente para Yuli. Conocía a Wutra. Wutra era el gran espíritu a quien sus padres, Alehaw y Onesa, ofrecían plegarias en momentos de peligro. Hablaban de Wutra como de un ser benévolo, que dispensaba la luz. Y por lo que recordaba, jamás habían mencionado a Akha.

Varios corredores, tan laberínticos como las leyes creadas por los sacerdotes, conducían a diferentes cámaras, cerca del Mercado. Algunas eran accesibles; en otras estaba prohibida la entrada a las gentes comunes. Nadie parecía dispuesto a hablar de las zonas prohibidas. Pero Yuli observó

pronto que los malhechores eran arrastrados hacia ellas, con las manos atadas a la espalda; desapareciendo escaleras arriba en las sombras, algunos destinados al Santuario, y otros a la granja de castigo detrás del Mercado, llamada Guiño.

En cierta oportunidad, Yuli entró en un estrecho pasaje interrumpido por unas escaleras que llevaban a un gran salón regular llamado Reck. En Reck había también una enorme estatua de Akha, dedicada a los juegos, representado allí junto con un animal sujeto a una cadena que colgaba del cuello del dios; en Reck se celebraban falsas batallas, exhibiciones, competencias atléticas y combates de gladiadores. Las paredes estaban pintadas de rojo con dibujos abigarrados. Gran parte del tiempo no había casi nadie allí, y las voces resonaban en el espacio vacío. Los ciudadanos con una inclinación especial a la santidad iban entonces a gemir bajo la oscura bóveda. Pero en las ocasiones especiales en que había juegos, se oía música y las gentes se apretaban en el salón.

Otras importantes cavernas se abrían al Mercado. En el lado este, una red de pequeñas plazas o grandes entresuelos, subía entre escaleras de pesadas balaustradas hacia una caverna residencial llamada Vakk, en honor del río que allí nacía, profundamente enclavado en una hondonada sonora. Sobre el gran arco cíe entrada había unas elaboradas esculturas de cuerpos globulares entrelazados con olas y estrellas, aunque muchas habían sido destruidas en algún olvidado derrumbamiento.

Vakk era la caverna más antigua, con excepción del Mercado, y había en ella numerosas «viviendas», como se las llamaba, de muchos siglos de antigüedad. Para una persona que llegara al umbral de Vakk desde el mundo exterior, y contemplara -o mejor, imaginara- las terrazas escalonadas y borrosas que retrocedían en la oscuridad, Vakk tenía que parecer un sueño inquietante en el que no se podía distinguir la sustancia de la sombra. El hijo de las Barreras sintió que se le encogía el corazón. ¡Se necesitaba una fuerza como Akha para salvar al que anduviese por esa atestada necrópolis!

Pero se adaptó con la flexibilidad de la juventud. Llegó a pensar que Vakk era un barrio muy interesante. Con los aprendices de las corporaciones, jóvenes como él, recorrió aquel laberinto de viviendas dispuestas en muchas plantas y con frecuencia comunicadas entre sí. En estos innumerables cubículos superpuestos el mobiliario era fijo, labrado en la roca, como los suelos y los muros. Los derechos de ocupación y uso de la vivienda, de difícil dilucidación, se derivaban del sistema de corporaciones de Vakk, y en caso de disputa había que recurrir al juicio de un sacerdote.

Entre esas viviendas, Tusca, la bondadosa mujer de Kyale, encontró una habitación para Yuli, a sólo tres puertas de la casa de ellos. No tenía tejado, y las paredes eran curvas: Yuli se sentía como si lo hubieran puesto en una flor de piedra. Vakk tenía un pronunciado declive, y estaba apenas iluminada por la luz natural, aún menos que el Mercado. El hollín de las lámparas de aceite ensuciaba el aire pero como los sacerdotes cobraban un impuesto por las lámparas -cada una con un número en la base de arcilla- se usaban pocas veces. La misteriosa niebla que pesaba sobre el Mercado era menos densa que en Vakk.

Desde allí, una galería conducía directamente a Reck. En la zona inferior había también unos arcos irregulares que daban acceso a una caverna de gran altura llamada Groyne, de aire limpio y sano, aunque los habitantes de Vakk consideraban bárbaros a los de Groyne, sobre todo porque eran miembros de las corporaciones menos caracterizadas, como las de matarifes, curtidores y mineros de arcilla y madera fósil.

En la roca agujereada como un panal de abejas, entre Groyne y Reck, había otra caverna repleta de habitaciones y ganado. Era Prayn, y muchos la evitaban. La corporación de zapadores la estaba ampliando esforzadamente en la época en que llegó Yuli. Prayn recogía todos los desechos de los demás suburbios, que luego servían para alimentar en parte a los cerdos y en parte a noctíferos ávidos de calor. Algunos granjeros de Prayn criaban además una especie de pájaros llamada preet, con ojos luminosos y manchas luminiscentes en las alas. Los preets eran populares como pájaros enjaulados: añadían cierta luz a las viviendas de Vakk y Groyne, aunque también estaban sujetos a los impuestos de los sacerdotes de Akha.

«Los de Groyne son gente irascible, los de Prayn son gente temible» decía un refrán local. Pero a Yuli le parecían gente poco animada salvo cuando se excitaban con los juegos. Las raras excepciones eran los escasos comerciantes y tramperos que vivían en Mercado, en las terrazas de las

corporaciones, y a quienes de vez en cuando se les presentaba la ocasión de que Akha los bendijera y enviara al mundo exterior por negocios, como había ocurrido con los dos hombres que él había conocido.

De todas las cavernas grandes, y de algunas pequeñas, salían túneles y corredores que se internaban en la roca, ascendiendo o descendiendo. En Pannoval abundaban las leyendas acerca de bestias mágicas que surgían de la oscuridad primordial de la roca, y de personas misteriosamente sacadas de sus viviendas y arrastradas a la montaña. Lo mejor era no moverse de Pannoval, donde Akha cuidaba a los suyos, vigilando con ojos ciegos. Mejor era Pannoval, y sus impuestos, que la fría claridad del exterior.

Las leyendas se mantenían vivas merced a la corporación de los narradores, que aguardaban en las escalinatas o en las terrazas, dispuestos a tejer fantásticos relatos. En ese mundo oscuro y nebuloso, las palabras eran como luces.

No le estaba permitido a Yuli entrar en otra parte de Pannoval -el Santuario- que aparecía frecuentemente en las conversaciones susurradas. Se podía llegar por las galerías y las escaleras desde el Mercado; pero había allí guardias de la milicia, y tenían mala reputación. Nadie se aventuraba voluntariamente por los recodos de ese camino. En el Santuario residían la milicia, que velaba día y noche por las leyes de Pannoval, y los sacerdotes, que velaban día y noche por las almas de los ciudadanos.

Todas estas estructuras eran tan maravillosas para Yuli que no podía ver los defectos obvios.

Le llevó poco tiempo, sin embargo, descubrir que la gente era vigilada muy de cerca. Nadie parecía sorprenderse ante ese sistema en que había nacido; pero Yuli, habituado a los espacios abiertos y a la ley de la supervivencia, tan fácil de comprender, se asombraba de que todo movimiento estuviese allí circunscrito. Sin embargo, los habitantes de Pannoval se consideraban sumamente privilegiados.

Yuli planeaba abrir una tienda junto a la de Kyale, con su provisión de pieles legítimamente adquirida. Pero descubrió que muchas reglamentaciones prohibían algo tan simple. No podía comerciar sin poseer una tienda, a menos que contara con una licencia especial, y para eso era menester haber nacido miembro de la corporación de buhoneros. Necesitaba una corporación, un aprendizaje, y ciertas calificaciones -una especie de examen- que sólo los sacerdotes conferían. También era imprescindible tener un certificado de la milicia, con referencias. Y no podía trabajar si no tenía una vivienda. Ni ocupar la habitación que Tusca había alquilado para él mientras no estuviera acreditado ante la milicia. Carecía de las calificaciones más elementales: la creencia en Akha y la prueba de haber hecho sacrificios regulares al dios.

-Es fácil. Como eres un salvaje, lo primero que has de hacer es visitar a un sacerdote. -Éste fue el dictamen del capitán de milicias, de expresión dura, a quien Yuli se presentó. Estaban en una pequeña habitación de piedra, con un balcón que se alzaba aproximadamente a un metro por encima de una terraza del Mercado, y desde donde se veía la animación del lugar.

El capitán vestía un manto, largo hasta el suelo, blanco y negro, sobre las pieles habituales. En la cabeza llevaba un yelmo de bronce con el símbolo sagrado de Akha, una especie de rueda con dos radios. Las botas de cuero le llegaban a media pantorrilla. Detrás de él había un phagor con una cinta tejida, blanca y negra, atada a la velluda frente blanca.

-No me escuchas -gruñó el capitán. Pero Yuli sólo tenía ojos para el silencioso phagor. No podía entender cómo estaba allí.

La bestia ancipital tenía un aire sereno y taciturno. La fea cabeza estaba estirada hacia adelante. Los cuernos habían sido aserrados, y los filos limados. Yuli alcanzó a verle, a medias oculto por el pelaje blanco, un collar de cuero en la garganta, en señal de sumisión al dominio humano. Sin embargo, los phagors eran una amenaza para los ciudadanos de Pannoval. Los oficiales solían llevar consigo un phagor domesticado; pues estos animales tenían la capacidad de ver en la oscuridad de las cavernas. Las personas corrientes temían a esos seres de andar bamboleante que hablaban olonets básico. ¿Cómo era posible -se preguntaba Yuli- que los hombres se aliaran a las mismas bestias que habían apresado al padre de él, y que las gentes de las tierras salvajes odiaban desde el principio de los tiempos?

La entrevista con el capitán fue desalentadora, y todavía no había comenzado lo peor. No podía vivir sin obedecer los reglamentos, que parecían interminables. Kyale lo había convencido de que sólo podía hacer una cosa: conformarse. Para ser un ciudadano de Pannoval había que pensar y sentir como ellos.

Le indicaron que visitara al sacerdote de la calle donde estaba su habitación. Así se inició una larga serie de sesiones en que le enseñaron la historia sagrada de Pannoval, «nacida a la sombra del Gran Akha entre las nieves eternas», y numerosas escrituras que había que aprender de memoria. Tenía que hacer todo lo que Sataal, el sacerdote, le ordenaba; incluso muchos recados aburridos, porque Sataal era perezoso. Para Yuli no fue un consuelo enterarse de que los niños de Pannoval pasaban por esos mismos cursos de instrucción a edad temprana.

Sataal era un hombre de constitución robusta, rostro pálido, orejas menudas, manos grandes. Llevaba la cabeza afeitada y la barba trenzada (como muchos sacerdotes de la orden), con lazos blancos en las trenzas. Vestía una túnica blanca y negra hasta las rodillas. Yuli tardó en comprender que, a pesar del pelo blanco, Sataal estaba aún en la mediana edad y aún no había cumplido veinte años. Sin embargo, caminaba de un modo que sugería a la vez vejez y piedad.

Cuando se dirigía a Yuli, Sataal hablaba siempre con amabilidad y distancia, abriendo un abismo entre ellos. Esa actitud era tranquilizadora para Yuli, como si le dijera: "Éstas son nuestras tareas, la tuya y la mía; pero no complicaré las cosas tratando de conocer tus sentimientos íntimos. " Yuli callaba, y se aplicaba a aprender todos los versos fustianos necesarios.

-Pero, ¿qué quieren decir? -preguntó, asombrado, en cierto momento. Sataal se levantó lentamente y se volvió en la pequeña habitación hasta que los hombros se le alzaron como una silueta negra en una lejana fuente luminosa, y el resto de él desapareció en la penumbra. Una luz le brilló en la coronilla cuando inclinó la cabeza y respondió, en tono admonitorio: -Primero aprender, joven; después interpretar. Cuando se sabe, la interpretación es lo más fácil. Aprende todo de memoria. No es verdaderamente necesario que comprendas. Akha no te exige comprensión: sólo obediencia.

-Me has dicho que Akha no se preocupa por nadie en Pannoval.

-Lo que importa, Yuli, es que Pannoval se preocupe por Akha. Ahora repite una vez más:

El que lame la ponzoña de Freyr como un pez muerde el cebo maléfico: ah, cuando al fin haya crecido, quemará nuestros débiles huesos.

-¿Pero qué quiere decir? -insistió Yuli-. ¿Cómo puedo aprender si no comprendo?

-Repite, hijo -dijo severamente Sataal-: «El que lame la ponzoña...”

Yuli vivía encerrado en la ciudad oscura. Aquellas redes de sombra parecían querer arrebatarle el alma, como las redes de los hombres que había visto en el mundo exterior y que capturaban peces bajo el hielo. La madre lo visitaba en sueños, con los labios cubiertos de sangre. Despertaba entonces, y tendido en el estrecho catre, miraba hacia arriba, muy arriba, más allá de la habitación en forma de flor, hacia la bóveda de Vakk. En ocasiones, cuando la atmósfera estaba clara, llegaba a distinguir detalles lejanos, murciélagos que pendían, estalactitas, rocas brillantes por el roce de líquidos que habían dejado de ser líquidos. Deseaba entonces escapar de la trampa en que se encontraba. Pero no había lugar adonde ir.

Una vez, en la desesperación de la medianoche, se había arrastrado en busca de consuelo hasta la casa de. Kyale. A Kyale le molestó que lo despertara, y le dijo que se marchase; pero Tusca le habló con cariño, como si fuera su hijo. Le acarició el brazo y le tomó la mano.

Después de un rato ella se echó a llorar suavemente, y le dijo que tenía un hijo, un joven de buen natural y de la edad de Yuli; se llamaba Usilk. La policía se había llevado a Usilk por un crimen que no había cometido, ella lo sabía. Todas las noches, acostada, despierta, pensaba en Usilk encerrado en las espantosas mazmorras del Santuario, custodiadas por phagors, y se preguntaba si volvería a verlo.

-La milicia y los sacerdotes son aquí tan injustos -susurró Yuli-. Mi pueblo, en el desierto, apenas tiene con qué vivir. Pero todos, unos y otros, son iguales ante el frío.

Después de una pausa, Tusca respondió: -Hay personas en Pannoval, hombres y mujeres, que no aprenden las escrituras y se proponen derribar a los gobernantes. Pero sin nuestros gobernantes seríamos destruidos por Akha.

Yuli miró el contorno de la cara de ella en la oscuridad.

-¿Y crees que se llevaron a Usilk... porque deseaba derribar a los gobernantes?

Apretándole la mano, ella contestó en voz baja: -No preguntes esas cosas, o tendrás dificultades. Sí, Usilk fue siempre rebelde, o tal vez conoció a mala gente...

-Deja de charlar -dijo Kyale-. Vuelve a la cama, mujer. Y tú a tu casa, Yuli.

Yuli conservaba todo esto en la cabeza mientras proseguían las lecciones de Sataal. Exteriormente se mostraba dócil.

-No eres un tonto, aunque sí un salvaje. Pero eso se puede cambiar -dijo Sataal-. Pronto llegarás a la próxima etapa. Porque Akha es el dios de la tierra y sus abismos, y sabrás algo más de cómo vive la tierra, y de cómo vivíamos nosotros en las venas de la tierra. Estas venas se llaman octavas de tierra, y ningún hombre puede ser feliz o estar sano si no vive en las octavas de tierra que le corresponden. Lentamente puedes alcanzar las revelaciones, Yuli. Quizás, si eres bueno, podrás convertirte tú mismo en sacerdote y servir mejor a Akha.

Yuli mantuvo la boca cerrada. No podía decirle al sacerdote que no necesitaba la atención particular de Akha: todo aquel nuevo modo de vida era para él una verdadera revelación.

Los días se sucedían pacíficamente. A Yuli le impresionaba la invariable paciencia de Sataal, y empezó a sentir menos disgusto por las lecciones. Incluso cuando no estaba con el sacerdote pensaba en sus enseñanzas. Todo era nuevo y curiosamente excitante. Sataal le había dicho que ciertos sacerdotes eran capaces de comunicarse con los muertos mientras ayunaban, y aun con ciertos personajes históricos. Yuli no había oído nunca nada parecido, pero no estaba seguro de que fuese un disparate.

Se acostumbró a vagar a solas por los suburbios de la ciudad, hasta que las densas sombras tuvieron para él colores familiares. Escuchaba a la gente, que con frecuencia hablaba de religión, y a los narradores, que solían combinar la ficciones con la religión.

La religión era la historia de las tinieblas, como el terror era la historia de las Barreras, donde los tambores tribales ahuyentaban a los demonios. Poco a poco, Yuli empezaba a vislumbrar en las charlas sobre religión un núcleo de verdad, y no un vacío: era necesario explicar cómo la gente vivía y moría. Sólo los salvajes podían prescindir de toda explicación. Haberse dado cuenta era para Yuli como haber encontrado la huella de un animal en la nieve.

En una ocasión estuvo en una parte maloliente de Prayn, donde los desechos humanos eran arrojados a las largas zanjas en las que crecían los noctíferos.

La gente parecía realmente temible, como decía el proverbio. Un hombre de pelo suelto y corto, que por lo tanto no era un sacerdote, corrió y saltó a una carretilla.

-Amigos -dijo-, escuchad un momento, ¿queréis? Abandonad vuestras tareas y oíd lo que os diré. No hablo en mi nombre, sino en el de Akha; animado por el espíritu de Akha, he de hacerlo; aunque ponga así mi vida en peligro, ya que los sacerdotes deforman las palabras de Akha para sus propios fines.

La gente se detuvo a escuchar. Dos intentaron burlarse del joven, pero los demás mostraron un sumiso interés, como el mismo Yuli.

-Amigos: los sacerdotes dicen que basta hacer sacrificios para que Akha nos resguarde en el corazón de la montaña. Yo digo que esto es mentira. Los sacerdotes están satisfechos y no les preocupa el sufrimiento de la gente común como nosotros. Akha os dice por mi boca que deberíamos hacer más.

Deberíamos ser mejores. Nuestras vidas son demasiado fáciles; cuando hemos hecho sacrificios y pagado los impuestos, ya no nos importa nada más. Sólo queremos divertirnos, o concurrir a los juegos. Nos repiten que Akha no se ocupa de nosotros, sino solamente de su combate con Wutra. Hemos de hacer que se ocupe, hemos de merecer que nos cuide. Tenemos que reformarnos. Sí, reformarnos. Y también han de reformarse los sacerdotes, que viven tan cómodamente.

Alguien avisó que la milicia se acercaba.

El joven hizo una pausa.

-Mi nombre es Naab. Recordad lo que he dicho. También nosotros tenemos un papel en la gran lucha entre el cielo y la tierra. Volveré a hablar si puedo, a propagar mi mensaje por todo Pannoval.

Reformaos, reformaos, antes de que sea demasiado tarde.

Mientras bajaba de la carretilla, hubo un movimiento entre la muchedumbre que se había reunido. Un gran phagor sujeto a una correa saltó hacia adelante. Tras él venía un soldado. Las poderosas manos con cuernos del phagor aferraron el brazo de Naab. Naab lanzó un grito de dolor, pero un velludo brazo blanco le rodeó el cuello y fue arrastrado hacia Mercado y el Santuario.

-No tendría que haber dicho esas cosas -murmuró un hombre gris, mientras la multitud se dispersaba.

Yuli siguió rápidamente al hombre, y lo tomó por la manga.

-Ese hombre, Naab, no ha dicho nada contra Akha. ¿Por qué se lo lleva la milicia?

El hombre miró furtivamente alrededor.

-Te reconozco. Eres un salvaje. De lo contrario no preguntarías algo tan estúpido.

Como respuesta, Yuli alzó el puño.

-No soy estúpido. Si lo fuera no te haría preguntas.

-Entonces tendrás que callarte. ¿Quién crees que manda aquí? Los sacerdotes, por supuesto. Y si hablas contra ellos...

-Es Akha quien manda...

El hombre gris desapareció en la oscuridad. Y en esa oscuridad siempre vigilante se podía sentir la presencia de algo monstruoso. ¿Akha?

Un día tenía que celebrarse en Reck una gran fiesta deportiva. En esa oportunidad, las emociones de Yuli, ya aclimatado en Pannoval, cristalizaron del todo. Fue a ver los juegos con Kyale y Tusca. Lámparas de aceite ardían en los nichos, iluminando el camino de Vakk a Reck, y la muchedumbre ascendía por los estrechos corredores de piedra y se apretaba en las gastadas escaleras, llamándose unos a otros mientras llegaban a la arena de juegos.

Arrastrado por esa ola humana, Yuli se encontró de pronto ante la gran cámara de Reck, con luces que parpadeaban en las paredes curvas. Al principio sólo vio un sector de la cámara, atrapado entre los muros del corredor por donde la gente tenía que pasar. Cuando él se movió, Akha también se movió a lo lejos, muy alto, encima de las cabezas de la gente.

Yuli dejó de escuchar lo que decía Kyale. Akha lo miraba; la monstruosa presencia de la oscuridad se había hecho realmente visible.

En Reck sonaba la música, alta y estimulante. Música en honor de Akha. Y allí estaba Akha, de frente ancha y horrible, y enormes ojos pétreos y ciegos, pero que lo veían todo, iluminados desde abajo por las lámparas. De los labios dejaba caer una mueca de desdén.

En el desierto no había nada comparable. A Yuli le temblaban las rodillas. Una poderosa voz, que apenas podía reconocer como la suya propia, exclamó dentro de él: -Oh, Akha, al fin creo en ti. Tuyo es el poder. Perdóname, y acéptame como siervo.

Y junto a esa voz de alguien que deseaba esclavizarse, otra hablaba al mismo tiempo, más calculadora. -La gente de Pannoval ha de comprender una gran verdad -decía- y para alcanzarla convendría seguir a Akha.

Le asombró su propia confusión, que no disminuyó mientras entraba en Reck y veía una parte mayor del dios de piedra. Naab había dicho que los humanos tenían reservado un papel en la batalla entre el cielo y la tierra. Yuli sentía esa lucha dentro de sí.

Los juegos eran muy excitantes. A las carreras y el lanzamiento de jabalinas, siguieron las luchas entre humanos y phagors de cuernos aserrados. Luego vino el tiro al murciélago; Yuli emergió de su piadosa confusión y miró el excitado bullicio. Tenía miedo de los murciélagos. La bóveda de Reck estaba atestada de esas criaturas peludas, que colgaban allá arriba con alas membranosas. Los arqueros se adelantaban por turno y disparaban unas flechas que llevaban hebras de seda. Los murciélagos heridos caían revoloteando, y eran inmediatamente remitidos a la olla.

La vencedora fue una muchacha de cabellos negros y largos. Llevaba un vestido rojo vivo ajustado al cuello y que le llegaba a los pies; tendía el arco y disparaba con más precisión que cualquier hombre. Se llamaba Iskador, y la multitud la aplaudió con entusiasmo, y nadie más que Yuli.

Luego hubo combates de gladiadores, hombres contra hombres y hombres contra phagors, y la

sangre y la muerte cubrieron la arena. Pero todo el tiempo, incluso cuando Iskador tendía el arco y el hermoso torso, Yuli sentía con gran alegría que había encontrado una fe sorprendente. Y pensaba que la confusión interior se le aclararía con un mayor conocimiento.

Recordó las leyendas que había oído junto al fuego, al lado de su padre. Los mayores hablaban de los dos centinelas del cielo. Contaban que los hombres de la tierra habían ofendido en cierta ocasión al dios de los cielos, cuyo nombre era Wutra. Entonces Wutra había despojado a la tierra de su calor. Y ahora los centinelas esperaban la hora del retorno, cuando Wutra volvería a mirar con afecto a la tierra, y á ver si los hombres se conducían mejor. En ese caso, suprimiría el hielo.

Yuli se veía obligado a reconocer que su pueblo era salvaje, como decía Sataal. De otro modo, ¿cómo habría permitido su padre que lo capturaran los phagors? Pero con todo, tenía que haber alguna verdad en esas leyendas. En Pannoval se conocía una versión más razonada de la misma historia. Según ella, Wutra era sólo una deidad menor; pero vengativa, y estaba perdida en el cielo. El peligro que los amenazaba procedía del cielo. Akha era el gran dios de la tierra: gobernaba las profundidades, donde se sentía seguro. Los dos centinelas no eran benignos; por encontrarse en el cielo, pertenecían a Wutra, y podían volverse contra la humanidad.

Los versos que había aprendido de memoria empezaban a cobrar sentido. De ellos brotaba la luz, y Yuli murmuraba con placer lo aprendido con dolor, mirando al mismo tiempo el rostro de Akha:

El cielo derrama excesos, el cielo no da esperanzas; la tierra de Akha protege contra estas asechanzas.

Al día siguiente, se presentó humildemente ante Sataal y le dijo que se había convertido.

El sacerdote lo miró con su cara grave y pálida, tamborileando con los dedos sobre las rodillas.

-¿Cómo te has convertido? En estos días la mentira flota sobre las viviendas.

-Miré el rostro de Akha. Por primera vez, vi claramente. Ahora mi corazón está abierto.

-Hace unos días detuvieron a otro falso profeta.

Yuli se golpeó el pecho.

-Lo que siento dentro de mí no es falso, padre.

-No es tan fácil -respondió el sacerdote.

-Sí, es fácil, es fácil. Ahora todo será fácil. -Cayó a los pies del sacerdote, llorando de júbilo.

-Nada es fácil.

-Te debo todo, padre. Ayúdame. Quiero ser un sacerdote, como tú.

Durante los días siguientes, recorrió las calles y las viviendas, observando cosas nuevas. Ya no se sentía incrustado en las tinieblas ni sepultado bajo tierra. Se encontraba en una región favorecida, y protegida de los crueles elementos que habían hecho de él un salvaje. Sabía qué beneficiosa era esa escasa luz.

Veía ahora también qué hermosas eran las grutas de Pannoval. En el curso de los años, las cavernas habían sido decoradas por artistas. Había muros enteros cubiertos de pinturas y bajorrelieves, y muchos de ellos ilustraban la vida de Akha o las grandes batallas que había librado, así como las que libraría más tarde, cuando los humanos confiaran otra vez en él. Allí donde el tiempo había borrado las pinturas, se habían pintado otras nuevas. Y había siempre artistas en actividad, con frecuencia encaramados en andamios que se elevaban como esqueletos de animales míticos de largo cuello.

-¿Qué te ocurre, Yuli? -preguntó Kyale-. Pareces distraído.

-He tornado una decisión. Seré sacerdote.

-No te lo permitirán. Has venido de fuera.

-Mi sacerdote hablará con las autoridades.

Kyale se pellizcó la melancólica nariz, y bajó lentamente la mano hasta que la operación se desplazó a un extremo del bigote, mientras miraba a Yuli. Los ojos de Yuli se habían habituado tanto a la oscuridad que alcanzaba a distinguir todos los cambios de expresión en el rostro de su amigo. Cuando Kyale se alejó sin decir palabra hasta el fondo de la tienda, Yuli lo siguió.

Retorciéndose de nuevo el bigote, Kyale apoyó la otra mano en el hombro de Yuli.

-Eres un buen muchacho. Me recuerdas a Usilk, pero no hablaremos de eso... Escúchame:

Pannoval no es hoy como cuando yo era niño y corría descalzo por los bazares. No sé qué ha ocurrido, pero ya no hay paz. Todo esto que se dice acerca de cambios... es un disparate, a mi juicio. Los sacerdotes mismos hablan. Y hay exaltados que predican la reforma. Pienso que lo mejor es enemigo de lo bueno. ¿Sabes qué quiero decir?

-Sí, sé qué quieres decir.

-Está bien. Quizá creas que el sacerdocio es tarea sencilla. Puede ser. Pero en estos tiempos no me parece recomendable. No es tan... seguro como antes, si me crees. Están inquietos. He oído decir que han ejecutado a sacerdotes heréticos en el Santuario. Harías mejor en quedarte a mi lado, trabajando aquí. ¿Comprendes? Te lo digo por tu propio bien.

Yuli miraba el suelo desgastado.

-No puedo explicar cómo me siento, Kyale. Quizás esperanzado... Creo que las cosas tendrían que cambiar. Yo mismo querría cambiar, aunque no sé cómo.

Suspirando, Kyale retiró la mano.

-Si ésa es la decisión que quieres tomar, muchacho... No digas que no te he advertido.

A pesar del carácter gruñón de Kyale, a Yuli le conmovía que se preocupara por él. Kyale habló con su mujer de las intenciones de Yuli. Cuando por la noche él volvió a su pequeña habitación circular, Tusca apareció en la puerta.

-Los sacerdotes pueden ir adonde quieran. Si te conviertes en un iniciado, podrás entrar en el Santuario.

-Supongo que sí.

-Entonces podrás averiguar qué le ha ocurrido a Usilk. Hazlo por mí. Dile que sigo pensando en él. Y si tienes alguna noticia, ven a contármela.

La mujer le puso la mano en el brazo. Yuli sonrió.

-Eres buena, Tusca. ¿Los rebeldes que desean derribar al gobierno de Pannoval no tienen noticias de tu hijo?

Tusca estaba asustada.

-Yuli, cambiarás por completo cuando seas sacerdote. No diré más, para no atraer males al resto de mi familia.

Yuli bajó la vista.

-Que Akha me hiera si alguna vez te hago daño.

Cuando volvió a ver al sacerdote, también estaba presente un soldado, de pie detrás de Sataal, junto a un phagor sujeto por una correa. El sacerdote preguntó a Yuli si lo daría todo por seguir el camino de Akha. Yuli respondió que sí.

-Así será, entonces. -Sataal dio una palmada y el soldado se marchó. Yuli comprendió que había perdido lo poco que tenía; todo, menos las ropas que llevaba y el cuchillo que su madre le había dado, quedaría en manos de la milicia. Sin decir otra palabra, Sataal se volvió, le hizo una seña con un dedo, y echó a andar hacia la parte posterior del Mercado. Yuli no podía hacer otra cosa que seguirlo, con el corazón latiendo rápidamente.

Cuando llegaron al puente de madera que atravesaba el abismo donde el Vakk corría y saltaba, Yuli miró hacia atrás, más allá de la atareada compra y venta, más allá del lejano arco de la entrada, y alcanzó a ver la nieve.

Por alguna razón pensó en Iskador, la muchacha de largos cabellos negros. Luego apresuró el paso para alcanzar al sacerdote.

Subieron a las terrazas de la zona reservada al culto, donde la gente pugnaba por depositar sus sacrificios a los pies de la imagen de Akha. Del otro lado había unas mamparas con intrincados dibujos. Sataal pasó más allá y lo condujo hacia un pasaje con escalones bajos. La luz empezó a disminuir así que dieron la vuelta en un recodo. Sonó una campanilla. Aturdido, Yuli trastabilló. Había llegado al Santuario antes de lo que pensaba.

Por una vez, en la atestada Pannoval, no había nadie cerca. Los pasos de Yuli y el sacerdote resonaban en el pasaje. Yuli no veía nada: el sacerdote que lo precedía era una impresión, una sombra dentro de la sombra. No se atrevía a detenerse ni a llamar. Lo que se le pedía era obediencia ciega, y todo lo que ocurriese era una prueba por la que tenía que pasar. Si Akha amaba la oscuridad

ctónica, él también debía amarla. Pero sin embargo se sentía atacado por la *falta* de todo, el vacío que sus sentidos registraban sólo como un susurro.

Caminaron una eternidad penetrando en la tierra. Al menos, eso parecía.

Suave y bruscamente, llegó la luz. Brotó como una columna que atravesaba un inerte lago de tinieblas, creando en la superficie un círculo brillante hacia el que avanzaban dos criaturas acuáticas. La pesada figura del sacerdote, con un hábito blanco y negro que se le arremolinaba alrededor, se recortó contra la luz. Yuli creyó saber entonces dónde estaba.

No había paredes.

Era más aterrador que la oscuridad total. Se había acostumbrado tanto a los límites de la ciudad, a estar siempre cerca de un muro de roca, un tabique, la espalda de un compañero, el hombro de una mujer, que de pronto tuvo un ataque de agorafobia. Cayó al pavimento, jadeando, y con los miembros extendidos.

El sacerdote no se volvió. Llegó al punto iluminado sin detenerse. Yuli oyó el clac clac de las pisadas y vio que la figura se desvanecía detrás del nebuloso haz de luz.

Angustiado por ese abandono, el joven se incorporó y corrió hacia adelante. Cuando se sumergió en la luz, alzó los ojos. Allá en lo alto había un agujero por donde entraba la luz del día. Allá en lo alto estaban las cosas que había conocido siempre, a las que renunciaba ahora por un dios de las tinieblas.

Vio unas rocas ásperas. Comprendió que se encontraba en una caverna más grande y más alta que el resto de Pannoval. A una señal, quizá la campanilla que había oído, alguien había abierto en alguna parte una alta claraboya al mundo exterior. ¿Advertencia? ¿Tentación? ¿Sólo una broma dramática?

Tal vez las tres cosas, pensó, puesto que son tanto más inteligentes que yo. Siguió de prisa tras la figura del sacerdote. Un instante más tarde, sintió, más que vio, que la luz de detrás se desvanecía. La claraboya se había cerrado. Estaba nuevamente en una completa oscuridad.

Por fin llegaron al extremo opuesto de la grieta gigantesca, Yuli oyó que el sacerdote acortaba el paso. Sin vacilar, Sataal fue hacia una puerta y golpeó con los dedos. Luego de una pausa, la puerta se abrió. Una lámpara de aceite flotó en el aire, sobre la cabeza de una mujer anciana que olisqueaba constantemente. Los hizo pasar a un corredor de piedra antes de cerrar la puerta detrás de ellos.

Había alfombras en el suelo, y varias puertas. En ambas paredes, a la altura de la cintura, se extendía una estrecha franja en bajorrelieve que Yuli hubiese querido mirar más de cerca. Pero no se atrevía. No había otra decoración. La mujer que olisqueaba golpeó una de las puertas. Cuando alguien respondió dentro, Sataal abrió y le indicó a Yuli que entrara. Inclinándose, Yuli pasó junto al brazo estirado de su mentor, y entró en la habitación. La puerta se cerró. Fue la última vez que vio a Sataal.

La habitación estaba amueblada con piezas sueltas de piedra, cubiertas de tapices de colores, e iluminada por una lámpara doble de brazo de hierro. Había dos hombres sentados ante una mesa de piedra con unos documentos; sin sonreír, alzaron la vista. Uno era un capitán de milicias; tenía en la mesa el yelmo con la insignia de la rueda, junto al codo. El otro era un sacerdote ceniciento y delgado, de expresión más bien amistosa, que parpadeó como si la mera visión de Yuli lo sorprendiera.

-¿Yuli del Exterior? Si has llegado hasta aquí, has dado un paso en el camino que lleva a ser sacerdote del Gran Akha -dijo el sacerdote en voz aflautada-. Soy el padre Sifans, y en primer término he de preguntarte si tienes algún pecado que perturbe la paz de tu mente y que desees confesar.

A Yuli le había desconcertado que Sataal lo hubiese abandonado tan bruscamente, sin susurrar siquiera una despedida, aunque comprendía que debía olvidar ahora las cosas mundanas como el amor y la amistad.

-Nada que confesar -respondió hoscamente, sin mirar al sacerdote delgado.

-Mírame, joven. Soy el capitán Ebron, de la Guardia Norte. Tú has entrado en Pannoval con un trineo tirado por asokins. El tiro de asokins era el tiro de Garrona. Había sido robado a dos conocidos comerciantes de esta ciudad, llamados Atrimb y Prast, de Vakk. Los cuerpos se encontraron a pocas

millas de aquí, atravesados por lanzas, como si les hubiesen dado muerte mientras dormían. ¿Qué dices de ese crimen?

Yuli miró el suelo.

-No sé nada.

-Pensamos que lo sabes todo. Si el crimen se hubiese cometido dentro del territorio de Pannoval, la pena sería de muerte. ¿Qué dices?

-No tengo nada que decir.

-Está bien. No puedes ser sacerdote mientras tengas esa culpa en la conciencia. Has de confesar tu crimen. Te encerrarán hasta que hables.

El capitán Ebron dio una palmada. Entraron dos soldados que se echaron encima de Yuli. Este se debatió un momento, probando fuerzas; le torcieron dolorosamente los brazos y salió sin resistirse más.

El Santuario, pensó, repleto de soldados y de sacerdotes... Pues sí que estoy en apuros. Qué necio he sido. Una víctima. Oh, padre, me has abandonado...

Jamás había sido capaz de olvidar a aquellos dos hombres. El doble asesinato le pesaba en el corazón, aunque siempre trataba de recordar que habían intentado matarlo. Muchas noches, acostado, en Vakk, miraba la bóveda distante y volvía a ver los ojos del hombre que se incorporaba e intentaba arrancarse la lanza.

La celda era pequeña, húmeda y oscura.

Cuando se recobró de la sorpresa de encontrarse solo, examinó cautelosamente el lugar. La prisión no tenía otras comodidades que un canalón maloliente y un banco largo y bajo para dormir. Yuli se sentó en él y hundió la cara en las manos.

Tenía mucho tiempo para pensar. Los pensamientos, en la impenetrable oscuridad, parecían tener vida propia, como si fueran imágenes de un delirio. Imágenes de gente que había conocido, y de otros a quienes no había visto nunca, le iban y venían por la mente, ocupadas en misteriosas actividades.

-Madre -exclamó. Allí estaba Onesa, como había sido antes de la enfermedad, delgada y activa, con una larga cara seria que delante de su hijo se transformaba a menudo en una sonrisa, aunque era una sonrisa contenida, con los labios apenas entreabiertos. Traía al hombro un montón de ramas secas, y una pequeña piara de cerdos negros corría delante. El cielo era de un azul refulgente. Batalix y Freyr estaban a la vista. Onesa y Yuli salían del bosque de alerces por el sendero y la luz los deslumbraba. Nunca había visto un azul semejante: parecía teñir la nieve e inundar el mundo.

Al frente había un edificio ruinoso. Aunque sólidamente construido mucho antes, la intemperie lo había partido como si fuera un hongo seco. Tenía unos escalones bajos, en ruinas. Onesa dejó caer el hato y subió con tal rapidez los escalones que estuvo a punto de resbalar. Tenía las manos enguantadas, y tarareaba una canción en el aire vibrante.

Yuli rara vez la había visto de tan buen humor. ¿Por qué estaba ahora así? ¿Por qué no se sentía tan bien con mayor frecuencia? No se atrevía a hacer directamente estas preguntas, pero deseaba una respuesta personal y preguntó: -¿Quién ha construido esto, madre?

-No lo sé. Probablemente la familia de mi padre, hace mucho. Eran gente rica, con depósitos de grano.

Conocía la leyenda de la rica familia de su madre y los depósitos de grano. Subió los escalones y empujó una puerta que no se quería abrir. Lo recibió un torbellino de nieve. Allí estaba el cereal dorado, en montones, suficiente para todos ellos. De pronto el cereal empezó a correr hacia él como un río, cayendo en cascada escaleras abajo. Y en el grano asomaron con dificultad dos cuerpos muertos como intentando emerger a la luz.

Yuli se puso de pie con un grito, y fue hacia la puerta de la celda. No podía comprender de dónde venían esas alarmantes visiones; no parecían ser parte de él.

Pensó para sus adentros: *Los sueños no son cosa para ti; eres duro y sabes escabullirte. Recuerdas ahora a tu madre, pero nunca le demostrabas afecto. Temías demasiado el puño de tu padre... Creo realmente que odiaba a mi padre. Creo que me alegré cuando los phagors se lo*

llevaron. ¿No es así?

No, no... Ha sido la experiencia lo que me ha endurecido... Eres duro y te escabulles; duro y cruel. Has matado a. esos dos hombres. ¿Qué quieres hacer de ti? Mejor será que confieses y veas lo que ocurre. Queredme, queredme...

Sé tan poco. Es así. El mundo... Quieres saber la verdad. Akha tiene que saber. Esos ojos lo ven todo. Pero yo... Eres tan pequeño... La vida no es más que una de esas ideas raras que nacen cuando hay un childrim en lo alto.

Se asombró de sus propios pensamientos. Por último llamó a los guardias, para que abrieran la puerta, y supo que había estado tres días en la celda.

Durante un año y un día, Yuli sirvió en el Santuario como novicio. No se le permitía abandonar la zona. Vivía en un entorno monástico y nocturno, sin saber si Freyr y Batalix atravesaban el cielo solos o separados. El deseo de correr por el desierto blanco lo abandonó poco a poco, borrado por la majestuosa penumbra del Santuario.

Había confesado el crimen a los dos hombres. No hubo castigo.

El sacerdote delgado y ceniciento, de ojos parpadeantes, el padre Sifans, estaba a cargo de Yuli y los demás novicios.

Unió las manos y dijo: -El infortunado incidente del crimen está sellado ahora, detrás del muro del pasado. Pero no lo olvides nunca; no llegues a creer que nunca ha ocurrido. Como los suburbios de Pannoval, todas las cosas están entrelazadas. Tu pecado y tu deseo de servir a Akha son una misma cosa. ¿Creías que era la santidad lo que lleva a los hombres a servir a Akha? No es así. El pecado es un motor más poderoso. Abraza las tinieblas: a través del pecado comprenderás tus propios defectos.

Pecado era una palabra que en esa época estaba con frecuencia en los labios del padre Sifans. Yuli lo miraba con el interés y la atención de un verdadero discípulo. A solas imitaba el movimiento de los labios de Sifans, repitiendo lo que tenía que aprender de memoria.

El padre tenía su propio apartamento privado, adonde se retiraba después de la instrucción; pero Yuli dormía con otros novicios en un dormitorio que parecía un nido de oscuridad dentro de la oscuridad. No se les permitía ningún placer; tenían prohibidas las canciones, la bebida, las mujeres, las distracciones, y la comida era frugal, escogida entre las ofrendas que los suplicantes llevaban diariamente a Akha.

-No me puedo concentrar. Tengo hambre -dijo un día a su instructor.

-El hambre es universal. No podemos esperar que Akha nos lo dé todo. Nos ha defendido contra las hostiles fuerzas exteriores, generación tras generación.

-¿Qué es más importante, el individuo o la supervivencia?

-Un individuo es importante a sus propios ojos; pero las generaciones tienen prioridad.

Yuli estaba aprendiendo a discutir como el sacerdote, paso a paso.

-Pero las generaciones están hechas de individuos.

-Las generaciones no son sólo la suma de los individuos. Tienen también aspiraciones, planes, historias, leyes propias. Y por encima de todo tienen una cierta continuidad. Encierran el pasado tanto como el futuro. Akha se niega a ocuparse de los individuos, de modo que éstos han de ser sometidos, y sofocados si es preciso.

Astutamente, el padre enseñaba a Yuli a discutir. Por una parte, tener una fe ciega; por otra, no olvidar la razón. Para aquel largo viaje a través de los años, la comunidad sepultada necesitaba de todas las defensas, la plegaria y el raciocinio. Los versos sagrados afirmaban que en algún momento del futuro el combate solitario de Akha podía terminar en derrota. Entonces un fuego caería del cielo sobre el mundo. Era preciso ahogar al individuo para evitar esas llamas.

Yuli recorría las bóvedas mientras se le ocurrían estas ideas. Habían trastocado la comprensión que él tenía del mundo; y por esto mismo le parecían tan atrayentes, puesto que cada nueva y revolucionaria perspectiva acentuaba aún más el anterior estado de ignorancia.

Entre tantas privaciones, algunos deleites sensoriales conseguían sosegarlo. Los sacerdotes se orientaban en el oscuro laberinto leyendo las paredes, un misterio en el que Yuli fue iniciado pronto.

Y había otra guía, destinada a dar placer. La música. Al principio, Yuli, en su inocencia, creyó que oía a los espíritus. No podía saber qué era esa tintineante melodía tañida en un vrach de una sola cuerda. Jamás había visto un vrach. Si no era un espíritu, ¿era acaso el gemido del viento en alguna fisura de la roca?

Sentía una alegría tan secreta que a nadie hizo preguntas sobre ese sonido, ni siquiera a sus compañeros, hasta que un día, inesperadamente, Sifans lo llevó a un servicio religioso. Los coros eran imponentes, y también las monodias, en que una sola voz se levantaba contra los abismos de la oscuridad; pero lo que más gustaba a Yuli era la intervención de las voces inhumanas, los instrumentos de Pannoval.

Jamás se había oído algo similar en las Barreras. La única música que las tribus conocían era un prolongado golpeteo en tambores de piel, el sonido de unos huesos de animales que se entrechocaban, y las palmadas de las manos humanas, acompañando a un canto monótono. La lujuriosa complejidad de la nueva música convenció a Yuli de que había despertado realmente a la vida espiritual. Había, en particular, una melodía que lo fascinaba irresistiblemente. Se llamaba «Oldorando» y tenía una parte instrumental que se elevaba sobre todas las demás, se hundía luego entre ellas, y por último se retiraba a un melódico refugio propio.

La música se convirtió para Yuli casi en una alternativa de la luz. Cuando hablaba con los demás novicios descubría que apenas compartían esa exaltación. Sin embargo, llegó a pensar que ellos tenían con Akha un compromiso mucho mayor que el suyo. La mayoría de los novicios amaba u odiaba a Akha desde el nacimiento; Akha era para ellos más, real que para Yuli.

Cuando debatía estas cuestiones durante las escasas horas dedicadas al sueño, Yuli se sentía culpable por no ser como los otros novicios. Amaba la música de Akha. Era un nuevo lenguaje. Pero, ¿no era acaso la música una creación del hombre y no de...?

Apenas sofocó esa duda, apareció otra. ¿Y el lenguaje de la religión? ¿No era también una invención de los hombres, y quizá de hombres agradables y poco prácticos, como el padre Sifans?

«La fe no es paz sino tormento; sólo la Gran Guerra es paz.» Al menos, esa parte del credo era cierta.

Yuli se atenía, sin embargo, a su propio criterio, y no buscaba la compañía de los otros novicios.

Se reunían para las lecciones en un salón bajo, húmedo y neblinoso llamado Grieta, a veces en la oscuridad total, a veces a la luz de unas mechas que llevaban los padres. Cada lección terminaba con un rito peculiar, que hacía reír a los novicios más tarde en el dormitorio: el sacerdote apretaba la mano contra la frente de los novicios, y les señalaba el cerebro. Los dedos de los sacerdotes eran ásperos de tanto palpar las paredes mientras se movían rápidamente por los laberintos del Santuario, incluso en la más negra tiniebla.

Cada novicio se sentaba en un curioso banco de ladrillos de arcilla, frente al instructor. Cada banco estaba decorado con un bajorrelieve distinto, para poder identificarlos en la oscuridad. El instructor se sentaba a horcajadas en una montura de arcilla, a mayor altura.

Cuando sólo habían pasado unas semanas desde el comienzo de las clases, el padre Sifans anunció el tema de la herejía. Hablaba en voz baja, tosiendo. Peor que no creer era creer erróneamente. Yuli se inclinó hacia adelante. Ni él ni Sifans tenían luz; pero la llamita fluctuante del instructor de la clase próxima ponía un nimbo anaranjado en torno de la cabeza de Sifans y le echaba una sombra sobre la cara. La túnica blanca y negra le desintegraba por completo el contorno de la figura, y lo confundía con la oscuridad. La niebla giraba alrededor, y seguía a quienes caminaban con lentitud, practicando la lectura de paredes. Toses y murmullos llenaban la caverna. El agua goteaba incesantemente, como una campanilla.

-Un sacrificio humano, padre, ¿has dicho un sacrificio humano?

-El cuerpo es precioso, el espíritu prescindible. Este hombre ha hablado contra los sacerdotes, diciendo que tenían que ser más frugales... Ya habéis avanzado bastante en los estudios para asistir a la ejecución... Un ritual de tiempos bárbaros...

Los ojos nerviosos, dos puntitos anaranjados, brillaron en la oscuridad como una señal lejana.

Cuando llegó la hora, Yuli atravesó las lúgubres galerías tratando nerviosamente de leer las paredes con los dedos. Entraron en la caverna mayor, llamada Estado. Allí las luces estaban

prohibidas. Se oyeron unos susurros mientras los sacerdotes se congregaban. Yuli se aferró subrepticiamente al ruedo de la túnica del padre Sifans, para no perderlo. Luego la voz de un sacerdote declamó la historia de la larga guerra entre Akha y Wutra. La noche era de Akha, y los sacerdotes protegían a la grey durante la batalla de la larga noche. Quienes se oponían a los guardianes, debían morir.

-Traed al prisionero.

Se hablaba mucho de prisioneros en el Santuario, pero éste era especial. Se oyó el ruido de las pesadas sandalias de la milicia, y de algo que era arrastrado por el suelo. Después, la luz.

Una ardiente columna de luz. Los novicios quedaron boquiabiertos. Yuli reconoció la vasta sala por donde había pasado con Sataal, mucho antes. La fuente de la luz, como entonces, estaba muy alta. Era enceguecedora.

En la base de la columna luminosa había una figura humana, atada a un marco de madera, con los brazos y las piernas abiertos. Estaba de pie, y desnuda.

Cuando el prisionero gritó, Yuli reconoció esa cara apasionada, cuadrada, enmarcada en pelo corto. Era el joven a quien había oído hablar una vez en Prayn: Naab.

También la voz y el mensaje eran reconocibles: -Sacerdotes, no soy vuestro enemigo, aunque me tratéis como tal, sino vuestro amigo. De generación en generación habéis caído poco a poco en la inercia. Sois menos, y Pannoval muere. No nos contentemos con adorar a Akha. ¡No! Tenemos que luchar a su lado. Tenemos que sufrir. Tenernos que desempeñar nuestro papel en la gran guerra entre el cielo y la tierra. Tenemos que reformarnos y purificarnos.

Detrás de la figura atada había hombres de la milicia, con yelmos que resplandecían a la luz. Llegaron otros con teas humeantes, y acompañados por phagors. Se detuvieron. Alzaron las teas y el humo se elevó en serenas volutas. Un rígido cardenal se adelantó, vestido con la túnica blanca y negra y tocado con una mitra muy adornada. Golpeó tres veces el suelo con una vara dorada, chillando en olonets sacerdotal: -Que se cumpla, que se cumpla, que se cumpla... Oh, Gran Akha, dios guerrero, ¡ven! -sonó una campana.

Una segunda columna de brillante luz blanca solidificó la noche circundante. Detrás del prisionero, los phagors y los soldados apareció Akha, subiendo junto con la luz. Akha. Un murmullo de expectación corrió por la muchedumbre. Era una escena espectral. La milicia y las grandes bestias blancas parecían casi transparentes; Akha marmóreo en el pilar de luz; todo como incrustado en obsidiana. En esa representación, la cabeza semihumana del dios estaba inclinada hacia adelante, la boca abierta, los ojos tan ciegos como siempre.

-Toma esta vida insatisfactoria, oh gran Akha, y úsala para tu propia satisfacción.

Los funcionarios se adelantaron. Uno hizo girar una manivela a un lado del marco que sostenía al prisionero. El marco crujió. El prisionero gimió una vez, mientras el cuerpo se le doblaba hacia atrás.

Dos capitanes se acercaron, trayendo un phagor. Los grandes cuernos aserrados de la bestia estaban recubiertos de plata y se elevaban casi hasta las cejas de los hombres. El phagor se sostenía en la postura típica, habitual, con la cabeza echada hacia adelante; y el largo pelaje blanco se le estremecía en la corriente de aire que pasaba por el Estado.

Nuevamente sonaron gongs, tambores y vrachs, ahogando la voz de Naab, y el prolongado canto de un cuerno se alzó sobre los demás instrumentos. Luego todo se interrumpió.

El cuerpo estaba doblado, con los pies y las piernas ocultos, y la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello y el tórax, pálidos y brillantes al pie de la columna de luz.

-Toma, oh gran Akha, toma lo que ya es tuyo. ¡Llévatelo!

Al grito del sacerdote, el phagor dio un paso y se inclinó. Abrió la boca y puso los dientes a los lados de la garganta de Naab. Mordió. Se irguió sosteniendo en la boca un gran trozo de carne, y regresó a su puesto entre los dos soldados, masticando tranquilamente. El pelaje del pecho se le había manchado de rojo. La columna de luz se apagó. Akha desapareció y retornó a su nutritiva oscuridad. Muchos novicios se desvanecieron.

Mientras salían del Estado, Yuli preguntó: -¿Por qué utilizan esos seres diabólicos? Los phagors son enemigos de los hombres. Habría que matarlos a todos.

-Son criaturas de Wutra, como su color indica. Los mantenemos para no olvidar al enemigo -le replicó el sacerdote.

-¿Y qué ocurrirá con el... el cuerpo de Naab?

-Se aprovechará. Todas las partes son utilizables. Los huesos se usarán como combustible, quizá en los hornos de los alfareros. Realmente no lo sé. Prefiero mantenerme alejado de los aspectos administrativos.

Yuli no se atrevió a decir nada más al padre Sifans, al advertir que el sacerdote hablaba con tono disgustado. Pero se dijo varias veces, para sus adentros: «Esas bestias malignas... Akha no tendría que utilizarlas." Pero en el Santuario había phagors en todas partes: seguían pacientemente a la milicia, mirando aquí y allá con ojos que brillaban en la oscuridad debajo de la frente protuberante.

Un día Yuli le contó a Sifans cómo su padre había muerto en las tierras salvajes a manos de los phagors.

-Pero no sabes si lo han matado. Los phagors no siempre son completamente perversos. A veces Akha consigue dominarlos.

-Estoy seguro de que ha muerto. Pero no hay modo de saberlo con certeza, ¿verdad?

Yuli oyó que el padre Sifans se mordía los labios, titubeando. Luego el viejo sacerdote se acercó a Yuli en la oscuridad.

-Hay una forma de saberlo, hijo mío.

-Oh, sí: montar una gran expedición hacia el norte de Pannoval...

-No, no. Hay modos diferentes... más sutiles. Un día comprenderás mejor las complejidades de Pannoval. O quizá no. Porque hay órdenes sacerdotales muy distintas, que no conoces, como los guerreros místicos. Quizá sea mejor que no continúe.

Yuli insistió. La voz del sacerdote bajó todavía más, hasta casi perderse bajo el rumor del agua que goteaba cerca.

-Sí, guerreros místicos, que abandonan los placeres de la carne y obtienen en cambio misteriosos poderes...

-Eso es lo que pedía Naab, y por eso lo han matado.

-Ejecutado después de juicio. Las órdenes superiores prefieren que nosotros, las órdenes administrativas, nos quedemos como estamos. Pero ellos... ellos se comunican con los muertos... Si fueras uno de ellos, podrías hablar con tu padre después de muerto.

En la oscuridad, Yuli tartamudeó sorprendido.

-Hay muchas capacidades humanas y divinas que se pueden aprender, hijo mío. Yo mismo, cuando mi padre murió, caí en el ayuno por la pena, y después de muchos días lo vi claramente, suspendido en la tierra de Akha como si fuera otro elemento, con las manos sobre los oídos, como si oyera un sonido que le disgustaba. La muerte no es un fin, sino nuestra extensión en Akha... Sin duda recuerdas la lección, hijo mío.

-Todavía estoy enojado con mi padre. Quizá sea ésa la causa de mi dificultad. En definitiva, él fue débil. Yo deseo ser fuerte. ¿Qué son... esos guerreros místicos de que hablas, padre?

-Si no crees en mis palabras, como parece, es inútil que te diga nada más. -En la voz había un tono de petulancia cuidadosamente calculado.

-Lo siento, padre. Soy un salvaje, como tú dices... Tú crees que los sacerdotes deberían reformarse, como clamaba Naab, ¿no es cierto?

-Yo sigo un camino del medio. -Sifans se inclinó hacia adelante, tenso, parpadeando como si hubiera algo que agregar, y Yuli oyó el movimiento de los párpados secos. -Muchos cismas dividen el Santuario, Yuli, como verás si te ordenas. Las cosas son más difíciles que cuando yo era niño. A veces pienso...

Las gotas de agua seguían cayendo plaf-plaf-plaf y alguien tosió a la distancia.

-¿Qué, padre?

-Oh... Ya tienes suficientes ideas heréticas, sin que yo te instile otras nuevas. No sé por qué te he hablado. Por hoy hemos terminado las lecciones, hijo.

Hablando no con Sifans, a quien le agradaba discurrir mediante equívocos, sino con los demás

novicios, Yuli aprendió gradualmente algunas cosas acerca de las estructuras de poder que mantenían unida a la comunidad de Pannoval. La administración estaba en manos de los sacerdotes, que operaban junto con la milicia, reforzándose mutuamente. No había un juez definitivo, ni un jefe en el sentido de los jefes de las tribus del desierto. Detrás de cada orden había otra, y así hasta la oscuridad metafísica, en confusas jerarquías, sin que ninguna al fin tuviera poder sobre todas las demás.

Algunas órdenes, decían los rumores, vivían en la cadena montañosa, pero en cavernas distantes. En el Santuario las costumbres eran relajadas. Los sacerdotes podían servir como soldados y viceversa. Las mujeres entraban y salían libremente entre ellos. Más allá de las plegarias y de las lecciones había confusión. Akha estaba en otra parte. En alguna otra parte había más fe.

En algún punto de la larga cadena del poder, pensaba Yuli, moraba la orden de guerreros místicos que podían comunicarse con los muertos y llevar a cabo otras sorprendentes hazañas. Los rumores, casi tan imperceptibles como el sonido del agua que gotea por la superficie de un muro, hablaban de una orden que estaba en todas partes y por encima de los habitantes del Santuario, y cuyos miembros se llamaban -si se los mencionaba alguna vez- los Guardianes.

Los Guardianes, según el rumor, eran una secta de hombres cuidadosamente elegidos. Combinaban las funciones de soldados y sacerdotes. Lo que guardaban era el conocimiento. Sabían cosas ignoradas incluso en el Santuario, y eso les daba poder. Al conservar el pasado, aspiraban a ser dueños del futuro.

-¿Quiénes son los Guardianes? ¿Podemos verlos y tocarlos?-preguntó Yuli. El misterio lo excitaba, y apenas oyó hablar de ellos, deseó fervientemente pertenecer a aquella misteriosa secta.

Estaba hablando con el padre Sifans, casi al término del curso. El paso del tiempo lo había madurado. Ya no lloraba la muerte de sus padres; el Santuario le mantenía la mente ocupada. Había descubierto recientemente en su maestro una profunda afición a la charla. Los ojos del padre Sifans parpadeaban más rápidamente, los labios le temblaban, las palabras le brotaban con facilidad. Todos los días, mientras trabajaban juntos, el padre Sifans se permitía administrarle una pequeña dosis de revelación.

-Los Guardianes están entre nosotros. No sabemos quiénes son. Exteriormente no son diferentes. Yo podría ser un Guardián y tú no te darías cuenta.

Al día siguiente, después de las plegarias, Sifans llamó a Yuli con su mano enguantada y le dijo: -Ven. Como tu noviciado casi está terminado, te mostraré una cosa. ¿Recuerdas de qué hablamos ayer?

-Por supuesto.

El padre Sifans frunció los labios, bizqueó, alzó la nariz fina como de hurón, y asintió varias veces. Luego echó a andar con un paso rígido y afectado, esperando que Yuli lo siguiera.

Las luces eran raras en esa parte del Santuario, y en algunos sitios estaban totalmente prohibidas. Los dos hombres se movían con seguridad en las tinieblas. Yuli mantenía extendidos los dedos de la mano derecha, rozando la franja labrada en la pared del corredor. Estaban en Warrborw, y Yuli ya sabía leer los muros.

Al frente había unos escalones. Dos preets de ojos luminosos, encerrados en jaulas de mimbre, indicaban el punto de unión del corredor principal con un pasadizo lateral y las escaleras. Yuli y el anciano maestro subieron a paso firme, clac, clac, y fueron por galerías de más escalones, evitando por la fuerza del hábito a los otros que también marchaban en la oscuridad.

Estaban ahora en Espiga Salvaje. Eso decía el dibujo de la roca, bajo los dedos de Yuli. En un diseño que jamás se repetía, de ramas entrelazadas, se movían pequeños animales, invenciones, según Yuli, de algún artista muerto mucho antes: animales que saltaban, nadaban, trepaban y se revolvían. Por alguna razón, Yuli los imaginaba de colores vivos. La franja labrada se extendía en todas direcciones; nunca era mayor que el ancho de una mano. Éste era uno de los secretos del Santuario. Nadie podía perderse en esa oscuridad laberíntica si recordaba los diseños que identificaban cada sector y las señales que anunciaban un recodo, unos escalones, o una bifurcación.

Entraron en una galería baja. La resonancia parecía indicar que no había nadie más. El relieve mostraba unos hombres extraños, entre cabañas de madera, con las manos abiertas. Tenían que vivir en alguna parte, en el exterior, pensó Yuli, disfrutando del paisaje que las manos le revelaban.

Librodot

Sifans se detuvo, y Yuli chocó contra él. Mientras se disculpaba, el anciano se apoyó contra el muro.

-Calla, y permíteme el placer de un buen jadeo -le dijo.

Un instante después, lamentando la severidad con que había hablado, agregó: -Me estoy volviendo viejo. Pronto cumpliré veinticinco años. Pero la muerte de un individuo no es nada para Akha.

Yuli sintió temor por él.

El sacerdote tocó la pared. El agua corría por la roca empapándolo todo.

-Sí, es aquí.

El maestro abrió un pequeño postigo, y la luz los inundó. Yuli tuvo que cubrirse los ojos un momento. Luego se acercó al padre Sifans y miró.

Sofocó un grito, asombrado.

Abajo se veía un pequeño pueblo construido sobre una colina. Tortuosas callejas iban de un lugar a otro; flanqueadas a veces por grandes casas, o atravesadas por senderos que delimitaban una tumultuosa edificación. A un lado, un río corría en una profunda hondonada. Algunas casas se alzaban peligrosamente sobre el abismo. Las personas, pequeñas como hormigas, se movían por las calles y en el interior de las habitaciones sin techo. El ruido llegaba levemente hasta el sitio desde donde miraban los dos hombres.

-¿Dónde estamos?

Sifans señaló con un ademán.

-Eso es Vakk. Lo habías olvidado, ¿verdad?

Observó con cierta diversión a Yuli que miraba boquiabierto.

Qué tonto era, pensó. Tendría que haber reconocido Vakk sin preguntar como un salvaje. Podía ver a la distancia el arco que conducía a Reck, frágil como el hielo. Más cerca reconoció la calle donde había vivido, y el hogar de Kyale y Tusca. Los recordó, y también a la hermosa Iskador, de pelo negro, con nostalgia; pero de nada valía lamentar un mundo perdido. Kyale y Tusca lo habrían olvidado, como él a ellos. Lo que más le sorprendió fue ver qué brillante parecía Vakk, un lugar que él recordaba como profundamente sombrío y sin color. La diferencia mostraba cuánto habían mejorado sus ojos desde que estaba en el Santuario.

-Me preguntabas quiénes eran los Guardianes, ¿recuerdas? -dijo el padre Sifans-. Preguntabas si los veíamos. He aquí mi respuesta. -Señaló el mundo, abajo. -La gente no nos ve. Aun mirando hacia arriba no pueden vemos. Somos superiores. Y así también son superiores los Guardianes a los sacerdotes corrientes. Dentro de nuestra fortaleza hay una fortaleza secreta.

-Ayúdame, padre Sifans. Esa fortaleza secreta... ¿es amistosa? El secreto es a veces hostil.

El padre Sifans parpadeó.

-La pregunta correcta sería: «Esa fortaleza secreta, ¿es necesaria para nuestra supervivencia?» Y la respuesta es sí, por alto que sea el costo. Quizá te parezca raro que yo lo diga. Yo sigo en todo, menos en esto, el camino del medio. Pero se necesitan extremos para afrontar los riesgos extremos de la vida, contra los que Akha intenta ampararnos.

"Los Guardianes guardan la Verdad. Según las escrituras, nuestro mundo ha sido liberado del fuego de Wutra. Hace muchas generaciones, los habitantes de Pannoval osaron desafiar al gran Akha y se marcharon a vivir fuera de la montaña sagrada. Las ciudades como esa que ves abajo eran construidas bajo el cielo desnudo. Y entonces el fuego derramado por Wutra y sus cohortes cayó sobre nosotros, castigándonos. Unos pocos sobrevivientes lograron regresar aquí, a nuestro hogar natural.

"No son meras escrituras, Yuli. Olvida la blasfemia implícita en ese «meras». Tendría que decir que son verdaderas escrituras. Es nuestra historia. Los Guardianes, en su fortaleza secreta, conservan esa historia y otras cosas que han sobrevivido a la época de cielos abiertos. Creo que ven con claridad lo que nosotros vemos oscuramente.

-¿Por qué no se nos considera dignos de saber esas cosas?

-Basta que las conozcamos como escrituras, como parábolas. Yo creo que nos privan del conocimiento, primero, porque quien tiene el poder siempre escatima el conocimiento, puesto que el

conocimiento es poder; y segundo, porque temen que armados con ese conocimiento, intentemos regresar otra vez al mundo de cielos abiertos cuando el gran Akha despeje las nieves.

Yuli pensaba con rapidez. La franqueza del padre Sifans le sorprendía. Si el conocimiento era poder, ¿en qué se apoyaba la fe? Pensó que quizá lo estaba poniendo a prueba, y advirtió que el sacerdote aguardaba con gran interés a que él hablase. Y optó por lo más seguro, mencionando de nuevo el nombre de Akha.

-Sin duda, si Akha despeja las nieves, querrá que regresemos al mundo del cielo. No es natural que los hombres y las mujeres vivan y mueran en la oscuridad.

El padre Sifans suspiró.

-Lo dices tú, que has nacido bajo el cielo abierto.

-Y también allí espero morir -dijo Yuli, con un fervor que a él mismo le sorprendió. Temió que esa respuesta no premeditada provocara la ira del maestro; pero el anciano le puso una mano enguantada en el hombro.

-Todos tenemos deseos contradictorios... -Parecía que Sifans luchaba consigo mismo, sin saber si hablar o callar; al fin dijo serenamente: -Ven, regresaremos. Tú guiarás. Estás leyendo muy bien los muros.

Cerró el postigo. Se miraron mientras la noche se apresuraba a volver. Y luego echaron a andar por la oscura galería.

La iniciación de Yuli como sacerdote fue un gran acontecimiento. Ayunó durante cuatro días y se presentó, algo aturdido, ante el cardenal de Lathorn. Estaba acompañado por otros tres jóvenes, que también hacían los votos, y que como él tenían que cantar durante dos horas, de pie, vestidos con las rígidas túnicas ceremoniales, y sin acompañamiento musical, las liturgias memorizadas para la ocasión.

Las voces se elevaron ligeramente en la gran iglesia sombría, hueca como una cisterna.

La oscuridad será nuestro vestido siempre; y al pecador obligaremos a cantar. Somos ahora sacerdotes, sacerdotes supremos, dorados ante la vieja mirada de Akha, armados con antiguos derechos.

Había una vela solitaria entre la figura del cardenal sentado y los jóvenes. El anciano permaneció inmóvil durante toda la ceremonia; quizá dormía. La brisa inclinaba hacia él la llama. En el fondo estaban los tres maestros que habían instruido a los jóvenes en el camino al sacerdocio. Yuli veía apenas a Sifans, que alzaba la nariz como un roedor satisfecho, asintiendo ante el canto. No había milicianos ni phagors.

Al final de la ceremonia, la vieja figura vestida de blanco y negro y adornada con cadenas de oro se incorporó, puso las manos encima de la cabeza de Yuli y entonó una plegaria por los iniciados:

-... y haz que penetremos cada vez más profundamente, oh antiguo Akha, en las cavernas de tu pensamiento, hasta que descubramos dentro de nosotros mismos los secretos de ese océano sin límites ni dimensiones que el mundo llama vida, pero que según sabemos unos pocos privilegiados, es todo lo que hay más allá de la vida y de la muerte...

Se oyó entonces el corno, y la música inundó Lathorn y el corazón de Yuli.

Al día siguiente le encomendaron el primer trabajo: instalarse entre los prisioneros de Pannoval, y escuchar sus problemas. Con los sacerdotes recientemente ordenados se seguía un procedimiento establecido. Primero en Castigo, y luego en Seguridad, antes de que se les permitiera trabajar entre la gente común. Durante este proceso de endurecimiento, se les fortificaba alejándolos de la gente que había contribuido a que se ordenasen.

Castigo estaba llena de calor, ruido y teas ardientes. Había además guardias de la milicia, con sus phagors. La caverna era particularmente húmeda. La mayor parte del tiempo caía una fina llovizna. Cualquiera que levantara la vista podía ver las gotitas cayendo en una trayectoria torcida, movidas por el viento que soplaba de las estalactitas en lo alto.

Los guardias usaban botas de pesadas suelas que resonaban sobre el pavimento. Los blancos phagors no llevaban ninguna indumentaria, confiando en su protección natural.

La tarea del hermano Yuli consistía en compartir las horas de servicio con uno de los tres

tenientes de la guardia, un hombre rudo llamado Dravog, que caminaba corno si estuviera aplastando escarabajos, y hablaba como si los estuviera masticando. Constantemente se golpeaba las polainas con la vara, en un irritante tamborileo. Todo lo que se hacía con los prisioneros era a golpes. Unos gongs regulaban los movimientos, y cualquier tardanza se castigaba con la vara. El estrépito era continuo. Los prisioneros se apiñaban corno un sombrío rebaño. Yuli tenía que admitir la violencia y en ocasiones remendar a las víctimas.

Pronto empezó a rechazar la descuidada brutalidad de Dravog; la permanente hostilidad de los prisioneros le atacaba los nervios. Los días pasados con el padre Sifans habían sido felices, aunque no siempre lo había apreciado. En este nuevo y duro ambiente echaba de menos la densa oscuridad; el silencio, la piedad, e incluso al mismo Sifans, a la vez amistoso y prudente. La amistad no era cosa que Dravog pudiera reconocer.

En un sector de Castigo había una caverna llamada Guiño. Allí unos grupos de prisioneros se ocupaban en demoler la pared posterior para ampliar el espacio. La tarea era infinita.

-Son esclavos, y tienes que golpearlos para que trabajen -decía Dravog. Durante un momento Yuli tuvo una visión poco grata de la historia: seguramente, gran parte de Pannoval había sido creada de ese modo.

Los escombros de la excavación eran transportados en unas burdas carretillas de madera, que necesitaban, para moverse, el esfuerzo de dos hombres, y que se llevaban a un lugar del Santuario donde el Vakk corría muy por debajo del suelo y donde había una fosa profunda.

En Guiño había una granja atendida por los prisioneros. Se cultivaba allí centeno noctífero para hacer el pan, y un torrente que manaba de la roca alimentaba un vivero de peces. Todos los días se sacaba cierta cantidad de peces grandes. Los peces enfermos se arrojaban a un lugar de la costa donde crecían enormes hongos comestibles. Un olor acre asaltaba a todo aquel que entrara en Guiño.

En otras cavernas había más granjas y minas de pedernal. Pero los movimientos de Yuli estaban casi tan circunscritos como los de los prisioneros. Guiño era un área cerrada. Se sorprendió cuando Dravog, hablando con otro guardia, dijo que un pasaje lateral conducía al Mercado. ¡Mercado! El nombre evocaba el bullicioso lugar que había dejado atrás en una vida diferente, y pensó con nostalgia en Kyale y en su mujer. «Nunca serás un buen sacerdote», se dijo.

Sonaron los gongs, los guardias gritaron, los prisioneros se movieron de mala gana. Los phagors iban y venían torpemente y de vez en cuando cambiaban alguna palabra gutural. Yuli los aborrecía. Estaba mirando cómo cuatro prisioneros pescaban en la piscina bajo la mirada de uno de los guardias de Dravog. Para hacerlo, los hombres tenían que meterse en el agua helada hasta la cintura. Cuando la red estaba llena, se les permitía salir del agua y arrastrar la red a la costa.

Los peces -gotas, de nombre- eran blancuzcos, con ojos ciegos y azules, y se debatían desesperadamente fuera del agua.

Pasó entonces una carretilla de escombros, empujada por dos prisioneros. Una rueda tropezó con una piedra. El prisionero que estaba del mismo lado vaciló y cayó. Al caer, golpeó a uno de los pescadores, un joven que se había inclinado para alcanzar un extremo de la red, y que se precipitó de cabeza al agua.

El guardia gritó y lo golpeó con la vara. El phagor próximo se adelantó y alzó al prisionero que había caído al suelo. Dravog y otro guardia se acercaron a la carrera, a tiempo para golpear en la cabeza al prisionero joven que intentaba salir de la piscina.

Yuli aferró el brazo de Dravog.

-Déjalo en paz. Fue un accidente. Ayúdalo a salir.

-No está permitido que nadie entre en la piscina por su cuenta -respondió neciamente Dravog, apartando a Yuli y volviendo a descargar la vara.

El prisionero emergió con la cabeza chorreando agua y sangre. Otro guardia apareció sacudiendo la vara, que zumbaba en la lluvia. Un phagor venía detrás, con los ojos brillando en la sombra. El guardia se quejó por haber llegado tarde a la diversión. Junto con Dravog y los demás guardias llevó a puntapiés al sofocado prisionero, de vuelta a la celda de la caverna próxima.

Cuando cesó la conmoción y la multitud se dispersó, Yuli se acercó con cautela a la celda, a

Librodot

tiempo para oír al prisionero que llamaba desde la celda vecina: -Usilk, ¿estás bien?

Yuli fue al despacho de Dravog y tomó la llave maestra. Sacó también una lámpara de aceite de un nicho, abrió la puerta de la celda, y entró.

El prisionero yacía en el suelo, en una charca de agua. Se sostenía el torso con las manos, de modo que el contorno de los omóplatos se le marcaba claramente en la camisa. La cabeza y una mejilla le sangraban.

Miró con hosquedad a Yuli, y luego, sin cambiar de expresión, dejó caer nuevamente la cabeza.

Yuli examinó la cabeza mojada y golpeada. Preocupado, se agachó junto al hombre, colocando la lámpara en el suelo sucio.

-Fuera, monje -gruñó el hombre.

-Te ayudaré si puedo.

-No puedes. ¡Fuera!

Durante un momento estuvieron sin moverse ni hablar mientras el agua y la sangre se combinaban en la charca.

-Te llamas Usilk, ¿verdad?

No hubo respuesta. El rostro delgado miraba el suelo.

-¿Tu padre se llama Kyale? ¿Y vive en Vakk?

-Déjame en paz.

-Lo conozco. Lo he conocido bien. Y a tu madre. Ella me cuidó.

-Ya me has oído. -Con brusca energía, el prisionero se arrojó contra Yuli, golpeándolo débilmente. Yuli se desprendió de él, rodó y se puso en pie de un salto, como un asokin. Estaba a punto de atacar, pero se contuvo. Trató de dominarse y retrocedió. Sin una palabra, recogió la lámpara y salió de la celda.

-Ése es peligroso -le dijo Dravog, permitiéndose una sonrisa a expensas de Yuli al advertir lo agitado que estaba. Yuli fue a la capilla de los hermanos, y rezó a Akha, en la oscuridad, una plegaria que no obtuvo respuesta.

En Mercado, Yuli había oído una historia que los sacerdotes del Santuario no desconocían, acerca de cierto gusano.

Ese gusano había sido enviado por Wutra, el malvado dios de los cielos. Wutra había puesto el gusano en el laberinto de galerías de la montaña sagrada de Akha. El gusano era grande y largo, casi del diámetro de las galerías. Era viscoso y se deslizaba en silencio en la oscuridad, y la gente sólo oía el siseo del aliento entre los labios blandos. Comía seres humanos. En un momento, estaban seguros; en el siguiente, oían el maligno jadeo, y el susurro de los largos bigotes que se rozaban entre sí, y eran devorados.

Un equivalente espiritual del gusano de Wutra se movía de un lado a otro por los laberintos de la mente de Yuli. Yuli no podía dejar de ver, en los hombres escuálidos y en la sangre del prisionero, el abismo que había entre la predicación y la práctica del culto de Akha. No era que la predicación fuese demasiado mística, pues insistía sobre todo en el servicio, ni que la vida fuese tan mala; lo que le inquietaba era la contradicción.

Recordó algo que le había dicho el padre Sifans: «No es la santidad lo que conduce al hombre al servicio de Akha. Más frecuentemente es un pecado como el tuyo.” Eso implicaba que muchos sacerdotes eran asesinos y criminales, poco mejores que los prisioneros. Sin embargo, mandaban sobre los prisioneros. Tenían poder.

Yuli cumplía sus tareas de mala gana, sonreía menos que antes. Nunca se sentía feliz trabajando como sacerdote, y pasaba las noches rezando y los días meditando. Y trataba, en lo posible, de establecer algún tipo de contacto con Usilk.

Usilk lo rechazaba.

Finalmente, concluyó el período de Yuli en Castigo. Entró en un tiempo de meditación antes de empezar a trabajar en la Policía de Seguridad. Había observado a los miembros de esa rama de la milicia mientras visitaba las celdas, y había descubierto dentro de sí mismo el fantasma de una idea peligrosa.

Librodot

Después de unos pocos días en Segundad, el gusano de Wutra se hizo aún más activo en la mente de Yuli. El trabajo consistía en ver cómo golpeaban e interrogaban a los prisioneros, y en administrar la bendición final cuando morían. Yuli tenía un aspecto cada vez más sombrío, y por fin sus superiores lo elogiaron y le permitieron atender personalmente algunos casos.

Los interrogatorios eran simples, porque había pocas formas de crimen. La gente robaba, estafaba o blasfemaba. O se metía en las zonas prohibidas o conspiraba. Este último había sido el crimen de Usilk. Algunos incluso intentaban huir al reino de Wutra, bajo el cielo. Yuli comprendió entonces que el mundo subterráneo padecía una especie de enfermedad: toda la gente con poder temía una revolución. Esa enfermedad crecía en la sombra, y explicaba las pequeñas y minuciosas leyes que gobernaban la vida en Pannoval. La población, incluyendo a los sacerdotes, era de seis millares y tres cuartos, y todos pertenecían obligatoriamente a una corporación o a una orden. Todas las viviendas, corporaciones, órdenes, dormitorios, estaban infiltrados por espías, que a su vez eran vigilados por otros espías infiltrados. La oscuridad engendraba desconfianza, y algunas de las víctimas desfilaban, abyectas, ante el hermano Yuli.

Aunque despreciándose a sí mismo, Yuli descubrió que hacía bien el trabajo. Tenía suficiente simpatía como para conseguir que la víctima bajase la guardia, y suficiente furia destructiva para arrancarle la verdad. Con el tiempo desarrolló cierto interés profesional por esas tareas. Y sólo cuando se sintió seguro pidió que le trajeran a Usilk.

Al concluir la tarea de cada día, se celebraba un servicio en la caverna llamada Lathorn. La asistencia era obligatoria para los sacerdotes y optativa para los miembros de la milicia. La acústica de Lathorn era excelente: el coro y los músicos inundaban el aire oscuro con hinchadas olas de sonido. Yuli tocaba desde hacía poco un instrumento.

Era cada día más diestro con el corno, instrumento de bronce no mayor que una mano, que al comienzo había despreciado al ver a los demás músicos con sus enormes vrachs, gaitas, baranboims y dobles clows. Pero el diminuto corno podía transformarle el aliento en unas notas que volaban tan alto como el childrim, hacia la nublada bóveda de Lathorn, por encima de la melodía de las conspiraciones. Con ellas volaba también el espíritu de Yuli, al son tradicional de «Enjaezado», «En la penumbra de Akha», y del hermoso contrapunto de «Oldorarido», el tema favorito de Yuli.

Una noche, después del servicio, Yuli salió de Lathorn con un sacerdote llamado Bervin, y juntos recorrieron las sepulcrales avenidas del Santuario, pasando los dedos sobre los nuevos bajorrelieves en que trabajaban los tres hermanos Kilandar. Ocurrió que se encontraron con el padre Sifans, que también se paseaba nervioso, recitando en voz baja una letanía. Se saludaron cordialmente. Luego Bervin se alejó con una excusa cortés, y Yuli y el padre Sifans pudieron hablar a solas.

-No me siento contento después del trabajo, padre. La oración no me ha hecho bien.

Como de costumbre, Sifans respondió oblicuamente.

-He oído magníficos informes sobre tu labor, hermano Yuli. Tienes que intentar nuevos adelantos. Entonces te ayudaré.

-Eres bondadoso. Recuerdo lo que me has dicho -Yuli bajó la voz- acerca de los Guardianes. Una organización a la que puedes ofrecerte como voluntario, ¿verdad?

-No. Dije que hay que ser elegido.

-¿Y cómo podría proponer mi nombre?

-Akha te ayudará cuando sea necesario -rió Sifans-. Y ahora que eres uno de los nuestros, me pregunto si... ¿No has oído hablar de una orden que está por encima de los Guardianes?

-No, padre. Sabes que no escucho habladurías.

-Tendrías que hacerlo. Las habladurías son la vista para un ciego. Pero si eres tan virtuoso, nada te diré de los Apropiadores.

-¿Los Apropiadores? ¿Quiénes son?

-No, no, no temas, no te diré una palabra. ¿Por qué habría de llenarte la cabeza con organizaciones secretas, o con cuentos de lagos secretos, libres de hielo? Todas esas cosas pueden ser mentiras, al fin y al cabo. Leyendas, como el gusano de Wutra.

Yuli rió.

-Está bien, padre. Ya me has puesto sobre ascuas. Cuéntame.

Sifans chasqueó los labios finos. Detuvo el paso y entró en una celda.

-Puesto que me obligas... Es lamentable... Pero quizá recuerdas cómo vive la gente en Vakk, en esas viviendas amontonadas sin orden, unas sobre otras. Imagina que toda la cordillera donde está Pannoval es como Vakk... O mejor, como un cuerpo con varias partes interconectadas, los pulmones, las entrañas, el corazón. Imagina que hay cavernas tan grandes como la nuestra, encima y debajo de nosotros. No es posible, ¿verdad?

-No.

-Sí es posible. Es una hipótesis. Digamos que en alguna parte, más allá de Guiño, hay una catarata que cae de una caverna situada muy arriba. Y que cae a un nivel inferior. El agua llega a todas partes. Digamos que cae y forma un lago, de aguas puras y calientes, que nunca se hielan. Imagina ahora que en ese lugar seguro y deseable residen los más favorecidos, los más poderosos, los Apropiadores. Se han apropiado de lo mejor, el conocimiento y el poder, y allí lo guardan para nosotros, hasta el día de la victoria de Akha...

-Y nos lo quitan a nosotros...

-¿Cómo dices? Hermano, no te entiendo. Pues bien, sólo te he contado una historia divertida.

-¿Y también tienen que elegirte para ser Apropiador?

El padre Sifans chasqueó la lengua.

-¿Quién podría alcanzar esos privilegios, si existieran? No, muchacho: para eso hay que nacer. Hay que ser miembro de alguna familia poderosa, que disponga de hermosas mujeres, y de caminos secretos para ir y venir, incluso más allá de los dominios de Akha... No, se necesitaría... una auténtica revolución para llegar a ese lugar hipotético.

Elevó la nariz y rió.

-Padre, te burlas de los pobres sacerdotes simples.

El viejo sacerdote ladeó pensativamente la cabeza.

-Eres pobre, mi joven amigo, y es probable que siempre lo seas. Pero no simple. Y por eso siempre serás un deplorable sacerdote. Y por eso te quiero.

Se separaron. La declaración del sacerdote había perturbado a Yuli. Sí, era un deplorable sacerdote, como decía Sifans. Un amante de la música, apenas.

Se lavó la cara con agua helada; los pensamientos le ardían en la cabeza. Esas jerarquías de sacerdotes, si las había, sólo conducían al poder. No a Akha. La fe nunca tenía explicaciones precisas -de una precisión verbal comparable a la precisión de la música- sobre cómo la devoción podía mover una efigie de piedra; las palabras de la fe sólo llevaban a una nebulosa oscuridad llamada santidad. Entenderlo fue para él tan áspero como la toalla con que se secó las mejillas.

Acostado en el dormitorio, muy lejos del sueño, vio cómo le habían quitado al anciano Sifans toda vida propia, y verdaderos amores, dejándolo sólo con unos molestos fantasmas de afecto. No le importaba si los que estaban a su cargo tenían fe o no. Quizá había dejado de preocuparse mucho antes. Las palabras y los enigmas de Sifans revelaban una profunda insatisfacción.

Bruscamente atemorizado, Yuli se dijo que era mejor morir en el desierto que llevar una vida mediocre en la sombría seguridad de Pannoval. Aun si eso significaba abandonar el corno y las notas de «Oldorando». El miedo lo obligó a incorporarse, apartando la manta. Oscuros vientos, los infatigables habitantes del dormitorio, soplaban por encima de él. Se estremeció.

Con un regocijo similar al que había sentido al entrar en Reck, mucho antes, dijo en voz baja: -No creo; no creo en nada.

Creía en el poder sobre los demás. Lo veía todos los días. Pero eso era puramente humano. Quizás había dejado de creer en todo menos en la opresión durante aquel ritual, cuando unos hombres habían permitido que un odiado phagor arrancara a mordiscos las palabras de la garganta de Naab. Quizá las palabras de Naab todavía podían triunfar; quizá los sacerdotes se reformaran hasta que sus vidas tuvieran sentido. Las palabras, los sacerdotes, eran reales. Pero Akha no era nada.

En la inquieta oscuridad susurró: -Akha, no eres nada.

No murió, y el viento le susurraba aún en los cabellos.

Saltó de la cama y echó a correr. Con los dedos rozando los bajorrelieves de los muros, corrió y corrió hasta que sintió el cuerpo exhausto y los dedos desollados. Regresó, sin aliento. Quería el poder y no la sumisión.

La guerra de su mente se había calmado. Volvió a la cama. Mañana actuaría. No más sacerdotes.

Mientras dormitaba, volvió a soñar. Estaba en una ladera helada. Su padre, capturado por los phagors, lo había abandonado. El había arrojado la lanza hacia un arbusto, con furia. Lo recordaba, recordaba el movimiento del brazo, la vibración de la lanza al clavarse entre las ramas andrajosas, el aire que le penetraba en los pulmones, agudo como un cuchillo.

¿Por qué de pronto recordaba esas insignificancias? Como no era capaz de observarse a sí mismo, la pregunta quedó sin respuesta mientras él se deslizaba hacia el sueño.

El día siguiente fue el último del interrogatorio de Usilk. Los interrogatorios sólo estaban permitidos durante seis días consecutivos; después, la víctima podía descansar. Las reglas en este sentido eran estrictas, y la milicia vigilaba suspicazmente a los sacerdotes en todos estos asuntos.

Usilk no había dicho nada útil. No respondía a los golpes ni a la adulación.

Estaba de pie ante Yuli, sentado en una adornada silla de inquisidor, labrada en una sola pieza de madera, y que subrayaba la diferencia entre las situaciones de ambos hombres. Yuli aparentemente cómodo, Usilk medio muerto de hambre, vestido de harapos, los hombros caídos, el rostro desvaído y sin expresión.

-Sabemos que te han visitado personas que amenazan la seguridad de Pannoval. Sólo deseamos saber sus nombres: luego serás libre, y podrás retornar a Vakk.

-Jamás los conocí. Eran una voz en la multitud.

Tanto las preguntas como las respuestas se habían tornado convencionales.

Yuli se levantó de la silla y caminó alrededor del prisionero, ocultando sus emociones.

-Oye, Usilk. No siento odio hacia ti. Respeto a tus padres, como te he dicho. Ésta es nuestra última entrevista. No volveremos a encontrarnos. Y ciertamente morirás en este lugar miserable, sin razón.

-Tengo mis razones, sacerdote.

Yuli se sorprendió. No esperaba una respuesta. Bajó la voz.

-Todos tenemos razones... Pondré mi vida en tus manos. No soy digno de ser sacerdote, Usilk. Nací en el desierto helado, bajo el cielo, muy lejos al norte de Pannoval. Y allí deseo volver. Te llevaré conmigo, te ayudaré a escapar. Ésta es la verdad.

Usilk alzó la mirada hacia la de Yuli.

-Vete, monje. Tus tretas no servirán conmigo.

-Te he dicho la verdad. ¿Cómo puedo probarlo? ¿Deseas que blasfeme contra el dios a quien he hecho mis votos? ¿Crees que puedo decir esas cosas ligeramente? Pannoval me ha conformado; pero algo en mi naturaleza interior me obliga a rebelarme contra la ciudad y sus instituciones. Dan abrigo y satisfacción a la multitud, pero no a mí, ni siquiera por mis privilegios como sacerdote. No sé por qué. Sólo porque estoy hecho así...

Contuvo el torrente de palabras.

-Haré algo práctico. Te conseguiré ropas de sacerdote. Más tarde, cuando salgamos de esta celda, te ayudaré a deslizarte al Santuario y escaparemos juntos.

-Basta de trucos.

Yuli se enfureció. No tenía otro remedio si quería contenerse y no atacar y golpear al hombre. Se lanzó violentamente hacia los instrumentos que colgaban de la pared y azotó la silla con un látigo. Alzó la gran lámpara que había sobre la mesa y la colocó exactamente debajo de los ojos de Usilk. Se golpeó el pecho.

-¿Por qué había de mentirte y traicionarme? ¿Qué sabes tú, al fin y al cabo? Nada que valga la pena. Eres simplemente una cosa recogida en Vakk; tu vida no tiene significado ni importancia. Morirás en tormento porque ése es tu destino. Muy bien, sigue así, goza sintiendo que pierdes fuerzas día a día.Ése es el precio que pagarás por tu orgullo y por ser un cretino. Haz lo que deseas, muere mil veces. Yo ya he tenido bastante. No puedo soportar el tormento. Me marcho. Piensa en mí mientras te revuelves en tus propias heces. Yo estaré afuera y libre, Ubre bajo el cielo, allí donde no

llega el poder de Akha.

Había gritado, sin preocuparle que lo oyeran, ante la golpeada palidez del rostro de Usilk.

-Vete, monje. -La misma frase sombría que Usilk había repetido toda la semana.

Retrocediendo un paso, Yuli alzó el látigo y golpeó con el mango la mejilla lastimada de Usilk, con furia y fuerza. A la luz incierta de la lámpara vio exactamente dónde, sobre la mejilla, debajo del ojo, a través del puente de la nariz, había caído el golpe. Permaneció con el látigo levantado mientras las manos de Usilk se alzaban hacia la herida, y las rodillas se le doblaban. Vaciló y cayó al suelo sobre los codos y las rodillas.

Todavía aferrando el látigo, Yuli pasó por encima del cuerpo y salió de la celda.

Apenas advirtió, dada su propia confusión, lo que pasaba alrededor. Guardias y milicianos corrían de un lado a otro de modo inusitado. El paso normal en las oscuras venas del Santuario era lento y fúnebre.

Se acercó vivamente un capitán, con una tea ardiente en la mano y vociferando órdenes.

-¿Eres uno de los sacerdotes interrogadores? -preguntó a Yuli.

-¿Por qué?

-Quiero que saquéis de aquí a todos los prisioneros. Llevadlos a las celdas. Aquí pondremos a los heridos. Pronto.

-¿Heridos? ¿Qué heridos?

El capitán, fastidiado, rugió: -¿Estás sordo, hermano? ¿Qué crees que eran esos gritos, toda esta última hora? Se han derrumbado los nuevos túneles de Guiño, y muchos hombres útiles han quedado sepultados. Aquello parece un campo de batalla. Muévete ahora, y lleva a tu prisionero a la celda, de prisa. Quiero este corredor despejado en dos minutos.

Se alejó, gritando y maldiciendo. Disfrutaba con su propia excitación.

Yuli se volvió. Usilk estaba todavía encogido en el suelo de la celda. Inclinándose, Yuli lo tomó por debajo de los brazos y lo enderezó. Usilk, gimiendo, apenas consciente, fue obligado a caminar como pudiera con un brazo por encima de los hombros de Yuli. En el corredor, donde el capitán seguía gritando, otros interrogadores trasladaban a sus víctimas, moviéndose con excitación. Nadie parecía exactamente disgustado por esa interrupción de la rutina.

Se alejaron como sombras hacia la oscuridad. Era el momento de desaparecer, entre la confusión. Pero, ¿y Usilk?

La ira se apagaba y la culpa volvía. Supo que deseaba demostrar a Usilk que el ofrecimiento de ayuda había sido sincero.

En lugar de encaminarse a las celdas de la prisión, fue hacia sus propias habitaciones. Primero tenía que reanimar a Usilk y prepararlo para la huida. Era inútil llevarlo al dormitorio de los monjes, donde serían descubiertos. Había un lugar más seguro.

Leyendo las paredes, dio media vuelta antes de los dormitorios, y empujó a Usilk por una escalera espiral a la que daban las celdas de algunos sacerdotes, ordenadas como en una conejera. La franja grabada le decía bajo la mano el lugar dónde estaba, aunque la oscuridad era ahora tan cerrada que unos rojos fantasmales parecían flotar como plantas sumergidas. Golpeó a la puerta del padre Sifans y entró.

Como había pensado, no hubo respuesta. A esta hora del día, Sifans estaba ocupado en alguna otra parte. Metió a Usilk en el cuarto.

Muchas veces había estado esperando afuera, pero nunca había entrado. Se sentía perdido. Ayudó a Usilk a sentarse en cuclillas, con la espalda apoyada contra la pared, y buscó a tientas una lámpara.

Después de chocar con algunos muebles, encontró la ruedecilla de pedernal unida al soporte y la hizo girar. Brotó una chispa, apareció una lengua de luz, y Yuli alzó la lámpara y miró alrededor. Allí estaban todos los escasos bienes terrenales del padre Sifans. En un rincón había un pequeño altar con una grasienta estatua de Akha. Había también un sitio para abluciones, y un estante con una o dos cosas y un instrumento musical, y una alfombrilla en el suelo. Nada más. Ni una mesa ni sillas. Perdida en la sombra, había una alcoba; Yuli supo sin mirar que sólo contenía un catre donde dormía el anciano.

Librodot

Se puso en movimiento. Con el agua que salía de la roca llenó la palangana y lavó la cara de Usilk y trató de reanimarlo. El hombre bebió un poco de agua, con un gesto de dolor. En el estante, sobre un platillo de estaño había un correoso pan de centeno. Yuli ofreció un trozo a Usilk y comió otro él mismo.

Movió con suavidad el hombro de Usilk.

-Tienes que perdonar mi furia. Tú la has provocado.

En el fondo, soy sólo un salvaje indigno de ejercer el sacerdocio. Pero ya ves que te he dicho la verdad. Escaparemos de aquí. No será difícil, con el derrumbamiento de Guiño.

Usilk se limitó a gemir.

-No estás tan mal como crees. Tendrás que moverte por ti mismo.

Usilk miró a Yuli con los ojos entornados.

-No me engañarás, monje.

Yuli se sentó en cuclillas. Usilk se apartó.

-Ya es tarde para volverse atrás. Trata de comprender. No te pido nada, Usilk. Simplemente, intentaré sacarte de aquí. Tiene que haber alguna forma de escapar por la puerta norte, si los dos nos vestimos de sacerdotes. A no muchos días de viaje vive la mujer de un trampero, llamada Lorel. Nos albergará hasta que nos acostumbremos al frío.

-No me moveré de aquí.

Golpeándose la frente, Yuli dijo: -Tendrás que hacerlo. Estamos escondidos en el cuarto de un padre. No podemos seguir aquí. No es un mal viejo, pero sin duda nos denunciará si nos descubre.

-No es así, hermano Yuli. El viejo que no es malo guarda los secretos como una tumba.

Yuli se volvió de un salto y vio al padre Sifans, que acababa de emerger de la alcoba. Adelantaba una mano frágil como si temiera un ataque.

-Padre...

El padre Sifans parpadeó en la luz incierta.

-Descansaba un poco. Estaba en Guiño cuando se derrumbó la bóveda. Qué desastre. Por fortuna, no corría peligro, pero una piedra me golpeó en la pierna. No puedes escapar por la puerta norte. La guardia la ha cerrado, declarando el estado de emergencia, por si nuestros ciudadanos tienen algún mal pensamiento.

-¿Nos denunciarás, padre? -Desde los días remotos de la adolescencia guardaba una posesión: el cuchillo de hueso que su madre había tallado para él cuando estaba sana. Metió la mano debajo de las vestiduras y aferró el cuchillo mientras hacía la pregunta.

Sifans olisqueó el aire.

-Como tú, haré algo poco inteligente. Te indicaré la mejor ruta para salir de la ciudad. Y también te diré que no lleves contigo a este hombre. Déjalo aquí.

Yo me ocuparé de él. Morirá pronto.

-No, padre, es fuerte. Se recuperará con rapidez cuando la idea de la libertad crezca de veras en él. Lo ha pasado muy mal. ¿No es cierto, Usilk?

El prisionero los miró por encima de una mejilla amoratada e hinchada que casi le ocultaba un ojo.

-También es verdad que es tu enemigo, y que no dejará de serlo. Cuídate de él. Déjalo conmigo.

-Si es mi enemigo es por mi culpa. Haré las paces, y me perdonará cuando estemos a salvo.

-Algunos hombres nunca perdonan -dijo el padre Sifans.

Mientras los otros dos se miraban, Usilk logró erguirse con torpeza y apoyó la frente contra el muro.

-Creo que no puedo pedírtelo, padre -dijo Yuli-. Por lo que sé, eres un Guardián. ¿Vendrás con nosotros al mundo exterior?

Los ojos parpadearon rápidamente.

-Antes de mi iniciación, sentí que no podía servir a Akha e intenté escapar de Pannoval. Pero me sorprendieron, porque he sido siempre dócil, y no un salvaje como tú.

-Jamás has olvidado mis orígenes.

-Yo envidiaba el salvajismo. Todavía lo envidio. Pero fracasé. Mi naturaleza se opuso a mis deseos. Cayeron sobre mí, y acerca de cómo me trataron... sólo te diré que tampoco yo puedo perdonar. Eso fue hace mucho. Desde entonces ascendí en la jerarquía.

-Ven con nosotros.

-Me quedaré aquí, cuidando mi pierna lastimada. Siempre tengo excusas, Yuli.

Recogiendo una piedra del suelo, el padre Sifans dibujó en la pared el camino de la huida.

-Es un largo viaje. Tendrás que pasar por debajo de las Montañas de Quzint. No irás hacia el norte, sino hacia el sur, de temperatura más clemente. Buena suerte, y éxito. -Escupiendo en la mano, borró las marcas de la pared y arrojó la piedra a un rincón.

Yuli no encontró nada que decir; se acercó y rodeó con los brazos al anciano, apretándole los codos delgados contra el cuerpo.

-Nos marchamos ahora mismo. Adiós.

Usilk dijo, hablando con dificultad: -Tienes que matar a este hombre, sin demora. De lo contrario, dará la alarma apenas hayamos salido.

-Lo conozco y confío en él.

-Es una trampa.

-Tú y tus malditas trampas, Usilk. No tocarás al padre Sifans. -Yuli dijo esto con cierta agitación, extendiendo un brazo para retener a Usilk que se había adelantado hacia el viejo sacerdote. Usilk intentó empujarlo y lucharon un instante, hasta que Yuli lo apartó con toda la suavidad posible.

-Vamos, Usilk; si puedes pelear, puedes andar. En marcha.

-Espera. Ya veo que tendré que confiar en ti, monje. Prueba tu sinceridad liberando a mi camarada. Lo llaman el Marcado, trabajaba conmigo en el vivero de peces. Está en la celda 65. Y buscarás también a una persona de Vakk.

Frotándose el mentón, Yuli respondió: -No estás en posición de dar órdenes. -Toda demora implicaba peligro. Sin embargo, comprendía que tenía que aplacar a Usilk, si algún acuerdo era posible. El plano de Sifans hacía
evidente que los esperaba un osado viaje.

-Está bien. El Marcado. Lo recuerdo. ¿Era tu enlace revolucionario?

-¿Todavía quieres interrogarme?

-Está bien. Padre, ¿puede quedarse aquí Usilk mientras busco al Marcado? Gracias. ¿Y quién es el hombre de Vakk?

Una especie de sonrisa atravesó brevemente la cara partida de Usilk.

-No es un hombre, es una mujer. Mi mujer, monje. Se llama Iskador, y es la reina de la arquería. Vive en el Arco en la última calle.

-Iskador... Sí, la conozco. La he visto una vez.

-Tráela. Ella y el Marcado son valientes. Ya veremos luego si tú lo eres, monje.

El padre Sifans aferró la manga de Yuli y le dijo suavemente, poniéndole la nariz casi dentro de la oreja: -Perdóname, pero he cambiado de idea. No me atrevo a quedarme solo con este hombre resentido y estúpido. Por favor, llévalo contigo... Te aseguro muy de veras que no saldré de mi habitación. - Oprimió con fuerza el brazo de Yuli.

Yuli juntó las manos.

-Está bien. Iremos juntos, Usilk. Te mostraré dónde puedes encontrar un hábito. Te lo pondrás e irás en busca del Marcado. Yo iré a Vakk y traeré a Iskador. Nos reuniremos en la esquina de Guiño. Hay dos corredores, de modo que podremos escapar en caso de apuro. Si no estáis allí, sabré que habéis sido capturados y partiré sin vosotros. ¿Está claro? Usilk gruñó.

-¿Está claro?

-Sí, adelante.

Se marcharon. Dejaron el abrigo de la pequeña habitación de Sifans y se lanzaron a la densa noche de los pasillos. Con los dedos en la franja grabada del muro, Yuli guiaba a Usilk, Tan excitado estaba que hasta olvidó despedirse de su viejo mentor.

En esa época, la gente de Pannoval no tenía gran cosa en la cabeza. Ningún gran pensamiento; sólo la comida les interesaba. Sin embargo, les gustaban los relatos, que los narradores contaban en ciertas ocasiones.

En la gran entrada, junto a las casas de la guardia, y antes de que el visitante de Pannoval llegara a las terrazas del Mercado, crecían unos árboles. Aunque pequeños de tamaño y escasos en número, eran claramente árboles verdes.

Se los apreciaba debidamente por su rareza, y por su costumbre de producir de vez en cuando unas nueces arrugadas llamadas tejeras. Ningún árbol lograba dar fruto una vez por año; pero todos los años uno u otro árbol mostraba unas pocas tejeras de color herrumbre bailoteando en el extremo de las ramas. La mayoría tenían gusanos; pero las mujeres y los niños de Vakk, Groyne y Prayn comían los gusanos junto con los frutos.

A veces los gusanos morían cuando se partía la nuez. Decía una historia que el gusano moría de sorpresa. Creía que el interior de la nuez era todo el mundo, y que la corteza arrugada era el cielo, pero un día el mundo se partía en dos. Veía con horror que más allá del mundo había un mundo gigantesco, más importante y brillante en todos los sentidos. Esto era demasiado para los gusanos, que morían ante la revelación.

Yuli pensaba en los gusanos de las nueces mientras salía de las tinieblas por vez primera en más de un año, y retornaba, deslumbrado, al atareado mundo de la vida ordinaria. Al principio, el ruido, la luz y el tumulto de tantas personas lo desconcertó.

Todo el desafío y las tentaciones de ese mundo se resumían en Iskador, Iskador la hermosa. La recordaba como si la hubiese visto ayer. Al verla ahora, le pareció aún más hermosa, y apenas alcanzó a tartamudear.

La vivienda tenía varias habitaciones y era parte de una pequeña fábrica, de arcos. El padre de Iskador era el gran maestre de la corporación de constructores de arcos. Con cierta altanería, Iskador invitó a entrar al sacerdote. Yuli se sentó en el suelo y bebió un vaso de agua, mientras explicaba lentamente la situación.

Iskador era una muchacha robusta y directa, de tez blanca como la leche y pelo negro y ojos de color avellana. Tenía una cara ancha de altos pómulos, y una boca grande y fresca. Sus movimientos eran enérgicos. Cruzó los brazos sobre el pecho con aire circunspecto mientras escuchaba lo que Yuli le decía.

-¿Y por qué no viene Usilk a contarme él mismo ese disparate?

-Tenía que buscar a otro amigo. Y no podía venir a Vakk. Tiene la cara lastimada, y llamaría la atención.

El pelo negro colgaba a ambos lados del rostro, enmarcándolo como unas alas negras. Esas alas fueron apartadas impacientemente con un movimiento de cabeza, e Iskador dijo: -Dentro de seis días hay un torneo de arco, que quiero ganar. No deseo irme de Pannoval. Soy feliz aquí. Era Usilk el que se quejaba todo el tiempo. Y además, hace siglos que no lo veo. Tengo otro amigo.

Yuli se puso en pie, enrojeciendo levemente.

-Está bien, entonces. No hables de lo que he dicho. Me iré y le daré tu respuesta a Usilk. -Se sentía nervioso ante ella y más brusco de lo que él deseaba.

-Espera -respondió ella, acercándose con un brazo extendido, con una nerviosa mano tendida hacia él-. No he dicho que puedes irte, monje. Lo que me has contado es muy interesante. Y además has de defender la causa de Usilk, y tratar de persuadirme a que vaya con vosotros.

-Sólo dos cosas, Iskador. Mi nombre es Yuli, y no «monje». ¿Y por qué habría de defender a Usilk? No es mi amigo, y además...

La voz se le apagó. La miró con rabia, con las mejillas encendidas.

-Y además, ¿qué? -Había una risa oculta debajo de la pregunta.

-Oh, Iskador, además eres hermosa; eso es lo que hay además; y además yo mismo te admiro.

La actitud de ella cambió. Alzó la mano, cubriéndose a medias los labios pálidos.

-Dos «además», y los dos importantes. Eso cambia todo, Yuli. Ahora que te miro, no eres nada desagradable. ¿Por qué te has hecho sacerdote?

Sintiendo cómo cambiaba la marea, Yuli vaciló y dijo luego osadamente: - Maté a dos hombres.

Iskador lo miró por debajo de las tupidas pestañas durante un tiempo que pareció muy largo.

-Espérame mientras busco un bolso y un arco -dijo finalmente.

El derrumbamiento de la bóveda había provocado una ansiosa excitación en todo Pannoval. Había ocurrido el acontecimiento que más temía la fantasía de la gente. Las reacciones eran algo confusas. Junto al temor había alivio, porque sólo habían perecido prisioneros, guardianes, y unos cuantos phagors. Probablemente merecían el destino que les había deparado el gran Akha.

En la parte posterior de Mercado se habían instalado unas barreras, y la milicia mantenía el orden. Equipos de rescate, hombres y mujeres de la corporación de médicos, y numerosos trabajadores se movían en el escenario del desastre. Contra las barreras se apretujaba la multitud, en parte silenciosa y tensa, en parte alegre, alrededor de un acróbata y un grupo de músicos que contribuían a esa alegría. Yuli se abrió paso entre la multitud, seguido por la muchacha. La gente, por la larga costumbre, se retiraba ante el sacerdote.

Guiño, donde había ocurrido el derrumbe, tenía un aspecto extraño. Allí no había espectadores. Una brillante hilera de luces de emergencia favorecía las tareas de rescate. Los prisioneros echaban un polvo especial a la llama para que diera más luz.

Era una escena de sombríos trabajos. Los prisioneros cavaban, descansaban un rato, y las filas posteriores continuaban la tarea. Los phagors arrastraban los carros de escombros. De vez en cuando se oía un grito: la remoción de escombros se hacía más febril, y un cuerpo emergía y era entregado a los médicos.

La escala del desastre era imponente. Al derrumbarse un nuevo túnel, parte de la bóveda principal había caído en varios puntos. La mayor parte del suelo estaba cubierta de rocas, y los viveros de peces y hongos habían quedado sepultados. La causa del derrumbe era un torrente subterráneo, que ahora afloraba con violencia, y añadía la inundación a las demás dificultades.

Las piedras caídas casi ocultaban los pasillos posteriores. Iskador y Yuli tuvieron que trepar sobre una pila de escombros. Por fortuna un montón de escombros todavía mayor los ocultaba de cualquier mirada inquisitiva. Pasaron sin que los detuvieran. Usilk y su camarada el Marcado aguardaban en las sombras.

-Te queda bien la ropa blanca y negra, Usilk -comentó sarcásticamente Yuli, refiriéndose al atuendo sacerdotal que vestían ambos prisioneros. Porque Usilk se había acercado vivamente a abrazar a Iskador. Ella, quizá disgustada por su rostro lastimado, lo mantuvo a distancia y le tomó afectuosamente las manos.

Aun disfrazado, el Marcado parecía un prisionero. Era alto y delgado, e inclinaba los hombros como una persona que ha pasado demasiado tiempo en una celda pequeña. Tenía las grandes manos cubiertas de cicatrices. Los ojos, al menos durante ese encuentro, eran huidizos; apartándose de la mirada de Yuli, le echaba una rápida ojeada cuando Yuli parecía distraído. Yuli le preguntó si estaba preparado para un difícil viaje, y el hombre asintió, gruñó y se ajustó la bolsa que llevaba al hombro.

No era un buen comienzo para la aventura, y por un instante Yuli lamentó la decisión que había tornado. Era mucho lo que dejaba para unirse a dos tipos corno Usilk y el Marcado. Entendió que era necesario que afirmase en seguida su autoridad, o habría problemas.

Evidentemente, Usilk tenía la misma idea.

Se adelantó con su carga y dijo: -Llegas tarde, monje. Pensábamos que te habías arrepentido. Y que todo era una trampa.

-¿Crees que tú y tu compañero podréis soportar un duro viaje? Pareces enfermo.

-Será mejor que nos movamos, en lugar de hablar -respondió Usilk, cuadrando los hombros y metiéndose entre Iskador y Yuli.

-Yo mando, vosotros ayudáis -dijo Yuli-. Si esto queda claro, todos nos llevaremos bien.

-¿Qué te hace pensar que mandarás tú, monje? -dijo Usilk desdeñosamente, mientras miraba a sus amigos, pidiéndoles apoyo. Con un ojo semicerrado, parecía a la vez taimado y amenazante. Volvía a mostrarse terco ahora que quizá era posible escapar.

-Ésta es la respuesta -dijo Yuli, moviendo el puño derecho en una dura curva que se hundió en el estómago de Usilk.

Usilk se dobló, gruñendo y jurando.

-Maldito eddre...

-Enderézate, Usilk, y vámonos antes que descubran nuestra ausencia.

No hubo más discusión. Lo siguieron obedientemente. Las débiles luces de Guiño desaparecieron tras ellos. Pero las puntas de los dedos de Yuli corrían por el relieve mural que le servía de vista: complicadas series de abalorios y cadenas de conchas diminutas, que se sucedían como una melodía tocada en el corno, mientras ellos entraban en el silencio enorme de la montaña.

Los otros no compartían el secreto sacerdotal de Yuli, y necesitaban luz para avanzar. Le pidieron que anduviera más lentamente, o que les permitiera encender una lámpara; Yuli se negó a ambas cosas. Aprovechó la oportunidad para tomar la mano de Iskador, lo que ella aceptó de buena gana, y avanzó disfrutando del contacto de la piel de ella. Los otros dos se contentaron con ir agarrados al vestido de Iskador.

Después de un tiempo, el corredor se bifurcó, los muros se hicieron más ásperos, y la trama repetida del mural desapareció. Habían llegado a los límites de Pannoval, y estaban solos. Descansaron. Mientras los demás hablaban, Yuli pensó en el plano que el padre Sifans había dibujado. Lamentaba no haber abrazado al anciano ni haberle deseado buena suerte.

Creo, padre, que me comprendías, a pesar de tus extrañas maneras. Sabes qué clase de arcilla soy. Sabes que aspiro al bien, pero que no puedo elevarme de mi propia y oscura naturaleza. Sin embargo, no me has traicionado. Y yo tampoco te clavé el cuchillo, ¿verdad?... Has de tratar de mejorarte, Yuli, eres un sacerdote, al fin y al cabo... ¿Lo soy? Quizá, cuando salgamos de aquí, si salimos. Y además, esta muchacha maravillosa... No, no soy un sacerdote, padre; bendito seas, nunca lo seré, pero lo intenté y tú me ayudaste. Que la suerte te acompañe... siempre...

-Arriba -dijo, poniéndose de pie y ayudando a la muchacha a incorporarse. Iskador le apoyó suavemente una mano en el hombro, en la oscuridad. Y no se quejó por la fatiga, como hicieron Usilk y el Marcado.

Más tarde durmieron, apretujados al pie de una cuesta pedregosa, Iskador entre Yuli y Usilk. Los miedos de la noche llegaron a ellos: imaginaban en la oscuridad que el gusano de Wutra se acercaba con las mandíbulas abiertas entre los viscosos bigotes.

-Dormiremos con una luz encendida -dijo Yuli. Hacía frío y se abrazó a Iskador, y se durmió con la mejilla apoyada contra la túnica de cuero.

Cuando despertaron, comieron frugalmente los alimentos que llevaban. El camino se hizo mucho más difícil. Hubo un deslizamiento y cayeron por un barranco. Durante horas se arrastraron sobre el vientre, llamándose a gritos para no perder contacto en la profunda noche subterránea. Un viento glacial soplaba en el estrecho túnel por donde iban, y les cubría de nieve los cabellos.

-Volvamos atrás -dijo el Marcado, cuando por fin pudieron ponerse de pie, agazapados y sin aliento-. Prefiero la prisión-. Nadie le respondió, y él no volvió a repetirlo. No podían regresar. Siguieron adelante en silencio, abrumados por la gran presencia de la montaña.

Yuli se había perdido. El deslizamiento había trastocado sus planes. No sabía dónde estaba, de acuerdo con el mapa del viejo sacerdote, y sin las franjas murales se sentía tan desarmado como los demás. Un ruido susurrante empezó a crecer. Colores malignos imposibles de identificar le flotaban ante los ojos, parecía que estuviese atravesando un muro de roca sólida. Respiraba entrecortadamente. Decidieron descansar.

Habían ido hacia abajo durante horas. Reemprendieron la marcha; Yuli extendía una mano hacia un costado y llevaba la otra sobre la frente, para no golpearse contra la roca, como le había ocurrido en varias ocasiones. Iskador venía detrás aferrada al hábito. Yuli se sentía tan fatigado que el contacto era sólo una molestia.

Aturdido, empezó a creer que los enfermizos colores que veía cambiaban junto con la respiración de él. Y sin embargo, eso no podía ser del todo cierto, porque una luminosidad crecía firmemente. Continuó el avance, siempre hacia abajo, apretando y aflojando los párpados. Sin duda estaba volviéndose ciego: apenas distinguía una luz lechosa. Al volverse, vio el rostro de Iskador como en

un sueño, o mejor como en una pesadilla, porque los ojos miraban ávidamente, y la boca estaba entreabierta en el disco espectral de la cara.

Cuando él la miró, parecía que ella despertaba de pronto. Se detuvo, agarrándose a él para sostenerse, y Usilk y Marcado tropezaron contra ellos.

-Hay luz adelante -dijo Yuli.

-¡Luz!¡Puedo ver otra vez! -Usilk tomó a Yuli por los hombros-. Nos has sacado de la montaña, sucio monje. ¡Estamos a salvo, somos libres!

Rió con fuerza y corrió hacia adelante, con los brazos abiertos como para abrazar la fuente de la luz. Felices, los demás lo siguieron, tropezando por el suelo desigual, envueltos en una luz que nunca había existido antes, excepto en algunos desconocidos mares del sur donde los témpanos flotaban y chocaban entre sí.

El suelo se niveló y el techo desapareció. Había charcas de agua en el camino, que se elevaba y se estrechaba. Avanzaron chapoteando. La luz no aumentó, pero ahora todo temblaba alrededor con un terrible estruendo.

De pronto se encontraron al final del camino, en un saliente, rodeados de ruido y luz.

-Los ojos de Akha -murmuró Marcado, mordiéndose el puño.

Un abismo se abría allí, como una garganta que llevaba al vientre de la tierra. Las fauces estaban algo más arriba. De ellas se despeñaba un río que se hundía en la garganta. El agua caía con violencia justo debajo del saliente. Y era la causa del estruendo. El agua, blanca aun donde no había espuma, volaba entre los sombríos verdes y azules de la pared. Aunque de allí provenía la escasa luz que tanto los había alegrado, las rocas de más atrás parecían también iluminadas, envueltas en espesos remolinos blancos, rojos y amarillos.

Mucho antes de que terminaran de contemplar este espectáculo, y de mirar sus propias imágenes blancuzcas, el agua los había empapado.

-Ésta no es la salida -dijo Iskador-. Es una vía muerta. ¿Qué hacemos, Yuli?

Yuli señaló con serenidad el extremo opuesto del saliente de roca.

-Pasaremos por ese puente -dijo.

Fueron con cautela hasta el puente. Cubrían el suelo unas algas verdes y resbaladizas. El puente parecía gris y antiguo. Estaba hecho de trozos de piedra arrancados de las rocas vecinas. Un arco ascendía y se interrumpía. La estructura se había derrumbado. A través de la luz lechosa, se podía ver el muñón del otro extremo. Había habido un puente, tiempo atrás.

Durante un rato observaron el abismo, sin mirarse entre sí. Iskador fue la primera que se movió. Se inclinó, puso la bolsa en el suelo, preparó el arco. Sacó un dardo, como los que Yuli había visto en el torneo, y le ató un hilo. Sin una palabra, Iskador avanzó hasta el saliente de roca, afirmó un pie en el borde, y alzó el arco; echó al mismo tiempo los brazos hacia atrás, tendiéndolo casi sin esfuerzo, y soltó la flecha.

La flecha atravesó la luz cargada de espuma. Llegó al cenit por encima de un peñasco, rebotó contra la pared, y cayó a los pies de Iskador.-Brillante - dijo Usilk, palmeándole el hombro-. Y ahora ¿qué hacemos?.

Por toda respuesta, Iskador ató una cuerda al extremo del hilo y volvió a disparar el dardo. Pronto la cuerda corrió sobre el saliente y la punta llegó a los pies de ella. En otra cuerda hizo un nudo corredizo, y también la envió por encima del saliente. Entonces pasó el extremo de la cuerda por el nudo, y la estiró.

-¿Quieres ir primero, ya que eres el jefe? -le preguntó a Yuli, ofreciéndole la cuerda.

El miró los ojos hundidos de ella, asombrado ante la sutileza de la artimaña y la economía de esa sutileza. No sólo le había dicho a Usilk que él no era el jefe, sino que además le decía a Yuli que demostrase que lo era. Yuli reflexionó, lo consideró acertado, tomó la soga, y se dispuso a aceptar el desafío.

Era alarmante, pero no demasiado peligroso, pensó. Podía atravesar el abismo con un movimiento de péndulo, y luego, apoyando los pies en la roca vertical, trepar hasta la altura del saliente de donde caía la cascada. Por lo que podía ver, había suficiente espacio para trepar sin que el agua lo arrastrase. Qué harían luego, sólo podría saberlo cuando estuviese arriba. Ciertamente no mostraría

miedo ante los dos prisioneros ni ante Iskador.

Se dejó caer con demasiada prisa a través del abismo, con la mente distraída en parte por la muchacha. Golpeó torpemente contra la pared opuesta, el pie izquierdo le resbaló en las viscosas algas verdes, dio con el hombro contra la roca, giró entre la espuma, y soltó la cuerda. Al instante siguiente caía al abismo.

Entre el rugido del agua llegó el grito único de los demás. Era la primera vez que habían hecho algo verdaderamente juntos.

Yuli tocó una roca y se aferró a ella desesperado. Dobló las rodillas y afirmó los dedos de los pies.

Había caído sólo unos dos metros, sobre un saliente rocoso de la pared, aunque el golpe lo había sacudido de pies a cabeza. El lugar era mínimo, pero suficiente. Jadeando, se acurrucó en una incómoda postura, con el mentón casi a la altura de las botas, tratando de no moverse.

Miró hacia abajo con ansiedad y vio una piedra azul, preguntándose si iba a morir. La imagen de la piedra no se hizo más nítida. Tuvo la impresión de que si se inclinaba sobre el abismo podría recogerla. Pero de repente entendió la verdad: no estaba viendo una piedra cercana, sino un objeto azul, muy abajo. El vértigo se apoderó de él y lo paralizó. Hijo de las llanuras, no tenía defensas, contra una experiencia semejante.

Cerró los ojos, y permaneció aferrado a la roca. Sólo los gritos de Usilk, que parecían muy lejanos, le obligaron a mirar de nuevo.

Muy lejos, abajo, había otro mundo. La fisura entre las rocas lo mostraba como una especie de telescopio. Yuli creía ver una escena pequeña y extrañamente iluminada dentro de una caverna enorme. Lo que había tomado por una piedra azul era un lago, o quizás un mar, porque sólo veía un fragmento de algo cuyo verdadero tamaño no podía conocer. En la costa del lago, había unos granos de arena, que quizá eran edificios de alguna especie. Se quedó ensimismado, mirando insensatamente hacia abajo.

Algo lo rozó. No podía moverse. Alguien le hablaba, y le apretaba los brazos. Se incorporó sin fuerzas y se sentó apoyando la espalda contra las rocas, y se abrazó a los hombros de su salvador. Una cara contusa, con la nariz y una mejilla lastimadas y un ojo cerrado negro y verde, apareció ante él.

-Sostente con fuerza. Subimos.

Se apretó contra Usilk, que subió lentamente y por fin consiguió izarlo por encima del saliente rocoso de donde caía la cascada. Usilk se echó en el suelo cuan largo era, jadeando y gimiendo. Yuli miró hacia abajo: Marcado e Iskador apenas se veían del otro lado del abismo, con las caras vueltas hacia arriba. Examinó otra vez la fisura entre las rocas, pero la visión de aquel otro mundo había desaparecido, eclipsada por la espuma. Le temblaban los miembros. Logró dominarse y ayudar a los demás a subir.

En silencio, se estrecharon unos a otros, agradecidos.

En silencio, emprendieron la marcha entre las grandes rocas que rodeaban el torrente.

En silencio continuaron. Yuli no habló de ese otro mundo que había creído ver. Pero pensó nuevamente en el padre Sifans. ¿No podía ser una fortaleza secreta de los Apropiadores que se había aparecido un momento entre las rocas? Fuera lo que fuera, no dijo nada.

La cavidad de la montaña parecía infinita. Sin luz, los cuatro se adelantaban temiendo tropezar en las fisuras del suelo. Cuando les parecía que era de noche, buscaban un nicho adecuado para dormir, y se apretujaban buscando calor y compañía.

En cierta ocasión, después de trepar durante horas por el lecho sembrado de cantos rodados de un río desaparecido mucho antes, encontraron un nicho alto casi como ellos donde pudieron descansar del viento helado que había soplado durante toda la jornada.

Yuli se durmió inmediatamente. Fue despertado por Iskador que lo sacudía. Los otros dos hombres estaban sentados y murmuraban, temerosos.

-¿Oyes? -preguntó Iskador.

-¿Oyes? -preguntaron Usilk y Marcado.

Yuli escuchó el viento que suspiraba en el cauce seco y un goteo distante y luego oyó lo que les atemorizaba. Un ruido de algo que raspaba o que se deslizaba rápidamente contra los muros rocosos.

-¡El gusano de Wutra! -dijo Iskador.

Yuli la asió con firmeza.

-Es sólo una historia que se cuenta -dijo. Pero sintió un frío terrible y echó mano a la daga.

-Aquí estamos seguros -dijo Marcado- si no hacemos ruido.

Solo les cabía esperar que tuviera razón. Era evidente que algo se aproximaba. Acurrucados, miraban con nerviosidad el túnel. Marcado y Usilk esgrimían los bastones que habían robado a los guardianes de Castigo; Iskador tenía su arco.

El ruido crecía, y parecía llegar junto con el viento. Ahora se oía también un rumor de rocas arrojadas con violencia a los lados. El viento se apagó, bloqueado quizás. Un olor los asaltó.

Era un olor pesado, a peces podridos, a excrementos, a queso rancio. Una niebla verdosa invadía el túnel. La leyenda decía que los gusanos de Wutra eran silenciosos, pero esto, fuera lo que fuese, se acercaba ahora estrepitosamente.

Movido más bien por el terror que por el valor, Yuli se asomó a mirar.

Allí estaba, aproximándose con rapidez. Apenas se le veían las facciones, detrás de la nebulosa verde que empujaba hacia adelante. Cuatro ojos, dos arriba y dos abajo, y bigotes y colmillos gigantescos. Yuli echó atrás la cabeza, con horror y náuseas. El gusano se acercaba, inexorable.

En el momento siguiente, los cuatro pudieron verle la cara de perfil. Los ojos brillaban enloquecidos. Las rígidas púas del bigote rozaron los abrigos de pieles. Luego un cuerpo hediondo, de escamas azules, pasó ondulando, cubriéndolos de polvo.

Había millas de cuerpo. Al fin, apretados unos contra otros, miraron, asomándose. Al comienzo del túnel del río seco había una caverna algo mayor, por donde ellos habían pasado. Allí ocurría en ese momento una conmoción: la gran luminiscencia ondulaba, visible aún.

El gusano los había descubierto. Pesadamente, se daba la vuelta para arremeter contra ellos. Iskador sofocó un grito cuando comprendió lo que ocurría.

-Piedras, pronto -dijo Yuli. Había allí unas piedras sueltas que podían tirar. Se volvió hacia el fondo del nicho, alargó la mano contra el gusano y tocó algo velludo. Retrocedió. Golpeó la ruedecilla del pedernal. Una chispa brotó y se apagó, pero todos alcanzaron a ver íos restos enmohecidos de un hombre, del que sólo quedaban los huesos y las pieles en que se había envuelto. Y una especie de arma. Yuli encendió una segunda chispa.

-¡Un peludo muerto! -exclamó Usilk, en la jerga de los prisioneros.

Usilk tenía razón. El cráneo largo y los cuernos eran inconfundibles. Junto al cuerpo del phagor había un bastón que terminaba en una punta metálica curva. Akha había acudido a ayudar a los amenazados por Wutra. Tanto Usilk como Yuli tendieron k mano al astil del arma.

-Para mí. Yo he usado estas cosas -dijo Yuli, quedándose con el arma. De pronto regresaba a la vida de antes. Recordó cómo había enfrentado en el desierto a un yelk que cargaba contra él.

El gusano de Wutra retornaba. Otra vez el estrépito. Más luz verde pálida. Yuli y Usilk se aventuraron a asomarse rápidamente. Pero el monstruo no se movió. Podían verle el borrón de la cabeza. Se había vuelto y miraba hacia ellos, pero no avanzaba.

Aguardaba.

Miraron nuevamente, pero en la otra dirección.

Un segundo gusano se acercaba por donde había venido el primero. Dos gusanos... De pronto, en la imaginación de Yuli, en todo el sistema de cavernas bullían los gusanos.

Aterrorizados, se aferraron unos a otros, mientras la luz se hacía más clara y el ruido más cercano. Pero las monstruosas criaturas sólo se preocupaban por el congénere que tenían delante.

Detrás de una ola de aire fétido apareció la cabeza del monstruo, con cuatro ojos brillantes. Apoyando el cabo de la lanza recientemente adquirida contra el costado del nicho, Yuli sostuvo el asta con ambas manos.

La lanza cortó el costado del gusano mientras cargaba hacia adelante. De la larga abertura le rezumó una sustancia densa como mermelada. Empezó a correr más lentamente antes de que la cola peluda llegara donde estaban los cuatro humanos.

Nunca llegaron a saber si los dos gusanos intentaban luchar o aparearse. El segundo no alcanzó la

Librodot

meta. El movimiento se detuvo. Olas de dolor crudamente telegrafiado hicieron que el cuerpo se agitara y la cola azotara el suelo. Luego quedó inmóvil.

Lentamente la luminiscencia murió. Todo estaba en silencio, excepto el viento que susurraba entre las rocas.

No se atrevían a moverse. Apenas cambiaban de posición. El primer gusano esperaba todavía en la oscuridad: un leve brillo verde apenas discernible, más allá del cuerpo del monstruo muerto. Más tarde estuvieron de acuerdo en que ése fue el peor momento de la ordalía. Todos creían que el primer gusano sabía dónde estaban, que el gusano muerto era la pareja del sobreviviente, que sólo esperaba a que echaran a correr para lanzarse contra ellos y vengarse.

Por fin el gusano se movió. Oyeron cómo frotaba las cerdas contra las rocas. Se adelantó con cuidado, como si temiera una trampa, elevó la cabeza por encima del cuerpo del otro, y se puso a comer.

Los cuatro humanos no podían quedarse donde estaban. Los ruidos eran demasiado terroríficos. Saltaron por encima del líquido espeso que el dragón había derramado, y huyeron precipitadamente en la oscuridad.

Continuaron por dentro de la montaña. Ahora se detenían con frecuencia a escuchar los ruidos de la oscuridad, y cuando tenían necesidad de hablar lo hacían en voz baja y trémula.

De vez en cuando encontraban agua para beber. Pero los alimentos se terminaron pronto. Iskador derribó algunos murciélagos, que nadie quiso comer. Iban de un lado a otro por el laberinto de piedra, cada vez más débiles. El tiempo pasaba y habían olvidado la seguridad de Pannoval. Lo único que quedaba era una infinita oscuridad que tenía que ser atravesada.

Empezaron a encontrar huesos de animales. En una ocasión, encendieron el pedernal y descubrieron dos esqueletos humanos en el suelo. Uno rodeaba al otro con el brazo. El tiempo había robado al ademán toda la gentileza que pudiera haber tenido; ahora sólo había huesos que se rozaban unos con otros y una horrible mueca que respondía a la boca abierta del cráneo.

Luego, en un lugar donde soplaba un aire fresco, oyeron movimientos y vieron dos animales de piel velluda y rojiza, que mataron. Cerca había un cachorro, que maullaba y alzaba el hocico romo hacia ellos. Lo mataron, lo descuartizaron y devoraron la carne caliente, y luego, en una especie de furioso paroxismo de hambre recién despertada, devoraron también a los animales mayores.

En las paredes se movían unos organismos luminiscentes. Había signos de que había estado habitada por hombres: los restos de una cabaña y algo que podía ser una barca cubierta de hongos. En una chimenea, en el techo de la caverna se había alojado una pequeña bandada de preets. El arco infalible de Iskador derribó seis aves, que cocinaron en una olla sobre el fuego, con sal y hongos para mejorar el sabor. Esa noche, mientras dormían amontonados, fueron visitados por sueños desagradablemente vividos que atribuyeron a los hongos. Pero cuando a la mañana siguiente reiniciaron la marcha encontraron, en sólo dos horas, una caverna baja y amplia en la que se filtraba una luz verdosa.

En un rincón ardía un fuego. En un corral burdo había tres cabras de ojos brillantes y en una pila de cueros estaban sentadas tres mujeres, una anciana de pelo blanco y dos jóvenes. Las últimas corrieron chillando cuando aparecieron Yuli, Usilk, Iskador y Marcado.

Marcado corrió y saltó al corral. Utilizando un antiguo recipiente que había allí cerca, una especie de olla, ordeñó las cabras a pesar de los incomprensibles gritos de la anciana. Los animales no dieron mucha leche. Pero Marcado y los otros compartieron la que había y partieron antes de que regresaran los hombres de la tribu.

Después entraron en un corredor que doblaba bruscamente y terminaba en una cerca. Más allá estaba la boca de la caverna y más allá el campo abierto, valles y montanas y la brillante luz del reino gobernado por Wutra, dios de los cielos.

Estaban muy juntos, apretados, sintiendo los lazos de la unidad y la amistad, y contemplaban la hermosa perspectiva.

Cuando se miraron entre sí con caras esperanzadas y alegres, no pudieron dejar de reír y gritar. Se abrazaron. Cuando los ojos se les acostumbraron a la luz, pudieron mirar, protegiéndose con las manos, el disco naranja claro de Batalix entre unas nubes tenues.

La época del año tenía que ser aproximadamente el equinoccio de primavera, y la hora, el mediodía, por dos razones: Batalix estaba en el cenit y Freyr, más abajo, bogaba hacia el este. Freyr era varias veces más brillante y derramaba luz sobre las sierras cubiertas de nieve. Batalix, más débil, era siempre el más rápido de los centinelas, y pronto se pondría mientras Freyr continuaba en el cielo.

¡Qué hermoso era el espectáculo de los centinelas! La trama de las estaciones tejida por esa danza en los cielos regresaba claramente a la mente de Yuli, abriéndole el corazón y los sentidos. Se apoyó en la lanza, cuidadosamente labrada, con que había matado al gusano, y dejó que su cuerpo absorbiera la luz del día.

Pero Usilk detuvo a Marcado, y ambos permanecieron en la boca de la caverna, mirando con aprensión.

-¿No sería mejor que nos quedáramos en la caverna? ¿Cómo podremos vivir allí, bajo ese cielo?

Sin apartar los ojos del paisaje, Yuli supo que Iskador estaba a mitad de camino entre los hombres y él. Y sin darse vuelta, respondió: -¿Recuerdas lo que cuentan en Vakk sobre las larvas de las nueces tejeras? Las larvas creen que la nuez podrida es todo el mundo, y cuando la cáscara se parte mueren de sorpresa. ¿Quieres ser corno esas larvas, Usilk?

Usilk no respondió. Pero Iskador sí. Se acercó a Yuli y le deslizó la mano por el brazo. Él sonrió, y se le alegró el corazón, pero no dejó de mirar hacia adelante. Podía ver que las montañas que habían atravesado guardaban las tierras del sur. Había algunos pocos árboles, no más altos que un hombre. Pero crecían rectos, lo que indicaba que los helados vientos de las Barreras no tenían poder aquí. El no había olvidado las habilidades que en otro tiempo había aprendido de Alehaw. Habría caza en las colinas, y podrían vivir bajo el cielo, como los dioses tenían previsto.

Sintió que él mismo se alzaba y crecía hasta que tuvo que abrir los brazos.

-Viviremos allí -dijo Yuli-. Los cuatro nos mantendremos unidos, pase lo que pase. -De un pliegue nevado de la ladera, que se confundía a lo lejos con el cielo, subía humo. Señaló. -Allí vive gente. Los obligaremos a que nos acepten. Éste será nuestro lugar. Los gobernaremos, y les enseñaremos nuestras costumbres. De ahora en adelante, nos guiaremos por nuestras propias leyes, y no las de otros.

Cuadrando los hombros, empezó a bajar por la ladera, entre unos árboles, seguido primero por Iskador, que caminaba orgullosamente, y luego por los demás.

Algunas de las intenciones de Yuli se cumplieron y otras no.

Después de varias vicisitudes fueron aceptados en una pequeña colonia, asentada en un pliegue de la montaña. Eran gente que vivía en un nivel muy primitivo; gracias a su osadía y a su conocimiento superior, Yuli y sus amigos lograron subyugar a la comunidad, gobernarla, y hacer que la gente cumpliera las leyes que ellos imponían.

Sin embargo, nunca llegaron a sentirse cómodos, porque las caras de los colonos parecían diferentes y el olonets que hablaban tenía un acento raro. Y descubrieron que esa colonia, a causa de las ventajas de su emplazamiento, temía permanentemente las incursiones de una colonia mayor situada no muy lejos, sobre las costas de un lago helado. Esas incursiones se repitieron en varias ocasiones en los años siguientes, con grandes sufrimientos y pérdida de vidas.

Sin embargo, Usilk y Yuli ganaron en astucia y así se mantuvieron, siempre como extraños, y construyeron unas formidables defensas contra los invasores de Dorzin, como se llamaba la colonia mayor. E Iskador enseñó a todas las jóvenes a construir arcos y a disparar con ellos, hasta que mostraron gran destreza. La próxima vez en que los invasores atacaron desde el sur, muchos murieron con flechas clavadas en el pecho, y ya no hubo más ataques desde allí.

Sin embargo, las temperaturas eran inclementes, y avalanchas de nieve caían de las montañas. Las tormentas no tenían fin. Sólo en las bocas de las cavernas podían cultivar algunos granos agusanados o mantener unos pocos animales que les daban leche y carne, y que nunca crecían en número. Permanentemente sentían hambre o sufrían enfermedades que sólo se podían atribuir a los dioses malignos (Yuli no permitía que Akha fuera mencionado).

Sin embargo, Yuli tomó corno mujer a la hermosa Iskador, y la amó, y durante todos los días de su vida miró con agrado la cara ancha y fuerte. Tuvieron un hijo, un varón llamado Si, en memoria

Librodot

del viejo sacerdote de Pannoval, que sobrevivió a todos los sufrimientos y peligros de la infancia, y creció fuerte. También Usilk y Marcado se casaron; Usilk con una mujer pequeña y oscura llamada Isik, cuyo nombre se parecía curiosamente al de él.

Isik, a pesar de su pequeña estatura, podía correr como un gamo y era amable e inteligente. Marcado eligió a una chica llamada Justa: cantaba maravillosamente y le dio una vida de perros, y una hija que murió un año más tarde. Sin embargo, Yuli y Usilk nunca estuvieron de acuerdo. Aunque se unían frente a los riesgos comunes! a veces Usilk se mostraba hostil a Yuli o a sus planes, o lo engañaba cuando podía. Como había dicho el viejo sacerdote, hay hombres que nunca perdonan. Sin embargo, llegó una embajada de Dorzin, la colonia mayor, que había tenido graves pérdidas a causa de una peste. Habiendo oído hablar de la reputación de Yuli, le pidieron que gobernara Dorzin en reemplazo del líder muerto. Yuli aceptó, para alejarse de los problemas con Usilk, y él, Iskador y el niño vivieron junto al lago helado, donde abundaba la caza, y administraron firmemente las leyes.

Sin embargo, en Dorzin casi no había artes que aliviaran la monotonía de la dura existencia. Aunque la gente bailaba los días de fiesta, no tenían otros instrumentos musicales que raspadores y campanillas. Y no había religión, excepto el temor constante a los malos espíritus y la estoica aceptación del frío, la enfermedad y la muerte. De modo que Yuli se convirtió por fin en un verdadero sacerdote y trató de inspirar en la gente su propia vitalidad espiritual. La mayoría de los hombres rechazaba lo que él decía, porque, aunque lo habían aceptado, venía de tierras extrañas, y ellos eran demasiado perezosos para aprender cosas nuevas. Pero Yuli les enseñó a amar todos los aspectos del cielo.

Sin embargo, la vida era vigorosa dentro de él y de Iskador y de Si, y nunca dejaron morir la esperanza de que estaban al comienzo de tiempos mejores. Yuli conservaba la visión que se le había concedido en las montañas: era posible un modo de vida más jubiloso que el inmediato, más seguro, menos sometido a las acechanzas de los elementos.

Sin embargo, Yuli y la hermosa Iskador envejecieron, y sintieron más frío a medida que pasaban los años.

Sin embargo, amaban el lugar junto al lago, donde vivían, y en memoria de otra vida y de otras expectativas, le dieron el nombre de Oldorando.

Hasta aquí puede llegar la historia de Yuli, hijo de Alehaw y de Onesa.

La historia de sus descendientes, y de lo que les ocurrió, es mucho más larga. Sin que ellos lo supieran, Freyr se acercaba al mundo helado; porque había una verdad oculta en las misteriosas escrituras que Yuli rechazaba, y el cielo glacial se convertiría con el tiempo en un cielo de fuego. Tan sólo cincuenta años heliconianos después del nacimiento de su hijo, una primavera de verdad visitaría el mundo inclemente que habían conocido Yuli y la hermosa Iskador.

Un mundo nuevo estaba ya a punto de nacer.

EMBRUDDOCK

Y dijo Shay Tal:

Pensáis que vivimos en el centro del universo. Yo digo que vivimos en el centro de una granja. Nuestra posición es tan confusa que no podéis comprender hasta qué punto es confusa.

Esto os digo a todos. En el pasado, en el largo pasado, ocurrió cierto desastre. Fue tan completo que nadie puede saber ahora en qué consistió ni cómo se produjo. Sólo sabemos que trajo un frío y una oscuridad que duraron mucho tiempo.

Tratáis de vivir lo mejor posible. Está bien, está bien; vivid bien, amaos los unos a los otros, sed amables. Pero no pretendáis que ese desastre no tiene ninguna relación con vosotros. Puede haber ocurrido hace largo tiempo; pero infecta cada día de nuestras vidas. Nos envejece, nos desgasta, nos devora, arranca de nosotros a nuestros hijos. No sólo nos hace ignorantes; consigue que amemos nuestra ignorancia. Estamos enfermos de ignorancia.

Voy a proponeros una cacería del tesoro, una búsqueda, si queréis. Una búsqueda en que todos

Librodot

vosotros podéis participar. Quiero que tengáis conciencia de nuestra caída y que estéis constantemente al acecho de todo aquello que pueda revelarnos la naturaleza de esa caída. Tenemos que reunir los fragmentos de lo que ha ocurrido y nos ha relegado a esta granja helada; luego quizá podamos mejorar nuestra suerte y evitar que el desastre vuelva a caer sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Este es el tesoro que os ofrezco. El conocimiento. La verdad. Los teméis, sí. Pero tenéis que buscarlos. Tenéis que crecer y amarlos.

MUERTE DE UN ABUELO

El cielo era negro, y hombres con antorchas venían de la puerta del sur. Estaban envueltos en abrigos de piel y marchaban levantando los pies a causa de la nieve que cubría las calles. ¡Llegaba el hombre santo! ¡Llegaba el hombre santo!

El joven Laintal Ay estaba escondido en la galería del templo en ruinas, con la cara brillante de excitación. Miraba la procesión que pasaba entre las viejas torres de piedra, cubiertas ambas, en el lado este, por la nieve caída más temprano. Observó que sólo había color en el chisporroteante extremo de las antorchas, en la punta de la nariz del padre santo y en las lenguas del tiro de seis perros. En todos los casos, el color era rojo. El cielo pesadamente cargado, de donde había desaparecido el centinela Batalix, había desteñido los demás colores.

El padre Bondorlonganon, de la distante Borlien, era grueso, y el abrigo de enormes pieles, de un tipo que no se usaba en Oldorando, lo hacía aún más grueso. Había venido solo a Oldorando: los hombres que lo acompañaban eran cazadores locales, y Laintal Ay los conocía a todos. El muchacho miró con atención la cara del padre, porque pocas veces recibían extranjeros. El había sido más pequeño y menos fuerte durante la última visita del hombre santo.

La cara del hombre santo era oval, y estaba profusamente cubierta de arrugas horizontales, donde las facciones, como los ojos, se situaban como podían. Las líneas de las arrugas parecían comprimirle la boca y alargarla en una mueca cruel. Detuvo el trineo y miró alrededor con suspicacia. Nada en su actitud sugería que le gustara estar nuevamente en Oldorando. Volvió los ojos al templo: esta visita era necesaria porque Oldorando había matado a los sacerdotes algunas generaciones antes, como él sabía. La mirada incómoda se detuvo un instante en el muchacho de pie entre dos pilares cuadrados.

Laintal Ay devolvió la mirada. Le pareció que los ojos del sacerdote eran crueles y taimados; pero por supuesto, no esperaba nada bueno de un hombre que venía a cumplir los últimos ritos junto a un abuelo agonizante.

Sintió el olor de los perros mientras pasaban, y el de la brea de las antorchas encendidas. La procesión giró y continuó por la calle principal, alejándose del templo. Laintal Ay no se decidía a seguirla. Se quedó en los escalones, abrazándose a sí mismo, mirando cómo la llegada del trineo atraía a la gente de las torres, a pesar del frío.

La procesión se detuvo en la oscuridad, al final de la calle, bajo la gran torre donde vivía la familia de Laintal Ay. Los esclavos salieron a ocuparse de los perros -serían alojados en el establo, al pie de la torre- mientras el padre santo bajaba rígidamente del trineo y entraba sin ceremonias.

Al mismo tiempo un cazador se acercó al templo desde la puerta sur. Era un hombre de barba negra y porte desafiante llamado Aoz Roon, a quien el muchacho admiraba grandemente. Detrás de él, con unos grillos cerrados sobre los córneos tobillos, caminaba arrastrándose un viejo phagor esclavo, Myk.

-Veo, Laintal, que el padre ha llegado de Borlien. ¿No irás a darle la bienvenida?

-No.

-¿Por qué? Lo recuerdas, ¿no es verdad?

-Si él no hubiera venido, mi abuelo no estaría ahora agonizando. Aoz Roon le dio una palmada en el hombro.

Librodot

-Eres un buen muchacho; sobrevivirás. Un día, tú mismo gobernarás Embruddock. -Embruddock era el antiguo nombre de Oldorando, el nombre habitual antes de que llegara el grupo de Yuli, dos generaciones antes del actual Yuli, que ahora yacía aguardando los ritos del sacerdote.

-Preferiría ver vivo al abuelo a ser un jefe.

Aoz Roon movió la cabeza.

-No digas eso. Cualquiera gobernaría, si tuviera la ocasión. Yo lo haría.

-Serías un buen jefe, Aoz Roon. Cuando crezca, seré como tú: lo sabré todo y lo cazaré todo.

Aoz Roon rió. Laintal Ay pensó que tenía una hermosa figura, con dientes que relampagueaban entre los labios barbados. Veía en él ferocidad, pero no falsedad, como en el sacerdote. Aoz Roon era un ser heroico por muchos motivos. Tenía una hija natural llamada Oyre, casi de la edad de Laintal Ay. Y usaba un traje de pieles negras como no se conocía otro, hecho con la piel de un gigantesco oso de las montañas que él mismo había matado.

Aoz Roon dijo: -Ven, tu madre querrá que estés allí en este momento. Súbete a Myk, que te llevará.

El gran phagor blanco ofreció las manos córneas a Laintal Ay, que subió por los brazos a los hombros inclinados. Myk había servido en Embruddock durante largo tiempo; los phagors vivían más que los hombres. Le habló a Laintal Ay con una voz pastosa y sofocada: -Vamos, muchacho.

Laintal Ay se aferró a los cuernos del dos filos. Aunque, como símbolo de esclavitud, los agudos dobles filos habían sido pulidos y aserrados.

Las tres figuras avanzaron a lo largo de la calle gastada por los años, encaminándose al calor mientras la oscuridad se cerraba en otra de las incontables noches del invierno, un invierno que imperaba desde hacía siglos en ese continente tropical. La nieve pulverizada de las cumbres, arrancada por el viento, caía levemente. Apenas el padre santo y los perros penetraron en la gran torre, los espectadores desaparecieron en sus viviendas. Myk depositó a Laintal Ay sobre la nieve pisoteada. El muchacho saludó a Aoz Roon sacudiendo alegremente el brazo, mientras corría hacia las puertas dobles en la base del edificio.

Un hedor a pescado lo recibió en la oscuridad. El tiro de perros había sido alimentado con peces gotas arponeados en el helado Voral. Los animales saltaron cuando entró el muchacho, ladrando con fiereza y mostrando los afilados dientes. El esclavo humano que acompañaba al padre gritaba sin éxito que no molestaran. Laintal Ay les respondió con un gruñido, las manos abrigadas debajo de los brazos, y subió las escaleras de madera.

Se filtraba la luz desde lo alto. Sobre el establo había seis pisos. Él dormía en un rincón de la primera planta. La madre y los abuelos, en el piso superior. Y entre ambos residían varios cazadores al servicio del abuelo.

Ocupados en empacar, le volvían la espalda. Cuando llegó a sus habitaciones, Laintal Ay se encontró con que habían subido allí las escasas pertenencias del padre Bondorlonganon. El hombre se había instalado, y allí dormiría. Roncaría seguramente; era la norma entre los adultos. Se quedó mirando la manta del sacerdote, asombrado por la extraña textura, antes de subir a la habitación donde estaba el abuelo.

Laintal Ay se detuvo y asomó la cabeza por la puerta trampa, mirando todo desde la perspectiva del suelo. Ésa era realmente la habitación de la abuela, la habitación de Loil Bry desde los días de su juventud y desde los días del padre de ella, Wall Ein Den, que había sido señor de la tribu de Den y señor de Embruddock. Estaba llena de la sombra de Loil Bry. Ella se encontraba de espaldas al fuego que ardía en un brasero de hierro, junto a la abertura por donde su nieto espiaba. La sombra se erguía, amenazadora, en las paredes y el techo bajo. Del vestido de telar que la abuela llevaba siempre, sólo aparecía en las paredes un contorno incierto, con las mangas convertidas en alas. Loil Bry y su sombra parecían dominar a las otras tres personas del cuarto. En la cama, en un rincón, yacía Pequeño Yuli, con el mentón sobresaliendo de las pieles. Tenía veintinueve años de edad, y estaba consumido. El anciano murmuraba. Loilanun, la madre de Laintal Ay, estaba cerca de él, con las manos en los codos, y una expresión de hondo pesar en el rostro pálido. Todavía no había visto a su hijo. El hombre de Borlien, el padre Bondorlonganon, estaba sentado junto a Laintal Ay, con los ojos cerrados, rezando en voz alta.

La plegaria y el resto de la escena habían detenido a Laintal Ay. Normalmente adoraba esa habitación, repleta de los misterios de la abuela. Loil Bry sabía muchas cosas fascinantes, y en cierta medida había tomado el lugar del padre de Laintal Ay, muerto durante una cacería de pinzasacos.

Un pinzasaco era la causa del olor a miel fétida de la habitación. El monstruo había sido cazado recientemente, y trasladado a la vivienda pedazo a pedazo. El caparazón, cortado a hachazos, ayudaba a alimentar el fuego y mantener el frío a distancia. La seudo-madera ardía con una llama amarilla, crepitando.

Laintal Ay miró la pared del oeste. Allí estaba la ventana de porcelana de la abuela. La débil luz exterior le daba un sombrío fulgor anaranjado, que apenas podía competir con la luz del fuego.

-¡Qué raro está todo! -dijo por fin.

Subió otro peldaño, y los brillantes ojos del brasero lo iluminaron.

El padre terminó sin prisa la plegaria a Wutra y abrió los ojos. Aprisionados entre las comprimidas líneas horizontales de la cara, no podían abrirse mucho, pero el padre los fijó afectuosamente en el muchacho y dijo sin previo saludo: -Ven aquí, hijo. Te he traído una cosa de Borlien.

-¿Qué es? -Laintal Ay tenía las manos detrás de la espalda.

-Ven a ver.-¿Es una daga?

-Acércate. -El sacerdote no se movía en el asiento, Bry sollozaba, el anciano agonizante gemía, el fuego crepitaba.

Laintal Ay se acercó al sacerdote. No entendía que alguien pudiera vivir en un sitio que no fuera Oldorando. Oldorando era el centro del universo, y más allá se extendía el infinito desierto helado de donde de vez en cuando brotaban invasiones de phagors.

El padre Bondorlonganon sacó un perrito que puso en la mano del muchacho. Era apenas mayor que la palma de la mano. Estaba labrado en cuerno de kaidaw, observó Laintal Ay, y los detalles eran encantadores. Un grueso pelaje le cubría el cuerpo, y las patas tenían unas almohadillas diminutas. Lo examinó un rato antes de descubrir que la cola se movía. Si se empujaba hacia arriba y abajo, la mandíbula inferior del perro se abría y cerraba.

Nunca había habido un juguete así. Laintal Ay corrió por la habitación excitado, ladrando, y su madre se precipitó a calmarlo, y lo abrazó.

-Un día este muchacho será el Señor de Oldorando -dijo Loilanun al padre-. Heredará.

-Mejor sería que amara el conocimiento y estudiara para saber -dijo Loil Bry, casi en un aparte-. Como hizo mi Yuli. -Volvió a sollozar cubriéndose la cara con las manos.

El padre Bondorlonganon abrió un poco más los ojos y preguntó la edad de Laintal Ay.

-Seis años y cuarto. -Sólo los extranjeros preguntaban esas cosas.

-Bueno, ya casi eres un hombre. El año próximo serás un cazador, así que pronto tendrás que decidirte. ¿Qué prefieres, el poder o el conocimiento?

Laintal Ay miró el suelo.

-Las dos cosas, señor... O lo más fácil de conseguir.

El sacerdote rió y se apartó del muchacho con un gesto, volviendo a sus responsabilidades. Ya se había mostrado cordial; ahora, al trabajo. El trato con la muerte le había afinado el oído, y había advertido un cambio en el ritmo de la respiración de Pequeño Yuli. El anciano estaba a punto de abandonar este mundo y emprender un peligroso viaje a lo largo de su octava de tierra hacia el mundo de obsidiana de los coruscos. Con la ayuda de las mujeres, Bondorlonganon extendió el cuerpo del jefe de costado, con la cabeza hacia el oeste. Complacido porque el interrogatorio había terminado, el muchacho rodó por el suelo luchando con el perro de hueso, ladrando en voz baja mientras el perro movía furiosamente la quijada. El abuelo de Laintal Ay murió durante una de las peleas de perros más encarnizadas de la historia del mundo.

El día siguiente, Laintal Ay trató de mantenerse cerca del sacerdote de Borlien, por si tenía más juguetes ocultos entre las vestiduras. Pero el sacerdote estaba ocupado visitando a los enfermos, y, en todo caso, Loilanun no dejó de vigilar a su hijo.

El carácter naturalmente rebelde de Laintal Ay encontró un obstáculo en las disputas que estallaron en seguida entre la madre y la abuela. Esto le sorprendió tanto más porque las mujeres se

habían mostrado afecto cuando el abuelo vivía. El cuerpo de Yuli, llamado así en recuerdo del sacerdote que había venido de las montañas con Iskador, fue transportado en una carreta, tieso como un cuero helado, como si su último acto de voluntad hubiese sido mantenerse rígidamente alejado de las caricias de su mujer. La ausencia del abuelo había dejado en la habitación un rincón negro en el que estaba agachada Loil Bry, volviéndose sólo para reprender a Loilanun.

Todos los miembros de la tribu eran robustos, con una gruesa capa de grasa subcutánea. Loil Bry conservaba aún el renombrado porte de años atrás, aunque tenía el pelo gris y la cabeza hundida entre los hombros mientras miraba la cama fría del hombre a quien había amado durante media vida, desde que lo viera por primera vez: un invasor herido.

Loilanun era de una materia más pobre. La energía, el poder de amar, la ancha cara con ojos inquisitivos como barcas negras, habían pasado de largo por Loilanun, directamente de Loil Bry al joven Laintal Ay. Loilanun era delgada y de piel amarillenta, y desde la muerte de su marido, muy joven, vacilaba al andar. Y vacilaba también, quizás, cuando intentaba emular la majestad con que la madre dominaba el mundo del conocimiento. Estaba irritada ahora, mientras Loil Bry se lamentaba casi continuamente en el rincón.

-Basta, madre. Tu llanto me ataca los nervios.

-Tú has sido demasiado débil para llorar a tu hombre. Yo lloraré y lloraré hasta que me muera. Lloraré sangre.

-Mucho bien te hará. -Loilanun le ofreció pan a su madre; ella lo rechazó con un gesto desdeñoso-. Lo ha hecho Shay Tal.

-No comeré.

-Yo lo quiero, mamá -dijo Laintal Ay.

Aoz Roon llegó a la puerta de la torre y llamó; traía de la mano a su hija Oyre. Oyre, un año menor que Laintal Ay, lo saludó alegremente cuando él y Loilanun se asomaron a la ventana.

-Sube a ver mi perro de juguete, Oyre. Es un verdadero guerrero, como tu padre.

Pero la madre volvió a meterlo otra vez en la habitación y le dijo secamente a Loil Bry: -Es Aoz Roon, quiere acompañarnos al entierro. ¿Puedo decirle que sí?

Meciéndose ligeramente, y sin mirar, la mujer mayor respondió: -No confíes en nadie. No confíes en Aoz Roon. Es demasiado atrevido. Él y sus amigos esperan apoderarse de la sucesión.

-Tenemos que confiar en alguien. Tú debes gobernar ahora, madre.

Loil Bry rió amargamente y Loilanun miró a su hijo, que aferraba, sonriendo, el perrito de hueso.

-Entonces lo haré yo, hasta que Laintal Ay sea un hombre. Él será el Señor de Embruddock.

-Eres una necia si crees que Nakhri lo permitirá -respondió la anciana.

Loilanun no replicó; en los labios se le dibujó una línea amarga, vio la cara expectante del hijo, y bajó los ojos a las pieles que cubrían el suelo. Sabía que las mujeres no gobernaban. Todavía no habían enterrado al padre, y ya el poder de la madre sobre la tribu se perdía alejándose corno las aguas del río Voral, nadie sabía hacia dónde. Dando una brusca media vuelta, gritó por la ventana, sin mas:

-Sube.

Tan avergonzado quedó Laintal Ay por esa mirada de su madre (como si ella hubiese advertido que él jamás podría compararse con el abuelo, y menos aún con el más antiguo portador del nombre de Yuli) que no se movió, demasiado herido para recibir a Oyre cuando entró en la habitación junto con el padre.

Aoz Roon tenía catorce años; era un hermoso y arrogante cazador que luego de sonreír con simpatía a Loilanun y de tirar levemente del pelo a Laintal Ay, dio el pésame a la viuda. Era el año Diecinueve después de la Unión, y Laintal Ay ya tenía sentido de la historia. Se agazapaba en los rincones de olor indefinible de esa vieja y húmeda habitación, entre líquenes y telarañas. La palabra historia le recordaba los lobos que aullaban bajo las torres, con la grupa cubierta de nieve, mientras algún héroe viejo y huesudo exhalaba el último aliento.

No sólo había muerto el abuelo Yuli. También Dresyl. Dresyl, primo hermano de Yuli, tío abuelo de Laintal Ay, padre de Nahkri y de Klils. El sacerdote había sido llamado, y Dresyl se había hundido rígidamente en el polvo, el polvo de la historia.

Librodot

El muchacho recordaba con afecto a Dresyl, pero temía a sus belicosos tíos, los hijos de Dresyl, Nahkri y el menor, Klils. Por lo que había entendido pensaba que, a pesar de lo que dijera su madre, serían el jactancioso Nahkri y su hermano quienes gobernarían. Por lo menos eran jóvenes. Él se convertiría en un buen cazador, y entonces ellos lo respetarían en lugar de ignorarlo, como ahora. Aoz Roon ayudaría.

Aquel día los cazadores no abandonaron la aldea. Todos asistieron al funeral de su antiguo señor. El padre santo había dicho dónde tenía que estar la tumba, junto a una piedra labrada y un manantial de arenas calientes que ablandaba el suelo en que cavarían la fosa.

Aoz Roon escoltó a las dos mujeres, la esposa y la hija de Pequeño Yuli. Les seguían Laintal Ay y Oyre, hablando en voz baja, y luego los esclavos y Myk, el phagor. Laintal Ay movía el perro ladrador para hacer reír a Oyre.

El frío y el agua creaban un curioso escenario para la ceremonia. Manantiales, fumarolas, géisers brotaban del suelo al norte de la aldea, entre rocas desnudas. Levantada por el viento, el agua de varios géisers se extendía hacia el oeste como una cortina, congelándose antes de tocar el suelo en complicadas formas fantásticas que se entrelazaban como cuerdas. Aguas más calientes ablandaban esa estructura, de modo que de vez en cuando algunos trozos se quebraban y caían con ruido al suelo rocoso, donde se fundían lentamente.

Se había excavado una fosa para el antiguo héroe y conquistador de Embruddock. Dos hombres con cubos de cuero estaban sacándole el agua. Envuelto en una tela basta, sin adornos, Pequeño Yuli descendió a la fosa. No lo acompañaba ningún objeto. La gente de Campannlat, o mejor, quienes se preocupaban por saberlo, no ignoraban cómo era estar abajo, en el mundo de los coruscos: nadie podía llevar nada que le sirviera.

Toda la población de Oldorando, unos ciento setenta hombres, mujeres y niños, se apretujaba alrededor de la tumba.

Entre la muchedumbre había también perros y gansos, que miraban todo al modo nervioso de los animales, en tanto que los seres humanos asistían pasivamente, desplazando el peso del cuerpo de uno a otro pie. Hacía frío. Batalix estaba alto, pero entre nubes; Freyr, una hora después del amanecer, se encontraba aún en el este.

La gente era de tez oscura y fuerte complexión, con los torsos y miembros como toneles que caracterizaban a todos los habitantes del planeta en ese período. El peso de los adultos era aproximadamente de doce staynes, según la media local, sin mucha diferencia entre hombres y mujeres. Más tarde, ocurrirían drásticos cambios. Había dos grupos similares en número, envueltos en el vapor que ellos mismos emitían: uno era el de los cazadores y sus mujeres, y el otro el de los miembros de las corporaciones y sus mujeres. Los cazadores vestían pieles de reno, con el áspero pelaje tan apelmazado que ni siquiera las fuertes neviscas lograban separar los pelos. Los miembros de las corporaciones llevaban ropas más ligeras, generalmente rojizas pieles de ciervo, apropiadas para una vida más recogida. Uno o dos cazadores llevaban ostentosas pieles de phagor; pero en general se pensaba que eran demasiado grasientas y pesadas.

De ambos grupos subía un vaho de vapor que la brisa disipaba. La humedad brillaba en los abrigos. Todos permanecían inmóviles, mirando. Algunas de las mujeres, recordando fragmentos de la vieja religión, arrojaron una enorme hoja de brassimipo cada una, lo único verde que abundaba. Las hojas revolotearon al azar, girando y entrechocándose. Algunas cayeron al hoyo mojado.

Bondorlonganon continuó, imperturbable. Apretando los ojos como si estuviese dispuesto a partirlos como nueces, recitó la plegaria prescrita a los paganos allí reunidos. Con palas, echaron barro al pozo.

Todo esto se hizo con brevedad, por respeto al clima y a su efecto sobre los vivientes. Cuando el hoyo estuvo lleno, Loil Bry lanzó un grito terrible. Corrió y se arrojó sobre la tumba. Aoz Roon se precipitó a levantarla, mientras Nahkri y su hermano miraban con los brazos cruzados, casi divertidos.

Loil Bry se liberó de Aoz Roon. Se inclinó, tomó dos puñados de barro y se frotó el pelo y la cara, gritando. Laintal Ay y Oyre rieron. Era divertido ver a los adultos haciendo tonterías.

El hombre santo continuó el servicio como si nada hubiera ocurrido, pero arrugó la cara,

Librodot

disgustado. Ese lugar miserable, Embruddock, era famoso por su falta de religión. Pues bien: los coruscos sufrirían, hundiéndose en la tierra hasta la roca original.

Alta y anciana, la viuda de Pequeño Yuli escapó entre las quebradizas estructuras de hielo, a través de la niebla, hacia el helado Voral. Los gansos huían espantados mientras ella corría sollozando por la costa, una vieja loca de veintiocho duros inviernos. Unos niños rieron hasta que las madres, avergonzadas, los hicieron callar.

La desatinada señora hacía cabriolas sobre el hielo, con movimientos rígidos y tambaleantes, como un títere. La oscura figura gris se destacaba sobre los grises, blancos y azules del desierto ante el que se representaban todos los dramas. Como Loil Bry, las otras gentes estaban balanceándose al borde de un gradiente de entropía. La risa de los niños, el dolor, la locura, el disgusto, eran las expresiones humanas de la guerra contra el frío perpetuo. Ninguno de ellos lo sabía; pero la guerra estaba decidiéndose a favor de los humanos. Pequeño Yuli, como su gran antepasado Yuli el Sacerdote, el fundador de la tribu, había venido del hielo y de la oscuridad eterna. El joven Laintal Ay era un precursor de la luz por venir.

La conducta escandalosa de Loil Bry dio sabor al festejo celebrado después del funeral. Todos acudieron. Pequeño Yuli era afortunado, o así se decía, porque su padre le daría la bienvenida al mundo de los coruscos. Los que habían sido súbditos de Pequeño Yuli no sólo celebraban que hubiera partido sino otro viaje más terrenal: el regreso a Borlien del hombre santo. El sacerdote tenía que hartarse, para ese fin, de rathel y vino de cebada, que alejarían el frío durante el viaje de retorno.

Los esclavos -también borlieneses, lo que no inquietaba al padre Bondorlonganon- fueron enviados a cargar el trineo y poner los arneses a los perros. Laintal Ay y Oyre acompañaron al trineo hasta la puerta sur junto con la alegre multitud.

La cara del sacerdote se estrujó en una especie de sonrisa cuando vio al muchacho. Bruscamente se inclinó y lo besó en los labios.-¡Poder y conocimiento para ti, hijo!

Demasiado impresionado, Laintal Ay no respondió, y alzó el perro de juguete a modo de saludo.

Esa noche, en las torres, sobre la última botella, se volvieron a narrar historias de Pequeño Yuli, y de cómo él y su tribu habían llegado a Embruddock. Y de lo mal que los habían recibido.

Mientras los perros arrastraban por la llanura al padre Bondorlonganon, en conserva, hacia Borlien, las nubes se entreabrieron. Allá arriba las estrellas pródigas enjoyaban el cielo nocturno.

Entre las constelaciones y las estrellas Jijas había una luz que serpenteaba. No era un cometa, sino el Avernus, la Estación Observadora Terrestre.

Desde el suelo, la estación se veía apenas como un punto luminoso, contemplado casualmente por algunos viajeros o tramperos. De cerca era un conjunto irregular de distintas unidades, con ciertas Junciones especializadas.

El Avernus llevaba a bordo cinco mil hombres, mujeres, niños y androides; todos los adultos estaban especializados en algún aspecto del planeta que tenían debajo. Heliconia. Un planeta semejante a la Tierra, y de particular interés para los habitantes de la Tierra.

EL PASADO QUE ERA COMO UN SUEÑO

Laintal Ay, dominado por el calor y la fatiga, se durmió mucho antes de que el festejo terminara. Las historias se sucedían por encima de él, así como soplaban los vientos sobre el planeta, con una helada furia posesiva.

Las historias hablaban de las actividades de los hombres, y por encima de todo, de su heroísmo; de cómo los enemigos habían sido derrotados, y en particular esta noche, después del entierro, de cómo el primer Yuli había descendido de las tinieblas en busca de un nuevo modo de vida.

Yuli se apoderaba de la imaginación de los hombres porque había sido sacerdote, y sin embargo, había abandonado la fe en favor de la gente. Había combatido y derrotado dioses que ahora no tenían

nombre.

Una cualidad elemental del carácter de Yuli, algo que se encontraba entre la crueldad y la honestidad, despertaba una respuesta en la tribu. La leyenda crecía. Y por eso incluso su bisnieto, otro «Pequeño» Yuli, podía preguntarse en momentos de crisis «¿Qué habría hecho Yuli?». El primer lugar que llamó Oldorando, al que había ido desde las montañas con Iskador, no prosperó. Estaba precariamente situado a orillas de un lago helado, el lago Dorzin, y apenas conseguía sobrevivir, doblegado ante las furias elementales del invierno, ignorando que esas furias estaban a punto de agotarse. De todo esto no hubo la menor señal durante la vida de Yuli y quizá por ese mismo motivo la generación que residía en las torres de piedra de Embruddock se complacía en recordarlo una y otra vez: era el antepasado que había vivido en el profundo invierno. Representaba la supervivencia de todos. Esta leyenda prologaba la posibilidad de un cambio en el clima.

Como las colmenas de ciudades de la vasta cadena montañosa de Quzint, aquella primera Oldorando de madera estaba próxima al ecuador, en el centro del extenso continente tropical de Campannlat. Nadie, en tiempos de Yuli, tenía idea de ese continente: el mundo se limitaba al asentamiento y al territorio de caza. Sólo Yuli había visto las tundras y estepas que se extendían al norte de la cordillera de Quzint; sólo él conocía las estribaciones inferiores de ese enorme accidente natural que formaba el extremo occidental del continente y recibía el nombre de las Barreras. Allí, entre las heladas, los volcanes situados por encima de los cuatro mil metros sobre el nivel de mar añadían su propio tipo de intransigencia a la temperatura, desplegando un manto de lava sobre las antiguas rocas de Heliconia.

El primer Yuli no había conocido los espantosos territorios de Nktryhk.

Al este de Campannlat asomaba la Cordillera Oriental. Oculta a los ojos de Yuli y todos los demás hombres por nubes y tormentas, la tierra se abrazaba a sí misma en una serie de enormes cadenas de montañas que culminaba en un escudo volcánico por el que se abrían paso los glaciares, que descendían de unos riscos de catorce mil metros de altura. Allí los elementos, el fuego, la tierra, el aire, coexistían en estado casi puro, contenidos por una furia helada demasiado grande para permitir que se fundieran en aleaciones menos opuestas. Sin embargo, incluso allí, en una época algo posterior -la de la muerte de Pequeño Yuli- y hasta en las laderas de hielo que ascendían casi a la estratosfera, se podía observar la presencia de phagors, que se aferraban a la vida y disfrutaban de las tempestades. Los phagors conocían el aullante desierto blanco del Escudo Oriental. Lo llamaban Nktryhk; creían que era el trono de un mago blanco que expulsaría del mundo a los Hijos de Freyr, esas odiadas cosas humanas.

Extendiéndose de norte a sur a lo largo de casi seis mil kilómetros, Nktryhk separaba la zona interior del continente de los glaciares mares del este. Aquellos mares rompían contra los farallones verticales de Nktryhk, que se alzaban a mil ochocientos metros de altura sobre el agua. Las olas se convertían en hielo al proyectarse hacia arriba, cubriendo los riscos de carámbanos o volviendo a caer entre las olas como granizo. De esto nada sabían las dispersas tribus humanas.

Las generaciones vivían de la caza. La caza era el tema de la mayoría de las historias. Aunque los cazadores salían en grupos y se ayudaban mutuamente, en última instancia la caza siempre dependía del valor de un solo hombre enfrentando a la bestia salvaje que se volvía contra él. Vivía o moría. Si vivía, los demás, los niños y las mujeres que quedaban atrás, también podían vivir. Si moría, la tribu podía morir.

De modo que la gente de Yuli, el pequeño grupo de la orilla del lago helado, vivía como tenía que hacerlo, tan comprometida con su propia existencia como los animales. A quienes oían la narración les encantaban los cuentos sobre el asentamiento del lago. Las artes que se habían empleado allí al principio se recordaban aún con tanta minucia que los mismos métodos se empleaban ahora en el Voral. Se colocaban cabezas de ciervo en agujeros abiertos en el hielo, junto a la costa, para atraer a las muy apreciadas anguilas, exactamente como había hecho Yuli antes.

La gente de Yuli luchaba también contra gigantescos pinzasacos, mataba ciervos y jabalíes, y se defendía contra las incursiones de phagors. En ciertos períodos se cultivaban rápidas cosechas de centeno y cebada. Se bebía la sangre de los enemigos.

Los hombres y mujeres producían pocos niños. En Oldorando, éstos maduraban hacia los siete

Librodot

años y envejecían a los veinte. Incluso cuando reían y eran felices, el hielo estaba cerca.

El primer Yuli, el lago helado, los phagors, el frío intenso, el pasado que era como un sueño: todos conocían estos vividos elementos de la leyenda. Porque el pequeño rebaño de seres que vivía cobijado en Embruddock tenía límites que ellos ignoraban. En la pubertad, los vestían con pieles de animales; los animales estaban alrededor, en todas partes. Pero los sueños, y ese pasado parecido a un sueño, eran como una nueva dimensión, en la que todos podían vivir.

Estrechamente apretujada en la torre de Nahkri y Klils, después del funeral de Pequeño Yuli, la tribu se complacía una vez más en compartir el pasado que era como un sueño. Para hacer el pasado más vivido -o quizás el presente más borroso- todos bebían rathel, servido por los esclavos de Nahkri. El rathel era, después de la roja sangre, el líquido más precioso de Embruddock.

El funeral de Pequeño Yuli les había dado la oportunidad de romper la invariable rutina, dejando suelta la imaginación. Por eso volvían a contar la gran historia del pasado, de las dos tribus que se habían unido como se unen el hombre y la mujer. El relato pasaba de boca en boca, como la jarra de rathel; un narrador sucedía a otro casi sin pausa.

Los niños de la tribu estaban allí; los ojos les brillaban a la luz del rescoldo mientras probaban sorbos de rathel de las jarras de madera de los padres. La narración que escuchaban se conocía como la Gran Historia. En todas las fiestas, en los entierros, en las iniciaciones, o en el festival del Doble Ocaso, era seguro que alguien exclamaría, cuando la oblicua oscuridad se acercara: - ¡Oigamos la Gran Historia!

Era la historia del pasado, y mucho más. Era todo el arte que tenía la tribu. No conocían la música, ni la pintura, ni la literatura, ni casi nada que fuera hermoso. El frío había devorado los primeros brotes. Pero quedaba el pasado que era como un sueño, y que sobrevivía para ser contado.

Nadie escuchaba con más atención este relato que Laintal Ay, cuando lograba mantenerse despierto. Uno de sus temas era la unión de dos partes en conflicto; lo comprendía bien, pues el conflicto escondido en esa unión -para la tribu artículo de fe- era parte de la vida familiar. Sólo más tarde, cuando creció, descubrió que nunca había habido ninguna unión, sólo disensiones encubiertas. Pero los narradores que se habían reunido en esa habitación sofocante, en el Año Diecinueve después de la Unión, conspiraban complacidos contando la Gran Historia como si el tema principal fuera la unidad y el éxito. En eso consistía el arte de narrar.

Los narradores se ponían de pie uno tras otro, declamando su parte con poca o mucha desenvoltura. Los primeros hablaron del Gran Yuli, y de cómo había venido desde los blancos desiertos del norte de Pannoval hasta el lago helado de Dorzin. Pero una generación da paso a otra, incluso en la leyenda, y pronto se alzaba otro narrador para recordar a aquellos, apenas menos poderosos, que habían seguido a Yuli. Quien hablaba ahora era la partera, Rol Sakil, que tenía a su lado a su hombre y a su bonita hija, Dol; ponía cierto énfasis en los aspectos más picantes del relato, cosa que era muy apreciada por la audiencia.

Mientras Laintal Ay dormitaba en el cuarto sofocante, Rol Sakil habló de Si, hijo de Yuli y de Iskador. Si llegó a ser el principal cazador de la tribu, y todos le temían, porque sus ojos miraban en distintas direcciones. Tornó una mujer nacida en el lugar, llamada Cretha o, según el estilo de su propia tribu, Cre Tha Den, que le dio un hijo llamado Orfik y una hija llamada Iyfilka. Orfik e Iyfilka crecieron fuertes y valerosos, en una época en que era raro que los dos hijos de una familia sobrevivieran. Iyfilka iba con Sargotth, o Sar Gotth Den, a pescar myllks -los peces de dos brazos - debajo del hielo, en el lago Dorzin. Iyfilka dio a Sar Gotth un hijo al que llamaron Dresyl Den, un nombre famoso en la leyenda. Dresyl era el padre de los famosos hermanos Nahkri y Klils (risas). Dresyl era el tío abuelo de Laintal Ay.

-Te adoro, niñito mío -solía decir Iyfilka a su hijo, acariciándolo y sonriéndole. Pero en esa época las tribus de phagors recorrían los hielos en trineos tirados por kaidaws, atacando los asentamientos humanos. Tanto la dulce Iyfilka corno Sar Gotth perecieron en una de estas incursiones, mientras corrían por la desierta orilla del lago. Más tarde, hubo quien reprochó a Sar Gotth, por cobarde, o por no haber estado atento.

Llevaron al huérfano, Dresyl, a vivir con el tío Orfik, que tenía ya un hijo llamado Yuli, o Pequeño Yuli, como el bisabuelo. Aunque creció hasta alcanzar gran estatura, se llamó siempre

Librodot

Pequeño Yuli, en homenaje a la grandeza de su antepasado. Dresyl y Pequeño Yuli se hicieron amigos inseparables, y nunca dejaron de serlo a pesar de las pruebas que les tocó soportar. Ambos fueron en la juventud grandes luchadores y hombres sensuales que seducían a las mujeres den y causaban muchos problemas. Se podrían contar muchas cosas de ese tenor, si no estuvieran presentes ciertas personas (risas).

Todos decían que los primos hermanos Dresyl y Yuli eran muy parecidos, con fuertes caras oscuras, narices de halcón, pequeñas barbas rizadas y ojos vivos. Ambos eran despiertos y de buena talla. Ambos llevaban píeles de la misma clase y capuchas con adornos. Algunos enemigos profetizaban que tendrían igual destino, pero no fue así, como la leyenda explicará.

Por cierto, los hombres y mujeres ancianos cuyas hijas estaban en peligro anunciaban que la terrible pareja acabaría mal, y deseaban que ese día llegara cuanto antes. Sólo las hijas, acostadas con las piernas abiertas en la oscuridad y los amantes encima, sabían qué beneficiosos eran los primos hermanos, y qué diferentes uno del otro; sabían que interiormente Dresyl era un hombre duro, y Yuli suave y cosquilleante como una pluma. En este punto de la historia, Laintal Ay despertó. Se preguntó, soñoliento, cómo podía ser que el abuelo, tan encorvado, tan lerdo, hubiese hecho cosquillas alguna vez a las muchachas.

Uno de los hombres de las corporaciones continuó el relato.

Los viejos y el chamán de la tribu del lago se reunieron para decidir cómo castigar la concupiscencia de Dresyl y Yuli. Algunos escupían ira al hablar, porque en el fondo de sus corazones estaban celosos. Otros hablaban virtuosamente porque, a causa de la vejez, no podían seguir otro camino. (El narrador expuso crudamente esta sencilla sabiduría con una voz aflautada que hizo reír a la audiencia.)

La condena fue unánime. Aunque las enfermedades y las incursiones de los phagors diezmaban la tribu y todos los cazadores eran necesarios, los ancianos decidieron que Pequeño Yuli y Dresyl debían ser expulsados del poblado. Por supuesto, no se permitió que ninguna mujer hablase en favor de los amigos.

Se transmitió la decisión. Yuli y Dresyl no podían hacer otra cosa que marcharse. Mientras recogían sus armas y bienes, un trampero llegó medio muerto al campamento. Pertenecía a una tribu de la costa oriental del lago. Dijo que los phagors se acercaban nuevamente, esta vez en mayor número, a través del hielo. Mataban a todos los humanos que encontraban. Esto ocurría en el tiempo del doble ocaso.

Aterrorizados, los hombres del poblado pusieron a buen recaudo mujeres y posesiones e incendiaron las casas. En seguida marcharon hacia el sur. Yuli y Dresyl iban con ellos. Detrás, el fuego se alzaba en mantos negros y rojos, hasta que por último el lago se perdió de vista. Siguieron el río Voral, viajando día y noche, porque Freyr brillaba de noche en esa época. Los cazadores más capaces iban delante y a los lados del cuerpo principal, para alimentarlo y protegerlo. En esa emergencia, los pecados de Yuli y Dresyl fueron provisionalmente olvidados.

El grupo estaba formado por treinta hombres, incluyendo a los cinco ancianos, treinta y seis mujeres, y diez niños de menos de diez años, la edad de la pubertad. Disponían de trineos, tirados por asokins y por perros. Les seguían numerosas aves y varias clases de perros; algunos eran poco más que lobos o chacales, o cruzamientos de ambos. Los cachorros de estos animales se daban a los niños, para que jugaran.

El viaje prosiguió varios días. La temperatura era agradable, aunque la caza escaseaba. Un alba de Freyr, los cazadores Baruin y Skelit, destacados como exploradores, regresaron diciendo que habían alcanzado a ver una extraña ciudad.

-El río se encuentra con un torrente helado, y el agua se eleva con gran ruido. Y hay unas poderosas torres de piedra que se alzan hacia el cielo. -Ese fue el informe de Baruin, y la primera descripción de Embruddock.

Dijo que las torres de piedra estaban dispuestas en hileras, y adornadas con cráneos pintados de brillantes colores, como signo de advertencia a los intrusos.

Se encontraban en un valle rocoso, discutiendo qué hacer. Llegaron otros dos cazadores; arrastraban a un trampero a quien habían capturado mientras volvía a Embruddock. Lo arrojaron al

Librodot

suelo a puntapiés. El hombre dijo que en Embruddock vivía la tribu den, y que eran pacíficos.

Al saber que había más dens, los cinco ancianos dijeron inmediatamente que eludirían la ciudad, dando un rodeo. Fueron acallados a gritos. Los jóvenes dijeron que tenían que atacar en seguida; luego serían aceptados sobre una base de igualdad por esa tribu de distante parentesco. Las mujeres aprobaron a gritos, pensando que sería agradable vivir en edificios de piedra.

La excitación creció. El trampero fue apaleado hasta la muerte. Todos, hombres, mujeres y niños mojaron los dedos en la sangre y bebieron, para poder vencer antes de que terminara el día.

El cuerpo fue arrojado a los perros y los pájaros.

-Dresyl y yo nos adelantaremos para estudiar la situación -dijo Pequeño Yuli, Miró con aire desafiante a los hombres de alrededor; ellos bajaron la vista sin decir nada-. Venceremos. Si es así, seremos los que mandan y no aguantaremos más tonterías de estos ancianos. Si perdemos, arrojad nuestros cuerpos a los animales.

-Y -dijo el siguiente narrador- ante el valeroso discurso de Pequeño Yuli, los compañeros caninos dejaron de comer, alzaron la cabeza, y ladraron mostrándose de acuerdo-. Los presentes sonrieron seriamente, recordando ese detalle del pasado que era como un sueño.

Luego la historia de ese pasado se hacía más tensa. La audiencia bebía menos rathel mientras oía cómo Dresyl y Pequeño Yuli, los primos hermanos, habían planeado tomar la ciudad silenciosa. Con ellos fueron cinco héroes escogidos, cuyos nombres eran recordados por todos: Baruin, Skelit, Maldik, Curwayn y el Gran Afardl, que murió ese mismo día, y a manos de una mujer.

El resto del grupo permaneció donde estaba, para que el ruido de los perros no espantara la presa.

Del otro lado del río helado no había nieve. Crecía la hierba. El agua caliente se proyectaba al aire, en cortinas de vapor.

-Es verdad -dijeron los presentes-. Todavía es así.

Una mujer llevaba unos cerdos peludos y negros por un sendero. Dos niños jugaban desnudos en el agua. Los invasores miraban.

Vieron nuestras torres de piedra, fuertes, ruinosas, dispuestas en calles, Y la vieja muralla de la ciudad reducida a escombros. Se maravillaron.

Dresyl y Yuli rodearon, solos, Embruddock. Vieron nuestras torres tan rectas, con paredes inclinadas hacia adentro, de modo que la habitación más elevada es siempre más pequeña que las inferiores. Vieron cómo guardábamos nuestros animales en el piso bajo, para tener más calor, y la rampa que protege al ganado contra las inundaciones del Voral. Vieron las calaveras de animales, brillantemente pintadas, puestas en la parte de fuera para asustar a los intrusos. Siempre tuvimos una hechicera, ¿no es así, amigos? En este momento, era Loil Bry.

Pues bien: los primos hermanos vieron también a dos ancianos centinelas en la parte superior de la gran torre -esta misma, amigos-, y en un instante subieron y mataron a los barbas grises. Corrió la sangre, he de decir.

-La flor -dijo alguien.

Ah, sí. Las flores son importantes, ¿Recordáis que la gente del lago decía que los primos hermanos encontrarían un mismo destino? Sin embargo, cuando Dresyl sonrió y dijo: «Gobernaremos bien esta ciudad», Yuli estaba mirando las florecillas que crecían a sus pies, unas flores de pétalos claros, probablemente de escantion.

-El clima es bueno -dijo, sorprendido, Yuli; arrancó una flor y se la comió.

Se atemorizaron al oír por vez primera el ruido del Silbador de Horas, pues nada sabían de este famoso geiser, que todos conocemos. Se recuperaron y se prepararon para el momento en que los centinelas del cielo se pusieran y los cazadores de Embruddock retornaran a la ciudad, sin sospechar nada, trayendo los despojos de la caza.

Laintal Ay se despertó del todo. En el pasado que era como un sueño había batallas, y ahora se iba a narrar una de ellas. Pero el nuevo narrador dijo: - Amigos, todos tenemos antepasados que participaron en la batalla que vino después, y que hace mucho se marcharon al mundo de los coruscos, aun si no murieron en aquella temprana ocasión. Bastará decir que todos los presentes lucharon con valentía.

Pero era joven y no pudo pasar tan a la ligera por la parte más interesante, de modo que continuó,

con los ojos encendidos.

Aquellos inocentes y heroicos cazadores fueron sorprendidos por la estratagema de Yuli. De pronto brotó el fuego en la torre techada de hierba, y altas flores de llamas se elevaron en el aire de la noche. Los cazadores gritaron, alarmados, abandonaron las armas y corrieron a ver qué podían hacer.

Piedras y lanzas llovieron sobre ellos desde lo alto de la torre vecina. Los invasores armados aparecieron gritando y arrojando lanzas contra los cuerpos desguarnecidos. Los cazadores resbalaban y caían en su propia sangre, pero consiguieron matar a algunos invasores.

Vuestros primos hermanos ignoraban que en la ciudad hubiera tantos hombres armados. Eran los bravos hombres de las corporaciones. Salían de todas partes. Pero los invasores, desesperados, se ocultaron en las casas de que se habían apoderado. Hasta los muchachos tuvieron que pelear entre ellos, algunos que ahora están entre vosotros, ya ancianos.

El fuego se difundió. Las chispas volaban como la paja aventada del grano. La carnicería continuaba en las calles y las zanjas. Nuestras mujeres sacaban las espadas de los muertos para luchar contra los vivos.

Todos combatieron con valor. Pero la osadía y la desesperación triunfaron entonces, así como el hombre que hoy ha descendido al mundo de los coruscos, a reunirse con sus antepasados. Finalmente, los defensores dejaron caer las armas y huyeron desapareciendo en la creciente oscuridad.

Dresyl estaba exaltado. Una furia vengadora le subía a la cabeza. Había visto morir al Gran Afardl, asesinado a traición por una mujer.

-¡Ésa fue mi excelente abuela! -exclamó Aoz Roon, mientras de todas partes brotaban risas y aplausos-. Siempre hubo valientes en nuestra familia. Somos de Embruddock, y no de Oldorando.

A causa de la cólera, casi no se podía reconocer a Dresyl. La cara se le puso negra. Ordenó a los suyos que persiguieran y mataran a todos los hombres sobrevivientes de Embruddock. Ordenó, amigos, que reunieran a las mujeres en el establo de esta misma torre. Qué día terrible fue aquél en nuestros anales...

Pero los triunfadores, encabezados por Yuli, se impusieron a Dresyl y dijeron que no hubiera más matanza. La matanza genera amargura. Desde el día siguiente, todos vivirían en paz organizados en una fuerte tribu, o muy pocos sobrevivirían.

Estas palabras sabias nada significaban para Dresyl. Se debatió hasta que Baruin trajo un cubo de agua fría y se lo arrojó. Entonces Dresyl cayó como desmayado, y durmió el sueño sin sueños que sólo sobreviene después de las batallas.

Baruin le dijo a Yuli: -Y duerme tú también, con Dresyl y los demás. Yo vigilaré, para que no nos sorprenda un contraataque.

Pero Pequeño Yuli no pudo dormir. No le había dicho nada a Baruin, pero estaba herido y mareado. Se sentía próximo a la muerte, y salió fuera tambaleándose, para morir bajo el cielo de Wutra. Allí Freyr estaba ya a punto de ascender, porque era el tercer cuarto. Bajó por la calle principal, donde la hierba crecía densa en el cieno. El alba de Freyr era del color del barro, y Pequeño Yuli vio cómo un perro vagabundo se alejaba, con la panza llena, del cadáver de un cazador. Se apoyó contra una pared en ruinas, respirando profundamente.

Frente a él estaba el templo, tan arruinado entonces como ahora. Contempló, sin comprender, los adornos grabados en la piedra. Recordad que en aquellos días, antes de que Loil Bry lo civilizara, Yuli estaba a punto de convertirse en un bárbaro. Las ratas correteaban en los portales. Yuli se encaminó al templo, oyendo sólo que le rugían los oídos. En la mano tenía una espada arrebatada a un adversario, un arma mejor que todas las que había tenido en su vida, hecha aquí, en nuestras forjas, de buen metal oscuro. La empuñó mientras pateaba la puerta.

Dentro se movían las cabras y las cerdas lecheras, atadas. Allí se guardaban también, en aquel tiempo, los aperos de labranza. Yuli miró alrededor, vio una puerta trampa en el suelo y oyó unos susurros.

Tirando de la anilla de hierro, alzó la puerta. En el lago de oscuridad que se abrió a sus pies, una lámpara ardía y humeaba.

-¿Quién es? -preguntó alguien. Una voz de hombre, y espero que sepáis de quién era.

Librodot

Se trataba de Wall Ein Den, entonces Señor de Embruddock, bien recordado por todos nosotros. Podéis imaginarlo, alto y erguido, aunque ya había dejado atrás la juventud, largos bigotes negros y sin barba. Todos le observaron los ojos, que podían hacer bajar la vista al más osado, y la hermosa cara salvaje, que en un tiempo hacía llorar a las mujeres. Este fue el histórico encuentro entre el viejo líder y Pequeño Yuli.

Pequeño Yuli bajó lentamente los escalones, casi como si lo hubiera reconocido. Algunos de los maestres de las corporaciones acompañaban al señor Wall Ein, pero no osaron hablar mientras Yuli descendía, muy lentamente, blandiendo la espada.

El señor Wall Ein dijo: -Si eres un hombre incivilizado, entonces tu trabajo es matar, y mejor será que lo hagas de una vez. Te ordeno que me mates en primer término.

-¿Qué otra cosa te mereces, escondido en un sótano?

-Somos viejos, e inútiles para la batalla. Antes era distinto.

Los dos hombres se enfrentaron. Nadie se movió.

Yuli habló con gran esfuerzo; le pareció que su propia voz venía desde muy lejos.

-¿Por qué, anciano, tienes esta gran ciudad tan mal guardada?

El señor Wall Ein respondió con su habitual autoridad: -No siempre ha sido así, y tú y tus hombres podríais haber tenido un recibimiento muy distinto, con esas armas tan rudimentarias. Hace muchos siglos la Tierra de Embruddock era grande y se extendía por el norte hasta los Quzint y por el sur casi hasta el mar. Reinaba entonces el Gran Rey Dennis; pero llegó el frío y destruyó lo que él había creado. Ahora somos menos que nunca, porque el año pasado, en el primer cuarto, fuimos atacados por los phagors blancos que llegan volando como el viento en gigantescas monturas. Muchos de nuestros mejores guerreros, incluso mi hijo, murieron defendiendo Embruddock, y ahora se hunden hacia la roca original. -Suspiró y agregó: -Quizá hayas leído la leyenda labrada en este edificio, si sabes leer. Dice: «Primero los phagors, después los hombres». A causa de esa leyenda, y de otras cosas, hace dos generaciones nuestros sacerdotes fueron perseguidos y muertos. Los hombres han de ser los primeros siempre. Sin embargo, a veces me pregunto si esa profecía no se cumplirá.

Pequeño Yuli oyó el discurso de Wall Ein como en un trance. Cuando intentó responder, las palabras no le vinieron a los labios descoloridos, y se sintió sin fuerzas en el eddre interior.

Uno de los ancianos, mitad compasivo, mitad burlón, comentó: -El joven está herido.

Cuando Yuli trastabilló hacia adelante, ellos retrocedieron. Más allá había un arco bajo y un pasaje apenas iluminado por una reja instalada en la parte superior. Incapaz de detenerse, Yuli continuó andando por el pasaje, arrastrando los pies. Ya conocéis esa sensación, amigos; la tenéis cada vez que estáis borrachos... Como ahora.

El pasaje era húmedo y caliente. Yuli sintió el calor en la mejilla. A un lado había una escalera de piedra. No podía comprender dónde estaba, y perdía los sentidos.

Y una mujer joven apareció en esa escalera, sosteniendo una vela. Era más bella que los cielos. La cara de la joven parecía flotar ante los ojos de Yuli.

-¡Era mi abuela! -chilló Laintal Ay, con orgullo. Había estado escuchando, muy excitado, y se sintió confundido cuando todos se echaron a reír. En ese momento, la mujer no tenía ninguna intención de dar al mundo Laintal Ays. Clavó en Pequeño Yuli unos ojos desorbitados, y le dijo algo que él no entendió.

Pequeño Yuli intentó responder. Las palabras no le llegaron a la garganta. Las rodillas se le doblaron. Empezó a caer, y luego se derrumbó cuan largo era, y todos creyeron que había muerto.

En ese emocionante punto del relato, el narrador cedió el sitio a otro de mayor edad, un cazador, que se tomaba la cosa con menos dramatismo.

Wutra consideró conveniente no apoderarse de la vida de Yuli en esa oportunidad. Dresyl se hizo cargo de la situación mientras su primo hermano se recobraba de la herida. Creo que Dresyl estaba avergonzado de su sed de sangre y procuraba conducirse de manera más civilizada, al encontrarse entre personas civilizadas como nosotros. Quizá recordaba también la gentileza del padre, Sar Gotth, y la dulzura de la madre, Iyfilka, asesinados por el odiado rebaño de los phagors. Se instaló en la torre de Prast, donde acostumbraban guardar la sal, dictando órdenes como un comandante desde la

habitación superior, mientras Yuli descansaba más abajo, en cama.

A muchos de nosotros, incluso a mí, no nos agradaba Dresyl entonces, y lo tratábamos como un mero invasor. Odiábamos que nos diera órdenes. Sin embargo, cuando comprendimos lo que se proponía, colaboramos, y apreciamos sus indudables cualidades. En ese momento, nosotros, los de Embruddock, estábamos desmoralizados; Dresyl nos devolvió el ánimo y reconstruyó nuestras defensas.

-Mi padre era un gran hombre, y pelearé contra cualquiera que lo critique -gritó Nahkri, poniéndose en pie de un salto, sacudiendo el puño. Lo sacudió con tal energía que casi cayó de espaldas, y su hermano tuvo que sostenerlo.

Nadie habla contra Dresyl. Desde lo alto de la torre, podía vigilar las tierras de alrededor, los terrenos altos del norte, de donde él había venido, los más llanos del sur con los géisers y las desconocidas fuentes termales. Le sorprendió en particular el Silbador de Horas, nuestro magnífico geiser regular, que surge y silba como un viento diabólico.

Recuerdo que me interrogó acerca de los cilindros gigantescos, como él los llamaba, esparcidos por el paisaje. Nunca había visto un rajabaral. Le parecían torres de magos, de madera extraña, y chatas arriba. Aunque no era tonto, no los reconocía como árboles.

Prefería hacer a mirar. Ordenó con precisión dónde tenía que instalarse la tribu del lago helado, distribuida en diversas torres. Esto demostró una sabiduría que a todos nos convendría, Nahkri. Aunque muchos murmuraban en ese momento, Dresyl hizo que su gente conviviera con la nuestra. No se permitían peleas, y todo era compartido por partes iguales. Ésta ha sido una importante razón de que nos mezcláramos con buenos resultados.

Mientras distribuía su gente, hizo contar a todo el mundo. No sabía escribir, pero nuestra gente de las corporaciones le sacó las cuentas. La vieja tribu constaba de cuarenta y un hombres, cuarenta y cinco mujeres, y once niños menores de siete años. En total, noventa y siete. Y sesenta y un miembros de la tribu del lago helado habían sobrevivido a la batalla, con lo que éramos ciento cincuenta y ocho personas. Una buena cantidad. Mucho me alegró que volviera a haber vida en el lugar. Quiero decir, después de tantas muertes.

Le dije a Dresyl: -Te gustará Embruddock.

-Ahora se llama Oldorando, muchacho -me dijo. Aún recuerdo cómo me miraba.

-Oigamos más acerca de Yuli -pidió alguien, arriesgando provocar la cólera de Nahkri y Klils. El cazador se sentó, resoplando, y un hombre más joven ocupó su lugar. Pequeño Yuli se recobró lentamente de la herida. Cuando pudo caminar un poco, empezó a examinar con su primo hermano el territorio donde se encontraban, para establecer cómo se podían organizar mejor la caza y la defensa.

Por las noches, hablaban con el viejo señor. Él trataba de enseñarles la historia de estas tierras, pero ellos no siempre mostraban interés. Habló de siglos de historia, antes de que el frío descendiese. Dijo que las torres habían sido construidas con arcilla cocida y madera, que los pueblos primitivos utilizaban en los tiempos de calor. Luego se había reemplazado la arcilla por la piedra, pero conservando el viejo plan, y la piedra había durado muchos siglos. Había algunos pasajes subterráneos, y en tiempos mejores había muchos más.

Habló de la penuria de Embruddock, que era sólo una aldea en ese momento. Una vez se había erguido allí una noble ciudad, y e) dominio de sus habitantes se extendía a miles de millas. Dicen los hombres que en esos días no había phagors.

Y Yuli y su primo hermano Dresyl caminaban por la habitación del viejo señor, escuchando, frunciendo el ceño, discutiendo con él, aunque siempre respetuosamente. Preguntaron acerca de los géiseres que no dan calor. Nuestro viejo señor les dijo todo a propósito del Silbador de Horas. Brotaba puntualmente cada hora desde el comienzo del tiempo. Es nuestro reloj, ¿verdad? No necesitamos a los centinelas del cielo.

El Silbador de Horas ayuda a las autoridades a mantener los registros escritos, que los maestres de las corporaciones llevan por obligación. Los primos hermanos se asombraron al saber cómo dividimos la hora en cuarenta minutos y el minuto en cien segundos, así como el día en veinticinco horas y el año en cuatrocientos ochenta días. Aprendemos estas cosas en el regazo de nuestras madres. Y supieron también que ése era el año 18 del calendario señorial; nuestro viejo señor había

Librodot

imperado durante dieciocho años. No se conocían, en el lago helado, estas civilizadas normas.

Atención: no estoy hablando mal de los primos hermanos. Aunque eran bárbaros, pronto entendieron nuestra división de los artesanos en siete corporaciones, cada una de un arte diferente. He de decir que la de los trabajadores del metal es la mejor, y me enorgullece, sin jactancia, pertenecer a ella. Los maestres de cada corporación pertenecían entonces, como ahora, al consejo del señor. Aunque, en mi opinión, tendría que haber dos representantes de la corporación del metal, pues es sin duda la más importante.

Después de bastantes burlas y risas, hubo otra ronda de rathel, y una mujer de mediana edad continuó la leyenda.

Hilaré ahora para vosotros un cuento mucho más interesante que la escritura
o el registro del tiempo. Os preguntaréis qué fue de Pequeño Yuli cuando mejoró de la herida. Pues bien, os lo diré en una docena de palabras. Se enamoró, y eso fue mucho peor que la herida, porque el pobre hombre nunca llegó a recuperarse.

Nuestro viejo señor Wall Ein mantuvo sabiamente a su hija, la pobre Loil Bry Den, que hoy ha sufrido tanto, apartada del peligro. Esperó hasta asegurarse de que los invasores no eran mala gente. Loil Bry era entonces muy hermosa, con una figura bien desarrollada, suficiente para que un hombre pudiera echarle mano, y tenía un andar de reina que todos recordaréis. Entonces, nuestro viejo señor la presentó un día a Pequeño Yuli, en la habitación de arriba.

Yuli la había visto ya una vez. Esa terrible noche de la batalla en que casi encontró la muerte, como hemos oído. Sí, ella era la belleza de ojos negros, pómulos de marfil y labios de ala de pájaro que nuestro amigo ha mencionado. Era la más hermosa de su tiempo, porque las mujeres del lago Dorzín no tenían, me parece, mayor interés. Todas las facciones se le dibujaban delicadas y nítidas en la piel aterciopelada, y llevaba los labios pintados de color canela. A decir verdad, yo misma tenía ese aspecto cuando era una jovencita.

Así era Loil Bry cuando Yuli la vio por primera vez. Era la mayor maravilla de la ciudad. Una chica difícil, solitaria; la gente no le daba importancia, pero a mí me gustaba su estilo. Yuli quedó abrumado. Buscaba siempre la ocasión de estar a solas con ella, afuera, o todavía mejor, en la habitación de la Gran Torre, esa habitación de la ventana de porcelana donde aún vive Loil Bry. Era como una especie de fiebre. No podía dominarse. Juraba y se vanagloriaba y se conducía como un tonto. Muchos hombres se ponen así, pero por supuesto no les dura mucho tiempo.

En cuanto a Loil Bry, se sentaba como un perrito, miraba por encima de los altos pómulos, sonreía con las manos en la falda. Lo alentaba, no es preciso decirlo. Llevaba una larga y pesada túnica adornada con cuentas, y no pieles como las demás. He oído decir que usaba ropa interior de piel. Pero esa túnica era extraordinaria, y le llegaba casi al suelo. Me gustaría tener una igual...

Y el modo como ella habla, todavía hoy: una mezcla de poesía y acertijo. Yuli no había oído nada igual en el lago Dorzin. Lo enloquecía. Y se vanagloriaba aún más. Se estaba jactando de qué gran cazador era cuando ella dijo, y ya conocéis la voz musical: -Vivimos nuestras vidas envueltos en tinieblas. ¿Tenemos que ignorarlas, o explorarlas?

El la miró con los ojos muy abiertos; ella estaba hermosa con su túnica.
Tenía cuentas cosidas, como he dicho, muy bonitas. Él le preguntó si la
habitación de ella estaba a oscuras. Ella se rió de él.

-¿Cuál crees que es el lugar más oscuro del universo, Yuli?

El muy tonto dijo: -He oído decir que la remota Pannoval es oscura. Nuestro gran antepasado, cuyo nombre llevo, vino de Pannoval y dijo que era oscura. Y también que está debajo de una montaña, pero no lo creo. Era sólo una manera de hablar, propia de los antepasados. Loil Bry se miró las puntas de los dedos, acurrucados como ratoncillos rosados en la falda de la preciosa túnica.

-Pienso que el lugar más oscuro del universo es el interior de un cráneo humano.

Yuli estaba perdido. Ella lo volvía realmente tonto.

Pero he de vigilar mi lengua cuando hablo de los muertos, ¿verdad? Con todo, él era un poco... blando...

Ella lo confundía con su parloteo romántico. ¿Sabéis qué le preguntaba?

-¿Has pensado alguna vez que sabemos mucho más de lo que podemos decir?

Es verdad, ¿no os parece?

-Querría tener a alguien -le decía ella-, alguien a quien poder decirle todo, alguien para quien la conversación fuera un mar en donde navegar. Entonces yo izaría mis velas negras...

No sé qué más le decía ella.

Y Yuli soñaba despierto, sujetándose la herida, y quién sabe qué más, pensando en esa mujer mágica, en su belleza y sus turbadoras palabras... «Alguien para quien la conversación sea un mar donde navegar...” Incluso la manera con que ella componía la frase le parecía a Yuli que era de Loil Bry y de nadie más.

Y anhelaba estar en ese mar, navegando junto con ella, dondequiera que fuera.

-Basta ya de tu tontería femenina -exclamó Klils, poniéndose de pie-. Ella lo hechizó, mi padre lo decía. Mi padre nos habló también de las cosas buenas que tío Yuli hizo al principio, antes que ella lo volviera estúpido. -Y continuó el relato.

Pequeño Yuli llegó a conocer cada pulgada de Oldorando mientras se recuperaba. Vio cómo estaba trazada la ciudad con la gran torre en un extremo de la calle principal y el viejo templo en el otro. En el medio, la casa de las mujeres, los hogares de los cazadores a un lado, las torres de los miembros de las corporaciones al otro. Las ruinas más lejos. Vio que todas nuestras torres tienen un sistema de calefacción, con acequias de piedra que llevan hasta ellas el agua caliente de las termas. Hoy no podríamos construir nada tan maravilloso. Ni la mitad.

Cuando vio cómo era, supo también cómo tenía que ser. Con ayuda de mi padre, Yuli planeó la fortificaciones apropiadas para que no hubiera nuevos ataques, de los phagors en particular.

Ya sabéis cómo todo el mundo se dedicó a construir un terraplén, con un zanjón en el exterior y una fuerte empalizada encima. Costó bastantes llagas en las manos, pero fue una buena idea. Se construyeron cuatro puestos de guardia en las cuatro esquinas, tal como están todavía. Esa fue la obra de Yuli y de mi padre. Y a los guardias se les dieron cuernos para dar la alarma si había un ataque, los mismos cuernos que se usan hoy.

Y así como buenos puestos de guardia, hubo buenas cacerías. Antes de la unión de las tribus, la gente casi estaba muerta de hambre. Una vez fortificada la ciudad, Dresyl, mi padre, hizo que los cazadores criaran un buen perro de caza. Los demás perros eran alejados. Los perros de caza podían correr más que nosotros. Eso no fue un gran éxito, pero podríamos intentarlo otra vez.

¿Qué más? Las corporaciones crecieron. La de fabricantes de colores alistó algunos niños recién llegados. Se hicieron nuevas tazas y platos para todos con una veta especial de arcilla. Se forjaron más espadas. Todos trabajaban para el bien común. Nadie pasaba hambre. Mi padre trabajó hasta casi morirse de agotamiento. Tendríais que recordar a Dresyl, hato de borrachos, y no a su hermano. Era bastante mejor que él. Lo era, lo era.

El pobre Klils se echó a llorar. También otros empezaron a llorar, a reír, o a pelear. Aoz Roon, que se tambaleaba levemente por e! rathel que había bebido, reunió a Laintal Ay y a Oyre y los envió a la seguridad de la cama. Miró las caras pasivas de los niños algo borrosas, tratando de pensar. De algún modo, mientras se contaba la leyenda del pasado que era como un sueño, el futuro del gobierno de Oldorando había sido decidido.

UN SALTO DESDE LA TORRE

El día siguiente al entierro de Pequeño Yuli y a las celebraciones de la ocasión, todos tuvieron que volver a trabajar como de costumbre. Por el momento, olvidaron pasadas glorias y disgustos; aunque no Laintal Ay y Loilanun, a quienes Loil Bry recordaba continuamente el pasado. Cuando no lloraba, se complacía en evocar los felices días juveniles.

En la habitación colgaban aún tapices antiguos, como entonces. Aún gorgoteaban en el suelo los conductos de agua caliente y la ventana de porcelana seguía brillando. Había aún polvos, ungüentos, perfumes. Pero no estaba Yuli, y Loil Bry había entrado en la ancianidad. Las polillas estropeaban

los tapices. El nieto crecía.

Pero antes de la época de Laintal Ay, cuando el amor florecía entre los abuelos, ocurrió un incidente de aspecto trivial cuyas repercusiones habrían de marcar desastrosamente a Laintal Ay y a la misma Embruddock; murió un phagor.

Cuando se recobró de la herida, Pequeño Yuli tomó por mujer a Loil Bry. Hubo una ceremonia para señalar el gran cambio que había acaecido en Embruddock, porque con esa unión se unieron simbólicamente las dos tribus. Quedó convenido que el viejo señor Wall Ein, Yuli y Dresyl gobernarían Oldorando como un triunvirato. Y el acuerdo funcionó bien, porque todo el mundo tenía que trabajar duramente para sobrevivir. Dresyl trabajaba sin cesar. Tomó como mujer a una muchacha delgada cuyo padre era forjador de espadas; tenía aire perezoso y voz cantarina. Se llamaba Dly Hoin Den. Los narradores nunca decían que Dresyl se decepcionó de ella; ni que al principio ella lo había atraído en parte como representante bonita, aunque anónima, de la nueva tribu a la que él deseaba pertenecer. Porque para Dresyl, al contrario de Yuli, el sentido de equipo era la clave de la supervivencia. Lo que hacía no era nunca para sí mismo; ni, en cierto sentido, Dly Hoin.

Ella le dio dos varones: Nahkri y, un año más tarde, Klils. Aunque podía dedicarles poco tiempo, Dresyl quería a sus hijos y derramó sobre ellos el amor sentimental que él había perdido junto con sus padres, Iyfilka y Sar Gotth. Contó a sus hijos y amigos muchas leyendas acerca del tatarabuelo Yuli, el sacerdote de Pannoval que había derrotado a dioses cuyos nombres ahora nadie recordaba. Dly Hoin les enseñó los rudimentos de la escritura, pero nada más. Bajo la dirección del padre, los muchachos se convirtieron en buenos cazadores. La casa estaba siempre llena de ruidos y alarmas. Por fortuna, el cariñoso padre nunca advirtió la veta histriónica que había en ambos, y en particular en Nahkri.

Como para desvirtuar las predicciones de que los dos primos hermanos tendrían igual destino, Pequeño Yuli se encerró en sí mismo como Dresyl se encerró en la comunidad.

Bajo la influencia de Loil Bry, Yuli se ablandó y cada día cazaba menos. Sentía la hostilidad de la comunidad hacia Loil Bry por sus ideas exóticas, y dejó de salir. Se sentaba en la gran torre, y dejaba que en el exterior soplaran los vientos huracanados. Su mujer, y el anciano padre de ella, le enseñaron muchas cosas misteriosas sobre el mundo del pasado y el mundo inferior.

Y así fue como Pequeño Yuli se echó a ese mar de conversación en que Loil Bry podía desplegar libremente un velamen negro y perdió de vista la tierra. Hablando del mundo inferior, Loil Bry dijo a Pequeño Yuli mientras lo miraba con sus ojos lustrosos un día del segundo cuarto del año: -Querido mío, puedes comunicarte en tu mente con la memoria de tus padres. Los ves a veces como si aún anduvieran sobre la tierra. Tu imaginación tiene el poder de evocar la olvidada luz solar que los alumbraba. Pero aquí en nuestra comarca hay un método para hablar directamente con quienes se han ido. Aún viven, mientras se hunden en el mundo inferior hacia la roca original, y podemos llegar hasta ellos, así como los peces se zambullen para alimentarse en el lecho del río.

Él murmuró: -Querría hablar con mi padre, Orfik, ahora que mi edad me permite el buen sentido. Querría hablarle de ti.

-Además, valoramos a nuestros maravillosos padres, y a sus padres, que tenían la fuerza de gigantes. Mira las torres de piedra donde vivimos. No podemos construirlas; pero nuestros padres podían. Mira cómo el agua hirviente de los manantiales ha sido atrapada para calentar nuestras torres. No conocemos ese arte; pero nuestros padres lo conocían. Se han alejado de nuestros ojos, pero aún existen como coruscos y fessupos.

-Enséñame esas cosas, Loil Bry.

-Porque eres mi amante, y porque mi pulso se acelera cuando miro tu carne, te enseñaré a hablar directamente con tu padre, y por su intermedio, con todos los hombres de tu tribu que hayan existido.

-¿Podría hablar incluso con mi bisabuelo, Yuli de Pannoval?

-En nuestros hijos las dos tribus se fundirán, mi amor, como ocurre con los hijos de Dresyl. Aprenderás con Yuli, para que su sabiduría se combine con la nuestra. Eres un gran hombre, mi amor, y no un mero miembro de una tribu, como los pobres necios que hay afuera; serás aún más grande si hablas directamente con el primer Yuli.

Aunque Loil Bry se preocupaba mucho por Pequeño Yuli porque necesitaba alguien con quien

Librodot

construir un gran amor, pensaba que lo dominaría todavía más si le enseñaba las artes esotéricas. Con la protección de Pequeño Yuli ella podría conservar una suntuosa ociosidad, como había hecho antes de la invasión.

Aunque Pequeño Yuli amaba a esa mujer inteligente y perezosa, advertía que ella podía atarlo con sus ardides, y resolvió aprender cuanto pudiera sin dejarse engañar. Algo, en el temperamento de ambos, o en la situación, hizo que de todos modos se engañara.

Loil Bry, con la ayuda de una anciana sabia y un anciano sabio, enseñó a Yuli la disciplina de la comunicación con los padres. Yuli abandonó enteramente la caza para entregarse a la contemplación; Baruin y los demás le daban de comer. Empezó a practicar el pauk. En ese estado de trance, esperaba encontrarse con el corusco de su padre, Orfik, y a través de él comunicarse con los fessupos, los coruscos ancestrales que se hundían a través del mundo inferior hacia la roca original, en la que el mundo había comenzado.

En esa época, Yuli apenas salía. Esa conducta tan poco viril era un misterio en Oldorando.

Años atrás, Loil Bry había vagabundeado mucho por las tierras que rodeaban Embruddock, como haría más tarde su nieto Laintal Ay. Quiso que Yuli viera por sí mismo cómo las piedras que demarcaban las octavas de tierra estaban esparcidas a lo largo de todo el territorio.

Para esto llamó a un hombre ceniciento, con aire de halcón, llamado Asurr Tal Den. Era el abuelo de Shay Tal, que desempeñaría ulteriormente un papel muy importante. Loil Bry ordenó a Asurr Tal que llevara a Yuli hacia el noreste de Oldorando. Había estado una vez allí, mirando el día que se convertía en media luz y la media luz que se convertía en breve noche, sintiendo en el cuerpo el latido del mundo.

De modo que Asurr Tal salió a pie con Yuli en la estación benigna. Era a principios del invierno, cuando Batalix se elevaba al sur del este, y brillaba solitario menos de una hora -el intervalo disminuía de día en día- antes de la salida del segundo centinela. Soplaba el viento, pero el cielo brillaba limpio como el bronce. Aunque Asurr Tal estaba desgastado y encorvado, se fatigaba menos que Yuli, poco acostumbrado a caminar. Hizo que Yuli ignorara los lobos distantes y que estudiara todo lo que veía en términos esotéricos. Asurr Tal le mostró unos postes de piedra, como los que había cerca del lago Dorzin. Los postes se elevaban de una rueda con un círculo en el centro y dos líneas que conectaban el círculo interior con el exterior. Asurr Tal explicó el significado de los postes con una voz cantarina.

Dijo que en ese símbolo la energía irradiaba desde el centro hacia la circunferencia, así como irradiaba de los antepasados hacia los descendientes,
o de los fessupos, a través de los coruscos, a los seres vivos. Esos pilares demarcaban las octavas de tierra. Cada hombre o mujer nacía en una octava. La energía de las octavas de tierra variaba con las estaciones y determinaba que nacieran niños o niñas. Las octavas de tierra se extendían por todas partes, hasta los mares lejanos. La gente vivía con felicidad si se conformaba a las correspondientes octavas de tierra.

Sólo quienes eran enterrados en la octava de tierra correcta, podían, como coruscos, comunicarse con los descendientes vivos. Y estos descendientes tenían que encontrarse también en la octava adecuada cuando emprendieran el viaje al mundo inferior.

Extendiendo la mano como un cuchillo, Asurr Tal cortó las sierras y los valles circundantes.

-Si recuerdas esta sencilla norma, la comunicación con los padres es posible. Las palabras se hacen más débiles como un eco a través de los valles, de una generación desvanecida a la siguiente, y así por todo el reino de los muertos, que superan en número a los vivos como los piojos a los hombres.

Mientras Yuli contemplaba la árida ladera, sintió de pronto un profundo rechazo por esas enseñanzas. Hasta poco antes se había interesado solamente por los vivos, y siempre se había sentido libre.

-Hablar con los muertos -dijo con intensidad-. Los vivos no deberían tener contacto con los muertos. Nuestro lugar está aquí, sobre la tierra.

El anciano dejó escapar una risita, y tiró de la manga de piel de Yuli familiarmente, señalando hacia abajo.

-Puedes creerlo así, puedes creerlo así. Pero aunque sea lamentable, la norma de la existencia es que nuestro lugar se encuentra a la vez aquí y abajo, en el polvo. Tenemos que aprender a usar a los coruscos como a los animales, para nuestro beneficio.

-Los muertos deberían conservarse en su lugar.

-Oh, está bien... pero en cuanto a eso, un día tú mismo estarás muerto. Además, la señora Loil Bry desea que aprendas estas cosas, ¿no es verdad?

Yuli tuvo el deseo de gritar: «Odio a los muertos, y nada quiero de ellos». Pero calló, mordiendo las palabras. Y así perdió.

Aunque aprendió a cumplir los rituales de la comunicación con los ancestros, Pequeño Yuli nunca logró hablar con su padre, y mucho menos con el primer Yuli. Los muertos no respondieron. Loil Bry lo explicaba diciendo que sus padres habían sido enterrados en la octava de tierra incorrecta. Nadie comprendía por completo los misterios del mundo inferior. Yuli, intentando comprender, cayó cada vez más en poder de Loil Bry.

Durante todo este tiempo, Dresyl trabajaba para la comunidad, de acuerdo con el viejo señor. Nunca dejó de querer a Yuli, e hizo incluso que sus dos hijos estudiaran en parte los conocimientos que enseñaba la extraña tía. Pero no permitió que la enseñanza se alargara, para evitar que fueran embrujados.

Dos años después del nacimiento de Nahkri, Loil Bry dio a Pequeño Yuli una hija. La llamaron Loilanun. Loilanun nació en la torre, junto a la ventana de porcelana, con ayuda de la partera.

Y con la ayuda de Yuli, Loil Bry dio a su hija un regalo especial. Le regalaron, y por medio de ella a todo Oldorando, un calendario.

A causa de la distorsión de los siglos, Embruddock tenía más de un calendario. De los tres que había, el más conocido era el llamado señorial. El calendario señorial simplemente contaba los años a partir del acceso al poder del último señor. Los otros dos eran anticuados, y uno de ellos se consideraba siniestro, por lo que había sido abandonado, aunque nunca había muerto del todo: era el calendario de dos filos. El denniss se ocupaba de grandes números, pero nadie lo comprendía bien desde que expulsaran a los sacerdotes.

Según estos viejos calendarios, el nacimiento de Loilanun caía, respectivamente, en los años 21, 343 y 423. Con el nuevo, se declaró que ese año era el tercero después de la Unión. Desde ese momento en adelante, las fechas se referirían al tiempo transcurrido desde la unión de Oldorando y Embruddock.

La población recibió este don con el mismo estoicismo con que recibió la noticia de que había en la vecindad una banda de merodeadores de dos filos.

Un alba de Batalix, cuando las nubes eran densas como flemas y la escarcha moteaba las antiguas fortificaciones del poblado, en la torre oriental sonó el cuerno de alarma. En seguida hubo gritos y conmoción. Dresyl ordenó que las mujeres quedaran encerradas en la torre de las mujeres, donde ya había varias trabajando. Reunió a los hombres armados en las barricadas. Los hijos más pequeños de Dresyl fueron temblando a reunirse con él, mirando hacia el sol naciente.

A lo lejos, en el alba gris, se veían cuernos.

Los phagors atacaron en gran número. Entre ellos había dos montados en kaidaws, unos animales con cuernos, de pelaje rojo, capaces de soportar los mayores fríos.

Mientras asaltaban las barricadas, Dresyl hizo que uno de sus hombres destruyera un pequeño dique de tierra que contenía las aguas calientes de un geiser. Es notorio que los phagors odian el agua. Y una hirviente inundación remolineó entre las piernas de los phagors, provocando una tremenda confusión. Algunos cazadores se adelantaron para consolidar la ventaja. Uno de los kaidaws cayó en el fango amarillo, revolviendo los cascos, y murió con el corazón atravesado por una lanza bien dirigida. La otra gran bestia saltó sin tornar impulso, salvando la barricada. Era el legendario salto del caballo con cuernos, que pocos seres humanos han visto nunca. El animal cayó entre los guerreros de Oldorando.

Mataron a palos al kaidaw y capturaron al jinete. Muchos otros phagors fueron mutilados a pedradas. Por último, los atacantes se retiraron; sólo un defensor había muerto. Todos estaban exhaustos. Algunos se lanzaron a las fuentes termales para recuperarse.

Dresyl declaró que había sido una gran victoria de la acción concertada. Iba de un lado a otro con una especie de furia, el ceño oscurecido por el triunfo, gritando que eran ahora una sola tribu, unida por la sangre derramada en combate. Desde ese momento en adelante todos trabajarían para todos, y prosperarían. Las mujeres se reunieron a escuchar, susurrando, mientras los hombres tendidos se recuperaban. Era el año Seis.

La carne de kaidaw era excelente. Dresyl ordenó un banquete para celebrar la victoria, que comenzaría cuando los centinelas se pusieran. El kaidaw fue parcialmente cocido en las aguas termales, y luego asado sobre una hoguera encendida en la plaza.

Corrieron el vino de cebada y el rathel.

Dresyl pronunció un discurso, y también el viejo señor, Wall Ein. Se cantaron canciones. El hombre que cuidaba de los esclavos trajo al phagor capturado.

Nadie presente en esa noche del año Seis tenía nada que temer. Los humanos habían vuelto a luchar contra sus legendarios enemigos, y ahora festejaban el triunfo. El festejo incluiría la muerte del phagor cautivo. Los habitantes de Oldorando no tenían modo de saber que éste era un personaje muy especial de la raza de dos filos, y que esta muerte gotearía por el conducto de los años hasta que un castigo terrible cayera sobre ellos.

Todo el mundo guardó silencio cuando el monstruo apareció mirando con grandes y furiosos ojos rojos. Tenía los brazos atados con una maroma de cuero. Los pies córneos pisaban inquietos el suelo. En la creciente oscuridad parecía enorme, el coco de las pesadillas nocturnas, una creación de los inquietos sueños de la media luz. Estaba cubierto de pelo blanco, sucio por el barro y la batalla, y se erguía desafiante entre los captores, exhalando un poderoso olor; la cabeza ósea con los largos cuernos estaba echada hacia adelante entre los hombros. La espesa lecha blanca apareció subrepticiamente en las hendeduras de los ollares, primero en una, luego en la otra.

Esta bestia llevaba unos extraños adminículos. Un ancho cinturón de cuero le rodeaba el vientre; en los tobillos y las muñecas tenía unas espuelas con púas. Los elegantes y afilados cuernos se alzaban sobre un casco metálico que ceñía el cráneo gigantesco, se adelantaba con una doble punta en el centro de la frente, entre los ojos, se curvaba detrás de las orejas, y se cerraba debajo de la mandíbula inferior, larga y huesuda.

Baruin se aproximó y dijo: -Mirad lo que ha logrado nuestra acción concertada. Hemos capturado a un jefe. A juzgar por el casco, esta bestia dirige una tropa. Miradlo bien, vosotros los jóvenes que nunca habéis visto de cerca un peludo, porque éste es nuestro enemigo tradicional, en la oscuridad y en la luz.

Muchos jóvenes cazadores se adelantaron y tiraron del apelmazado pelo de la criatura. El phagor no se movió y soltó una ventosidad como un pequeño trueno. Los cazadores retrocedieron alarmados.

-Los peludos organizan sus fuerzas en tropas -explicó Dresyl-. La mayoría habla olonets. Tienen seres humanos como esclavos, y son tan bestiales que se comen a los prisioneros. Siendo un jefe, esta bestia comprende todo lo que decimos, ¿no es verdad? -Agarró el áspero hombro. El monstruo lo miró fríamente.

Entonces habló el viejo señor, que estaba al lado de Dresyl: -Los phagors machos se llaman estalones y las hembras, gillotas, o fillockas. Machos y hembras combaten juntos y participan por igual en las incursiones. Son criaturas del hielo y la oscuridad. Tu gran antepasado Yuli nos advirtió contra ellos. Traen la enfermedad y la muerte.

Entonces el phagor habló, en olonets, con una voz áspera y vibrante: - Todos vosotros, indignos hijos de Freyr, desapareceréis antes de la tormenta final. Esta ciudad y este mundo pertenecen a la raza de dos filos.

Las mujeres se asustaron. Arrojaron piedras a aquella abominación que hablaba en medio de la muchedumbre y gritaron: -¡Matadlo, matadlo!

Dresyl alzó un brazo y señaló:

-Llevadlo a la cima de la torre de hierba, amigos. ¡Llevadlo arriba y arrojadlo al vacío!

-Sí, sí -rugieron todos, y los cazadores más osados se adelantaron, y empujaron al gran bulto obstinado hacia la torre vecina. Había una gran excitación y algazara, y los niños corrían gritando

Librodot

entre los mayores.

Entre ellos se encontraban los dos hijos de Dresyl, Nahkri y Klils, que por ese entonces apenas sabían caminar. Como eran muy pequeños, podían meterse a tropezones entre los adultos; así llegaron hasta la pierna derecha del phagor que se erguía ante ellos como una columna velluda.

-Tócalo.

-No. Hazlo tú.

-No te atreves, cobarde.

-También tú eres cobarde.

Con dedos regordetes, tocaron la pierna al mismo tiempo. Una fuerte musculatura se movía bajo el pelo. El miembro se elevó, y el pie de tres dedos pisó el fango.

Aunque esas monstruosas criaturas podían hablar en olonets, distaban mucho de ser humanas. Tenían pensamientos extraños. Los viejos cazadores sabían que en aquellos cuerpos cilíndricos los intestinos estaban encima de los pulmones. Andaban con paso mecánico, y era obvio que la articulación de los miembros no tenía nada de humana; los phagors torcían las piernas y los antebrazos en posturas imposibles. Esa diferencia, por sí sola, bastaba para atemorizar a los muchachos.

Durante un instante, estuvieron en contacto con lo desconocido. Retirando las manos como si se hubiesen quemado -aunque, en realidad, la temperatura del phagor era inferior a la del hombre- los dos niños se miraron con ojos despavoridos.

Luego estallaron en aullidos de miedo. Dly Hoin alzó a los chiquillos en brazos. Dresyl y los demás ya se habían llevado al monstruo.

Aunque el gran animal se debatía en sus ligaduras, fue obligado a entrar en la torre y a subir. La muchedumbre, inquieta, escuchaba en la plaza los ruidos que poco a poco ascendían en la torre. En el aire espeso estalló una ovación cuando el primer cazador apareció sobre el terrado. Detrás de la multitud se asaba el kaidaw, sin que nadie lo atendiera; la fragancia de la carne se mezclaba con el humo de la madera e invadía el cuenco de la plaza, repleto de caras vueltas hacia arriba. Una segunda ovación, más fuerte, se oyó cuando la figura del phagor se alzó en el terrado, negra contra el cielo.

-¡Traedlo abajo! -gritó la multitud.

El monstruo luchó contra los hombres que querían empujarlo. Rugió cuando lo hirieron con las dagas. Y entonces, como entendiendo que el juego había concluido, saltó al parapeto y se quedó mirando la tumultuosa multitud que esperaba allá abajo.

Con un último estallido de furia, rompió las ligaduras.

Con los brazos abiertos, dio un gran salto hacia adelante, alejándose de la torre. Cuando la muchedumbre quiso dispersarse, era demasiado tarde. El gran cuerpo cayó aplastando a tres personas, un hombre, una mujer y un niño. El niño murió en seguida. Un gemido de terror brotó del resto.

El gran animal no estaba muerto todavía. Se incorporó sobre las piernas rotas, enfrentándose a las espadas vengadoras de los cazadores. Todos lo hirieron, atravesando la piel gruesa y la carne firme. El phagor luchó hasta que la sangre amarilla corrió por el suelo pisoteado.

Mientras se desarrollaban estos terribles acontecimientos, Pequeño Yuli estaba en su habitación con Loil Bry y la niña. Cuando trató de vestirse para unirse a la lucha, Loil Bry dijo que no se encontraba bien y necesitaba compañía. Se apretujó contra él y le besó los labios con la boca pálida, y no lo dejó ir.

Después de esto, Dresyl desdeñó a su primo hermano. Lo pensó a veces, pero no lo mató, aunque los tiempos eran duros. Recordó la lección, reconociendo que las muertes dividían a la tribu. Cuando sus hijos gobernaron, esto fue olvidado.

La magnanimidad de Dresyl, fundada en esa amistad iniciada en la niñez, fue alabada por todos y antes de que Dresyl tuviera barba, y hebras grises en ella, consolidó la comunidad.

Y las cosas que Pequeño Yuli aprendió, a expensas de su ánimo de lucha, fructificaron en el futuro.

Inmediatamente después de la conmoción causada por el jefe phagor, la comunidad soportó otra ordalía. Una misteriosa enfermedad caracterizada por fiebres, calambres y una erupción en todo el

cuerpo cayó sobre media población de Oldorando. Los primeros que enfermaron fueron los cazadores que habían conducido al phagor a lo alto de la torre. Durante unos días, nadie salió a cazar y hubo que recurrir a los cerdos y gansos domésticos. Una mujer embarazada murió de la fiebre, y toda la aldea lamentó que dos vidas preciosas se hubieran perdido en el mundo inferior. Yuli y Loil Bry, junto con su hijita, escaparon a la fiebre.

Pronto la sangre de la comunidad se repuso y la vida continuó como de costumbre. Pero las noticias de la muerte del phagor llegaron muy lejos. Durante un tiempo el clima siguió duro para la humanidad. Los fríos vientos arrancaban las costuras de toda prenda que no estuviera firmemente cosida.

Los dos luminosos centinelas, Freyr y Batalix, prosiguieron su tarea celeste y el Silbador de Horas continuó brotando.

Durante la mitad del año, los centinelas brillaban juntos en el cielo. Enseguida las horas de los ocasos se alejaban gradualmente, hasta que Freyr imperaba en el cielo de día y Batalix de noche; en ese tiempo, la noche apenas parecía noche ni el día podía llamarse día. Luego los centinelas se reconciliaban nuevamente: los días, con las dos luces, eran brillantes, y las noches muy oscuras.

Un día, cuando sólo las punzantes estrellas miraban Oldorando, y había mucho frío y oscuridad, murió el viejo señor Wall Ein; descendió al mundo inferior para transformarse en un corusco y hundirse en la roca primigenia.

Pasó un año, y luego otro. Una generación crecía y otra envejecía. Lentamente la población medraba bajo el pacífico gobierno de Dresyl, mientras los soles rondaban como centinelas en lo alto.

Aunque Batalix era el disco de mayor tamaño, Freyr daba siempre más luz y más calor. Batalix era un viejo centinela; Freyr era joven y lujurioso. Ningún hombre podía afirmar con certeza que de una generación a otra Freyr se acercara a la humanidad, pero eso decían las leyendas. La humanidad se mantenía -sufriendo o alegrándose- de generación en generación, y vivía en la esperanza de que Wutra triunfara en el cielo, e incluso apoyara a Freyr.

En estas leyendas había una realidad, como en el bulbo de la flor hay una flor. De modo que los seres humanos sabían, sin saber que sabían.

En cuanto a los animales y las aves, abundantes en número pero no en cantidad de especies, estaban más sujetos a las fluctuaciones magnéticas del globo que los seres humanos. También ellos sabían sin saber que sabían. Este conocimiento les decía que se aproximaban cambios ineluctables, que ya estaban preparándose debajo del suelo, en el torrente sanguíneo, en el aire, en la estratosfera, en toda la biosfera.

Por encima de la estratosfera se desplazaba un mundo pequeño, construido con metales de los ricos campos interestelares. Desde la superficie de Heliconia, ese mundo se veía en el cielo nocturno como una estrella veloz.

Era la estación Observadora Terrestre Avernus.

Avernus estudiaba de cerca el sistema binario de Freyr y su compañera Batalix. En particular, las familias de la estación estudiaban Heliconia, como habían hecho durante más de uno de aquellos lentos Grandes Años alrededor de Freyr, o Estrella A, como se la conocía en la estación.

Heliconia tenía una excepcional importancia para los habitantes de la Tierra, y nunca más que en este período. Heliconia giraba en tomo de Batalix, o Estrella B, como la llamaban en la estación. Tanto el movimiento del sol como el del planeta estaban acelerándose. Se movían separados de Freyr por una distancia seiscientas veces mayor que la Tierra del Sol. Pero la distancia disminuía de semana en semana.

El planeta había pasado el apastrón, el punto más frío de su órbita, varios siglos antes. Había un nuevo interés en los pasadizos de la Estación Observadora: todo el mundo podía leer el mensaje implícito en los gradientes de temperatura, cada vez más favorables.

Librodot

GRADIENTES DE TEMPERATURA FAVORABLES

Los niños imitan a sus padres o no. Mientras Laintal Ay crecía, su madre era para él una mujer tranquila, aficionada al mismo tipo de estudiosa reclusión que los padres de ella. Pero Loilanun no siempre había sido así, antes que la vida la derrotara.

En la adolescencia había rechazado la amable tutela de Loil Bry y de Pequeño Yuli. Les gritó que odiaba la atmósfera enclaustrada de la habitación que, a medida que envejecían, se resistían cada vez más a abandonar. Después de una violenta discusión se fue a vivir en otra torre con unos amigos.

Había mucho trabajo. Loilanun aprendió a raer y curtir pieles. Mientras hacía un par de botas de caza, conoció al joven que las usaría y se enamoró de él. Apenas había llegado a la pubertad. Salía con el cazador las noches iluminadas, cuando nadie podía dormir. Por vez primera tenía ante sí el mundo, de asombrosa hermosura. Se convirtió en mujer del cazador. Habría muerto por él.

Las maneras cambiaban en Oldorando. El cazador y Loilanun salieron a cazar ciervos. Antes, Dresyl jamás hubiera permitido que las mujeres salieran con los cazadores; pero era cada vez menos estricto, a medida que envejecía. Los cazadores de ciervos encontraron un pinzasaco en un desfiladero. Ante los ojos de Loilanun, la criatura derribó al joven y lo atravesó con uno de los cuernos. El joven murió antes de que lo llevaran a la casa. Con el corazón destrozado, Loilanun regresó a la casa paterna. Ellos la recibieron, la incorporaron complacidos a la vida en común y la consolaron. Mientras reposaba en las sombras fragantes, la vida despertó en el seno de Loilanun. Había concebido. Recordó la alegría de esa ocasión cuando llegó la hora y dio a luz un hijo. Lo llamó Laintal Ay, y los padres de ella lo aceptaron, complacidos también. Era la primavera del año 13 después de la Unión, o el 31 según el viejo calendario de años señoriales.

-Crecerá en un mundo mejor -dijo Loil Bry a su hija, mirando al niño con ojos lustrosos-. Cuentan las leyendas que llegará un tiempo en que los rajabarales se abrirán y el aire se calentará con el calor de la tierra. La comida abundará, desaparecerá la nieve, y podremos andar desnudos. Cómo deseaba esa época cuando era joven... Quizá Laintal Ay la vea. Cómo hubiera deseado que fuera una niña... Las mujeres ven y sienten más que los hombres...

Al niño le gustaba mirar la ventana de porcelana de la abuela. Era la única de Oldorando, aunque Pequeño Yuli sostenía que había habido muchas más, y que se habían roto. Año tras año, los abuelos de Laintal Ay levantaban la vista de los antiguos documentos para ver cómo la ventana se volvía rosa, naranja y bermellón a la hora del ocaso, mientras Freyr o Batalix descendían en un baño de fuego. Los colores morían. La noche teñía la porcelana de negro.

En los viejos tiempos, los childrims revoloteaban en torno de las torres de Oldorando; las mismas apariciones que el primer Yuli había visto cuando atravesaba penosamente el desierto blanquecino.

Los childrims sólo venían por la noche. Unas chispas como plumas brillaban más allá de la ventana, y allí estaban los childrims, girando lentamente, agitando la ala única. ¿Era un ala?

Cuando la gente salía corriendo a mirar, los contornos eran confusos, nunca claros. Los childrims provocaban extraños pensamientos en las mentes humanas. Yuli y Loil Bry se tendían sobre las pieles y alfombras y sentían que los pensamientos que había en ellos cobraban vida, todos a la vez. Veían escenas olvidadas y escenas jamás vistas. A veces, Loil Bry gritaba y se cubría los ojos. Decía que era como comunicarse con una docena de fessupos a la vez. Más tarde, quería volver a imaginar algunos de esos momentos inesperados, pero una vez desaparecidos era imposible recordarlos: aquella desconcertante belleza se desvanecía como una fragancia.

Los childrims se alejaban. Ningún hombre sabía de dónde venían, adonde iban.

El hábitat de los childrims era la troposfera superior. De vez en cuando, las presiones eléctricas los obligaban a descender y acercarse a la superficie del planeta. Las corrientes de hombres y animales los atraían un momento; se detenían y giraban como si también ellos fueran criaturas inteligentes. Luego volvían a elevarse y se marchaban. De acuerdo con los caprichos locales de la gran tormenta magnética que atravesaba el sistema heliconiano, los childrims volaban en cualquier dirección, hacia adelante, hacia arriba, siguiendo el curso de las mareas magnéticas, moviéndose sin percepción ni necesidad de reposo.

Pero no se movían siempre del mismo modo. Porque las entidades eléctricas que los seres

humanos llamaban childrims no podían cambiar, y por eso nada era más vulnerable que ellas a los cambios.

Las temperaturas en el continente tropical de Campannlat subían y bajaban de pronto, en cualquier momento. Una suave jornada de verano, mientras Loilanun jugaba lánguidamente con su hijo, la temperatura de Oldorando subió varios grados sobre cero. Bastante cerca, hacia el norte, en el lago Dorzin, podía haber diez grados bajo cero. En el verano, cuando los centinelas trabajaban de día y de noche, no había heladas en los lugares protegidos, y crecían cosechas de cereales.

A cinco mil kilómetros de Oldorando, en Nktryhk, la temperatura diaria variaba de menos de doce grados centígrados a menos de ciento cincuenta, es decir, la temperatura a que se licua el kryptón.

Los cambios se acumulaban; eran al principio lo que podía llamarse cambios latentes. Luego los efectos fueron rápidos, a medida que los gradientes de temperatura de la atmósfera superior subían junto con la radiación de Freyr. El proceso era gradual, pero cuántico. En cierta ocasión, la Estación Observadora Terrestre registró una elevación de temperatura de doce grados en una hora, a veinticinco kilómetros de altura sobre el ecuador.

A causa del calor, la circulación estratosférica aumentaba mucho, y las tormentas barrían el planeta. Se observaron sobre Nktryhk bruscas corrientes que superaban los cuatrocientos kilómetros por hora.

De repente, los childrims desaparecieron.

Los comienzos de lo que era la esperanza del renacimiento para los hombres y los animales trajeron el desastre para los childrims. Las condiciones que los habían creado se disiparon entre un año y el siguiente. Los vórtices de polvo piezoeléctrico y de partículas cargadas eran demasiado frágiles para sobrevivir a un sistema más dinámico. Desaparecieron, dejando atrás evanescentes estelas de chispas en el rarificado aire de las alturas. Las chispas murieron rápidamente.

Yuli y Loil Bry esperaron en vano la vuelta de los childrims. Laintal Ay pronto olvidó que los había visto alguna vez.

Bajo el cielo verdoso común a esa altura, en que los rayos de los centinelas -cuando no estaban sepultados entre las nubes- tenían que atravesar multitudinarios cristales de hielo, emergían grupos de phagors. Los phagors, tanto los estalones como los gillotas, se movían con una andadura inhumana. Muchos tenían aves posadas en los hombros, o que volaban por encima de ellos. Las aves y los phagors eran blancos; el terreno blanco, castaño, negro, desecado, y el cielo verde pálido. Las cosas vivientes se destacaban sobre el glaciar Hhryggt.

El curso del glaciar estaba dividido en un punto por un macizo de roca plutónica que había resistido a siglos de asedio, como un castillo infernal. El hielo había carcomido las paredes, que aún se alzaban en torres. Allí donde caía el río helado, había una meseta cubierta de helechos. Allí aguardaba, inmóvil, el jefe de las criaturas de dos filos, mientras las cohortes se agrupaban.

Eran los kzahhns de Hrastyprt los que primero habían decidido destruir a los Hijos de Freyr que vivían en las distantes llanuras. El joven kzahhn era Hrr-Brahl Yprt. Él conduciría la cruzada. El abuelo, el gran kzahhn Hrr-Tryhk Hrast, había sido asesinado por aquellos Hijos remotos. Las legiones se lanzarían a la venganza bajo el mando de Hrr-Brahl Yprt.

Porque con Hrr-Brahl Yprt los phagors habían prosperado, recuperando las energías perdidas desde que Freyr incendiara el mundo por última vez. La fuerza del número, tanto como un propósito consciente, había puesto en movimiento esta vasta migración, de escala irresistible.

Sin embargo la causa primera y determinante no era en verdad el deseo de venganza, sino los gradientes favorables de temperatura en la estratosfera. El mensaje del calor vibraba a lo largo de los ochocientos kilómetros de longitud del glaciar que descendía desde la meseta sin aire del Alto Nktryhk hasta los ásperos valles al este de la llanura oldorandina, atrayendo a los phagors refugiados en grutas y hendiduras.

Hrr-Brahl Yprt aguardaba inmóvil. También él había oído el mensaje del calor en su octava de aire.

Ese precursor de grandes cambios climáticos activaba también otras formas de vida de la región, de las que los phagors dependían en parte para obtener proteínas. Unas tribus protognósticas llamadas madis residían asimismo en el territorio sembrado de rocas de los glaciares. Escuálidos,

Librodot

perpetuamente mal nutridos, también ellos volvían a las costumbres nómadas. Llevaban al frente cabras y arangos, unos cuadrúpedos que se alimentaban de líquenes y pulgones de las rocas. Los madis buscaban terrenos de pasto más bajos. Pero no se moverían antes de que la cruzada phagor partiera y despejara el camino.

El joven Hrr-Brahl Yprt gruñó la orden de montar. Sólo los oficiales de mayor rango disponían de kaidaws. Montaron en los corceles de color rojo herrumbrado apenas se dio la orden, sentándose detrás de las gibas.

La orden fue dada el año 13, según el modesto calendario de Loil Bry. Según el calendario de la raza de dos filos, era el giro aéreo o año 353 después de la Pequeña Apoteosis, o el Gran Año 5.634.000 desde la Catástrofe. Según una versión más moderna, finalizaba el año 433.

Laintal Ay era entonces un niño encaramado sobre las rodillas de su madre viuda.

Llegaría un momento en que tendría que enfrentar todo el poder de la cruzada de Hrr-Brahl Yprt.

Junto al kaidaw del kzahhn había un creaght -un phagor macho joven- con un alto estandarte.

Hrr-Brahl Yprt tenía la estatura de un hombre de buena talla y era una vez y media más pesado. Los pies queratinosos de tres dedos sostenían una poderosa musculatura, flancos fuertes y un pecho más ancho que el de cualquier hombre.

La cabeza, encajada entre los sólidos hombros, era notable. Larga, estrecha, ósea, tenía en la frente unas protuberancias, de modo que los ojos, protegidos por largas pestañas donde brillaba la nieve, parecían mirar con una rara fuerza. Los cuernos, implantados detrás de las orejas, se curvaban primero hacia adelante y luego hacia arriba. Tenían vetas grises, como si fueran de mármol, y los bordes mortalmente afilados. Empleaban estas armas sólo en combate contra otros phagors; nunca contra otras especies, y no debían mancharse con la sangre roja de los Hijos de Freyr.

El prominente hocico de Hrr-Brahl Yprt era negro bajo los ollares, como había sido el de su abuelo. Cada vez que se movía acentuaba aquel aire de autoridad feroz.

Los armeros le habían labrado una complicada corona para esta cruzada. Descendía como flores de lis entrelazadas sobre el largo apéndice nasal del joven kzahhn, y se le curvaba en la base de los cuernos, de donde sobresalían a los lados dos puntiagudos cuernos metálicos.

Cuando amenazaba a un subordinado, el kzahhn arrugaba el labio inferior mostrando dos hileras de dientes romos y estriados, flanqueados por largos colmillos.

Llevaba el cuerpo revestido por una armadura; un chaleco sin mangas de rígida piel de kaidaw, con tres capas y un cinturón. El cinturón se ensanchaba sobre el vientre en una especie de bolsa que protegía los genitales, pendientes entre la áspera pelambre de la pelvis.

El nombre del kaidaw era Rukk-Ggrl. Luego de montar en Rukk-Ggrl, el joven kzahhn alzó la mano velluda. Un esclavo humano tocó un enorme instrumento enroscado, hecho con un cuerno de pinzasaco. La diafonía resonó en la extensión gris.

En respuesta a esa lúgubre llamada, otros esclavos salieron de una caverna en el macizo plutónico, trayendo las figuras del padre y el bisabuelo de Hrr-Brahl Yprt.

Estos ilustres antepasados se encontraban en estado de brida, mientras se hundían lentamente en el vórtice final del no ser. En el estado de brida los procesos vitales eran muy lentos y los cuerpos iban empequeñeciéndose poco a poco. El bisabuelo se había convertido casi enteramente en queratina.

Ante la aparición de estos objetos totémicos, corrió la agitación entre los machos y hembras de la tropa. Se irguieron en el suelo helado; muchos se destacaban contra el cielo sobre los riscos próximos o las rocas, y las brillantes nubes amontonadas les difuminaban los contornos. Algunos se apoyaban en las lanzas, mientras unas aves enormes se cernían sobre ellos. Todos, en reposo, mostraban esa terrorífica inmovilidad propia de la especie. Sólo algún fugaz movimiento de las orejas indicaba que estaban vivos. Cambiaron de posición para volver los ojos al joven jefe y a los líderes del pasado.

Las figuras totémicas fueron presentadas al kzahhn. Los esclavos humanos se arrodillaron ante él.

Hrr-Brahl Yprt desmontó y se colocó entre los antepasados y el kaidaw. Se inclinó, hundió humildemente el rostro en el rojizo pelaje del flanco de Rukk-Ggrl, y pareció que se desmayaba. En una especie de trance, llamó al presente a los espíritus del padre y el bisabuelo.

Los espíritus se presentaron ante él. Eran unas figurillas bigotudas, no mayores que un conejo de las nieves. Chillaron a modo de saludo. Como no habían hecho jamás en la vida real, corrían a cuatro

patas.

-Oh, sagrados antecesores que ahora sois parte de la tierra -exclamó el joven kzahhn, en la áspera lengua de la especie-, al fin marcharé a vengar a quien tendría que estar ahora entre vosotros, mi valiente abuelo, el gran kzahhn Hrr-Tryhk Hrast, muerto por los desnudos Hijos de Freyr. Nos esperan años de prueba. Fortaleced mi brazo, advertidme los peligros, sostened en alto mis cuernos.

El bisabuelo parecía estar dentro de Rukk-Ggrl. La imagen queratinosa dijo: -Ve, con los cuernos en alto, y nunca olvides las enemistades. Evita la amistad con los Hijos de Freyr.

La observación era inútil para Hrr-Brahl Yprt. No creía sentir otra cosa que odio por el enemigo tradicional. Los que estaban en estado de brida no siempre eran los más sabios.

La imagen queratinosa del padre era mayor que la del bisabuelo, puesto que había entrado más recientemente en el estado de brida. La imagen se inclinó y habló, despertando una serie de imágenes en la mente del hijo.

Hrr-Anggl Hhrot mostró una imagen que el joven kzahhn sólo comprendió a medias. Para un ser humano hubiera sido incomprensible. Sin embargo, era una visión del universo conocido, tal como lo imaginaba la raza de dos filos, y que condicionaba en gran parte lo que pensaban de la vida.

Un órgano atareado bombeaba vigorosamente, expandiéndose y contrayéndose. Tenía tres partes, cada una de las cuales se parecía un poco a un puño humano apretado. Las partes eran interdependientes y de distintos colores. La gris era el mundo conocido; la blanca el brillante Batalix, la de puntos negros Freyr. Cuando Freyr se expandía las otras partes se achicaban; cuando Batalix crecía, también crecía el mundo conocido.

El conjunto estaba envuelto en un vapor por el que corrían hebras amarillas: las octavas de aire. Las octavas de aire se agitaban como si huyeran de Freyr, aunque en algunos momentos se le enroscaban alrededor. El tercio de Freyr emitía exopodios negros que tiraban de las octavas de aire y lo acercaban al mundo conocido. El mundo se cubría de espuma y crecía.

Estas imágenes eran familiares para el joven kzahhn, y estaban destinadas a darle seguridad antes de la partida. Comprendía también la advertencia que transmitían las imágenes: las octavas de aire que la cruzada tenía que seguir se enredaban caóticas, trastornando el perfecto sentido de la dirección que era común a la especie. La cruzada haría lentos progresos, que llevarían muchos giros aéreos o años.

Dio gracias a la imagen queratinosa con un ronquido profundo.

Hrr-Anggl Hhrot reveló más figuras. Tenían el olor de las cosas antiguas. Surgían de un pozo de sabiduría de los tiempos heroicos, cuando Freyr no tenía ninguna importancia. Pudo verse entonces todo un ejército de antepasados queratinosos, semejantes a ángeles, que confirmaban las imágenes.

Hrr-Anggl Hhrot mostró qué ocurriría cuando hubiesen pasado, en el órgano triple, tantos giros de aire como dedos en las manos y los pies de un estalón. Lentamente, Freyr, punteado de negro, se ocultaría detrás de Batalix. Así ocurriría veinte veces, en sucesivos giros de aire. Y ésta era la temible paradoja: aunque la parte de Freyr era la mayor, se ocultaba detrás de la parte de Batalix, cada vez más pequeño.

Esos veinte ocultamientos señalarían el principio del cruel período de dominio de Freyr. A partir del vigésimo, las colonias que componían la raza de dos filos caerían bajo el poder de los Hijos de Freyr.

Ésa era la advertencia; pero había alguna esperanza.

Los pobres e ignorantes Hijos se espantarían ante los ocultamientos de Freyr, que los había parido. El tercer ocultamiento sería el más desmoralizador. Ese era el momento de golpear; ése era el momento de acercarse a la ciudad donde el gran kzahhn, Hrr-Tryhk Hrast, había sido destruido. Ésa era la hora de la venganza. La hora de quemar y matar.

Recuerda. Sé valiente. Sostén los cuernos en alto. ¡La guerra ha comenzado!

Hrr-Brahl Yprt reaccionó como si hubiese recibido por primera vez la corriente de la sabiduría. La había recibido varias veces, siempre idéntica a sí misma. Para él, era como el pensamiento. Todos los miembros con antepasados en estado de brida habían recibido muchas veces las mismas imágenes en épocas anteriores. Las imágenes provenían del mundo conocido, del aire, de los antiguos muertos. Eran incontrovertibles.

Librodot

Todas las decisiones que se tomaban eran el resultado de esas corrientes de sabiduría emanadas de los antepasados queratinosos. Quienes habían construido el pasado superaban en número a los vivos. Los viejos héroes habían medrado en una edad heroica en la que Freyr era más pequeño.

El joven kzahhn emergió de su trance momentáneo. El ejército que lo rodeaba se agitó, movió las orejas. Las aves se cernían sobre ellos. Nuevamente sonó el cuerno discordante, y las imágenes, semejantes a muñecas, fueron transportadas a la caverna, en la fortaleza natural. Era hora de avanzar.

Hrr-Brahl Yprt montó de un salto en la alta silla de Rukk-Ggrl. El movimiento desalojó a Zzhrrk, el ave vaquera blanca, que remontó vuelo, giró, y volvió a posarse en el hombro de Hrr-Brahl Yprt. Muchos otros tenían sus propias aves vaqueras. Los disonantes graznidos agradaban a los phagors. Las aves eran realmente útiles pues libraban a los phagors de las garrapatas que les infestaban el cuerpo.

Esas garrapatas -criaturas poco estimadas- eran un vínculo clave en la compleja estructura ecológica del mundo, y un nexo clandestino entre enemigos mortales. Mientras el joven kzahhn se comunicaba en brida con los antepasados, unas nubes descoloridas habían cubierto el nevado paisaje. La luz se reflejaba entre la bruma y el suelo. En esa luz no polarizada, en la que no había sombras y las cosas vivientes parecían espectrales, los seres humanos hubieran ido perdidos de un lado a otro. No había horizonte. Todo era gris perla.

Poco significaba esa blancura para el ejército de dos filos, que se guiaba por las octavas de aire. Una vez terminada la ceremonia de comunicación, servidores de a pie se adelantaron con cuatro jóvenes kaidaws de talla menuda. La única giba de los animales estaba apenas desarrollada; todavía tenían manchas en el pelaje áspero. En cada uno de los kaidaws montaba una de las cuatro fillockas del kzahhn. Cada fillockas tenía, entretejidas en la crin, plumas de águila o pálidas flores papilionáceas de las rocas. Ese cuarteto de jóvenes bellezas había sido seleccionado por la colonia para acompañar al kzahhn Hrr-Brahl Yprt durante los años de la cruzada.

Una fresca brisa de cuarenta grados bajo cero sopló desde las glaciales alturas del este y rizó los delicados filamentos pilosos de las doncellas ancipitales. Bajo esos filamentos estaba la gruesa piel phagor, casi impenetrable al frío, excepto empapada en agua. La brisa despejó la capa de nubes. Como si se hubiese abierto una celosía, retornaron las formas del mundo conocido. El ejército de criaturas y las paredes a pico del Hhryggt, en el fondo, se vieron claramente, así como las cuatro fillockas, al principio espectralmente blancas. La blancura se desvaneció. Aparecieron enfrente unos negros desfiladeros que los conducirían al punto de destino, doce mil metros más cerca del nivel del mar.

Se elevó el estandarte Hrastyprt.

El joven kzahhn alzó la mano y señaló hacia adelante.

Clavó los córneos dedos del pie en el flanco de Rukk-Ggrl. La bestia alzó la cabeza y avanzó sobre los helechos quebradizos. El ejército se puso lentamente en marcha, con el andar extraño y bamboleante de los phagors.

El suelo de pizarra crujía, el hielo resonaba. Las aves vaqueras remontaban a gran altura con las corrientes ascendentes. La cruzada había comenzado.

La consumación llegaría como lo habían pronosticado las imágenes ancestrales, cuando Freyr se escondiera detrás de Batalix por tercera vez. Entonces, el ejército del kzahhn atacaría a los Hijos de Freyr que residían en la ciudad maldita, donde habían matado al noble abuelo de Hrr-Brahl Yprt, el gran kzahhn que había sido obligado a saltar de la cima de una torre a la muerte. La venganza estaba en camino: la ciudad sería arrasada.

Quizá no era sorprendente que el pequeño Laintal Ay llorara en el regazo de su madre.

Año tras año, la cruzada progresaba. Los habitantes de Oldorando ignoraban esa distante némesis. Se ocupaban de las tareas de su propia historia.

Dresyl no era ya el enérgico jefe de antes. Cada vez se quedaba más tiempo en la ciudad, atendiendo detalles nimios de asuntos que marchaban perfectamente antes que él interviniera. De los asuntos de caza se ocupaban los hijos.

El aroma del cambio inquietaba a todos. Los jóvenes querían abandonar las corporaciones y dedicarse a la caza. Los jóvenes cazadores mismos eran poco formales. Un cazador que servía a

Dresyl había tenido una hija natural con la mujer de un hombre mayor. Esta conducta se hacía común, así como las consiguientes peleas.

-Nos comportábamos mejor cuando yo era joven -se quejó Dresyl a Aoz Roon, olvidando sus proezas juveniles-. Pronto nos mataremos unos a otros, como los salvajes de los Quzint.

Dresyl estaba indeciso entre provocar y aplastar a Aoz Roon o aplacarlo con elogios. Se inclinaba a esto último, porque Aoz Roon estaba ganando fama de buen cazador; pero indignaba a Nahkri, hijo de Dresyl, que no simpatizaba con Aoz Roon por ese tipo de razones que sólo los jóvenes conocen.

Dly Hoin, la poco satisfactoria esposa de Dresyl, enfermó y murió cuando concluía el año 17 después de la Unión. El padre Bondorlonganon acudió a sepultarla de costado, en su octava de tierra. Y con esta ausencia se abrió un vacío en la vida de Dresyl, quien sintió que la amaba por primera vez. A partir de ese momento, llevó siempre una pena en el corazón.

A pesar de su edad, aprendió el arte de la comunicación con los padres y buscó el pauk para poder hablar con la desaparecida Dly Hoin. La encontró a la deriva en el mundo inferior. Ella le reprochó falta de amor, temperamento frío, la forma en que habían desperdiciado la vida en común, y muchas otras cosas que le dolieron. Huyó de los vituperios y de aquella dura lengua y fue desde entonces un hombre silencioso.

A veces hablaba con Laintal Ay. El muchacho tenía una mente más brillante que Nahkri o Klils. Pero se mantuvo alejado de su anciano primo el Pequeño Yuli; aunque anteriormente lo había desdeñado, ahora lo envidiaba. Yuli tenía una mujer viva a quien amar y hacer feliz.

Yuli y Loil Bry continuaban en la torre, tratando de no tomar en cuenta que habían encanecido. Loilanun vigilaba a Laintal Ay observando cómo él entraba más a fondo en los rudos placeres de una nueva generación.

Muy lejos, debajo de los Quzint, vivía una secta religiosa llamada de los Apropiadores. Una vez, el primer Yuli había alcanzado a verlos un instante. Segura, en una caverna enorme protegida por el calor de la tierra, la secta era virtualmente invulnerable a los gradientes de temperatura de la alta atmósfera. Pero mantenían una relación secreta con Pannoval; y esa secta tuvo una percepción que, a su manera, condujo a cambios tan importantes como cualquier gradiente de temperatura.

Aunque era una percepción perversamente errónea, contenía una cierta belleza para las rígidas mentes de los Apropiadores, y parecía manifestar la verdad que acompaña a la belleza.

Los Apropiadores, tanto varones como mujeres, llevaban una vestidura adornada que los cubría desde el mentón hasta los pies. Vistos de perfil, parecían flores semiabiertas vueltas hacia abajo. Sólo usaban esta ropa exterior, llamada charfral. El charfral podía interpretarse como un emblema del pensamiento apropiador. Los conocimientos de la secta habían sido codificados a lo largo de muchas generaciones, en innumerables ramificaciones teológicas. Eran puritanos y lascivos a la vez. Aún en la estratificación represora del sistema eclesiástico había contradicciones y paradojas, que habían conducido a un hedonismo neurótico.

La creencia en el Gran Akha no era incompatible con la concupiscencia organizada, por una razón básica: Akha no prestaba atención a la humanidad. Luchaba contra la luz destructora de Wutra, lo que servía al interés de la humanidad; pero lo hacía en su propio beneficio. No importaba lo que la humanidad hiciera. De la impotencia humana nacía la ética del eudemonismo.

Mucho después de morir, el profeta Naba cambió todo esto. En cierto momento, las palabras de Naba se filtraron de Pannoval a la caverna. El profeta prometía que si hombres y mujeres abandonaban la concupiscencia, si no se acostaban unos con otros de modo tan indiscriminado que nadie conocía a su propio padre, entonces, el Gran Padre, Akha mismo, se ocuparía de ellos. Les permitiría participar como guerreros en la lucha contra Wutra. La guerra concluiría antes. La humanidad -ésta era la esencia del mensaje de Naba- no era impotente, a menos que decidiera serlo.

La humanidad no era impotente. Para los Apropiadores sepultados, el mensaje era persuasivo. Nunca lo hubiera sido en el Santuario de Pannoval; allí, la gente nunca había pensado que la humanidad no pudiera decidir por sí misma. Pero en la caverna, empezaron a arder los charfrales y se instauró la castidad.

En un año, los Apropiadores cambiaron de carácter. La vieja y rígida codificación se orientó hacia la virtud restrictiva, en nombre del dios de piedra. Los que no pudieron adaptarse a la nueva moral

Librodot

fueron ejecutados con un golpe de sable, o huyeron antes de que el sable cayera.

En el calor y la discusión de la revolución, a los Apropiadores no les bastó haberse convertido ellos mismos. Los revolucionarios han de convertir a otros. Así el Naba de Akha inició el Viaje de la Fe. El Viaje de la Fe recorrió cien millas de pasajes subterráneos para difundir el mensaje. La primera parada fue Pannoval.

Pannoval no tenía interés en oír de nuevo la palabra de su propio profeta, que había sido ejecutado y olvidado mucho antes. Pero se pronunció activamente en contra de una invasión de fanáticos.

La milicia dispuso sus fuerzas y presentó batalla. Los fanáticos estaban preparados. Nada deseaban más que morir por la causa. Si también otros morían, tanto mejor. Los coruscos, aullando desde las octavas de tierra, los incitaban a la lucha. Se lanzaron hacia adelante. La milicia hizo todo lo posible durante un largo y sangriento día. Luego dio media vuelta y huyó.

Pannoval se inclinó ante el mensaje del poder humano y ante el nuevo régimen. Se cortaron rápidamente charfrales, tan sólo para quemarlos. Los que no se conformaron o murieron, escaparon.

Los que escaparon se abrieron paso hacia el mundo despejado de Wutra, las eternas llanuras del norte. Llegaron allí en el momento en que la nieve se retiraba. Crecía la hierba. Los dos centinelas montaban guardia reforzada en el cielo, y Wutra mismo parecía menos violento. Sobrevivieron.

Año tras año se fueron desplazando hacia el norte en busca de alimento y de tierras protegidas. A lo largo del río Lasvalt, alcanzaron el este de las grandes llanuras. Acosaron a los rebaños de yelks y gunnadus. Y prosiguieron hacia el istmo de Chalce.

Al mismo tiempo, el ascenso de la temperatura agitaba a los pueblos del frígido continente de Sibornal. Oleadas de rudos colonos avanzaban hacia el sur, y penetraban en el continente de Campannlat por el istmo de Chalce.

Un día, cuando Freyr imperaba solo en el cielo, la tribu de Pannoval situada más al norte encontró la avanzada meridional del éxodo de Sibornal. Lo que ocurrió entonces había ocurrido antes muchas veces, y era fatal que volviera a ocurrir.

Wutra y Akha se ocuparían de eso.

Así era el mundo cuando Pequeño Yuli lo abandonó. Los mercaderes de sal de los Quzint llegaron a Oldorando con noticias de avalanchas y de extraños sucesos. Yuli, ya muy anciano, se apresuró escaleras abajo para verlos llegar, resbaló y se rompió una pierna. Una semana más tarde el hombre santo de Borlien visitaba Oldorando, y Laintal Ay jugaba feliz con el perrito de mandíbula móvil.

Una época había terminado. Estaba a punto de comenzar el reinado de Nahkri y Klils.

DOBLE OCASO

Nahkri y Klils estaban en una de las habitaciones de la torre de hierba. Se suponía que seleccionaban pieles. Pero en cambio miraban por la ventana, sacudiendo la cabeza.

-No lo puedo creer -dijo Nahkri.

-Tampoco yo -dijo Klils-. Y no lo creo. -Rió hasta que su hermano le dio una palmada en la espalda.

Miraban a una persona alta y anciana que corría alocadamente por la costa del Voral. Las torres vecinas la ocultaron, y luego reapareció, moviendo los flacos brazos y piernas. Se detuvo un momento, recogió un puñado de barro y se cubrió la cara y la cabeza con él, y siguió trotando y tambaleándose.

-Ha perdido el juicio -dijo Nahkri, alisándose con satisfacción las patillas.

-Peor que eso, si me lo preguntas. Está loca, loca de remate.

Detrás de la figura que corría había otra más serena: un muchacho próximo a la edad adulta. Laintal Ay seguía a su abuela para que no le ocurriera nada malo. Ella corría adelante, gritando. Él la seguía, silencioso, preocupado, atento.

Nahkri y Klils movieron un rato las cabezas y luego las juntaron.

-No comprendo por qué Loil Bry se conduce así -dijo Klils-. ¿Recuerdas lo que decía nuestro padre?

-No.

-Decía que Loil Bry sólo pretendía amar a tío Yuli. Pero que no lo amaba en realidad.

-Ah, recuerdo. Entonces, ¿por qué sigue simulando ahora que él ha muerto? No le encuentro sentido.

-Ha de tener algún plan. Con todo lo que sabe... Es una treta.

Nahkri se acercó a la puerta trampa. Las mujeres trabajaban abajo. La cerró de un puntapié y se volvió hacia el hermano menor.

-Lo que haga Loil Bry no tiene importancia. Nadie comprende a las mujeres. Lo que importa es que tío Yuli ha muerto y que ahora tú y yo vamos a gobernar Embruddock.

Klils parecía asustado.

-¿Y Loilanun? ¿Y Laintal Ay?

-Todavía es un chico.

-Por poco tiempo. En dos cuartos más tendrá siete años y será un cazador.

-Durante bastante tiempo. Es nuestra oportunidad. Somos fuertes... Al menos, yo lo soy. La gente nos aceptará. No querrán que un muchacho los gobierne, y desdeñan en secreto al abuelo, que se pasó la vida con esa loca.

Tenernos que pensar algo para decírselo a todos, algo que prometer. Los
tiempos están cambiando.

-Di eso, Nahkri. Que los tiempos están cambiando.

-Necesitamos el apoyo de los maestros de las corporaciones. Iré ya mismo a hablar con ellos. Es mejor que no vengas... Me consta que para el consejo sólo eres un tonto y un enredador. Y luego hablaremos con algunos de los cazadores principales, como Aoz Roon y otros, y todo saldrá bien.

-Pero, ¿y Laintal Ay?

Nahkri dio un golpecito a su hermano.

-No lo repitas más. Si crea problemas, nos lo quitaremos de encima.

Nahkri convocó una reunión esa tarde, a la hora en que el primer centinela abandonaba el cielo y Freyr avanzaba hacia un ocaso monocromático. La partida de caza y la mayoría de los tramperos ya habían regresado. Ordenó que se cerraran las puertas.

Cuando la gente se reunió en la plaza, Nahkri apareció en la base de la gran torre. Se había puesto sobre las pieles de ciervo un estammel, una gruesa prenda de lana amarilla y roja, sin mangas, para tener aire más digno. Era de estatura mediana y gruesas piernas, rostro chato, orejas grandes. En un gesto característico, echaba hacia adelante la mandíbula inferior, lo que le daba un aspecto grave y amenazador.

Habló seriamente a la muchedumbre; recordó las grandes cualidades del antiguo triunvirato, de Wall Ein, de su padre Dresyl y de su tío Yuli. Ellos combinaban el valor y la sabiduría. Ahora la tribu estaba unida, y la sabiduría y el valor eran cualidades comunes. El seguiría la tradición, pero poniendo nuevo énfasis en la nueva época. Él y su hermano gobernarían, con el consejo, y escucharían siempre lo que cualquier hombre dijese.

Recordó a todos que las incursiones de los phagors eran una amenaza continua, y que los mercaderes de sal del Quzint habían hablado de guerras religiosas en Pannoval. Se necesitaba un mayor esfuerzo. Todo el mundo tenía que trabajar más. Las mujeres tenían que trabajar más.

Una voz de mujer interrumpió:

-¡Baja de esa plataforma y trabaja un poco tú también!

Nahkri se sintió perdido. Miró boquiabierto a la muchedumbre, incapaz de dar una respuesta.

Loilanun hablaba desde la muchedumbre. Laintal Ay estaba junto a ella, mirando el suelo, temblando de miedo y furia.

-No tienes derecho a estar ahí, y el ebrio de tu hermano tampoco -dijo Loilanun-. Soy descendiente de Yuli. Soy su hija. Aquí está mi hijo, Laintal Ay, a quien todos conocéis, que será un hombre dentro de dos cuartos. Tengo tanto conocimiento y sabiduría como un hombre; aprendí de

mis padres. Mantened el triunvirato, como vuestro padre, Dresyl, a quien todos respetaban, deseaba que hicierais. Exijo gobernar con vosotros. Las mujeres han de tener voz. Amo a vuestra familia. Hablad por mí, todos, haced que se reconozcan mis derechos. Y cuando Laintal Ay llegue a la edad adecuada, gobernará en mi lugar. Yo lo prepararé como es debido.

Sintiendo que le ardían las mejillas, Laintal Ay miró sin alzar el rostro. Oyre lo observaba con simpatía y le hizo una señal.

Varias mujeres y unos pocos hombres empezaron a dar gritos, pero Nahkri ya se había recuperado. Gritó más fuerte.

-Nadie será gobernado por una mujer si puedo evitarlo. ¿Quién ha oído hablar de semejante cosa? Loilanun, tienes la cabeza tan floja como tu madre, si dices eso. Todos sabemos que has sido desgraciada por la muerte de tu hombre, y todos lo lamentamos; pero lo que has dicho es un disparate.

La gente se volvió y miró la cara desgastada y arrebatada de Loilanun. Ella también los miró, sin parpadear y dijo: -Los tiempos están cambiando, Nahkri. Tan necesario es el cerebro como los músculos. Y con toda honestidad, muchos de nosotros no confiamos en ti ni en el necio de tu hermano.

Se oyeron unos murmullos en favor de Loilanun, pero un cazador, Faralin Ferd, dijo rudamente: -Sólo es una mujer. A mí no me gobernará. Preferiría soportar a esos dos bribones.

Hubo muchas risas sinceras, y Nahkri triunfó mientras la multitud aplaudía. Loilanun se abrió paso y se fue a llorar en alguna parte. Laintal Ay la siguió de mala gana. La compadecía y la admiraba; y también pensaba que era absurdo que una mujer gobernara Oldorando. Nadie había oído nunca una cosa así, como había dicho Nahkri.

Se detuvo un momento al borde de la muchedumbre, y una mujer llamada Shay Tal se le acercó y le agarró la manga. Era una joven amiga de la madre, de rostro hermoso y mirada penetrante, como de halcón. Él la conocía como una mujer simpática y rara que ocasionalmente visitaba a la abuela y le traía pan.-Iré contigo a consolar a tu madre, si no te molesta -le dijo Shay Tal-. Te ha avergonzado, lo sé; pero cuando la gente habla sinceramente, muchas veces nos confunde. Admiro a tu madre, como admiré siempre a tus abuelos.

-Sí, es valiente. Pero la gente se ha reído.

Shay Tal lo miró inquisitivamente.

-La gente se ha reído, sí. Sin embargo, muchos de los que reían la admiran también. Están asustados. La mayor parte de la gente está siempre asustada. Recuérdalo. Tenemos que ayudarlos a que cambien.

Laintal Ay, bruscamente exaltado, sonrió al severo rostro de Shay Tal, y se alejó con ella.

La suerte favoreció a Nahkri y a Klils. Esa noche, un furioso viento sopló desde el sur, chillando continuamente entre las torres, casi como el Silbador de Horas. Al día siguiente, los pescadores hablaron de enormes cantidades de peces en el río. Las mujeres fueron a recoger la pesca en cestos. Esta abundancia inesperada fue interpretada como una señal. Salaron gran parte del pescado, pero quedó suficiente para que esa noche celebraran una fiesta en que se bebió vino de cebada y se festejó el acceso al gobierno de Nahkri y Klils.

Pero Klils no tenía buen sentido ni Nahkri sabiduría. Y, lo que era peor, ninguno de los dos se preocupaba mucho por los demás. En la caza no eran mejores que el promedio. Solían disputar entre ambos acerca de lo que había que hacer. Y como tenían, aunque de modo oscuro, conciencia de estos defectos, bebían demasiado y disputaban todavía más.

Sin embargo, la suerte no los abandonaba. La temperatura continuó mejorando; los ciervos eran más abundantes, y no hubo enfermedades. Cesaron las incursiones de los phagors, aunque de vez en cuando los monstruos eran vistos a pocos kilómetros de distancia.

Una fructífera monotonía acompañaba la vida de Oldorando.

El gobierno de los hermanos no agradaba a todo el mundo. No agradaba a algunos cazadores ni a algunas mujeres, ni agradaba a Laintal Ay.

Entre los cazadores había un grupo joven y rudo que se mantenía siempre unido y se resistía a Nahkri, que intentaba deshacerse de ellos. El líder era Aoz Roon Den, ahora en la flor de la madurez:

un hombre corpulento, de expresión sincera, capaz de correr con sus piernas más que un cerdo con cuatro. La figura era característica: vestía una piel de oso negro, y era fácil reconocerlo a la distancia.

Había luchado contra ese oso, y lo había matado. Orgulloso de la hazaña, había llevado el animal desde las colinas a la aldea sin ayuda, arrojándolo luego ante sus admirados amigos a la entrada de la torre donde vivían. Después de un festejo con rathel, había llamado al maestro Datnil Skar para desollar el animal.

También había habido algo distinto en el modo en que Aoz Roon había llegado a esa torre. Descendía de un tío de Wall Ein que era Señor de los Brassimipos. Los Brassimipos eran a la vez una región, y un vegetal muy importante para la economía local, puesto que lo comían las cerdas, con cuya leche se elaboraba el rathel. Pero Aoz Roon encontró tiránica la vida en familia, se rebeló muy temprano, y se estableció en una torre alejada, junto con otros despiertos jóvenes de su edad: el alegre Eline Tal, el sensual Faralin Ferd, el firme Tanth Ein. Brindaban por la estupidez de Nahkri y de su hermano. Se decía por lo general de estas reuniones que eran «diferentes». Aoz Roon se distinguía también por otras cosas. Era notorio por su valor en una sociedad donde el valor se consideraba moneda corriente. Durante las danzas tribales, podía dar un salto mortal en el aire sin tocar el suelo. Y creía firmemente en la unidad de la tribu.

La hija natural, Oyre, no impedía que las mujeres también lo admiraran. Aoz Roon había sorprendido la mirada de Shay Tal, la amiga de Loilanun, y respondió cálidamente a la peculiar belleza de la joven; pero no quería entregarse a nadie. Preveía que en algún momento Nahkri y Klils tendrían problemas, y que caerían antes de resolverlos. Como creía saber lo que era conveniente para la tribu, deseaba conquistar el liderazgo, y no podía dejar que ninguna mujer gobernara sobre él.

Para ese fin, Aoz Roon cuidaba de sus buenos amigos, y también prestaba atención a Laintal Ay, a quien invitó a cazar cuando el niño llegó a la edad de la caza.

Durante una cacería de ciervos al sudoeste de Oldorando, él y Laintal Ay quedaron separados de los demás por una zona inundada. Tuvieron que dar un rodeo por terrenos difíciles, donde abundaban los grandes cilindros de los rajabarales. Encontraron una partida de mercaderes que dormían en torno de una hoguera de hierba, aletargados por la bebida. Aoz Roon despachó a dos sin que los demás se despertaran. Luego él y Laintal Ay se alejaron y regresaron gritando a la carrera, enmascarados con calaveras de animales. Los otros ocho mercaderes se rindieron, doblegados por un supersticioso temor. La historia se contó en Oldorando como una gran broma durante muchos años.

Los mercaderes comerciaban con armas, pieles, grano y cualquier otra cosa. Venían de Borlien, cuyos habitantes eran cobardes por tradición y habían recorrido desde los mares del sur hasta los Quzints en el norte. Eran, la mayoría, conocidos en Oldorando como estafadores y embaucadores. Aoz Roon y Laintal Ay los llevaron a Oldorando como esclavos y distribuyeron las mercaderías entre la gente. Aoz Roon se reservó como esclavo personal a un joven, apenas mayor que Laintal Ay, llamado Calary.

Este episodio acrecentó el prestigio de Aoz Roon. Pronto estuvo en condiciones de desafiar a Nahkri y a Klils. Pero siguiendo una inclinación natural, en lugar de precipitarse, continuó acompañando a sus amigos.

En las corporaciones había inquietud. Un joven llamado Dathka intentaba abandonar la corporación de los trabajadores del metal, negándose a cumplir el largo término de los aprendices. Fue conducido ante los hermanos, que no consiguieron persuadirlo. Dathka desapareció de todas partes durante dos días. Una mujer informó que estaba atado y tendido en una celda poco utilizada, con el rostro lastimado.

Ante esto, Aoz Roon visitó a Nahkri y le pidió que permitiera a Dathka unirse a los cazadores. -Cazar no es una actividad fácil -dijo-. Todavía abunda la caza, pero con esta extraña temperatura de los últimos años, los territorios de caza han cambiado. Como sabes, se nos exige mucho. Deja entonces que Dathka se una a nosotros, si lo desea. ¿Por qué no? Si no sirve, lo expulsaremos y volveremos a discutirlo. Tiene más o menos la edad de Laintal Ay, y puede trabajar con él.

Había poca luz donde estaba Nahkri, vigilando a los esclavos que ordeñaban las cerdas del rathel. El techo era bajo, y Nahkri estaba algo encorvado. Pareció encorvarse aún más ante el desafío de Aoz Roon.

Librodot

-Dathka debe obedecer la ley -dijo Nahkri, ofendido también por la innecesaria referencia de Aoz Roon a Laintal Ay.

-Permítele cazar y obedecerá la ley. Se ganará el sustento antes de que se le curen las marcas de tus golpes.

Nahkri escupió.

-No tiene experiencia como cazador. Es un artesano. Hay que conocer el trabajo. -Nahkri temía que se difundiesen los secretos de la corporación; las artesanías de cada corporación eran guardadas celosamente, y reforzaban el poder de los gobernantes.

-Si no quiere trabajar, deja que intente nuestra dura vida y ya veremos - insistió Aoz Roon.

-Es un hombre huraño y silencioso.

-El silencio es una ayuda en las llanuras abiertas.

Finalmente, Nahkri dejó a Dathka en libertad. Dathka empezó a ayudar a Laintal Ay, como había dicho Aoz Roon. Muy pronto fue un buen cazador, y disfrutaba del nuevo trabajo.

A pesar de los largos silencios de Dathka, Laintal Ay lo aceptó corno un hermano. Tenían casi la misma altura, y menos de un año de diferencia de edad. El rostro de Laintal Ay era ancho y alegre; el de Dathka largo, y vuelto siempre hacia el suelo. Se hizo legendaria la eficiencia de esta pareja en la caza.

Como estaban mucho tiempo juntos, las ancianas decían que un día encontrarían el mismo destino, tal como se había dicho de Dresyl y Pequeño Yuli. Y, también como entonces, que tendrían destinos muy diferentes. En los primeros años, daban simplemente la impresión de parecerse; y Dathka llegó a destacarse tanto que el vanidoso Nahkri se enorgulleció de él, lo amparó, y a veces hablaba de su propia clarividencia al sacarlo de la corporación. Dathka guardaba silencio y miraba el suelo cuando pasaba Nahkri, sin olvidar jamás quién lo había golpeado.

Loil Bry no era la misma después de la muerte de su hombre. Antes había permanecido siempre en su habitación perfumada; ahora, vieja y vulnerable, prefería vagar por la verde espesura que brotaba en torno de Oldorando, hablando o cantando a solas. Muchos temían por ella; pero nadie se atrevía a acercársele, excepto Laintal Ay y Shay Tal.

Un día fue atacada por un oso al que las avalanchas habían obligado a bajar de la montaña. Mientras se arrastraba, herida, unos perros salvajes se le echaron encima y la mataron y devoraron a medias. Las mujeres encontraron los restos mutilados del cuerpo, y los llevaron llorando al poblado.

La extravagante Loil Bry fue enterrada del modo tradicional. Muchas mujeres la lloraron; habían respetado el alejamiento de esa mujer, nacida en el tiempo de las nieves, que había conseguido vivir entre ellas y sin embargo totalmente apartada. Había en ese alejamiento una especie de inspiración: era como si ellas, incapaces de sostener por sí mismas esa inspiración, la hubieran vivido por intermedio de Loil Bry.

Todo el mundo reconocía los conocimientos de Loil Bry. Nahkri y Klils acudieron a homenajear a la anciana tía, aunque no se molestaron en ordenar al padre Bondorlonganon que supervisara el entierro. Permanecieron en el borde de la multitud doliente, susurrando. Shay Tal y Laintal Ay fueron a consolar a Loilanun, que no habló ni lloró mientras bajaban a su madre al suelo mojado.

Más tarde, mientras se alejaban, Shay Tal oyó que Klils decía: -Después de todo, hermano, era sólo una mujer más...

Shay Tal enrojeció, trastabilló, y hubiera caído si Laintal Ay no la hubiese tomado por la cintura. Se marchó directamente a la habitación ventilada donde vivía con su madre, y allí se quedó con la frente apoyada en la pared.

Tenía buena figura, pero no lo que se llamaba una figura maternal. Como méritos externos lucía un abundante pelo negro, rasgos delicados y un aire orgulloso. Ese porte atraía a algunos hombres, pero repelía a muchos otros. Shay Tal había rechazado las insinuaciones del vivaz Eline Tal. Eso había ocurrido suficiente tiempo atrás como para que ella advirtiera la carencia de otros posibles festejantes, con excepción de Aoz Roon. Pero tampoco él se doblegaría.

Y mientras estaba en su habitación, apoyada contra la pared húmeda donde crecían las flores esqueléticas de los líquenes grises, decidió que la independencia de Loil Bry sería su ejemplo. No sería sólo una mujer más, dijeran lo que dijeran de ella sobre su tumba.

Todas las mañanas, al alba, las mujeres se reunían en la llamada casa de las mujeres. Era una especie de fábrica. Con la primera luz, figuras embozadas en pieles y algún abrigo adicional emergían de las ruinosas torres y se deslizaban hacía el lugar de trabajo.

La niebla saturaba ese momento, cortada en bloques translúcidos por las torres, atravesada por aves blancas. Las piedras estaban húmedas, y bajo los pies rezumaba el fango. La casa de las mujeres se alzaba en un extremo de la calle principal, cerca de la gran torre. Detrás de ella, a cierta distancia, corría el Voral junto al desgastado muelle de piedra. Cuando las mujeres iban a trabajar, los gansos, las aves de corral de Embruddock, se precipitaban gritando a recibir el alimento que traían las mujeres. Dentro de la casa, una vez que se cerraba la pesada y crujiente puerta, se cumplían las eternas tareas de las mujeres: moler el grano para obtener harina, cocer, asar, coser ropas y botas, y curtir pieles. El curtido era particularmente difícil y lo supervisaba un hombre, Datnil Skar, maestro de la corporación de curtidores. El proceso requería sal, y tradicionalmente los curtidores se ocupaban de todo lo que concernía a la sal. Y también era preciso cubrir las pieles con excremento de ganso, tarea que se consideraba denigrante para los hombres. Los chismes alegraban el trabajo, mientras las madres y las hijas discutían los defectos de los hombres y los vecinos.

Loilanun trabajaba ahora allí con las demás mujeres. Había adelgazado mucho y tenía en la cara un color amarillento. El odio contra Nahkri y Klils le devoraba a tal punto las entrañas que apenas hablaba, incluso con Laintal Ay, quien ahora decidía libremente sobre su propio camino. Loilanum sólo era amiga de Shay Tal. Shay Tal tenía un poco de hada, y un modo de pensar muy ajeno a la torpe sumisión que caracterizaba a las mujeres de Embruddock.

Una fría madrugada, Shay Tal acababa de dejar la cama cuando oyó golpes abajo, en la puerta. La niebla había penetrado en la torre, ocupando la habitación donde dormía con la madre. Estaba poniéndose las botas en esa perlada penumbra cuando llamaron otra vez. Loilanun abrió la puerta, entró en el establo y subió hasta la habitación de Shay Tal. Los cerdos de la familia gruñeron en la oscuridad mientras Loilanun subía a tientas los crujientes escalones, Shay Tal la recibió cuando entró en la habitación, y le tomó la mano helada. Hizo un gesto de silencio, indicando el ángulo más oscuro, donde dormía la madre. El padre había salido con los otros cazadores. En el confinamiento de esa habitación que olía a estiércol no se veía otra cosa que contornos grises, pero Shay Tal advirtió algo extraño en Loilanun y en su figura encorvada. La visita intempestiva anunciaba dificultades.

-¿Estás enferma, Loilanun?

-Fatigada, sólo fatigada. Shay Tal: esta noche he hablado con el corusco de mi madre.

-¡Has hablado con Loil Bry! De modo que ya está allí... ¿Qué te ha dicho?

-Están todos allí, ahora mismo, miles de ellos, debajo de nuestros pies, esperándonos... Me asusta pensar en ellos. -Loilanun se estremeció. Shay Tal rodeó con el brazo a la mujer mayor y la llevó hasta la cama, donde ambas se sentaron juntas. Afuera chillaban los gansos. Las dos mujeres se miraron, buscando consuelo.

-No es la primera vez que estoy en pauk desde que murió -dijo Loilanun- . No pude encontrarla antes: sólo había un vacío donde tenía que estar. Yo sólo podía arañar el vacío... El fessupo de mi abuela gemía pidiendo atención. Es todo tan triste allí...

-¿Dónde está Laintal Ay?

-Oh, ha salido a cazar -dijo, y volvió en seguida a su tema-. Hay tantos, a la deriva, y no parece que se hablen. ¿Por qué se odiarán los muertos, Shay Tal? Nosotras no nos odiamos, ¿verdad?

-Estás muy alterada. Ven, vamos a trabajar y a comer algo.

En la filtrada luz gris, Loilanun se parecía a su madre.

-Quizá no tengan nada que decirse -prosiguió Loilanun-. Pero están tan ansiosos de hablar con los vivos... Así estaba mi pobre madre.

Se echó a llorar. Shay Tal la abrazó, mirando atrás para ver si su madre despertaba.

-Tenemos que salir, Loilanun. Llegaremos tarde.

-Mi madre estaba tan cambiada... Era tan diferente, pobre sombra. Toda aquella dignidad de antes ha desaparecido. Ha comenzado a... encorvarse. Oh, Shay Tal, me da miedo pensar cómo será vivir allí para siempre...

Pronunció la última frase en voz alta. La madre de Shay Tal se volvió y gruñó. Los cerdos, abajo, gruñeron. Sopló el Silbador de Horas. Era tiempo de ir a trabajar. Tomadas del brazo, bajaron las escaleras. Shay Tal llamó suavemente a los cerdos por su nombre, para tranquilizarlos. El aire estaba helado cuando empujaron la puerta y la cerraron, sintiendo que la escarcha de los paneles se quebraba bajo los dedos. A través del lodo y los grises de la mañana otras figuras se encaminaban hacia la casa de las mujeres; las mantas que sostenían sobre los hombros les ocultaban los brazos.

Mientras se movían entre las formas anónimas, Loilanun dijo a su compañera: -El corusco de Loil Bry me habló del largo amor que la unió a mi padre. Dijo muchas cosas acerca de los hombres y las mujeres que no pude comprender. Y dijo cosas crueles acerca de mi hombre.

-¿Nunca has hablado con él?

Loilanun eludió la respuesta.

-Mi madre apenas me dejaba hablar. ¿Por qué los muertos son tan sentimentales? ¿No es terrible? Ella me odia. Lo ha perdido todo, excepto la emoción. Es como una enfermedad. Dijo que un hombre y una mujer juntos son una sola persona. No comprendo. Le dije que no comprendía. Tuve que pedirle que se callara.

-¿Pediste al corusco de tu madre que se callara?

-No te asombre tanto. Y mi hombre solía pegarme. Yo le tenía miedo...

Jadeaba y perdía la voz. Ambas entraron agradecidas en el calor de la casa. El pozo de la curtiduría humeaba. En unos nichos ardían unas gruesas velas de grasa de ganso, con un sonido restallante, como si alguien estuviese depilando un cuero. Había allí unas veinte mujeres que bostezaban y se rascaban.

Shay Tal y Loilanun comieron trozos de pan, y bebieron rathel antes de acercarse a uno de los morteros. La mujer mayor, cuyo rostro se veía mejor ahora, tenía muy mal aspecto: grandes ojeras azules y el pelo enmarañado.

-¿El corusco te dijo algo útil? ¿Algo que pueda ayudar? ¿Habló de Laintal Ay?

-Me dijo que tenemos que acumular conocimientos. Que tenemos que respetar el conocimiento. Se burló de mí. -Con la boca llena de pan, agregó:- Dijo que el conocimiento era más importante que la comida. Que era, en verdad, comida. Probablemente estaba confusa... Poco acostumbrada a estar allí. Es difícil comprender lo que dicen...

Cuando apareció el supervisor, se volvieron a trabajar con el grano.

Shay Tal miró de lado a su amiga: la luz cenicienta de la ventana del este le llenaba los huecos del rostro.

-El conocimiento no puede ser comida. Por más que supiéramos, tendríamos que moler el grano.

-Cuando mi madre vivía, me mostró el dibujo de una máquina que funcionaba con el viento. Molía el grano sin que las mujeres movieran un dedo, me dijo. El viento hacía el trabajo de las mujeres.

-A los hombres no les gustaría -le dijo Shay Tal, riendo.

A pesar de que Shay Tal era una mujer prudente, la resolución que había tomado se hizo más firme: llegó a ser la mujer que más desafiaba lo que otras aceptaban sin reflexión.

Se ocupaba de cocer el pan. Se amasaba la harina con grasa y sal, y luego se cocía al vapor sobre conductos de agua caliente en rápido movimiento.

Cuando los panecillos dorados estaban listos, se dejaban enfriar y una muchacha delgada llamada Vry los repartía entre todos los pobladores de Oldorando. Shay Tal era la encargada de este proceso; sus panes tenían fama de saber mejor que los de ninguna otra cocinera.

Pero Shay Tal veía muchas perspectivas misteriosas más allá de los panecillos. La rutina no la atraía y se hizo cada vez más reservada. Cuando Loilanun cayó víctima de una enfermedad consuntiva, Shay Tal la llevó a su casa, junto con Laintal Ay, a pesar de las protestas del padre, y cuidó pacientemente a la mujer mayor. Hablaban durante horas. A veces, Laintal Ay escuchaba; pero muchas otras veces se aburría y salía.

Shay Tal empezó a comunicar sus ideas a las demás mujeres; hablaba en particular con Vry, más maleable por su juventud. Decía que así como el hombre prefiere la verdad a la mentira, así la luz es más necesaria que la oscuridad. Las mujeres escuchaban, y murmuraban incómodas.

No sólo las mujeres. Vestida con pieles oscuras, Shay Tal tenía una majestad que los hombres percibían, Laintal Ay entre otros. Al orgulloso porte unía la orgullosa conversación. Ambas cosas atraían a Aoz Roon. Escuchaba y discutía. Shay Tal mostraba una vena seductora, que respondía al aire autoritario del cazador. Ella había aprobado que él apoyase a Dathka contra Nahkri; pero no le permitía que se tomara libertades. Su propia libertad dependía de esa negativa.

. Las semanas pasaban, y grandes tormentas rugían sobre las torres de Embruddock. La voz de Loilanun era cada vez más débil, y ella murió una tarde. Durante la enfermedad había transmitido parte del conocimiento de Loil Bry a Shay Tal y a otras mujeres que habían ido a visitarla. Hizo real el pasado para ellas, y todo lo que dijo fue filtrado por la oscura imaginación de Shay Tal.

Mientras decaía, Loilanun ayudó a Shay Tal a fundar lo que ambas llamaban la academia. Una academia de mujeres, donde juntas intentarían ser algo más que criadas. Muchas de esas criadas permanecieron gimiendo junto al lecho de muerte de Loilanun hasta que Shay Tal, en un acceso de impaciencia, las expulsó.

-Podemos observar las estrellas -dijo Vry, elevando su cara de chiquillo- . ¿Has visto que se muevan siguiendo caminos regulares? Me gustaría comprenderlas mejor.

-Todo lo que vale la pena está enterrado en el pasado -dijo Shay Tal, contemplando el rostro de la amiga muerta-. Este lugar estafó a Loilanun y nos estafa a nosotros. Los coruscos nos esperan. ¡Nuestras vidas están tan encerradas! Necesitamos hacer mejores gentes, tanto como mejores panecillos.

Se puso de pie, se acercó a la ventana, y abrió los gastados postigos.

La vivaz inteligencia de Shay Tal comprendió en seguida que la academia despertaría la desconfianza de los hombres de Embruddock, y sobre todo las de Nahkri y Klils. Sólo Laintal Ay, todavía inmaduro, la apoyaría, aunque ella esperaba conquistar a Aoz Roon y a Eline Tal. Comprendió que tendría que luchar contra toda oposición a la academia, y que esa lucha era necesaria para renovar el espíritu del grupo. Desafiaría el letargo general; había llegado el tiempo del progreso.

La inspiración la impulsaba. Mientras enterraban a su pobre amiga, Shay Tal, con la mano apoyada en el hombro de Laintal Ay, descubrió la mirada de Aoz Roon. Empezó a hablar. Las palabras de Shay Tal fluyeron audaces y vigorosas entre los géisers.

-Esta mujer estaba obligada a ser independiente. Lo que sabía era una ayuda para ella. Algunos de nosotros no podemos ser tratados como esclavos. Tenemos una visión de cosas mejores. Oíd lo que diré. Las cosas serán diferentes.

Todo el mundo la miró, con asombro; la novedad del estallido les encantaba.

-Pensáis que vivimos en el centro del universo. Pero yo os digo que vivimos en el centro de una granja. Nuestra posición es tan confusa que no podéis comprender hasta qué punto lo es.

"Esto os digo a todos. En el pasado, en el remoto pasado, ocurrió cierto desastre. Fue tan completo que nadie puede entender ahora en qué consistió ni cómo llegó a producirse. Sólo sabemos que trajo un frío y una oscuridad perdurables.

"Tratáis de vivir lo mejor posible. Está bien, está bien; vivid bien, amaos los unos a los otros, sed amables. Pero no pretendáis que ese desastre nada tiene que ver con vosotros. Puede haber ocurrido hace largo tiempo; pero infecta cada día de nuestras vidas. Nos envejece, nos desgasta, nos devora, arranca de nosotros a nuestros hijos. No sólo nos hace ignorantes, sino también enamorados de nuestra ignorancia. Estamos enfermos de ignorancia.

"Voy a proponeros una cacería del tesoro, una búsqueda, si queréis. Una búsqueda en la que todos vosotros podéis participar. Quiero que tengáis conciencia clara de nuestra caída, y que busquéis constantemente cualquier prueba de su naturaleza. Tenemos que juntar fragmentos de lo que ha ocurrido y nos ha relegado a esta granja helada; luego podremos mejorar nuestra suerte y evitar que el desastre vuelva a caer sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

"Éste es el tesoro que os ofrezco. El conocimiento. La verdad. Les teméis, sí. Pero tenéis que crecer y amarlos.

"¡Buscad la luz!

De niños, Oyre y Laintal Ay habían ido con frecuencia más allá de las barricadas. Salpicaban el

Librodot

desolado paisaje pilares de piedra, restos de viejos caminos, donde se posaban las grandes aves que custodiaban el lugar. Juntos trepaban a ruinas olvidadas, rotos muros de habitaciones semejantes a cráneos, columnas vertebrales de antiguas murallas, donde la escarcha cubría torres y puertas y el tiempo devoraba todo. Poco preocupaba esto a los niños. Las risas resonaban entre esas anatomías dispersas.

Pero ahora la risa era más contenida y las expediciones más espaciadas. Laintal Ay había llegado a la pubertad; cumplió la ceremonia de beber sangre y se inició en la caza. Oyre había desarrollado una voluntad caprichosa y caminaba con un andar más elástico. Los juegos entre ellos se hicieron cautelosos; las viejas pantomimas eran abandonadas tan casualmente como las estructuras que solían visitar, para no volver a ser representadas.

La tregua de la inocencia concluyó cuando Oyre insistió en que Calary, el esclavo de su padre, los acompañara en una excursión. Ese acontecimiento señaló la última expedición juntos, aunque ellos no lo comprendieron en ese momento, y pretendieron, como siempre, jugar a la búsqueda del tesoro.

Llegaron a un montón de escombros donde habían sacado hasta el último trozo de madera. Las hojas de brassimipo se abrían paso entre los restos de un monumento donde la vieja obra artesanal era una costra margosa. En otro tiempo habían imaginado que estas ruinas eran un castillo, y habían sido allí un ejército que rechazaba una carga tras otra de phagors, mientras imitaban los alegres ruidos imaginarios de la batalla.

Laintal Ay estaba preocupado por el panorama turbador que creía ver ante él. En ese panorama, levemente parecido a una nube, pero también a una declaración de Shay Tal, o quizás a alguna vieja proclama labrada en piedra, él, y Oyre, y su esclavo, y Oldorando, y aun los phagors y las criaturas desconocidas que habitaban las tierras salvajes, eran arrastrados por un enorme proceso... pero en este punto la luz del entendimiento se apagaba y lo dejaba al borde de un precipicio a la vez atractivo y terrible. No sabía qué era lo que no sabía.

Laintal Ay estaba en un punto prominente de las ruinas, mirando, abajo, a Oyre. Ella estaba agachada, investigando algo completamente ajeno a los intereses de su amigo.

-¿Es posible que aquí haya existido una gran ciudad? ¿Podrá alguien reconstruirla en el futuro? ¿Gente como nosotros, con riquezas?

Ella no respondió, y Laintaí Ay se puso de cuclillas sobre el muro, miró la espalda de Oyre e hizo más preguntas: -¿Qué comía la gente? ¿Crees que Shay Tal sabe esas cosas? ¿Está aquí el tesoro de ella?

Vista desde arriba, Oyre, inclinada, vestida con pieles cosidas, parecía más un animal que una muchacha. Miraba un nicho entre las piedras, sin escuchar realmente lo que decía Laintal Ay.

-El sacerdote que viene de Borlien dice que fue una vez un gran país que imperaba en Oldorando, hasta más lejos de lo que puede volar un halcón -dijo ella. Laintal Ay echó una mirada vivaz al paisaje, tenebroso bajo una gruesa capa de nubes.

-Eso es un disparate.

Laintal Ay sabía lo que probablemente Oyre ignoraba; que el territorio de los halcones estaba aún más severamente limitado que el de los hombres. El discurso de Shay Tal le había mostrado otros límites de la vida, que ahora rumiaba infructuosamente mientras miraba a la muchacha, que estaba allí abajo, con el ceño fruncido. Se sentía irritado con Oyre, no sabía por qué, y quería ponerla a prueba de alguna manera, encontrar palabras para lo que había más allá del silencio.

-¡Ven a ver lo que he encontrado, Laintal Ay! -La cara oscura y brillante de Oyre lo miró. Recientemente, las facciones se le habían afinado; estaba haciéndose mujer. Él olvidó su propia frustración y se deslizó por la pared en declive, aterrizando al lado de ella.

Oyre había sacado del nicho una cosa viva, desnuda y pequeña, que se le retorcía en las manos, con un rosado rostro de roedor deformado por la alarma.

El pelo de Laintal Ay rozó el de Oyre cuando miró ese recién llegado al mundo. Ahuecó las manos ásperas sobre las manos de Oyre hasta que ambos entrelazaron los dedos alrededor de un centro que se debatía.

Ella alzó la cara y lo miró de frente, con los labios entreabiertos, en una leve sonrisa. El sintió el olor de ella. La tomó por la cintura.

Pero allí estaba el esclavo; mostrando en la cara que comprendía oscuramente la llama de esa nueva intuición que había estallado entre ambos. Oyre retrocedió un paso, y empujó al pequeño mamífero dentro del agujero. Miró el suelo con e! ceño fruncido.

-Tu maravillosa Shay Tal no lo sabe todo. Mi padre me ha dicho que él la considera rara. Vamos a casa.

Laintal Ay vivió un tiempo en casa de Shay Tal. La muerte de sus padres y abuelos lo había separado de la infancia; pero el y Dathka eran ahora cazadores con todos los derechos. La herencia había ido a parar a manos de sus tíos, pero estaba decidido a mostrar que valía tanto como ellos. Maduró rápidamente, y creció con una expresión de vivacidad. Tenía un mentón firme, y facciones bien definidas. Todos advirtieron en seguida que era fuerte y rápido. Muchas jóvenes le sonreían, pero él sólo tenía ojos para la hija de Aoz Roon.

Aunque era popular, algo en él hacía que la gente se mantuviera a distancia. Había escuchado las valientes palabras de Shay Tal. Algunos opinaban que era demasiado consciente de descender del Gran Yuli. Aun en compañía, permanecía aparte. No tenía otro amigo íntimo que Dathka Den, el hombre de las corporaciones que se había hecho cazador; y Dathka rara vez hablaba ni siquiera con Laintal Ay. Como alguien había dicho, Dathka era lo más parecido a nadie.

Posteriormente, Laintal Ay fue a vivir con algunos de los cazadores en la gran torre, encima de la habitación de Nahkri y Klils. Escuchó allí las viejas historias, y aprendió a cantar las viejas canciones de los cazadores. Pero nada le gustaba tanto como reunir unas pocas provisiones, ponerse unas botas de nieve, y recorrer los alrededores verdeantes. Ya no buscaba, para esas expediciones, la compañía de Oyre.

Nadie más se atrevió a salir solo en ese entonces. Los cazadores cazaban juntos; los pastores de cerdos no se alejaban del poblado; las personas que atendían los brassimipos trabajaban en grupos. El peligro y la muerte eran los compañeros de la soledad, con harta frecuencia. Laintal Ay fue tenido por excéntrico, aunque continuaron respetándolo, ya que no dejaba de acrecentar el número de cráneos de animales que adornaban las estacadas de Oldorando.

Las tempestades aullaban. Laintal Ay viajaba lejos, sin que la inhóspita naturaleza lo turbase. Llegó a valles desconocidos y a ruinas de ciudades cuyos habitantes habían huido mucho tiempo atrás, abandonando sus hogares a los lobos y al frío.

En la época del festival del Doble Ocaso, Laintal Ay llevó a cabo una hazaña que rivalizaba con la de él mismo y Aoz Roon, cuando capturaron a los mercaderes de Borlien. Recorría solo las tierras altas al noreste de Oldorando, y la nieve profunda se abrió de pronto a sus pies. Laintal Ay cayó dentro de un hoyo. En el fondo había un pinzasaco, esperando la próxima comida.

A nada se parece más un pinzasaco que a una choza de madera de techo hundido y recubierto de paja. No tenían muchos enemigos aparte del hombre, y se alimentaban rara vez, pues eran enormemente lentos. Lo único que vio Laintal Ay de ese particular pinzasaco, enroscado en el fondo de la trampa, fue la cabeza asimétrica y cornuda, y unos dientes que parecían estacas de madera. Las mandíbulas se cerraron sobre la pierna de Laintal Ay, quien se desprendió con un puntapié y rodó a un lado.

Luchando contra la nieve que lo cercaba, alzó la lanza y la hundió como una cuña entre las mandíbulas. El pinzasaco se debatió con golpes rítmicos, lentos aunque poderosos. Derribó otra vez a Laintal Ay, pero no consiguió cerrar la boca. Alejándose de los cuernos, el joven trepó de un salto sobre el lomo de la bestia, y se aferró a las rígidas matas de pelo que crecían entre las placas octogonales del caparazón. Sacó el cuchillo del cinto; agarrado a los pelos con una mano atacó los tendones fibrosos que sostenían una placa octogonal.

El pinzasaco chilló de furia. También a él le estorbaba la nieve, y no podía darse vuelta para aplastar al enemigo. Laintal Ay logró arrancar la placa, que parecía una madera con astillas. La metió en la garganta del pinzasaco y empezó a cortar la torpe cabeza.

La cabeza cayó. No corrió sangre; apenas un fluido blancuzco. El pinzasaco tenía cuatro ojos. Había una especie más pequeña de dos ojos. Un par estaba implantado en la parte anterior del cráneo; el otro miraba hacia atrás, desde unas protuberancias córneas en la parte posterior. Ahora los

Librodot

dos pares de ojos parpadeaban, incrédulos todavía, mientras la cabeza rodaba en la nieve.

El cuerpo decapitado empezó a retroceder con rapidez. Laintal Ay lo siguió, debatiéndose entre la nieve que se derrumbaba, hasta que él y la bestia emergieron a la luz.

Era proverbialmente difícil matar un pinzasaco. Este recorrería largo trecho antes de sucumbir.

Laintal Ay gritó jubiloso. Buscó sus pedernales, saltó al cuello de la criatura y encendió el pelaje rígido, que ardió con un furioso ruido sibilante. Un humo maloliente subió al cielo. Quemando uno u otro lado lograba guiar a la criatura, que ahora retrocedía hacia Oldorando.

En las altas torres resonaron los cuernos. Laintal Ay vio la espuma de los géisers. Allí estaba la estacada, con las calaveras pintadas de brillantes colores. Los cazadores y las mujeres salieron a recibirlo.

Sacudió el gorro de piel. Sentado sobre el extremo ardiente de la gran oruga de madera, entró en triunfo por las calles de Embruddock.

Todos reían. Pero pasaron varios días hasta que desapareció el hedor de las casas que bordeaban el camino triunfal.

La parte no quemada del pinzasaco de Laintal Ay fue consumida durante el festival del Doble Ocaso. Incluso los esclavos participaban en el festival: uno de ellos sería ofrecido corno sacrificio a Wutra.

En Oldorando, el Doble Ocaso coincidía con el Día de Año Nuevo. Era el año 21 según el nuevo calendario, y habría celebraciones. A pesar de las amenazas naturales, la vida era buena y convenía protegerla con sacrificios.

Durante semanas Batalix se había adelantado en el cielo al centinela más lento. En mitad del invierno se acercaron y los días y las noches duraban lo mismo, sin media luz.

-¿Por qué se mueven así? -preguntó Vry a Shay Tal.

-Así se han movido siempre -respondió ella.

-Eso no es una respuesta, señora -concluyó Vry.

La perspectiva de un sacrificio y una fiesta posterior añadían excitación a la ceremonia de los ocasos. Antes de comenzar, hubo bailes en la plaza, alrededor de una gran hoguera. La música provenía de un tambor, una flauta y un corno. Algunos afirmaban que este último instrumento había sido inventado personalmente por el Gran Yuli. Se distribuyó rathel entre los danzarines, y luego todos salieron de las empalizadas, transpirando debajo de los trajes de piel.

Al este de la vieja pirámide había una piedra para los sacrificios. Los ciudadanos se reunieron en torno, a distancia respetuosa, como ordenó un maestro de las corporaciones.

Se hizo un sorteo entre los esclavos. El honor de ser la víctima tocó a Calary, el joven esclavo de Borlien que pertenecía a Aoz Roon. Lo trajeron con las manos atadas a la espalda, y la muchedumbre lo siguió, expectante. Una quietud fría colmaba el aire. Había nubes grises en lo alto. En el oeste, los dos centinelas descendían al horizonte.

Todos llevaban antorchas de piel de pinzasaco. Laintal Ay condujo a su silencioso amigo Dathka al encuentro de Aoz Roon, porque la hermosa hija de Aoz Roon estaba también allí.

-Has de lamentar la pérdida de Calary, Aoz Roon -dijo Laintal Ay, con los ojos clavados en Oyre. Aoz Roon le dio una palmada en el hombro. -Mi primer principio en la vida es no tener jamás remordimientos. Los remordimientos son la muerte para un cazador, como lo fueron para Dresyl. El año próximo capturaremos muchos más esclavos. Calary no importa. En algunos momentos, Laintal Ay desconfiaba de la cordialidad de su amigo. Aoz Roon miró a Eline Tal y ambos rieron, exhalando vapores de rathel.

Todo el mundo se apretujaba y reía, excepto Calary. Al amparo de la muchedumbre, Laintal Ay apretó la mano de Oyre. Ella respondió con otro apretón y sonrió sin atreverse a mirarlo de frente. Él se hinchó de júbilo. La vida era verdaderamente maravillosa.

No pudo dejar de sonreír mientras la ceremonia proseguía con mayor seriedad. Freyr y Batalix desaparecían juntos del reino de Wutra, para hundirse en la tierra como coruscos. Si el sacrificio era aceptable, mañana saldrían a la vez, y durante un rato recorrerían el mismo camino. Ambos brillarían de día, cediendo la noche a la oscuridad. En la primavera volverían a separarse, y Batalix inauguraría

la media luz.

Todos decían que la temperatura era más suave. Las buenas señales abundaban. Los gansos eran más gordos. Sin embargo, un silencio solemne caía sobre la muchedumbre a medida que se alargaban las sombras. Ambos centinelas abandonaban el reino de la luz, presagiando enfermedades y cosas malas. Era preciso ofrecer una vida para que los centinelas retornasen.

A medida que las dobles sombras se extendían, la multitud se calmaba, aunque frotando los pies contra el suelo, como una gran bestia. El ánimo festivo se evaporó, desapareció entre el humo de las antorchas alzadas. Las sombras se difundieron. Una tonalidad gris que las antorchas no lograban derrotar se extendió por la escena. La gente quedó sumergida en el atardecer y en el eddre de la multitud.

Los ancianos del consejo, grises y encorvados, se acercaron en hilera. Entonaron una plegaria con voz temblorosa. Cuatro esclavos trajeron a Calary. Tenía la cabeza caída hacia adelante, la barbilla cubierta de saliva, y trastabillaba. En lo alto giró una bandada de pájaros; el ruido de las alas era como una lluvia; volaron hacia el oro del oeste.

La víctima fue colocada sobre la piedra del sacrificio con la cabeza metida en un hoyo excavado en la superficie roída, y orientada hacia el oeste. Le aseguraron los pies con un cepo de madera; apuntaban hacia el punto, ahora gris pizarra, donde los centinelas reaparecerían si lograban concluir el peligroso viaje. De ese modo, en su propio cuerpo, con pasajes y aberturas, la víctima representaba la unión mística entre los dos inmensos misterios de la vida humana y cósmica. Así, en la tierra como en el cielo, mediante un esfuerzo de voluntad de la masa. La víctima ya había perdido su individualidad. Aunque movía los ojos, no emitía ningún sonido, como si estuviese aterrado ante la presencia de Wutra.

Cuando los cuatro esclavos dieron un paso atrás, aparecieron Nahkri y Klils.
Tenían sobre las píeles unos mantos de estammel teñidos de rojo. Sus mujeres los acompañaron hasta el borde de la multitud; y ellos siguieron avanzando. Por una vez, las descuidadas barbas ratoniles daban cierta solemnidad a las caras. En realidad, estaban tan pálidos como la víctima. Nahkri bajó la vista mientras tomaba el hacha. Alzó la formidable herramienta. Sonó un gong.

Nahkri balanceaba el hacha con ambas manos; la figura más delgada de su hermano estaba justamente detrás de él. Como la pausa se alargaba, un murmullo brotó de la multitud. Había un momento preciso para descargar el golpe; si se perdía, no se sabía qué podía ocurrir a los centinelas. El murmullo expresó la desconfianza tácita con que todos observaron a los gobernantes.

-¡Golpea! -gritó una voz desde la multitud. Sonó el Silbador de Horas.

-No puedo -dijo Nahkri, bajando el hacha-. No lo haré. Podría con un phagor. Pero no con un humano, aunque sea de Borlien. No puedo.

El hermano menor se lanzó adelante y arrebató el arma.

-Cobarde, harás que todos nos vean como unos tontos. Lo haré yo mismo, para avergonzarte. Te mostraré cuál de los dos es más hombre.

Con los dientes descubiertos, alzó el hacha por encima del hombro. La hoja devolvió los rayos del ocaso. Luego descendió y se posó sobre la piedra, mientras Klils se apoyaba en el mango, gimiendo.

-Tendría que haber bebido más rathel...

La multitud respondió con otro gemido. Los discos de los dos centinelas se confundían en el horizonte incierto.

Se oyeron voces; -Son dos payasos...

-Han escuchado demasiado a Loil Bry...

-El padre les llenó la cabeza de conocimientos; tienen los músculos débiles.

-¿No habrás estado demasiado tiempo en el nido, Klils?

La grosera pregunta los hizo reír y el ánimo sombrío se disipó. La multitud se acercó mientras Klils dejaba resbalar el hacha al barro pisoteado.

Aoz Roon se adelantó, separándose de sus amigos, y levantó el hacha. Gruñó como un mastín, y los dos hermanos se apartaron de él, protestando débilmente. Retrocedieron, trastabillando, cuando Aoz Roon alzó el hacha protegiéndose con los brazos.

Los soles descendían; estaban ya gloriosamente sumergidos a medias en un mar de oscuridad. La

luz se derramaba como la yema de dos huevos de ganso, de color oro viejo, como si la sangre de los hombres y phagors se hubiera mezclado sobre el desierto. Los murciélagos revoloteaban. Los cazadores alzaron los puños y aclamaron a Aoz Roon.

Los rayos de los soles convergían sobre la pirámide, se dividían en barras de sombra sobre el vértice. Los divididos haces de luz caían exactamente sobre los costados de la desgastada piedra donde yacía la víctima, que estaba a la sombra.

La hoja del instrumento de ejecución brilló a la luz y mordió la sombra.

Luego del seco ruido del tajo se oyó la voz de la multitud, una especie de respiración al unísono, de eco, como si todos los presentes dieran también el último respiro.

La cabeza cortada de la víctima giró de lado, como si besara la piedra. Empezaba a cubrirse de sangre, que manaba y caía goteando. La sangre seguía corriendo mientras el último segmento de los soles se hundía en el horizonte.

La sangre ceremonial era el fluido mágico que combatía la ausencia de vida; la preciosa sangre humana. Continuaría goteando toda la noche, alumbrando a los dos centinelas entre los caminos y canales de la roca original, permitiendo que llegasen a salvo a la mañana siguiente.

La muchedumbre estaba satisfecha. Alzando las antorchas, regresaron a la empalizada y a las antiguas torres, ahora negras contra las nubes, o moteadas de luces fantasmales, mientras las antorchas se acercaban.

Dathka acompañaba a Aoz Roon, a quien la multitud abría respetuosamente paso.

-¿Cómo has podido matar a tu propio esclavo? -preguntó.

El hombre mayor le echó una mirada desdeñosa.

-Hay momentos que exigen decisión.

-Pero Calary -protestó Oyre-... Ha sido terrible.

Aoz Roon descartó la objeción de su hija.

-Las muchachas no pueden entender. Yo había llenado a Calary de rungebel y de rathel antes de la ceremonia. No sintió nada. Probablemente aún cree estar en los brazos de alguna bella borlienesa -dijo, riendo.

Las solemnidades habían terminado. Pocos dudaban de que Freyr y Batalix aparecerían nuevamente por la mañana. Todos fueron a beber con más alegría que de costumbre, porque tenían un escándalo de que hablar, el escándalo de la debilidad de los jefes. No había tema mejor para acompañar el rathel.

Laintal Ay abordó a Oyre en la oscuridad: -¿Te enamoraste de mí cuando me viste a caballo en el pinzasaco que capturé?

Ella le sacó la lengua.

-¡Vanidoso! Pensé que estabas ridículo.

Laintal Ay comprendió que los festejos tendrían un lado más serio.

«SINTIÉNDOME BEFUDDOCK...»

Todo lo que podía ver al frente era el terreno que se elevaba, aproximando la curva nítida del horizonte. Las pequeñas y elásticas plantas que tenía bajo los pies se extendían hasta ese horizonte y, en sentido opuesto, hasta el valle. Laintal Ay se detuvo, se sentó apoyando las manos en una rodilla, respirando pesadamente, y miró hacia atrás. Oldorando estaba a seis días de marcha.

El otro lado del valle estaba bañado en una clara luz azul El cielo era morado oscuro y amenazaba futuras tormentas de nieve. Donde él estaba se alargaban las sombras.

Reinició la marcha hacia arriba. Por encima del curvado horizonte próximo emergían nuevas tierras, negras, negras, inaccesibles. Nunca había estado allí. Más lejos, la cumbre de una torre se elevó mientras el horizonte próximo se hundía. Pétrea, ruinosa, construida mucho antes en el estilo de Oldorando, con las mismas paredes inclinadas, y las ventanas abiertas en los cuatro ángulos de

cada planta. Sólo quedaban cuatro plantas.

Por último, Laintal Ay llegó a la parte superior de la pendiente. Grandes aves grises se alimentaban cerca de la torre, rodeada por sus propios escombros. Más allá, el cielo de pizarra iluminaba las negras, enormes, inaccesibles montañas. Entre él y el infinito se interponía una hilera de rajabarales. El viento helado le hacía castañetear los dientes; apretó los labios.¿Qué hacía esa torre, tan lejos de Oldorando?

No tan lejos sí eres un ave, nada lejos. No tan lejos si eres un phagor montado en un kaidaw. Ninguna distancia para un dios.

Como para ilustrar la idea, las aves remontaron vuelo aleteando, a poca altura. Laintal Ay las miró hasta que desaparecieron y lo dejaron solo en el extenso paisaje.

Sí, quizá Shay Tal tuviese razón. El mundo había sido diferente. Cuando habló con Aoz Roon de las palabras de Shay Tal, Aoz Roon dijo que no era eso lo importante; no importaba lo que no se podía cambiar sino la supervivencia de la tribu, la unión de todos. Si Shay Tal se imponía, no habría unión. Shay Tal decía que la unión era menos importante que la verdad.

Con la cabeza ocupada por pensamientos que se le movían en la conciencia como sombras de nubes sobre el paisaje, Laintal Ay entró en la torre y miró hacia arriba. Era una ruina hueca. El suelo de madera había sido arrancado y utilizado como leña. Dejó en un rincón el bolso y la lanza y trepó por la piedra áspera, aprovechando cada punto de apoyo, hasta que estuvo de pie en lo alto de un muro. Miró alrededor. Primero buscó phagors -era territorio phagor-; pero sólo alcanzó a ver unas formas áridas e inanimadas.

Shay Tal jamás salía de la aldea. Quizá inventaba misterios. Pero, sin embargo, había un misterio. Mirando las gigantescas montañas, se preguntaba con admiración: ¿Quién las ha hecho? ¿Para qué?

A gran altura, en la montaña redonda que tenía al frente -ni siquiera una estribación de las estribaciones de los Nktryhk- la vegetación se movía. Eran arbustos pequeños, de un verde enfermizo. Miró con atención y reconoció a unos protognósticos, vestidos con pieles, que ascendían muy encorvados. Conducían un rebaño de cabras o de arangos.

Deliberadamente dejó pasar el tiempo, sintiendo cómo se arrastraba por el mundo, mientras él miraba a aquellos seres distantes, como si tuvieran una respuesta a las preguntas que él se hacía, o a las de Shay Tal. Probablemente eran nondads, nómadas que hablaban una lengua sin relación con el olonets. Durante todo el tiempo que los miró, ellos se movieron con esfuerzo por el paisaje que les había tocado en suerte, y parecía que no conseguían avanzar.

Más cerca de Oldorando se encontraban los rebaños de ciervos que proporcionaban alimento a la aldea. Había varias formas de matar ciervos. El método preferido de Nahkri y Klils era utilizar, como cebo, cinco ciervas domesticadas. Los cazadores las conducían, atadas con correas, hasta los campos donde pastaban los rebaños. Caminando agazapados detrás de los animales, los hombres podían aproximarse al rebaño. Luego echaban a correr hacia adelante y arrojaban las lanzas, para matar cuantos animales pudieran. Más tarde los traían al poblado; las ciervas tenían que cargar sobre el lomo a los congéneres muertos.

Durante una de estas cacerías, nevaba. El leve deshielo de mediodía hacía la marcha más difícil. Los ciervos escaseaban. Los cazadores habían caminado tres días enteros hacia el este por terreno difícil, llevando las ciervas, antes de avistar un pequeño rebaño.

Los cazadores eran veinte. Nahkri y su hermano habían recuperado el favor de la multitud, después de la noche del Doble Ocaso, mediante una generosa distribución de rathel. Laintal Ay y Dathka acompañaban a Aoz Roon. Hablaban poco; pero las palabras apenas eran necesarias cuando había confianza. Envuelto en pieles negras, Aoz Roon era en el desolado paisaje una imagen de valor, y los dos hombres más jóvenes se mantenían junto a él tan fielmente como Cuajo, el enorme perro.

El rebaño pastaba en la parte superior de una elevación, algo más adelante, y en la dirección de donde venía el viento. Era necesario rodearlo por la derecha, donde el terreno era más alto y el olor de los cazadores no llegaría a los animales. Dos hombres quedaron atrás, con los perros. El resto

Librodot

avanzó colina arriba, sobre cinco centímetros de nieve fangosa. La parte superior de la elevación estaba marcada por una línea interrumpida de tocones de árboles y uno o dos montones de escombros de albañilería, redondeados por siglos de intemperie. El rebaño sólo se hizo visible cuando andando sobre manos y rodillas, arrastrando lanzas y correas, los cazadores llegaron a la cima y examinaron el terreno.

El rebaño comprendía veintidós ciervas y tres machos. Las hembras estaban repartidas entre los machos, que de vez en cuando se miraban desafiantes. Eran animales mal alimentados; se les veían las costillas bajo las crines rojizas. Las ciervas pastaban con avidez, con las cabezas en el suelo la mayor parte del tiempo, apartando la nieve con el hocico. Se alimentaban contra el viento, que soplaba en los rostros de los cazadores agazapados. Unas grandes aves negras tartamudeaban bajo los cascos de los animales.

Nahkri dio la señal.

El y su hermano llevaron a escondidas dos hembras domesticadas hacia el flanco izquierdo del rebaño, que había dejado de pastar para ver lo que ocurría. Aoz Roon, Dathka y Laintal Ay condujeron a las otras tres hacia el flanco derecho.

Aoz Roon, junto a su cierva, se mantenía atento. La situación no le gustaba del todo. Cuando el rebaño se espantara, se alejaría de los cazadores en vez de ir hacia ellos: los cazadores perderían la excitación de la caza y una práctica útil. Si él hubiese comandado la operación, habría invertido más tiempo en preliminares. Pero Nahkri se sentía demasiado inseguro para esperar. Tenía el rebaño a la izquierda; un bosquecillo de denniss separaba el terreno de pasto de una zona irregular y rocosa a la derecha. A lo lejos se erguían unos paredones verticales, una larga sucesión de colinas, y en el fondo las montañas bajo las nubes moradas.

Los árboles daban cierta cobertura a los cazadores. Los troncos plateados y castigados no tenían corteza. Las ramas superiores habían sido arrancadas por tempestades anteriores. La mayoría de los dennis se extendían en una línea casi horizontal, doblados por el viento. Algunos se entrelazaban, como librando un combate de eones; todos estaban tan desgastados por el tiempo y los elementos que parecían cordilleras en miniatura, modeladas por levantamientos tectónicos.

Aoz Roon examinaba la escena mientras avanzaba escondido detrás de la cierva. Había estado antes en el lugar, cuando la marcha era más fácil y la nieve más firme: un punto protegido con la amplia visibilidad que prefieren los rebaños. Observó que los denniss, a pesar de su aspecto muerto y casi fósil, tenían vástagos verdes que se enroscaban y ceñían al suelo a sotavento.

Algo se movió. Un ciervo renegado apareció bruscamente entre los árboles. Aoz Roon sintió el olor de la bestia, y otro olor más acre que no identificó en seguida.

El nuevo ciervo se metió torpemente en el rebaño, y fue atacado por el más próximo de los tres machos residentes. El animal se acercó, pisoteando el suelo, mugiendo con la cabeza gacha, exhibiendo la cornamenta. El recién llegado permaneció donde estaba, sin intentar defenderse.

El ciervo residente cargó contra el intruso. Cuando las cornamentas se unieron, Aoz Roon advirtió una correa de cuero entre los cuernos del renegado. Rápidamente, entregó la cierva a Laintal Ay y desapareció detrás del árbol más próximo. Luego corrió hasta el siguiente.

Ese denniss estaba ennegrecido y muerto. A través de las ramas rotas, Aoz Roon pudo ver una mata de pelo amarillento que sobresalía entre los árboles más alejados. Alzando la lanza en la mano derecha, y echando atrás el brazo para descargar el golpe, corrió como sólo él podía correr. Sentía bajo las botas las piedras afiladas escondidas en la nieve; escuchaba el mugido de los animales en lucha; veía acercarse el bosquecillo muerto, y corría todo el tiempo tan silenciosamente como podía. Algún ruido era inevitable.

El pelo se movió y se convirtió en el hombro de un phagor. El monstruo se volvió. Los grandes ojos rojizos relampaguearon. Bajó los largos cuernos y abrió los brazos para enfrentar el ataque. Aoz Roon le hundió la lanza debajo de las costillas.

Con un grito, la gran criatura de dos filos cayó hacia atrás, empujada por la carga de Aoz Roon. El hombre cayó también. El phagor le rodeó el cuerpo con los brazos, hundiéndole en la espalda las manos córneas. Ambos rodaron en la nieve sucia.

Las dos criaturas, la blanca y la negra, se convirtieron en un solo animal, que luchaba consigo

Librodot

mismo en un paisaje primario, tratando de separarse. Dio contra una raíz plateada y nuevamente se convirtió en dos partes, la negra debajo.

El phagor echó atrás la cabeza y abrió las mandíbulas. Dos hileras de dientes amarillos, enclavados como palas en unas encías blanquecinas, enfrentaron a Aoz Roon. Aoz Roon consiguió liberar un brazo, recoger una piedra, y meterla entre los labios y los dientes, que estaban a punto de cerrarse sobre él. Se puso de pie, vio el mango de la lanza clavado aún en el cuerpo del monstruo y se dejó caer encima. El phagor emitió un último y violento ronquido, y murió. Una sangre amarilla brotó de la herida. Los brazos del phagor se abrieron, y Aoz Roon se incorporó, jadeando. Un ave vaquera se elevó muy cerca y aleteó pesadamente hacia el este.

Alcanzó a ver cómo Laintal Ay despachaba a otro phagor. Otros dos huyeron a la carrera, abandonando la protección de un denniss horizontal. Ambos galopaban en un solo kaidaw e iban hacia los riscos. Las blancas aves los seguían con las alas desplegadas, devolviendo con nuevos chillidos los ecos que venían del desierto.

Dathka se acercó y apretó en silencio el hombro de Aoz Roon. Ambos se miraron, y sonrieron. Aoz Roon mostró los dientes blancos, a pesar del dolor. Dathka no separó los labios.

Laintal Ay apareció, entusiasmado.

-Lo maté. ¡Está muerto! -decía-. Tienen las vísceras en el pecho, los pulmones en el vientre...

Apartando con un puntapié el cuerpo del phagor, Aoz Roon se apoyó contra un tronco. Respiró con fuerza por la boca y la nariz para librarse del acre olor a
lecha del enemigo. Las manos le temblaban.

-Llama a Eline Tal -dijo.

-¡Lo maté, Aoz Roon! -repitió Laintal Ay, señalando el cuerpo caído en la nieve.

-Trae a Eline Tal -ordenó Aoz Roon.

Dathka se acercó a los dos ciervos, que continuaban luchando con las cabezas juntas, las cornamentas unidas, batiendo la nieve con los cascos. Sacó el cuchillo y les cortó las gargantas como un experimentado carnicero. Los animales quedaron en pie, sangrando, hasta que no pudieron sostenerse; cayeron y murieron con los cuernos todavía unidos.

-La correa entre los cuernos... Es una vieja treta de los peludos -dijo Aoz Roon-. Apenas la vi, supe de qué se trataba.

Eline Tal llegó corriendo con Faralin Ferd y Tanth Ein. Apartaron a los hombres más jóvenes y sostuvieron a Aoz Roon.

-Sólo tenías que matar a ese monstruo; no abrazarlo -dijo Eline Tal.

El resto del rebaño había huido hacía tiempo. Los hermanos habían matado a tres ciervas y estaban orgullosos. Los demás cazadores vinieron a ver qué había ocurrido. Cinco animales no eran mala caza; el pueblo de Oldorando podría comer cuando ellos regresasen. Los cuerpos de los phagors se dejaron allí, pudriéndose. Nadie quería las pieles.

Laintal Ay y Dathka se llevaron las ciervas usadas como cebo mientras Eline Tal y los demás examinaban a Aoz Roon. Éste les apartó las manos, maldiciendo.

-Vámonos, de prisa -dijo, sosteniéndose el costado con una mueca de dolor-. Donde había cuatro puede haber más.

Pusieron los animales muertos sobre el lomo de los vivos e iniciaron el viaje de vuelta.

Nahkri estaba enojado con Aoz Roon.

-Esos dos machos estaban muertos de hambre. La carne será como cuero.

Aoz Roon no respondió.

-Sólo los buitres prefieren los ciervos a las ciervas -dijo Klils.

-Calla, Klils -gritó Laintal Ay-. ¿No entiendes que Aoz Roon está herido? Ve a practicar con el hacha.

Aoz Roon mantenía la vista clavada en el suelo, sin hablar, lo que irritaba aún más al hermano mayor. Alrededor, el eterno paisaje guardaba silencio.

Cuando finalmente estuvieron a la vista de Oldorando y de las protectoras fuentes termales, los vigías de las torres hicieron sonar los cuernos. Eran hombres demasiado viejos o enfermos para

cazar. Nahkri les había dado una tarea más sencilla; pero si los cuernos no sonaban en el momento preciso en que la partida de caza aparecía a lo lejos, les suprimía la ración de rathel. Los cuernos eran la señal para que las mujeres abandonaran lo que estaban haciendo y acudieran a recibir a los hombres fuera de la empalizada. Ellas siempre temían que hubiera ocurrido alguna muerte; la viudez implicaba tareas humildes, mera subsistencia, vida más corta. En esta ocasión, contaron las cabezas y se alegraron. Todos los cazadores regresaban. A la noche habría una fiesta. Algunas de las mujeres concebirían.

Eline Tal, Tanth Ein y Faralin Ferd llamaron a las mujeres, en términos que eran a la vez cariñosos y abusivos. Aoz Roon cojeaba, solo, en silencio; miró por debajo de las cejas oscuras para ver si Shay Tal había venido. No era así.

Tampoco Dathka fue recibido por una mujer. Endureció el rostro juvenil mientras atravesaba el grupo de bienvenida, pues había esperado la presencia de Vry, la discreta amiga de Shay Tal. Aoz Roon despreciaba secretamente a Dathka porque no había una mujer que corriera a recibirlo, aunque él mismo estuviese en esa situación.

Vio que un cazador tomaba la mano de Dol Sakil, la hija de la partera. Y que su propia hija, Oyre, se precipitaba a recibir a Laintal Ay: pensó que harían buena pareja, y que de algo serviría esa unión.

Por supuesto, la muchacha tenía carácter firme, en tanto que Laintal Ay era más bien blando. Ella lo obligaría a una larga danza antes de consentir. En ese sentido, Oyre era como la preciosa Shay Tal: difícil, hermosa, y con una mente propia.

Pasó, cojeando, por las anchas puertas, con la cabeza baja, todavía cubriéndose el costado con la mano. Nahkri y Klils se acercaban, rechazando a sus estridentes mujeres. Ambos le echaron unas miradas amenazadoras.

-No te adelantes, Aoz Roon -le ordenó Nahkri-. Guarda tu lugar.

Aoz Roon lo miró por encima del hombro encogido.

-Una vez he blandido el hacha, y por Wutra, lo haré de nuevo -gruñó.

El mundo parecía borroso ante él. Bebió de un trago un jarro de rathel con agua, pero aún se sentía mal. Trepó al cubil que compartía con sus compañeros, por una vez indiferente a la tarea de desollar y limpiar la caza que había contribuido a traer. Una vez arriba, cayó al suelo. Pero no permitió que la esclava le cortara el abrigo de pieles para examinar las heridas. Descansó, apretándose las costillas con los brazos. Una hora más tarde salió solo en busca de Shay Tal.

Como pronto oscurecería, ella había ido a llevar cortezas de pan al Voral para alimentar a los gansos. El río estaba crecido. Se había deshelado durante el día; las aguas negras se movían enmarcadas por hojas de hielo blanco que los gansos atravesaban dando roncos graznidos. Habían estado siempre heladas, cuando ellos eran jóvenes.

Ella dijo: -Los cazadores se alejan mucho; sin embargo, esta mañana he visto caza del otro lado del río. Mielas y caballos salvajes, creo. Sombrío, taciturno, Aoz Roon la miró y le apretó el brazo.

-Siempre te opones, Shay Tal. ¿Crees que sabes más que los cazadores? ¿Por qué no viniste cuando sonó el cuerno?

-Estaba ocupada. -Ella se libró de él y se puso a desmigajar las cortezas de pan de centeno mientras los gansos la rodeaban. Aoz Roon los apartó a puntapiés y volvió a apoderarse del brazo de Shay Tal.

-Hoy he matado a un phagor. Soy fuerte. Me hirió, pero conseguí matarlo. Todos los cazadores me miran con respeto, y todas las jóvenes. A ti te quiero, Shay Tal. ¿Por qué no me quieres?

Ella se volvió hacia él con una mirada punzante, de furia contenida.

-Te quiero, pero me torcerías el brazo si me opusiera a ti, y estaríamos siempre discutiendo. Nunca me hablas suavemente. Te puedes burlar y te puedes irritar; pero no sabes hablar con ternura. Por eso.

-No soy de los que hablan con ternura. Pero tampoco torcería ese brazo tan bonito. Te daría cosas verdaderas en qué pensar.

Shay Tal no respondió; siguió alimentando a las aves. Batalix se hundió en la nieve, dorando las hebras sueltas del pelo de la mujer. En el escenario duro y muerto, sólo la onda negra del agua se movía.

Aoz Roon, inseguro, se apoyaba ya en uno ya en otro pie, y la miraba.

-¿En qué estabas ocupada? -dijo.

Sin mirarlo, ella dijo con pasión:

-Tú oíste mis palabras el desdichado día que enterramos a Loilanun. Yo hablaba especialmente para ti. Estamos viviendo en una granja. Yo quiero saber qué ocurre en el mundo, más allá de esta granja. Quiero aprender cosas. Necesito tu ayuda, pero no eres del todo el hombre capaz de dármela. Por tanto me dedico a enseñar a otras mujeres, mientras haya tiempo, porque de ese modo me enseño a mí misma.-¿Qué bien puede hacer eso? Solamente crear problemas.

Ella no respondió; miraba más allá del río, donde se depositaban los últimos y mezquinos oros del día.

-Tendría que ponerte sobre mis rodillas y darte unos azotes. -Aoz Roon estaba en un punto más bajo de la orilla y alzaba la vista hacia Shay Tal.

Ella lo miró indignada. Casi inmediatamente, cambió de expresión. Rió, mostrando los dientes y el rosado paladar antes de cubrirlos con la mano.

-¡Realmente no comprendes!

Aprovechando el momento, él la abrazó con fuerza.

-Trataría de ser tierno contigo, y algo más, Shay Tal. Por tu encanto y por esos ojos, tan brillantes como el Voral. Olvida esos conocimientos de los que todos podemos prescindir, y sé mi mujer.

La hizo girar, con los pies en el aire, y los gansos se dispersaron coléricamente, estirando los cuellos hacia el horizonte.

Cuando estuvo otra vez en el suelo, ella dijo: -Te ruego que me hables con naturalidad, Aoz Roon. Mi vida es dos veces preciosa y sólo puedo entregarme una vez. El conocimiento es muy importante para mí. Para todos. No me obligues a elegir entre el conocimiento y tú.

-Hace tiempo que te quiero, Shay Tal. Yo sé que has estado enfadada por causa de Oyre, pero no deberías decirme que no. Quiero que seas mi mujer ahora mismo o buscaré otra, te lo advierto. Soy un hombre de sangre caliente. Vive conmigo, y olvidarás la academia.

-No haces más que repetirte. Si me quieres, trata de oír lo que digo. -Se volvió y echó a andar colina arriba hacia la torre. Pero Aoz Roon corrió y la alcanzó.

-Después de obligarme a decir tantas tonterías, Shay Tal, ¿me dejarás partir sin más? -Las maneras de él eran otra vez corteses y casi taimadas.- ¿Y qué harías si fuera el jefe, el Señor de Embruddock? No es imposible. Entonces, tendrías que ser mi mujer.

Por la forma en que ella lo miró, él comprendió por qué la perseguía; durante un instante, sintió la esencia de esa mujer que dijo con voz tranquila: -¿De modo que ése es tu sueño, Aoz Roon? Pues bien: el conocimiento y la sabiduría son otra clase de sueño, y estamos condenados a seguir cada uno el suyo, por separado. También yo te amo; pero como tú, no quiero que nadie tenga poder sobre mí.

Aoz Roon no respondió. Shay Tal sabía que a él le era difícil aceptar esa observación, o eso al menos era lo que él pensaba: pero Aoz Roon seguía otra línea de razonamiento y mirándola con dureza le preguntó: -Pero odias a Nahkri, ¿no es verdad?

-No me molesta.

-Ah, pero a mí sí.

Como era habitual cuando las partidas de caza regresaban, se hizo una fiesta. Todos comieron y bebieron hasta muy tarde. Además del habitual rathel, la corporación de las bebidas había producido un oscuro vino de cebada. Se cantaron canciones y se bailaron jigas, mientras los licores iban dominando la situación. Cuando la ebriedad alcanzó el punto culminante, la mayoría de los hombres estaba bebiendo en la gran torre, desde donde veían la calle principal. La planta baja había sido despejada, y ardía allí un fuego, y el humo subía, enroscándose, hasta las vigas de cantos metálicos. Aoz Roon estaba taciturno, y se alejó de los que cantaban. Laintal Ay lo vio salir, pero estaba demasiado ocupado persiguiendo a Oyre para perseguir también al padre de ella. Aoz Roon subió la escalera, atravesó los diversos niveles, emergió en el terrado y aspiró el frío de la noche.

Dathka, que no tenía talento para la música, lo siguió en la oscuridad. Corno de costumbre, no hablaba. Permaneció con las manos en las axilas, mirando las vagas sombras amenazantes de la noche. En el cielo, sobre ella, pendía una cortina de opaco fulgor verde cuyos pliegues desaparecían

en la estratosfera.

Aoz Roon cayó hacia atrás con un gran grito. Dathka lo sostuvo, pero el hombre mayor se debatió y lo apartó.

-¿Qué te ocurre? ¿Estás borracho?

-¡Mira! -Aoz Roon señaló la vacía oscuridad.- Ahora se ha ido, maldita sea. Una mujer con cabeza de cerdo. Eddre, ¡y qué mirada!

-Estás viendo cosas. Estás borracho.

Aoz Roon se volvió con irritación.

-No me llames borracho, renacuajo. La he visto, te digo. Desnuda, piernas delgadas, toda cubierta de pelo, desde el sexo al mentón, catorce tetas... Y venía hacia mí.

Aoz Roon corrió por el terrado sacudiendo los brazos.

Klils apareció en la puerta trampa, vacilando un poco, mordisqueando un fémur de ciervo.

-No tenéis nada que hacer aquí. Ésta es la Gran Torre. Aquí vienen sólo los que mandan en Oldorando.

-Basura -le dijo Aoz Roon acercándose-. Dejaste caer el hacha.

Klils lo golpeó violentamente en el cuello con el hueso de ciervo.

Rugiendo, Aoz Roon agarró a Klils por la garganta y trató de estrangularlo. Pero Klils le dio un puntapié en el tobillo y varios puñetazos debajo del corazón, y lo empujó hacia el parapeto del terrado, que en parte se desmoronó y cayó. Aoz Roon quedó con la cabeza colgando en el espacio.

-¡Dathka! -gritó-. ¡Ayúdame!

En silencio, Dathka se acercó a Klils por detrás, lo tomó firmemente por las rodillas y lo alzó en el aire. Sacudió el cuerpo del hombre, inclinándolo sobre el parapeto y sobre el vacío de siete plantas.

-¡No, no! -gritó Klils, luchando frenéticamente, abrazándose al cuello de Aoz Roon. Los tres hombres se debatían en la tiniebla verde, acompañados por las canciones de abajo, des -y ambos entorpecidos por el rathel- contra uno, el flexible Klils. Finalmente lo vencieron, desprendiendo las manos que se agarraban a la vida. Con un grito final, Klils cayó. Oyeron el ruido del cuerpo que chocaba contra el suelo. Aoz Roon y Dathka se apoyaron jadeando en el parapeto.

-Nos libramos de él -dijo finalmente Aoz Roon. Dolorido, se apretó las costillas con los brazos-. Gracias, Dathka.

Dathka no respondió.

Por fin, Aoz Roon agregó: -Nos matarán por esto. Nahkri se ocupará de que nos maten. Ya hay mucha gente que me odia. -Después de una pausa, exclamó iracundo:- Todo fue culpa del necio de Klils. Él me atacó. Fue culpa de él.

Incapaz de soportar el silencio, Aoz Roon caminaba de un lado a otro del terrado, murmurando. Recogió el fémur y lo arrojó lejos a la oscuridad.

Luego se volvió al impasible Dathka y dijo: -Baja a hablar con Oyre. Hará lo que yo quiera. Que traiga aquí a Nahkri. Él se pondría una nariz de cerdo si ella se lo pidiese. Ya he visto cómo la mira, esa basura.

Encogiéndose de hombros, en silencio, Dathka bajó. Oyre estaba trabajando en casa de Nahkri, con gran disgusto de Laintal Ay. Gracias a su belleza, era mejor tratada que otras mujeres.

Aoz Roon se abrazó a sí mismo, se estremeció, recorrió el terrado y lanzó unos juramentos a la oscuridad. Dathka regresó.

-Lo traerá -dijo brevemente-. Pero eso que te propones no está bien. No cuentes conmigo.

-Calla. -Era la primera vez que alguien daba semejante orden a Dathka. Retrocedió y se ocultó en la más profunda oscuridad mientras las figuras salían de la puerta trampa; tres figuras, y la primera la de Oyre. Después venía Nahkri con el jarro de licor en la mano, y luego Laintal Ay, quien había decidido no alejarse de Oyre. Parecía enojado, y no cambió de expresión cuando miró a Aoz Roon. También éste frunció el ceño.

-Quédate abajo, Laintal Ay. No has de participar en esto -dijo ásperamente Aoz Roon.

-Aquí está Oyre -respondió Laintal Ay, como si eso fuera suficiente, sin moverse.-Me está acompañando, padre -explicó Oyre. Aoz Roon la apartó y enfrentó a Nahkri.

-Siempre nos hemos llevado mal, Nahkri. Ahora, prepárate para luchar conmigo, hombre a

Librodot

hombre.

-Baja de mi terrado -ordenó Nahkri -. No toleraré que estés aquí. Tu lugar está abajo.

-Prepárate para luchar.

-Siempre has sido insolente, Aoz Roon; hablas de luchar porque fracasaste en la cacería. Has bebido demasiado. -La voz de Nahkri estaba ronca por el vino y el rathel.

-Hablo y lo hago -gritó Aoz Roon, y se lanzó contra Nahkri.

Nahkri le arrojó el jarro, Oyre y Laintal Ay intentaron retener a Aoz Roon, pero él se liberó y golpeó a Nahkri en la cara.

Nahkri cayó, rodó, y sacó una daga del cinturón. La única luz venía de una gruesa vela que ardía en el piso inferior. Los verdes pliegues del cielo apenas teñían los asuntos humanos. Aoz Roon trató de patear la daga, falló, y cayó pesadamente sobre Nahkri, inmovilizándolo. Gimiendo, Nahkri empezó a vomitar; Aoz Roon se apartó de él. Ambos se pusieron de pie jadeando.

-Acabad con esto, los dos -exclamó Oyre, aferrándose a su padre.

-¿Qué ocurre? -preguntó Laintal Ay-. Lo has provocado sin motivo, Aoz Roon. Aunque sea un necio, tiene razón.

-Calla, si quieres a mi hija -rugió Aoz Roon, mientras cargaba. Nahkri, que aún respiraba con dificultad, no tenía defensa. Había perdido la daga. Bajo una lluvia de golpes fue arrastrado hasta el parapeto. Oyre gritó. Nahkri vaciló un momento; luego las rodillas se le doblaron. Y luego desapareció.

Todos oyeron cómo golpeaba el suelo, al pie de la torre. Se quedaron inmóviles, mirándose con culpa unos a otros. Un canto de borrachos subía hacia ellos desde el interior de la torre.

Sintiéndome befuddock
voy camino de Embruddock
y sorprendo a una marrana
que bailaba una pavana
y me caigo de buddock...

Aoz Roon se inclinó sobre el parapeto.

-Supongo que todo ha terminado para ti, señor Nahkri -dijo en un tono tranquilo. Jadeó, y se abrazó las costillas. Se volvió y miró a todos, fieramente.

Laintal Ay y Oyre estaban juntos. Oyre sollozaba.

Dathka se adelantó y dijo con voz hueca: -Guarda silencio, Laintal Ay, y tú, Oyre, si apreciáis vuestras vidas. Ya habéis visto con qué facilidad se pueden perder. Yo diré que vi discutir a Nahkri y Klils. Pelearon, y cayeron juntos por encima del parapeto. No pudimos detenerlos. Recordad mis palabras. Callad. Aoz Roon será el Señor de Embruddock y Oldorando.

-Así será, y gobernaré mejor que esos necios -dijo Aoz Roon, tambaleante.

-Será mejor que lo hagas -continuó tranquilamente Dathka- porque nosotros tres sabemos la verdad acerca de este doble crimen. Recuerda que no hemos intervenido; todo ha sido obra tuya. Trátanos en consecuencia.

Bajo el imperio de Aoz Roon, los años transcurrirían en Oldorando casi como bajo otros jefes. La vida tiene una cualidad que los gobernantes no alcanzan a tocar. Sólo la temperatura se hizo más arbitraria. Pero eso, como muchas otras cosas, no dependía de ningún gobierno.

Los gradientes de temperatura en la estratosfera se alteraron, la troposfera se calentó, las temperaturas empezaron a subir. Lluvias devastadoras duraban semanas enteras. En las regiones tropicales la nieve desapareció de las tierras bajas. Los glaciares se retiraron a zonas de mayor altura. La tierra reverdeció. Crecieron altas plantas. Aparecieron aves y animales nunca vistos anteriormente, por encima o más allá de la empalizada de la vieja aldea. Todas las formas de vida se modificaban. Nada era como había sido.

Para muchas personas de edad esos cambios eran indeseables. Les recordaban las nieves ilimitadas de años atrás. Los de edad mediana recibían complacidos los cambios, pero movían la cabeza y decían que eran demasiado buenos para durar. Los jóvenes no habían conocido otra cosa.

Librodot

La vida ardía en ellos como en el aire. La aldea disponía de una mayor variedad de alimentos; producía más hijos, y menos de esos niños morían.

En cuanto a los dos centinelas, Batalix parecía igual que siempre. Pero Freyr se tornaba más brillante y caliente cada semana, cada día, cada hora.

Dentro de este drama del clima estaba el drama humano, que toda alma viviente tenía que representar, satisfecha o decepcionada. Pero la mayoría creía estar en el centro de la escena, y ese tejido de diminutas circunstancias les parecía excepcional. Esto era así en todo el gran globo de Heliconia, allí donde había pequeños grupos de hombres y mujeres esforzándose por vivir.

Y la Estación Observadora Terrestre registraba todo.

Cuando se convirtió en Señor de Oldorando, Aoz Roon perdió su buen humor. Se volvió taciturno, y durante un tiempo evitó a los testigos y cómplices del crimen. Ni siquiera quienes podían verlo advirtieron en qué medida ese mismo aislamiento tenía corno causa la incesante fermentación de la culpa; las personas no se molestan en comprenderse unas a otras. Los tabúes contra el crimen eran poderosos; en una pequeña comunidad todos estaban relacionados, aunque fuera de modo distante, y la pérdida de una sola persona capaz tenía importancia. La conciencia colectiva era algo tan precioso que ni siquiera se permitía a los muertos apartarse por completo de los vivos.

Ni Klils ni Nahkri habían tenido hijos con sus mujeres, de modo que sólo ellas podían comunicarse con los coruscos de los dos hombres. Ambas dijeron que en el mundo de los espíritus sólo habían encontrado una violenta furia. Era penoso soportar la cólera de los coruscos, porque nunca había un momento de alivio. La cólera de los hermanos era consecuencia natural de un estallido de ebria locura fraticida; se excusó a las mujeres de intentar una nueva comunicación. Los hermanos y su terrible fin dejaron de ser tema de conversación común. Por el momento, no se difundió el secreto del crimen.

Pero Aoz Roon no lo olvidó jamás. En el amanecer que siguió al doble asesinato, se levantó fatigado y se lavó la cara con agua helada. El frío sólo acrecentó una fiebre que él trataba de negar. En todo el cuerpo le ardía un dolor que parecía arrastrarse pesadamente de un órgano a otro.

Estremecido por una angustia que no se atrevió a comunicar a sus compañeros, salió de la torre junto con Cuajo, el perro. En la calle, entre las nieblas fantasmales de la primera luz, sólo se veían los cuerpos envueltos de las mujeres que acudían lentamente al trabajo. Aoz Roon las evitó y avanzó precipitadamente hacia la puerta norte. Tenía que pasar por la gran torre. Antes de darse cuenta, se vio frente al cuerpo destrozado de Nahkri, despatarrado en el suelo, con los ojos aún desorbitados de terror. Y allí estaba el feo cuerpo de Klils, del otro lado de la torre. Todavía no habían sido descubiertos, ni se había dado la alarma. Cuajo gemía y saltaba de un lado a otro del cuerpo enfangado de Klils.

Un pensamiento se abrió camino en la ofuscación de Aoz Roon. Nadie creería que los hermanos se habían matado entre ellos si los hallaban en lados opuestos de la torre. Aferró el brazo de Klils e intentó arrastrar el cuerpo. El cadáver estaba rígido y no se movió, como si hubiese echado raíces en la tierra. Aoz Roon tuvo que inclinarse y poner la cara casi junto al pelo empapado de Klils para intentar alzarlo. Hizo un nuevo esfuerzo. Klils no se movió. Jadeando, con un sollozo, Aoz Roon probó el otro extremo, tirando de las piernas. A lo lejos graznaron los gansos, burlándose de él. Por último consiguió mover el cadáver. Klils había caído de bruces, y las manos y un lado de la cara se le habían pegado al barro helado. Se le desprendieron al fin y el cuerpo saltó sobre el terreno muerto. Aoz Roon lo arrojó en montón junto al hermano, como si no viera lo que hacía. Luego corrió hacia la puerta norte.

Más allá de la empalizada había una cantidad de torres en ruinas, rodeadas -y, en verdad, destruidas -por los rajabarales que se alzaban sobre los restos. Aoz Roon se refugió en uno de esos monumentos al tiempo, erguido sobre un trecho congelado del Voral. En la segunda planta, había una habitación intacta. Aunque los escalones de madera habían desaparecido mucho antes, logró trepar por una pila de escombros e izarse hasta la cámara de piedra. Jadeante, se apoyó con una mano en la pared. Luego sacó la daga y frenéticamente se puso a cortar las pieles que vestía.

Un oso había muerto en la montaña para vestir a Aoz Roon. Nadie tenía una piel negra como ésa. La desgarró sin cuidado.

Quedó desnudo. Aun a solas se sentía avergonzado. La desnudez no tenía sitio en la cultura local. El perro miraba y gemía.

El cuerpo, musculoso y de vientre plano, estaba consumido por las llamaradas de una erupción. Las lenguas de fuego lo lamían por entero. Ardía desde el cuello a las rodillas.

Aferrándose miserablemente el miembro, corrió por la habitación, gritando con muchas clases de dolores.

Para Aoz Roon, ese fuego del cuerpo era la señal evidente de la culpa. El crimen. Aquí estaba el efecto; la mente oscura saltó inmediatamente a la causa. En ningún momento llegó a recordar los incidentes de la cacería, ni el abrazo en que se había confundido con el gran phagor blanco. Y no podía entender que las garrapatas que aquejaban a la especie de los peludos hubiesen pasado a su propio cuerpo. No tenía bastantes conocimientos para establecer esas conexiones.

La Estación Observadora Terrestre miraba desde lo alto.

Llevaba a bordo instrumentos que permitían a los observadores saber, acerca del planeta, cosas que los nativos ignoraban. Esos observadores conocían el ciclo vital de la garrapata, parásita tanto del phagor como del hombre. Habían analizado la composición de la corteza andesítica de Heliconia. Desde el menor al mayor, todos los hechos tenían que ser reunidos, analizados y comunicados luego a la Tierra. Era como si Heliconia pudiera ser desmantelada átomo por átomo y despachada a un destino extraño en el otro extremo de la galaxia. Y por cierto, en un determinado sentido Heliconia era recreada en la Tierra, en las enciclopedias y en los planes de educación.

Se vio desde el Avernus cómo los dos soles se elevaban en el este sobre las cumbres de la Cordillera de Nktryhk, algunos de cuyos picos tocaban la estratosfera, y cómo de ellos brotaban la gloria y la oscuridad, colmando de misterio las profundidades de la atmósfera. Y había en la estación románticos que olvidaban los hechos, y deseaban participar en aquellas rudas actividades que se sucedían en el lecho del océano de aire.

Refunfuñando, maldiciendo, las figuras encapuchadas se abrían paso en la oscuridad hacia la gran torre. Un viento glacial soplaba furiosamente desde el este, silbando entre las torres viejas, abofeteándoles las caras y cubriéndoles de escarcha los labios. Eran las siete de una tarde de primavera, y ya noche cerrada.

Una vez adentro de la torre, atrancaron detrás de ellos, entre exclamaciones, la desvencijada puerta de madera. Luego subieron los escalones de piedra que llevaban a la habitación de Aoz Roon. Esa habitación estaba calentada por las aguas termales que fluían en los conductos de piedra del suelo. Las habitaciones superiores, donde dormían los esclavos y algunos de los cazadores de Aoz Roon, estaban más lejos de la fuente de calor, y en consecuencia eran más frías. Pero esa noche el viento que penetraba por mil rendijas lo congelaba todo.

Aoz Roon presidía su primer consejo como Señor de Oldorando. El último en llegar fue el anciano maestro Datnil Skar, cabeza de la corporación de curtidores. Era también el consejero de mayor edad. Subió lentamente hacia la luz, temiendo a medias alguna emboscada. Los viejos miran siempre con suspicacia los cambios de gobierno. Dos velas ardían en unos tiestos en el centro del suelo lujosamente cubierto de pieles. El fuego llameante se inclinaba hacia el oeste, hacia donde se elevaban dos gallardetes de humo.

A la luz indecisa, el maestro Datnil vio a Aoz Roon, sentado en una silla de madera, y a otras nueve personas en cuclillas sobre las pieles. Seis eran los maestros de las otras seis corporaciones; se inclinó ante cada uno después de saludar a Aoz Roon. Los otros eran los cazadores Dathka y Laintal Ay, sentados juntos, bastante a la defensiva. A Datnil Skar no le agradaba Dathka por la sencilla razón de que el joven había abandonado su corporación para adoptar la estéril vida de los cazadores; ésta era la opinión de Datnil Skar a quien tampoco le gustaba el carácter silencioso de Dathka.

La única hembra presente era Oyre, que mantenía la mirada incómodamente fija en el suelo. Estaba oculta en parte por la silla del padre y por las sombras que bailaban sobre la pared.

Todos estos rostros eran familiares para el viejo maestro, así como los más espectrales alineados en los muros debajo de las vigas: los cráneos de los phagors y otros enemigos de la aldea.

Librodot

El maestro Datnil se sentó en una alfombra, sobre el suelo, al lado de los demás hombres de las corporaciones. Aoz Roon dio una palmada y desde el piso superior descendió una esclava trayendo una bandeja con una jarra y once tazones de madera; el maestro Datnil advirtió, cuando le sirvieron el rathel, que los tazones habían pertenecido antes a Wall Ein.

-Bienvenidos -saludó Aoz Roon, alzando el tazón.

Todos bebieron el líquido dulce y turbio.

Aoz Roon habló. Dijo que se proponía gobernar con más firmeza que sus predecesores. No toleraría los desmanes. Consultaría como antes al consejo; el consejo reuniría como antes a los maestros de las siete corporaciones. Defendería a Oldorando contra todos los enemigos. No permitiría que las mujeres ni los esclavos perturbaran la decencia pública. Aseguraría que nadie muriera de hambre. Permitiría que la gente consultara a los coruscos cuantas veces quisiera. Pensaba que la academia era una pérdida de tiempo, puesto que las mujeres tenían trabajo que hacer.

La mayor parte de lo que dijo no tenía sentido, o sólo significaba que se proponía gobernar. Hablaba, era imposible no advertirlo, de un modo peculiar, como sí luchara con demonios. Con frecuencia clavaba los ojos en algún sitio, aferrado a los brazos del sillón como si combatiera contra un tormento interior. De este modo, aunque las observaciones eran en sí triviales, la forma de pronunciarlas era horrorosamente original. El viento silbaba y la voz subía y caía.

-Laintal Ay y Dathka serán mis principales funcionarios, y se ocuparán de que mis órdenes se cumplan. Son jóvenes y sensatos. Muy bien, maldito sea, ya hemos hablado bastante.

Pero el maestro de la corporación encargada de las bebidas interrumpió con voz firme: -Te mueves, señor, con demasiada rapidez para nuestras lentas entendederas. Algunos querríamos, quizás, ponderar por qué nombras como asistentes a dos jóvenes, cuando tenemos hombres maduros que podrían servir mejor.

-He hecho mi elección -respondió Aoz Roon, frotándose contra el respaldo del sillón.

-Pero quizás la has hecho apresuradamente, señor. No has tenido en cuenta a otros hombres quizás más adecuados... ¿Qué piensas de los hombres de tu propia generación, como Eline Tal y Tanth Ein?

Aoz Roon dejó caer el puño sobre el brazo del sillón.

-Necesitamos juventud, entusiasmo. Ésa es mi decisión. Ahora podéis marcharos. Datnil Skar se puso de pie lentamente y dijo: -Perdón, señor, pero una despedida tan apresurada daña tu mérito, no el nuestro. ¿Estás enfermo? ¿Sufres de algún dolor?

-Eddre, hombre, vete cuando te lo piden, ¿o no puedes? Oyre.

-La costumbre es que el consejo de maestros beba a tu salud, brindando por tu reino, señor...

La mirada del señor de Embruddock subió a las vigas y volvió a descender.

-Sé, maestro Datnil, que vosotros los ancianos tenéis el aliento corto y las palabras largas. Ahorrádmelas. Marchaos, ¿queréis?, antes de que os reemplace. Gracias, pero ahora fuera todos, a respirar ese aire maldito.

-Pero...

-¡Fuera! -gimió Aoz Roon y apretó los brazos contra el cuerpo.

Un grosero adiós. Los ancianos del consejo partieron murmurando, hinchando con indignación los carrillos desdentados. No era un buen presagio. Laintal Ay y Dathka se fueron, moviendo la cabeza.

Apenas estuvo a solas con su hija, Aoz Roon se arrojó al suelo, rodó, gimió, pataleó y se rascó.

-¿Has traído esa grasa de ganso con medicamentos de la señora Datnil, muchacha?

-Sí, padre. -Oyre sacó una caja de cuero que contenía una sustancia grasa.

-Tendrás que frotarme.

-No puedo hacer eso, padre.

-Por supuesto que puedes, y lo harás.

Los ojos de ella relampaguearon.

-No lo haré. Ya has oído. Llama a tu esclava. Para eso está, ¿no es cierto? O buscaré a Rol Sakil.

Él se puso en pie de un salto y la agarró.

-Lo harás tú. No puedo permitir que nadie vea cómo estoy, o correrá el rumor. Lo sabrán todo, ¿comprendes? Lo harás tú, maldición, o te romperé el cuello. Eres tan intratable como Shay Tal.

Ella lloriqueó y él agregó, con renovada furia: -Cierra los ojos, si eres tan remilgada. Hazlo con

los ojos cerrados. No tienes por qué mirar. Pero hazlo pronto, antes de que me salga de mis casillas.

Mientras empezaba a arrancarse las pieles, con los ojos todavía llenos de locura, él dijo: -Y te unirás con Laintal Ay, para que estéis tranquilos. No quiero discusiones. Ya he visto cómo te mira. Un día, os tocará a ambos el turno de gobernar Oldorando.

Dejó caer los pantalones, y quedó desnudo ante la muchacha. Ella cerró con fuerza los ojos, apartando el rostro, disgustada por esa humillación. Pero no pudo dejar de ver el cuerpo firme, delgado, sin pelo, que parecía retorcerse debajo de la piel; estaba cubierto hasta el cuello de llamas rojas.

-¡Vamos, fillockas, idiota! ¡Duele horriblemente, maldita seas, me muero!

Ella extendió la mano y empezó a untar con la grasa viscosa el pecho y el estómago del hombre.

Más tarde, Oyre se alejó escupiendo maldiciones, salió corriendo del edificio y se detuvo con el rostro alzado contra el viento glacial, con náuseas de disgusto.

Así fue el comienzo del reinado del padre de Oyre.

Un grupo de madis yacía en sus informes vestiduras, durmiendo incómodamente. Se encontraban en un quebrantado valle a incontables kilómetros de Oldorando. El centinela dormitaba.

Estaban rodeados por muros de esquistos. Atacada por la escarcha, la roca se quebraba en finas lascas que crujían bajo los pies. No había vegetación, si se exceptuaba alguna desmedrada zarza ocasional, cuyas hojas eran demasiado amargas aun para el omnívoro arango.

Los madis habían sido sorprendidos por la densa niebla que invadía con frecuencia las tierras altas. Al caer la noche, permanecieron donde estaban, desganados. En ese momento, Batalix ya había amanecido sobre el mundo; pero la oscuridad y la tiniebla reinaban aún en ese frío valle, y los protognósticos dormían un sueño inquieto.

Era un grupo de diez madis adultos, amontonados en la oscuridad. Tenían con ellos un bebé y tres niños. Había además diecisiete arangos, robustos animales parecidos a cabras, de pelaje grueso, que satisfacían la mayor parte de las humildes necesidades de los nómadas.

La familia madi era institucionalmente promiscua. Las exigencias de la vida eran tales que el acoplamiento se cumplía sin discriminaciones y no se conocía el tabú del incesto. Los cuerpos se apretujaban para conservar el calor, con los animales en torno, en una especie de anillo de defensa contra el frío que calaba hasta los huesos. Sólo el centinela estaba fuera de este círculo, con la cabeza inocentemente hundida en el pelaje de un arango. Los protognósticos no tenían armas. No conocían otra defensa que la fuga.

Habían confiado en la protección de la niebla. Pero la vista penetrante de los phagors los había descubierto. La extremada dificultad del terreno había separado un momento a Yohl-Gharr Wyrrijk del cuerpo principal, al mando de Hrr-Brahl Yprt. Los guerreros estaban casi tan famélicos como los prehumanos a quienes iban a atacar.

Traían palos y lanzas. Los ronquidos y resoplidos de los madis apagaban el ruido de los pasos sobre el lecho de láminas de esquisto. Unos pasos más. El centinela despertó y se incorporó aterrorizado. Lanzó un grito. Los otros compañeros se movieron. Demasiado tarde. Con salvajes alaridos, los phagors atacaron, golpeando sin piedad.

En un instante, todos los protognósticos y el pequeño rebaño murieron. Se convirtieron en proteínas para la cruzada del joven kzahhn. Yohl-Gharr Wyrrijk descendió de la elevación para organizar el reparto.

A través de la niebla, Batalix, como una bola de color rojo oscuro, asomó al desolado valle.

Era el año 362 después de la Pequeña Apoteosis, o el Gran Año 5.634.000 desde la Catástrofe. La cruzada llevaba entonces ocho años de marcha. En cinco años más llegaría a su destino, la ciudad de los Hijos de Freyr. Pero en ese momento, ningún ojo humano alcanzaba a ver algún vínculo entre el destino de Oldorando y lo que ocurría en un valle remoto y estéril.

VII

UNA FRÍA RECEPCIÓN PARA LOS PHAGORS

-Señor o no, tendrá que venir a verme -dijo Shay Tal a Vry, orgullosamente, en la serena media

Librodot

luz. Ninguna de las dos podía dormir.

Pero también el nuevo señor de Embruddock era hombre orgulloso, y no fue.

Su gobierno, como se comprobó, no mejoraba ni empeoraba el anterior. Disputaba con el consejo por una razón y con sus jóvenes tenientes por otra.

El consejo y el señor alcanzaban, a veces, una convivencia pacífica: un asunto en que se entendían sin inconvenientes era el de la molesta academia. No había que permitir que cundiera el descontento. Como ambos poderes necesitaban que las mujeres trabajaran comunalmente, no podían prohibir que se reunieran, y por eso la prohibición resultaba inútil. Pero no la revocaron, y eso ofendió a las mujeres.

Shay Tal y Vry se encontraron en privado con Laintal Ay y con Dathka.

-Vosotros comprendéis lo que estamos tratando de hacer -dijo Shay Tal- . Hay que persuadir a ese hombre obstinado a que cambie de idea. Tenéis con él una intimidad que yo no puedo pretender.

El único resultado de ese encuentro fue que Dathka empezó a mirar amorosamente a la reticente Vry. Y Shay Tal se volvió algo menos altanera.

Laintal Ay regresó tarde de una de sus expediciones solitarias y buscó a Shay Tal. Cubierto de barro, aguardó en cuclillas en el exterior de la casa de las mujeres, hasta que ella salió de la panadería.

Cuando apareció, la seguían sus dos esclavas con bandejas de panes frescos. Vry caminaba dócilmente detrás de las esclavas. Una vez más, el pan de Oldorando estaba recién hecho, y Vry lista para supervisar su distribución; aunque no antes de que Shay Tal tomara uno para Laintal Ay. Se lo dio, sonriendo, al tiempo que se echaba atrás los cabellos rebeldes.

El comió, agradecido, mientras pisaba con fuerza para calentarse los pies.

La temperatura más clemente -como el nuevo señor- parecía una eventual convulsión antes que un firme progreso. Hacía frío de nuevo, y la humedad que perlaba las oscuras pestañas de Shay Tal se convirtió en escarcha. Alrededor se extendía una blanca quietud. El río fluía aún, ancho y oscuro, pero los carámbanos dentaban las costas.

-¿Cómo está mi joven teniente? Ahora te veo poco, Laintal Ay.

Él tragó el último bocado de pan, el primer alimento que probaba en tres días.

-La cacería ha sido difícil. Tuvimos que ir hasta muy lejos. Ahora que ha vuelto el frío, tal vez los ciervos se acerquen más.

Laintal Ay la observaba con atención mientras ella permanecía ante él, ajustándose las pieles. Ese sereno recogimiento tenía una cualidad que llevaba a la gente a admirarla y a la vez a mantenerse lejos de ella. Antes de que Shay Tal hablara, él advirtió que no había aceptado la excusa.

-Pienso mucho en ti, Laintal Ay, así como pensaba en tu madre. Recuerda la sabiduría de tu madre. Recuerda su ejemplo, y no te volverás contra la academia, como algunos de tus amigos.

-Sabes que Aoz Roon te admira -dijo él precipitadamente.

-Sé de qué manera lo demuestra.

Al verlo desconcertado, ella se mostró más amable: lo tomó del brazo, caminó con él y le preguntó dónde había estado. Él le miraba una y otra vez el perfil afilado mientras hablaba de un pueblo en ruinas que había visitado en el desierto. Estaba medio oculto entre las rocas, y las calles abandonadas parecían lechos de torrentes secos, bordeados por casas sin tejados. Todas las partes de madera habían sido arrancadas o se habían podrido. Las escaleras de piedra ascendían hacia pisos desaparecidos hacía mucho, las ventanas se abrían sobre las rocas amontonadas. En los escalones crecían hongos venenosos, la nieve se acumulaba en los hogares, los pájaros anidaban en las alcobas cubiertas de escombros.

-Es parte del desastre -dijo Shay Tal.

-Es lo que hay -respondió él, con inocencia, y habló luego de la pequeña partida de phagors que había encontrado de repente; no militares sino humildes recolectores de hongos, que se habían asustado tanto de él como él de ellos.

-Arriesgas tu vida tan sin motivo...

-Tengo necesidad de... de alejarme.

-Jamás me he alejado de Oldorando. Tengo que hacerlo. Quiero ir lejos, como tú. Estoy prisionera. Pero me digo que todos somos prisioneros.

-No lo veo así, Shay Tal.

-Lo verás. Primero, el destino modela nuestro carácter; después, el carácter modela nuestro destino. Pero basta de esto; eres demasiado joven.

-No soy demasiado joven para ayudarte. Tú sabes por qué tienen miedo de la academia. Puede trastornar la tranquila marcha de la vida. Pero tú dices que el conocimiento ayudará al bienestar general, ¿verdad?

Laintal Ay la miraba entre sonriente y burlón, y ella pensó, mientras le devolvía la mirada: «Sí, comprendo qué siente Oyre por ti». Asintió con una inclinación de cabeza, también sonriendo.

-Entonces has de probar lo que dices. Ella alzó una fina ceja y esperó. Él levantó la mano y abrió los dedos sucios. En la palma había varias espigas de dos clases: en una las semillas parecían ordenarse en delicadas campanillas; la otra tenía la forma de un huso minúsculo.

-Y bien, señora, ¿puede la academia pronunciarse sobre estas espigas, y decir cómo se llaman?

Después de un momento de vacilación, ella respondió:

-Trigo y centeno, ¿no es verdad? -Buscó en su depósito mental de conocimientos populares.- Antes eran cultivadas por los... agricultores.

-Las recogí junto al pueblo en ruinas. Allí crecen, silvestres. Tiene que haber habido campos sembrados antes... Antes de tu catástrofe... Y hay otras plantas raras que trepan entre las ruinas en los lugares protegidos. Se puede hacer buen pan con estos granos. A los ciervos les gustan. Cuando abundan, las hembras comen el trigo y dejan el centeno.

Laintal Ay puso en las manos de Shay Tal las verdes espigas, y ella sintió el roce de las barbas del centeno contra la piel.

-¿Y por qué me las traes?

-Haz mejor pan. Ya lo haces bien. Pues entonces mejóralo. Demuestra a todos que el conocimiento contribuye al bien general. Así se levantará la prohibición de la academia.

-Eres una persona reflexiva -dijo ella-, distinta.

El elogio lo confundió.

-Sí, en el desierto crecen muchas plantas que podrían ser útiles.

Mientras él se disponía a alejarse, ella le dijo: -Oyre está rara estos días. ¿Qué le ocurre?

-Eres inteligente. Pensé que lo sabrías.

Apretando las verdes espigas, ella ajustó las pieles que vestía y dijo cálidamente: -Ven a hablar conmigo con más frecuencia. No olvides mi cariño por ti.

Sonriendo, embarazado, él se alejó. Era incapaz de decirle a Shay Tal o a nadie hasta qué punto el asesinato de Nahkri le había oscurecido la existencia. Aunque necios, Nahkri y Klils eran tíos de él y gozaban de la vida. El horror no se disipaba, aunque habían pasado dos años. Y suponía también que las dificultades que tenía con Oyre eran parte del mismo asunto. En verdad, los sentimientos de Oyre hacia Aoz Roon eran por completo ambivalentes. El crimen había alejado al poderoso Aoz Roon aun de su propia hija.

El silencio de Oyre lo hacía cómplice de Aoz Roon. Se había vuelto casi tan silencioso como Dathka. Antes se lanzaba a aquellas solitarias expediciones por vivacidad y deseo de aventura; ahora lo impulsaban la pena y el desasosiego.

-¡Laintal Ay! -llamó Shay Tal. Laintal Ay se volvió y la miró-. Ven y quédate conmigo un momento hasta que Vry regrese.

La petición lo alegró y lo avergonzó. Fue rápidamente con ella hasta la vieja vivienda, encima de los cerdos, esperando que ninguno de los demás cazadores lo viera. Después del frío exterior, el calor le daba sueño. La anciana madre de Shay Tal estaba sentada en un rincón junto a la alacena; desde allí se arrojaban directamente los desperdicios a los animales. El Silbador de Horas dio la hora; la oscuridad ya empezaba a condensarse en la habitación.

Laintal Ay saludó a la anciana y se sentó sobre las pieles al lado de Shay Tal.

-Recogeremos más semillas y plantaremos trigo y centeno -dijo ella. Laintal Ay supo, por el tono de la voz, que ella estaba contenta.

Un rato más tarde regresó Vry con otra mujer, Amin Lim, una joven gordezuela y maternal que se había designado a sí misma primera seguidora de Shay Tal. Amin Lim fue directamente a la pared del fondo de la habitación, y se instaló con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra las piedras. No deseaba otra cosa que escuchar y ver a Shay Tal.

También Vry parecía reservada. Tenía el cuerpo relativamente más delgado. Debajo de las pieles grises, los pechos apenas le abultaban más que un par de cebollas. La cara era estrecha, aunque tenía los ojos profundamente enclavados en la piel blanca, y muy brillantes. Laintal Ay pensó -no era la primera vez- que Vry se parecía un poco a Dathka; quizás esto explicaba la atracción del joven.

El rasgo verdaderamente distintivo de Vry era el pelo, abundante y oscuro. Visto a la luz del sol, parecía castaño, y no negro azulado como era común entre los oldorandinos. Sólo el pelo revelaba el origen mixto de Vry; la madre, del sur de Borlien, de pelo y tez claros, había muerto al caer en cautividad.

Demasiado niña para tener algún resentimiento contra sus captores, a Vry todo le había fascinado en Oldorando. Las torres de piedra y los conductos de agua caliente habían excitado en particular su admiración infantil. Había hecho muchísimas preguntas y se había entregado de todo corazón a Shay Tal, que había respondido a ambas cosas. Shay Tal apreciaba la mente vivaz de Vry, y se ocupó de ella mientras crecía.

Bajo el tutorazgo de Shay Tal, Vry aprendió a leer y a escribir. Era una de las más ardientes defensoras de la academia. En los últimos años habían nacido más niños, y Vry enseñaba ahora a varios de ellos las letras del alfabeto olonets.

Vry y Shay Tal relataron a Laintal Ay cómo habían descubierto un sistema de pasajes subterráneos debajo de la aldea. Era una red que corría de norte a sur y de este a oeste y conectaba las torres, o lo había hecho antes; algunos pasajes habían sido bloqueados por las inundaciones, los derrumbamientos y otros desastres naturales. Shay Tal esperaba llegar a la pirámide junto al terreno de los sacrificios, porque creía que esa construcción albergaba variados tesoros, pero el barro había invadido los pasajes que ascendían a la parte superior.

-Hay, entre las cosas, muchas relaciones que no comprendemos, Laintal Ay -dijo-. Vivimos en la superficie de la tierra; pero he oído decir que los habitantes de Pannoval viven cómodamente debajo, y también los de Ottassol, en el sur, según los mercaderes. Tal vez los pasajes lleguen hasta el mundo inferior, donde viven los coruscos y los fessupos. Si encontráramos un camino que lleve hasta ellos, en la carne y no sólo en espíritu, poseeríamos muchos conocimientos enterrados. Eso agradaría a Aoz Roon.

Dominado por el calor, Laintal Ay se limitó a asentir perezosamente.

-El conocimiento no sólo es una cosa enterrada como un brassimipo -dijo Vry-. Se puede obtener mediante la observación. Yo creo que en el aire hay también caminos semejantes a los subterráneos. Miro las estrellas por la noche cuando aparecen y atraviesan el cielo. Algunas siguen caminos diferentes...

-Están demasiado alejadas para influir sobre nosotros -dijo Shay Tal.

-No. Todas son de Wutra. Lo que él hace nos afecta.

-En los pasajes subterráneos estabas asustada -dijo Shay Tal.

-Y creo que a ti te asustan las estrellas, señora -replicó rápidamente Vry.

Laintal Ay se sorprendió al oír que la tímida muchacha abandonaba el tono habitualmente deferente y hablaba de ese modo a Shay Tal; había cambiado tanto como el clima. A Shay Tal no parecía molestarle.

-¿Para qué sirven los pasajes subterráneos? -preguntó él-. ¿Qué significan?

-Son sólo reliquias de un pasado olvidado -respondió Vry-. El futuro está en el aire.

Pero Shay Tal dijo con firmeza: -Demuestran lo que niega Aoz Roon; que esta granja donde vivimos fue en un tiempo una gran ciudad, con artes y ciencias, y numerosos habitantes mejores que nosotros. Había más gente, mucha más, ahora toda convertida en fessupos, hermosamente vestida, como solía vestirse Loil Bry. Y tenían muchos pensamientos como aves resplandecientes en sus cabezas. Y de todo eso lo único que queda somos nosotros, con barro en las cabezas.

Durante la conversación, Shay Tal se refirió una y otra vez a Aoz Roon, mirando el rincón oscuro

del cuarto.

El frío desapareció, y llegaron las lluvias, y luego hubo nuevamente frío, como si el clima de esa época hubiese sido preparado para castigar a la gente de Embruddock. Las mujeres trabajaban y soñaban con otros lugares.

La llanura estaba atravesada por pliegues que corrían aproximadamente en dirección este-oeste. Había aún nieve atrapada en los sinclinales del lado norte de las crestas; dispersos remanentes del desierto de nieve que había cubierto todo el territorio. Ahora unos tallos verdes brotaban de la nieve, y cada uno creaba a su alrededor un valle propio, redondo y en miniatura.

Sobre la nieve había charcas gigantescas; eran la característica más notable del nuevo paisaje: lagunas alargadas, paralelas, de forma de pez, que reflejaban cada una un fragmento del cielo nublado.

Esta zona había tenido en otros tiempos caza abundante. Los animales se habían ido con la nieve, buscando zonas más secas en la montaña. En vez de ellos había bandadas de aves negras, que recorrían flemáticamente las márgenes de aquellas lagunas transitorias.

Dathka y Laintal Ay estaban echados sobre un risco, mirando unas figuras que se movían. Los dos jóvenes cazadores estaban empapados y de mal humor. La larga cara de Dathka tenía el ceño fruncido y no se le veían los ojos. Cuando apretaban el suelo con los dedos, aparecía una media luna de agua. Alrededor se oían los gorgoteos de la tierra hidrópica. Un poco más atrás, seis cazadores decepcionados estaban sentados en cuclillas, escondidos detrás de las piedras. Mientras aguardaban con indiferencia una orden de los jefes, seguían con la mirada a los pájaros que aleteaban en lo alto, y se soplaban lentamente los pulgares húmedos. Las figuras observadas caminaban hacia el este en una sola fila, sobre la cumbre de otra elevación, con las cabezas gachas, bajo una fina llovizna. Detrás de la fila se veía la ancha curva del Voral. Amarradas a la costa había tres barcas, que habían traído a esos cazadores que ahora invadían los terrenos de caza tradicionales de Oldorando.

Los invasores llevaban pesadas botas de cuero y sombreros de ala ahuecada.

-Son de Borlien -dijo Laintal Ay-. Han ahuyentado toda la caza que podía haber. Tenemos que expulsarlos.

-¿Cómo? Son demasiados. -Dathka hablaba con la vista vuelta hacia las figuras que se movían a lo lejos.- Ésta es nuestra tierra; pero ellos son más que los dedos de cuatro manos...

-Algo podríamos hacer: quemarles las barcas. Los necios han dejado sólo dos hombres para que las cuiden. No será difícil.

Sin caza animal a la vista, bien podían dedicarse a cazar borlieneses.

Por un sureño capturado hacía poco, sabían que en Borlien había gran inquietud. Allí la gente vivía en edificios de tierra, generalmente de dos plantas; los animales abajo y las personas arriba. Las lluvias sin precedentes habían destruido las casas y había mucha gente sin techo.

Mientras la partida de Laintal Ay se encaminaba hacia el Voral ocultándose de la vista de las barcas, la lluvia se hizo más violenta. Venía del sur. Los días lluviosos recomenzaban. La lluvia caía en ráfagas caprichosas; a veces, sólo los salpicaba; otras, se precipitaba con fuerza, tamborileando sobre las espaldas de los hombres y golpeándoles las caras. Resoplaban para quitarse las gotas de las chatas narices. La lluvia era algo que ninguno de ellos había conocido hasta poco antes; todos los miembros del grupo añoraban los secos días de la infancia, la nieve bajo los pies y los ciervos en el horizonte. Ahora, el horizonte estaba escondido detrás de una sucia cortina gris, y el suelo era un lodazal. La oscuridad los favoreció cuando llegaron a la costa del río. A pesar de las heladas recientes, habían crecido allí unas hierbas verdes y altas, que se inclinaban bajo la lluvia. Mientras avanzaban con rapidez, sólo veían la hierba ondulante, las nubes sobrecargadas, el agua fangosa del color del cielo.

Un pez saltó del río como si visitara una prolongación de su propio universo, y volvió a caer pesadamente en el agua.

Los dos guardias de Borlien, acurrucados al abrigo de una barca, murieron sin lucha; quizá preferían morir y no seguir empapándose. Los cuerpos fueron arrojados al agua. Flotaban golpeando los botes, y la sangre manchaba el agua alrededor de los cadáveres, mientras un miembro de la partida intentaba en vano encender una hoguera. El agua tenía escasa profundidad en ese punto, y los

Librodot

cuerpos no se hundían, ni siquiera a golpes de remo. El aire aprisionado en las pieles los mantenía a la deriva bajo la superficie salpicada por la lluvia.

-Está bien, está bien -dijo Dathka, impaciente-. No tratéis de hacer fuego. Romped las barcas, hombres.

-Podemos usarlas -sugirió Laintal Ay-. ¿Por qué no las llevamos a remo hasta Oldorando?

Los demás miraron impasibles mientras los dos jóvenes decidían.

-¿Qué dirá Aoz Roon si volvemos a casa sin carne?

-Le mostraremos las barcas.

-Ni siquiera Aoz Roon puede comer barcas. -La observación fue recibida con risas.

Subieron a las embarcaciones, y tomaron los remos. Los muertos quedaron atrás. Lograron remar lentamente hasta Oldorando, mientras la lluvia les azotaba las caras.

Aoz Roon los recibió sombríamente. Miró a Laintal Ay y a los demás cazadores en un silencio que para ellos fue más duro que los reproches, puesto que no les daba la posibilidad de responder. Por fin se apartó de ellos y miró la lluvia por la ventana abierta.

-Podemos aguantar el hambre. Ya hemos pasado hambre. Pero hay otros problemas. La partida de Faralin Ferd ha regresado del norte. Avistaron a la distancia un grupo de phagors. Montaban en kaidaws y venían en esta dirección. Dijeron que parecía una tropa de guerra.

Los cazadores se miraron.

-¿Cuántos peludos?

Aoz Roon se encogió de hombros.

-¿Venían todos desde el lago Dorzin? -le preguntó Laintal Ay.

Aoz Roon se limitó a alzar otra vez los hombros, como si la pregunta le pareciera irrelevante.

Dio media vuelta y enfrentó a los cazadores, clavando en ellos una mirada dura.

-¿Cuál os parece la mejor estrategia en estas condiciones?

Como no hubo respuesta, contestó él mismo: -No somos cobardes. Tenemos que atacar antes que lleguen e intenten quemar Oldorando o cualquier otra cosa.

-No atacarán con este tiempo -replicó entonces un viejo cazador-. Los peludos odian el agua. Sólo una situación extrema puede llevarlos a mojarse. Les estropea la piel.

-Vivimos una época extrema -dijo Aoz Roon, caminando sin descanso-. El mundo se ahogará con esta lluvia. ¿Cuándo volverá la nieve maldita?

Los despidió, y chapoteó en el barro de las calles y fue a visitar a Shay Tal. Vry y otra amiga, Amin Lim, estaban con ella, copiando un dibujo. Aoz Roon las mandó a paseo.

Él y Shay Tal se miraron cautelosamente; ella le observó el rostro mojado, el aire de querer decir más de lo que podía decir: él le miró las finas arrugas que ella tenía debajo de los ojos y las primeras canas que le brillaban en los rizos negros.

-¿Cuándo terminará la lluvia?

-El tiempo vuelve a empeorar. Quiero sembrar trigo y centeno.

-Se supone que sois tan inteligentes, tú y tus mujeres... Dime qué va a ocurrir.

-No sé. El invierno ha comenzado. Quizás haga más frío.

-¿Y nevará? ¡Cómo querría que volviera la condenada nieve, y que acabaran las lluvias! -Alzó los puños furioso, y volvió a bajarlos.

-Si hace más frío, el agua se hará nieve.

-Mierda de Wutra, ¡qué respuesta de hembra! ¿No tienes ninguna certeza para mí, Shay Tal? ¿No hay ninguna certeza en este maldito mundo inseguro?

-No más de la que tú puedes darme.

Aoz Roon se volvió para irse y se detuvo en la puerta.

-Si tus mujeres no trabajan, no comerán. No podemos tener gente ociosa, ¿comprendes?

Se marchó sin decir más. Ella lo siguió hasta la puerta y permaneció allí con el ceño fruncido. Le irritaba que él no le hubiese dado la oportunidad de decirle otra vez que no; eso la habría alentado a persistir. Pero Shay Tal advertía que la mente de Aoz Roon no se había ocupado de ella, sino de asuntos más importantes.

Se acomodó las burdas vestiduras y se sentó en la cama. Cuando Vry regresó, estaba aún en esa

actitud, pero se levantó de un salto al ver entrar a su joven amiga.

-Siempre hemos de ser positivas -explicó-. Si yo fuera una hechicera, traería de vuelta la nieve, para Aoz Roon.

-Eres una hechicera -dijo lealmente Vry.

La noticia de los phagors corrió con rapidez. Quienes recordaban la última incursión a la ciudad no hablaban de otra cosa. Lo contaban cuando el rathel los derrumbaba sobre los lechos; lo contaban al alba, cuando molían el grano a la luz de las velas.

-Podemos contribuir con algo más que palabras -dijo Shay Tal a las mujeres-. Tenemos corazones valientes así como lenguas rápidas. Demostraremos a Aoz Roon de qué somos capaces. Quiero que escuchéis lo que he pensado.

Decidieron que la academia, que siempre tenía que justificarse a sí misma a los ojos de los hombres, presentaría un plan de ataque capaz de salvar a Oldorando. Las mujeres elegirían un lugar adecuado y se mostrarían allí, seguras, para que los phagors las vieran. Cuando los phagors se acercaran, caerían en una emboscada: los cazadores estarían escondidos a los flancos para lanzarse sobre ellos. Las mujeres gritaron pidiendo sangre mientras discutían la idea.

Una vez estudiado el plan, eligieron a una de las muchachas más bonitas de la academia como emisaria que visitaría a Aoz Roon. La elegida, casi de la misma edad de Vry, fue Dol Sakil, hija de la anciana partera Rol Sakil. Oyre escoltó a Dol hasta la torre de su padre; la muchacha tenía que saludar a Aoz Roon y pedirle que concurriera a la casa de las mujeres, donde se le presentaría la propuesta defensiva.

-¿Crees que me escuchará? -preguntó Dol. Oyre sonrió y la empujó al interior de la torre.

Esperó mientras caía la lluvia.

Oyre retornó a la casa de las mujeres a media mañana. Estaba sola y parecía furiosa. Finalmente estalló y contó lo ocurrido. Aoz Roon había rechazado la invitación de las mujeres, pero se había quedado con Dol Sakil. La consideraba un presente de la academia. Viviría con ella de ahora en adelante.

Ante la noticia, Shay Tal tuvo un ataque de cólera. Se arrojó al suelo. Gritó y se arrancó los cabellos. Bailó de indignación. Gesticuló y juró vengarse de todos los estúpidos hombres. Profetizó que serían comidos vivos por los phagors, mientras el presunto jefe yacía en cama copulando con una niña boba. Dijo muchas otras cosas terribles. Las compañeras no pudieron calmarla y Vry y Oyre se alejaron asustadas.

-Es vergonzoso -dijo Rol Sakil-; pero será bueno para Dol.

Shay Tal se arrebujó en sus ropas y se lanzó corno un huracán a la calle y a la gran torre donde vivía Aoz Roon.

La lluvia le caía sobre el rostro mientras reprochaba a gritos la conducta escandalosa de Aoz Roon, desafiándolo a que saliera.

Tal era el griterío, que los hombres de las corporaciones y algunos cazadores corrieron a ver qué ocurría. Se quedaron al amparo de los ruinosos edificios, sonriendo, de brazos cruzados, mientras la lluvia inclinaba casi hasta el suelo los penachos de vapor de los géiseres y el barro burbujeaba entre las botas de los hombres.

Aoz Roon se asomó a la ventana de la torre. Miró hacia abajo y gritó a Shay Tal que se marchara. Ella le mostró el puño. Dijo que era un hombre abominable y que por causa de él todo Embruddock sufriría un desastre.

En este punto, llegó Laintal Ay y tomó del brazo a Shay Tal, hablándole con dulzura. Ella dejó de gritar. Laintal Ay le dijo que no desesperase. Los cazadores sabían cómo atacar a los phagors. También Aoz Roon. Saldrían a combatir cuando mejorara la temperatura.

-Cuando mejore. Si mejora. ¿Quién eres tú para poner esas condiciones, Laintal Ay? ¡Los hombres son tan débiles! -Alzó los puños hacia las nubes.- Seguiréis mi plan, o el desastre caerá sobre todos nosotros. Y sobre ti, Aoz Roon, ¿me oyes? Lo veo claramente con mi mirada interior.

-Sí, sí. -Laintal Ay intentaba acallarla.

-No me toques. ¡Limítate a seguir el plan! Y si ese necio de jefe o supuesto jefe quiere conservar su puesto, que saque de la cama a Dol Sakil. ¡El plan o la muerte! ¡Violador de niñas! ¡Condenación!

Librodot

Esas profecías fueron pronunciadas con mucha seguridad. Shay Tal continuó la arenga, maldiciendo de paso a todos los hombres ignorantes y brutales. La gente quedó impresionada. La lluvia arreció. El agua chorreaba' de las torres. Los cazadores se sonreían unos a otros sin alegría. Llegaron nuevos espectadores, ávidos de drama.

Laintal Ay dijo a Aoz Roon que estaba convencido de la verdad de esas palabras. Aconsejó respetar las profecías. El plan de las mujeres le parecía bueno.

Aoz Roon, asomado a la ventana, tenía el rostro tan negro como sus pieles. A pesar de la ira, parecía sereno. Estaba de acuerdo en seguir el plan de las mujeres cuando la temperatura subiera. No antes. Ciertamente, no antes. Y se quedaría con Dol Sakil. Ella estaba enamorada de él y necesitaba protección.

-Bárbaro, bárbaro ignorante. Sois todos unos bárbaros, sólo dignos de esta maloliente granja. La perversidad y la ignorancia nos han hecho caer muy bajo.

Shay Tal recorría de un lado a otro la calle enlodada, chillando. El principal de los bárbaros era el indigno violador cuyo nombre se negaba a pronunciar. Vivían en una granja, en una charca de lodo, y habían olvidado la antigua grandeza de Embruddock. Todas las ruinas habían sido hermosas torres revestidas de oro; lo que ahora era barro y suciedad había estado pavimentado de lujosos mármoles. La ciudad había tenido cuatro veces el tamaño actual y todo había sido hermoso, limpio y hermoso. Y entonces se respetaba la santidad de las mujeres. Shay Tal se recogía las pieles mojadas y sollozaba.

No viviría más en ese lugar inmundo. Se marcharía lejos, más allá de las empalizadas. Si de noche llegaban los phagors, o si la capturaban los astutos habitantes de Borlien, ¿qué importaba? ¿Para qué había de vivir? Todos ellos eran hijos del desastre.

-Calma, calma, mujer -le decía Laintal Ay, chapoteando junto a ella.

Shay Tal lo rechazó irritada. Ella era sólo una mujer que estaba envejeciendo y a quien nadie quería. Sólo ella veía la verdad. Lo lamentarían cuando se fuera.

Luego, Shay Tal, como había amenazado, empezó a trasladar sus escasos bienes a una de las ruinosas torres situadas entre los rajabarales, en el noreste, más allá de las empalizadas. Vry y otras la ayudaron, caminando de un lado a otro bajo la lluvia, transportando aquellas pobres posesiones.

Al día siguiente escampó. Ocurrieron dos hechos notables. Una bandada de aves pequeñas de una especie desconocida voló sobre Oldorando, y giró por encima de las torres. El aire estaba lleno de trinos. La bandada no se posó en la aldea misma, sino en las torres más alejadas, y particularmente en las ruinas donde se había exiliado Shay Tal.

Hicieron allí una gran barahúnda. Tenían picos pequeños y cabezas rojas, plumas rojas y blancas en las alas, y volaban como flechas. Algunos cazadores intentaron en vano cazarlas con redes.

Esto fue considerado un presagio.

El segundo hecho era aún más alarmante.

El Voral se desbordó.

Las lluvias habían aumentado el caudal del río. Cuando el Silbador de Horas anunció el mediodía, vino una gran riada desde el distante lago Dorzín. Una anciana, Molas Ferd, estaba en la orilla recogiendo excrementos de ganso cuando la vio. Se incorporó y contempló con asombro el muro de agua que se aproximaba. Los gansos y los patos se asustaron y volaron pesadamente hacia el poblado. Pero la vieja Molas Ferd se quedó donde estaba, con la pala en la mano y la boca abierta. La corriente la envolvió y la arrojó contra la casa de las mujeres.

El agua cubrió la aldea e invadió las casas, dispersando el grano y ahogando a los cerdos. Molas Ferd murió a causa del golpe.

La aldea se convirtió en una ciénaga. Sólo la. torre donde Shay Tal se había instalado se libró del asalto de las aguas fangosas.

Esos momentos señalaron el comienzo de la reputación de hechicera de Shay Tal. Quienes la habían oído vociferar contra Aoz Roon, hablaron ahora en voz baja dentro de sus casas.

Esa noche, cuando primero Batalix y luego Freyr se hundieron en el oeste, convirtiendo en sangre la inundación, la temperatura descendió dramáticamente. La aldea quedó cubierta por una fina y quebradiza capa de hielo.

Freyr se alzaba en el cielo cuando la ciudad fue despertada por los inflamados gritos de Aoz Roon. Las mujeres los oyeron con angustia mientras se ponían las botas para ir a trabajar, y despertaron a sus hombres. Aoz Roon arrancaba una hoja del libro de Shay Tal.

-¡Afuera todos, malditos! ¡Iréis a luchar hoy contra los phagors, todos, hasta e! último! ¡Mi resolución contra vuestra negligencia! Arriba, arriba todos, a luchar. Si hay phagors, pues lucharéis. Yo he combatido contra ellos con las manos desnudas; bien podéis combatir juntos, desechos humanos. ¡Hoy será un gran día en la historia, ¿me oís?, un gran día, aunque ni uno de vosotros quede vivo!

Mientras las frías nubes de la madrugada se desplazaban rápidamente, en lo alto, la gran figura de Aoz Roon, envuelta en pieles negras, se erguía sobre la torre alzando el puño. Con la otra mano sostenía a Dol Sakil, que se debatía y chillaba, intentando huir del frío del terrado. Más atrás se veía a Eline Tal, sonriendo débilmente.

-Sí, mataremos a los phagors de acuerdo con el plan de las mujeres... ¿Me escucháis, memas ociosas de la academia? Lucharemos según el plan de las mujeres, para bien o para mal, al pie de la letra. ¡Por la roca original, hoy veremos qué ocurre, veremos si Shay Tal habla con sensatez, veremos cuánto valen sus profecías!

Unas pocas figuras aparecieron en la calle, sobre el hielo, mirando a su señor. Algunas se abrazaban, con miedo, pero la vieja Rol Sakil, madre de Dol, cloqueó y dijo: -Ha de estar bien formado, como ha dicho mi Dol, si puede gritar así. ¡Brama como un toro!

Él se acercó al borde del parapeto y las miró, arrastrando consigo a Dol y gritando todavía.

-Sí, ya veremos qué valen esas palabras. Probaremos a Shay Tal en la batalla, ya que todos pensáis tan bien de ella. Hoy ganaremos o perderemos, y correrá la sangre, la roja o la amarilla.

Escupió y se retiró. La puerta trampa del terrado se cerró con violencia mientras bajaba de vuelta al interior de la torre.

Después de comer un poco de pan moreno, todos se pusieron en marcha, apremiados por los cazadores. Estaban tranquilos, incluso Aoz Roon. La tempestad de palabras había cedido, agotada. Se encaminaron hacia el sudeste. La temperatura se mantenía bajo cero, Era un día apacible, y los soles se ocultaban entre las nubes. El suelo estaba duro y el hielo se quebraba debajo de los pies.

Shay Tal caminaba con las mujeres; tenía la boca fruncida y el abrigo de pieles le ondulaba alrededor del cuerpo delgado.

El avance era lento, pues las mujeres no estaban acostumbradas a recorrer distancias largas, que nada significaban para los hombres. Por fin llegaron a la quebrada llanura donde la partida de caza de Laintal Ay había sorprendido a los hombres de Borlien, tan sólo dos días antes de la inundación del Voral. Entre las elevaciones paralelas, una serie de lagunas reflejaban la luz como peces embarrancados. Allí se prepararía la emboscada. El frío atraería a los phagors, si estaban cerca. Batalix se había puesto detrás de las nubes.

Junto a la primera charca, las mujeres se detuvieron, mirando a Shay Tal de modo no muy amistoso. Comprendían el peligro que ellas correrían si aparecían los phagors, en particular si venían montados. De nada serviría que mirasen ansiosamente alrededor, pues las elevaciones ocultaban buena parte del escenario.

Estaban expuestas al peligro y a los elementos. La temperatura se mantenía dos o tres grados por debajo del punto de congelación. Reinaba la calma; el aire era glacial. La laguna se extendía silenciosa ante ellos: ocupaba todo el espacio entre las dos elevaciones, unos cuarenta metros, y tenía cien metros de longitud. Las aguas estaban serenas aunque todavía no heladas, y reflejaban tersamente el cielo. La hosca apariencia de estas aguas despertó un cierto temor sobrenatural en las mujeres, mientras los cazadores desaparecían detrás de una de las elevaciones. Incluso la hierba que pisaban, quebradiza por la escarcha, parecía soportar una maldición, y las aves guardaban silencio.

A los hombres les incomodaba la presencia de las mujeres. Se situaron en la depresión vecina, junto a otra laguna, y se quejaron a Aoz Roon.-No hemos visto señales de phagors -dijo Tanth Ein, soplándose las uñas-. Regresemos. ¿Y si destruyeran Oldorando mientras estamos afuera? Sólo eso nos faltaría.

La nube de vapor que les envolvía las cabezas los unió cuando se apoyaron en las lanzas y

Librodot

miraron con reprobación a Aoz Roon. Este último iba de un lado a otro, apartado de ellos, con expresión sombría.

-¿Regresar? Habláis como mujeres. Vinimos a pelear, y pelearemos, aunque entreguemos nuestras vidas a Wutra. Si hay phagors en las inmediaciones, haré que vengan. Quedaos aquí.

Subió corriendo a la cumbre de la elevación, hasta que vio de nuevo a las mujeres, dispuesto a gritar y a despertar todos los ecos de esas tierras desiertas.

Pero el enemigo ya estaba a la vista. Ahora, demasiado tarde, Aoz Roon comprendía por qué no habían visto más borlieneses errantes; habían huido aterrorizados. Como la anciana Molas Ferd cuando viera la inundación, quedó paralizado contemplando al milenario enemigo de los hombres.

Las mujeres se habían agrupado en un extremo de la laguna; las bestias de dos filos en el otro. Las mujeres hacían movimientos indecisos y asustados; las bestias esperaban inmóviles. Aun sorprendidas, las mujeres reaccionaban cada una a su modo; los phagors eran un grupo compacto.

No se podía saber cuántos eran los enemigos. Parecían fundirse con las nieblas vespertinas, y con las cicatrices grises y celestes del paisaje. Uno de ellos soltó una tos áspera y prolongada. Aparte de esto, podrían haber estado muertos.

Las aves blancas se posaban ahora en la elevación próxima primero con cierta vacilación, y luego a intervalos regulares, con las cabezas de costado, como las almas de los que se habían ido.

Por el contorno se podía determinar que tres phagors -presumiblemente los jefes- montaban en kaidaws.

Como de costumbre, estaban inclinados hacia adelante y con las cabezas muy cerca de las cabezas de los kaidaws, como si estuvieran a punto de fundirse con ellas. Los phagors de a pie se arracimaban junto a los flancos de los kaidaws, con los hombros encogidos. Las rocas vecinas no estaban más inmóviles que ellos.

El que había tosido volvió a toser. Aoz Roon dejó de mirar y llamó a los hombres.

Treparon a la cresta de la elevación y consternados contemplaron al enemigo.

En respuesta, los phagors hicieron un movimiento instantáneo. Los miembros peludos, extrañamente articulados, pasaron de la inmovilidad a la acción sin pausa intermedia. La laguna los había detenido. Era bien conocido que evitaban el agua, pero los tiempos estaban cambiando. Y la vista de treinta gillotas humanas accesibles los decidió. Cargaron.

Una de las treinta bestias montadas blandía una espada por encima de su cabeza. Con un áspero grito, espoleó al kaidaw, y jinete y cabalgadura se lanzaron adelante. Los demás siguieron como si fueran sólo uno, montados o a la carrera. Y avanzaron penetrando en las aguas de la laguna.

El pánico dispersó a las mujeres. Ahora que el adversario estaba casi sobre ellas, corrían de un lado a otro entre las dos elevaciones. Algunas trepaban a la izquierda, otras a la derecha, emitiendo ahogados gritos de angustia, como aves espantadas.

Sólo Shay Tal se mantenía inmóvil, frente a la carga de los phagors, mientras Vry y Amin Lim se apretaban contra ella, aterrorizadas, ocultando sus rostros.

-¡Huye, necia! -rugió Aoz Roon, mientras descendía de la elevación a la carrera.

Shay Tal no oyó la voz, que se perdía entre los chillidos y el furioso chapoteo. A pie firme, al borde de la laguna que parecía un pez, alzó los brazos como si conminara a la horda phagor a que se detuviera.

Entonces ocurrió la transformación. Entonces llegó ese momento que pasaría a llamarse, en los anales de Oldorando, el milagro de la Laguna del Pez.

Algunos dijeron más tarde que una nota aguda recorrió el aire glacial; otros que una voz suprema había hablado; otros juraron que Wutra había descargado el golpe.

Todo el grupo invasor, integrado por dieciséis phagors, entró en la laguna, con los tres estalones montados al frente. La furia los lanzó al elemento ajeno, en el que se hundieron hasta las caderas, revolviendo el agua con la violencia del ataque, cuando todo el lago se congeló.

En un momento las aguas eran un líquido absolutamente inmóvil, que por eso se mantenía sin congelarse a tres grados bajo cero. En el momento siguiente, a causa de la turbulencia, la laguna se solidificó. Los kaidaws y los phagors quedaron cercados y encerrados. Un kaidaw cayó para no volver a levantarse. Los demás se congelaron donde estaban, y los jinetes con ellos, rodeados por el

hielo. Los phagors que los seguían, con las armas en lo alto, quedaron atrapados y retenidos. Ninguno logró dar ni un paso adelante. Ninguno pudo liberarse y recuperar la seguridad de la costa. Las venas se les congelaron enseguida dentro de los cuerpos, a pesar de la antigua bioquímica que les coloreaba la sangre y los protegía del frío. Las gruesas pieles blancas se les cubrieron de nueva escarcha, y los ojos brillantes de láminas de hielo.

Lo orgánico se unió al gran mundo inorgánico predominante.

Un cuadro perfecto de muerte furiosa, esculpido en hielo.

En lo alto, las aves blancas giraban y descendían, gritando con los picos abiertos; al fin se lanzaron en un vuelo desolado hacia el este.

La mañana siguiente, tres personas emergieron muy temprano de una tienda de pieles. Unos tenues copos de nieve habían caído durante la noche, blanqueando la soledad. Freyr ascendió desde el horizonte, arrojando húmedas sombras moradas. Varios minutos más tarde el segundo fiel centinela se liberó y emergió al reino de Wutra.

En ese momento, Aoz Roon, Laintal Ay y Oyre estaban de pie, pisando con fuerza y golpeándose el cuerpo para reactivar la circulación de la sangre en brazos y piernas. Tosían, pero guardaban silencio. Después de mirarse sin hablar, echaron a andar. Aoz Roon pisó el resonante lago de hielo.

Los tres se acercaron al cuadro congelado. Lo contemplaron con incredulidad. Tenían delante de los ojos una obra de escultura monumental, de minuciosos detalles y loca fantasía. Un kaidaw estaba casi debajo de los cascos de otros dos, la mayor parte del cuerpo sumergido bajo las olas inmóviles, con la aterrorizada cabeza echada hacia atrás y los ollares abiertos. El jinete luchaba tratando de dominarlo, caído a medias del kaidaw, tremendo en su inmovilidad.

Todas las figuras habían sido sorprendidas en plena acción, con las armas en alto y los ojos vueltos a la costa que jamás alcanzarían. Todas estaban cubiertas de escarcha. Eran un monumento a la animalidad.

Por fin Aoz Roon hizo un gesto de asentimiento y habló; su voz era sosegada. -Ha ocurrido. Ahora lo creo. Regresemos. El milagro del año 24 quedó confirmado. Había enviado el resto de la partida de regreso a Oldorando la noche anterior, al mando de Dathka. Sólo después de dormir pudo creer que no había soñado.

Nadie más dijo nada. Habían sido salvados por un milagro. Ese pensamiento les deslumbraba la mente y les paralizaba la lengua. Sin otra palabra, se alejaron de la alarmante escultura.

Una vez en Oldorando, Aoz Roon ordenó que dos cazadores llevaran a uno de los esclavos a la Laguna del Pez, al lugar del milagro. Cuando hubo visto el espectáculo, le ataron las manos a la espalda, lo pusieron cara al sur, y lo alejaron a puntapiés. Cuando estuviera en Borlien, diría a la tribu que una poderosa hechicera velaba sobre Oldorando.

VIII

EN LA OBSIDIANA

La habitación donde Shay Tal estaba de pie era de una antigüedad para ella incalculable. La había amueblado con lo que había podido: el viejo tapiz que había sido de Loil Bry y de Loilanun, esa ilustre línea de mujeres muertas; la cama humilde en un rincón, de helechos de Borlien entretejidos (ese tipo de helecho ahuyentaba a las ratas); los materiales para escribir en una mesita de piedra; y en el suelo, unas pieles donde se sentaban o permanecían en cuclillas trece mujeres. La academia estaba reunida.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de líquenes blancos y amarillos que desde la ventana estrecha y única habían colonizado a lo largo de los años toda la sillería adyacente. En los ángulos había telarañas; las tejedoras habían muerto de hambre mucho antes.

Detrás de las trece mujeres estaba Laintal Ay, sentado con las piernas cruzadas, con el codo en la rodilla y el mentón sobre el puño. Miraba el suelo. La mayoría de las mujeres observaba vagamente a Shay Tal. Vry y Amin Lim escuchaban; Shay Tal no podía estar segura de que las demás lo hicieran.

Librodot

-Los acontecimientos son complejos en nuestro mundo. Podríamos pretender que todos son producto de la mente de Wutra en la eterna guerra del cielo, pero sería demasiado simple. Mejor sería estudiar las cosas por nuestra propia cuenta. Necesitamos otras claves que nos ayuden a comprender. ¿Wutra se preocupa por nosotros? Quizá sólo nosotros somos responsables de lo que hacemos...

Dejó de escuchar lo que estaba diciendo. Había planteado la eterna pregunta. Sin duda, todo ser humano que hubiese vivido alguna vez había tenido que responder a esa pregunta, y en esos mismos términos: quizá sólo nosotros somos responsables de lo que hacemos. Shay Tal ignoraba la respuesta. En consecuencia, se sentía incapacitada para enseñar.

Sin embargo, ellas escuchaban. Sabía por qué lo hacían, aunque no entendiesen. Las mujeres escuchaban porque ella había sido aceptada como una gran hechicera. Desde el milagro de la Laguna del Pez estaba aislada por la reverencia de los demás. El mismo Aoz Roon parecía más distante que nunca.

Miró por la ruinosa ventana el mundo cambiante que se alejaba del frío, con las nieves salpicadas de verde y el río enturbiado por lodos venidos de remotoslugares, que jamás visitaría. Éstos eran milagros. Lo milagroso estaba más allá de la ventana. Y ella ¿había realizado un milagro, como creían todos?

Shay Tal se interrumpió en mitad de la frase. Acababa de descubrir cómo probar su propia hechicería.

Los phagors de la Laguna del Pez se habían convertido en hielo. ¿A causa de algo en ella, o de algo en ellos? Recordaba haber oído decir que los phagors sentían terror al agua; tal vez porque los convertía en hielo. Eso se podía poner a prueba. Había en Oldorando uno o dos esclavos phagors. Haría meter a uno en el Voral y observaría qué pasaba. De algún modo, sabría la verdad.

Las trece la miraban, esperando. Laintal Ay parecía sorprendido. Ella no recordaba qué había estado diciendo. Comprendía que necesitaba llevar a cabo un cierto experimento, y recuperar así la paz de la mente.

-Hemos de hacer lo que se nos ha dicho -murmuró una mujer desde el suelo, con voz lenta e insegura, como si estuviera repitiendo una lección. Shay Tal había oído que alguien subía los escalones desde el piso inferior. No podía responder cortésmente a una afirmación que había estado contradiciendo desde que soplara por última vez el Silbador de Horas. En ese punto, cualquier interrupción era bienvenida. Algunas mujeres eran invenciblemente estúpidas.

Se abrió la puerta trampa. Apareció Aoz Roon, que parecía un gran oso negro, seguido por su perro. Luego subió Dathka, que permaneció callado en elfondo, sin mirar siquiera a Laintal Ay. Éste se puso de pie con cierta torpeza y aguardó, de espaldas al muro posterior. Las mujeres miraron sorprendidas a los intrusos, y algunas rieron nerviosamente.

La estatura de Aoz Roon parecía llenar la habitación. Aunque las mujeres torcían el cuello para mirarlo, él las ignoró y se acercó a Shay Tal. Ella se había desplazado hasta la ventana, pero manteniéndose de frente contra el fondo de calles fangosas, fumarolas y un paisaje bicolor que se extendía hasta el horizonte.

-¿Qué quieres aquí? -preguntó. El corazón le latía con fuerza mientras lo miraba. Shay Tal lo maldecía sobre todo por eso, porque él ya no la desafiaba, ni le apretaba los brazos, ni la perseguía. El aspecto de Aoz Roon indicaba que la visita era formal y poco amistosa.

-Deseo que retornes a la protección de las empalizadas, señora -dijo-. No estás segura en estas ruinas. No te puedo proteger en caso de una incursión.

-Vry y yo preferimos vivir aquí.

-A pesar de vuestra reputación, tú y Vry estáis a mi cuidado y he de protegeros. Y las demás no tienen que estar aquí. Hay demasiado peligro fuera de la empalizada. Si hubiese un ataque repentino... Ya te puedes figurar lo que te ocurriría. Shay Tal, que es nuestra poderosa hechicera, puede hacer lo que desee. Pero todas las demás tenéis que hacer lo que yo deseo. Os prohíbo venir aquí. Es demasiado peligroso. ¿Comprendéis?

Todas eludieron la mirada de Aoz Roon excepto la vieja partera Rol Sakil.- Eso es un disparate, Aoz Roon. Esta torre es perfectamente segura. Shay Tal ha alejado a los phagors, todos lo sabemos. Y además tú mismo has venido antes, ¿no es cierto?

Rol Sakil dijo esto último mirando de reojo. Él no respondió.

-Hablo del presente -dijo por fin-. Ahora que el tiempo está cambiando, nada es seguro. No volváis aquí o habrá problemas. -Se volvió y alzó un dedo mirando a Laintal Ay.- Ven conmigo.

Bajó por los escalones sin despedirse, y Laintal Ay y Dathka lo siguieron.

En el exterior se detuvo, acariciándosela barba. Miró hacia la ventana de Shay Tal.

-Todavía soy el señor de Embruddock. Más vale que no lo olvides.

Sólo cuando escuchó el ruido de tres pares de botas que se alejaban, ella se decidió a mirar. Contempló las anchas espaldas mientras él iba hacia la puerta del norte junto con los jóvenes asistentes, y Cuajo trotando al lado. Comprendía la soledad de Aoz Roon. Nadie podía comprenderla mejor.

Sin duda, como mujer de él no habría perdido posición o eso que ella tanto valoraba. Pero ahora era demasiado tarde. Había un abismo entre ambos, y una muñeca de cabeza vacía calentaba la cama de Aoz Roon.

-Será mejor que volváis -dijo, sin atreverse a mirar a las mujeres.

Cuando llegaron a la fangosa plaza principal, Aoz Roon ordenó a Laintal Ay que se alejara de la academia. Laintal Ay enrojeció.

-¿No sería hora de que tú y el consejo abandonarais esos prejuicios? Tenía la esperanza de que pensaras mejor después del milagro de la Laguna del Pez. ¿Por qué molestas a las mujeres? Se resentirán. Lo menos que hace la academia es tener contentas a las mujeres. -Las vuelve ociosas. Crea división. Laintal Ay observó a Dathka buscando apoyo, pero Dathka se miraba las botas.-Es más probable que tu actitud cause división, Aoz Roon. El conocimiento no le hace daño a nadie.

-El conocimiento es un veneno lento... Eres demasiado joven para comprender. Necesitamos disciplina. Así sobreviviremos, así hemos sobrevivido siempre. Apártate de Shay Tal; ejerce un poder que no es natural sobre las personas. Los que no trabajen, no recibirán comida en Oldorando. Ésa ha sido siempre la regla. Shay Tal y Vry han dejado de trabajar en la preparación y distribución del pan, de modo que en el futuro no tendrán qué comer. Ya veremos si les gusta.

-Se morirán de hambre.

Aoz Roon frunció las cejas y miró a Laintal Ay.

-Todos moriremos de hambre si no cooperamos. Es preciso dominar a las mujeres, y no toleraré que te pongas de parte de ellas. Sigue discutiendo conmigo y te daré una tunda.

Cuando Aoz Roon se marchó, Laintal Ay apoyó la mano en el hombro de Dathka.

-Está peor. Libra una guerra personal con Shay Tal. ¿Qué piensas?

Dathka movió la cabeza.

-No pienso. Hago lo que me dicen.

Laintal Ay miró a su amigo con sorna.

-¿Y qué te han dicho que hagas?

-Que vaya a la plantación de brassimipos. Hemos matado un pinzasaco - respondió, mostrando una mano lastimada.

-Iré en seguida.

Caminó junto al Voral, contemplando ociosamente a los gansos que nadaban y desfilaban, antes de seguir a Dathka. Se dijo que comprendía tanto el punto de vista de Aoz Roon como el de Shay Tal. Para vivir, todos tenían que cooperar, pero... ¿valía la pena vivir si se limitaban a cooperar? El conflicto lo oprimía y lo impulsaba a marcharse de la aldea, pero sólo lo haría si Oyre se marchaba con él. Sentía que era demasiado joven para comprender cómo podía resolverse aquella creciente división. Furtivamente, al observar que nadie lo miraba, sacó del bolsillo el perro de hueso que le había dado mucho tiempo antes el viejo sacerdote de Borlien. Lo sostuvo en alto y le movió la cola. El perro se puso a ladrar furiosamente a los gansos próximos.

Alguien más se encaminaba a los brassimipos, y oyó el ladrido del perro de juguete. Vry vio la espalda de Laintal Ay entre dos torres. Y no lo interrumpió, pues era reservada de carácter.

Vry caminó junto a las fuentes termales y el Silbador de Horas. Una brisa del este levantaba el vapor apenas emergía del suelo y lo arrojaba silbando sobre las rocas mojadas. Las pieles de Vry tenían una perla de humedad en el extremo de cada pelo.

Las aguas corrían gorgoteando, turbias, amarillentas, entre las rocas, llevadas por la furia hacia alguna parte. Vry se agachó sobre una roca y hundió la mano en un manantial, distraída. El agua caliente le corrió por los dedos y le exploró la palma.

Vry lamió el líquido. Conocía desde niña ese sabor a azufre. Los niños jugaban allí cerca, llamándose unos a otros, corriendo sin caer sobre la roca resbaladiza, ágiles como arangos.

Los más atrevidos estaban desnudos, a pesar del aire helado e introducían los cuerpos andróginos en las hendiduras entre las rocas. El agua y la espuma les caían en cascada sobre los vientres y hombros.

-Ya viene el Silbador -dijeron a Vry-. Cuidado, señora, o te llevarás un remojón. -Rieron alegremente ante la idea.

Vry se apartó. Pensó que un extraño que estuviese allí reconocería en los niños un sexto sentido, que les permitía predecir exactamente el momento en que soplaría el Silbador de Horas.

En ese instante una sólida columna de agua subió al aire, turbia al principio, y luego brillante y clara. Silbó unas notas ascendentes, siempre las mismas, sostenidas durante un tiempo que no cambiaba nunca. El agua alcanzaba unos cinco metros de altura, antes de volver a caer. El viento inclinó el chorro hacia el oeste, azotando las rocas donde Vry había estado un segundo antes.

El silbido cesó. La columna se hundió nuevamente entre los negros labios de tierra de donde había brotado.

Vry agitó el brazo, despidiéndose de los niños, y continuó por el sendero entre los brassimipos. Vry no ignoraba cómo sabían ellos que el geiser estaba a punto de brotar. Todavía recordaba la excitación de agazaparse desnuda entre las rocas de color pardo, sumergir el cuerpo en el agua fangosa, con los pies en el barro caliente, y las cosquillas de las burbujas que reventaban contra la piel. Cuando la hora se acercaba, un temblor sacudía el suelo. Una se afirmaba contra las rocas y sentía en cada fibra de la carne la energía de los dioses de la tierra, tensos, listos para una triunfante eyaculación de líquidos ardientes.

El sendero que seguía era usado sobre todo por las mujeres y los cerdos. Sus vueltas y revueltas lo diferenciaban de los rectos senderos trazados por los cazadores, pues había sido abierto en gran medida por una voluble criatura: el peludo cerdo negro de Embruddock. Si se caminaba en línea recta se terminaría por llegar al lago Dorzín; pero el sendero concluía mucho antes, en el terreno de los brassimipos. Más allá sólo había una desierta extensión de ciénagas y nieve.

Mientras avanzaba por el sendero, Vry se preguntaba si todas las cosas aspiraban a un nivel superior, y si había una fuerza adversa que intentaba arrastrarlas a uno inferior. Una miraba las estrellas; una terminaba como un corusco, un fessupo. El Silbador de Horas era una encarnación de esas fuerzas contrarias. Las aguas del Silbador retornaban siempre a la tierra. Vry, a su manera leve y discreta, deseaba en espíritu subir al cielo, a la región que estudiaba sin la ayuda de Shay Tal, el lugar de los movimientos sublimes, el enigmático lugar de los soles y las estrellas, donde había tantos caminos secretos como en el cuerpo. Dos hombres se acercaron. Sólo les veía las piernas, los codos y las cabezas mientras caminaban dificultosamente cuesta abajo llevando unas cargas pesadas. Alcanzó a distinguir las delgadas piernas de Sparat Lim. Los hombres cargaban trozos de pinzasacos. Tras ellos iba Dathka, llevando sólo la lanza.

Dathka la saludó con una sonrisa y se apartó en el camino, mirándola con sus ojos negros. Tenía la mano derecha ensangrentada y un fino hilo de sangre corría por el asta de la lanza.

-Hemos matado un pinza -dijo, y eso fue todo.

Como siempre, Vry se sintió a la vez confundida y reconfortada por la parquedad de Dathka. Era agradable que nunca se jactase, como muchos jóvenes cazadores, y no tan agradable que jamás revelase lo que pensaba. Ella trataba de sentir algo por él.

Vry se detuvo. -Parece que era muy grande.

-Te lo mostraré -dijo Dathka, y agregó-: Si me lo permites.

Se volvió por el sendero y ella lo siguió, dudando entre hablar y no hablar. Pero, se dijo, eso era una tontería; comprendía perfectamente que Dathka deseaba comunicarse con ella.

Lanzó la primera idea que le pasó por la cabeza.

-¿Cómo explicas a los seres humanos en el mundo, Dathka?

Sin mirar atrás, él respondió: -Hemos venido de la roca original. -Habló sin el respeto que ella hubiera deseado para tan importante asunto, y la conversación languideció.

Vry lamentaba que no hubiera sacerdotes en Oldorando; podría haber hablado con ellos. Las leyendas y las canciones relataban que en un tiempo había muchos sacerdotes en Embruddock, y que administraban un complicado sistema religioso que unía a Wutra con los seres vivientes de este mundo y con los fessupos del mundo inferior.

Antes de que gobernara Wall Ein Den, en una oscura estación en que el aliento se helaba sobre los labios de la gente, la población se había sublevado y había matado a los sacerdotes. A partir de ese día no hubo más sacrificios, excepto en las festividades. Se dejó de adorar al viejo dios, Akha. Sin duda, todo un cuerpo de conocimientos se había perdido entonces. El templo había sido saqueado. Ahora estaba ocupado por los cerdos. Quizás habían actuado entonces otros enemigos del conocimiento, ya que se había considerado preferibles los cerdos a los sacerdotes.

Ella arriesgó otra pregunta.

-¿Comprendes el mundo? ¿Te gustaría comprenderlo?

-Sí.

Vry tuvo que luchar contra la brevedad de la respuesta. Se preguntó si Dathka comprendía o si pretendía comprender.

Las fuerzas que habían erigido las montañas Quzint habían plegado la tierra en todas direcciones, generando deformaciones subsidiarias, contrafuertes, como raíces de árboles, que se extendían a muchas millas de las montañas mismas. Entre dos de esas extrusiones rocosas crecía una hilera de brassimipos, esenciales, desde siempre, para la economía local. Hoy el terreno de los brassimipos era el escenario de una serena excitación: varias mujeres, agrupadas en torno de las bajas y abiertas copas de los brassimipos para protegerse del frío, miraban la actividad mientras cuidaban los cerdos.

Dathka indicó que allí había muerto el pinzasaco.

La observación parecía innecesaria. El cuerpo se extendía en pilas hasta la desolada colina. Cerca de la cola estaba Aoz Roon, mirando el pinzasaco con el perro amarillo entre los pies. Las gruesas patas del enorme cadáver apuntaban hacia arriba, bordeadas por pelos tiesos y púas negras.

Un grupo de hombres rodeaba el cuerpo, hablando y riendo. Goija Hin cuidaba de los esclavos humanos y phagors, que trabajaban con hachas. Estaban cortando la carne fibrosa para llevarla a la aldea, hundidos hasta las rodillas entre los trozos de pinzasaco, parecidos a tablas de madera. Grandes astillas volaban alrededor mientras desmembraban los restos.

Dos mujeres ancianas recogían en cubos las esponjosas entrañas blancas. Más tarde, serían hervidas para destilar un azúcar ordinario. Con la piel se harían cuerdas y esteras, y la carne serviría de combustible para varias corporaciones.

De las garras excavadoras y espatuladas del pinzasaco se extraía un aceite narcótico llamado rungebel.

Las ancianas intercambiaban observaciones groseras con los hombres, que sonreían en actitudes poco formales. Era bastante raro que los pinzasacos se aventuraran tan cerca de las habitaciones humanas. No costaba mucho matarlos, y cada parte de los cuerpos tenía alguna utilidad para la endeble economía de Oldorando. La víctima de hoy, de treinta metros de largo, beneficiaría a la comunidad durante muchos días.

Los cerdos chillaban junto a los pies de Vry, hozando entre los fibrosos desechos. Las pastoras trabajaban en los gigantescos brassimipos de los que sólo se veían las pesadas y retorcidas hojas fungoides, que rozaban la tierra.

Las hojas se movían como orejas de elefante, no a causa de la brisa sino de la corriente de aire cálido que bajaba de la copa.

Había una docena de brassimipos. Los árboles rara vez crecían aislados. En torno de cada árbol, el suelo se elevaba y quebraba, pues las dimensiones de la planta eran allí considerables. El calor que el brassimipo bombeaba hacia el follaje le permitía derretir el suelo helado y continuar creciendo en las condiciones más duras.

Debajo de las hojas correosas crecían los jasildasos. Aprovechaba ese cálido abrigo para mostrar unas tímidas flores, de un color azul pardusco. Mientras Vry se inclinaba a tomar una flor, Dathka

Librodot

regresó y dijo: -Voy dentro del árbol.

Ella interpretó la frase como una invitación, y lo siguió. Un esclavo subía unos cubos de cuero, colmados de raspaduras de la planta, y las echaba a los cerdos. Las raspaduras pulposas alimentaban a los cerdos de Embruddock desde siglos atrás.

-Esto es lo que atrajo al pinzasaco -comentó Vry. Los monstruosos animales apreciaban el brassimipo tanto como los cerdos.

Una escalera conducía al interior del árbol. Mientras descendía detrás de Dathka, miró por un instante a ras del suelo. Como si se ahogara en la tierra, vio las hojas coriáceas meciéndose por encima. Detrás de los cerdos, los hombres vestidos de pieles asomaban entre los restos del gigantesco pinzasaco. Se movían en un terreno alto y nevado y un cielo de pizarra lo cubría todo. Vry bajó al árbol.

El aire tibio le encendió las mejillas y la hizo parpadear. La marchita fragancia era a la vez repugnante y atractiva. El aire venía desde muy abajo: las raíces del brassimipo se hundían profundamente en la tierra. Con el tiempo, se iniciaba en el corazón del árbol un proceso de fermentación, que rezumaba una sustancia endurecedora parecida a la queratina. Un tubo se formaba en el centro del árbol, Y así, como una bomba de calor, el aire atrapado en los niveles inferiores, calentaba las hojas y las ramas subterráneas.

Este entorno favorable servía de refugio a varios tipos de animales, algunos decididamente amenazadores.

Dathka buscó un apoyo para sostener mejor la escalera. Vry descendió y se encontró junto a él en una bulbosa cámara natural. Trabajaban allí tres mujeres de sucio aspecto. Saludaron a Vry, y continuaron arrancando trozos de brassimipo y poniéndolos en cubos.

El brassimipo tenía un sabor parecido al nabo, aunque más amargo. Los seres humanos lo comían sólo en épocas de escasez. Normalmente se empleaba como alimento para los cerdos, y en particular, para las cerdas con cuya leche se elaboraba el rathel, la bebida de invierno de Oldorando. A un lado se abría una estrecha galería. Llevaba a la rama superior del árbol, cuyas hojas emergían a la superficie, en montón, a cierta distancia. Los brassimipos maduros tenían seis ramas. Por lo general, no se aprovechaban las ramas superiores; como estaban más cerca de la superficie, albergaban toda una colección de bichos desagradables.

Dathka señaló el tubo central que se hundía en las tinieblas. Descendió. Luego de un instante de vacilación, Vry lo siguió, y las mujeres interrumpieron el trabajo para mirarla, sonriendo en parte con simpatía y en parte con sorna. Apenas penetró en la galería, la oscuridad se cerró por completo. Más abajo sólo estaba la noche eterna de la tierra. Pensó que ella, como Shay Tal, tenía que descender al mundo de los fessupos en busca de conocimiento, aunque ella misma protestase.

Los anillos de crecimiento del tubo eran protuberantes, y podían utilizarse como escalones. La estrechez del tubo permitía, además, que cualquiera que ascendiese o descendiese pudiera sostenerse apoyando la espalda en la pared posterior.

El aire subía y susurraba en los oídos de Vry. Una cosa como una telaraña, un espíritu viviente, le rozó la mejilla. Vry resistió el impulso de gritar.

Bajaron hasta el nacimiento de la segunda rama. La cámara bulbosa era aún más pequeña que la superior: permanecieron juntos, con las cabezas unidas. Vry podía sentir el olor y el contacto de Dathka. Algo se estremeció en ella.

-¿Ves las luces? -dijo Dathka.

Había tensión en la voz de él. Vry luchó consigo misma, aterrorizada por el deseo que la inundaba. Si ese hombre silencioso le ponía un dedo encima, caería en brazos de él, se arrancaría las pieles, se desnudaría y copularía con él en aquel oscuro lecho subterráneo. Imágenes obscenas y deliciosas le asaltaban la mente.

-Quiero subir -dijo, obligándose a hablar.

-No te asustes. Mira las luces. Aturdida, sin dejar de percibir el olor de Dathka, miró la segunda rama. Había puntos luminosos, como estrellas; galaxias de estrellas rojas aprisionadas en el árbol.

Él se movió hacia adelante, eclipsando las constelaciones con la espalda. Puso una cosa suave en los brazos de ella. Era ligero, estaba cubierto de algo que parecía un pelaje, tan híspido como el de un

pinzasaco. Confundida, no consiguió saber qué era aquello.

-¿Qué es?

A modo de respuesta -quizás había sentido el deseo de ella, pero no podía dar una respuesta más clara-, Dathka le acarició el rostro con una torpe ternura.

-Oh, Dathka -suspiró Vry. El temblor se apoderó de ella, y se le extendió desde las entrañas a todo el cuerpo. No podía dominarse.

-Lo llevaremos arriba. No te asustes.

Los cerdos negros se escurrían entre las hojas del brassimipo cuando emergieron a la luz del día. El mundo parecía enceguecedor, el ruido de las hachas intolerable, la fragancia del jasiklaso indebidamente intensa.

Vry se dejó caer y miró con indiferencia el pequeño animal cristalino que tenía en los brazos. Se encontraba en un estado que recordaba el estado de brida de los phagors, enroscado corno una bola, y las cuatro patas replegadas sobre el estómago. Estaba inmóvil y parecía de vidrio. Vry no pudo desenroscarlo. Los ojos de la criatura la miraban sin ver, entre los párpados quietos. En el pelaje gris polvoriento había unas estrías descoloridas.

De algún modo lo odiaba, así como a Dathka, tan insensible a los sentimientos de una mujer que había confundido los temblores del deseo con los temblores del miedo. Sin embargo, se sentía agradecida pensando que la estupidez de él le había ahorrado a ella algún infortunio. Agradecida y resentida.

-Es un vidriado -dijo Dathka, poniéndose de cuclillas a su lado, mirándola de reojo, como perplejo.

-¿Un venerado? -Por un instante, Vry sintió que él trataba de dar expresión a un humor insólito.- Un vidriado. Hibernan en los brassimipos, en busca de calor. Llévalo a tu casa.

-Shay Tal y yo los hemos visto al oeste del río. Mielas, así se llaman cuando salen de la hibernación. -¿Qué habría pensado Shay Tal si...?

-Llévatelo -repitió él-. Te lo regalo. -Gracias -respondió ella furiosa. Se puso de pie, con las emociones otra vez en orden.

Vry advirtió que tenía sangre en la mejilla, donde él la había acariciado con la mano lastimada.

Los esclavos cortaban a hachazos el cuerpo monstruoso. Laintal Ay había llegado y hablaba con Tanth Ein y Aoz Roon. Este último llamó enérgicamente a, agitando la mano por encima de la cabeza. Con una resignada mirada de despedida a Vry, se acercó al señor de Embruddock.

Los atareados movimientos de los hombres nada significaban para ella. Apretó el vidriado entre el brazo y los pequeños pechos y se marchó colina abajo hacia las torres. Oyó que alguien corría para alcanzarla y se dijo: - Demasiado tarde.- Pero era Laintal Ay.

-Te acompañaré, Vry -dijo. Vry advirtió que él parecía alegre.

-Pensé que tenías dificultades con Aoz Roon. -Siempre se pone susceptible después de un encontronazo con Shay Tal. Es un gran hombre, sin embargo. Y también estoy contento por el pinzasaco. Ahora que la temperatura ha subido, es más difícil verlos.

Los niños seguían retozando entre los géisers. Laintal Ay admiró el vidriado y cantó unas líneas de una canción de cazadores:

Los vidriados que duermen
en la nieve profunda,
despertarán en medio de la lluvia,
y abundarán los mielas
de patas larguiruchas
en la llanura estremecida de flores.

-Estás de buen humor. ¿Oyre es buena contigo?

-Oyre es siempre buena.

Se separaron, Vry fue hacia la torre en ruinas donde mostró el regalo de a Shay Tal. Shay Tal examinó el animalito cristalino.

-No es comestible en ese estado. La carne puede ser nociva.

-No pensaba comérmelo. Quiero guardarlo aquí hasta que despierte.

-La vida es dura, querida. Quizá tengamos hambre si Aoz Roon nos acosa. -Miró a Vry un momento sin hablar, como hacía cada vez con mayor frecuencia.- Ayunaré y le haré frente. No necesito cosas materiales. Puedo ser tan dura conmigo misma como él.

-Pero él, en verdad... -Vry no encontraba palabras. No podía convencer a la mujer mayor, que continuó resueltamente:

-Como te he dicho, tengo dos intenciones inmediatas. Primero, haré un experimento para determinar mis poderes. Luego descenderé al mundo de los coruscos para unirme con Loilanun. Ella tiene que saber muchas cosas ignoradas por mí. Según lo que descubra, quizá decida marcharme de Oldorando.

-Oh, no, señora, por favor. ¿Estás segura de que es eso lo que conviene? Juro que iré contigo si te marchas. -Ya veremos. Déjame ahora, por favor. Deprimida, Vry subió la escalera hacia su habitación. Se arrojó a la cama.

-Quiero un amante, eso es lo que quiero y necesito. Un amante... La vida es tan vacía...

Un rato más tarde, se levantó y miró por la ventana el cielo donde navegaban nubes y pájaros. Por lo menos era mejor estar aquí que en el mundo inferior al que Shay Tal quería ir.

Recordó la canción de Laintal Ay. La mujer que la había escrito -si era una mujer- sabía que la nieve desaparecería y que habría flores y animales. Quizá fuera cierto. Algunas observaciones nocturnas habían convencido a Vry de que había cambios en el cielo. Las estrellas no eran fessupos sino fuegos, fuegos que no ardían entre las rocas sino en el aire. Grandes fuegos ardiendo en la distante oscuridad. Si se acercaban, se sentiría el calor. Quizá los dos centinelas se acercaran y calentaran el mundo.

Entonces los vidriados volverían a la vida y se convertirían en mielas de patas larguiruchas, como decía la canción.

Resolvió concentrarse sobre todo en la astronomía. Las estrellas sabían más que los coruscos, por más que dijera Shay Tal. Aunque en verdad era desconcertante no estar por completo de acuerdo con una persona tan majestuosa y digna.

Puso al vidriado en un rincón abrigado, cerca de la cama, y lo envolvió en pieles hasta que sólo el rostro quedó a la vista. Día tras día deseaba que volviera a la vida. Le hablaba en voz baja y lo alentaba. Quería verlo crecer y moverse por la habitación. Pero unos días más tarde, el brillo de los ojos del vidriado se oscureció y se apagó: la criatura había muerto sin haber parpadeado una sola vez.

Decepcionada, Vry llevó el bulto a la cumbre medio desmoronada de la torre y lo arrojó lejos. Aún estaba envuelto en pieles, como un niño muerto.

La inquietud se adueñó de Shay Tal. Todo lo que decía parecía cada vez más un sermón. Aunque las otras mujeres le traían alimentos, prefería ayunar, preparándose para el pauk profundo en que hablaría con los muertos ilustres. Si no encontraba la sabiduría, iría a buscarla más lejos, fuera de la granja.

Decidió, en primer lugar, poner a prueba sus propios poderes. A pocas millas de distancia, hacia el este, se encontraba la Laguna del Pez, escena del «milagro». Mientras a ella le preocupaba la verdadera naturaleza de lo que allí había sucedido, los ciudadanos de Oldorando no tenían ninguna duda. Durante toda esa fría primavera fueron varias veces en peregrinación a contemplar el espectáculo en el hielo, estremeciéndose con un temor no exento de orgullo. Los peregrinos encontraron a muchos habitantes de Borlien que también habían venido a ver la maravilla. En una ocasión aparecieron dos phagors, con las aves vaqueras posadas en los hombros, que miraron en silencio a sus muertos cristalizados desde la costa opuesta.

A medida que el calor retornaba al mundo, el cuadro se deterioraba. Lo que era terrible se hizo grotesco. Una mañana el hielo se derritió y la estatua se convirtió en un montón de carne en descomposición. Los visitantes no encontraron otra maravilla que un globo ocular o un mechón de pelo. La misma Laguna del Pez se secó y desapareció, casi tan rápidamente como había aparecido. Sólo una pila de huesos y de cuernos de kaidaw señalaba el lugar del milagro. Pero el hecho se recordó, agrandado por la lente de la reminiscencia. Y las dudas de Shay Tal subsistieron.

Solía ir a la plaza por la tarde, a una hora en que el clima más benigno tentaba a la gente a pasear y hablar de un modo antes desconocido. Mujeres con hijas, hombres con hijos, cazadores, hombres de las corporaciones, viejos y jóvenes, empleaban así las horas finales del día. Casi todo el mundo se acercaba esperando la llamada de Shay Tal; casi nadie le hablaba.

Laintal Ay y Dathka estaban con sus amigos, riendo. Laintal Ay sorprendió la mirada de Shay Tal y se acercó a ella de mala gana.

-Voy a hacer un experimento, Laintal Ay. Quiero que me acompañes como testigo de confianza. No te crearé nuevas dificultades con Aoz Roon.

-Estoy en buenos términos con él.

Le explicó que el experimento se desarrollaría junto al Voral. Ella quería, antes, explorar el antiguo templo. Caminaron juntos entre la multitud. Laintal Ay no decía nada.

-¿Te avergüenza estar conmigo?-Siempre me complace tu compañía, Shay Tal.

-No es necesario que seas cortés. ¿Crees que soy una hechicera?

-Eres una mujer excepcional. Te admiro por eso.

-¿Me quieres?

Eso lo desconcertó. En lugar de responder directamente, miró el suelo enfangado y murmuró: -Has sido una madre para mí desde la muerte de mi madre. ¿Por qué me lo preguntas?

-Desearía ser tu madre. Estaría orgullosa. Laintal Ay, también tú tienes energía interior. La siento. Esa interioridad te duele, pero también te da vida, es vida. No la ignores, cultívala. La mayoría de esta gente no tiene nada dentro.

-Esa energía, ¿equivale a conflicto?

Shay Tal se echó a reír apretando los codos contra el cuerpo.

-Escucha, estamos atrapados en esta desventurada aldea, entre seres mediocres. En cualquier otro sitio pueden estar ocurriendo acontecimientos mucho más importantes. Por eso hay tanto que hacer. Quizá me vaya de Oldorando.

-¿Adonde irás?

Ella sacudió la cabeza.

-A veces pienso que la mera presión de la gente obtusa hará que estallemos y nos dispersemos por el mundo. Ya habrás notado que estos últimos años han nacido muchos niños.

Laintal Ay recorrió con la mirada los rostros familiares y amistosos de la calle, y sospechó que ella se inventaba razones, aunque era cierto que había más niños.

Apoyó el hombro contra la puerta del antiguo templo y la abrió. Entraron y guardaron silencio. Un pájaro había quedado prisionero en el interior. Voló en círculos, acercándose, como para examinarlos; luego se lanzó hacia arriba y huyó por un agujero en el techo.

La luz se filtraba por ese y otros agujeros, creando rayos donde giraban las partículas de polvo. Los cerdos habían sido trasladados poco antes a unas zahúrdas en el exterior, pero el olor subsistía. Shay Tal se movía sin descanso de un lado a otro mientras Laintal Ay, junto a la puerta, mirando hacia la calle, recordaba que de muchacho había jugado allí.

Los muros estaban decorados con pinturas de estilo formal. Muchas se habían estropeado. Shay Tal miraba el alto estrado del altar de sacrificios. Algo que podía haber sido sangre oscurecía las piedras, A demasiada altura para que nadie pudiera intentar deteriorarla, había una representación de Wutra. Shay Tal la miró con los puños apoyados en las caderas.

La pintura mostraba la cabeza y los hombros de Wutra, con un manto velludo. Los ojos miraban desde la larga cara animal con una expresión que podía interpretarse como compasiva. El rostro era azul, y representaba el color ideal del cielo donde Wutra moraba. Un áspero pelo blanco, casi como unas crines, le coronaba la cabeza; pero la característica más asombrosa era el par de cuernos que le brotaba del cráneo y que remataba en campanillas de plata.

Detrás de Wutra se apretujaban otras figuras de una mitología olvidada, en general horrendas, que descendían del cielo. Wutra llevaba los dos centinelas posados en los hombros. Batalix estaba representado como un buey, barbado, gris, anciano, y de la lanza le brotaban rayos de luz. Freyr era más grande: un viril mono verde con una clepsidra suspendida del cuello. La lanza de Freyr, más grande que la de Batalix, también irradiaba rayos de luz.

Shay Tal se apartó, diciendo vivamente; -Ahora, mi experimento, si Goija Hin está preparado.

-¿Has visto lo que querías? -Laintal Ay estaba sorprendido por la brusquedad de Shay Tal.

-No lo sé. Quizá lo sepa después. Me propongo entrar en pauk. Me hubiera gustado preguntar a algunos de los viejos sacerdotes si se pensaba que Wutra presidía el mundo inferior, así como la tierra y el cielo... Hay tantas discontinuidades... Goija Hin traía ya a Myk del establo, debajo de la gran torre. Goija Hin era el encargado de los esclavos, y exhibía todos los estigmas de su tarea. Era bajo pero fornido, con brazos y piernas musculosos. Las facciones se le situaban con dificultad en la cara de frente baja y adornada con mechones en desorden. Vestía ropas de cuero, y durmiera o se paseara siempre lo acompañaba un látigo. Todos conocían a Goija Hin, un hombre impermeable a los golpes y a los pensamientos.

-Vamos Myk, bestia, es hora de que sirvas para algo -dijo en el tono habitual, ronco y gruñón.

Myk se movió rápidamente; había crecido en esclavitud. Era el phagor que más largo tiempo había servido en Oldorando, y podía recordar al predecesor de Goija Hin, un hombre de aspecto mucho más terrible. Myk tenía algunos pelos negros en la sucia piel, la cara arrugada, y grandes bolsas húmedas debajo de los ojos.

Era siempre dócil. En esa ocasión, Oyre estaba cerca para tranquilizarlo. Mientras Oyre le palmeaba la espalda encorvada, Goija Hin lo pinchaba con un palo.

Oyre, actuando como intermediaria de Shay Tal, había pedido permiso a Aoz Roon para que ella empleara un phagor en un difícil experimento. Aoz Roon había respondido descuidadamente que tomara a Myk, que era demasiado viejo.

Los dos humanos llevaron a Myk a un recodo del Voral donde el río era profundo, no muy lejos de la ruinosa torre de Shay Tal. Shay Tal y Laintal Ay estaban ya esperando cuando llegó el trío. Shay Tal miraba la profundidad de la corriente como sí tratara de descifrar sus secretos, con las mejillas hundidas y la expresión ausente.

-Pues bien, Myk -dijo cuando se acercó al phagor. Lo miró pensativa. Fláccidas bolsas de piel le colgaban del pecho y del estómago. Goija Hin ya le había atado las manos a la espalda. Myk movía aprensivamente la cabeza entre los hombros encogidos. Cuando miró el Voral, el fluido lechoso le salió por los ollares, en oleadas sucesivas, y gritó sordamente. ¿Era posible que el agua lo convirtiese en estatua? Goija Hin saludó con aspereza a Shay Tal.

-Átale las piernas -ordenó Shay Tal.

-No le hagas mucho daño -dijo Oyre-. Conozco a Myk desde que era niña y es totalmente dócil. Nos llevaba montados, ¿recuerdas, Laintal Ay?

Laintal Ay se adelantó al oír la petición.

-Shay Tal no le hará ningún daño -respondió, sonriendo a Oyre. Ella lo miró interrogativamente.

Atraídos por la posible novedad, varias mujeres y muchachos se reunieron en grupos sobre la costa, a ver qué ocurría.

Era un recodo brusco en el que las aguas pasaban sólo a unos centímetros por debajo de donde ellos estaban. En el lado opuesto el río no era tan hondo y había una fina capa de hielo, protegida del sol por un saliente. El hielo se extendía hacia las aguas más profundas, con formas cristalinas en los bordes, como si el agua las hubiera tallado a cuchillo.

Goija Hin ató las piernas del infortunado Myk y lo empujó hasta el borde del río. Myk alzó la larga cabeza, retrajo el labio inferior sobre el mentón hirsuto y emitió un trompeteo de terror.

Oyre pidió a Shay Tal que no le hiciera daño, tirando de la piel de Myk.

-Atrás -dijo Shay Tal. Hizo una seña a Goija Hin, para que empujara al phagor.

Goija Hin apoyó el hombro macizo contra las costillas de Myk. El phagor vaciló y cayó al río con una gran salpicadura. Shay Tal alzó los brazos en un ademán imperioso.

Las mujeres que miraban gritaron y corrieron. Entre ellas estaba Rol Sakil. Shay Tal les indicó a todos que se detuvieran.

Miró y vio a Myk debatiéndose debajo del agua. Mechones de pelaje rodaban entre la turbulencia, rozando la superficie como algas amarillas.

El agua seguía siendo agua. El phagor seguía vivo.

-Súbelo -ordenó Shay Tal. Goija Hin sostenía a Myk con dos correas. Tiró de ellas con la ayuda

de Laintal Ay. La cabeza y los hombros del viejo phagor rompieron la superficie; Myk lanzó un grito patético.

-¡No me ahogues mates pobre yo!

Lo pusieron en la costa, jadeando, a los pies de Shay Tal. Ella se mordía el labio inferior y miraba el Voral con el ceño fruncido. La magia no funcionaba.

-Arrojadlo de nuevo -dijo una espectadora.

-No más agua o muero -dijo Myk con dificultad.

-Empújalo -dijo Shay Tal.

Myk volvió al Voral una segunda y una tercera vez. Pero el agua era siempre agua. No hubo milagro, y Shay Tal disimuló su decepción.

-Es suficiente -dijo-. Goija Hin, llévate a Myk y dale una ración de comida extra.

Oyre se arrodilló compasivamente junto a Myk, acariciándolo, llorando. Un agua oscura fluía de los labios del phagor, que empezó a toser. Laintal Ay se arrodilló y puso un brazo sobre los hombros de Oyre.

Desdeñosamente, Shay Tal se apartó. El experimento demostraba que un phagor más agua no era igual a hielo. El proceso no era inevitable. Entonces, ¿qué había ocurrido en la Laguna del Pez? Había deseado convertir el Voral en hielo, y no lo había logrado. El experimento no demostraba, por lo tanto, que fuera una hechicera. Tampoco demostraba que no lo fuera: había logrado convertir en hielo a los phagors en la Laguna del Pez... si no habían operado otros factores que ella no había tenido en cuenta.

Se detuvo con la mano en la piedra que enmarcaba la puerta de la torre, sintiendo la aspereza de los líquenes contra la palma. Mientras no encontrara una explicación, tendría que considerarse a sí misma como la consideraban los demás: como una hechicera. Cuanto más ayunara, más se respetaría a sí misma. Y por supuesto, como hechicera tenía que conservarse virgen; el intercambio sexual destruía los poderes mágicos. Se acomodó las pieles sobre el cuerpo desnudo, y subió los gastados escalones.

Las mujeres de la costa miraron el cuerpo empapado de Myk, rodeado por una charca creciente, y luego la figura de Shay Tal, que se alejaba.

-¿Para qué lo habrá hecho? -preguntó a las demás Rol Sakil-. ¿Por qué no ahogó del todo a esa estúpida criatura si era eso lo que quería?

La próxima vez que se reunió el consejo, Laintal Ay se puso de pie y habló a los demás. Dijo que había escuchado a Shay Tal. Todos conocían el milagro de la Laguna del Pez, que había salvado muchas vidas. Nada de lo que ella hacía era para mal. Laintal Ay propuso que la academia fuera reconocida y apoyada.

Aoz Roon parecía furioso mientras Laintal Ay hablaba. estaba sentado, rígido, en silencio. Los ancianos del consejo se espiaban unos a otros por debajo de las cejas, murmurando, incómodos. Eline Tal rió.

-¿Qué deseas que hagamos para ayudar a esa academia? -preguntó Aoz Roon.

-El templo está vacío. Puedes dárselo a Shay Tal. Que organice allí reuniones por las tardes, a la hora del paseo. Que se use como un foro donde todos puedan hablar. El frío se ha ido, la gente es más libre. Abre el templo como una academia para todos, hombres, mujeres y niños.

Las palabras resonantes se apagaron. Todos callaron. Luego Aoz Roon habló.

-No puede usar el templo. No queremos una nueva serie de sacerdotes. Guardaremos allí los cerdos.

-El templo está vacío.

-Desde ahora, los cerdos se guardarán en el templo.

-El día en que se pone a los cerdos por encima de la comunidad es un mal día.

La reunión concluyó con cierto desorden, cuando Aoz Roon se marchó de pronto. Laintal Ay se volvió a Dathka, con las mejillas enrojecidas.

-¿Por qué no me has apoyado? Dathka sonrió con cortedad, se acarició la fina barba, bajó la vista.

-No habrías vencido aunque toda Oldorando te hubiese apoyado. Ya ha prohibido la academia. Te fatigas en vano, amigo mío.

Cuando Laintal Ay abandonaba la torre, desencantado del mundo, Datnil Skar, el maestro de la corporación de curtidores, lo llamó y le tomó la manga.

-Has hablado bien, joven Laintal Ay; y sin embargo, Aoz Roon tiene razón. O, si no la tiene, lo que ha dicho no es un desatino. Si Shay Tal hablara en el templo, se convertiría en sacerdotisa y sería adorada. No es eso lo que queremos: nuestros antepasados se liberaron de los sacerdotes hace varias generaciones.

Laintal Ay sabía que el maestro Datnil era un hombre amable y modesto. Se contuvo, miró el rostro desgastado, y preguntó: -¿Por qué me lo dices?

El maestro Datnil miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

-La religión nace de la ignorancia. Creer algo establecido es señal de ignorancia. Yo respeto la tentativa de machacar con hechos la cabeza de la gente. Quiero decir que lamento tu derrota, aunque no comparto tu propuesta. Me gustaría hablar en la academia de Shay Tal, si ella me aceptara.

Se quitó el sombrero de piel y lo puso sobre el antepecho de la ventana, cubierto de líquenes. Se alisó el ralo pelo gris y carraspeó. Miró alrededor, sonriendo, nervioso. Aunque conocía desde el nacimiento a todos los presentes, no estaba acostumbrado al papel de orador. Las rígidas ropas de piel le crujían mientras desplazaba el peso del cuerpo de un pie al otro.

-No tengas miedo de nosotras, maestro Datnil -dijo Shay Tal.

Él advirtió una nota de impaciencia en la voz de ella.

-Sólo de tu intolerancia, señora, tengo miedo -le respondió; y algunas de las mujeres acuclilladas en el suelo se llevaron la mano a la boca, escondiendo unas sonrisas.

-Ya sabéis lo que hacemos en nuestra corporación, porque algunas de vosotras trabajáis conmigo -agregó Datnil Skar-. Por supuesto, sólo los hombres pueden ser miembros, y los secretos de nuestra profesión se transmiten de generación a generación. En particular, un maestro enseña todo lo que sabe a su oficial de confianza o su principal aprendiz. Cuando el maestro muere o se retira, éste toma su puesto, así como hará pronto Raynil Layan.

-Una mujer podría hacerlo tan bien como cualquier hombre -dijo una de las mujeres, Cheme Phar-. He trabajado contigo bastante tiempo, Datnil Skar. Sé todos los secretos de los pozos de sal. Podría salarme a mí misma, si fuera necesario.

-Ah, pero es preciso que haya orden y continuidad, Cheme Phar -dijo suavemente el maestro.

-Y también podría poner orden -dijo Cheme Phar, y todas rieron. Luego miraron a Shay Tal.

-Háblanos de la continuidad -dijo esta última-. Sabemos, porque Loilanun nos lo dijo, que algunos de nosotros descendemos de Yuli, el Sacerdote, que llegó del norte, de Pannoval y el lago Dorzin. Ésa es una continuidad. ¿Y cuál es la continuidad dentro de la corporación, maestro Datnil?

-Todos los miembros de nuestra corporación han nacido y engendrado hijos en Embruddock, antes de que se convirtiera en Oldorando. Muchas generaciones.

-¿Cuántas?

-Ah, muchas, muchas.

-Dinos cómo lo sabes.

Datnil Skar se secó las manos en los pantalones.

-Tenemos un registro. Todos los maestros llevamos un registro.

-¿Por escrito?

-Así es. En un libro. Y el arte se transmite. Pero no se puede revelar ese registro a otras personas.

-¿Por qué piensas que es así?

-No quieren que las mujeres les quiten el trabajo y lo hagan mejor -dijo alguien, y otra vez hubo risas. Datnil Skar sonrió, confuso, y no habló más.

-Creo que en cierto momento, el secreto ha de haber tenido un propósito defensivo -dijo Shay Tal-. Quizás era necesario mantener vivas ciertas artes, como la curtimbre o la herrería, en los malos tiempos, a pesar del hambre o de las incursiones de los phagors. Probablemente hubo en el pasado tiempos muy malos, y algunas artes se perdieron. No sabemos hacer papel. Quizás en otro tiempo hubo una corporación de papeleros. Cristal. No podemos hacer cristal. Sin embargo hay trozos de cristal por todas partes. Ya sabéis qué es el cristal. ¿Por qué somos más estúpidos que nuestros

antepasados? ¿Acaso vivimos y trabajamos en una condición desventajosa que no comprendemos del todo?Ésa es una de las grandes preguntas que no hay que olvidar.

Se interrumpió. Nadie dijo nada, cosa que la irritaba siempre. Anhelaba algún comentario que provocara una discusión.

Datnil Skar respondió: -Madre Shay, dices la verdad, según mi mejor conocimiento. Comprendes que, como maestro, he jurado no revelar a nadie los secretos de mi arte; es un juramento que he hecho a Wutra y a Embruddock. Pero sé que hubo antes malos tiempos, de los cuales no tendría que hablar...

Cuando calló, ella lo alentó con una sonrisa.

-¿Crees que Oldorando era antes más grande que ahora?

Datnil Skar la miró con la cabeza de lado.

-Sé que llamas una granja a esta ciudad. Pero sobrevive... Es el centro del cosmos. Aunque esto no responde a tu pregunta. Pero vosotras, amigas mías, habéis encontrado centeno y trigo, al norte de aquí, así que de eso hablaremos. En ese lugar, según mi conocimiento, hubo tiempo atrás unos campos celosamente cuidados, defendidos con cercas contra las bestias salvajes. Esos campos pertenecían a Embruddock. Crecían también y se cultivaban otros muchos cereales. Ahora los cultiváis de nuevo, lo que es sabio.

"Ya sabéis que necesitamos corteza de árbol para curtir pieles. Nos cuesta trabajo obtenerla. Yo creo, es decir, sé -calló y continuó rápidamente- que al oeste y al norte crecían bosques altos que daban madera y corteza. Esa región se llamaba Kace. Era, en esa época, cálida, y no hacía frío.

Alguien dijo: -El tiempo del calor... es una leyenda que cantaban los sacerdotes. Son ésos, precisamente, los cuentos que esta academia quiere desterrar. Sabemos que antes hizo más frío que ahora. Pregúntale a mi abuela.

-Lo que digo, según entiendo, es que hizo calor antes de que hiciera frío - respondió Datnil Skar, rascándose lentamente el occipucio gris. Tendríais que tratar de comprender. Han pasado muchas vidas, muchos años. Buena parte de la historia se ha desvanecido. Sé que las mujeres pensáis que los hombres están contra vosotras; y quizá sea así; pero yo hablo sinceramente cuando digo que apoyéis a Shay Tal a pesar de las dificultades. Como maestro, sé cuan precioso es el conocimiento. Y parece escapar de la comunidad como el agua de un calcetín.

Mientras él se marchaba, las mujeres se pusieron de pie y lo aplaudieron cortésmente.

Dos días después, al ocaso de Freyr, Shay Tal caminaba de un lado a otro por la habitación de la torre aislada. Llegó un grito desde abajo. Pensó inmediatamente en Aoz Roon, aunque no era su voz.

Se preguntó quién podía aventurarse más allá de la empalizada cuando oscurecía. Asomó la cabeza por la ventana y vio a Datnil Skar: una figura inmaterial en la penumbra.

-Oh, sube, amigo mío -dijo. Bajó a recibirlo. El traía una caja y sonreía, nervioso. Se sentaron frente a frente en el suelo de piedra, una vez que ella le sirvió una medida de rathel.

-¿Sabes? -dijo él, luego de una breve conversación ociosa-, creo que pronto me retiraré como maestro de la corporación de curtidores. Mi oficial principal tomará pronto mi sitio. Me estoy volviendo viejo, y él sabe desde hace tiempo todo lo que yo puedo enseñar.

-¿Por eso vienes?

Datnil Skar sonrió y movió la cabeza.

-Vengo, madre Shay, porque siento una admiración de anciano por ti, por tu persona y tu valor... No, déjame terminar. Siempre he amado y servido a esta comunidad, y creo que tú haces lo mismo aunque tienes la oposición de muchos hombres. Quiero, entonces, hacerte un bien mientras todavía puedo.

-Eres un buen hombre, Datnil Skar. Oldorando lo sabe. La comunidad necesita buenas personas.

Suspirando, él asintió.

-He servido a Embruddock, a Oldorando como hemos de llamarla, todos los días de mi vida, y jamás he salido de ella. Sin embargo apenas ha pasado un día... -Se interrumpió, con su habitual timidez, sonrió y agregó:-Creo que hablo con un espíritu afín; desde que era muchacho, ni un sólo día ha pasado sin que me preguntara... sin que me preguntara qué ocurría en otros lugares, muy lejos de aquí.

Hizo una pausa, se aclaró la garganta, y continuó con más vivacidad.

-Te contaré una cosa. Es muy breve. Recuerdo un terrible invierno, cuando yo era niño, en que atacaron los phagors, y luego siguieron las enfermedades y el hambre. Mucha gente murió y también muchos phagors, aunque en ese momento no se sabía. Estaba tan oscuro... Los días son más brillantes ahora... Sea como fuere, los phagors abandonaron, durante la matanza, un niño humano. El nombre era... me avergüenza decir que lo he olvidado pero, según creo, era algo parecido a Krindelsedo. Un nombre largo. Antes lo recordaba claramente. Los años me han hecho olvidar.

"Krindelsedo venía de Sibornal, una comarca lejana del norte. Decía que Sibornal era un país de glaciares perpetuos. En ese momento, yo había sido elegido oficial principal de mi corporación; y él estaba a punto de convertirse en sacerdote en Sibornal, de modo que ambos trabajábamos con entusiasmo en nuestras profesiones. Él... Krindelsedo, o como se llamara... pensaba que nuestra vida era fácil. Los géiseres hacían de Oldorando un lugar caliente.

"Mi amigo, ese joven sacerdote, estaba con algunos colonos que marchaban hacia el sur huyendo del hielo. Llegaron a unas tierras mejores, junto a un río. Allí tuvieron que luchar contra la población local, un reino llamado... el nombre se me ha ido después de tantos años. Hubo una gran batalla en que hirieron a Krindelsedo, sí así se llamaba. Los sobrevivientes pretendieron escapar, pero fueron capturados por una banda de phagors. La suerte quiso que Krindelsedo se librara de ellos. O tal vez lo dejaron atrás porque estaba herido.

"Hicimos lo posible por atenderlo, pero murió un mes más tarde. Lloré por él. Yo era muy joven. Y sin embargo, lo envidiaba porque había visto algo del mundo. Me dijo que en Sibornal el hielo tenía muchos colores y era muy hermoso.

Cuando el maestro Datnil concluyó su historia, sentado sosegadamente junto a Shay Tal, Vry entró en la habitación, en camino al piso superior.

Él le sonrió y dijo a Shay Tal: -No le pidas que se marche. Sé que es tu oficial principal y que confías en ella, como yo desearía confiar en el mío. Que escuche también lo que diré. -Depositó en el suelo la caja de madera.-He traído el libro de nuestra corporación para que lo veas.

Shay Tal parecía a punto de desmayarse. Sabía que si eso se descubría, la corporación mataría al maestro sin vacilar. Pudo imaginar el conflicto interno del maestro antes de venir. Lo abrazó y le besó la frente arrugada.

Vry se acercó y se arrodilló junto a ellos, con el rostro excitado.-A ver -dijo y extendió la mano, como si no fuera una muchacha tímida.

Datnil Skar puso una mano sobre la de Vry.

-Ved primero la madera de la caja. No es de rajabaral; el grano es demasiado hermoso. Y mirad cómo está labrada. Y el delicado trabajo del metal en los ángulos. ¿Podrían hacer una cosa tan fina los herreros de nuestra corporación?

Cuando ellas examinaron los detalles, abrió la caja. Sacó un gran volumen encuadernado en gruesa piel, con un adornado dibujo grabado a fuego.

-Esto lo hice yo mismo, madre. Yo encuaderné el libro. Lo que es antiguo es el interior.

Las páginas llevaban una cuidadosa y con frecuencia adornada escritura de muchas manos. Datnil Skar las volvió rápidamente, sin querer mostrar demasiado, aun en ese momento. Pero las mujeres vieron claramente fechas, nombres, listas, anotaciones, cifras.

Él miró sus rostros sonriendo gravemente.

-A su modo, este libro es una historia de Embruddock a lo largo de los años. Y cada corporación tiene un libro semejante, de eso estoy seguro.

-El pasado se ha ido. Ahora tratamos de mirar al futuro -dijo Vry-. No queremos quedar presos en el pasado. Queremos salir...

Indecisa, dejó caer la frase, lamentando haberse dejado arrastrar por la excitación. Al mirar los dos rostros, recordó que ellos eran más viejos y que nunca estarían de acuerdo con ella. Aunque parecían tener una meta común, había una diferencia que jamás podría salvarse.

-La clave del futuro está en el pasado -dijo Shay Tal, con afecto pero zanjando la cuestión, porque ya había dicho a Vry cosas semejantes anteriormente. Y volviéndose al anciano, agregó-: Maestro Datnil, apreciamos tu valiente actitud al permitir que veamos el libro. Quizá algún día podamos

examinarlo con mayor detenimiento. ¿Nos puedes decir cuántos maestros ha habido en tu corporación desde que comenzó el registro?

Datnil Skar cerró el libro y empezó a guardarlo en la caja. De la vieja boca le fluía la saliva, y le temblaban las manos.

-Las ratas saben los secretos de Oldorando... Estoy en peligro por traer aquí el libro. Soy sólo un anciano tonto... Queridas mías: hubo en los viejos tiempos un gran rey que imperaba sobre todo Campannlat, llamado Rey Denniss. Él previo que el mundo, este mundo que los seres de dos filos llamaban Hrrm-Bhhrd Ydohk, perdería calor, así como se pierde el agua de un cántaro al llevarlo por una senda accidentada. Entonces fundó las corporaciones, con reglas de hierro. Los miembros de estas corporaciones preservarían el conocimiento a lo largo de las épocas oscuras hasta que retornara el calor.

Canturreaba un poco al hablar, como si lo hiciera de memoria.

-Nuestra corporación ha sobrevivido desde la época del buen rey, aunque en algunos períodos no había con qué curtir pieles. Según este registro, en una ocasión los únicos miembros eran un maestro y un aprendiz, que vivían debajo del suelo a cierta distancia... Tiempos terribles. Pero hemos sobrevivido.

Mientras Datnil se secaba la boca, Shay Tal preguntó que período era ése.

El maestro miró el rectángulo cada vez más oscuro de la ventana como si deseara evadir la pregunta.

-No comprendo todo lo que dice el libro. Ya conocéis nuestras confusiones con el calendario. Como se puede ver ahora, los nuevos calendarios determinan una dislocación considerable... Embruddock... Perdonadme, temo hablar de más... no siempre ha pertenecido a... nuestra gente.

Movió la cabeza, mirando nerviosamente alrededor. Las mujeres aguardaban inmóviles como phagors, en la vieja estancia oscura. El volvió a hablar.

-Mucha gente murió entonces. Hubo una gran plaga, la Muerte Gorda. Invasiones... Las Siete Cegueras... Historias de infortunio. Esperamos que nuestro presente señor -nuevamente miró en torno- sea tan sabio como el Rey Denniss. El buen rey fundó nuestra corporación en el año llamado 249 antes del Nadir. No sabemos quién era el Nadir. Lo que sabemos es que yo... admitiendo que pueda haber blancos en el registro... soy el sexagésimo octavo maestro de la corporación de curtidores. El sexagésimo octavo... -Miró con miopía a Shay Tal.

-Sesenta y ocho... -Tratando de ocultar su asombro, ella, recogió las pieles con un movimiento característico-. Son muchas generaciones que nos separan de la antigüedad.

-Así es, así es -el maestro Datnil asintió complacido, como si estuviera familiarizado con esas vastas extensiones de tiempo-. Hace casi siete siglos que nuestra corporación fue fundada. Siete siglos, y todavía hiela por las noches.

Embruddock era una nave encallada en el desierto circundante. Todavía daba abrigo a la tripulación, aunque nunca más había de hacerse a la vela.

El tiempo había desmantelado a tal extremo la ciudad antaño orgullosa, que sus habitantes la consideraban una aldea, e ignoraban que sólo era una ruina en medio de una civilización borrada por el hielo, la locura y el pasado del tiempo.

A medida que la temperatura aumentaba, los cazadores tenían que alejarse más en busca de caza. Los esclavos sembraban los campos y soñaban con una imposible libertad. Las mujeres permanecían en las casas y se volvían neuróticas.

Mientras Shay Tal ayunaba, siempre sola, las energías reprimidas de Vry crecían cada día más y la muchacha buscaba la compañía de Oyre. Habló con ella del maestro Datnil, y de lo que él había dicho, y encontró una oyente entusiasta. Ambas estaban de acuerdo: la historia contenía fascinantes enigmas, aunque Oyre era algo escéptica.

-Datnil Skar es viejo y está un poco ido, dice siempre mi padre -afirmó Oyre, y parodió el andar del maestro, diciendo con voz aflautada-: Nuestra corporación es tan exclusiva que ni siquiera permitimos la entrada del Rey Denniss...

Vry rió y Oyre continuó, más seriamente: -El maestro Datnil podría ser ejecutado por mostrar el libro. Eso prueba que no está en sus cabales.

-Ni siquiera permitió que lo viéramos bien. -Vry se interrumpió y luego estalló-: Si tan sólo pudiéramos juntar todos los hechos... Shay Tal los junta y los escribe. Tiene que haber algún modo de ordenarlos... en una estructura. Se ha perdido mucho, el maestro Datnil tiene razón. La temperatura fue tan helada en un tiempo que echaron al fuego todo lo que era inflamable; la madera, el papel, los registros. ¿Comprendes que ni siquiera sabemos qué año es? Las estrellas nos lo podrían decir. El calendario de Loil Bry es absurdo, los calendarios no han de fundarse en la gente sino en los años. La gente es tan poco de fiar... y yo también soy así. Oh, te juro que me volveré loca.

Oyre se echó a reír y abrazó a Vry.

-Eres la persona más cuerda que conozco, idiota. -Volvieron a hablar de las estrellas, sentadas sobre el suelo desnudo. Oyre había ido con Laintal Ay a mirar el fresco pintado en el antiguo templo.- Los centinelas están claramente representados; Batalix está como siempre encima de Freyr, pero casi tocándolo, sobre la cabeza de Wutra.

-Cada año los dos soles están más cerca -afirmó Vry sin vacilar-. El mes pasado casi se tocaron cuando Freyr sobrepasó a Batalix, y nadie prestó atención. El año próximo, chocarán. ¿Y entonces qué? O quizás uno pase detrás del otro.

-¿No será eso lo que el maestro Datnil llama una Ceguera? Si un centinela desapareciese, habría una media luz, ¿verdad? Quizá haya Siete Cegueras, como ya ha ocurrido. -Oyre parecía asustada; se movió hacia su amiga.- Sería el fin del mundo. Wutra se mostraría en toda su furia, por supuesto. Vry rió y se puso de pie.

-El mundo no desapareció entonces ni desaparecerá ahora. Quizá sea un nuevo principio -dijo, con un rostro radiante-. Por eso las estaciones son más calientes. Después de que Shay Tal termine con ese horrible pauk volveremos a ocuparnos del asunto. Yo seguiré trabajando en mis matemáticas. Que vengan las Cegueras: yo las abrazo.

Ambas, riendo, bailaron por la habitación.

-¡Cómo deseo una gran experiencia! -exclamó Vry.

Mientras tanto, Shay Tal mostraba más claramente que antes los pequeños huesos de ave que le sostenían la carne; las pieles le colgaban sueltas alrededor del cuerpo. Las mujeres le llevaban comida, pero ella se negaba a alimentarse.

-El ayuno le conviene a mi alma voraz -decía, caminando por la habitación helada, mientras Vry y Oyre intentaban oponerse y Amin Lim la acompañaba mansamente-. Mañana entraré en pauk. Vosotras tres y Rol Sakil podéis quedaros conmigo. Volveré a través de los fessupos hasta esa generación que construyó nuestras torres y corredores. Descenderé siglos si es preciso, y buscaré al Rey Denniss.

-Es maravilloso -exclamó Amin Lim. Las aves se posaban en la desmoronada ventana y comían el pan que Shay Tal no quería tocar.

-No te hundas en el pasado, señora -le aconsejaba Vry-. Ése es el camino de los ancianos. Mira adelante y hacia fuera. No ganaremos nada interrogando a los muertos.

Shay Tal estaba ahora tan poco habituada a las discusiones que le fue difícil contenerse. Alzó la vista y vio, casi con asombro, que aquella jovencita apocada se había convertido ahora en una mujer. Estaba pálida, y tenía sombras debajo de los ojos, como Oyre.

-¿Por qué estáis tan pálidas las dos? ¿Estáis enfermas?

Vry movió la cabeza.

-Esta noche hay una hora de oscuridad antes de la media luz. A esa hora te mostraré lo que estamos haciendo, Oyre y yo. Hemos trabajado mientras todo el mundo dormía.

A la puesta de Freyr, la noche era clara. El calor abandonaba el mundo mientras las dos jóvenes acompañaban a Shay Tal al terrado de la torre en ruinas. Un óvalo de luz espectral se elevaba desde el punto del horizonte donde había desaparecido Freyr. Había pocas nubes que ocultaran el cielo; mientras los ojos se acostumbraban a la oscuridad, las estrellas centelleaban. En algunos sectores del cielo eran relativamente escasas, en otras pendían en racimos. En lo alto, de horizonte a horizonte, había una ancha franja luminosa irregular, densa como una niebla, donde aparecían de vez en cuando unas estrellas muy brillantes.

-Es el espectáculo más magnífico del mundo -dijo Oyre-. ¿No te parece?

Shay Tal dijo:

-En el mundo inferior los fessupos brillan como estrellas. Son las almas de los muertos. Aquí vemos las almas de los no nacidos. Arriba es como abajo.

-Creo que necesitamos un principio enteramente distinto para explicar el cielo -afirmó Vry-. Aquí todos los movimientos son regulares. Las estrellas giran alrededor de esa otra más brillante, la que llamamos estrella polar. - Señaló un astro situado encima de ellas.- En las veinticinco horas del día, las estrellas giran una vez, apareciendo en el este y poniéndose en el oeste como los dos centinelas. ¿No prueba eso que son similares a los dos centinelas, pero que se mueven mucho más lejos?

Las jóvenes mostraron a Shay Tal el mapa estelar que estaban haciendo, con las posiciones relativas de las estrellas marcadas en el pergamino. Ella demostró poco interés y dijo: -Las estrellas no pueden afectarnos como los coruscos. ¿En qué adelanta el conocimiento esto que hacéis? Valdría más que de noche durmierais.

Vry suspiró.

-El cielo está vivo. No es una tumba, como el mundo inferior. Oyre y yo hemos visto aquí cometas que arden y caen a tierra. Y hay cuatro estrellas brillantes que se mueven de un modo distinto al de todas las demás, las vagabundas de que hablan las viejas canciones. Hay días en que esas vagabundas pasan dos veces por el cielo, Y una reaparece con gran rapidez. Pensamos que está muy cerca de nosotros y la llamamos Kaidaw, por su velocidad. En seguida la veremos.

Shay Tal se frotó las manos, con aire aprensivo.

-Hace frío aquí.

-Hace más frío abajo, allí donde moran los coruscos -respondió Oyre.

-Cuida tu lengua, muchacha. No eres buena amiga de la academia si apartas a Vry de sus verdaderas tareas.

El rostro se le tornó frío y duro, como de halcón; se dio vuelta rápidamente, apartando los ojos de Oyre y Vry y descendió sin añadir una palabra.

-Oh, tendré que pagar por esto -dijo Vry-. Tendré que ser doblemente sumisa para hacer las paces.

-Eres demasiado humilde, y ella demasiado altiva. Al diablo con la academia. Tiene miedo del cielo, como la mayoría de la gente. Ése es su problema, sea o no una hechicera. Tolera a la gente, corno la estúpida Amin Lim, porque la halagan.

Abrazó a Vry con una especie de iracunda pasión y se puso a enumerar las tonterías de todos los conocidos.

-Lo que me duele es que no haya mirado por el telescopio -dijo Vry.

Ese telescopio había traído un gran cambio al interés de Vry por la astronomía. Cuando Aoz Roon se convirtió en señor y se trasladó a la gran torre, Oyre había podido examinar con libertad las posesiones de todas clases que allí había, guardadas en cofres. El telescopio había aparecido envuelto entre ropas apolilladas que se deshacían al tocarlas. Era de construcción sencilla; quizá lo había hecho la corporación de vidrieros, desaparecida mucho antes: un tubo de cuero que mantenía dos lentes en su sitio. Pero, apuntado hacia las estrellas vagabundas, el telescopio tuvo el poder de cambiar las ideas de Vry. Porque las vagabundas eran discos. En esto se parecían a los centinelas, aunque no emitían luz.

De ese descubrimiento, Vry y Oyre dedujeron que las vagabundas estaban más cerca del mundo, y las estrellas más lejos; algunas, muy lejos. Por los tramperos que trabajaban a la luz de la estrellas, supieron los nombres de las vagabundas: Ipocrene, Aganip y Copaise. Y vieron luego a la más rápida, que ellas mismas bautizaron Kaidaw. Ahora trataban de probar que eran mundos como el suyo, y quizás habitados.

Mirando a su amiga, Vry sólo vio el contorno general del hermoso rostro y la poderosa cabeza, y reconoció que Oyre se parecía mucho a Aoz Roon. Tanto ella como su padre eran personas enérgicas, y Oyre había nacido fuera de las convenciones acordadas. Vry se preguntó si Oyre habría estado, por alguna remota casualidad, con un hombre, en la oscuridad de un brassimipo, o en cualquier otra parte. Luego alejó el travieso pensamiento y volvió los ojos al cielo.

Permanecieron, más serenas, en el terrado de la torre, hasta que el Silbador de Horas volvió a sonar. Casi en seguida Kaidaw salió y se encaminó al cenit.

La Estación Observadora Terrestre Avernus -la Kaidaw de Vry- estaba suspendida a gran altura sobre Heliconia, mientras pasaba por debajo el continente de Campannlat, Los tripulantes de la estación se dedicaban sobre todo a observar el mundo que tenían más cerca, pero los instrumentos automáticos vigilaban también constantemente los otros tres planetas del sistema binario.

En los cuatro planetas se elevaban las temperaturas. El conjunto mejoraba constantemente; sólo en el suelo, en la carne tierna, había anomalías.

El drama de las atareadas generaciones de Heliconia se desarrollaba en un escenario apenas estructurado, con unas pocas circunstancias predominantes. El año del planeta alrededor de Batalix -la Estrella B para los estudiosos del Avernus-, era de 480 días (el año «pequeño»). Pero Heliconia tenia un Gran Año, del cual nada sabían los actuales habitantes de Embruddock. El Gran Año era el tiempo que tardaba la Estrella B, con sus planetas, en describir una órbita en torno de Freyr, la Estrella A.

Ese Gran Año era de 1.825 años «pequeños» de Heliconia. Como un año pequeño heliconiano equivalía a 1.42 años terrestres, el Gran Año equivalía a 2.592 años terrestres, un período en que muchas generaciones florecían y abandonaban la escena.

El Gran Año significaba un enorme viaje elíptico. Heliconia era un poco mayor que la Tierra, con una masa igual a 1.28 de la terrestre; en muchos aspectos, era la hermana de la Tierra. Pero en ese viaje elíptico de miles de años, Heliconia se convertía casi en dos planetas: uno helado en el apastrón, cuando estaba más lejos de Freyr, y uno excesivamente caliente en el periastron, cuando estaba más cerca de Freyr.

Cada año pequeño, Heliconia se acercaba más a Freyr. La primavera estaba a punto de anunciarse de modo espectacular.

A mitad de camino entre las altas estrellas y los fessupos que se hundían lentamente hacia la roca original, dos mujeres se arrodillaban a cada lado de una cama de helechos. La luz de la habitación era bastante escasa y las mujeres parecían dos plañideras de luto a los lados de la imagen postrada. Sólo se podía determinar que una era regordeta y ya no joven, y la otra víctima del proceso desecador de la ancianidad.

Rol Sakil Den movió la cabeza gris y contempló con lúgubre compasión el cuerpo extendido.

-Pobrecilla, años atrás; tan bonita no tiene derecho a torturarse así.

-Tendría que haberse quedado con sus panes, diría yo -respondió la otra mujer, para mostrarse cordial.

-Mira qué flaca es. Toca las caderas. No me asombra que se haya vuelto tan extraña.

Rol Sakil era flaca como una momia. La artritis le corroía el cuerpo. Había sido la partera de la comunidad hasta que tuvo demasiados años para ocuparse de esas tareas. Aún atendía a quienes entraban en pauk. Ahora que Dol se había emancipado, estaba casi al margen de la academia, siempre lista para criticar, raramente preparada para pensar.

-Es tan estrecha que no podría parir un palito, no digamos un niño. Es preciso atender el vientre: es la parte central de la mujer.

-Tiene otras cosas que atender -dijo Amin Lim.

-Oh, yo respeto el conocimiento como cualquiera; pero cuando el conocimiento se opone a la práctica natural de la cópula, tendría que cederle el paso.

-En ese sentido -replicó Amin Lim con cierta aspereza, del otro lado de la cama-, esas prácticas naturales encontraron un obstáculo cuando tu Dol se instaló en el lecho de Aoz Roon. Ella lo admiraba mucho, ¿y quién no? Es un hombre de buen aspecto, Aoz Roon, aparte de ser el señor de Embruddock.

Rol Sakil resopló.

-No es una razón para que abandone por completo la sexualidad. Siempre podría dedicarle algún tiempo, para mantenerse en forma. Además, él no volverá a golpear a la puerta de ella, puedes estar segura. Tiene las manos ocupadas con nuestra Dol.

La anciana indicó a Amin Lim que se aproximara para decirle algo confidencial, y ambas unieron sus cabezas sobre el cuerpo extendido de Shay Tal.

-Dol no lo deja en paz un momento, tanto por inclinación como por política. Proceder que yo recomendaría a cualquier mujer, aun a ti, Amin Lin. Supongo que te gustará, de vez en cuando; no sería humano que no fuera así, a tu edad. Tienes que pedírselo a tu hombre.

-Sin duda no hay mujer que no haya pensado alguna vez en Aoz Roon, por más mal genio que tenga.

Shay Tal suspiró en su pauk. Rol Sakil le tomó la mano con una mano marchita, y continuó, siempre en tono confidencial: -Dice mi Dol que murmura de una manera terrible en sueños. Le he dicho que eso es signo de una conciencia culpable.-¿Y de qué puede ser culpable, entonces? -preguntó Amin Lim.

-Pues... podría contarte algo... aquella mañana, después de tanto beber y tanto movimiento, salí temprano como siempre. Y mientras andaba, bien abrigada contra el frío, tropecé con un cuerpo en la oscuridad, y me dije: «Algún necio, atontado con la bebida, se ha quedado dormido al aire libre». Allí estaba, al pie de la gran torre.

Se interrumpió para observar el efecto del relato sobre Amin Lim, que sin otra cosa que hacer escuchaba atentamente. Los ojitos de Rol Sakil casi se ocultaron entre las arrugas mientras proseguía: -No hubiera pensado más en el asunto; a mí también me gusta un poco de rathel. Pero, ¿qué veo entonces, si no otro cuerpo del otro lado de la torre? Me dije: «Pues son dos necios, atontados por la bebida, que se han quedado dormidos al aire libre». Y tampoco hubiera pensado más en el asunto; pero cuando se supo que habían encontrado muertos al joven Klils y a su hermano Nahkri, juntos y al pie de la torre, el asunto parecía muy distinto...

-Todo el mundo dijo que los habían encontrado allí.

-Ah, pero yo los vi primero, y no estaban juntos. Así que no habían peleado entre ellos, ¿no te parece? Es sospechoso, ¿verdad? Y me dije: «Alguien empujó a los dos hermanos de lo alto de la torre». ¿Quién podía ser? ¿Quién tenía más que ganar con esas muertes? Que otros lo juzguen. Todo lo que digo es que aconsejé a Dol: «Cultiva tu miedo a las alturas, Dol. No te acerques al borde de una torre cuando estés con Aoz Roon. No te acerques al borde de ninguna torre, y estarás perfectamente...» Eso le dije.

Amín Lim movió la cabeza.

-Shay Tal no querría a Aoz Roon si él hubiera hecho una cosa así. Y lo sabría. Es inteligente; sin duda lo sabría.

Rol Sakil se puso de pie y cojeó nerviosamente por la habitación de piedra, sacudiendo la cabeza.

-En lo que concierne a los hombres, Shay Tal es igual que nosotras. No siempre piensa con el cerebro, y usa en cambio lo que tiene entre las piernas.

-Oh, calla. -Amin Lim miró apenada a su amiga y mentora. En verdad, hubiera preferido que la vida de Shay Tal se ajustase más al camino preconizado por Rol Sakil; quizá sería más feliz.

Shay Tal yacía rígidamente sobre el costado izquierdo, en la postura del pauk. Tenía los ojos entreabiertos. Apenas se la oía respirar, pero a intervalos regulares suspiraba profundamente. Mirando los rasgos austeros de ese rostro amado, Amin Lim creyó ver a alguien que enfrentaba la muerte con compostura. Sólo la boca, de vez en cuando endurecida, indicaba el temor que es imposible evitar en presencia de los habitantes del mundo inferior.

Aunque Amin Lim había estado una vez en pauk, el terror de volver a ver a su padre le había bastado. Esa dimensión estaba ahora cerrada; no volvería a visitar el mundo inferior hasta que llegara la llamada final.

-Pobre, pobrecilla -dijo, mientras acariciaba la cabeza de su amiga y le miraba los cabellos grises, con la esperanza de aliviarle la travesía del reino negro, que estaba debajo de la vida.

Aunque el alma no tenía ojos, podía sin embargo ver en un medio donde el terror reemplazaba la visión.

Miraba hacia abajo mientras empezaba a caer a un espacio más grande que el cielo nocturno. En ese espacio Wutra no podía penetrar. Era aquélla una región que el inmortal Wutra no conocía. El dios de rostro azul, de mirada impávida, de cuernos delicados, pertenecía a la gran batalla glacial que se desarrollaba en todas las demás regiones. Esta era el infierno, pues faltaba él. Cada estrella que brillaba allí era una muerte.

No había otro olor que el miedo. Cada muerte tenía una posición inmutable. No ardían los cometas; era el reino de la entropía absoluta y sin cambios, de la muerte de los acontecimientos del universo; y la vida sólo podía responder a ella con terror. Como hacía ahora el alma.

Las octavas de tierra corrían sobre el territorio de la realidad. Podían compararse a senderos, aunque se parecían más a murallas entrecruzadas que dividían infinitamente el mundo y de las cuales sólo la parte superior aparecía en la superficie.

La verdadera materia se hundía profundamente en el suelo continuo, penetrando hasta la roca original sobre la que descansaba el disco del mundo.

En la roca original, en el extremo inferior de las octavas de tierra correspondientes, se amontonaban los coruscos y los fessupos, como millares de moscas podridas.

La desvaída alma de Shay Tal se sumergió en su predestinada octava de tierra, abriéndose paso entre los fessupos. Parecían momias: los vientres y las cuencas de los ojos estaban vacíos y los pies óseos bailoteaban; las pieles eran ásperas como la arpillera vieja, pero transparentes, y permitían vislumbrar órganos luminosos. Tenían las bocas abiertas como bocas de pescados, recordando quizá los días en que respiraban aire. Los coruscos menos antiguos sostenían en la boca unas cosas semejantes a luciérnagas que se deshacían en humo y polvo. Todas esas viejas criaturas desechadas estaban inmóviles, pero el alma errabunda podía sentir la furia contenida, una furia más intensa que ninguna otra experimentada antes que la obsidiana los engullera.

Mientras el alma pasaba los veía suspendidos en hileras irregulares que se extendían hasta sitios adonde no podía viajar en la realidad: Borlien, el mar, Pannoval, la lejana Sibornal, y aun las glaciales soledades del este. Todos, allí, eran unidades de una gran colección, archivadas debajo de las octavas de tierra apropiadas.

Para los sentidos vivientes, no había direcciones. Sin embargo, había una dirección. El alma disponía de su propio velamen. Tenía que estar alerta. Un fessupo no era mucho más independiente que el polvo; pero la furia acumulada en el eddre lo fortalecía. Era capaz de devorar un alma que bogase muy cerca y liberarse para volver al mundo, llevando la enfermedad y el terror dondequiera que fuese.

Atenta al peligro, el alma se hundía en el mundo de obsidiana atravesando lo que Loilanun había descrito como un vacío con arañazos. Por fin se encontró ante el corusco de la madre de Shay Tal. Esa cosa entre gris y amarillenta parecía hecha de alambres y ramas delgadas, como secos jirones de pechos y caderas, y miraba con odio el alma de su hija. Mostraba los viejos dientes castaños en la floja mandíbula inferior. Sólo era una mancha, pero se le podían ver todos los detalles, así como los líquenes de una pared pueden representar perfectamente un hombre o una necrópolis. El corusco emitía quejas incesantes. Los coruscos son el negativo de la vida humana, y en consecuencia nada de la vida les parece bueno. Ningún corusco cree que la vida en la tierra ha sido bastante larga, o que ha logrado la felicidad merecida. Ni puede considerar justo el olvido actual. Anhela un alma viviente. Sólo un alma viviente puede escuchar sus infinitas lamentaciones.

-Madre, vengo nuevamente a ti como es debido, y escucharé tus quejas.

-Niña despiadada, ¿cuándo has venido por última vez? ¿Cuánto hace? Y de mala gana, siempre de mala gana, como en aquellos desgraciados días... Yo tenía que haberlo sabido, yo tenía que haberlo sabido cuando te di a luz... No quería tener más descendencia... mi pobre vientre estrujado...

-Escucharé tus quejas...

-Oh, sí, de mala gana, como tu padre a quien no le preocupaba mi sufrimiento, nada sabía, nada hacía, como todos los hombres, pero quién puede decir que los niños son mejores cuando se alimentan de ti... Oh, yo tenía que haberlo sabido... Te digo que despreciaba a ese zoquete de hombre que siempre pedía, todo lo pedía, una y otra vez, más de lo que. yo podía dar, jamás satisfecho, las noches de horror, los días, prisionera en esa trampa, eso es lo que era, y luego apareces tú, otra trampa destinada a privarme de mi juventud, hermosa, sí, yo era hermosa, esa maldita enfermedad... Te veo, te ríes de mí ahora, poco te importa...

-Me importa, madre, es una agonía verte.

-Sí, pero tú y él, los dos, me estafasteis, me quitasteis todo lo que yo tenía y esperaba tener, él con su sensualidad, ese inmundo marrano, si los hombres conocieran al menos los odios que despiertan, y

tú con esa sucia debilidad, esa boca que chupa y chupa, esa boca que pide demasiado, como el miembro de él, que pide mucho más de lo que soporta la paciencia, y tu suciedad que es preciso limpiar todo el tiempo, estúpida, llorando, siempre queriendo algo, los días, los años, todos esos años, quitándome la fuerza, ah, la dulce fuerza, y yo tan bonita antes, desperdiciada, sin placer en la vida, tendría que haberlo sabido, no la vida que me había prometido mi madre cuando me amamantaba, y ella tampoco fue mejor que el resto, y se murió, esa maldita perra sin leche que me parió, morirse cuando yo más la necesitaba.

La voz de aquella cosa de nada arañaba la obsidiana, tratando de llegar al alma de Shay Tal.

-Lo siento por ti, madre. Te preguntaré ahora una cosa, para ayudarte a apartar la mente de tus penas. Te pediré que pases la pregunta a tu madre, y a la madre de tu madre, así hasta el remoto pasado. Tienes que darme la respuesta, y me sentiré orgullosa de ti. Quiero saber si Wutra existe realmente. ¿Existe Wutra? ¿Qué o quién es? Tienes que enviar la pregunta hacia atrás, hasta que algún fessupo lejano devuelva una respuesta. La respuesta ha de ser completa. Deseo comprender cómo funciona el mundo. La respuesta ha de llegar hasta mí. ¿Entiendes, madre?

Un chillido le respondió antes que acabara de hablar.

-Por qué había de hacer algo por ti, después de la manera en que has estropeado mi vida, por qué, por qué y por qué, y qué me importan aquí abajo tus estúpidos problemas, pequeña tonta, sucia y mezquina, dura toda una eternidad estar aquí, oyes, toda una eternidad, como mi pena...

El alma interrumpió el monólogo.

-Ya has oído mi petición, madre. Si no lo cumples, no volveré a visitarte en el mundo inferior. Nadie volverá a hablarte.

El corusco lanzó un rápido mordisco. El alma se mantuvo justamente fuera de alcance, mirando las polvorientas chispas que brotaban de esa boca que no respiraba.

Sin responder, el corusco empezó a transmitir la pregunta de Shay Tal, y los fessupos inferiores se encolerizaron.

Todos estaban suspendidos en obsidiana.

El alma tuvo conciencia de los fessupos vecinos, que pendían como chaquetas harapientas del perchero de un salón, a medianoche. Allí estaba Loilanun, y Loil Bry, y el Pequeño Yuli. Incluso estaba en alguna parte el Gran Yuli, reducido a una sombra indignada, y también el corusco del alma del padre, más temible incluso que el de la madre, con una furia que subía hacia ella como una marea.

Y la voz del corusco del padre era como uñas que arañaran un cristal.

-Y además, muchacha ingrata, ¿por qué no fuiste un varón? Tú sabías, miserable fracaso, que yo necesitaba un hijo, un buen hijo que continuara el sufrimiento de nuestro linaje, y fui en cambio el hazmerreír de todos mis amigos, aunque tampoco me importa esa pandilla de cobardes, que huyeron del peligro, corrieron cuando aullaron los lobos, y yo corrí con ellos sin saber si seguiría viviendo, mi vida de nuevo, oh sí mi maldita vida y el viento frío que se mueve en los pulmones y en todas las articulaciones, en el rastro de los ciervos en libertad, las colas cortas y blancas, oh mi vida de nuevo, sin nada que ver con esa bruja sin sexo ni pechos que llamas tu madre, aquí metida dentro de esta piedra que no respira, la odio la odio te odio, basura charlatana aquí estarás un día muy pronto tú también sí aquí en la tumba para siempre ya lo verás.

Y había también otros mensajes de otras bocas secas, que se extendían hacia ella como viejos huesos de animales emergiendo del suelo, verdes y grises por el polvo, la edad, la envidia, y ponzoñosos al tacto.

El alma de Shay Tal como un velamen tembloroso aguardaba una respuesta entre los venenos. Y finalmente un mensaje pasó de una insensata boca seca a otra insensata boca seca, a través de la obsidiana, con algo parecido a una respuesta a través de los siglos cristalizados.

-...y todos nuestros ulcerados secretos, ¿por qué has de compartirlos tú, sucia espía con barro en la cabeza, por qué presumirás de compartir lo poco que aquí tenemos, destituidos y lejos del sol? Se ha perdido lo que antes fue conocimiento; ha goteado del fondo del cubo, a pesar de todo lo que se había prometido, y no comprenderías lo que queda, no comprenderías nada, puta, nada comprenderías excepto el estertor final del corazón que se apaga a pesar de tantas pretensiones, y

Wutra qué importa si no ayudó a nuestros distantes fessupos cuando vivían. En los días del viejo frío de hierro, de la oscuridad, salieron los blancos phagors y atacaron la ciudad como un huracán esclavizando a los humanos, que adoraron a los nuevos amos con el nombre de Wutra, porque los dioses de los vientos glaciales imperaban...

-¡Basta, basta, no quiero oír más! -exclamó el alma, abrumada.

Pero la maligna ráfaga continuó soplando sobre ella.

-Tú has preguntado, has preguntado y no puedes soportar la verdad, alma humana, ya verás cuando vengas aquí. Para cumplir tu deseo de inútil sabiduría has de viajar lejos a la remota Sibornal y buscar allí la gran rueda, allí donde todo se hace y se sabe y donde todas las cosas se comprenden, como corresponde a la vida del otro lado de la amarga amarga tumba; pero bien, no, no te hará ningún bien, reseca y fracasada hija de los muertos, atisbar lo que es real o verdadero o probado, o testamento del tiempo, o aun al mismo Wutra... Sólo hay esta prisión donde nos encontramos todos sin motivo...

El alma, espantada, izó las velas y flotó hacia arriba a través de la siniestra mansión, a través de hileras e hileras de bocas que gritaban.

La palabra, la venenosa palabra, venía de los remotos fessupos. La meta era Sibornal y una gran rueda. Los fessupos eran embusteros, y una infinita furia los llevaba a una infinita maldad; pero sus poderes en ese sentido eran limitados. Parecía verdad que Wutra no sólo había abandonado a los vivos, sino también a los muertos.

El alma huyó angustiada, descubriendo, muy arriba, un lecho donde yacía un cuerpo descolorido e inmóvil.

Sobre la tierra, los procesos de cambio, los interminables períodos de cataclismos, se manifestaban a través de todas las criaturas vivas: los animales, los hombres y los phagors.

Los habitantes de Sibornal se movían todavía desde el continente del norte hacia el sur, por el traicionero istmo de Chalce, impulsados por un clima que mejoraba de vez en cuando, buscando tierras más hospitalarias. Los habitantes de Pannoval se expandían hacia el norte por las grandes llanuras. La gente empezaba a surgir en todas partes, en mil hábitats favorecidos. Al sur del continente de Campannlat, en las fortalezas costeras corno Ottatsol, la población se multiplicaba y engordaba merced a la abundancia del mar.

En esa reserva de vida, el mar, muchas cosas se movían. Seres sin rostro y de forma humana trepaban a la costa o eran arrastrados tierra adentro por las tormentas.

También los phagors. Amantes del frío, también ellos eran impulsados por el cambio y buscaban nuevos hábitats a lo largo de las octavas de aire propicias. En los tres inmensos continentes de Heliconia, los phagors se agitaban, se reproducían y combatían contra los Hijos de Freyr.

La cruzada del joven kzahhn de Hrastyprt, Hrr-Brahl Yprt, descendía lentamente de los altos desfiladeros de Nktryhk y atravesaba las montañas obedeciendo siempre a las octavas de aire. El kzahhn y sus asesores sabían que Freyr prevalecía poco a poco sobre Batalix, y que por lo tanto trabajaba contra ellos; pero ese conocimiento no hacía más rápida la marcha. Con frecuencia se detenían a atacar a los pueblos protognósticos que cruzaban humildemente descalzos los campos nevados, o a los miembros de su propia especie que les parecían hostiles. No tenían en los pálidos guarneses ninguna sensación de urgencia; sólo la de destino.

Hrr-Brahl Yprt montaba en Rukk-Ggrl, y llevaba el ave vaquera casi siempre posada sobre el hombro. A veces e! ave aleteaba por encima de la compañía, y miraba con ojos vidriosos la larga procesión de estalones y de gillotas, la mayoría a pie, que se extendía hasta los desfiladeros de las tierras más altas. Zzhrrk volaba sobre la corriente ascendente y podía así mantenerse directamente encima de su amo durante horas, con las alas desplegadas, moviendo sólo la cabeza de un lado a otro, alerta a las otras aves vaqueras que planeaban cerca.

Había pequeños grupos de pueblos protognósticos, en general madis, que intentaban llevar sus cabras hasta el próximo espino o arbusto de los hielos, y veían desde muy lejos las aves blancas. Gritaban y señalaban. Todos sabían qué significaban las distantes aves vaqueras. Y escapaban mientras era posible de la muerte o la cautividad. Y la insignificante garrapata que vivía en los phagors, hundida entre el pelaje, y que era un delicioso alimento para las aves vaqueras, fue sin

saberlo el instrumento que salvó las vidas de muchos protognósticos.

También los madis tenían parásitos. Temían el agua; y los excrementos de cabra que se aplicaban a los cuerpos escuálidos aumentaban las llagas, en lugar de aliviarlas; pero estos insectos no desempeñaban un papel importante en la historia.

El orgulloso Hrr-Brahl Yprt, con el largo cráneo adornado por una corona, alzó la vista a la mascota que volaba muy alto y luego miró nuevamente al frente, atento a los peligros posibles. Vio los tres puños del mundo en su guarnés, y el lugar adonde llegarían por fin, donde vivían los Hijos de Freyr que habían matado al abuelo, el gran kzahhn Hrr-Tryhk Hrast. El abuelo había dedicado su vida a despachar enemigos en incontables cantidades. Asesinado por los Hijos en Embruddock, había perdido la posibilidad de entrar en brida, y así había sido destruido para siempre. El joven kzahhn admitía que no habían sido bastante activos en la matanza de Hijos de Freyr, entregándose con indulgencia a las majestuosas tormentas de nieve del Alto Nktryhk, para las que tan apropiada era la sangre amarilla.

Ahora se haría una reparación. Antes de que Freyr adquiriera demasiada fuerza, los Hijos de Freyr de Embruddock serían eliminados. Y él mismo podría desvanecerse en la paz eterna del estado de brida sin manchas en la conciencia.

Apenas estuvo bastante fuerte, Shay Tal se apoyó sobre el hombro de Vry y siguió el sendero que llevaba al viejo templo.

Las puertas habían sido reemplazadas por una cerca. En el oscuro interior, chillaban y se movían las cerdas. Aoz Roon había cumplido su palabra.

Las mujeres se abrieron paso entre los animales, y se detuvieron en el centro del espacio fangoso. Shay Tal miró la gran efigie de Wutra, de pelo blanco, rostro animal y largos cuernos.

-Entonces es verdad -dijo en voz baja-. Los fessupos no han mentido, Vry. Wutra es un phagor. La humanidad ha adorado a un phagor. Nuestra oscuridad es mucho mayor de lo que suponíamos.

Pero Vry miraba con esperanza las estrellas pintadas.

DENTRO Y FUERA DE UNA PIEL DE MIELA

Las encantadas soledades empezaron a demarcar las costas de los ríos con árboles de gruesos troncos. Nieblas y neblinas se elevaban de los arroyos nuevos.

El gran continente de Campannlat tenía unos veintidós mil kilómetros de largo por ocho mil de ancho. Ocupaba la mayor parte de la zona tropical en todo un hemisferio del planeta Heliconia. Había en él dramáticos extremos de temperatura, profundidad, altura, calma y tempestad. Y ahora despertaba a la vida.

Un proceso de edades llevaba al continente, grano por grano, montaña a montaña, hacia los turbios mares que le ceñían las costas. Una tendencia similar, igualmente despiadada y de largo alcance, aumentaba los niveles de energía. El cambio del clima aceleraba el metabolismo y el fermento de los dos soles estallaba en las venas del mundo: temblores, hundimientos, erupciones volcánicas, fumarolas, inmensas supuraciones de lava. La cama del gigante crujía.

Estas tensiones hipogeas operaban también en la superficie planetaria, donde de los viejos mantos helados brotaban tapices de color y altas lanzas verdes antes de que los últimos restos de nieve se pudrieran en el suelo, tan apremiante era la llamada de Freyr, Pero las semillas habían estado esperando ese momento ventajoso. La flor respondía a la estrella.

Después de la flor, nuevamente la semilla. Pero esas semillas suplían los requisitos energéticos de los nuevos animales que corrían por las nuevas praderas. También los animales habían estado esperando ese momento. Las especies proliferaban. Los estados cristalinos de cataplexia se desvanecían con rapidez. La muda dejaba montones de pelaje invernal desechado, que las aves utilizaban inmediatamente en los nidos, al tiempo que el estiércol proveía de alimentos a los insectos.

En las largas nieblas pululaban unos pájaros veloces.

Una multitudinaria vida alada centelleaba como joyas sobre lo que un momento antes había sido sólo un glaciar estéril. En una tormenta de vida, los mamíferos se precipitaban a galope tendido hacia el verano.

Los múltiples cambios terrestres que seguían al inexorable cambio astronómico eran tan complejos que ningún hombre o mujer podía comprenderlos. Pero el espíritu humano respondía ante ellos. Los ojos se abrían y volvían a ver. En todo Campannlat, en la savia de los abrazos humanos había una nueva pasión.

La gente era más sana, y sin embargo las enfermedades se difundían. Las cosas mejoraban, y sin embargo empeoraban. Más gente moría, y sin embargo más gente vivía. Había más comida, pero más gente hambrienta. La causa de todas estas contradicciones estaba en el exterior. Freyr llamaba, y hasta los sordos respondían.

El eclipse anticipado por Vry y Oyre ocurrió pronto. Para ellas, que lo esperaban, fue motivo de satisfacción, pero la mayoría se alarmó. Ambas pudieron ver cómo se espantaban los no iniciados. Aun Shay Tal cerró los ojos y se echó en la cama. Los osados cazadores no se movieron de la aldea. Los ancianos tuvieron síncopes.

Sin embargo, el eclipse no fue total.

La lenta erosión del disco de Freyr comenzó muy temprano, por la tarde. Quizá lo más inquietante era la duración de todo el asunto. Hora tras hora, la erosión de Freyr aumentaba. Cuando los soles se pusieron, estaban aún entrelazados. No había ninguna garantía de que volvieran a aparecer, o de que aparecieran enteros. La mayor parte de la población salió al campo para contemplar ese crepúsculo sin precedentes. En un silencio de ceniza, los mutilados centinelas se hundieron en el horizonte.

-¡Es la muerte del mundo! -gritó un mercader-. ¡Mañana volverá el hielo!

Mientras descendía la oscuridad, estalló el tumulto. La gente corría enloquecida, llevando antorchas. Un edificio nuevo de madera fue incendiado.

Sólo la intervención inmediata de Aoz Roon, Eline Tal y algunos amigos de brazos poderosos impidió la generalización de la locura. Un hombre murió en el incendio y el edificio se perdió, pero el resto de la noche fue tranquilo. A la mañana siguiente apareció Batalix, como de costumbre, y Freyr, entero. Todo estaba bien; pero los gansos de Embruddock no pusieron huevos durante una semana.

-¿Qué ocurrirá el año próximo? -se preguntaron mutuamente Oyre y Vry. Al margen de Shay Tal, empezaron a trabajar con seriedad en el problema.

En la Estación Observadora Terrestre, los eclipses eran meramente una parte del modelo determinado por la intersección de las eclípticas de la Estrella A y la Estrella B, que se cortaban en un ángulo de diez grados. Las intersecciones ocurrían 644 y 1.428 años terrestres después del apastrón (453 y 1.005 en años heliconianos). A ambos lados de las intersecciones había eclipses anuales; en el caso del año 453, una imponente exhibición de veinte eclipses.

El eclipse parcial de 632, heraldo de la serie de veinte, fue contemplado por los investigadores de la Estación Observadora con decoroso desapego científico. Los rudos seres que se movían por las callejuelas de Embruddock merecieron la compasiva sonrisa de los dioses que volaban a gran altura.

Después de las nieblas, después del eclipse, inundaciones. ¿Cuál era la causa, cuál el efecto? Nadie que vadeara el fango residual podía saberlo. Los rebaños de ciervos abandonaron las tierras al este de Oldorando, hasta la Laguna del Pez y más allá, y el alimento escaseaba. El crecido Voral era una barrera hacia el oeste, donde se veía abundante vida animal.

Aoz Roon demostró que era apto para el mando. Hizo las paces con Laintal Ay y con, y con ayuda de ellos indujo a los ciudadanos a construir un puente sobre el río.

Jamás, en la memoria de los vivos, se había intentado un proyecto semejante. La madera escaseaba y era preciso cortar un rajabaral entero en trozos adecuados. La corporación de los herreros fabricó dos largas sierras con las que derribaron un árbol conveniente. Se levantó un taller temporario entre la casa de las mujeres y el río. Las dos barcas robadas a los merodeadores de Borlíen fueron cuidadosamente desmanteladas para construir parte de la superestructura. El rajabaral

Librodot

se convirtió en una selva de tablas, postes, cuñas y listones. Durante semanas todo el lugar pareció un aserradero; virutas rizadas flotaban río abajo entre los gansos; Oldorando estaba cubierta de aserrín y los dedos de los trabajadores atravesados de astillas. Con gran dificultad se transportaban y hundían en el lecho del río unos enormes pilotes. Los esclavos estaban metidos hasta el cuello en el agua, atados unos a otros para mayor seguridad; asombrosamente, no se perdió ninguna vida.

El puente crecía poco a poco, mientras Aoz Roon alentaba a todo el mundo. La primera hilera de pilares fue arrastrada por una tormenta. El trabajo recomenzó, juntando madera con madera. Las malignas cabezas de los martillos pilones describían un arco en el cielo y caían con estrépito sobre grandes cuñas de madera, ablandándoles la parte superior con golpes repetidos. Una estrecha plataforma emergió del agua; parecía segura. La figura de Aoz Roon, envuelto en pieles de oso, dominaba la operación con un látigo o un martillo en la mano, agitando los brazos, alentando o maldiciendo, siempre activo. Mucho más tarde todos lo recordaban mientras bebían rathel, y decían con admiración: «Era un demonio». La obra adelantaba. Los trabajadores aplaudían. Por fin un puente de cuatro tablones de ancho y una barandilla atravesó las aguas oscuras del Voral. Muchas mujeres se negaron a cruzarlo; les disgustaba vislumbrar la rápida corriente por los huecos entre las tablas, oír el eterno gorgoteo contra los pilares. Pero se había conquistado el acceso a las llanuras del oeste. Allí abundaba la caza, y no pasarían hambre. Aoz Roon tenía motivos para estar satisfecho.

Con la llegada del verano, Freyr y Batalix se separaron; salían y se ponían a horas diferentes. El día casi nunca era brillante, ni la noche completamente oscura. En esa mayor cantidad de horas diurnas, todo crecía.

También la academia creció durante un tiempo. En el heroico período de la construcción del puente, todos trabajaron juntos. La escasez de carne acrecentó la importancia de los cereales. El puñado de semillas que Laintal Ay había dado a Shay Tal se convirtió en campos de cultivo donde la cebada, la avena y el centeno crecían en abundancia, defendidos de los merodeadores y considerados como una preciosa posesión de la tribu den.

Ahora que varias mujeres sabían contar y escribir, el grano cosechado se pesaba, guardaba y distribuía equitativamente. Se anotaban también los productos de la caza y la pesca, así como cada ganso y cada cerdo. La agricultura y la contabilidad trajeron sus propias compensaciones. Todo el mundo estaba atareado.

Vry y Oyre estaban a cargo de los campos de cereal y de los esclavos que allí trabajaban. Desde el campo podían ver la gran torre a lo lejos, sobre las espigas ondulantes, con un centinela montando guardia. Estudiaban siempre las constelaciones, y habían completado el mapa estelar todo lo posible. Las estrellas aparecían con frecuencia mientras hablaban paseando entre la hierba.

-Las estrellas están siempre en movimiento, como peces en un lago claro -dijo Vry-. Todos los peces giran a la vez. Pero las estrellas no son peces. Me pregunto qué son y en qué nadan.

Oyre alzó un tallo hasta la nariz que Laintal Ay admiraba tanto y cerró primero un ojo, luego el otro.

-El tallo parece moverse a la derecha y a la izquierda, y sé que no se ha movido. Quizá las estrellas estén quietas y seamos nosotros quienes nos movemos...

Vry escuchó y calló. Luego dijo en voz baja: -Oyre, querida, tal vez sea precisamente así. Quizá sea la tierra la que se mueve todo el tiempo. Pero entonces...

-¿Qué ocurre con los centinelas?

-Pues lo mismo: ellos tampoco se mueven... Sin duda es así, giramos y giramos como un remolino. Y los centinelas están muy lejos, como las estrellas...

-Pero se acercan, Vry, porque hace más calor...

Se miraron con las cejas levemente alzadas, respirando levemente. La belleza y la inteligencia fluían en ellas.

Los cazadores, que ahora cruzaban el puente y frecuentaban las tierras occidentales, pensaban poco en el cielo que giraba. Las llanuras estaban abiertas a cualquier posible depredación. El verde crecía en todas partes, crujía bajo los pies que corrían, o bajo los cuerpos tendidos en el suelo. Las flores estallaban. Enjambres de insectos volaban torpemente entre pétalos pálidos. En las cercanías abundaba la caza, que era abatida y arrastrada al poblado, manchando el puente nuevo con sangre

oscura.

Con el crecimiento de la reputación de Aoz Roon, la de Shay Tal pasó por un eclipse. La participación de las mujeres en el trabajo, primero en el puente, luego en la agricultura, debilitó el dominio de Shay Tal sobre la vida intelectual de la aldea. Esto no parecía molestarla; desde que retornara del mundo inferior, rehuía cada vez más a la gente. Evitaba a Aoz Roon, y la figura desvaída se veía con menor frecuencia en los senderos. Sólo su amistad con el viejo maestro Datnil prosperaba.

Aunque el maestro Datnil no le había permitido echar más que una breve ojeada al libro secreto de la corporación, la mente del anciano vagaba frecuentemente hacia el pasado. Ella se contentaba con seguir el hilo de sus reminiscencias, y hablaban de gente y nombres olvidados; no era muy distinto, pensaba Shay Tal, de una visita a los fessupos. Lo que ella encontraba oscuro, tenía luminosidad para él.

-Según entiendo, Embruddock era antes más grande que ahora. Y luego hubo una catástrofe, como sabes... Había entonces una corporación de albañiles, pero hace siglos que desapareció. El maestro de esa corporación era particularmente respetado.

Shay Tal había observado antes ese hábito enternecedor de hablar como si él mismo hubiese estado presente en lo que contaba. Le parecía que él recordaba algo que había leído en el libro secreto.

-¿Cómo se hicieron tantos edificios de piedra? -preguntó-. Ya sabemos lo que cuesta trabajar la madera.

Se encontraban en la oscura habitación del maestro. Shay Tal estaba en cuclillas, sobre el suelo. A causa de los años, el maestro Datnil estaba sentado en una piedra apoyada contra la pared, para poder incorporarse con facilidad. Su anciana mujer y el oficial mayor, Raynil Layan -un hombre maduro, de barba bifurcada y maneras untuosas-, entraban, y salían; en consecuencia el abuelo hablaba con circunspección.

Respondió a la pregunta de Shay Tal diciendo: -Salgamos a dar unos pasos al sol, madre Shay. El calor es bueno para mis huesos.

Afuera, tomados del brazo, siguieron el sendero invadido por cerdos de rizado pelaje. No había nadie cerca, porque los cazadores estaban en las praderas del oeste y muchas mujeres en la campiña, acompañadas por los esclavos. Perros sarnosos dormían a la luz de Freyr.

-Los cazadores pasan mucho tiempo afuera -dijo el maestro Datnil- y entretanto las mujeres se comportan mal. Nuestros esclavos de Borlien cosechan mujeres tanto como espigas. No sé qué ocurre en el mundo.

-La gente copula corno animales. El frío para el intelecto, el calor para la sensualidad. -Shay Tal alzó la mirada hacia unos pájaros que se lanzaban a los huecos entre las piedras de las torres, llevando insectos a los polluelos.

El anciano le dio unas palmadas en el brazo y le miró la cara consumida.

-No te desanimes. Tienes tu sueño de ir a Sibornal. Todos hemos de tener algo.

-¿Algo? ¿Qué? -Shay Tal frunció el ceño.

-Algo en qué apoyarnos. Una visión, una esperanza, un sueño. No sólo vivimos de pan, ni siquiera los peores. Siempre hay alguna suerte de vida interior... Eso es lo que sobrevive cuando nos convertimos en coruscos.

-La vida interior... no puede morir de hambre, ¿verdad?

Ambos se detuvieron junto a la torre de techo de hierba. Miraron los bloques de piedra de la torre. A pesar del tiempo, se conservaban bien. El perfecto ajuste de los sillares suscitaba preguntas sin respuesta. ¿Cómo se hacía para extraer y cortar la piedra? ¿Cómo había sido posible construir una torre capaz de sostenerse nueve siglos?

Las abejas les zumbaban entre las piernas. Una bandada de grandes aves cruzó el cielo y desapareció detrás de una torre. Shay Tal sintió la urgencia del día y deseó confundirse con algo grande, que lo abarcara todo.

-Tal vez podríamos hacer una pequeña torre de barro. El barro se seca y queda fuerte. Primero una pequeña torre. La piedra más tarde. Aoz Roon tendría que levantar murallas de barro alrededor de

Oldorando. En este momento, la aldea está virtualmente desguarnecida. Todo el mundo está afuera. ¿Quién tocará el cuerno de alarma? Podemos ser atacados por toda clase de agresores, humanos e inhumanos.

-Leí una vez que un hombre cultivado de mi corporación hizo un modelo del mundo en forma de globo. Era posible hacerlo girar y que mostrase dónde estaban las tierras... Dónde Embruddock, y dónde Sibornal, y así sucesivamente. Estaba guardado en la pirámide, con muchas otras cosas.-El Rey Denniss temía otras cosas además del frío. Temía a los invasores. Maestro Datnil, durante largo tiempo he guardado silencio acerca de mis pensamientos secretos. Pero me atormentan y tengo que hablar... He sabido por mis fessupos que Embruddock -se interrumpió, consciente de la gravedad de lo que iba a decir, antes de completar la frase- fue gobernada en un tiempo por los phagors.

Después de un momento, el anciano dijo en tono ligero: -Ya basta de sol. Volvamos a casa.

Mientras subían a la habitación, él se detuvo en el tercer piso de la torre. Era la sala de reuniones de la corporación, y olía fuertemente a cuero. Escuchó. Todo estaba en silencio.

-Quería asegurarme de que mi primer oficial había salido. Ven aquí.

Junto al rellano había una habitación pequeña. El maestro Datnil sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, mirando ansiosamente una vez más alrededor. Sorprendió la mirada de Shay Tal y agregó: -No quiero que nadie nos interrumpa. Compartir los secretos de nuestra corporación, como pienso hacer, está penado con la muerte. Puedo ser viejo, pero no quiero renunciar a los últimos años de mi vida.

Ella miró en tomo mientras entraba en un pequeño cuarto contiguo a la sala de reuniones. Ninguno de ellos vio a Raynil Layan, el oficial mayor de la corporación que heredaría el manto del maestro Datnil cuando el anciano se retirara. Estaba en las sombras, detrás del poste que sostenía la escalera de madera. Raynil Layan era un hombre prudente y preciso, de maneras siempre circunspectas; en ese momento estaba absolutamente rígido, sin respirar ni moverse más que el poste que lo ocultaba.

Cuando el maestro y Shay Tal entraron y cerraron la puerta, el corpulento Raynil Layan se movió con vivacidad y paso ligero. Aplicó un ojo a una hendidura entre dos maderas que él mismo había abierto tiempo atrás para observar mejor los movimientos del hombre a quien un día suplantaría. Con la cara deformada por los considerables tirones que daba a su barba ahorquillada -un hábito nervioso que sus enemigos remedaban -, vio cómo Datnil Skar sacaba de la caja el registro secreto de la corporación de curtidores. El anciano lo abrió ante la mirada de la mujer. Cuando Aoz Roon lo supiera, sería el fin del viejo maestro, y el comienzo del imperio del nuevo. Raynil Layan descendió lentamente los escalones, con tranquila deliberación, uno a uno.

Con un dedo tembloroso, el maestro Datnil señaló un blanco en las páginas del enmohecido volumen.

-Este es un secreto que ha pesado sobre mí durante muchos años, madre, y espero que tus hombros no sean demasiado débiles para él. En el momento más frío y oscuro de una antigua época, Embruddock fue asaltada por los malditos phagors. El nombre mismo es la corrupción del nombre phagor: Hrrm-Bhhrd Ydohk... Nuestra corporación se refugió en las cavernas, en el desierto, pero los hombres y las mujeres fueron retenidos aquí. Nuestra especie vivía en esclavitud, y los phagors reinaban... ¿No es un terrible infortunio?

Shay Tal pensó en el dios phagor Wutra, representado en el templo.

-Un infortunio que aún no ha concluido. Antes nos gobernaban -dijo- y ahora son todavía adorados. ¿No nos convierte eso en una raza de esclavos hasta el día de hoy?

Una mosca con placas verdes, de una especie que sólo había aparecido recientemente, zumbó desde un rincón polvoriento y se posó en el libro.

El maestro Datnil miró a Shay Tal con súbito temor.

-Tenía que haber resistido la tentación de mostrártelo. No tenía por qué hacerlo. -Parecía demacrado.- Wutra me castigará.

-¿Crees en Wutra a pesar de las pruebas?

E! anciano temblaba, como si hubiese oído afuera el paso del destino.

-Está en todas partes... Somos sus esclavos... Trató de matar la mosca verde, que lo esquivó

mientras iniciaba una espiral hacia alguna meta distante.

Los cazadores contemplaban a los mielas con asombro profesional. De toda la vida que había invadido las praderas del oeste, el deportivo miela era la criatura que mejor representaba el nuevo espíritu. Más allá de la ciudad estaba el puente, y más allá del puente, los mielas.

Freyr había sacado a los vidriados de una larga hibernación. La señal había pasado del sol a la glándula: con los eddres llenos de vida, los vidriados se estiraron y volvieron a vivir, salieron de las oscuras y cómodas madrigueras para lanzarse a la exuberancia del movimiento, para alegrarse y ser mielas. Manadas y manadas de mielas, ligeros como la brisa, rayados, sin cuernos, similares a asnos o pequeños kaidaws, que galopaban, brincaban, pastaban y se hundían entre los deliciosos pastos hasta el corvejón. Y podían superar a casi cualquier otra cosa que corriera.

Los mielas tenían franjas horizontales de dos colores, desde el morro hasta la cola. Esas franjas podían ser rojo y negro, o rojo y amarillo, o negro y amarillo, o verde y amarillo, o verde y rojo, o verde y celeste, o celeste y blanco, o blanco y cereza, o cereza y rojo. Cuando las manadas se echaban descuidadamente a descansar, y los mielas se estiraban como gatos, con las patas extendidas, se confundían con el paisaje, que también había adoptado una nueva apariencia para la nueva estación. Así como los mielas habían emergido del estado de vidriados, la «llanura estremecida de flores» había pasado de la canción a la realidad.

Al principio, los mielas no temían a los cazadores.

Galopaban entre los hombres resoplando jubilosamente, con la crin al viento y la cabeza en alto, y mostraban los grandes dientes enrojecidos por la verónica, la raiga y el dogotordo escarlata. Los cazadores estaban perplejos, entre el regocijo y la pasión de la cacería, y reían viendo a esas bestias ágiles cuyas grupas relumbraban cuando las tocaban los rayos de los centinelas. Esos animales traían la madrugada a las llanuras. En el encanto del primer encuentro, parecía imposible matarlas.

De repente ventoseaban y volaban como la brisa, atronando el campo entre los fútiles campanarios pardos que las hormigas elevaban en todas partes; giraban, miraban con malicia hacia atrás, agitaban las crines, relinchaban, y con frecuencia se lanzaban contra los hombres para prolongar el juego. O también, cuando se cansaban de esto, y de pastar con los suaves hocicos entre la hierba, los potros montaban a las potrancas, arrollándolas alborozados entre las altas flores blancas circundantes. Con una nota aguda como la de la paloma torcaz, semejante a una risa, hundían los prodos rayados en los complacientes quemes de las yeguas, y luego se apartaban, pavoneándose, goteando ante el aplauso de los cazadores.

Este desenfado tenía efectos sobre los hombres. Ya no parecían querer regresar a las habitaciones de piedra. Después de derribar a un animal, se demoraban de buena gana junto al fuego en que se asaba, hablando de mujeres y proezas, cantando, aspirando el aroma de la salvia, el dogotordo y el escantion, que florecían, y que exhalaban placenteras fragancias aplastados por los cuerpos.

Vivían, en general, en armonía. Cuando apareció Raynil Layan -era inusitado ver en los terrenos de caza a los hombres de las corporaciones- ese buen ánimo se interrumpió por un rato. Aoz Roon se alejó de los demás y habló con Raynil Layan, con la cara vuelta hacia el lejano horizonte. Volvió con expresión sombría y no quiso decir a Laintal Ay ni a de qué se había hablado.

Cuando la falsa noche caía sobre Oldorando, y uno u otro de los centinelas esparcía sus cenizas sobre el cielo occidental, los mielas venteaban un peligro conocido. Abrían los ollares en el aire sonrojado, atentos a los lenguas de sable.

También estos enemigos exhibían brillantes colores. Los lenguas de sable eran rayados como sus víctimas, siempre de negro y otro color, un color sangriento, generalmente rojo o castaño rojizo. Los lenguas de sable se parecían mucho a los mielas, aunque las patas eran más gruesas y cortas y las cabezas redondas, rasgo que la falta de orejas acentuaba. De la cabeza, instalada sobre un macizo cuello, brotaba el arma principal de la especie: rápido para la persecución en distancias cortas, el lengua de sable podía proyectar desde la garganta una lengua afilada, capaz de cortar la pata de un miela a la carrera.

Después de haberlas visto en acción, los cazadores se mantenían alejados de estas bestias. Por otra parte, los lenguas de sable no se mostraban agresivos ni temerosos en presencia del hombre. La humanidad no figuraba en el menú de los lenguas de sable, ni viceversa.

Aparentemente, el fuego los atraía. Los lenguas de sable desarrollaron el hábito de acercarse a las hogueras de los campamentos, en parejas, y sentarse o echarse ante el fuego. Se lamían mutuamente con las afiladas lenguas y comían los trozos de carne que los hombres les arrojaban. Sin embargo, no se dejaban tocar, y se apartaban gruñendo de cualquier mano cautelosamente extendida. Ese gruñido era suficiente advertencia para los cazadores. Habían visto los daños que podía causar esa terrible lengua cuando se usaba con furia.

Matas de espino y de dogotordo florecían en el paisaje. Los hombres dormían bajo las ramas pesadas. Estaban rodeados de vegetación y de empalagosos aromas, y de unas flores que nadie había visto ni olido antes, excepto los antiguos fessupos. En los matorrales había colmenas de abejas, algunas llenas de miel. De la miel fermentada hacían el bitel. Esa bebida viscosa emborrachaba a los hombres, que se perseguían unos a otros sobre la hierba, riendo, gritando, luchando, hasta que los curiosos mielas se acercaban para ver dónde estaba la diversión. Tampoco los mielas permitían que los hombres los tocaran, aunque lo intentaban muchos, ebrios de bitel, corriendo tras los animales retozones, hasta que se caían y se quedaban dormidos en donde estaban.

En los viejos tiempos, la vuelta al hogar era la coronación del placer de la caza. El reto de los helados glaciares concluía con la calidez y el sueño. Todo esto había cambiado. La cacería se había convertido en un juego. Ya no era preciso el esfuerzo de los músculos, y hacía calor en las praderas en flor.

Oldorando era también menos atractiva para los cazadores. La aldea era más populosa porque más niños sobrevivían a los azares del primer año de vida. Los hombres preferían reunirse a beber bitel amistosamente, evitando las quejas con las que a veces eran recibidos.

Por eso, ya no regresaban en un solo y ruidoso grupo, como antes, sino que se deslizaban a sus hogares de dos en dos, o de tres en tres, más discretamente.

Esta nueva clase de retorno implicaba una excitación antes desconocida, al menos en lo que concernía a las mujeres; porque si los hombres eran ahora más irresponsables, las mujeres eran más vanidosas.

-¿Qué me has traído?

Este, con variaciones, era el saludo corriente cuando las mujeres acudían con sus niños a recibir a los hombres. Iban hasta el puente nuevo y aguardaban allí, en la costa este del Voral, mientras los niños arrojaban piedras a los patos y los gansos, y esperaban impacientes a que los hombres regresaran con carne y con pieles.

La carne era una necesidad indispensable, y de nada servía un cazador que regresara sin ella.

Pero lo que excitaba un frenesí de júbilo en los corazones de las mujeres eran las pieles, las brillantes pieles de miela. Nunca habían imaginado anteriormente, en sus empobrecidas vidas, la posibilidad de cambiar de ropas. Nunca como ahora habían tenido tanto trabajo los curtidores. Nunca, antes, los hombres habían cazado si no era buscando alimento. Todas las mujeres deseaban tener una piel de miela, y mejor más de una, y también vestir con ellas a los hijos.

Competían entre sí por la belleza de las pieles. Azules, magenta, cereza, aguamarina. Chantajeaban a los hombres de un modo que a ellos no les desagradaba. Se adornaban, se pintaban los labios, se exhibían. Se arreglaban el pelo. Incluso empezaron a lavarse.

Correctamente usadas, con aquellas rayas eléctricas verticales, las pieles de miela hacían elegantes incluso a las mujeres gruesas. Era preciso que estuvieran bien cortadas. Una nueva profesión prosperó en Oldorando: la de sastre. Así como las flores mostraban campanas, espigas y rostros en las calles, entre las viejas torres, y mientras las enredaderas trepaban a las gastadas piedras, así las mujeres empezaron a parecerse a las flores. Vestían telas de colores brillantes, que sus madres jamás habían visto.

Y poco más tarde, en defensa propia, los hombres también se despojaron de las viejas y pesadas pieles y empezaron a usar las de miela.

Los días eran serenos y amenazadores, y las copas chatas de los rajabarales humeaban en el aire tranquilo.

Oldorando estaba en silencio bajo los altos cúmulos. Los cazadores habían salido. Shay Tal escribía sola en su habitación. No le preocupaba su propio aspecto, y continuaba llevando las píeles

Librodot

viejas mal cortadas. Tenía aún en la mente las voces roncas de los fessupos y de los coruscos de la familia. Aún soñaba con la perfección y con un viaje.

Cuando Vry y Amin Lim descendieron de la habitación superior, Shay Tal alzó vivamente la vista y dijo:

-Vry, ¿qué pensarías de un globo como modelo del mundo?

Vry respondió: -Tendría bastante sentido. Un globo gira con facilidad en todas direcciones, y las estrellas vagabundas son redondas. Así que quizá nosotros también seamos así.

-¿Y un disco, una rueda? Nos han enseñado que la roca original descansa sobre un disco.

-Mucho de los que nos han enseñado es incorrecto. Tú nos has dicho eso, madre -dijo Vry-. Yo pienso que el mundo gira alrededor de los centinelas. Shay Tal las miró un rato. La inspección las puso incómodas. Habían abandonado las viejas pieles y usaban brillantes trajes de miela. Franjas de color gris y cereza recorrían el cuerpo de Vry. Las orejas del animal le adornaban los hombros. A pesar de que Aoz Roon amenazaba en la academia con nuevas restricciones, le había regalado las pieles. Vry caminaba con paso más seguro; había ganado encanto.

De repente, el temperamento de Shay Tal estalló.

-Os estáis burlando de mí, par de necias, mozuelas estúpidas. No me digáis que no. Yo sé qué hay debajo de ese aire de docilidad. Mirad cómo vais vestidas... No estamos llegando a nada con nuestros conocimientos, no vamos a ninguna parte. Todo parece traer nuevas dificultades. Tendré que ir a Sibornal, para encontrar la gran rueda de que hablan los coruscos. Quizá esté allí la certeza, la verdadera libertad. Aquí sólo hay la maldición de la ignorancia... Y de todos modos, ¿adonde vais?

Amin Lim abrió las manos como para demostrar que era inocente.

-Sólo al campo, señora, a ver si hemos logrado curar el moho de la avena.

Era una muchacha gruesa, y más gruesa aún por la semilla que un hombre había plantado en ella. Permaneció en actitud implorante hasta que en la mirada de Shay Tal hubo un leve destello de asentimiento; ella y Vry casi huyeron de la opresiva habitación.

Mientras descendían los sucios escalones de piedra, Vry dijo resignada: - Rezongando de nuevo, tan regularmente como el Silbador de Horas. Realmente, algo le preocupa.

-¿Dónde está el estanque de que hablabas? No me gustaría caminar mucho en mi estado.

-Te gustará, Amin Lim. Es un poco más allá del campo del norte, e iremos despacio. Espero que Oyre ya esté allí.

El aire era tan denso que ya no transportaba la fragancia de las flores, y parecía tener un olor metálico propio. Los colores eran deslumbrantes a esa luz actínica, y los gansos lucían una blancura sobrenatural.

Pasaron entre las grandes columnas de los rajabarales. Los rígidos cilindros se adaptaban mejor a la geometría del paisaje invernal; el contraste con la vegetación creciente era excesivo.

-Hasta los rajabarales están cambiando -dijo Amin Lim-. ¿Desde cuándo echan vapor por las copas?

Vry no lo sabía ni estaba particularmente interesada. Oyre y ella habían descubierto una laguna de aguas termales de la que hasta ese momento no habían hablado a nadie. En un estrecho valle al que se accedía por el extremo opuesto de Oldorando, habían brotado unas fuentes nuevas, algunas con aguas casi hirvientes, que se precipitaban al encuentro del Voral en una nube de vapor. Y una de ellas, encerrada entre las rocas, fluía por un camino distinto, hasta formar una laguna escondida, rodeada de verdura y abierta al cielo. Era hacia esa piscina que Vry guiaba a Amin Lim.

Cuando apartaron los arbustos y vieron una figura de pie junto al agua, Amin Lim chilló y se llevó la mano a la boca.

Oyre estaba desnuda en la costa. La piel húmeda le brillaba y el agua le goteaba de los grandes pechos. Sin mostrar ninguna timidez, se volvió y saludó con excitación a sus amigas. Junto a ella estaban las pieles de miela.

-¿Por qué habéis tardado tanto? El agua está estupenda hoy.

Amin Lim permanecía inmóvil, todavía con la boca cubierta. Nunca había visto a una persona desnuda.

-No es nada -dijo Vry, riendo ante la expresión de Amin Lim-. Y el agua es una maravilla. Me

desnudaré. Mírame. Mírame si te atreves.

Corrió hasta donde estaba Oyre y empezó a quitarse la túnica de color gris y cereza. Era fácil quitarse y ponerse las pieles de miela. En un instante Vry apareció desnuda; su figura delgada contrastaba con la opulenta belleza de Oyre. Reía encantada.-Ven, Amin Lim, no tengas miedo. Un baño le hará bien al bebé.

Oyre y ella saltaron juntas al agua. El agua devoró las piernas de las mujeres, que chillaron de alegría.

Amin Lim no se movió de donde estaba, y chilló de horror.

Habían devorado un enorme banquete, comiendo frutas amargas después de los trozos de carne. Tenían las caras grasientas y brillantes.

Los cazadores estaban más gruesos que en la estación anterior. La comida era demasiado abundante. Era posible matar mielas sin necesidad de correr. Los animales seguían acercándose a retozar entre los cazadores, tocando con sus pieles de colores las pieles de los hermanos muertos.

Todavía vestido con pieles negras, Aoz Roon se había retirado a hablar con Goija Hin, el encargado de los esclavos, cuya ancha espalda era aún visible mientras se alejaba hacia las distantes torres de Oldorando. Aoz Roon regresó junto a los demás. Tomó un trozo de costilla que siseaba sobre una piedra y rodó con ella en la hierba verde. Cuajo, el enorme perro, brincaba alrededor, gruñendo, y Aoz Roon terminó por apartarlo de la carne con una rama de fragante dogotordo.

Aoz Roon dio un amistoso puntapié a Dathka.

-Esto es vida, amigo. Aprovecha y come cuanto puedas antes de que retorne el hielo. Por la roca original, no olvidaré esta estación mientras viva.

-Es magnífica. -Eso fue todo lo que Dathka respondió. Había terminado de comer, y estaba sentado con los brazos alrededor de las rodillas, mirando a los mielas; un grupo daba una rápida media vuelta entre la hierba alta, a unos trescientos metros.

-Maldición, nunca dices nada -exclamó de buen humor Aoz Roon, tirando de la carne con sus fuertes dientes-. Hablame. volvió la cabeza hasta apoyar la cara en la rodilla y dedicó a Aoz Roon una mirada conocedora.

-¿Qué pasa entre tú y Gorja Hin?

La boca de Aoz Roon se endureció.

-Es un asunto privado.

-De modo que tú tampoco hablas. -Dathka se volvió y miró nuevamente a los mielas, que se movían debajo de unos cúmulos amontonados en el horizonte del oeste. En el aire había una luz verde que borraba los colores brillantes de los mielas.

Por fin, como si pudiera sentir la negra mirada de Aoz Roon entre sus hombros, dijo, sin darse vuelta: -Estaba pensando.

Aoz Roon arrojó el hueso a Cuajo y se estiró debajo del ramaje florido.

-Pues entonces, habla. ¿Qué es eso que piensas, después de toda una vida?

-Cómo cazar vivo a un miela.

-¿Y qué tendría eso de bueno?

-No pensaba en nada bueno, no más que cuando llamaste a Nahkri al terrado de la torre.

Siguió un pesado silencio; Aoz Roon no dijo una palabra. Más tarde, cuando retumbó un trueno lejano, Eline Tal repartió un poco de bitel. Aoz Roon preguntó irritado a todo el mundo: -¿Dónde está Laintal Ay? Supongo que vagabundeando de nuevo. ¿Por qué no nos acompaña? Os estáis volviendo todos perezosos y desobedientes. Algunos se llevarán una sorpresa.

Se puso en pie y se alejó caminando pesadamente, seguido a respetuosa distancia por su perro.

Laintal Ay no estudiaba a los mielas como su silencioso amigo. Andaba detrás de otra caza.

Desde aquella noche, cuatro años antes, en que había sido testigo del asesinato del tío Nahkri, el incidente lo perseguía. Había cesado de reprochar el crimen a Aoz Roon, porque ahora comprendía mejor que el señor de Embruddock era un hombre atormentado.-Estoy segura de que se siente castigado por una maldición -le había dicho una vez Oyre a Laintal Ay.

-Se le podrían perdonar muchas cosas por el puente del oeste - respondió, pragmáticamente,

Librodot

Laintal Ay. Pero no dejaba de sentirse culpable, y cada vez hablaba menos del tema.

El vínculo que lo unía a la hermosa Oyre se había fortalecido y distorsionado aquella noche en que había bebido demasiado ratel. Había llegado al extremo de mostrarse cauteloso con ella.

Se había dicho a sí mismo, letra por letra, cuál era la dificultad: «Si he de gobernar Oldorando, como exige mi linaje, he de matar al padre de la muchacha que deseo para mí. Pero esto es imposible.»

Sin duda, Oyre comprendía también este dilema. Sin embargo, ella era la mujer de él y de nadie más. Laintal Ay habría luchado a muerte con cualquier hombre que se le hubiera acercado.

El instinto de salvaje, que preveía las emboscadas astutas y el momento de descuido anterior al desastre, le hacía ver tan claramente como a Shay Tal que Oldorando era ahora vulnerable a un ataque enemigo. En el arrobamiento del calor, nadie estaba alerta. Los guardias dormitaban en sus puestos.

Planteó el problema de la defensa a Aoz Roon, quien le dio una respuesta razonable.

Aoz Roon dijo, zanjando la cuestión, que ya nadie viajaba a gran distancia, fuera amigo o enemigo. La nieve hacía fácil que los hombres fueran adonde deseaban; ahora todo estaba cubierto de cosas verdes y las florestas se hacían más densas cada día. El tiempo de las incursiones había pasado.

Además, añadió, no había habido ataques de los phagors desde el día en que la madre Shay Tal había realizado el milagro de la Laguna del Pez. Estaban ahora más seguros que nunca. Y tendió a Laintal Ay una jarra de bitel.

Laintal Ay no quedó contento con la respuesta. El tío Nahkri se había considerado perfectamente seguro aquella noche, mientras subía los escalones de la gran torre. Dos minutos más tarde, yacía en la calle con el cuello partido.

Ese día, cuando los cazadores salieron, Laintal Ay sólo había ido hasta el puente. Allí se había vuelto, en silencio, decidido a hacer una inspección de la aldea, y a imaginar qué ocurriría en caso de un ataque inesperado.

Apenas comenzó a recorrer los alrededores, observó un leve penacho de vapor sobre el Voral. Se movía en el centro de la corriente, sin desviarse; parecía que se deslizara sobre el rápido caudal oscuro, manteniéndose, sin embargo, en el mismo sitio. De él se desprendían plumas de vapor que flotaban hacia la costa. Laintal Ay avanzó con una impresión de inquietud.

La atmósfera era más pesada. Crecían arbustos sobre elevaciones que habían sido antes edificios. Observó a través de las ramas delgadas las torres que se mantenían en píe. En cierto modo, Aoz Roon tenía razón: se había hecho más difícil acercarse a Oldorando.

Sin embargo, le venían a la mente imágenes de advertencia. Veía phagors montados en kaidaws, saltando obstáculos y cargando contra el corazón de la aldea. Veía a los cazadores regresando a sus hogares, cargados de pieles brillantes, con las cabezas embotadas por el exceso de bitel. Aún tenían tiempo de ver los hogares incendiados, las mujeres e hijos muertos, antes de sucumbir también ellos bajo los cascos salvajes.

Se abrió paso entre los espinosos arbustos.

¡Cómo cabalgaban los phagors! ¿Qué podía ser más maravilloso que montar un kaidaw, dominarlo, compartir su poder, ser una misma cosa con su movimiento? Estas bestias feroces sólo se dejaban montar por un phagor; al menos, eso decía la leyenda, y él jamás había oído hablar de un hombre que montara un kaidaw. Se mareaba sólo de pensarlo. Los hombres iban a pie... pero un hombre montado en un kaidaw superaría a un phagor montado en un kaidaw.

Medio escondido entre los arbustos pudo ver la puerta norte, abierta y sin defensa. Sobre la puerta había dos pájaros que cantaban. Se preguntó si habrían destinado un guardia allí, o si el hombre habría abandonado el puesto. El silencio parecía resonar en el aire pesado.

Una figura que avanzaba con paso vacilante entró en el campo visual de Laintal Ay. Reconoció en seguida al encargado de los esclavos, Goija Hin. Detrás de él iba Myk, sujeto por una cuerda.

-Te gustará el trabajo de esta tarde -oyó decir al encargado de esclavos. Este se detuvo después de atravesar la puerta y ató el phagor a un árbol pequeño. El phagor tenía los pies encadenados. Goija Hin dio a Myk una palmada casi afectuosa.

Myk miró con aprensión a Goija Hin.

-Myk puede sentarse un rato al sol.

-Sentarse no. De pie, Myk; haz lo que se te dice o ya sabes lo que pasará. Haremos exactamente lo que ha dicho Aoz Roon, o los dos tendremos dificultades.

El viejo phagor gruñó.

-Las dificultades están todo alrededor en las octavas de aire. ¿Qué son los Hijos de Freyr sino dificultades?

-Basta de eso o te arrancaré la piel maloliente -dijo Goija Hin sin maldad-. Te quedas aquí y haces lo que te dicen y pronto podrás darte el gusto con un Hijo de Freyr.

Dejó al monstruo allí oculto y regresó arrastrando los pies planos hacia las torres. Myk se echó enseguida al suelo y desapareció de la vista de Laintal Ay.

Como las huellas de vapor del Voral, este incidente inquietó a Laintal Ay. Esperó, escuchó, se interrogó. Muy pocos años antes, habría considerado insólita esa quietud poblada de trinos. Se encogió de hombros y siguió caminando.

Oldorando estaba indefensa. Era preciso despertar en los cazadores una sensación de peligro. Observó que de las copas de los rajabarales brotaba vapor. Era otro portento que no podía interpretar. Se oían truenos por el norte, muy lejos, pero amenazadores. Atravesó un arroyo que burbujeaba y despedía unos vapores que se enredaban entre los helechos dentados de la costa. Se inclinó, hundió la mano y encontró el agua bastante caliente. Un pez muerto flotaba con la cola hacia arriba, justamente debajo de la superficie. Laintal Ay, en cuclillas, miró la maraña de verde nuevo a través de la cual se veían las cimas de las torres. Antes no había allí una fuente termal.

El suelo se estremeció. Crecían cañas en el agua que se rizaba sin cesar; las salamandras se asomaban y desaparecían como relámpagos. Las aves se elevaban gritando sobre las torres y volvían a bajar.

Mientras esperaba la repetición del temblor, oyó, cerca, la llamada del Silbador de Horas, ese sonido de Oldorando que recordaba desde la cuna. Duró una fracción más que de costumbre. Sabía exactamente cuánto duraba; esta vez, la nota se sostuvo un instante más.

Se irguió y continuó su camino. Mientras avanzaba con dificultad entre la vegetación que le llegaba a los muslos, oyó voces. Con la instantánea respuesta del cazador, se quedó quieto, y luego prosiguió cautelosamente, agazapado. Había al frente un terreno elevado donde crecían unas plantas de tomillo. Se dejó caer sobre las manos entre las hojas aromáticas, para mirar hacia adelante. Sintió cómo se le combaba el estómago; la reciente abundancia le había transformado el vientre plano en convexo.

Nuevamente, voces. Voces femeninas. Alzó la cabeza y miró.

No sabía lo que esperaba ver, pero la realidad fue mucho más feliz. Se encontró asomado a una depresión del terreno; en el centro había una laguna profunda rodeada de verdor. Del agua brotaban mechones humeantes que subían hasta los arbustos vecinos. Luego la humedad goteaba de vuelta al estanque. En el lado opuesto, dos mujeres vestían con pieles de miela; una estaba embarazada. La identificó en el acto como Amin Lim, y la compañera era Vry. Más cerca, de pie al borde del agua, con la hermosa espalda vuelta hacia él, estaba la adorada y voluntariosa Oyre, desnuda.

Cuando comprendió quién era, casi dejó escapar una exclamación de placer, y permaneció donde estaba mirando aquellos hombros, la curva de la espalda, las nalgas y las piernas brillantes, con una alegría que le cortaba la respiración.

Batalix se había liberado de un gigantesco castillo de nubes moradas, inundando de oro el paisaje. Los rayos del centinela descendían oblicuamente sobre el cuerpo color canela de Oyre, cuyos hombros y pechos estaban cubiertos de gotitas de agua. Unos arroyuelos le corrían por la carne y caían sobre la piedra del suelo, uniéndola como una náyade al estanque vecino. La actitud era distendida, los pies estaban levemente separados. Tenía una mano alzada para secarse el agua de las pestañas mientras miraba a sus amigas, que se disponían a regresar. Parecía descuidada, pero como un animal: inconsciente en ese momento de la mirada predatoria del cazador, estaba sin embargo preparada para huir si era necesario.

El pelo oscuro y mojado se le pegaba al cráneo, y sobre el cuello y los hombros le caían unos

rizos que le daban un aspecto de nutria.

Agazapado en el escondite, Laintal Ay apenas podía verle el rostro. Jamás había contemplado antes un cuerpo desnudo, masculino o femenino; las costumbres, sumadas al frío, habían desterrado de Oldorando la desnudez. Aturdido por lo que veía, dejó caer la cara entre las fragantes hojas de tomillo. El pulso le latía rápidamente en las sienes.

Cuando pudo alzar la cabeza y volver a mirar, el movimiento de las nalgas de ella mientras se daba vuelta y decía adiós a sus amigas, lo fascinó; creía respirar un aire diferente. Oyre contempló el agua de modo casi soñoliento, estudiando las límpidas profundidades con las pestañas brillantes sobre las mejillas. Con el siguiente movimiento, él pudo verle el bajo vientre cubierto de ricillos mojados, el abdomen soberbio, y la delicada espiral del ombligo. Todo esto se reveló un instante, cuando ella alzó los brazos y saltó a la laguna.

El se quedó solo con el pesado sol y el vapor que ascendía a los arbustos hasta que ella emergió riendo.

Apareció muy cerca de él, con los pechos meciéndose y rozándose suavemente.

-Oyre, dorada Oyre -dijo él, extasiado.

Se puso de pie.

Ella estaba algo agachada ante él; una vena le latía junto a un hoyuelo de la garganta. Lo miraba intensamente, con brillantes ojos negros, aunque como contagiados de la sensual pesadez del entorno, maduro y cálido. Él reconoció la nueva belleza de ella, el menudo óvalo de la cara, enmarcado por el pelo de nutria, y la dulzura alrededor de las cejas y los pliegues de los párpados. Las cejas estaban arqueadas ahora, pero después de la sorpresa inicial, ella no parecía asustada, lo miraba sencillamente con los labios entreabiertos, aguardando el movimiento próximo de Laintal Ay, como si se preguntara cuál podía ser. Luego, sin prisa alguna, bajó una mano y se cubrió el queme. El ademán fue más provocativo que modesto. Sabía que era hermosa, y tenía una compostura natural.

Cuatro pajarillos aleteaban entre ambos, dominados también por la pesadez de la tarde.

Laintal Ay avanzó por la hierba y la abrazó, mirándole con vehemencia los ojos, sintiendo el cuerpo de ella contra las pieles. Inclinándose, la besó en los labios.

Oyre retrocedió y se pasó la lengua por los labios, sonriendo levemente, entornando los ojos.

-Desnúdate. Que Batalix vea cómo estás hecho -le dijo.

Las palabras eran en parte invitación, en parte desafío. Laintal Ay se desató los cordones del cuello, y luego tiró de la abertura de la túnica hasta que las costuras se descosieron. Lo mismo hizo con los pantalones, que arrojó a un lado. Sintió la rigidez del prodo, mientras se acercaba a Oyre. Oyre le tomó el brazo, tiró de él, le lanzó un puntapié al tobillo, y se echó rápidamente atrás, arrojándolo al agua cuan largo era.

Unos húmedos labios se cerraron sobre Laintal Ay. El agua estaba sorprendentemente caliente. Laintal Ay subió a la superficie gritando sin aliento.

Ella se inclinó, riendo, con las manos sobre las hermosas rodillas.

-Lávate antes de acercarte, guerrero comido por las pulgas.

El la salpicó golpeando la superficie del agua, entre divertido y enojado.

Oyre lo ayudó a salir de la laguna, considerablemente apaciguada, sintiendo que resbalaba en brazos de él. Cuando se arrodillaron en la hierba, él le deslizó una mano entre las piernas, y en ese mismo momento la simiente saltó de él a las plantas.

-Tonto, más que tonto -exclamó ella, decepcionada, torciendo la cara, y le dio una palmada en el pecho.

-No, no, Oyre, está bien. Aguárdame un instante, por favor. Te quiero, Oyre, con todo mi eddre. Siempre te he querido. Acércate.

Pero Oyre se incorporó, fastidiada y perpleja. Aun mientras le rogaba, él se sentía furioso con ella y consigo mismo.

-Maldito sea, ¡no tendrías que ser tan hermosa, desvergonzada!

La tomó por el brazo, la hizo girar violentamente y la empujó hacia la laguna. Ella chilló y le agarró el pelo. Juntos cayeron al agua.

Laintal Ay le pasó un brazo por detrás de la espalda, debajo del agua; la besó cuando emergieron,

le apretó un pecho con la mano izquierda. Riendo, treparon a la orilla fangosa, rodando uno sobre otro. Él le apartó una pierna con la suya y se puso encima. Ella lo besó con pasión, y él entró en el queme de ella.

Se quedaron en ese lugar secreto, serenos, en éxtasis. Debajo de ellos, el fango emitía unos ruidos agradables como si estuviera lleno de microbios, todos copulando para expresar la alegría de vivir.

Ella, lánguidamente, se ponía las píeles de miela. Las suaves pieles tenían unas franjas de color azul oscuro y celeste, que se ensanchaban de arriba abajo. La tarde se había vuelto sofocante, y los truenos se oían próximos, estallando a veces en ruidos secos que parecían agudos gritos de protesta.

Laintal Ay estaba junto a ella, tendido de espaldas y abierto de brazos y piernas, mirando los movimientos de Oyre con los ojos entornados.

-Siempre te he querido -dijo-. Durante años. Tu carne es una fuente tibia. Serás mi mujer. Vendremos aquí todas las tardes.

Oyre no dijo nada. Empezó a cantar en voz muy baja.

La corriente en camino como el tiempo se escurre...

-Te he deseado todos los días, Oyre. Tú, también, ¿verdad?

Ella lo miró.

-Sí, Laintal Ay. Pero no puedo ser tu mujer.

El sintió que el suelo se estremecía.

-¿Qué quieres decir?

Ella parecía vacilante, luego se inclinó sobre él. Él trató automáticamente de abrazarla, ella se apartó, cerró la túnica sobre sus pechos y respondió: -Te quiero, Laintal Ay, pero no seré tu mujer... Siempre sospeché que la academia era poco más que una diversión, un consuelo para mujeres bobas como Amin Lim. Ahora que el clima es hermoso, se ha derrumbado. En verdad, sólo Vry y Shay Tal se preocupan por la academia, y tal vez el viejo Datnil. Sin embargo, yo aprecio la independencia de Shay Tal, y quiero imitarla. No se ha sometido a mi padre, aunque supongo que lo desea como todas, y yo seguiré su ejemplo.

Si soy tu propiedad, soy nada. Él se puso de rodillas, con aire de desventura.

-No es así, no es así. Serás... todo, Oyre, todo. No somos nada el uno sin el otro.

-Por unas semanas.

-¿Qué esperas?

-¿Qué espero? -Oyre alzó los ojos y suspiró. Se alisó el pelo mojado y miró los arbustos jóvenes, el cielo, las aves.- No es porque me tenga en muy alta estima. Puedo hacer tan poco... Pero quizá, si me mantengo independiente como Shay Tal, lograré algo.

-No hables así. Necesitas alguien que te proteja. Shay Tal, Vry... no son felices. Shay Tal no ríe jamás, ¿no es verdad? Además es vieja. Yo te cuidaré y te haré feliz. No quiero otra cosa.

Ella se abrochaba la túnica de pieles, mirando los botones y ojales que ella misma había diseñado (para sorpresa del sastre) de modo que fuera más fácil ponerse y quitarse la prenda.

-Oh, Laintal Ay, yo soy tan complicada. Tengo dificultades conmigo misma. Realmente no sé lo que quiero. Querría disolverme y fluir como el agua. Quién sabe de dónde llega y quién sabe adonde va... quizás viene desde el mismo eddre de la tierra... Sin embargo, a mi manera, aunque terrible, te quiero. Oye, hagamos un pacto.

Dejó de ocuparse de la túnica y se irguió sobre él con los brazos en las caderas.

-Haz algo grande y sorprendente, una cosa, una hazaña, y seré tu mujer para siempre. ¿Has comprendido? Una gran hazaña, Laintal Ay, una gran hazaña y seré tuya. Haré todo lo que desees.

Él se incorporó y se apartó un poco, mirándola con atención.

-¿Una gran hazaña? ¿Qué tipo de gran hazaña quieres decir? Por la roca original, Oyre, eres una muchacha muy extraña.

Ella se sacudió el pelo mojado.

-Si yo te lo dijera, ya no sería grande. ¿Lo comprendes? Además, no sé lo que quiero decir. Inténtalo tú... Ya te estás poniendo grueso, como una mujer embarazada...

Él no se movió y se quedó mirándola con la cara endurecida. -¿Cómo, si te digo que te quiero, me devuelves un insulto?

-Me dices la verdad... supongo; y yo te digo la verdad, pero no quería ofenderte. Te lo he dicho con ternura. Has liberado cosas en mí, cosas que no he dicho nunca a nadie. Deseo... no, no puedo decir qué... gloria... Haz algo grande, Laintal Ay, te lo ruego, algo importante, antes de que seamos demasiado viejos.

-¿Como matar phagors?

Ella rió bruscamente con cierta aspereza, entornando los ojos. Por un instante se pareció mucho a Aoz Roon.

-Si eso es lo único que se te ocurre. Pero a condición de que mates un millón.

Él parecía frustrado.

-¿Te imaginas que vales un millón de phagors?

Oyre fingió golpearse con fuerza en la frente, como si se le hubiera aflojado el cerebro.

-No es por mí, ¿no entiendes? Es por ti. Haz algo grande, pero hazlo por ti. Estamos aquí presos en esa granja de que habla Shay Tal... Haz que sea, al menos, una granja legendaria. -El suelo volvió a temblar.

-¡Mira! -dijo él-. La tierra se mueve.

Se enderezaron, ignorándose mutuamente, arrancados de la discusión. Un cielo de bronce se extendía sobre castillos de nubes, que mostraban ahora corazones morados y bordes amarillos. El calor aumentó, y se hundieron en un opresivo silencio, mirando, dándose la espalda.

Un reiterado gorgoteo los llevó a mirar la laguna. La superficie estaba alterada por burbujas que se alzaban, estallaban con un olor a huevos podridos y ensuciaban el agua, clara hasta ese momento. Las burbujas se elevaban cada vez más oscuras y abundantes desde los abismos de la tierra. Una densa niebla invadió la hondonada.

De la laguna brotó un chorro oscuro que se elevó en el aire. Unos glóbulos de barro hirviente mancharon el follaje de alrededor. Los dos humanos huyeron, ella envuelta en una túnica del color del cielo estival.

Un minuto después de que se fueran, la laguna era una masa de bullente líquido negro.

Antes de que llegaran a Oldorando, el cielo se abrió y cayó una lluvia gris y helada.

Mientras trepaban a la gran torre oyeron voces arriba; más alta que todas la de Aoz Roon. Acababa de llegar con los amigos de su propia generación, Tanth Ein, Faralin Ferd y Eline Tal, todos vigorosos guerreros y buenos cazadores. Con ellos estaban sus mujeres, felices con las nuevas pieles de miela, y Dol Sakil, sombría, sentada en el antepecho de la ventana, a pesar de la lluvia. También estaba allí Raynil Layan, vestido con pieles perfectamente secas; se tiraba de la barba hendida y miraba de un lado a otro, sin hablar y sin que le hablaran.

Aoz Roon apenas dedicó una mirada a su hija natural antes de decir a Laintal Ay en tono desafiante: -Has faltado otra vez.

-Por un rato. Fui a inspeccionar las defensas. Yo...

Aoz Roon miró a sus compañeros y dijo, después de una risa breve: -Por el aire que tienes, y por el vestido de Oyre, mal abrochado, sé que has estado inspeccionando bastante más que las defensas. No me mientas, gallito de riña.

Los demás hombres rieron. Laintal Ay enrojeció.

-No soy un mentiroso. Fui a inspeccionar nuestras defensas, pero no tenemos defensas. No hay guardias mientras todos beben en los prados. Oldorando caería ante el ataque de un solo borlienés. Estamos tomando la vida con demasiada facilidad, y no das buen ejemplo.

Laintal Ay sintió en el brazo la mano serena de Oyre.

-Por aquí vienes muy poco -dijo Dol, en tono de reproche, pero fue ignorada, pues Aoz Roon se volvió a los otros y dijo: -Ya veis lo que he de tolerar de estos supuestos lugartenientes. Siempre insolencias. Oldorando está ahora oculta y protegida por la vegetación que crece más cada semana. Cuando vuelva el clima guerrero, que volverá, habrá tiempo para la guerra. Estás tratando de crear problemas, Laintal Ay.

-No es así. Trato de evitarlos.

Aoz Roon se adelantó y se detuvo ante él; la enorme figura negra descollaba sobre la del joven.

-Entonces calla. Y no me des lecciones.

Se oyeron gritos afuera, por encima del ruido de la lluvia. Dol miró por la ventana y avisó que alguien estaba en dificultades. Oyre corrió a reunirse con ella.

-Atrás -gritó Aoz Roon, pero las tres mujeres mayores también se acercaron a la ventana. La habitación se hizo aún más oscura.

-Vamos a ver qué ocurre -dijo Tanth Ein. Empezó a bajar las escaleras, casi bloqueando la puerta trampa con los hombros, seguido por Faralin Ferd y Eline Tal. Raynil Layan permaneció en las sombras, mirando cómo salían. Aoz Roon hizo un movimiento, como si quisiera detenerlos. Al fin se quedó indeciso en el centro de la sombría habitación. Sólo Laintal Ay lo miraba.

Laintal Ay se adelantó y le dijo: -Perdí la serenidad; pero no tenías que haberme llamado mentiroso. Aunque esto no implica que olvides mi advertencia. Es nuestra responsabilidad mantener la ciudad defendida como en otro tiempo.

Aoz Roon se mordió el labio, sin escuchar.

-Recibes tus ideas de esa maldita mujer, Shay Tal.

Habló en tono ausente, con un oído alerta a los ruidos exteriores. A los gritos de antes se unían otros masculinos. También las mujeres de la ventana gritaron mientras se abrazaban unas a otras.

-¡Apártate! -gritó Aoz Roon aferrando con rabia a Dol. Cuajo, el gran mastín amarillo, se puso a aullar.

El mundo danzaba con el tambor de la lluvia. Las figuras debajo de la torre estaban grises. Dos de los tres macizos cazadores alzaban un cuerpo del barro, en tanto que el tercero, Faralin Ferd, intentaba llevar a un lugar protegido a dos ancianas empapadas. Las dos mujeres, que no pretendían estar más cómodas, alzaban los rostros llorosos mientras la lluvia les caía en las bocas abiertas. Eran la mujer de Datnil Skar y una viuda, la tía de Faralin Ferd.

Las dos mujeres habían traído el cuerpo desde la puerta norte, cubriéndolo y cubriéndose de barro en el camino. Cuando los cazadores se irguieron con la carga, se pudo ver el cuerpo. Tenía el rostro deformado y cubierto por una máscara de sangre, que la lluvia no lavaba. La cabeza le cayó hacia atrás cuando los cazadores lo levantaron. La sangre le goteaba aún sobre la cara y las ropas. Le habían mordido el cuello, tan limpiamente como puede morder un hombre un gran bocado de manzana.

Dol empezó a chillar. Aoz Roon la empujó, ocupó con los hombros el espacio de la ventana y gritó a los de abajo: -No lo traigáis aquí.

Los hombres prefirieron no escucharlo. Buscaban el abrigo más próximo. De los parapetos que tenían encima caían chorros de agua de lluvia. Resbalaban en el estiércol con la carga enlodada.

Aoz Roon lanzó un juramento y corrió hacia abajo, seguido por Cuajo. Sobrecogido por el drama, Laintal Ay lo siguió, y luego Oyre, Dol y las demás mujeres, apretujándose en los escalones. Raynil Layan descendió al final, con mayor parsimonia.

Los cazadores y las mujeres arrastraron o escoltaron el cuerpo muerto hasta el establo y lo depositaron sobre la paja. Los hombres se apartaron, secándose los rostros con las manos, mientras debajo del cuerpo aparecía una charca sobre la que goteaba la sangre, y en la que flotaban espiras y trocitos de paja girando como botes que buscan un estuario. Las mujeres, como bultos grotescos, lloraban echadas sobre los hombros de las otras en una pila monumental. Aunque el pelo y la sangre cubrían el rostro del muerto, la identidad era obvia. El maestro Datnil Skar yacía muerto ante ellos, y Cuajo lo olisqueaba.

La mujer de Tanth Ein era bonita y se llamaba Farayl Musk. Estalló en una serie de largos gritos quejumbrosos e irreprimibles. Nadie pensaba que la herida mortal del cuello no fuera la mordedura de un phagor. El modo de ejecución corriente en Pannoval había sido transmitido por Yuli el Sacerdote, y utilizado en las escasas ocasiones en que había sido necesario. En alguna parte, afuera, bajo la lluvia, Wutra aguardaba. Wutra, siempre en guerra. Laintal Ay pensó en la alarmante idea de Shay Tal, para quien Wutra era un phagor. La mente le volvió a un momento anterior de ese mismo día, antes de que viera desnuda a Oyre. Había encontrado a Goija Hin, que llevaba a Myk más allá de la puerta norte. No había dudas sobre quién era responsable de esa muerte; pensó que Shay Tal

Librodot

tendría una nueva pena.

Miró los rostros acongojados que lo rodeaban -y el satisfecho de Raynil Layan- y cobró valor. En voz alta dijo: -Aoz Roon, tú has matado a este buen anciano.

Lo señaló, como si alguno de los presentes pudiese no saber a quién se refería.

Todos los ojos se volvieron al señor de Embruddock, erguido, con la cabeza apoyada en las vigas y el rostro pálido.

-No te atrevas a hablar contra mí -respondió ásperamente-. Una palabra más, Laintal Ay, y te derribaré.

Pero no era posible detener a Laintal Ay. Colérico, dijo: -¿Es éste otro de tus crueles golpes contra el conocimiento, contra Shay Tal?

Los demás murmuraron, inquietos, en el espacio confinado. Aoz Roon dijo: -Esto es justicia. He sabido que Datnil Skar permitía a los extraños leer el libro secreto de la corporación. Está prohibido. Y el justo castigo es hoy, como siempre, la muerte.

-¡Justicia! ¿Esto parece justicia? Un golpe a escondidas, un crimen sigiloso. Todos lo habéis visto. Ha sido como el crimen de...

El ataque de Aoz Roon no fue precisamente inesperado, pero su ferocidad abatió la guardia de Laintal Ay. Devolvió el golpe bailando ante Aoz Roon, negro de furia. Oyó gritar a Oyre. Luego un puño lo alcanzó de lleno en el costado de la mandíbula. Como desde lejos, se vio trastabillar, tropezar contra el cadáver de ropas empapadas y caer impotente sobre el suelo del establo.

Tuvo conciencia de gritos, chillidos, botas que pisoteaban el suelo muy cerca. Sintió puntapiés en las costillas. Hubo una confusión mientras lo alzaban como al otro cuerpo que habían traído, y él trataba de protegerse el cráneo para que no chocase contra la pared, y lo sacaban a la lluvia. Oyó un trueno como un latido gigantesco.

Desde los escalones lo arrojaron al barro. La lluvia cayó sobre su rostro. Mientras estaba allí, extendido, pensó que ya no era el lugarteniente de Aoz Roon. A partir de ese momento, la enemistad que los separaba era manifiesta y visible para todos.

La lluvia seguía cayendo. Cadenas de densas nubes rodaban por el centro del continente. En los asuntos de Oldorando prevalecía una atmósfera de estancamiento.

El distante ejército del joven kzahhn Hrr-Brahl Yprt se vio obligado a detenerse entre las sierras quebradas del este. La tropa prefería una especie de estado de brida antes que afrontar las lluvias.

También los phagors sintieron los temblores de tierra, similares a los que sacudían a Oldorando. En el norte, muy lejos, unos violentos temblores sísmicos turbaban las antiguas fallas de la región de Chalce. A medida que la carga de hielo desaparecía, la tierra se estremecía y se elevaba.

En ese período, el océano que rodeaba Heliconia quedó libre de hielo, aun fuera de la amplia zona tropical, que se extendía desde el ecuador hasta los treinta y cinco grados de latitud norte y sur. La circulación hacia el oeste de las aguas oceánicas determinó una serie de maremotos que devastaron las regiones costeras en todo el globo. Con frecuencia las inundaciones se combinaban con el vulcanismo para alterar las zonas continentales.

Todos estos acontecimientos geológicos eran seguidos por los instrumentos de la Estación Observadora Terrestre, que Vry llamaba Kaidaw. Los datos eran enviados a la Tierra distante. Ningún planeta de la galaxia era observado con más atención que Heliconia.

Se advirtió que los rebaños de yelks y biyelks que habitaban al norte en la llanura de Campannlat disminuían con rapidez; los terrenos donde pastaban estaban amenazados. Por otra parte, se multiplicaban los kaidaws, a medida que el pasto crecía en las tierras litorales, áridas hasta entonces.

En el continente tropical había dos tipos de comunidades phagor: grupos establecidos, sin kaidaws, apegados a la tierra, y grupos nómadas o móviles con kaidaws. El kaidaw era un animal trashumante; pero, además, la búsqueda de forraje imponía a quienes lo habían domesticado un continuo movimiento en busca de nuevos territorios. Por ejemplo, el ejército del joven kzahhn reunía a distintos grupos, numerosos y pequeños, que llevaban una vida nómada y con frecuencia guerrera. La cruzada era apenas una parte de una vasta migración desde el este al oeste de todo el continente, que tardaría décadas en completarse.

El terremoto que provocaba avalanchas de tierra en las cercanías del ejército del kzahhn, señalaba

el extremo de un levantamiento de la corteza. Un río alimentado por el deshielo del glaciar de Hhryggt, había sido desviado, abriendo un nuevo valle. El río entró en él y a partir de entonces corrió hacia el oeste y no hacia el norte, como antes.

Ese río se abrió paso inconteniblemente y se convirtió en un afluente del ríoTakissa, cuyo caudal se vaciaba en el Mar de las Águilas. Las aguas fueron negras durante muchos años: arrastraban, cada día, docenas de toneladas métricas de montañas demolidas.

Las inundaciones provocadas por el nuevo río obligaron a un insignificante grupo de phagors nómadas a dispersarse hacia Oldorando en lugar de continuar hacia el este. Ese grupo se encontraría más tarde con Aoz Roon. Aunque el cambio de dirección parecía en ese momento poco importante, aun para las criaturas ancipitales, estaba destinado a alterar la historia social del sector.

En el Avernus había quienes estudiaban la historia social de las culturas de Heliconia; pero la heliógrafo era para muchos la ciencia más valiosa. La luz era lo primero.

La Estrella B, que los nativos llamaban Batalix, era un modesto sol de la clase espectral G4. En términos reales algo más pequeño que el Sol, con un radio de 0.94 del radio solar, y de un tamaño aparente que visto desde Heliconia equivalía al 76 por ciento del Sol visto desde la Tierra. La temperatura de la fotosfera era de 5.600 grados Kelvin, y la luminosidad sólo

0.8 de la del Sol. Tenía unos cinco billones de años.

La estrella más lejana, llamada localmente Freyr, y a cuyo alrededor giraba la Estrella B, era un objeto mucho más importante, tal como se veía desde el Avernus. La Estrella A era una supergigante blanca de gran brillo, de clase espectral A, con un radio sesenta y cinco veces mayor que el solar, y una luminosidad sesenta mil veces mayor. La masa era 14.8 veces la del Sol, y la temperatura superficial de 11.000 K, bastante superior a los 5.780 K del Sol.

Aunque la Estrella B se estudiaba de continuo, la estrella A era más atrayente sobre todo ahora que el Avernus se acercaba a la supergigante, con el resto del sistema de la Estrella B.

Freyr tenía entre diez y once millones de años. Se había desarrollado a partir de la principal secuencia de estrellas, y estaba entrando ya en la ancianidad.

La energía que derramaba era tal que el disco de la Estrella A, visto desde Heliconia, brillaba siempre más que el de la Estrella B, aunque nunca se lo veía tan grande a causa de la distancia. Era un objeto que merecía el temor ancipital, y también la admiración de Vry.

Vry estaba sola en la parte superior de la torre, con el telescopio al lado. Aguardaba. Miraba. Sentía que la historia de las relaciones privadas fluía hacia el mañana como un río cargado de arcillas aluviales; lo que había sido claro aparecía ahora turbio a causa de los sedimentos. Debajo de aquella pasividad había el deseo no formulado de pertenecer a alguna cosa más grande, con perspectivas más puras y más amplias que la defectuosa naturaleza humana.

Volvería a mirar las estrellas cuando cayera la oscuridad, y si la cubierta de nubes se abría.

Oldorando estaba rodeada ahora por una empalizada verde. Día tras día las hojas nuevas se desplegaban y subían a mayor altura, como si la naturaleza tuviese el propósito de sepultar la ciudad en una selva. Algunas de las torres más distantes habían desaparecido ya debajo de la vegetación.

Una gran ave blanca se cernía sobre uno de estos montículos, y Vry la contempló sin particular atención, admirando que pudiera volar sin esfuerzo sobre la tierra.

Los hombres cantaban a lo lejos. Los cazadores habían regresado a Oldorando después de una cacería de mielas, y Aoz Roon celebraba una fiesta. Era en honor de los nuevos lugartenientes, Tanth Ein, Faralin Ferd y Eline Tal. Los amigos de infancia habían suplantado a y a Laintal Ay, quienes volvían a dedicarse a la caza.

Vry trataba de pensar con equidad, pero volvía continuamente al tema emotivo de las esperanzas defraudadas: las de, cuyos deseos no tenía ánimo de alentar, las de Laintal Ay, las de ella misma. Como la noche que tardaba en llegar, así se sentía. Batalix ya se había puesto y el otro centinela lo haría dentro de una hora. Era el momento en que hombres y bestias se revolvían contra el reino de la noche. Era el momento de preparar un cabo de vela para alguna emergencia inesperada, o de

decidirse a dormir hasta la luz del día.

Desde la atalaya, Vry veía a la gente común de Oldorando. Regresaban, hubieran realizado o no sus esperanzas. Entre ellas venía la figura delgada y encorvada de Shay Tal.

Shay Tal volvió a la torre con Amin Lim; tenía un aire sombrío y fatigado. Desde el asesinato del maestro Datnil se había vuelto aún más remota. También sobre ella había caído la maldición del silencio. Trataba de seguir una sugestión del maestro muerto, y de penetrar en la pirámide del Rey Denniss, haciendo excavaciones en el terreno de los sacrificios. A pesar de la ayuda de los esclavos, no tenía éxito. La gente acudía a mirar las obras y reía secreta o abiertamente mientras volaban hacia arriba las paletadas de tierra, pues los muros inclinados de la pirámide se hundían en el suelo sin solución de continuidad. Con cada pie de profundidad ganado, la boca de Shay Tal tenía una expresión más amarga.

Movida por la compasión y por su propia soledad, Vry bajó a hablar con Shay Tal. La hechicera parecía tener bien poco de mágico; era casi la única mujer de Oldorando que aún llevaba las viejas e incómodas pieles colgando sin gracia alrededor del cuerpo, lo que le daba un aspecto anticuado. Todos los demás vestían mielas.

Afligida por el aire de infortunio de la mujer mayor, Vry no resistió la tentación de darle un consejo.

-Creas tu propia infelicidad. Enterrados en el suelo están sólo la oscuridad y el pasado. Abandona la excavación.

Con un relámpago de humor, Shay Tal respondió:

-Ni tú ni yo consideramos que la felicidad sea nuestra primera obligación.

-Estás tan abstraída. -Vry señaló la ventana,- Mira esa ave blanca que gira con tanta gracia en el aire. ¿No te levanta el ánimo? Me gustaría ser esa ave, y volar a las estrellas.

Sorprendiendo un poco a Vry, Shay Tal fue a la ventana y miró. Luego se volvió, quitándose el cabello de la frente y dijo con calma: -¿Has observado que se trata de un ave vaquera?

-¿Sí? ¿Qué tiene de particular? -Las sombras se extendían ya por la habitación.

-¿No recuerdas la Laguna del Pez y los otros encuentros? Esas aves son amigas de los phagors.

Hablaba con placidez, en el estilo típicamente remoto de la academia. Vry se espantó al considerar que distraída tenía que haber estado para olvidar un hecho tan elemental. Se llevó la mano a la boca y miró a Shay Tal y luego a Amin Lim, y luego otra vez a Shay Tal.

-¿Otro ataque? ¿Qué haremos?

-En apariencia yo no hablo con el señor de Embruddock, ni él tampoco conmigo. Vry: tienes que ir a avisarle que el enemigo está a las puertas mientras él se divierte. Ya ha de saber que no puede confiar en que yo contenga a las bestias, como hice una vez. Ve inmediatamente.

Mientras Vry caminaba de prisa por el sendero, empezó a llover otra vez. Oyó el canto desde la calle. Aoz Roon y sus amigos estaban en la habitación inferior, en la torre de la corporación de herreros. Tenían los rostros rubicundos a causa de la comida y el bitel. El plato principal era ganso aderezado con raige y escantion, dispuesto en una gran fuente de madera: el aroma hizo agua la boca de la mal alimentada Vry. Entre los presentes se encontraban los tres nuevos lugartenientes y sus mujeres, el nuevo maestro del consejo, Raynil Layan, Dol y Oyre. Sólo ellas dos parecieron alegrarse de verla. Como Vry sabía -Rol Sakil lo había anunciado con orgullo- Dol llevaba en sus entrañas un hijo de Aoz Roon.

Ya había velas en la mesa; los perros pululaban en la sombra. El olor del ganso asado se mezclaba con el de los orines de perro.

Aunque los hombres estaban rojos y brillantes, y a pesar de los conductos del agua caliente, hacía frío en la habitación. La lluvia entraba en ráfagas y corría en arroyuelos entre los adoquines. Era una habitación pequeña y oscura, y las telarañas festoneaban los rincones. Vry lo miró todo mientras daba nerviosamente la noticia a Aoz Roon.

En una época había conocido cada marca de hacha de las vigas. Su madre había sido esclava de los herreros, y ella había vivido en ese cuarto, en un rincón, contemplando la degradación de su madre noche tras noche. Aunque parecía completamente ebrio un momento antes, Aoz Roon reaccionó en seguida. Cuajo empezó a ladrar furiosamente, y Dol le impuso silencio con una patada.

Los demás asistentes se miraron unos a otros con aire bastante estúpido, nada dispuestos a digerir las noticias de Vry.

Aoz Roon caminó alrededor de la mesa, golpeando los hombros mientras daba una orden a cada uno.

-Tanth Ein, da la alerta y prepara a los cazadores. Por el eddre de Dios, ¿por qué no tenemos la guardia que corresponde? Pon centinelas en todas las torres y vuelve a informar cuando esté hecho. Faralin Ferd, busca a todas las mujeres y los niños. Enciérralos en la casa de las mujeres. Dol y Oyre, os quedáis aquí, y las otras mujeres también. Eline Tal, tú que tienes la voz más poderosa, sube al terrado de la torre para transmitir los mensajes... Raynil Layan, quedas a cargo de todos los hombres de las corporaciones. Hazlos formar en seguida. Vamos.

Después de esta rápida descarga de órdenes, gritó que se movieran, sin dejar de caminar con furia. Luego se volvió a Vry: -Está bien, mujer. Quiero apreciar por mí mismo la situación. Tu torre es la que está más al norte. Miraré desde allí. A moverse, todo el mundo, y esperemos que sea una falsa alarma.

Fue rápidamente hacia la puerta; el gran mastín saltó adelante. Con una última mirada a los gansos asados, Vry lo siguió. Los gritos resonaban entre los viejos y roídos edificios. La lluvia disminuía. Las flores amarillas de las calles alzaban las cabezas, derechas otra vez.

Oyre corrió tras Aoz Roon y lo alcanzó, sonriendo a pesar de que él la rechazó con un gruñido. Saltó junto a él, con algo parecido a la diversión, en su abrigo de mielas a franjas de color azul oscuro y celeste.

-Pocas veces te veo desprevenido, padre.

El le echó una mirada negra. «En estos últimos tiempos ha envejecido», pensó Vry.

En la torre de Vry, Aoz Roon le indicó que se quedara donde estaba y subió a la carrera. Mientras ascendía los destartalados escalones, Shay Tal emergió en el rellano. Aoz Roon la saludó apenas con un movimiento de cabeza y siguió adelante. Ella lo siguió hasta el terrado, notando el olor de él.

Aoz Roon se detuvo en el parapeto y examinó el paisaje que se oscurecía. Puso las manos a los lados de los ojos, con los codos separados y las piernas abiertas. Freyr estaba muy bajo; la luz se derramaba a través de las hendeduras de las nubes, al oeste. El ave vaquera continuaba girando, no muy lejos. Debajo de las alas, entre los arbustos, no se veía ningún movimiento.

Detrás de las espaldas de Aoz Roon, Shay Tal dijo:

-Sólo hay un ave.

Él no respondió.

-Quizá no haya phagors.

Sin volverse, en la misma postura, él dijo: -Cómo ha cambiado todo desde que éramos niños.

-Sí. A veces echo de menos la blancura.

Cuando se dio vuelta, Aoz Roon tenía una expresión de amargura, y pareció que se la quitaba con esfuerzo.

-Pues bien, es evidente que no hay mucho peligro. Ven a ver, si quieres.

Bajó sin vacilar, como arrepentido de haberla invitado. Cuajo estaba junto a él como siempre. Ella lo siguió hasta donde esperaban los demás.

Apareció Laintal Ay, lanza en mano, atraído por los gritos.

Laintal Ay y Aoz Roon se miraron fijamente, sin hablar. Luego Aoz Roon alzó la espada y todos avanzaron por el sendero hacia el ave vaquera.

Torcieron en un recodo donde crecían jóvenes ciruelos, de troncos no más gruesos que el brazo de un hombre. Había allí una torre en ruinas, reducida a dos plantas y sumergida entre la vegetación. Al lado, junto a las piedras roídas, en un túnel de oscuridad verde, había un phagor montado en un kaidaw.

El ave vaquera, sobre las ramas, graznó una llamada de advertencia. Los seres humanos se detuvieron, las mujeres se agruparon en un movimiento instintivo. Cuajo se agachó, mostrando los dientes.

Con las manos córneas apoyadas y juntas en el pomo de la silla, el phagor estaba sentado en el alto kaidaw. Unas lanzas le colgaban a la espalda. Sacudió una oreja y abrió más los ojos rojizos.

Aparte de esto, no hizo ningún movimiento.

La lluvia le había empapado la piel, que colgaba como una informe masa gris. Una gota de agua titilaba en el extremo de un cuerno curvado hacia adelante. También el kaidaw estaba inmóvil, estirando la cabeza de cuernos enroscados, primero hacia abajo, luego hacia arriba. Se le veían las costillas, y estaba cubierto de fango y de heridas con coágulos de sangre amarillenta.

Inesperadamente, Shay Tal quebró ese cuadro irreal. Se adelantó a Aoz Roon y a Laintal Ay, sola por el sendero. Alzó la mano derecha con un ademán imperioso. El phagor no dio ninguna respuesta; ciertamente no se convirtió en hielo.

-Vuelve, señora -le dijo Vry, sabiendo que la magia no operaría.

Como hechizada, Shay Tal avanzó, los ojos clavados en la hostil figura del jinete y su montura. El crepúsculo se hacía más profundo, y la luz se desvanecía, lo que daba ventaja al adversario, capaz de ver en la oscuridad.

Paso tras paso, Shay Tal miraba al phagor buscando algún movimiento. La quietud de la criatura era sobrenatural. Al acercarse vio que era una hembra. Bajo el pelaje mojado se le veían las grandes ubres pardas.

-¡Vuelve, Shay Tal! -Aoz Roon corrió al mismo tiempo que hablaba, pasando junto a ella.

Finalmente, la millota se movió. Alzó un arma de hoja curva y espoleó al kaidaw.

El kaidaw se animó con extraordinaria rapidez. En un momento estaba inmóvil; en e! siguiente cargaba con los cuernos bajos contra los humanos, en el estrecho sendero. Chillando, las mujeres se zambulleron en la húmeda espesura. Cuajo, sin necesidad de una orden, se metió debajo de la prognata mandíbula del kaidaw y le clavó los dientes en el jarrete.

Desnudando encías e incisivos, la gillota se inclinó y atacó a Aoz Roon. Éste se echó atrás y sintió que la media luna le pasaba por delante de la nariz. Algo más lejos, Laintal Ay afirmó el asta de la lanza en el suelo, se arrodilló, y apuntó el arma contra el pecho del kaidaw. Se agachó esperando la carga.

Pero Aoz Roon tendió la mano hacia la cincha de cuero y la alcanzó cuando el animal pasaba como un trueno. Antes de que el phagor pudiera descargarle un segundo golpe, aprovechó el impulso del kaidaw y montó sobre el lomo detrás del jinete.

Por un momento parecía que caería del otro lado. Pero enganchó el brazo en el cuello de la gillota y se mantuvo firme, con la cabeza apartada de los agudos cuernos.

La gillota volvió la cabeza. Tenía un cráneo duro como una piedra. Un golpe habría dejado al hombre sin sentido, pero él lo esquivó y le apretó más el cuello.

El kaidaw se detuvo tan bruscamente como se había puesto en marcha, evitando por centímetros la lanza de Laintal Ay. Hostigado por Cuajo, dio media vuelta tratando furiosamente de atravesar al gran perro con los cuernos. Mientras se inclinaba, Aoz Roon alzó la espada con toda sus fuerzas y la hundió entre las costillas de la gillota, en los intestinos.

La bestia se irguió en los estribos y lanzó un grito áspero, penetrante. Alzó los brazos, y la espada curva voló hacia las ramas próximas. Aterrorizado, el kaidaw se levantó sobre las patas traseras. La hembra phagor cayó, junto con Aoz Roon, quien se hizo a un lado durante la caída. El hombro izquierdo de la gillota golpeó fuertemente el suelo, y ella llevó la peor parte.

El ave vaquera descendió graznando, en círculo, para defender a la guillota. Se lanzó contra el rostro de Aoz Roon. Cuajo saltó y le mordió una pata. Ella lo golpeó con el pico curvo mientras le asestaba unos furiosos aletazos a la cabeza, pero Cuajo apretó más, la arrastró al suelo, y cambiando rápidamente de posición, le mordió la garganta. En un instante, el gran pájaro blanco estaba muerto con las plumas rectoras desplegadas e inmóviles en el fangoso sendero.

También la gillota estaba muerta. Aoz Roon se puso de pie, jadeando.

-Por la roca, estoy demasiado grueso para este tipo de actividad -susurró. Shay Tal, apartada, lloraba. Vry y Oyre inspeccionaban el animal muerto, mirando la boca abierta de donde rezumaba un icor amarillo.

Oyeron a Tanth Ein, que gritaba a lo lejos, y otros gritos de respuesta más cercanos. Aoz Roon pateó el cuerpo de la gillota de modo que quedó de espaldas, mientras una lecha densa le brotaba de la boca. El rostro estaba muy arrugado, y la piel gris, estirada sobre los huesos. Estaba mudando de

piel, y en el pelaje se le veían zonas desnudas.

-Quizá tenía alguna enfermedad -dijo Oyre-. Por eso estaba tan débil. Vámonos, Laintal Ay. Los esclavos enterrarán el cuerpo.

Pero Laintal Ay, de rodillas, desenrollaba una cuerda que rodeaba la cintura del cadáver. Alzó la vista y dijo, ceñudo: -Querías que llevara a cabo una verdadera hazaña. Tal vez pueda.

La cuerda era fina y sedosa, más fina que ninguna cuerda de fibras de pinzasaco de las que se hacían en Oldorando. Laintal Ay se la enrolló alrededor del brazo.

Cuajo mantenía a raya al kaidaw. El animal, cuyos hombros superaban la altura de un hombre medio, temblaba con la cabeza en alto, moviendo los ojos en todas direcciones, sin intentar huir. Laintal Ay hizo un nudo corredizo y enlazó el cuello del kaidaw. Apretó y se acercó paso a paso, hasta que pudo acariciarle el flanco. Aoz Roon había recobrado la compostura. Limpió la espada y la envainó. Tanth Ein se acercaba.

-Mantendremos la guardia, pero era un animal solitario, un renegado moribundo. Tenemos motivos para continuar la fiesta, Tanth Ein. Mientras los dos hombres se palmeaban las espaldas, Aoz Roon miró alrededor. Ignorando a Laintal Ay, clavó los ojos en Shay Tal y Vry.

-No hay enemistad entre nosotros, aunque imaginéis lo contrario -les dijo-. Habéis obrado bien al dar la alarma. Venid con Oyre y conmigo a nuestra fiesta; mis lugartenientes os darán la bienvenida.

Shay Tal meneó la cabeza.

-Vry y yo tenemos otras cosas que hacer.

Pero Vry recordaba los gansos asados. Todavía podía evocar el aroma. Incluso valdría la pena soportar esa habitación y saborear aquella odiada carne soberbia. Miró atormentada a Shay Tal, pero el estómago la venció.

-Yo iré -dijo a Aoz Roon, enrojeciendo.

Laintal Ay tenía la mano apoyada en el flanco tembloroso del kaidaw. Oyre estaba junto a él. Se volvió hacia su padre y dijo fríamente: -Yo no. Prefiero quedarme con Laintal Ay.

-Haz lo que quieras... como siempre -respondió él, y echó a andar bajo las ramas que goteaban junto con Tanth Ein, dejando que la humillada Vry los siguiera como pudiese.

El kaidaw movía de arriba abajo la gran cabeza sujeta, mirando de lado a Laintal Ay.

-Te amansaré -dijo él-. Oyre y yo montaremos en ti, y cabalgaremos por llanuras y montañas.

Se abrieron paso a través de la multitud que aumentaba y se apretujaba para ver el cuerpo del enemigo vencido. Juntos retornaron a Embruddock; las torres se erguían como muelas rotas contra los últimos rayos de Freyr. Iban tomados de la mano, todas las diferencias olvidadas en ese momento decisivo, tirando del animal tembloroso.

LA PROEZA DE LAINTAL AY

La pradera estaba cubierta de flores advenedizas hasta donde se alcanzaba a ver y más lejos, más allá de donde podía llegar un hombre caminando. Blancas, amarillas, anaranjadas, azules, verdes, rosadas; un vendaval de pétalos soplaba a lo largo de millas no registradas en ningún mapa, rompía contra los muros de Oldorando e incorporaba la aldea a sus ráfagas de color.

La lluvia había traído las flores, marchándose luego. Las flores se habían quedado, extendiéndose hasta el horizonte, estremecidas en cálidas franjas, como si la distancia misma estuviese manchada de primavera.

Una parte de este panorama había sido cercada.

Laintal Ay y Dathka habían terminado de trabajar. Inspeccionaban, con sus amigos, lo que habían hecho.

Con árboles jóvenes y arbustos espinosos habían construido una cerca. Habían cortado troncos hasta que la savia les corrió por las espaldas y los brazos. Los árboles habían sido despojados de ramas y asegurados vertical-mente. Completaban la cerca haces de ramas y espinos completos. El

Librodot

resultado era casi impenetrable, y alto como un hombre. Encerraba un espacio de casi una hectárea.

En el centro de ese flamante recinto estaba el kaidaw, desafiando todo intento de montar en él.

La dueña del kaidaw, la gillota, había quedado donde había caído, pudriéndose abandonada como era la costumbre. Sólo tres días después se ordenó a Myk y otros dos esclavos que enterraran el cuerpo, que había empezado a apestar.

Unas flores colgaban como baba de los labios del kaidaw. Había arrancado un bocado de flores rosadas. En cautividad, no parecían gustarle, porque estaba con la cabeza erguida, mirando por encima de la estacada, olvidado de masticar. De vez en cuando se desplazaba unos metros sobre las largas patas, y retornaba al punto de partida, con los ojos blancos y brillantes.

Cuando uno de los cuernos se le enredaba entre los espinos, se liberaba con una impaciente sacudida de la cabeza. Era bastante fuerte como para atravesar la cerca y galopar hacia la libertad, pero le faltaban las ganas. Se limitaba a mirar hacia la libertad, suspirando con los ollares distendidos.

-Si los phagors pueden montar, también podemos nosotros -dijo Laintal Ay-. Yo he montado en un pinzasaco. -Trajo un cubo de bitel y lo puso junto al animal. El kaidaw lo olió y retrocedió, alzando vivamente la cabeza.

-Me voy a dormir -dijo Dathka. Fueron sus únicas palabras en muchas horas. Atravesó reptando la cerca, se estiró en el suelo, alzó las rodillas, unió las manos debajo de la cabeza y cerró los ojos. Los insectos zumbaban alrededor. Lejos de amansar al kaidaw, Laintal Ay y él sólo habían conseguido rasguños y magulladuras.

Laintal Ay se secó la frente y se acercó otra vez a la bestia cautiva.

El kaidaw bajó la larga cabeza para mirarlo. Resoplaba suavemente. Observando los cuernos que le apuntaban, Laintal Ay emitió unos ruidos amistosos, listo para saltar. La gran bestia sacudió las orejas contra la base de los cuernos y se apartó.

Laintal Ay contuvo el aliento y volvió a adelantarse. Desde que había hecho el amor con Oyre junto a la laguna, la belleza de la muchacha le cantaba en el eddre. La promesa de nuevos momentos de amor colgaba como una rama fuera de alcance. Tenía que probarse a sí mismo con esa imaginaria proeza que ella reclamaba. Despertaba todas las mañanas envuelto en sueños carnales, como entre flores de dogotordo. Si podía montar y domar el kaidaw ella sería suya.

Pero el kaidaw continuaba resistiendo todos los avances humanos. Esperó mientras él se aproximaba, con los músculos en tensión. En el último instante se alejó de la mano extendida y se irguió sobre las patas traseras, mostrándole los cuernos por encima del hombro.

Laintal Ay había dormido dentro del cercado la noche anterior, o mejor dicho dormitado, temiendo que lo pisotearan los cascos del kaidaw. Pero ni siquiera así la bestia aceptaba que le diera comida o bebida, y esquivaba todos los intentos de acercamiento. Esto se había repetido cien veces.

Finalmente, Laintal Ay cedió. Dejó allí durmiendo a Dathka y regresó a Oldorando para intentar un nuevo método.

Tres horas más tarde, cuando sonaba el Silbador de Horas, un phagor extrañamente deforme se aproximó al cercado. Atravesó la estacada con movimientos torpes, de modo que algunos jirones de la húmeda piel amarilla quedaron aprisionados entre los espinos, como pájaros muertos.

Arrastrando los pies, la criatura se acercó al kaidaw.

Hacía calor dentro de la piel, que era fétida. Laintal Ay llevaba un trapo atado alrededor de la cara y una ramita de raige delante de la nariz. Había hecho que dos esclavos de Borlíen desenterraran el cadáver de tres días y lo desollaran. Raynil Layan había remojado la piel en agua salada para quitarle el olor, al menos en parte. Oyre lo acompañó hasta el cercado y se quedó con Dathka, aguardando a ver qué ocurría.

El kaidaw bajó la cabeza y resopló interrogativamente. Llevaba aún sujeta al tronco la silla de la dueña, completa, con los ornados estribos. Apenas Laintal Ay llegó al confudido kaidaw, puso el pie en el estribo próximo y trepó a la silla. Finalmente logró montar, delante de la giba única de la bestia.

Los phagors montaban sin bridas, agazapados sobre el cuello de los kaidaws aferrados a las duras crines rizadas que tenían a lo largo de la protuberancia del pescuezo. Laintal Ay se tomó firmemente de la crin, esperando el próximo movimiento. Con el rabillo del ojo podía ver a otros aldeanos que

cruzaban el puente sobre el Voral para reunirse con Oyre y Dathka y ver qué ocurría.

El kaidaw permaneció quieto, cabizbajo, como si estuviera pesando aquella nueva carga. Luego, lentamente, inició un movimiento absurdo: arqueó el cuello hasta invertir la posición de la cabeza y los ojos alzados pudieron contemplar al jinete. La mirada del kaidaw se encontró con la de Laintal Ay.

El animal no abandonó su extraordinaria posición, pero empezó a temblar.

Ese temblor era una intensa vibración, que parecía nacer en el corazón y extenderse hacia la periferia, como un terremoto en un planeta pequeño. Los ojos del kaidaw miraban fijamente al jinete que llevaba sobre el lomo, como clavados en él. También Laintal Ay permaneció inmóvil, vibrando con el kaidaw. Miraba la cara contraída del animal, donde -como recordó más tarde- se leía una expresión de intenso dolor.

Cuando por fin se movió, el kaidaw saltó hacia arriba como si hubiesen soltado un resorte. En un movimiento continuo, se enderezó y saltó a gran altura, arqueando el espinazo como un gato y recogiendo las patas torpes debajo del vientre. Era el legendario salto del kaidaw, en una experiencia de primera mano. Pasó limpiamente por encima de la cerca. Ni siquiera rozó las ramitas de espino de la parte superior.

Mientras caía, metió el cráneo entre las patas delanteras y echó los cuernos hacia arriba, de modo que golpeó el suelo con el cuello. Uno de los cuernos se le clavó inmediatamente en el corazón. Cayó pesadamente de lado, y lanzó dos coces. Laintal Ay se desprendió a tiempo y rodó sobre los tréboles. Se arrancó del cuerpo la maloliente piel del phagor. La volteó por encima de la cabeza y la arrojó a lo lejos. La piel cayó en la rama de un arbusto y allí quedó columpiándose. Laintal Ay, frustrado, lanzó una maldición, sintiendo un terrible calor dentro de la cabeza. Nunca se había demostrado más claramente la enemistad entre hombre y phagor que en la autodestrucción del kaidaw.

Dio un paso hacia Oyre, que corría hacia él. Vio más atrás a la gente de Oldorando, y franjas de color. Los colores ascendieron, se echaron a volar, seconvirtieron en el cielo. Él flotaba hacia ellos.

La fiebre duró seis días. El cuerpo de Laintal Ay estaba cubierto de una erupción. La anciana Rol Sakil le aplicó grasa de ganso, Oyre estaba a su lado. Aoz Roon acudió y lo miró sin decir una palabra. Con él vino Dol, ahora en avanzado estado de gravidez. Aoz Roon no permitió que se quedase. Luego se marchó acariciándose la barba, como si recordara algo.

El séptimo día, Laintal Ay volvió a ponerse sus mielas y regresó a la llanura, con nuevos planes.

La cerca que habían construido parecía más natural, salpicada de brotes verdes. Más allá, los mielas pastaban en el campo colorido.

-No me dejaré vencer -dijo Laintal Ay a Dathka-. Si no podemos montar en kaidaws, montaremos en mielas. No son adversarios como los kaidaws; tienen la sangre tan roja como la nuestra. Veamos si podemos capturar uno entre los dos.

Ambos usaban pieles de miela. Eligieron un animal a rayas blancas y castañas y se acercaron andando sobre manos y rodillas. Estaba descansando. En el último momento, se levantó y se alejó disgustado.

Luego intentaron acercarse desde diferentes direcciones, mientras los demás miraban el juego. En una ocasión, Dathka alcanzó a rozar el pelaje del animal. El miela mostró los dientes y huyó. Trajeron la cuerda de la gillota e intentaron enlazar un miela. Corrieron durante varias horas.

Luego treparon a los árboles nuevos, esperando en las ramas con el lazo preparado. Los mielas se acercaban deportivamente, relinchando y empujándose unos a otros, pero ninguno se aventuró a pasar justamente por debajo.

Al ocaso, ambos hombres estaban exhaustos y malhumorados. Varios buitres con aspecto de estudiosos, cuyo hábito clerical contrastaba con la carne dorada que devoraban, limpiaban el cuerpo del kaidaw. Llegaron entonces los lenguas de sable, que expulsaron a las aves y lucharon entre ellos por el festín. Pronto oscurecería.

Los dos se retiraron a la relativa seguridad de la cerca, comieron unos bollos de pan y huevos de ganso con sal y durmieron.

Dathka fue el primero en despertar por la mañana. Boquiabierto, se apoyó sobre un codo, sin casi poder creer en lo que veía.

Con la fría luz del alba, los colores apenas habían regresado al mundo. Capas de niebla gris ocultaban completamente la aldea. El mundo estaba sumido en la espesa neblina de color gris verdoso que caracterizaba la salida de Batalix. Incluso los cuatro mielas que pastaban alegremente en el cercado parecían esculturas de peltre.

Despertó a Laintal Ay con la punta de una bota. Juntos, se arrastraron sobre la hierba verde y atravesaron la barrera de espinos. Una vez del otro lado, se pusieron de pie en silencio, sonriendo, apretándose mutuamente los hombros para evitar la risa.

Sin duda los mielas habían escapado de los lenguas de sable. Ahora tenían un problema todavía más serio.

Armados de cuchillos, los hombres cortaron brazadas de espino, sin prestar atención a las púas que les desgarraban la piel. Aquellos fuertes arbustos habían crecido aun entre las nieves, con los renuevos protegidos dentro de conos puntiagudos. Ahora desplegaban hojas de color verde cobrizo que revelaban la curva plateada de unas temibles espinas. Los mielas habían abierto una brecha en la enramada para entrar. No fue difícil entrelazar las ramas y reparar el hueco. Pronto tuvieron encerrados a los cuatro animales.

Casi enseguida se pusieron a discutir. Dathka decía que lo mejor era dejar a los animales sin agua hasta que se debilitaran y sometieran. Laintal Ay pensaba que convenía darles cubos de agua y mucha comida. Este método, más positivo, terminó por imponerse.

Pero faltaba todavía mucho para que las bestias pudieran ser montadas.

Durante diez días ambos trabajaron concertadamente, durmiendo en el cercado todas las noches, cada vez más cortas. La captura causó sensación: todos los habitantes de Oldorando atravesaron el puente sobre el Voral para no perderse el espectáculo. Aoz Roon y sus lugartenientes iban todos los días. También Oyre, que perdió interés al ver que los mielas rechazaban briosamente a los aspirantes a jinetes. Vry acudía con frecuencia, a veces en compañía de Amin Lim, que traía a su niño recién nacido en brazos.

Los jóvenes cazadores sólo vencieron la batalla de la domesticación cuando tuvieron la idea de dividir el recinto en cuatro partes, con nuevas cercas. Separados entre sí, los animales se mostraron abatidos; con las cabezas gachas, se negaban a comer.

Laintal Ay los alimentaba con pan de centeno. A esta dieta añadió ratel. En la torre Prast se había ido acumulando un gran depósito de ratel. Incluso los hombres preferían ahora el bitel, más dulce, o el vino de centeno, y la bebida tradicional de Embruddock ya no estaba de moda. Como resultado, las mujeres encargadas de los brassimipos se fueron a trabajar en los nuevos campos. Había ratel de sobra para cuatro mielas.

Una pequeña cantidad mezclada con el pan fue suficiente para que los animales cautivos brincaran alegremente, se revolcaran, y se mostraran luego fatigados con los párpados caídos. Durante esta fase, de los párpados caídos, Laintal Ay deslizó una correa alrededor del pescuezo del mielas al que había bautizado Oro. Montó. Oro retrocedió e intentó arrojarlo por encima de las orejas. Laintal Ay se mantuvo firme aproximadamente un minuto. La segunda vez quedó montado más tiempo. La victoria era suya.

Pronto Dathka estuvo a horcajadas sobre Furia.

-Por el eddre de Dios, esto es mucho mejor que montar un pinzasaco ardiendo -gritó Laintal Ay, mientras salían cabalgando del cercado-. Podemos cabalgar a cualquier parte: ¡a Pannoval, al fin de las tierras, a la costa del mar!

Por fin desmontaron y se aporrearon cariñosamente, riendo, jubilosos por el éxito.

-Espera a que Oyre me vea entrar así en Oldorando. Ya no se resistirá.

-Es sorprendente lo que se resisten las mujeres -dijo Dathka.

Cuando se sintieron más seguros, cabalgaron juntos a través del puente, hasta la aldea. Los habitantes salieron a aplaudir, como si presintiesen el gran cambio social que se aproximaba. Desde ese día en adelante, nada sería lo mismo.

Apareció Aoz Roon, con Eline Tal y Faralin Ferd, y pidió uno de los otros dos mielas, que había recibido el nombre de Gris. Los lugartenientes empezaron a pelear por el animal que quedaba.

-Lo siento, amigos; el último es para Oyre -dijo Laintal Ay.

Librodot

-Oyre no montará un miela -dijo Aoz Roon-. Olvida esa idea, Laintal Ay. Los mielas son para los hombres... Las perspectivas son inconmensurables. Montados en mielas seremos iguales a los phagors, los caldéanos, los pannovalianos, o cualquier otra raza.

Montó en Gris, mirando el suelo. Imaginó un tiempo en que no conduciría sólo unos pocos cazadores, sino un ejército: cien, o incluso doscientos hombres montados, aterrorizando al enemigo. Cada conquista traería más riqueza y seguridad a Oldorando. Las banderas oldorandinas flamearían sobre llanuras ignotas. Miró a Laintal Ay y Dathka, de pie en mitad de la calle, con las bridas en las manos. El rostro oscuro se le arrugó en una sonrisa.

-Habéis trabajado bien. Que el ayer se pierda entre las nieves de ayer. Como señor de Embruddock, os nombro a ambos Señores de las Praderas del Oeste.

Se inclinó para apretar la mano de Laintal Ay.

-Acepta este nuevo título. Tú y tu silencioso amigo quedaréis, desde ahora en adelante, a cargo de todos los mielas. Son vuestros, por deseo mío. Haré que os ayuden. Tendréis obligaciones y privilegios. Soy un hombre justo, lo sabéis. Quiero que todos los cazadores puedan montar un miela lo antes posible.

-Quiero que tu hija sea mi mujer, Aoz Roon.

Aoz Roon se rascó la barba.

-Tú ocúpate de los mielas. Yo me ocuparé de Oyre.

Los ojos velados parecían sugerir que no pensaba alentar la unión; si tenía un rival, no eran los tres adictos lugartenientes sino el joven Laintal Ay. Unirlo con Oyre significaba reforzar esa posible amenaza. Sin embargo, era demasiado astuto para insinuar a su voluntariosa hija que no se interesara en Laintal Ay. Quería un Laintal Ay satisfecho, y un torrente de guerreros montados.

Aunque las visiones de Aoz Roon eran de una grandiosidad imposible, llegaría una época en que otros llevarían a cabo con creces esos sueños. Esa época empezaría en el momento en que Dathka y Laintal Ay montaran a horcajadas en el lanudo lomo de las yeguas mielas.

Movido por el ensueño, Aoz Roon salió del estado de indolencia al que lo había arrastrado la temperatura más cálida, y volvió a ser un hombre de acción. Había conseguido que construyeran un puente; ahora se trataba de construir establos, corrales y un taller para hacer sillas y bridas. La silla de la gillota muerta, con estribos ajustables, fue el modelo de todas las sillas de Oldorando.

Los mielas domados se usaron como señuelo, como se hacía con los ciervos cautivos, y se capturaron más animales. Algunos cazadores protestaron, pero todos tuvieron que aprender a montar; pronto, cada uno tuvo un miela. La era de la cacería a pie había terminado.

El forraje fue un problema muy importante. Las mujeres plantaron más campos de trigo. Hasta las ancianas fueron enviadas a ayudar en lo que pudiesen. Se levantaron cercas en los campos para evitar que penetraran los mielas y otros depredadores. Se enviaron expediciones en busca de nuevos árboles de brassimipo, apenas se descubrió que los mielas comían brassimipo molido, sacado de la misma planta que había albergado a los vidriados en días más negros.

Para todos estos cambios se necesitaba energía. La principal innovación fue la construcción de un molino; un miela, describiendo constantemente un círculo, podía moler todo el grano necesario, y las mujeres fueron liberadas de una tarea matutina inmemorial.

Pocas semanas más tarde, y quizá unos pocos días más tarde, la revolución del miela estaba en marcha. Oldorando era ya una ciudad diferente.

La población se duplicó; por cada ser humano había un miela. En la planta baja de cada torre se guardaban los mielas, junto a las cabras y a los cerdos. En todas las calles había mielas atados mordisqueando la hierba. Los llevaban a abrevar a las costas del Voral, y allí se compraban y vendían. Más allá de las puertas se establecieron primitivos circos y rodeos, donde los mielas tenían el papel estelar. Los mielas estaban en todas partes: en las torres, en las conversaciones, en los sueños.

Mientras nacían oficios auxiliares para abastecer la nueva obsesión, Aoz Roon se adelantaba a convertir las cuadrillas de caza en caballería ligera. La instrucción era permanente. Los viejos objetivos fueron olvidados. La carne disminuyó, y las promesas de más carne aumentaron. Para contrarrestar las quejas, Aoz Roon planeó una primera incursión armada.

Librodot

Eligió, con sus lugartenientes, una pequeña ciudad al sudeste: Vanlian, dentro de la provincia de Borlien. Vanlian estaba situada junto al Voral, que se ensanchaba allí al penetrar en un valle. Estaba protegida en el este por unos altos riscos de roca blanda que parecían un panal de cavernas. Los lugareños habían levantado allí una presa, de modo que el río se abría en una serie de pequeños lagos en los que criaban peces, el alimento principal en la dieta de Vanlian. A veces, los mercaderes llevaban pescado seco a Oldorando. Vanlian, con más de doscientos habitantes, era más populosa que Oldorando, pero no tenía defensas comparables a las torres de piedra. Un ataque por sorpresa podía destruirla.

La caballería de Aoz Roon contaba treinta y un jinetes. Atacaron al alba de Batalix, cuando los habitantes de Vanlian habían salido de las cavernas a pescar. Aunque alrededor de la ciudad había muchas zanjas, respaldadas por empinados taludes, los mielas treparon con facilidad por encima de los obstáculos y cayeron sobre las víctimas inermes, mientras los jinetes daban gritos salvajes y repartían mandobles.

Dos horas más tarde, Vanlian había sido destruida. Los hombres muertos, las mujeres violadas. Se incendiaron chozas y cavernas y se destruyeron las presas que regulaban los lagos artificiales. Se celebró un festín entre las ruinas, en el que se consumió gran parte de la cerveza local. Aoz Roon elogió a sus hombres y a sus monturas. Ningún jinete había muerto, aunque un miela había recibido la herida mortal de una espada vanliana.

Se consiguió esa victoria a pesar de la gran diferencia numérica porque la población local se espantó al ver a aquellos hombres vestidos de colores brillantes montados en brillantes corceles. Se quedaron quietos, boquiabiertos, esperando el golpe fatal. Se perdonó a los jóvenes y niños de ambos sexos. Estos fueron obligados a reunir el ganado y a iniciar la marcha hacia Oldorando llevando al frente cerdos y cabras. Bajo la mirada de seis jinetes elegidos como guardias, tardaron todo un día en hacer un viaje que Aoz Roon y sus lugartenientes habían hecho en una hora.

Vanlian se consideró una gran victoria. Hacían falta más conquistas. Aoz Roon se puso más exigente, y la población aprendió que las conquistas requerían sacrificios. El señor de Embruddock habló de todo esto a sus súbditos cuando él y la caballería retornaron triunfantes de otra incursión.

-Nunca volveremos a pasar necesidad -anunció. Estaba con las piernas separadas y los brazos en jarras. Junto a él, un esclavo sostenía las riendas de Gris-. Oldorando será una gran ciudad, como dicen las leyendas que fue Embruddock en los viejos tiempos. Ahora somos como los phagors. Todo el mundo nos temerá y seremos ricos. Ocuparemos más tierras y tendremos más esclavos para atenderlas. Pronto atacaremos a la misma Borlien. Necesitamos más población, no somos bastantes. Vosotras, las mujeres, tendréis más niños. Pronto los niños nacerán en la silla, a medida que nuestra expansión se extienda.

Señaló al triste grupo de prisioneros, cuidados por Goija Hin, Myk y otros.

-Esta gente trabajará para nosotros, así como los mielas trabajan para nosotros. Pero por un tiempo tendremos que trabajar el doble, y comer menos, para que esas cosas sean posibles. No quiero oír quejas. Sólo los héroes merecen la grandeza que pronto conquistaremos.

Dathka se rascó el muslo y miró a Laintal Ay con una ceja alta y la otra baja.

-Mira lo que hemos iniciado.

Pero Laintal Ay se dejaba arrastrar por el entusiasmo. Aunque en verdad no simpatizaba con Aoz Roon, a veces le daba la razón. Ciertamente, no había júbilo comparable al de cabalgar en un miela, confundirse con la vivaz criatura, sentir el viento en las mejillas y el suelo resonando abajo. No había nada tan maravilloso... con una sola excepción.

Hizo que Oyre se acercase a él mientras le decía: -Ya has oído lo que dijo tu padre. He hecho una cosa importante, una de las cosas más importantes de la historia. He domado a los mielas. Es lo que querías, ¿verdad? Ahora tienes que ser mi mujer.

Pero ella lo apartó.

-Hueles a miela, como mi padre. Desde tu enfermedad no has hablado de otra cosa que de esas estúpidas criaturas, que sólo tienen de bueno las pieles. Mi padre habla sólo de Gris, tú de Oro. Haz algo que haga la vida mejor, y no peor. Si fuera tu mujer jamás te vería, porque estás lejos de día y de noche. Los hombres habéis enloquecido con los mielas.

Librodot

En general, las mujeres compartían los sentimientos de Oyre. Comprobaban diariamente los malos efectos de la manía del miela, y no sacaban de ella ningún provecho. Obligadas a trabajar en los campos, no podían disfrutar de la academia en las tardes soñolientas.

Sólo Shay Tal se interesaba por los animales. Los rebaños salvajes ya no eran tan abundantes como habían sido. Al fin, alarmados, se desplazaban a nuevas tierras de pastoreo hacia el sur y el oeste para evitar la cautividad y la matanza. Fue a Shay Tal a quien se le ocurrió aparear un potro y una yegua. Hizo construir un establo cerca de la pirámide del Rey Denniss, y pronto nacieron potrillos. Y el resultado fue una progenie de mielas domesticados, fáciles de adiestrar para cualquier tarea necesaria.

Shay Tal bautizó Lealtad a una de las mejores yeguas. Trataba con gran cuidado a todos los potrillos y potrancas, pero dedicaba especial atención a Lealtad. Sabía que ahora sostenía por la brida el modo de abandonar Oldorando y de llegar a la lejana Sibornal.

CUANDO SHAY TAL SE FUE

Bajo el sol y la lluvia, Oldorando se expandió. Antes de que los industriosos habitantes comprendieran qué había ocurrido, ya habían cruzado el Voral, pasando por encima de los cenagosos afluentes del norte, y estirándose hasta los corrales de la pradera y los campos de brassimipo en las sierras bajas.

Se construyeron más puentes. No heroicamente, como el primero. La corporación había reaprendido el arte de aserrar tablones; para los nuevos carpinteros -tanto libres como esclavos- los arcos, las junturas, los contrafuertes eran cosas fáciles.

Más allá de los puentes, se sembraron campos cercados, se construyeron pocilgas para los cerdos y corrales para las aves. Fue necesario aumentar dramáticamente la producción de alimentos pues los mielas domesticados crecían en número; y para dar de comer a los esclavos hubo que sembrar otras tierras. Más allá de los campos, o entre ellos, se construyeron torres en el estilo tradicional de Embruddock, para alojar a los esclavos y guardias. De acuerdo con un plan de la academia, las torres tenían dos pisos en lugar de cinco, y estaban construidas con bloques de barro. Las lluvias, a veces violentas, destruían los muros. Los oldorandinos no se preocupaban demasiado, porque sólo los esclavos vivían allí. Pero los esclavos sí se preocuparon y demostraron que la paja de los cereales podía usarse para techar las torres; y que sise ponía un alero, los muros de barro quedaban protegidos e intactos, aun bajo chubascos devastadores.

Más allá de los campos y de las nuevas torres, la caballería de Aoz Roon patrullaba los senderos. Oldorando no era sólo una ciudad sino también un campamento militar. Nadie entraba ni salía sin permiso, excepto en el barrio de los comerciantes -apodado el Pauk- que se había extendido en el sur.

Por cada orgulloso guerrero montado en un miela, seis espaldas tenían que encorvarse en los campos. Pero las cosechas eran buenas. Después del largo descanso, el suelo producía con abundancia. En las épocas más frías habían utilizado la torre de Prast para guardar la sal y luego el ratel; ahora se depositaba allí el grano. En el exterior, donde habían apisonado el terreno, las mujeres y los esclavos aventaban una enorme montaña de grano. Los hombres lo recogían con palas de madera; las mujeres sacudían unas pieles atadas a marcos cuadrados, y apartaban la paja. Era un trabajo duro. La modestia se arrojaba por la borda. Las mujeres, por lo menos las jóvenes, se quitaban las bonitas chaquetas y trabajaban con los pechos desnudos.

Unas tenues partículas de polvo se elevaban en el aire y se adherían a la piel húmeda de las mujeres, empolvándoles los rostros y vistiéndoles los cuerpos con una apariencia de pelaje. El polvo subía en una pirámide, dorada por el sol, sobre la escena, y luego se dispersaba y caía alrededor, amortiguando los pasos sobre los escalones y manchando el verde de las plantas.

Llegaron, montados, Tanth Ein y Faralin Ferd, seguidos por Aoz Roon y Eline Tal. y los cazadores más jóvenes venían detrás. Regresaban de una cacería y traían varios venados.

Durante un momento se contentaron con permanecer montados, mirando cómo trabajaban las mujeres. Entre ellas se encontraban las esposas de los tres lugartenientes; no prestaron atención a los burlones comentarios de los hombres. Aventaban el grano; los hombres se reclinaban con indulgencia sobre las sillas; la paja y el polvo ascendían a gran altura a la luz del sol.

Apareció Dol, caminando lentamente, ya muy pesada; Myk, el viejo phagor, la acompañaba con los gansos; y también Shay Tal, que parecía aún más flaca comparada con la rotunda gravidez de Dol. Cuando vieron al señor de Embruddock y a sus hombres, las dos mujeres se detuvieron y se miraron.

-No le digas nada -aconsejó Shay Tal.

-Es el mejor momento -respondió Dol-. Espero que sea un varón.

Se adelantó y se detuvo junto a Gris. Aoz Roon la miró en silencio.

Ella le golpeó la rodilla.

-En un tiempo -dijo Dol- había sacerdotes que bendecían la cosecha en nombre de Wutra. Los sacerdotes bendecían a los recién nacidos. Los sacerdotes se ocupaban de todos, hombres y mujeres, importantes y poco importantes. Los necesitamos. ¿No podrías capturar algunos?

-¡Wutra! -exclamó Aoz Roon. Escupió en el polvo.

-Eso no es una respuesta.

Las cejas y pestañas negras de Aoz Roon estaban cubiertas de polvo dorado cuando miró pesadamente de Dol a Shay Tal, de rostro oscuro y angosto, tan inexpresivo como un callejón.

-Ha estado hablando contigo, Dol, ¿no es verdad? ¿Qué sabes tú o qué te importa de Wutra? El gran Yuli lo expulsó, y nuestros antepasados expulsaron a los sacerdotes. Son sólo bocas ociosas. ¿Por qué nosotros somos fuertes mientras que Borlien es débil? Porque aquí no hay sacerdotes. Olvida ese disparate, no me molestes con eso.

Dol dijo, frunciendo los labios: -Shay Tal dice que los coruscos están enojados porque no tenemos sacerdotes. ¿No es así, Shay Tal? -Miró pidiendo ayuda por encima del hombro a la mujer mayor, que no se movió.

-Los coruscos están siempre enojados -respondió Aoz Roon, alejándose.-Se agitan ahí abajo como millones de pulgas -convino Eline Tal, y señaló la tierra, riendo. Era un hombre robusto, de mejillas rojas que le temblaban cuando reía. Había llegado a ser el amigo más íntimo de Aoz Roon, mientras que los otros lugartenientes desempeñaban papeles más bien subsidiarios.

Shay Tal se adelantó un paso y dijo: -Aoz Roon, a pesar de nuestra prosperidad, los oldorandinos seguimos divididos. El gran Yuli no lo hubiera aprobado. Los sacerdotes podrían ayudarnos a que fuéramos una comunidad más unida.

Él la miró y luego descendió lentamente del miela y se detuvo. Dol fue empujada a un lado.

-Si te hago callar, también Dol callará. Nadie quiere que vuelvan los sacerdotes. Tú lo deseas porque te ayudarían en tu deseo de conocimiento. El conocimiento es un lujo. Crea bocas ociosas. Lo sabes, pero eres tan obstinada que no quieres dar tu brazo a torcer. Puedes ayunar hasta la muerte si lo deseas, pero el resto de Oldorando engorda. Tú misma puedes verlo. Engordamos sin los sacerdotes, sin tus conocimientos.

El rostro de Shay Tal se arrugó.

-No quiero discutir contigo, Aoz Roon -respondió en voz baja-. Estoy harta. Pero lo que dices no es cierto. En parte hemos prosperado gracias al conocimiento aplicado. Los puentes, las casas... son ideas que la academia ha aportado a la comunidad.

-No me irrites, mujer.

Mirando el suelo, ella continuó: -Yo sé que me odias. Y que por eso ha muerto el maestro Datnil.

-Lo que odio es la división, la división constante -rugió Aoz Roon-. Sobrevivimos por el esfuerzo de todos, y siempre ha sido así.

La frente de Shay Tal palideció mientras la sangre le subía a las mejillas.

-Pero sólo podemos crecer a través del individuo.

Él hizo un ademán violento.

-Mira a tu alrededor, por Yuli. Recuerda cómo era este lugar cuando eras niña. Trata de comprender que lo hemos convertido en lo que es ahora por el esfuerzo común. No me digas lo

contrario. Mira las mujeres de mis lugartenientes: los pechos se les sacuden, trabajan como todo el mundo. ¿Por qué no estás con ellas? Siempre lejos, rezongando tu descontento.

-Yo diría que no tiene pechos que sacudir -comentó Eline Tal, riendo.

La observación estaba dedicada a regocijar a Tanth Ein y Faralin Ferd. Pero llegó a los oídos atentos de los cazadores jóvenes, que se echaron a reír, con excepción de, que se mantuvo en silencio, agachado sobre la silla, mirando atentamente a los participantes del drama del momento.

También Shay Tal la oyó. Como era pariente lejana de Eline Tal, la frase le dolió más. Un brillo de furia le encendió los ojos llorosos.

-Basta. No toleraré más abusos, tuyos ni de tus amigos. No volveré a molestarte, Aoz Roon, ni a discutir. Me estás viendo por última vez, tú, fanfarrón, traicionero, ignorante, y esa vaquilla preñada que duerme contigo. Mañana, al alba de Freyr, me iré para siempre de Oldorando. Saldré sola en mi yegua Lealtad, y nadie me volverá a ver.

Aoz Roon extendió el brazo.

-Nadie sale de Oldorando sin mi permiso. No te irás mientras no te arrojes a mis pies y me lo pidas.

-Lo veremos mañana -respondió vivamente Shay Tal. Giró sobre sus talones, se recogió las pieles sobre el cuerpo, y se marchó hacia la puerta norte.

Dol tenía la cara roja. -Deja que se vaya, Aoz Roon, o échala. Así nos libramos de ella de una vez. Vaquilla preñada... ¡Vieja reseca!

-Tú te mantendrás fuera de esto. Lo arreglaré a mi modo.

-Supongo que la harás matar, como a los demás.

Aoz Roon le golpeó el rostro, leve y desdeñosamente, sin dejar de mirar la figura de Shay Tal, que sé alejaba. Era el período de la noche en que todos dormían, pero Batalix aún ardía bajo en el cielo. Aunque los esclavos se agitaban de vez en cuando en el sueño de la media luz, había, en esa ocasión, gente libre despierta. En la habitación superior de la gran torre estaba reunido el consejo completo: los maestros de las siete antiguas corporaciones, más dos nuevos maestros, hombres jóvenes que representaban a dos corporaciones recién creadas, de sastres y talabarteros. También estaban allí los tres lugartenientes de Aoz Roon y uno de los Señores de la Pradera del Oeste,. El señor de Embruddock presidía la reunión, y las criadas mantenían las copas de madera llenas de bitel o cerveza ligera.

Al cabo de unas muy largas deliberaciones, Aoz Roon dijo: -Ingsan Atray, queremos oír tu opinión.

Le hablaba al maestro más anciano, un hombre de barba gris que mandaba la corporación de herreros, y que no había dicho nada hasta el momento. Los años habían curvado la columna vertebral de Ingsan Atray y le habían blanqueado los cabellos ralos, lo que acentuaba la anchura de la gran cabeza; por este motivo se lo consideraba sabio. Tenía el hábito de sonreír mucho, aunque los ojos parecían siempre cautelosos bajo los párpados arrugados. Sonrió, sentado sobre las pieles apiladas en el suelo, y respondió: -Señor, las corporaciones de Embruddock han amparado tradicionalmente a las mujeres. Después de todo, las mujeres son nuestra fuente de trabajo cuando los cazadores están en el campo, y en otros sitios. Sí: los tiempos cambian, lo concedo. Era diferente en los tiempos del señor Wall Ein. Pero las mujeres son también el canal de muchos conocimientos. No tenemos libros; y las mujeres memorizan y transmiten las leyendas de la tribu, como se ve cuando contamos
historias los días de fiesta...

-Al grano, por favor, Ingsan Atray...

-Ah, ya llego, ya llego. Shay Tal puede ser difícil o algo parecido, pero es una hechicera y una mujer sabia, y todos la conocen. No hace daño a nadie. Si se marcha, llevará consigo a otras mujeres, y esto será una pérdida. Nosotros, los maestros, nos atreveríamos a decir que has obrado correctamente al prohibir que se marche.

-Oldorando no es una prisión -gritó Faralin Ferd.

Aoz Roon asintió y miró alrededor.

-Se ha llamado a reunión porque mis lugartenientes no están de acuerdo conmigo. ¿Quién está de acuerdo con mis lugartenientes?

Librodot

Sorprendió la mirada de Raynil Layan, que se tiraba nervioso de la barba bifurcada.

-Maestro de la corporación de curtidores: a ti te gusta lucir la voz... ¿Qué tienes que decir?

-En cuanto a esto -Raynil Layan hizo un gesto de prescindencia-, siempre será difícil evitar que Shay Tal se marche. Podría huir tranquilamente, si lo deseara. Y además, hay una cuestión de principios... Otras mujeres podrían pensar... Pero no querernos que las mujeres estén descontentas. Por ejemplo, Vry, una mujer que piensa, y sin embargo atractiva, y juiciosa. Si pudieras revisar tu orden, muchas te lo agradecerían...

-Habla claro y sin medir tanto las palabras -dijo Aoz Roon-. Ahora eres un maestro, como deseabas, y nada tienes que temer. Nadie más habló. Aoz Roon los observó fieramente uno a uno. Todos evitaron mirarlo, hundiendo el rostro en las copas. Eline Tal dijo: -¿Por qué nos preocupamos? ¿Qué puede ocurrir? Deja que se vaya. -¡Dathka! -exclamó Aoz Roon-. ¿Nos concederás esta noche una palabra, ya que tu amigo Laintal Ay no ha aparecido? Dathkapuso su copa en el suelo y miró de frente a Aoz Roon.

-Toda esta discusión, y hablar de principios... es un disparate. Todos sabemos que Shay Tal y tú tenéis una vieja guerra personal. Eres tú quien ha de decidir. Échala de una vez; es una buena ocasión. ¿Por qué nos metes en este asunto?-Porque os concierne a todos, ¡por eso! -Aoz Roon golpeó los puños contra el suelo.- Por la roca, ¿qué motivo tiene esa mujer para estar contra mí y contra todos? No comprendo. ¿Qué gusano podrido le roe los sesos? Ha seguido adelante con su academia, ¿no es así? Se cree parte de un largo linaje de hembras embrollonas, Loilanun, Loil Bry, que fue la mujer de Pequeño Yuli... Y además: ¿adonde quiere ir? ¿Qué será de ella?

Las frases de Aoz Roon parecían oscuras e incoherentes. Nadie respondió. había hablado por todos; lo admiraron secretamente cuando dijo lo que dijo. En cuanto a Aoz Roon, nada más tenía que añadir. La reunión se disolvió.

Mientras Dathka salía, Raynil Layan le tomó el brazo y dijo suavemente: - Has hablado con astucia. Cuando Shay Tal se haya ido, la que te gusta encabezará la academia, ¿verdad? Y entonces necesitará tu apoyo...

-Dejo la astucia para ti, Raynil Layan -respondió Dathka, deshaciéndose de él-. Y no te cruces en mi camino.

No tuvo dificultad en encontrar a Laintal Ay. Aunque era muy tarde, Dathka sabía adonde ir. En la ruinosa torre, Shay Tal preparaba su equipaje, y muchos amigos habían acudido a decirle adiós. Allí estaban Amin Lim con su hijito, y
Vry, y Laintal Ay y Oyre, y muchas otras mujeres.

-¿Cuál ha sido el veredicto? -preguntó en seguida Laintal Ay.

-No hubo.

-¿No la detendrá?

-Depende de lo que beban durante la noche, él y Eline Tal y los demás, y ese parásito de Raynil Layan.

-Shay Tal está envejeciendo, Dathka. ¿Permitiremos que se marche?

Se encogió de hombros, repitiendo una de sus respuestas favoritas, y miró a Vry y a Oyre, que estaban muy cerca y escuchaban.

-Veámonos con Shay Tal antes de que Aoz Roon nos haga matar. Yo iría si ellas dos viniesen. Partiremos todos hacia Sibornal.

Oyre respondió: -Mi padre nunca os mataría, ni a ti ni a Laintal Ay. Eso es absurdo, a pesar de lo que haya ocurrido en el pasado.

Dathka volvió a encogerse de hombros.

-¿Podrías jurar que será así después de la partida de Shay Tal? ¿Podemos confiar en él?

-Todo eso es historia antigua -dijo Oyre-. Mi padre está contento y establecido con Dol, y ya no pelean como antes ahora que ella espera un niño.

-El mundo es grande, Oyre -dijo Laintal Ay-. Vámonos con Shay Tal, como dice Dathka, y empecemos de nuevo. Te llevaremos con nosotros, Vry. Estarás en peligro sin el apoyo de Shay Tal.

Vry no había hablado. Discreta como siempre, se había limitado a ser parte del grupo; pero ahora

respondió con firmeza: -No puedo irme. Dathka, me halagas, pero he de quedarme, haga lo que haga Shay Tal. Mi trabajo empieza a dar resultados, como espero poder anunciar pronto.

-Todavía no soportas mi presencia, ¿no es verdad? -dijo.

-Ah, ya estaba olvidándome de algo -murmuró ella dulcemente.

Se volvió, eludiendo la mirada ceñuda de Dathka, y se abrió paso entre las mujeres hasta Shay Tal.

-Tienes que medir las distancias, Shay Tal. No lo olvides. Haz que un esclavo cuente cada día los pasos del miela, después de anotar la dirección en que vais. Escribe los detalles por la noche. Trata de descubrir a qué distancia se encuentra el país de Sibornal. Sé tan precisa como puedas.

Shay Tal tenía un aire majestuoso, entre los llantos y las charlas del cuarto. La cara de halcón mostraba siempre una expresión abstraída, aun cuando alguien le hablaba, como si ella ya estuviera lejos de todos. Decía poco, y en un tono indiferente.

Dathka miró en silencio las paredes, cubiertas por el complicado dibujo de los líquenes, y luego a Laintal Ay con la cabeza ladeada y señaló la puerta. Cuando Laintal Ay movió la cabeza, Dathka frunció la boca en un gesto habitual en él, y se dispuso a salir.

-Es una pena que no se pueda adiestrar a las mujeres como a los mielas -dijo mientras se alejaba.

-Por lo menos él es siempre desagradable -dijo desdeñosamente Oyre. Ella y Vry llevaron a Laintal Ay a un rincón y murmuraron allí un rato. Era esencial que Shay Tal no saliera esa mañana; él tenía que persuadirla a que esperase hasta el día siguiente.

-Es absurdo. Si quiere irse, tiene que hacerlo. Ya lo hemos hablado. Primero no queréis partir; ahora no queréis que ella se marche. Detrás de las empalizadas hay un mundo que no conocéis.

Oyre se quitó fríamente unas pajas de la ropa.

-Sí, el mundo a conquistar. Ya lo sé, mi padre no habla de otra cosa. El hecho es que mañana habrá un eclipse.

-El de mañana será muy distinto, Laintal Ay -advirtió Vry-. Sólo queremos que Shay Tal postergue la partida. Si se va de aquí el día del eclipse, la gente asociará las dos cosas. Y nosotros sabemos que no hay ninguna relación.

Laintal Ay frunció el ceño.

-Y entonces, ¿qué?

Las dos mujeres se miraron un momento, como si no supieran qué decir.

-Creemos que si se marcha mañana pueden ocurrir cosas malas.

-Ja! Entonces creéis que hay una conexión... Así es la mente femenina... Pero si hay una conexión, no hay ninguna manera de evitarla, ¿no es verdad?

Oyre torció la cara en una mueca de exagerado disgusto: -Y la mente masculina... Cualquier excusa es buena para no hacer nada, ¿eh?

-Y vosotras, las brujas, siempre enredando lo que no nos concierne. Verdaderamente disgustadas ahora, lo dejaron en el rincón y regresaron al lado de Shay Tal.

Las ancianas charlaban; hablaban del milagro de la Laguna del Pez, hablaban de costado, miraban de costado, para ver si estos recuerdos impresionaban a Shay Tal. Pero ella no daba señales de verlas ni oírlas.

-Pareces verdaderamente cansada de la vida -comentó Rol Sakil-. Te casarás y serás feliz, siempre que los hombres estén hechos como aquí.

-Quizás estén mejor hechos -respondió otra anciana, entre risas. Se discutieron las posibles mejoras.

Shay Tal continuó empacando sin sonreír.

Tenía unas pocas cosas. Cuando terminó de ordenarlas en dos bolsos de piel, se volvió y pidió a todos que se marcharan, como si deseara descansar antes del viaje. Les agradeció que estuvieran allí, los bendijo, y prometió que jamás los olvidaría. Besó en la frente a Vry. Luego llamó a Oyre y a Laintal Ay.

Tomó la mano de Laintal Ay entre las suyas, tan delgadas, y le miró los ojos con inusitada ternura. Habló cuando todos se habían ido del cuarto, menos Oyre.

-Sé prudente en todo lo que hagas, porque no te preocupas bastante por ti mismo, ni sabes

cuidarte. ¿Comprendes, Laintal Ay? Me alegra que no hayas combatido por el poder que era tuyo por derecho de nacimiento. Sólo te habría traído penas.

Se volvió hacia Oyre, con una expresión de seriedad que le arrugaba la cara.

-Eres muy querida para mí, porque sé cuánto te quiere Laintal Ay. Mi consejo ahora que nos separamos es el siguiente: que seas pronto su mujer. No pongas condiciones en tu corazón, como he hecho yo y como tu padre hizo una vez. Eso lleva a la inevitable desventura, como he comprendido demasiado tarde. Yo era demasiado orgullosa en mi juventud.

Oyre respondió: -No eres desventurada. Aún eres orgullosa.

-Se puede ser a la vez orgullosa y desventurada. Escucha lo que digo, porque comprendo tus dificultades. Laintal Ay es lo que más se parece al hijo que nunca tendré. Te ama. Ámalo, con emoción pero también con el cuerpo. Los cuerpos son para quemar, no sólo para echar humo.

Shay Tal se miró el cuerpo reseco y les dijo adiós con la cabeza.

Batalix se había puesto y la noche verdadera comenzaba a caer.

Los mercaderes acudían a Oldorando en cantidades crecientes, y desde todos los puntos de la brújula. El importante comercio de sal procedía del norte y del sur, y se llevaba a cabo por medio de rebaños de cabras. Ahora había una ruta regular hacia el oeste a través de la pradera, recorrida por los mercaderes de Kace, que traían cosas llamativas como joyas, vidrio de color, juguetes plateados, instrumentos musicales, y también caña de azúcar y frutas exóticas; preferían la moneda al trueque, pero en Oldorando no había moneda, de modo que aceptaban hierbas, pieles, y granos. A veces los hombres de Kace utilizaban pinzasacos como bestias de carga, pero esos animales se hacían más raros a medida que aumentaba la temperatura.

Todavía venían sacerdotes y comerciantes de Borlien, aunque habían aprendido tiempo atrás a temer al traicionero vecino del norte. Vendían volantes y cuartillas que narraban historias tremendas en verso rimado, y también sartenes y ollas de metal de buena calidad.

Desde el este, y por distintos caminos, venían muchos mercaderes, y a veces caravanas. Unos hombrecillos oscuros, que esclavizaban a phagors y madis, seguían unas rutas regulares en las que Oldorando era sólo una estación de paso. Traían adornos delicadamente tejidos que las mujeres de Oldorando apreciaban. Se rumoreaba que algunas de estas mujeres acompañaban a veces a los hombres oscuros; era indudable que los orientales comerciaban con muchachas madis, que eran hermosas pero languidecían encerradas en las torres. De cualquier modo, y aunque de mala reputación, eran tolerados a causa de las mercancías que traían: no sólo adornos, sino también tapices, manteles, alfombras, chales, como no se habían visto nunca en Oldorando.

Todos los viajeros necesitaban alojamiento. Los campamentos eran una molestia. Los esclavos de Oldorando trabajaron para construir un barrio separado, al sur de las torres, conocido irónicamente como Pauk. Allí se efectuaba todo el comercio; en las callejuelas, los mercaderes en pieles y en cualquier otro género hacían sus negocios, cerca de los establos y las casas de comida del barrio. Durante cierto tiempo, se prohibió la entrada de los comerciantes a la verdadera Oldorando. Pero crecieron en número, y algunos se establecieron en la ciudad, importando artes y vicios.

También los oldorandinos aprendían las artimañas del comercio. Mercaderes de iniciación reciente abordaban a Aoz Roon y pedían concesiones especiales, como el derecho de acuñar moneda. Este asunto les preocupaba más que los problemas con la academia, que consideraban una pérdida de tiempo.

Un grupo de comerciantes de Oldorando, en número de seis, cómodamente montados en mielas, regresaba a la ciudad después de una expedición provechosa. Al alba de Freyr, se detuvieron en una colina al norte, cerca del terreno de los brassimipos, desde donde podían ver las afueras de la ciudad, congeladas en la luz gris. El aire estaba tan quieto que unas voces lejanas llegaban hasta ellos.

-Mirad -exclamó uno de los jóvenes mercaderes, protegiéndose los ojos con las manos para ver mejor-. Hay un alboroto cerca de la puerta. Sería mejor que tomáramos otro camino.

-No serán peludos, ¿verdad?

Todos clavaron los ojos. A lo lejos podía verse un grupo de hombres y mujeres que salían de la ciudad. En cierto punto, parte de ellos se detuvo con indecisión, de modo que el grupo se dividió en dos. Los demás continuaron avanzando.

-No parece nada importante -dijo el joven mercader, espoleando el miela. En Embruddock lo esperaba una mujer a quien tenía muchas ganas de encontrar, y llevaba una nueva chuchería para ella en el bolsillo. La partida de Shay Tal no significaba nada.

Pronto se elevó Batalix, que sobrepasó a su compañero celeste.

El frío, la mañana descolorida que amenazaba lluvia, la sensación de aventura, todo hacía que ella se sintiera incorpórea. Sin ninguna emoción, abrazó a Vry en una muda despedida. La criada, Maysa Latra, una esclava voluntaria, la ayudó a bajar sus escasas pertenencias. Junto a la torre estaba Amin Lim, sosteniendo la brida de su propio miela y el de Shay Tal, y despidiéndose afligida de su hombre y de su hijito. He ahí un sacrificio más grande que el mío, pensó Shay Tal. Yo estoy feliz de partir. Jamás sabré por qué Amin Lim me acompaña. Pero la decisión de su amiga le había iluminado el corazón, aunque también había sentido un cierto desdén.

Cuatro mujeres se marchaban con ella: Maysa Latra, Amin Lim, y dos discípulas más jóvenes, devotas participantes de la academia. Todas iban montadas y acompañadas por un esclavo castrado a pie, Hamadranabil, que conducía dos mielas cargados y un par de perros salvajes de caza con collares de púas.

Otras personas, mujeres y algunos ancianos, seguían la procesión; se despedían, o daban consejos, serios o jocosos, según la fantasía de cada uno.

Laintal Ay y Oyre esperaban junto a la puerta para ver por última vez a Shay Tal; estaban juntos pero evitaban mirarse.

Del otro lado de la puerta estaba Aoz Roon, de pie, envuelto en las pieles negras, los brazos cruzados, el mentón hundido en el pecho. Junto a él, al cuidado de Eline Tal, estaba Gris, que por una vez no parecía más alegre que el amo. Detrás del jefe silencioso había varios hombres de rostros graves y con las manos metidas en las axilas.

Cuando apareció Shay Tal, Aoz Roon trepó de un salto a la silla y avanzó con lentitud, no hacia ella sino en una dirección convergente, de modo que, si continuaban marchando sin desviarse, ambos se encontrarían un poco más adelante, donde comenzaban los árboles.

Freyr estaba todavía escondido entre las nubes tempranas, de modo que no había color en el mundo.

El terreno se elevaba, el sendero se hacía más estrecho, los árboles crecían más próximos. Shay Tal y los otros llegaron a un pliegue donde se interrumpían los árboles y empezaba un pantano. Las ranas escaparon chapoteando mientras el grupo se acercaba. Los mieles pisaban con cuidado, lentamente, y alzaban disgustados los cascos, sacando a la superficie el fango amarillo que se apelmazaba debajo del agua.

Del otro lado de la ciénaga, los árboles obligaron a los jinetes a acercarse más. Como si hasta entonces no hubiera visto a Aoz Roon, Shay Tal le dijo con voz clara:

-No es necesario que me sigas.

-No te sigo, señora; te guío. Quiero que salgas sana y salva de Oldorando. Es un honor que se te debe.

No dijeron nada más. Continuaron hasta llegar por fin a una elevación cubierta de arbustos. Desde la parte superior partía un limpio sendero de mercaderes que corría hacia el norte, hacia Chalce y la lejana -nadie sabía cuan lejana- Sibornal. En la ladera descendente crecían otra vez los árboles. Aoz Roon llegó primero a la cresta y allí, con el rostro inexpresivo, detuvo a Gris a un lado del camino mientras las mujeres se acercaban. Shay Tal refrenó a Lealtad y se aproximó con la cara compuesta y brillante.

-Te agradezco que hayas venido hasta aquí.

-Que tengas buen viaje -dijo él formalmente, bien erguido y ahuecando el vientre-. Observarás que nadie ha intentado impedir que nos abandones. La voz de Shay Tal se hizo más dulce: -No volveremos a vernos; de ahora en adelante estaremos muertos el uno para el otro. ¿Hemos arruinado mutuamente nuestras vidas, Aoz Roon?

-No sé de qué hablas.

-Sí lo sabes. Esta lucha empezó cuando éramos niños. Dime una palabra, amigo, ahora que me voy. No seas orgulloso, como he sido yo siempre; no ahora.

Él apretó los labios y la miró en silencio.

-Por favor, Aoz Roon, dime la verdad. Sé muy bien que te he rechazado con demasiada frecuencia.

Aoz Roon asintió.

-Tú has dicho la verdad.

Ella lo miró ansiosamente; luego espoleó al miela, que se adelantó un paso, de modo que ambas cabalgaduras se tocaban.

-Ahora que me marcho para siempre, dime solamente... que aún sientes en tu corazón lo que sentías antes, cuando éramos jóvenes.

El emitió una risa nasal.

-Estás loca. Nunca has comprendido la realidad. Estabas demasiado encerrada en ti misma. Nada siento por ti ahora, ni tú por mí, aunque lo ignores.

Ella extendió una mano, pero él retrocedió, mostrando los dientes como un perro.

-¡Mentiras, Aoz Roon, mentiras! Al menos un gesto, un beso de despedida, maldito seas, he sufrido mucho por tu causa. Un gesto es mejor que las palabras.

-Muchos piensan que no. Lo que se ha dicho, permanece.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Shay Tal y le resbalaron por las mejillas.

-¡Que los fessupos te devoren!

Torció la cabeza de la yegua y se alejó al galope, hundiéndose entre los árboles para alcanzar al pequeño séquito.

Aoz Roon se quedó un instante donde estaba, rígidamente sentado en la silla, mirando al frente, con los nudillos blancos sobre las bridas. Lentamente, hizo girar la cabeza de Gris y encaminándose hacia los árboles se alejó de Oldorando. No tuvo en cuenta a Eline Tal, que aguardaba discretamente a cierta distancia.

Gris ganó velocidad mientras descendía, alentado por su amo. En seguida se lanzó a galope tendido; el suelo volaba por debajo y todos los demás desaparecieron de la vista. Aoz Roon alzó el puño en el aire.

-¡Buen viaje a la perra bruja! -gritó. Una carcajada salvaje le desgarró la garganta mientras cabalgaba.

La Estación Observadora Terrestre Avernus veía todo mientras pasaba por encima. Seguía todos los cambios y transmitía todos los informes a la Tierra. En el Avernus, miembros de ocho cultivadas familias trabajaban sintetizando los nuevos conocimientos.

No sólo registraban el movimiento de la población humana, sino también el de los phagors, los blancos y los negros. Cada avance o retroceso se transformaba en impulsos que por último se abrirían paso a través de los años luz hasta los ordenadores del Instituto de Centrónica Heliconiana de la Tierra.

Desde las ventanas de la estación, el personal observaba el planeta y el progreso del eclipse, visible como una necrosis gris que se extendía por el océano y el continente tropical.

En un sector de las pantallas monitoras se vigilaba otro progreso: el de la cruzada del kzahhn hacia Oldorando. Según su propia y peculiar cuenta del tiempo, la cruzada estaba en ese momento precisamente a un año de la meta prevista: la destrucción de la vieja ciudad.

En forma codificada, todas estas señales eran enviadas a la Tierra. Allí, muchos siglos más tarde, los observadores de Heliconia se reunirían a contemplar la agonía final del drama.

Habían quedado atrás las desnudas regiones de Mordriat, las quebradas con eco, los rotos paredones rocosos, los páramos de aspecto insólitamente tímido, los parduscos altiplanos donde humeaban siempre las nubes, como si los invariables contornos de la desolación hubiesen sido modelados por el fuego y no por el hielo.

La cruzada, rota en muchos grupos separados, se abría camino por las tierras bajas, donde sólo vivían los madis, los rebaños de los madis y densas bandadas de pájaros. Indiferentes al entorno, los phagors continuaban marchando hacia el sudeste.

El kzahhn de Hrastyprt, Hrr-Brahl Yprt, los conducía. El propósito de venganza les ardía aún con

violencia en los guarneses, mientras atravesaban las inundaciones, en el lado oriental de la llanura oldorandina; sin embargo, muchos de ellos habían muerto. Las enfermedades y los ataques de los despiadados Hijos de Freyr los habían diezmado.

Tampoco habían sido bien recibidos por los pequeños grupos de phagors cuyas tierras atravesaban. Esos grupos, sin kaidaws, llevaban una vida estable, tenían con frecuencia esclavos humanos y madis, y rechazaban con energía todas las invasiones.

Hrr-Brahl Yprt había marchado de victoria en victoria. Sólo la enfermedad era más poderosa que él. La noticia de que se acercaba iba siempre delante de él, precediéndolo; las cosas vivas se apartaban para dejarlo pasar; y como resultado el frente invasor se extendía a lo largo de medio continente. Los jefes se encontraban ahora con Hrr-Brahl Yprt a orillas de un ancho río. Las aguas eran muy frías y descendían (aunque el ejército phagor lo ignoraba) de las mismas alturas de Nktryhk donde se había iniciado la cruzada contra los Hijos de Freyr, a mil millas de distancia.

-Aquí, junto a estos torrentes, nos quedaremos hasta que Batalix recorra dos veces el cielo -dijo Hrr-Brahl Yprt a los comandantes-. Los exploradores se adelantarán en direcciones divergentes buscando un paso; las octavas de aire los guiarán.

Silbó al ave vaquera, que se puso a buscar garrapatas en el pelaje del phagor. No le importaban mucho, porque el kzahhn tenía otras cosas en el guarnés; pero las diminutas criaturas se habían vuelto bruscamente irritantes. Quizá la causa era el calor del valle. Unos muros verdes crecían en todas direcciones, atrapando el calor importuno como agua en el hueco de las manos. Pronto estaría sobre ellos la tercera ceguera. Y más tarde tendría que regresar a zonas más frías.

Pero antes, la venganza.

Alejó con un ademán al gracioso Zzhrrk, y se alejó un trecho tratando de comprender la totalidad de la situación. Mientras, el ave permanecía sobre él, con ocasionales aletazos.

Podían esperar allí a que se reagrupase el resto de las fuerzas, extendidas a lo largo de doce millas. Se izaron las banderas y soltaron a los kaidaws que se pusieron a pastar. Los esbirros levantaron tiendas para los jefes. Se prepararon comidas y rituales.

Mientras Batalix y el traicionero Freyr pasaban sobre el campamento, el kzahhn de Hrastyprt entró en la tienda, quitándose la corona facial. Adelantó la larga cabeza entre los hombros robustos e inclinó hacia adelante el tonel del cuerpo, adelgazado por las penurias del viaje.

Las largas pestañas descendieron, y miró con ojos rojos y entornados a lo largo de la curva de la nariz, a las cuatro fillockas. Dentro de la tienda, se rascaban o jugueteaban mientras esperaban la llegada del estalón.

Zzhrrk penetró por la abertura de la tienda, pero Hrr-Brahl Yprt la alejó. El ave aleteó, perdiendo el equilibrio, y aterrizó torpemente, antes de salir andando de la tienda. Hrr-Brahl Yprt dejó caer un tapiz, cerrando la entrada. Empezó a quitarse la armadura, la chaqueta sin mangas, el cinturón, el bolso, mientras miraba a las cuatro novias, pasando de una a otra la mirada imperiosa. Olisqueó el aire.

Las fillockas, inquietas, se rascaban o se ajustaban las largas túnicas blancas para que él pudiese verles las ubres. Las plumas de águila que llevaban en la cabeza se inclinaron hacia él. Las hembras resoplaron y una lecha pálida les asomó de pronto en los ollares.-¡Tú! -dijo, señalando a la única hembra que estaba plenamente en celo. Mientras las otras retrocedían y se echaban en la parte posterior, la elegida volvió la espalda al joven kzahhn y se agachó. Él se acercó; hundió los tres dedos profundamente en la carne que se le ofrecía, y se los secó en la piel negra del hocico. Sin más demora, se apoyó contra ella, poniéndola en cuatro patas. Luego, lentamente, ella se inclinó todavía más hasta apoyar la frente ancha sobre la alfombra.

Concluida la incursión, las demás fillockas se adelantaron trotando a husmear a la hermana, y Hrr-Brahl Yprt se colocó la armadura y salió de la tienda. Pasarían tres semanas antes de que el interés sexual del phagor se reavivara otra vez.

El comandante Yohl-Gharr Wyrrijk lo esperaba estólidamente. Muy tiesos, se miraron a los ojos. Yohl-Gharr Wyrrijk señaló el cielo.

-Se acerca el día -dijo-. Las octavas son cada vez más angostas.

El kzahhn alzó la cabeza y movió el puño para que las aves vaqueras despejaran el cielo. Miró al

Librodot

usurpador Freyr, viendo que cada día se acercaba más a Batalix, como una araña sobre la tela. Pronto, muy pronto, Freyr quedaría oculto en el vientre del enemigo. Entonces los ejércitos habrían llegado a la meta. Golpearían, y matarían a toda la progenie de Freyr que vivía en donde habían matado al noble abuelo de Hrr-Brahl Yprt; y luego incendiarían la ciudad y la borrarían de la memoria. Sólo entonces él y sus seguidores lograrían un honroso estado de brida. Estos pensamientos se les arrastraban por los guarneses como el lento goteo de las estalactitas, que estallan y se deshacen empapando el suelo. -Los dos seminales -gruñó.

Entonces un esclavo humano hizo sonar el cuerno de pinzasaco y otros trajeron las figuras queratinosas del padre y del bisabuelo estalón. El joven kzahhn observó que el largo viaje había deteriorado las figuras, a pesar de que las habían cuidado en todo momento. Humildemente, mientras los ejércitos se reunían junto al río, Hrr-Brahl Yprt entró en trance. Todos quedaron absolutamente inmóviles, de acuerdo con su naturaleza, como si se hubieran congelado en un océano de aire.

Apareció la imagen del bisabuelo, no mayor que un conejo de las nieves, corriendo a cuatro patas, como habían hecho los phagors en los tiempos antiguos, cuando Batalix aún no había caído en la telaraña tejida por Freyr.

-Cuernos en alto -dijo el conejo de las nieves-. Recuerda las enemistades, desconfía de la llegada del verde, riégalo con el líquido rojo de los Hijos de Freyr, que han traído el verde y han expulsado el blanco.

También apareció el queratinoso padre, apenas mayor, inclinándose ante su hijo y despertándole en el pálido guarnés una secuencia de imágenes.

Allí, ante sus ojos cerrados, estaba el mundo, y las tres partes bombeaban. Del vapor brotaban las hebras amarillas de las octavas de aire, retorciéndose como largas cintas y envolviendo los puños apretados, y los puños apretados de los mundos vecinos, y también del amado Batalix y la forma de araña de Freyr. Unas cosas como piojos corrían por las cintas, quejándose con una nota aguda.

Hrr-Brahl Yprt agradeció a su padre las imágenes que le fluctuaban en el guarnés. Las había visto antes, muchas veces. Todos los presentes estaban familiarizados con ellas. Tenían que repetirse. Eran las piedras de imán de la cruzada. Si las luces no se repetían, se debilitaban hasta apagarse, dejando el cráneo como una caverna remota atestada de cadáveres de serpientes.

Mediante la repetición se comprendía con claridad que las necesidades de un phagor eran las necesidades de ese mundo que quienes habían partido llamaban Hrl-Ichor Yhar. Ahora había imágenes de los Hijos de Freyr. Cuando los colores de las octavas de aire brillaban, los Hijos caían por tierra, enfermos,
o muertos, o transformados y de menor tamaño. Ese tiempo había venido antes. Ese tiempo vendría pronto. El pasado y el futuro eran el presente. Eso ocurriría cuando Freyr quedara totalmente oculto detrás de Batalix. Y ése sería el momento de atacar, a todos, y en particular a aquellos cuyos antepasados habían asesinado al gran kzahhn Hrr-Tryhk Hrast.

Recuerda. Sé valiente, sé implacable. No te desvíes una pulgada del programa, transmitido a través de incontables ancestros.

Había una fragancia de viejos días, lejana, rancia, y verdadera. Alcanzó a ver la hueste angélica de los predecesores, que devoraban los prístinos campos de hielo. Millones de giros de aire marchaban sin detenerse, jamás silenciosos.

Recuerda. Prepárate para la próxima etapa. Cuernos en alto.

El joven kzahhn salió lentamente del trance. La blanca ave vaquera se le había posado en el hombro izquierdo. Le deslizó el pico curvo entre el pelaje y los pliegues de los hombros, y el ave empezó a devorar las garrapatas que allí se arracimaban. El cuerno sonó otra vez, y la fúnebre nota pasó por encima del río glacial.

Esa nota melancólica fue escuchada a cierta distancia, donde un grupo de phagors estaba separado del cuerpo principal. Eran ocho, dos estalones y seis gillotas. Tenían un viejo kaidaw rojo, que ya no se podía montar, y que llevaba armas y provisiones. Unos días antes, cuando Batalix imperaba auspicioso en el cielo, habían capturado a seis hombres y mujeres rnadis que llevaban unos pocos animales y eran la retaguardia de una caravana migratoria que iba hacia el istmo de Chalce. Los animales habían sido inmediatamente cocidos y comidos, después del correcto mordisco en el cuello.

Los infortunados protognósticos, atados juntos, fueron obligados a marchar a retaguardia. Pero como los madis avanzaban con dificultad, y el grupo se había demorado en el festín, se encontraban ahora lejos de la cruzada, en el lado inadecuado de un arroyo que pronto se convirtió en torrente. Llovió en las sierras, el torrente creció y quedaron aislados. Esa noche de Batalix los ocho phagors acamparon en un lugar sombrío, debajo de unos altos rajabarales, y amarraron a los protognósticos a un árbol delgado. Allí los dejaron dormir, en un montón. Los phagors se echaron de espaldas muy cerca; las aves vaqueras se les posaron sobre los pechos, con las cabezas y los picos hundidos en el pelaje tibio de la garganta. Los phagors pasaron inmediatamente a un inmóvil reposo sin sueños, como si se prepararan para el estado de brida.

Los despertaron los chillidos de las aves vaqueras y los gritos de los madis. Los madis, aterrorizados, se habían desatado del árbol y habían caído sobre los captores, buscando protección contra una amenaza más grave.

Uno de los rajabarales se partía. En el aire vibraba el ruido de la destrucción.

Aparecían grietas verticales, y una oscura savia castaña brotaba en ellas como pus. El vapor del árbol envolvía la cosa que emergía retorciéndose.

-¡El gusano de Wutra! ¡El gusano de Wutra! -gritaban los protognósticos mientras los phagors se ponían en pie. El jefe phagor se acercó y repartió las armas.

El gran tambor del rajabaral tenía diez metros de altura. De pronto la parte superior voló hecha añicos, como una pieza de cerámica, y apareció el gusano de Wutra, derramando el hedor característico: una mezcla de excrementos, peces podridos y queso rancio.

La cabeza de la criatura se elevó como la de una serpiente, brillando al sol, sobre la flexible columna del cuello. Dio media vuelta y el rajabaral se partió, mostrando nuevos anillos viscosos, y la piel vieja de una muda. La criatura había entrado en el rajabaral por las raíces, utilizando el árbol como guarida. El calor creciente había favorecido la muda y la metamorfosis. Ahora necesitaba alimento; una nueva etapa se abría paso entre los imperativos del ciclo vital.

Los phagors ya estaban armados. El jefe, una maciza gillota de pelos negros, dio la orden. Los dos mejores lanceros arrojaron las armas al gusano de Wutra. La bestia se volvió y las lanzas pasaron junto a ella. Vio las figuras allá abajo, y movió la cabeza para atacar. Los phagors comprendieron lo enorme que era el gusano cuando los cuatro ojos los miraron por encima de los carnosos tentáculos que le rodeaban la boca. Los tentáculos se movían como dedos mientras el gusano se disponía a atacar. La boca, con dientes inclinados hacia dentro, parecía curiosamente floja en el medio y los costados.

La cabeza se sacudió como la cola de un asokin. En un momento estaba sobre las copas de los árboles; en el siguiente, caía sobre la línea de phagors. Los lanceros arrojaron las armas. Las aves vaqueras se dispersaron.

Esa boca de extraño funcionamiento, sin mandíbulas, parecía infinitamente eficaz. Alcanzó una gillota y la alzó a medias. La gillota era demasiado pesada para aquel cuello flexible. El gusano la arrastró por la ciénaga. Ella graznaba e intentaba golpear con un brazo las bolsas odoríferas del monstruo.

-¡Matadlo! -gritó la gillota que mandaba, lanzándose adelante con el cuchillo en alto.

Pero en las oscuras viscosidades del cerebro del gusano se había llegado a una decisión. Mordió ferozmente la carne que tenía en la boca, dejando caer una parte. Alzó la cabeza, alejándola de los phagors, chorreando sangre amarilla. El trozo restante de la gillota golpeó contra el suelo.

El gusano empezó a cambiar antes de engullir el bocado. Los anillos aplastaban los árboles jóvenes. Aunque no se arredraban con facilidad, los siete phagors vivientes se arrojaron espantados al suelo. El gusano se partía en dos.

La ensangrentada cabeza se arrastraba sobre la hierba. Las membranas se desgarraban con ruidos retardados. Algo como una máscara se separó de la cabeza, que se convirtió grotescamente en dos cabezas. Mientras estas dos cabezas estuvieron superpuestas, se parecieron a la antigua; pero cuando la superior se alzó separándose, la semejanza concluyó. De las nuevas bocas salieron unos tentáculos carnosos, que se estiraron en un círculo de púas alrededor de una boca cartilaginosa y entreabierta. En la parte superior de esa increíble abertura había dos ojos dispuestos horizontalmente. Las

membranas rotas revelaron una capa viscosa que se secó con un leve cambio de color. Una cabeza se hizo verde con un matiz grisáceo, la otra azul moteada.

Las cabezas se elevaron, esquivándose, antagónicas, con un grave zumbido.

Este movimiento determinó que nuevas membranas se desgarraran a lo largo del viejo cuerpo, y aparecieron dos cuerpos, uno verde, otro azul, muy delgados. Un esfuerzo convulsivo, como un estertor mortal, sacudió el viejo cuerpo. Los dos nuevos, finos como jabalinas, asomaron abriendo unas alas como de papel. Las cabezas se elevaron sobre el destrozado rajabaral, y las alas de papel empezaron a moverse. Ocho aves vaqueras revoloteaban alrededor, con los picos abiertos, chillando.

Las dos criaturas se hicieron más estables. En el momento siguiente, las colas de largas púas habían dejado el suelo. Estaban en el aire, y la luz de Freyr les brillaba sobre el cuerpo escamoso y las nervaduras de las alas. Un monstruo, el verde, era macho; tenía una doble serie de apéndices tentaculares en la región central; el otro, el azul, era hembra y de escarnas menos brillantes.

Las alas batían ahora con firmeza, y los monstruos se alzaron por encima de los árboles. La abertura frontal, la boca, absorbía aire, expelido por otras aberturas de la parte posterior. Las criaturas volaron en círculos mientras los phagors las miraban sin saber qué hacer. Luego los monstruos iniciaron el vuelo nupcial.

Tomaron direcciones opuestas, uno hacía el norte distante, otro hacia el lejano sur, obedeciendo a las misteriosas y musicales octavas de aire, de pronto poderosos, magníficos. Los largos cuerpos finos ondulaban en la atmósfera. Ganaron altura, alzándose por encima de los límites del valle. Y luego desaparecieron; habían ido a emparejarse en los remotos polos opuestos. Ambas criaturas habían olvidado las existencias anteriores, aprisionadas durante siglos en la tierra hibernal.

Murmurando, los phagors se ocupaban de asuntos más inmediatos. Miraron alrededor. Allí estaba el kaidaw ramoneando plácidamente la hierba. Los madis habían desaparecido. Aprovechando la oportunidad, los protognósticos habían huido al bosque.

Los madis se acoplaban en general para toda la vida, y es raro que un viudo
o una viuda volviera a unirse; por lo común, cierta profunda melancolía acababa con el sobreviviente de la pareja. Los fugitivos eran tres hombres y sus mujeres. La pareja mayor -por pocos años- se llamaba Caathkarnit, nombre que tenían desde el tiempo de la unión. Pero cada uno de ellos se distinguía como Caathkarnit-él y Caathkarnit-ella.

Los seis eran delgados y de baja estatura, y de color oscuro. Los protognósticos trashumantes, una de cuyas tribus eran los madis, no eran muy diferentes de los seres humanos. Los labios, abultados a causa de la formación de los huesos craneanos y la disposición de los dientes, les daban una expresión de avidez. Tenían ocho dedos en cada mano, cuatro y cuatro opuestos, que se cerraban con fuerza sorprendente, y en los pies tenían también cuatro dedos delante y cuatro detrás del talón.

Corrían, alejándose del lugar donde estaban los phagors, a un trote regular que podían mantener durante horas si era necesario.

Avanzaban en doble fila, los Caathkarnit al frente, luego la pareja que les seguía en edad, luego la otra, a través de bosques y ciénagas. Algunos animales salvajes, sobre todo venados, huían precipitadamente ante ellos. En una ocasión, un jabalí. Corrían sin pausa.

Iban aproximadamente hacia el oeste; el recuerdo de las ocho semanas de cautividad les daba fuerzas. Bordeando las zonas inundadas, trepaban para salir del gran cuenco de tierra. Hacía menos calor. El largo camino en pendiente los agotaba. El trote se convirtió en paso rápido. Sentían un escozor ardiente en la piel. Continuaban con las cabezas bajas, respirando penosamente por la boca y la nariz, y de vez en cuando trastabillaban sobre el áspero terreno.

Finalmente, los dos últimos rodaron por el suelo apretándose el estómago. Los cuatro compañeros alzaron los ojos y vieron que casi habían llegado a la cumbre de la elevación; se podía esperar que más allá la tierra fuera plana. Continuaron, inclinados hacia adelante, para dejarse caer apenas llegaran a la llanura. Respiraban con mucho trabajo.

Desde allí pudieron mirar hacia atrás, a través del aire de una claridad sobrenatural. Un poco más abajo los dos compañeros exhaustos yacían en la parte superior de un enorme tazón de tierra. Los lados de ese tazón estaban marcados por las hondonadas de los torrentes. Estos alimentaban un río serpentino suficientemente nuevo como para que algunos árboles todavía sobresalieran en medio de

las aguas. La corriente se estancaba en los sitios donde se juntaban troncos y otros materiales arrastrados. El río se perdía de vista girando más allá de un repliegue montañoso.

El aire estaba lleno de ruidos de agua. Podían ver el lugar de los grandes rajabarales cóncavos. En alguna parte, entre ellos, estaban los phagors de los que habían huido. Detrás de los rajabarales, del otro lado del tazón, unos bosques jóvenes cubrían los barrancos. Los árboles eran en general de color verde oscuro y crecían en hileras, punteadas de vez en cuando por unos árboles de brillante follaje dorado, que los madis llamaban caspiarnos; en épocas de hambre se podían comer los brotes amargos.

Pero el paisaje no terminaba en los bosques. Más allá se veían riscos desmoronados, por donde hombres o animales podían intentar un azaroso descenso. Esos riscos eran parte de una montaña de contornos redondeados y se extendían de un lado al otro del panorama. La roca blanda de la base estaba partida en quebradas, cubiertas de vegetación. Donde la vegetación era más densa, y la dislocada configuración de la montaña parecía más espectacular, brillaba un torrente espumoso que irrumpía en el valle por una estrecha quebrada.

Por encima y más lejos de esa montaña se erguían otras, más sólidas, de duradero basalto, con los flancos excoriados por los pasados siglos invernales. Parecía que no tuviesen ninguna relación con las tierras de alrededor, aunque estaban salpicadas por el amarillo, el blanco y el anaranjado de las pequeñas flores de la meseta, cuyos colores se percibían distintamente incluso a millas de distancia.

Por encima de las montañas de basalto había otras cumbres, desnudas, azules, terribles. Como para demostrar a todas las cosas vivientes que el mundo no tenía fin, esas cumbres permitían vislumbrar otros objetos: tierras altísimas y lejanísimas que mostraban los dientes como una procesión de picos. Eran los bastiones de la materia, y se alzaban donde comenzaban los fríos tremendos de la tropopausa.

La aguda visión de los madis examinó esta escena, descubriendo unos pequeños puntos blancos entre los caspiarnos más próximos, los altos desfiladeros de las montañas, y en el lejano afluente. Los madis identificaron correctamente esos puntos blancos como aves vaqueras. Donde había aves vaqueras había phagors. Las aves vaqueras señalaban el avance del ejército de Hrr-Brahl Yprt, a lo largo casi de tantas millas como las que ellos podían ver. No se observaba un solo phagor; sin embargo, ese imponente panorama ocultaba probablemente unos diez mil.

Mientras los madis reposaban y miraban, empezaron a rascarse, primero unos, luego otros, suavemente al principio. Pero el escozor se hizo más violento a medida que los cuerpos se enfriaban, y pronto empezaron a rodar por el suelo, jurando, gritando doloridos cuando el sudor penetraba en las picaduras que les moteaban todo el cuerpo. Se enroscaron como bolas, rascándose con manos y pies. Ese frenético escozor ya los había asaltado a intervalos desde el momento en que habían sido capturados por los phagors.

Mientras se rascaban las entrepiernas o las axilas, mientras metían las uñas en la densa pelambre, no pensaban en la causa y el efecto, y en ningún momento atribuyeron la erupción a las garrapatas de los phagors.

Esas garrapatas eran generalmente inocuas, o al menos sólo provocaban en los humanos y los protognósticos una fiebre o una erupción que desaparecían a los pocos días. Pero el equilibrio térmico cambiaba mientras Heliconia se acercaba a Freyr. Las ixodidas se multiplicaban; la garrapata hembra pagaba tributo al gran Freyr en millones de huevos.

Muy pronto, esa garrapata insignificante, tan corriente que pasaba inadvertida, sería el portador de un virus que causaba la llamada fiebre de los huesos, y por ella el mundo cambiaría.

Ese virus iniciaba una fase activa en la primavera del gran año de Heliconia, en el momento de los eclipses. Cada primavera, la población humana padecía la fiebre de los huesos; sólo podía tener esperanzas de supervivencia, aproximadamente, la mitad de la población. El desastre era tan generalizado, de efectos tan amplios, que casi parecía que se hubiera borrado a sí mismo de los precarios anales que se llevaban.

Mientras los madis rodaban y se rascaban sobre la hierba, no pensaron en el terreno que tenían enfrente.

Allí, lejos del calor del valle, crecían unas hierbas lozanas entre matorrales de una planta densa y

retorcida llamada chotapraxi, de tronco hueco que se endurecía con el tiempo. Hombres de ropas ligeras, con altas botas de chotapraxi, con cuerdas en las manos, se precipitaron sobre los madis.

Los dos madis que habían quedado más abajo aprovecharon la oportunidad y huyeron, aunque así volvían a aproximarse a las columnas de los phagors. Los hombres apresaron a los otros cuatro. El breve y agotador período de libertad había concluido. Esta vez los que mandaban eran seres humanos. Los madis serían desde entonces una parte minúscula de otro acontecimiento cíclico: la expansión de Sibornal hacia el sur.

Involuntariamente, se habían unido al ejército colonizador del sacerdote guerrero Festibariyatid. Poco importaba esto a los Caathkarnit y a los otros dos madis, encorvados como estaban bajo el peso de las cargas que les habían puesto encima. Los nuevos amos los obligaron a avanzar. Tropezando, y todavía rascándose, a pesar de las desdichas más recientes, se encaminaron hacia el sur.

Mientras bordeaban el gran tazón por la derecha, Freyr se elevó en el cielo. Todas las cosas echaron una segunda sombra, que se acortaba a medida que

el sol subía hacia el cenit.

El paisaje parecía tembloroso. La temperatura aumentaba. Las insignificantes garrapatas proliferaban secretamente, en miríadas de insignificantes grietas.

XII

SEÑOR DE LA ISLA

Eline Tal era un hombre alto, alegre, fiel, carente de imaginación. Era valiente, buen cazador, y montaba con gracia en su miela. Hasta tenía a veces asomos de inteligencia, aunque sospechaba de la academia y no sabía leer. Había conseguido que su mujer y sus hijos no leyeran casi nunca. Era absolutamente leal a Aoz Roon y no tenía otra ambición que servirle tan bien como pudiera.

Pero no era capaz de comprender a Aoz Roon. Eline Tal había desmontado de su animal de brillantes colores y aguardaba pacientemente a cierta distancia del señor de Embruddock. Sólo podía verle la espalda, porque Aoz Roon miraba hacia adelante, con la barbilla sobre el pecho. Aoz Roon vestía las viejas píeles negras malolientes, como siempre, pero se había colocado sobre los hombros un manto de áspera tela amarilla, quizá para honrar, de alguna oscura manera, a la hechicera que se alejaba. El perro, Cuajo, estaba junto a los cascos de Gris.

Eline Tal esperaba con un dedo en la boca, tocándose ociosamente una muela posterior. No hacía nada más y tenía la mente en blanco.

Después de algunas otras maldiciones, pronunciadas en voz alta, Aoz Roon se movió con su miela. Miró una vez por encima del hombro, frunciendo las cejas oscuras, pero no prestó a su fiel lugarteniente más atención que al perro.

Llevó al miela a todo galope hasta el borde de la elevación y lo contuvo con tal violencia que el animal se alzó sobre las patas traseras.

-¡Perra bruja! -gritó Aoz Roon, y sólo el eco le contestó.

Encantado con el sonido de su propia amargura, Aoz Roon mugió con regocijo a los ecos, sin importarle que la yegua lo alejase de Oldorando, o que el perro y el escudero lo siguiesen.

Tiró bruscamente de la brida de Gris, que echó espuma por la boca. Sólo era media mañana. Sin embargo, una sombra había caído sobre el mundo. Miró entre las ramas espinosas y observó con el ceño fruncido que el globo sombrío había subido gradualmente hasta alcanzar a Freyr y darle un mordisco. La oscuridad aumentaba. Cuajo gruñó, atemorizado, y se acercó más a los cascos del miela.

Un búho nocturno salió de un alerce caído, volando junto al suelo. Tenía plumas moteadas y las alas de una envergadura mayor que los brazos abiertos de un hombre. Chillando, se metió entre las patas de Gris y se elevó hacia el cielo pálido.

Gris se irguió sobre las patas traseras y luego se lanzó inconteniblemente a galope tendido. Aoz

Roon intentaba no caerse; el miela intentaba quitárselo de encima.

Alarmado por el fenómeno celestial, Eline Tal lo siguió, luchando por dominar a Veloz. Corría como el viento del sur, persiguiendo al otro animal.

Cuando Aoz Roon calmó finalmente al asustado miela, el ánimo tenebroso se le había ido. Rió sin alegría, acariciando a Gris y hablándole con una gentileza que no empleaba con los hombres. Lenta y firmemente, Batalix penetraba más en el disco de Freyr. La mordedura del phagor... las viejas leyendas le volvían a la mente; los centinelas no eran compañeros, sino enemigos condenados a devorarse uno a otro durante toda la eternidad.

Se inclinó hacia adelante y dejó que el animal eligiera el camino. ¿Por qué no? Podía regresar a Oldorando a gobernar como de costumbre. Pero, ¿sería el mismo lugar ahora que ella se había ido, esa perra? Dol era una pobre criatura insípida a quien nada importaba lo que él fuese. En el hogar sólo había peligro y decepción.

Torciendo la cabeza del miela, le obligó a proseguir a través de una maraña de arbustos espinosos y a aceptar de mala gana el azote de las ramas. La dislocación del mundo era demasiado profunda para que Aoz Roon pudiera medirla. Entre las ramas había cañas, hierbas y pajas. Tan abrumado se sentía que ignoró esta prueba de una reciente inundación.

El borde inferior de Batalix, que continuaba devorando a Freyr, ardía con un fuego plateado. Luego también Batalix fue eclipsado por las nubes oscuras que venían del este. La lluvia llegó y castigó con una fuerza creciente la vegetación cenicienta. Aoz Roon, con la cabeza gacha, continuó avanzando. La lluvia silbaba entre el follaje. Wutra mostraba su odio.

Aoz Roon espoleó al miela, salió de la espesura, y se detuvo; la densa hierba gorgoteaba bajo los cascos. Eline Tal se acercó lentamente desde atrás. La lluvia arreciaba y corría por la piel de los animales hasta el suelo. Mirando por debajo de las mojadas cejas, el señor de Embruddock vio que el terreno se elevaba a un costado, y que había árboles sobre un barranco rocoso. En la base habían construido una especie de refugio con piedras partidas. Más allá había una zona cenagosa, atravesada por cursos de agua. La lluvia hacía borrosa la escena; incluso el contorno del refugio era indistinto, aunque Aoz Roon alcanzó a ver las figuras que estaban de pie en la entrada.

Las figuras estaban inmóviles. Miraban. Tenían que haber estado allí desde mucho antes de que él las viera. Cuajo se detuvo, gruñendo.

Sin volverse, Aoz Roon le indicó a Eline Tal que se acercara.

-Malditos peludos -dijo Eline Tal, casi con alegría.

-Odian el agua. Tal vez la lluvia los retenga donde están. No dejes de moverte.

No se volvería ni mostraría miedo. Quizá era imposible atravesar la ciénaga. Lo mejor sería subir la pendiente. Una vez arriba -si los phagors los dejaban llegar- podrían alejarse con rapidez. No llevaba otras armas que una daga en el cinturón.

Los dos hombres avanzaban hombro contra hombro, y el perro gruñía continuamente entre ellos. La cuesta era demasiado abrupta y tenían que subir por un costado. A causa de la oscuridad, era difícil estar seguro de nada; parecía que sólo cinco o seis monstruos se agazapaban en el miserable refugio. Más atrás había dos kaidaws, sacudiendo las cabezas para quitarse las gotas de agua, entrechocando ocasionalmente los cuernos; los retenía un esclavo, humano o protognóstico, que observaba apáticamente a Aoz Roon y Eline Tal.

Sobre el techado de la construcción había dos aves vaqueras apretujadas. Otras dos se disputaban, en el suelo, una pila de excrementos de kaidaw. Una quinta, a cierta distancia, sobre una roca, destrozaba y devoraba un animalito que había capturado.

Los phagors no se movieron.

Los dos grupos estaban a tiro de piedra, y los mielas acomodaban ya el paso a la pendiente cuando Cuajo se apartó de Gris y se lanzó ladrando con furia hacia el refugio.

La reacción de Cuajo precipitó el avance de los phagors. Salieron del refugio e iniciaron el ataque. Como tantas veces, parecía que necesitaban un pinchazo para poder actuar, corno si el sistema nervioso fuera en ellos inerte por debajo de cierto nivel de estímulo. Al verlos adelantarse a la carrera, Aoz Roon gritó una orden, y junto con Eline Tal espolearon las cabalgaduras cuesta arriba.

El camino era traicionero. Los árboles jóvenes no eran más altos que un hombre y el follaje de las

Librodot

copas se abría como sombrillas. Era necesario cabalgar con la cabeza gacha. Las piedras puntiagudas del suelo eran un riesgo permanente para las patas de los mielas. Había que guiar con cuidado si no querían pisar en falso. Atrás se oían ruidos de persecución. Una lanza pasó al lado de los fugitivos, y se hundió en el suelo, pero eso fue todo. Más amenazantes eran el ruido de los kaidaws que se aproximaban y los gritos guturales de los jinetes. En terreno llano, un kaidaw podía superar a un miela. Entre los árboles bajos, el kaidaw estaba en desventaja. Los dos velludos monstruos blancos montados se iban rezagando; ambos alzaban los antebrazos enormes delante de las cabezas, para evitar el azote de las ramas bajas. Llevaban lanzas en la mano libre, contra el flanco de los kaidaws, y dominaban a los animales con las rodillas y los pies córneos. Los phagors de a pie sólo habían llegado a la base de la loma, y no eran aún una amenaza.

-Los peludos nunca abandonan -dijo Aoz Roon-. ¡Vamos, Gris!

Avanzaron a galope tendido, pero los phagors no cejaban.

La lluvia amainó y volvió a arreciar. Los árboles chorreaban. El suelo era llano, pero más pedregoso.

Los dos phagors estaban a tiro de lanza.

Tomando firmemente las riendas, Aoz Roon se irguió sobre los estribos. Podía ver por encima de los árboles. A la izquierda, la densa floresta se interrumpía. Con un grito a Eline Tal, Aoz Roon giró a la izquierda, y durante un rato perdieron de vista a los phagors detrás de unas grandes rocas cuyos contornos parecían temblar bajo el peso del aguacero.

Encontraron una especie de senda, y la siguieron contentos cuesta arriba. Los árboles se hacían más ralos. Al frente, el camino descendía, entre charcas cenagosas.

Mientras los hombres vislumbraban una esperanza y apremiaban a los mielas, los phagors surgieron entre los árboles-sombrilla. Aoz Roon mostró el puño y voló hacia adelante. El gran perro amarillo se mantenía junto a Gris, sin desfallecer.

Ahora iban cuesta abajo. El suelo era de pedruscos. Más adelante se veía un paisaje enteramente melancólico sombreado por rajabarales; las fuertes líneas verticales equilibraban la ancha línea horizontal del agua. Todo era verde claro.

La curva de un río turbulento pasaba por el centro de este paisaje. Las aguas desbordadas se extendían entre los alerces creando una maraña de reflejos. Más allá los árboles se sucedían en oscuras hileras hasta que la cortina de la lluvia oscurecía la visión. Las nubes rodaban por el cielo, ocultando a los dos centinelas entrelazados.

Con un rápido movimiento, Aoz Roon se quitó el sudor y la lluvia de la frente. Vio cuál era el camino más seguro. En el río había una isla, cubierta de rocas y de árboles de oscuro follaje. Si él y Eline Tal conseguían alcanzarla -y la costa más próxima no se alzaba muy lejos- estarían a salvo.

Señaló hacia adelante, gritando ásperamente.

Al mismo tiempo, advirtió que cabalgaba solo. Se volvió, y se detuvo a mirar.

A la izquierda centellearon las franjas brillantes de Veloz. El animal galopaba sin jinete, hacia el río.

Más atrás, en el punto donde terminaban los árboles que parecían sombrillas, Eline Tal yacía en el suelo. Los dos phagors se le acercaban. Uno descendió del kaidaw. Eline Tal le lanzó un puntapié, pero el phagor lo alzó con gran violencia. En el hombro de Eline Tal había una mancha roja; lo habían derribado de la silla con un lanzazo. Se debatió débilmente; el phagor bajó los cuernos y se preparó para dar el golpe mortal. El otro phagor no esperó a ver el golpe de gracia. Hizo girar el kaidaw con un elegante movimiento y se precipitó cuesta abajo contra Aoz Roon, con la lanza en alto. El señor de Embruddock espoleó a Gris. Nada podía hacer ya por el infortunado lugarteniente. Al galope, fue hacia la isla, inclinándose para alentar a Gris, pues sentía que el miela flaqueaba.

El phagor tenía ventaja. El kaidaw era más rápido en campo abierto, por más que corriera el miela.

El manto amarillo de Aoz Roon flameaba al viento mientras volaba hacia el río. Cerca, cerca, cada vez más cerca. Los remolinos, el follaje mojado, el borrón del paisaje distante, el roedor que se escabullía entre la hierba; todo relampagueó ante él. Sabía que era demasiado tarde. Sintió corno si la piel entre los omóplatos se le fundiera en líquidos mientras esperaba la lanzada fatal.

Una rápida mirada atrás. La bestia estaba casi sobre él; se le veían claramente los nervios del cuello en la cabeza estirada, como enredaderas alrededor de un árbol. Ahora la maldita bestia atacaría lanza en ristre, seguro de acertar. Le ardían los ojos.

A pesar de su edad, Aoz Roon era de reacciones más rápidas que cualquier phagor.

Bruscamente tiró de las riendas, echando hacia atrás la cabeza de Gris con fuerza salvaje, hasta casi detenerse delante del phagor. Al mismo tiempo se arrojó de la silla, dio media vuelta en el suelo barroso, ganando impulso, y se lanzó rápidamente contra el kaidaw.

Se arrancó del hombro el manto empapado, y lo hizo girar alrededor y hábilmente hacia arriba, mientras la lanza golpeaba. La tela basta se enrolló en el brazo armado del enemigo. Aoz Roon tiró.

El phagor se deslizó hacia adelante. Con el brazo libre, se aferró a la crin del kaidaw. Aoz Roon recuperó el manto, juntó las puntas y lo arrojó al cuello de la bestia. Un nuevo tirón, y el phagor cayó al suelo, mientras el kaidaw de color herrumbre proseguía su marcha.

Un olor a lecha agria asaltó a Aoz Roon. Se quedó mirando al phagor caído, como si no supiese qué hacer. No muy lejos, los demás phagors venían a la carrera. Gris se alejaba al galope. La situación era tan desesperada como antes.

Llamó a Cuajo, pero el mastín estaba agazapado, temblando, y no quiso moverse.

Cuando el phagor se incorporó, Aoz Roon echó a correr hacia el río, con la lanza en la mano. Podía nadar hasta la isla; ésa era su única esperanza.

Antes de llegar a la costa advirtió el peligro. El agua estaba negra por los lodos que arrastraba, a causa de la inundación, y llevaba también animales muertos y ramas, y contra todo eso tendría que luchar nadando.

Vaciló. Mientras tanto, el phagor cayó sobre él.

Aoz Roon recordó una lucha similar en otro tiempo, antes de aquella vergonzosa fiebre. Había vencido entonces. Pero este otro adversario... no era joven, lo sintió instintivamente, mientras le apretaba un brazo y lo pateaba con la bota. Lo arrojaría al río antes de que los demás se acercaran.

Pero no fue tan fácil. El phagor tenía aún una fuerza enorme. Uno de ellos cedió un poco de terreno, luego el otro. Aoz Roon no consiguió alzar la lanza ni echar mano al cuchillo. Luchaban y gemían, moviéndose a saltos o con pasos rápidos, y el adversario trataba de emplear los cuernos.

Aoz Roon gritó de dolor cuando el phagor le retorció el brazo. Dejó caer la lanza. Mientras gritaba, consiguió liberar un codo. Lo alzó contra el mentón del monstruo, vivamente. Ambos retrocedieron unos pasos, y se metieron hasta las rodillas en el agua. Aoz Roon llamó desesperadamente al perro, pero Cuajo se movía de un lado a otro y ladraba ferozmente para contener a los tres phagors que se aproximaban a pie.

Un gran árbol vino bamboleándose y girando en la corriente. Una rama emergió como un brazo, goteando; golpeó al hombre y al phagor que luchaban entrelazados. Ambos cayeron y fueron arrastrados hacia abajo por una fuerza irresistible en el agua turbulenta. Otra rama emergió a la superficie, y también ella se hundió en remolinos amarillentos.

Durante cuatro horas, Batalix mordisqueó el flanco de Freyr, como un perro ensañado con un hueso. Sólo entonces desapareció del todo la luz más brillante. En las primeras horas de la tarde una sombra de acero cayó sobre la tierra. Nada se movía, ni siquiera un insecto.

Freyr desapareció del mundo durante tres horas, sustraído del cielo diurno. Reapareció, apenas parcialmente, al ocaso. Nadie podía asegurar que volviera a estar entero. Densas nubes cubrían el cielo de horizonte a horizonte. Así murió el día, un día alarmante. Niños o adultos, todos los seres humanos de Oldorando se fueron esa noche a la cama llenos de aprensión.

Luego se levantó el viento, dispersando la lluvia, inquietando aún más a todos.

Había habido tres muertes en la vieja ciudad -una, un suicidio- y algunos edificios se habían incendiado o ardían aún.

La luz de un incendio, avivada por el viento, iluminaba una franja de agua de lluvia junto a la gran torre. Los reflejos se proyectaban en el techo de la habitación donde Oyre estaba echada en cama, sin dormir. El viento silbaba, un postigo golpeteaba, las chispas ascendían en la chimenea de la noche.

Oyre esperaba, hostigada por los mosquitos que acababan de aparecer en Oldorando. Cada semana traía algo que nadie había conocido nunca.

Librodot

La luz fluctuante del exterior se unió a las manchas del techo para dejar entrever a Oyre la imagen momentánea de un anciano de largo pelo enmarañado, envuelto en una túnica. Ella imaginaba que no podía verle el rostro, pues el hombro le ocultaba la cabeza. Estaba haciendo algo. Las piernas se le movían junto con las ondas que el viento provocaba afuera en la charca. Caminaba en silencio entre las estrellas.

Cansada del juego, Oyre miró hacia afuera preguntándose que habría sido de su padre. Cuando volvió a mirar, descubrió que se había equivocado: el anciano estaba mirándola por encima del hombro. Tenía el rostro manchado y arrugado por la edad. Andaba ahora más rápidamente, y el postigo golpeaba marcando el ritmo de sus pasos. Marchaba a través del mundo hacia ella. Una terrible erupción le cubría el cuerpo.

Oyre se incorporó. Un mosquito zumbó junto a su oído. Se rascó la cabeza y miró a Dol, que respiraba pesadamente.

-¿Cómo estás, muchacha?

-Los dolores vienen más a menudo.

Oyre bajó desnuda de la cama, se puso una túnica larga y se acercó a su amiga, cuyo rostro pálido apenas podía distinguir.

-¿Quieres que llame a Ma Escantion?

-Todavía no. Hablemos. -Dol extendió una mano, y Oyre la tomó.- Eres una buena amiga, Oyre. Aquí, acostada, pienso en esas cosas. Tú y Vry... ya sé qué pensáis de mí. Las dos amables, y sin embargo tan distantes. Vry es tan insegura, y tú tan segura, siempre...

-Eso es exactamente al revés.

-Quizás, nunca entendí bien... La gente abandona terriblemente a los demás, ¿no es cierto? Espero no abandonar al niño, nunca. Yo sé que le fallé a tu padre. Ahora él me falla... Imagínate, no está conmigo, esta noche entre todas las noches...

El postigo volvió a golpear en el piso inferior. Las mujeres se abrazaron. Oyre puso una mano sobre el vientre hinchado de su amiga.

-Estoy segura de que no se ha ido con Shay Tal, si eso es lo que temes.

Dol se acomodó sobre los codos y respondió, apartándose de Oyre: -A veces no puedo soportar mis propios sentimientos... Prefiero este dolor. Sé que no valgo ni la mitad. Pero yo dije sí y ella dijo no; y eso también cuenta. Siempre he dicho sí, y sin embargo, él no está aquí conmigo... No creo que me haya querido nunca...

Se echó a llorar de repente, con tanta fuerza que le saltaron las lágrimas. Brillaron a la luz vacilante y ella se volvió y ocultó la cara en el amplio pecho de Oyre.

El postigo sonó mientras el viento aullaba, hosco.

-Deja que envíe a la esclava en busca de Ma Escantion, cielo -dijo Oyre. Ma Escantion era la encargada de atender los partos desde que la madre de Dol se había vuelto vieja y decrépita.-Todavía no, todavía no. -Poco a poco las lágrimas dejaron de brotar. Dol suspiró profundamente.- Hay bastante tiempo. Tiempo para todo. -Oyre se puso de pie, envolviéndose en la túnica, y bajó descalza para asegurar el postigo. Recibió en la cara una ráfaga del viento del sur; aspiró con gratitud. El ruido inmemorial de Embruddock, las voces de los gansos, llegó hasta ella, mientras las aves se guarecían detrás de una cerca.

-¿Y por qué yo estoy sola? -preguntó a la oscuridad.

Sintió el olor acre del humo mientras corría el cerrojo. Un edificio vecino ardía aún, recordando la locura pública de ese día.

Cuando regresó a la destartalada habitación, Dol estaba sentada, secándose la cara.

-Será mejor que hagas llamar a Ma Escantion, Oyre. El futuro señor de Embruddock está a punto de nacer. Oyre la besó en la mejilla. Las dos mujeres estaban pálidas y con los ojos muy abiertos.

-Volverá pronto. Los hombres son tan... poco dignos de confianza...

Salió rápidamente a llamar a una esclava.

El viento que había golpeado el postigo en casa de Oyre venía de muy lejos, y sólo se extinguiría entre los dientes de caliza de los Quzints. Había nacido en las insondables extensiones del mar que los futuros navegantes llamarían Ardiente. Se movió luego a lo largo del ecuador, hacia el oeste,

ganando velocidad y haciéndose más húmedo, hasta que tropezó con la gran barrera del Escudo Oriental de Campannlat, el Nktryhk, donde se dividió en dos vientos.

La corriente aérea del norte rugió en el golfo de Chalce y se agotó al fundir las heladas primaverales de Sibornal. La corriente sur giró en las alturas de Vallgos, primero sobre el mar de Cimitarra y luego sobre la parte norte del mar de las Águilas; sopló, con olor a pescado sobre las tierras bajas entre Keevasien y Ottasol. Aulló sobre un desierto que un día sería el gran país de Borlien, suspiró en Oldorando, moviendo el postigo de Oyre, y siguió adelante, sin detenerse a escuchar los primeros gritos del hijo de Aoz Roon.

Esta cálida corriente de aire traía consigo aves, insectos, esporas, polen y microorganismos. Pasó en unas pocas horas, y fue olvidada casi enseguida; sin embargo, contribuyó a alterar las cosas que habían sido.

Mientras soplaba, llevó algún consuelo a un hombre incómodamente sentado en las ramas de un árbol. El árbol crecía en una isla, en el centro de un torrente que se convertía con rapidez en un afluente del río Takissa. El hombre tenía una pierna lastimada y había tratado de ponerse a salvo trepando trabajosamente al árbol.

Debajo del árbol había un gran phagor macho. Quizás aguardaba para atacar. Al menos permanecía inmóvil, aunque a veces sacudía una oreja. El ave vaquera estaba posada en una rama del árbol, lejos del hombre herido.

El hombre y el phagor habían sido arrojados por el torrente a la costa de la isla. El primero había trepado al único punto seguro que había podido encontrar, herido como estaba. Cuando sopló el viento, se aferró al tronco.

El viento era demasiado caliente para el phagor. Al fin se alejó sin mirar atrás, abriéndose paso entre las rocas que cubrían la mayor parte de la estrecha isla. Después de seguirlo con la mirada, inclinando la cabeza, el ave vaquera abrió las alas y se lanzó en pos de su dueño.

El hombre se dijo a sí mismo: si pudiera cazar y matar esa ave, sería por lo menos una victoria, y valdría la pena comérsela.

Pero Aoz Roon tenía que derrotar al phagor. A través de las hojas del árbol, podía ver la costa, allí donde lo había arrastrado el agua. Sobre el terreno cenagoso había cuatro phagors, cada uno con un ave vaquera posada en el hombro o revoloteando ociosamente alrededor; uno retenía la crin de un kaidaw. Habían estado allí durante horas, casi inmóviles, mirando la isla.

A lo largo de la orilla, a prudente distancia, se movía Cuajo. El mastín gruñía con inquietud, iba de un lado a otro, estudiaba los oscuros remolinos del agua. Dolorido, mordiéndose el barbado labio inferior, Aoz Roon trató de deslizarse a lo largo de la rama y observar la retirada del adversario más próximo. Como no parecía haber lugar adonde ir en la isla, imaginó que el monstruo simplemente describiría un círculo y regresaría; si él hubiese estado en mejores condiciones, habría pensado en prepararle alguna sorpresa desagradable.

Miró el cielo. Freyr estaba desprendiéndose de una barrera de árboles, aparentemente intacto después de la experiencia del día anterior. Batalix navegaba entre las nubes. Aoz Roon tenía ganas de dormir pero no se atrevía. Probablemente al phagor le ocurría lo mismo. No se veía ni oía al monstruo. Sólo el perpetuo gorgoteo del agua que avanzaba hacia el sur. Estaba helada; Aoz Roon lo recordaba perfectamente. La inmersión tendría que haber afectado al enemigo.

Era probable que el phagor le tendiera alguna emboscada. A pesar del dolor, quería bajar del árbol e investigar. Al fin se decidió y esperó unos minutos para recuperarse del todo. Se rascó.

Era difícil moverse. Los miembros se le habían endurecido. Las pieles empapadas le pesaban. El principal problema era la pierna izquierda: hinchada, rígida, dolorida. No obstante, consiguió cambiar de posición y deslizarse por el árbol, hasta que cayó al suelo cuan largo era. Allí quedó tendido, jadeando, incapaz de incorporarse, esperando a que en cualquier momento el phagor saltara sobre él.

Los phagors de la costa lo habían visto y llamaban al otro; pero sus voces, que no tenían la potencia de la voz de los hombres, apenas se oían sobre el ruido del agua. También Cuajo aulló.

Aoz Roon se puso de pie. Junto al espumoso borde del agua, encontró una rama descortezada, que le sirvió de muleta. El miedo, el frío, el malestar, se le arremolinaron dentro como las aguas de una

Librodot

inundación, y casi lo hicieron caer. Sentía el cuerpo a la vez helado e inflamado. Miró desesperado alrededor, rascándose, con la boca abierta, aguardando el ataque. No veía al phagor.-Te las verás conmigo, basura, aunque sea lo último que haga... Todavía soy el señor de Embruddock...

Se movió paso a paso, ocultándose de los phagors que montaban guardia detrás de las rocas amontonadas en el centro de la isla. A la derecha, piedras, hierbas, desechos eran arrastrados por la corriente lisa y traicionera que se encaminaba a una costa distante. La niebla se aliaba con el agua, retorciéndose sobre la superficie marmórea.

Arbustos y árboles más viejos compartían este naufragio, algunos arrancados de raíz por los pedruscos que arrastraba la corriente. Esta zona de desastre natural no medía más de doce metros en la parte más ancha, pero se alargaba como el espinazo de una gran criatura sumergida, y dividía el curso de agua hasta perderse de vista a lo lejos.

Como un oso herido, Aoz Roon se adelantó cojeando y examinó los alrededores ansiosamente, cuidando de mantenerse junto al borde del agua y de dejar todo el espacio posible entre él y un eventual ataque.

Un ciervo, con la cabeza erguida y los ojos llameantes, surgió bruscamente de unos helechos. Aoz Roon se detuvo, sorprendido, mientras el animal se hundía en el agua hasta que sólo le asomó la cabeza rojiza con cuernos de tres puntas. Dio un quejumbroso mugido, entregó el poderoso cuerpo al poder superior de la corriente, y se alejó describiendo un amplio arco. Pareció que no podía llegar a la costa y aún nadaba con bravura cuando desapareció en un banco de niebla.

Más tarde Aoz Roon vio otra vez al ave vaquera, y tropezó con un árbol caído.

El ave lo miraba con unos lapidarios ojos de reptil desde el techo de piedra y turba de una cabaña. Los muros de la cabaña eran de piedra; y helechos, piedrecillas amontonadas, arbustos caídos le daban un aspecto de cosa natural. Aoz Roon dio un rodeo abriéndose paso hasta el frente del refugio, pensando que el phagor tenía que estar dentro.

El terreno se hundía y el agua se arremolinaba a unos pocos pasos de la puerta. La isla estaba cortada. Continuaba unos metros más adelante, como una pequeña barca que transportase una insensata carga de rocas. Las dos partes estaban separadas por una corriente poco profunda. El hombre-oso podía vadearla y encontrar un sitio más seguro. El phagor, por el odio al agua que caracterizaba a la especie, nunca lo seguiría.

El frío de la corriente le mordió los huesos como dientes de cocodrilo. Gimiendo y tropezando, llegó a la otra margen. Cayó. Quedó tendido boca abajo, entre las piedras, torciendo la cabeza para mirar la cabaña. El enemigo tenía que estar dentro, enfermo, herido como él.

Se incorporó y continuó recorriendo la isla, mirando confusamente alrededor; en cierto momento sacó el cuchillo para cortar dos estacas. Las puso bajo el brazo y volvió a cruzar la corriente cruel, con ayuda de la muleta. Tenía la mirada clavada en la puerta de la cabaña.

Mientras se acercaba, hubo un movimiento por encima de él. El ave vaquera se precipitó desde el aire y le desgarró la sien con el pico puntiagudo. Aoz Roon dejó caer las estacas y la muleta, y preparó el cuchillo. Cuando el ave arremetió por segunda vez, se lo clavó en el pecho. El animal aterrizó torpemente en un tronco, perdiendo unas plumas manchadas de sangre roja.

Aoz Roon avanzó trastabillando y acomodó las dos estacas, una debajo del cerrojo, otra bajo el gozne superior de la puerta. Casi enseguida la puerta empezó a sacudirse. Martillando, aullando, el phagor intentaba salir. Las estacas no cedieron.

Aoz Roon recogió la muleta. Mientras se disponía a retirarse del islote, vio al ave. Saltaba de un pie a otro y tenía sangre en el pecho. Alzó la muleta y la descargó sobre el ave.

Sosteniendo la muleta debajo del brazo, cojeó vadeando el agua helada por tercera vez.

En la margen opuesta se sentó para frotarse las piernas entumecidas. Maldijo el dolor que sentía en los huesos. El martilleo continuaba en la puerta de la cabaña. Tarde o temprano, una de las estacas dejaría de apuntalar la puerta; por el momento el phagor estaba fuera de combate y el señor de Embruddock había triunfado.

Arrastrando el ave vaquera, Aoz Roon reptó hacia dos troncos que se inclinaban uno contra otro. Juntó unas piedras alrededor para protegerse. La debilidad lo invadía en oleadas. Se durmió con la cara apoyada sobre las plumas aún calientes del ave.

El frío y el entumecimiento lo despertaron. Freyr estaba muy bajo en el cielo del oeste, hundiéndose en una niebla dorada. Aoz Roon salió del nicho y observó la costa del río: los phagors aún estaban allí. Detrás de ellos el terreno se elevaba: reconoció el sitio donde había caído Eline Tal. Más atrás se veía, borrosamente, el centinela mayor. No había señales de Cuajo.

La pierna le dolía menos. Retrocedió y salió del agujero, arrastrando el pájaro muerto, y se puso de pie.

El phagor estaba a pocos metros, del otro lado del torrente. La cabaña tenía la puerta intacta. El techo estaba roto, y las piedras habían rodado a los lados. Por ahí había escapado la bestia.

Resoplando, el phagor volvió la cabeza a un lado y luego al otro, y por un instante, en un movimiento enigmático, los cuernos reflejaron la luz del sol. Era un triste ejemplar, con la piel apelmazada por la reciente inmersión en el río.

Arrojó una tosca lanza cuando Aoz Roon se le apareció delante. Aoz Roon estaba demasiado rígido y sorprendido para agacharse, pero el proyectil llegó muy desviado. Vio que era una de las estacas que había apoyado contra la puerta. El pésimo disparo significaba quizás que el phagor tenía el brazo herido.

Aoz Roon mostró el puño. Pronto sería de noche, sólo durante un rato. Algún instinto lo empujó a encender un fuego. Se puso a trabajar, dando gracias a Wutra pues se encontraba mejor, aunque también, a la vez, se sentía misteriosamente enfermo. Quizás fuera hambre, se dijo; pero podría comer una vez que encendiese una hoguera. Después de reunir unas ramitas y madera podrida, y de ponerlas en un sitio abrigado entre piedras, empezó a trabajar como un buen cazador, haciendo girar un palito entre las manos. La hierba seca ardió. Sucedió el milagro, y brotó una llama. Las duras líneas del rostro de Aoz Roon se distendieron levemente mientras contemplaba el fulgor que crecía entre sus manos. El phagor lo miraba desde lejos, inmóvil.

-Te calientaz, Hijo de Freyr -dijo.

Aoz Roon alzó la vista y vio sólo el contorno de su adversario, recortado contra el oro del cielo occidental.

-Me caliento, y además asaré y me comeré tu ave vaquera, peludo.

-Dame una parte de mi ave vaquera.

-Las aguas bajarán dentro de uno o dos días. Entonces los dos podremos irnos a casa. Por ahora, quédate donde estás.

La voz del phagor era ronca. Dijo algo que Aoz Roon no logró comprender. En cuclillas junto al fuego, miró a través del agua oscura. La silueta del phagor se fundía ahora con los árboles y colinas, negros contra el ocaso. Aoz Roon se rascó por debajo de las pieles, moviéndose de un lado a otro.

-Hijo de Freyr, estáz enfermo y moriráz durante la noche. -El phagor tenía dificultades para pronunciar las sibilantes, que emitía como pesadas zetas.

-¿Enfermo? Zi, estoy enfermo, pero todavía soy el señor de Embruddock, basura.

Aoz Roon llamó a Cuajo, pero no hubo respuesta. La noche era demasiado oscura y no se podía ver si el grupo de phagors continuaba vigilando junto al agua. El mundo entero se hundía en la noche, convirtiéndose en unos pocos reflejos sombríos.

Temeroso, sintiéndose débil, creyó ver que el phagor se agachaba, como si intentara saltar al torrente.

-Te quedas en tu mundo -dijo-. Y yo en el mío.

El mero hecho de articular las palabras lo fatigó. Sostuvo las manos ante los ojos, jadeando como hacía Cuajo al cabo de un día de caza. El phagor no respondió durante largo rato, como si tratara de asimilar la observación del hombre y finalmente decidiera descartarla. Lo hizo sin un gesto, diciendo: - Vivimoz y morimoz en el mizmo, el mizmo mundo. Por ezo debemoz pelear.

Las palabras llegaron a Aoz Roon por encima del agua. No pudo entenderlas. Sólo recordó que había gritado a Shay Tal que sólo sobrevivían gracias a la unión. Ahora estaba confuso. Era típico de ella no estar cerca cuando él la necesitaba.

Volviéndose hacia el fuego, cayó de rodillas, amontonó nuevas ramas, e inició la sangrienta tarea de cortar el ave. Le retorció una pata, la arrancó con los nervios colgando, y la atravesó con una rama fina. Se disponía a ponerla sobre el fuego cuando advirtió que la agonía de la erupción de la piel se le

Librodot

repetía en los huesos; el esqueleto le ardía en llamas. Sintió que desfallecía. La idea de comer le repugnaba ahora.

Se puso de pie, tambaleándose, pisó el fuego, avanzó hacia el agua, gritando en círculos, sosteniendo en alto el ensangrentado muslo de ave. El ruido del agua era violento. Le pareció que el río se detenía, que la isla era una barca bogando velozmente sobre la superficie de un lago; él no podía dominarla, y el lago desapareció para siempre en una gran caverna oscura.

La boca de la caverna se cerró y lo devoró.

-Tienez la fiebre de los huezoz -dijo el phagor. Se llamaba Yhamm-Whrrmar. No era un guerrero. El y sus compañeros habitaban en el bosque y se alimentaban de hongos. Los kaidaws que llevaban eran robados. Cuando aparecieron los dos Hijos de Freyr, se limitaron a hacer lo que se esperaba de ellos, con el resultado de que ahora Yhamm-Whrrmar estaba en dificultades.

Los comedores de hongos habían sido empujados hacia el oeste por una combinación de factores. Intentaban ir en la dirección opuesta, siguiendo las octavas de aire favorables, cuando encontraron a otros phagors del bosque, humildes como ellos, que les hablaron de una gran cruzada que avanzaba y lo destruía todo. Aunque alarmados, los comedores de hongos continuaron buscando terrenos más fríos, pero los desvió un largo valle donde las octavas de aire se confundían. Llegaron las inundaciones. Tuvieron que retroceder. Sentían en el eddre el agobio de la crueldad y la confusión.

Yhamm-Whrrmar estaba inmóvil junto a la corriente de agua, esperando la muerte de ese maligno ser seminal, Freyr. Cuando Freyr desaparecía en la oscuridad, él se sentía aliviado. La noche era bienvenida. El phagor se quitó el hielo y empezó a frotarse el brazo herido.

A cierta distancia, el enemigo estaba caído de bruces entre las piedras. No habría más problemas por ese lado. Después de todo, aunque eran unos aborrecibles parásitos, había que compadecer a los Hijos de Freyr. Todos terminaban por ponerse enfermos en presencia de la raza ancipital. Era lo justo. Yhamm-Whrrmar permaneció inmóvil, dejando pasar las horas.

-Eztaz enfermo y moriraz -dijo. Pero también él se sentía mal. Se rascó el cuello con la mano del brazo sano y examinó la gran zona oscura donde estaban. La negrura se desvanecía. Ya en algún punto del este se insinuaba Batalix, el buen soldado, Batalix, el padre de la raza de dos filos. Yhamm-Whrrmar se retiró a la cabaña sin techo y se echó; cerró los ojos magenta; durmió tranquilo y sin sueños.

Un brillo que venía del este apareció sobre las vastas zonas inundadas, como una promesa del alba de Batalix. Batalix saldría muchas veces antes de que la inundación se retirara, porque la alimentaban los enormes caudales de agua del remoto Nktryhk. Con el tiempo las aguas se labrarían un curso regular. Más tarde los desplazamientos del suelo desviarían el río. En ese período -para el que faltaban muchos siglos- Freyr alcanzaría su máxima gloria, y esa zona abrasada sería parte del Desierto de Madura, ocupado por naciones que aún eran parte de un invisible futuro. Mientras el hombre y el phagor dormían, ninguno de ellos podía saber que la corriente de agua pasaría junto a esa isla minúscula durante muchas generaciones. La inundación era temporal, sí; pero duraría otros doscientos años de Batalix.

XIII

PANORAMA DESDE EL MEDIO ROON

En la Estación Observadora Terrestre entendían correctamente la expresión «fiebre de los huesos». Era parte de un complejo mecanismo patológico causado por un virus que las cultivadas familias del Avernus llamaban virus hélico, y que ellas conocían mejor que quienes lo sufrían y morían por él en el planeta.

Los estudios de microbiología heliconiana estaban bastante avanzados para que los terrestres supieran que el virus se manifestaba dos veces cada gran año heliconiano de 1.825 años. Estas manifestaciones, aunque los habitantes de Heliconia pensaran lo contrario, no eran casuales. Ocurrían invariablemente durante el período de veinte eclipses que señalaba el comienzo de la

verdadera primavera, y después durante el período de seis o siete eclipses que sobrevenía más adelante en el gran año. Los cambios de clima que coincidían con los eclipses desencadenaban las fases simétricas de hiperactividad viral, cuyos efectos eran igualmente devastadores aunque totalmente distintos en los distintos períodos.

Para los habitantes del planeta, las dos plagas eran fenómenos diferentes. Estaban distanciadas por cinco pequeños siglos heliconianos (es decir, apenas más de siete siglos terrestres), y tenían nombres diferentes: la fiebre de los huesos y la muerte gorda.

La enfermedad provocada por el virus, como una inundación irresistible, afectaba la historia de todos aquellos por cuyas tierras se paseaba. Sin embargo, un virus individual, como una sola gota de agua, era un factor despreciable. Era preciso aumentar diez mil veces el virus hélico para que el ojo humano pudiera verlo.

El virus era una bolsa de noventa y siete milimicrones, cubierta parcialmente de icosaedros, hecha de lípidos y proteínas, y que contenía RNA; se parecía, en muchos aspectos, al virus helicoidal pleomórfico responsable de una extinta enfermedad terrestre, las paperas.

Tanto los estudiosos del Avernus como los observadores terrestres habían descubierto hacía tiempo la función de este virus devastador. Como el antiguo dios hindú Siva representaba el principio -de doble filo- de la destrucción y de la conservación. Mataba, pero la existencia continuaba desarrollándose a lo largo de esa estela mortal. Sin la presencia del virus hélico en el planeta, ni la vida humana ni la phagoriana hubieran sido posibles.

A causa de esa presencia, ninguna criatura terrestre podía poner el pie en Heliconia y sobrevivir. En Heliconia imperaba el virus hélico, que era como un cordón sanitario en tomo del planeta.

Hasta este momento, la fiebre de los huesos no había entrado en Embruddock. Pero se acercaba, tan inexorablemente como la cruzada del joven kzahhn Hrr-Brahl Yprt. Los estudiosos del Avernus se preguntaban qué atacaría primero.

Otras preguntas ocupaban la mente de quienes vivían en Embruddock. La principal, entre los hombres que estaban cerca de la cumbre en la insegura jerarquía, era cómo alcanzar el poder y cómo conservarlo.

Afortunadamente para la humanidad, aún no se ha encontrado respuesta a esta pregunta. Pero Tanth Ein y Faralin Ferd, hombres venales y poco complicados, no tenían interés en el aspecto abstracto de la cuestión. Mientras pasaba el tiempo y alboreaba otro año -el funesto año 26 del nuevo calendario-, y la ausencia de Aoz Roon alcanzaba el medio año, los dos lugartenientes gobernaban interinamente.

Esto les convenía. A Raynil Layan le convenía menos. Había ganado autoridad ante los dos regentes y el consejo. Raynil Layan sabía que en Oldorando era necesario, desde tiempo atrás, un nuevo sistema; si conseguía introducirlo alcanzaría el poder por medios no violentos como él prefería.

Como si cediera al fin a la presión de los comerciantes, reemplazaría con dinero el antiguo sistema de trueque.

Desde ese momento, nada sería gratis en Oldorando.

El pan se pagaría con moneda.

Seguros de recibir una parte, Tanth Ein y Faralin Ferd aprobaban el plan de Raynil Layan. La ciudad se expandía continuamente. Ya no se podía confinar el comercio en las afueras; se convertía en el centro de la vida y aparecía, por lo tanto, en el centro de la ciudad. Y merced a la innovación de Raynil Layan, sería sencillo cobrarle un impuesto.

-No está bien pagar por la comida. La comida tendría que ser gratis, como el aire.

-Pero recibiremos dinero para comprarla.

-No me parece bien. Raynil Layan va a medrar con esto -dijo Dathka.

y el otro Señor de la Pradera del Oeste caminaban hacia la torre de Oyre, de paso inspeccionando la zona. La responsabilidad de ambos crecía junto con Oldorando. Veían nuevas caras en todas partes. Los miembros del consejo estimaban -retorciéndose un poco las manos- que apenas una cuarta parte de la población había nacido en la ciudad. El resto eran extranjeros, muchos de ellos en

tránsito. Oldorando estaba situada en una encrucijada continental cada vez más frecuentada.

Lo que pocos meses antes había sido una campiña era ahora un campamento de tiendas y cabañas. Y algunos cambios eran más profundos. El viejo régimen de la caza, a veces duro, a veces sibarítico, desapareció de la noche a la mañana. Laintal Ay y Dathka tenían un esclavo para alimentar a los mielas. La caza escaseaba, los pinzasacos habían desaparecido, y los inmigrantes traían rebaños, lo que implicaba una vida más sedentaria.

Las diversiones del bazar habían arruinado la camaradería de la caza. Quienes se complacían en correr como el viento sobre las praderas recientemente descubiertas en los días de Aoz Roon, se contentaban ahora con holgazanear en las calles, mientras se ocupaban de atender o regentar establos, o de transportar mercaderías, o de servir de alcahuetes.

Los Señores de la Pradera del Oeste eran responsables del orden en los barrios de la ciudad que crecían al oeste del Voral. Tenían algunos guardias que los ayudaban. Un grupo de esclavos del sur, buenos albañiles, estaban construyendo una torre para ellos. La cantera estaba cerca de los brassimipos. La nueva torre imitaba las antiguas: se erguiría por encima de las tiendas de aquellos a quienes los señores querían dominar, puesto que tendría tres plantas.

Después de inspeccionar el trabajo del día e intercambiar bromas con el supervisor, Laintal Ay y Dathka fueron a la ciudad vieja, abriéndose paso a través de la multitud de peregrinos. Había tiendas de lona listas para atender a las necesidades de cada viajero. Cada tienda tenía una licencia extendida por el despacho de Laintal Ay, y exhibía un disco con un número.

Aparecieron unos peregrinos. Laintal Ay les cedió paso, retorciendo y apoyando la espalda contra una pared de lona. Movió atrás un pie y encontró el vacío; resbaló y cayó en un hoyo que la tela ocultaba. Sacó la espada. Tres jóvenes pálidos, de torso desnudo, lo miraron horrorizados cuando él les hizo frente.

El agujero tenía el tamaño de una habitación pequeña, y un metro de profundidad.

Los hombres se habían pintado un sol en el centro de la frente.

Dathka apareció en el extremo de la pared de lona y miró divertido la excavación.

-¿Qué estáis haciendo? -preguntó Laintal Ay a los tres hombres.

Los tres se mantuvieron erguidos, reponiéndose de la sorpresa. Uno dijo: -Éste será un altar dedicado al gran Akha de Naba, y por lo tanto es terreno sagrado. Tenemos que pedirte que te retires inmediatamente.

-Estas tierras están a mi cargo -dijo Laintal Ay-. Muéstrame tu licencia para establecerte aquí.

Mientras los jóvenes se miraban, otros peregrinos se reunieron alrededor del hoyo, observando y murmurando. Todos vestían ropas blancas y negras.

-No tenemos licencia. No vendemos nada.

-¿De dónde habéis venido?

Un hombre de gran estatura, con la cabeza envuelta en una tela negra, de pie al borde del hoyo y acompañado por dos ancianas que traían un objeto grande, dijo en voz pomposa: -Somos fieles del gran Akha de Naba y marchamos hacia el sur, difundiendo su palabra. Planeamos erigir aquí una capilla, y exigimos que tu indigna persona se marche ahora mismo.

-Soy el señor de esta tierra, y de cada palmo de tierra. ¿Y por qué caváis si queréis construir una capilla? ¿O no podéis distinguir entre la tierra y el aire?

Uno de los jóvenes excavadores explicó: -Akha es el dios de la tierra y de lo subterráneo: vivimos en las venas de Akha. Difundiremos la buena nueva por el mundo. ¿No somos, acaso, los Apropiadores de Pannoval?

-Pues no os apropiaréis de este hoyo sin mi permiso -rugió Laintal Ay-. ¡Todos afuera!

El hombre corpulento y pomposo empezó a dar gritos, pero sacó la espada. El objeto que llevaban las dos ancianas estaba cubierto con un paño. Dathka pinchó el paño con la punta de la espada, y lo apartó descubriendo una figura de piedra negra, torpemente agazapada, humana a medias, con unos ojos de rana ciegos y fijos.

-¡Que belleza! -exclamó Dathka riendo-. Mejor cubrir una cara tan horrenda.

Los peregrinos se enfurecieron. Akha había sido insultado: la luz del sol no tenía que tocarlo jamás. Varios hombres se lanzaron contra. Laintal Ay saltó del hoyo gritando, blandiendo la espada

contra los peregrinos. La disputa atrajo a un guardia y a dos de los hombres armados con palos, y poco después los peregrinos estaban bastante maltrechos como para prometer comportarse mejor en el futuro.

Laintal Ay y Dathka continuaron hasta las nuevas habitaciones de Oyre en la torre de Vry, que se estaba reconstruyendo. Oyre se había trasladado porque la plaza, junto a la gran torre, era demasiado ruidosa a causa de las tiendas de bebidas. Y con Oyre habían ido Dol y su hijo, Rastil Roon Den, así como la anciana madre de Dol, Rol Sakil. A medida que la ausencia de Aoz Roon se prolongaba, Dol se había sentido cada día menos tranquila en una casa que albergaba también a los dos desenfrenados lugartenientes, Faralin Ferd y Tanth Ein.

A la entrada de la torre, que aún se llamaba Torre de Shay Tal, y por orden de Laintal Ay, estaban de guardia cuatro jóvenes robustos que habían sido esclavos en Borlien. Saludaron mientras Dathka y él entraban.

-¿Cómo está Oyre? -preguntó Laintal Ay, empezando a subir.

-Se está recuperando.

Encontró a Oyre en cama, rodeada por Vry, Dol y Rol Sakil. Se acercó y ella le tendió tos brazos.

-Oh, Laintal Ay, ha sido tan horrible, he tenido tanto miedo. -Él miró la cara y vio la fatiga en las leves arrugas debajo de los ojos. Todos los que descendían al mundo de los ancestros envejecían con la experiencia.- Creí que no volvería a verte, querido -dijo-. El mundo inferior es peor en cada nueva visita.

La edad había doblado en dos a Rol Sakil. El largo pelo blanco le cubría la cara, de modo que sólo se veía la nariz. Junto a la cama, tenía al nieto. RolSakil dijo: -Únicamente los viejos no retornan, Oyre.

Oyre se incorporó y estrechó más a Laintal Ay. El sintió cómo ella temblaba.

-Era dos veces más horrible esta vez: un universo sin soles. El mundo inferior es lo opuesto del nuestro; la roca original es como un sol debajo de todo, negro, que diera luz negra. Los fessupos cuelgan como estrellas, no en el aire, sino en las rocas. Todos son lentamente absorbidos por el agujero negro de la roca original... Son malignos, odian a los vivos.

-Es verdad -dijo Dol, acariciando a su anciana madre-. Nos odian y nos devorarían si pudieran.

-Intentan mordernos cuando pasamos al lado.

-Tienen los ojos llenos de deseos malignos.

-Las bocas también...

-¿Y tu padre? -urgió Laintal Ay, llevando la charla al motivo de que ella hubiera entrado en pauk.

-Encontré a mi madre en el mundo inferior.- Oyre no pudo decir más por un momento. Aunque estaba aferrada a Laintal Ay, el mundo al que pertenecía le parecía menos real que el que había abandonado. La madre no había tenido una palabra amable para ella, sólo recriminaciones, y un odio de una intensidad que los vivos rara vez se atrevían a mostrar.

-Me dijo que yo la había deshonrado, que bajó a la tumba avergonzada. Yo la había matado, yo era responsable, me había detestado desde que sintió mis movimientos en el vientre... Todas las cosas malas que hice en la infancia... Mi incapacidad de valerme por mí misma... Mi suciedad... Oh, no puedo decirte...

Se echó a llorar como queriéndose quitar el dolor.

Vry se acercó y ayudó a Laintal Ay a sostenerla.

-No es verdad, Oyre, todo eso es imaginario. -Pero la llorosa amiga la apartó.

Todos habían estado alguna vez en pauk. Todos la miraban con dolorida simpatía, recordando.

-¿Y tu padre? -repitió Laintal Ay-. ¿Lo has encontrado? -Oyre se recobró y consiguió mantenerse erguida, mirándolo con los ojos enrojecidos y la cara brillante de lágrimas.

-No estaba allí, gracias sean dadas a Wutra, no estaba allí. No ha llegado aún el momento de que caiga al mundo inferior.

Todos se miraron, asombrados. Para ocultar el temor de que Aoz Roon estuviera, después de todo, con Shay Tal, Oyre continuó hablando: - Seguramente no será un corusco maligno como ésos; seguramente ha vivido una vida bastante plena, y no se convertirá en una de esas sombras malignas... Por lo menos, lo ha evitado durante un poco más de tiempo... Pero ¿dónde ha estado en todas estas

Librodot

largas semanas?

Dol se echó a llorar, contagiada, arrebatando a Rastil Roon de los brazos de la abuela, acunándolo, diciendo:

-¿Está vivo? ¿Dónde está? No ha sido tan malo, en verdad... ¿Estás segura de que no estaba abajo?

-Te digo que no. Laintal Ay,: todavía está en alguna parte del mundo, Wutra sabe dónde, es seguro.

Rol Sakil empezó a gemir, ahora que el niño no le impedía moverse.

-Todos hemos de descender a ese terrible lugar, tarde o temprano. Dol, Dol, muy pronto le tocará a tu madre... pronto... Promete que vendrás a verme, y yo te prometo que no diré una palabra contra ti. Jamás te reprocharé que te hayas unido a ese hombre terrible que aflige nuestras vidas...

Mientras Dol consolaba a su madre, Laintal Ay intentaba consolar a Oyre, pero de súbito ella se apartó y bajó del lecho, respirando hondamente y secándose la cara.

-No me toques. Apesto a mundo inferior. Espera a que me lave.

Durante estas lamentaciones, Dathka se mantuvo en el fondo de la habitación; la robusta figura se destacaba sobre la áspera pared, la cara parecía de madera. Al fin se adelantó.

-Callad todos, y tratad de pensar. Estamos en peligro, y tendríamos que sacar provecho de esta noticia. Si Aoz Roon aún está vivo, necesitamos un plan de acción hasta que regrese, si regresa. Quizá lo hayan capturado los phagors.

"Os aviso que Faralin Ferd y Tanth Ein conspiran para apoderarse de Oldorando. En primer lugar piensan establecer una casa de moneda, con ese gusano de Raynil Layan al frente. -Miró a Vry y luego apartó los ojos.- Raynil Layan ya tiene a los herreros acuñando moneda. Cuando manejen el dinero y paguen a los hombres, serán todopoderosos. Sin duda matarán a Aoz Roon cuando regrese.

-¿Cómo se te ocurre? -preguntó Vry-. Faralin Ferd y Tanth Ein son sus amigos de toda la vida.

-En cuanto a eso -Dathka rió-, el hielo es sólido hasta que se derrite.

Miró a todos, alerta, y finalmente a Laintal Ay.

-Hemos de probar nuestro valor. No diremos a nadie que Aoz Roon vive. A nadie. Es mejor que no estén seguros. Que todo el mundo lo dude. La noticia de Oyre llevaría a los lugartenientes a usurpar enseguida el poder. Así se adelantarían al posible regreso.

-No me parece que... -empezó a decir Laintal Ay; pero Dathka, bruscamente dueño de su lengua, lo interrumpió.

-¿Quién tiene más derecho a gobernar si Aoz Roon está muerto? Tú, Laintal Ay. Y tú, Oyre. El hijo de Loilanun y la hija de Aoz Roon. El hijo de Dol es un peligroso argumento que el consejo podría utilizar. Laintal Ay: tú y Oyre os uniréis enseguida. Basta de vacilaciones. Llamaremos a una docena de sacerdotes de Borlien para la ceremonia, y tú anunciarás que el viejo señor ha muerto, de modo que vosotros dos gobernaréis por él. Seréis aceptados.

-¿Y Faralin Ferd y Tanth Ein?

-Podemos ocuparnos de Faralin Ferd y de Tanth Ein -respondió Dathka sombríamente-. Y de Raynil Layan. No tienen el apoyo de la gente, como tú.

Todos se miraron con gravedad. Por último, Laintal Ay habló: -No usurparé el título de Aoz Roon mientras él esté vivo. Aprecio la sagacidad de tu plan, Dathka, pero no lo seguiré.

Dathka se puso las manos en las caderas y se burló.

-Bien. Entonces, ¿no te importa que los lugartenientes tomen el poder? Te matarán. Y también a mí.-No lo creo.

-Cree lo que quieras, pero sin duda te matarán. Y a Oyre, a Dol y al niño. Probablemente, también a Vry. No sueñes más. Son hombres duros y tienen que actuar sin demora. Las cegueras, los rumores de la fiebre de los huesos... Actuarán mientras tú esperas sentado.

-Sería mejor traer de vuelta a mi padre -dijo Oyre, mirando deliberadamente a Dathka, no a Laintal Ay-. Las cosas son un torbellino... Necesitamos un jefe verdaderamente fuerte.

Dathka respondió con una risa amarga y estudió la expresión de Laintal Ay.

En la habitación cayó un pesado silencio. Lo interrumpió Laintal Ay diciendo de prisa y con torpeza: -Sea cual fuere el proceder de los lugartenientes, no intentaré tomar el mando. Eso sólo crearía división.

-¿División? -dijo Dathka-. La ciudad ya está dividida, y a punto de precipitarse en el caos, con todos esos extranjeros. Eres un tonto si crees los disparates de Aoz Roon sobre la unión.

Durante la discusión, Vry se había mantenido aparte, apoyada contra la pared, de brazos cruzados. Se adelantó y dijo: -Es un error que sólo penséis en los asuntos de la tierra.- Señaló al niño y agregó: -Cuando nació Rastil Roon, el padre acababa de desaparecer. Hace de esto tres cuartos. Ha pasado el tiempo del doble ocaso. De modo que han transcurrido tres cuartos desde el último eclipse, os lo recuerdo. O desde la última ceguera, si preferís la vieja expresión.

"Se acerca otro eclipse. Oyre y yo hemos hecho los cálculos...

La anciana madre de Dol gimió.

-Nunca he podido explicar el porqué; apenas estoy aprendiendo el cómo - dijo Vry, mirando con dulzura a la anciana-. Pero si no me equivoco, el próximo eclipse será mucho más largo que el anterior. Freyr quedará oculto durante más de cinco horas y media; el eclipse empezará cuando salgan los dos soles y ocupará la mayor parte del día. Ya podéis imaginar el pánico que habrá. Rol Sakil y Dol empezaron a gemir. Dathka les ordenó bruscamente que callaran, y dijo: -¿Un eclipse de todo un día? Dentro de unos años no habrá más que eclipses, y nada de Freyr, si tienes razón ¿Por qué estás tan segura?

Ella lo miró con fijeza, escrutándole el rostro oscuro. Temiendo lo que veía, le dio una respuesta que él no podía aceptar.

-Porque el universo no es mero azar. Es una máquina. Y por tanto, se puede saber cómo se mueve.

Durante siglos no se había oído en Oldorando una afirmación tan profundamente revolucionaria. Pasó totalmente por encima de la cabeza de.

-Si es así, hemos de protegernos con sacrificios.

Sin molestarse en discutir, Vry se volvió hacia los demás diciendo: -Los eclipses no durarán. Seguirán durante veinte años, y después de los primeros once, serán más breves. Después del número veinte, no volverán.

Las palabras de Vry querían ser consoladoras. Los rostros de los demás mostraban el dolor de un pensamiento secreto; dentro de veinte años, probablemente ninguno de ellos estaría vivo.

-¿Cómo puedes saber lo que ocurrirá en el futuro, Vry? Ni siquiera Shay Tal podía hacerlo -dijo Laintal Ay.

Ella hubiera querido tocar a Laintal Ay, pero era demasiado tímida.

-Se trata de observar, y de reunir hechos antiguos, y de ponerlo todo junto. Se trata de comprender lo que sabemos, y de ver lo que estamos viendo. Freyr y Batalix están muy lejos uno de otro, aunque a nosotros nos parecen próximos. Cada uno gira en el borde de un gran plato redondo. Los platos están inclinados en un cierto ángulo. En cada intersección hay un eclipse, pues nuestro mundo está en una línea con Freyr, y Batalix se interpone. ¿Comprendes?

Dathka andaba de un lado a otro. Dijo con impaciencia: -Oye, Vry, te prohíbo que digas esas locuras en público. La gente te matará. A esto te ha llevado la academia. No escucharé una palabra más. Le echó una mirada oscura y amarga, y sin embargo, curiosamente implorante. Ella estaba atónita. Dathka salió de la habitación. Fue silencio lo que dejó atrás.

Apenas pasaron dos minutos cuando hubo una conmoción en la calle. Laintal Ay corrió a ver qué ocurría. Temía alguna imprudencia de Dathka, pero había desaparecido. Un hombre había caído de su cabalgadura y pedía ayuda; por las ropas que llevaba parecía un forastero. Se había reunido un grupo alrededor -había varias caras que Laintal Ay conocía- pero nadie lo ayudaba.

-Es la plaga -le explicó un hombre a Laintal Ay-. Cualquiera que lo ayude estará enfermo a la caída de Freyr.

Acudieron dos esclavos, y el enfermo fue arrastrado hacia el hospital.

Esa fue la primera aparición pública de la fiebre de los huesos en Oldorando.

Cuando Laintal Ay retornó a la habitación de Oyre, ella se había quitado la ropa y se lavaba en un barreño detrás de un cortina, mientras hablaba con Vry y con Dol.

La cara con hoyuelos de Dol tenía por una vez cierta expresión. Separó del pecho a Rastil Roon y puso al niño en manos de Rol Sakil.

-Tienes que actuar, amigo mío -dijo-. Reúne a la gente y habíales. Explícales todo. No te

preocupes por Dathka.

-Así es, Laintal Ay -dijo Oyre-. Recuerda a todos cómo Aoz Roon construyó Oldorando, diles que has sido su fiel lugarteniente. No sigas el plan de Dathka. Asegura a todos que Aoz Roon no ha muerto, y que pronto regresará.

-Sí -agregó Dol-. Recuérdales cómo le temían, y cómo hizo el puente. A ti te escucharán.

-Entre las dos tenéis todo resuelto -respondió Laintal Ay-, pero os equivocáis. Aoz Roon ha estado afuera demasiado tiempo. La mitad de la gente apenas lo conoce. Son extranjeros, mercaderes, gente de paso. Ve al Pauk y pregunta al primero que encuentres quién es Aoz Roon. No te lo podrá decir. Es por eso que se plantea la cuestión del poder.-Laintal Ay estaba erguido y firme ante ellas.

Dol sacudió el puño.

-¡Cómo te atreves! Dices mentiras. Sí... Cuando vuelva, gobernará como antes. Yo me ocuparé de que eche a Faralin Ferd y a Tanth Ein. Sin olvidar a ese reptil, Raynil Layan.

-Puede que sí, puede que no, Dol. Pero no está aquí. ¿Y Shay Tal? Se fue el mismo día ¿Y quién habla de ella ahora? Quizá tú aún la echas de menos, Vry; otros no.

Vry movió la cabeza, y dijo serenamente: -Si quieres saber la verdad, no echo de menos a Shay Tal ni a Aoz Roon. Creo que hicieron difíciles nuestras vidas. Ella hizo difícil la mía... Oh, fue por mi culpa, lo sé, y le debo mucho, tan luego yo, hija de una esclava. Pero como una esclava seguí a Shay Tal.

-Es verdad -dijo la vieja Rol Sakil, meciendo al niño-. Ella fue un mal ejemplo para ti, Vry. Nuestra Shay Tal era demasiado... demasiado virginal. Tú sigues el mismo camino. Has de tener quince años ahora; te acercas a la madurez y aún no te has acostado con nadie. Hazlo antes de que sea tarde.

-Madre tiene razón, Vry -dijo Dol-. Ya has visto cómo Dathka se marchó furioso después de discutir contigo. Está enamorado de ti, ésa es la razón. Sé un poco más sumisa, ¿o no es ésa la actitud que ha de tener una mujer? Si le abres tus brazos, te dará lo que quieras... Sin duda es un hombre bastante apasionado.

-Te aconsejo que le abras las piernas mejor que los brazos -agregó Rol Sakil, cacareando de risa-. Hay muchas mujeres bonitas de paso por Oldorando en estos tiempos, no como cuando éramos jóvenes, que la carne escaseaba... ¡Las cosas que se consiguen ahora en el bazar! No me extraña que quieran monedas... Yo sé en qué ranura las van a meter...

-Ya basta -dijo Vry, con las mejillas encendidas-. Viviré mi propia vida, sin tus crudos consejos. Respeto a Dathka, pero no lo quiero. Hablemos de otra cosa.

Laintal Ay tomó el brazo de Vry, consolándola, mientras Oyre emergía de la cortina con el pelo recogido. No usaba las pieles de miela, que los jóvenes de Oldorando consideraban ahora algo anticuadas. Vestía, en cambio, una túnica de lana verde que llegaba casi hasta el suelo.

-Se le aconseja a Vry que tome un hombre sin demora -dijo Laintal Ay-. Y a ti también.

-Por lo menos Dathka es maduro y se conoce a sí mismo.

Laintal Ay frunció el ceño ante la observación. Volviendo la espalda a Oyre le habló a Vry: -Explícame eso de los veinte eclipses. No he comprendido. ¿Por qué es una máquina el universo?

Con un gesto de desagrado, ella respondió: -Ya has oído los elementos, pero no prestas atención. Has de estar preparado para creer que el mundo es más extraño de lo que piensas. Trataré de explicártelo claramente.

"Imagina que las octavas de aire se extienden a gran altura, tal como están en el suelo. Imagina que este mundo -los phagors lo llaman Hrl-Ichor- sigue regularmente su propia octava. En realidad, esa octava gira y gira alrededor de Batalix. Hrl-Ichor da una vuelta a Batalix cada cuatrocientos ochenta días, nuestro año, como sabes. Batalix no se mueve. Somos nosotros quienes nos movemos.

-¿Cómo, si Batalix se pone todas las noches?

-Batalix está inmóvil en el cielo. Nosotros giramos.

Laintal Ay rió.

-¿Y en el festival del Doble Ocaso? ¿Qué se mueve entonces?

-Es igual. Nosotros nos movemos. Batalix y Freyr están entonces estacionarios. Si no lo

comprendes, no puedo explicar nada más.

-Todos hemos visto moverse a los centinelas, querida Vry, cada día de nuestras vidas. ¿Y qué pasaría entonces, si imagino que los dos se han convertido en hielo? Ella vaciló y continuó: -En verdad, Batalix y Freyr cambian de posición cuando Freyr se hace más brillante.

-Vamos... Primero quieres que crea que no se mueven, y luego que se mueven. Basta, Vry: creeré en tus eclipses cuando los vea, no antes.

Con una exclamación de impaciencia, Vry alzó los brazos delgados por encima de la cabeza.

-Qué tontos sois. Tanto da que caiga Embruddock, ¿qué diferencia puede haber para vosotros? No comprendéis ni la cosa más sencilla.

Salió de la habitación, aún más furiosa que Dathka.

-Hay algunas cosas sencillas que ella tampoco comprende -dijo Rol Sakil, meciendo al niño.

La vieja habitación de Vry mostraba los cambios que habían ocurrido en Oldorando. Ya no era tan desnuda. Había por todas partes curiosidades recogidas aquí y allá. Algunas las había heredado de Shay Tal, y por tanto de Loilanun. Había comprado otras en el bazar. Cerca de la ventana estaba el mapa estelar que ella misma había trazado, con las eclípticas de los dos soles.

En una pared colgaba un mapa antiguo que le había regalado un nuevo admirador. Estaba pintado sobre pergamino con tintas de colores. Había sido hecho en Ottaassaal y mostraba todo el mundo, y esto la maravillaba incesantemente. El mundo estaba representado como una forma redonda, con los continentes rodeados por océanos. Descansaba sobre la roca original - más grande que el mundo- de donde éste había sido expulsado, o de donde había surgido. Los continentes tenían nombres: Sibornal; y más abajo, Campannlat; y aún más abajo, Hespagorat. Se habían indicado algunas islas. La única ciudad señalada era Ottaassaal, en el centro.

Vry se preguntaba a qué distancia habría que situarse para ver así el mundo real. Freyr y Batalix eran también mundos redondos, como ella comprendía bien. Pero no estaban sostenidos por ninguna roca original; ¿por qué, pues, necesitaba una el mundo? En un nicho, junto al mapa, había una estatuilla que le había traído. La sacó y se la puso abstraída en la palma de la mano. Mostraba el coito de una pareja agachada. El hombre y la mujer habían sido labrados en una sola piedra. Pasando de mano en mano se habían vuelto anónimos, y el tiempo les había borrado las facciones. Representaban así un momento supremo, de unión total, y Vry los miraba con vehemencia.

-Esto es la unión -dijo en voz muy baja.

A pesar de las burlas de sus amigas, anhelaba desesperadamente lo que representaba la estatuilla. También reconocía, como había hecho Shay Tal antes que ella, que el camino del conocimiento era un camino solitario.

¿Serían un par de amantes verdaderos cuyos nombres se habían perdido a lo lejos, en el pasado? Era imposible saberlo.

En el pasado estaba la explicación de muchas cosas futuras. Miró con desánimo el reloj astronómico que intentaba construir en madera, sobre la mesa, junto a la estrecha ventana. No estaba acostumbrada a trabajar la madera; y por otra parte, no lograba comprender el principio por el que el mundo seguía un determinado camino, como los cuatro mundos errantes, y también los dos centinelas.

De repente entendió que había una unión entre esas esferas: eran del mismo material, así como los amantes eran una sola piedra. Y tenía que haber una fuerza tan poderosa como la sexualidad para unirlas, misteriosamente, para que se movieran en una cierta dirección.

Se sentó ante la mesa y comenzó a desarmar ruedas y varillas reordenándolas de otro modo.

Estaba absorta cuando oyó que golpeaban a la puerta. Entró Raynil Layan, que miró rápidamente alrededor para ver si había alguien más en el cuarto.

La vio enmarcada por el rectángulo azul claro de la ventana: la luz le acariciaba el perfil. Tenía una bola de madera en la mano. Cuando él entró, se incorporó a medias; y él vio -porque siempre escrutaba a la gente- que por una vez Vry no parecía tan reservada. Sonreía nerviosamente; se alisaba la piel de miela sobre las turgencias del pecho. Raynil Layan cerró la puerta.

El maestro de los curtidores había alcanzado cierta grandeza por aquellos días. Tenía la barba

Librodot

bifurcada atada con dos cintas, como había aprendido de los extranjeros, y llevaba pantalones de seda. Hacía poco tiempo que dedicaba su atención a Vry, a quien había regalado objetos como el mapa de Ottaassaal, adquirido en Pauk, y cuyas teorías escuchaba con interés. Ella encontraba todo esto oscuramente excitante. Aunque desconfiaba de las maneras pulidas de Raynil Layan, se sentía halagada por ellas y por el interés que él demostraba.

-Trabajas demasiado, Vry -dijo él, alzando un dedo y una ceja-. Si pasaras más tiempo al aire libre, el color volvería a esas bonitas mejillas.

-Sabes que estoy ocupada con la academia, ahora que Amin Lim se ha ido con Shay Tal, y también con mi propio trabajo.

La academia florecía como nunca. Tenía edificio propio, y estaba principalmente a cargo de una asistenta de Vry. Llamaban a los hombres cultivados; cualquiera que pasara por Oldorando era invitado a hablar. Muchas ideas se ponían en práctica en los talleres, debajo de la sala de conferencias. Raynil Layan observaba personalmente todo lo que ocurría.

Paseó otra vez los ojos por la habitación. Al advertir la estatuilla entre el desorden de la mesa, la examinó de cerca. Ella enrojeció.

-Es muy vieja.

-Sí. Pero todavía muy popular.

Ella rió.

-Me refería al objeto.

-Y yo a su objetivo. -La depositó sobre la mesa, mirando a Vry con las cejas arqueadas. Apoyaba el cuerpo contra el borde de la mesa, de modo que rozaba las piernas de Vry.

Vry se mordió el labio y bajó la vista. Tenía sus propias fantasías eróticas acerca de ese hombre que no le gustaba demasiado, y todas le venían en tropel a la mente.

Pero Raynil Layan, como era su estilo, cambió de actitud. Luego de un instante de silencio, se apartó, se aclaró la garganta, y dijo con seriedad: -Vry, entre los peregrinos que acaban de llegar de Pannoval hay un hombre que no está cegado por la religión como el resto. Hace relojes, y trabaja el metal con precisión. La madera no te sirve. Traeré a ese artesano, si me lo permites, y tú lo instruirás para que construya el modelo.

-No es un simple reloj, Raynil Layan -respondió Vry, mientras lo miraba y se preguntaba si ella y él podían considerarse, de algún modo, hechos de la misma piedra.

-Comprendo. Tú le explicarás cómo es tu máquina. Yo le pagaré en moneda. Pronto tendré un puesto importante, y podré ordenar lo que desee.

Ella se puso de pie, para medir mejor estas palabras.

-He oído decir que te ocuparás de la Casa de la Moneda de Oldorando.

El entornó los ojos y la miró, mitad enojado, mitad sonriente.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Ya sabes cómo vuelan las noticias.

-Faralin Ferd ha vuelto a hablar.

-No piensas demasiado bien de él ni de Tanth Ein, ¿no es cierto?

Raynil Layan se encogió de hombros y tomó las manos de Vry: -Pienso en ti a todas horas. Tendré poder, y no me parezco a esos tontos ni a Aoz Roon. Creo que el conocimiento puede aliarse con el poder y reforzarlo... Sé mi mujer y tendrás lo que deseas. Vivirás mejor. Descubriremos cosas. Abriremos la pirámide que mi predecesor, el charlatán Datnil Skar, no consiguió abrir.

Vry escondió el rostro, preguntándose si un cuerpo tan delgado y un aletargado queme podrían atraer y retener a un hombre.

Soltándose, ella retrocedió. Las manos, ahora libres, le volaron como aves hasta la cara tratando de ocultar la turbación que sentía.

-No me tientes, no juegues conmigo.

-Necesitas tentaciones, mi querida.

Raynil Layan abrió el bolso que llevaba al cinto, y sacó algunas monedas. Las puso ante los ojos de ella como un hombre que tentara con forraje a un miela sin domesticar. Ella las examinó, acercándose cautelosamente.

-Las nuevas monedas, Vry. Míralas. Van a transformar Oldorando.

Las tres monedas estaban imperfectamente redondeadas y su impresión era tosca. Una pequeña moneda de bronce tenía la inscripción «Medio Roon»; otra mayor, de cobre, «Un Roon», y una pequeña, de oro, «Cinco Roons». En el
reverso decían:

OLD
ORAN
DO

Vry rió, excitada, mientras las estudiaba. De alguna manera esas monedas representaban poder, modernidad, conocimiento.

-¡Roons! -exclamó-. ¡Qué maravilla!

-Precisamente, la llave de todas las maravillas.

Vry puso las monedas sobre la mesa gastada.

-Probaré con ellas tu inteligencia, Raynil Layan.

-¡Qué extraña forma de seducir a un hombre! -dijo él, riendo; pero miró la cara delgada de Vry y advirtió que ella hablaba en serio.

-Digamos que el Medio Roon es nuestro mundo, Hrl-Ichor. El gran Un Roon es Batalix. Esta pequeña moneda dorada es Freyr. -Con el dedo, hizo que el Medio Roon girara alrededor del Roon.- Así nos movemos en el aire. Una vuelta es un año; y durante ese tiempo, el Medio Roon ha girado como una pelota cuatrocientas ochenta veces. ¿Lo ves? Cuando creemos que el Roon se mueve, somos nosotros los que nos movemos en el Medio Roon. Sin embargo, el Roon no está inmóvil. Hay un principio general, parecido al amor. Así como un chico gira alrededor de su madre, así también gira el Medio Roon alrededor del Roon; y así también, acabo de pensarlo, gira el Roon alrededor de los cinco Roons.

-¿Acabas de pensarlo? ¿Una suposición?

-No. Simplemente observación. Pero nadie puede hacer una observación, por sencilla que sea, si no está predispuesto.

»En los solsticios de otoño y primavera, el Medio Roon se aleja al máximo del Roon. -Mostró la órbita.- Imagina que detrás de los Cinco Roons hay una cantidad de puntos diminutos que representan las estrellas fijas. Imagina también que estás en el Medio Roon. ¿Puedes hacerlo?

-Y más. Puedo imaginar que tú estás conmigo.

Vry pensó que él era rápido, y le tembló la voz mientras decía: -Pues estamos allí, y el Medio Roon va primero a este lado del Roon, y luego al otro... ¿Y qué observamos? Que los Cinco Roons parecen moverse sobre las estrellas fijas que están atrás.

-¿Parecen?

-En ese sentido, sí. El movimiento demuestra a la vez que Freyr está cerca, comparado con las estrellas, y que somos nosotros los que nos movemos.

Raynil Layan contempló las monedas.

-Entonces, ¿dices que las dos monedas menores se mueven alrededor de los Cinco Roons?

-Ya sabes que compartimos un secreto culpable. Sabes que tu predecesor mostró ilegalmente a Shay Tal el libro de la corporación... Por el calendario del Rey Denniss sabemos que éste es el año que él llamaría 446. El año 446 después de una persona: Nadir...

-He tenido mejores oportunidades que tú para estudiar ese calendario, querida; y también para comparar otras fechas. La fecha Cero, según el calendario de Denniss, fue un año de mucho frío y oscuridad.

-Eso es exactamente lo que pienso. Hace ahora 446 años desde que Freyr estuvo en el punto más débil. El brillo de Batalix no cambia nunca. El de Freyr sí, por alguna razón. Antes yo creía que se hacía más brillante o más opaco al azar. Pero ahora creo que el universo no se mueve al azar, como tampoco un río. Hay causas para las cosas; el universo es una máquina, como ese reloj astronómico que intenta imitarlo. Freyr se vuelve más brillante porque se acerca; no, al revés: porque nosotros nos acercamos a Freyr. Es difícil librarse de las viejas formas de pensar cuando están empotradas en el lenguaje. En el nuevo lenguaje, el Medio Roon y el Roon se acercan a los Cinco Roons...

Librodot

Raynil Layan jugaba con las cintitas de la barba, pensando en lo que ella había dicho.

-¿Por qué la teoría del acercamiento es preferible a la de más brillante y más opaco?

Vry aplaudió.

-¡Qué pregunta tan inteligente! Si Batalix no pasa de la opacidad al brillo y viceversa, ¿por qué lo haría Freyr? El Medio Roon siempre se acerca al Roon, pero nunca lo alcanza; por eso pienso que el Roon se acerca al Cinco Roons del mismo modo, llevando consigo al Medio Roon. Y por eso ocurren los eclipses. -Hizo girar otra vez las monedas de menor valor.-¿Ves cómo el Medio Roon llega cada año a un punto en que los observadores situados en él -tú y yo- no pueden ver el Cinco porque el Roon se interpone? Eso es un eclipse.

-Entonces, ¿por qué no hay un eclipse todos los años? Si una parte de tu teoría está mal, todo está mal, así como un miela no puede correr en tres patas.

Eres inteligente, pensó ella; mucho más que y Laintal Ay, y me gustan los hombres inteligentes, aunque tengan pocos escrúpulos.

-Hay una razón. Pero no puedo demostrarla como corresponde. Por eso quiero construir este modelo. Ya lo verás.

El sonrió y le tomó nuevamente la mano delgada. Ella tembló como cuando había estado en el brassimipo.

-Mañana tendrás aquí a ese artesano, construyendo tu modelo en oro, según tu deseo, si aceptas ser mía y anunciar la noticia. Quiero que estés cerca, en mi cama.-Oh, tienes que esperar... por favor... por favor...

Vry cayó temblando en los brazos de él, que empezó a acariciarle el cuerpo. Me desea, pensaba ella, en un torbellino; Dathka no se atrevería de ese modo. Raynil Layan es más duro y mucho más inteligente. No tan malo como dicen. Shay Tal se equivocaba acerca de él. Se equivocaba acerca de muchas cosas. Y además, ahora las costumbres de Oldorando son distintas, y si me quiere, me tendrá.

-Oh, mis pantalones, ten cuidado... -Pero él estaba feliz por la prisa de ella. Vry sintió, vio la excitación creciente de él, que se inclinaba sobre ella. Gimió mientras él reía. Vry tuvo una visión de ambos cuerpos, una sola carne, girando entre las estrellas, presa de un gran poder universal, anónimo, eterno...

El hospital era nuevo y no estaba terminado. Se encontraba cerca del final de la ciudad, más allá de la que se llamaba Torre de Prast en los antiguos tiempos. Acudían allí los viajeros que enfermaban en el camino. Al otro lado de la calle estaba el establecimiento de un veterinario que atendía a los animales enfermos.

Tanto el hospital como el establecimiento veterinario tenían mala fama; se decía que se intercambiaban las respectivas herramientas. Sin embargo, el hospital era eficientemente dirigido por la primera mujer que llegó a ser miembro de la corporación de boticarios; una partera y profesora de la academia que todos llamaban Madre Escantion -Ma Escantion- por las flores que había insistido en poner en las salas a su cargo.

Un esclavo condujo a Laintal Ay hasta ella. Era una mujer alta y robusta de edad mediana, pecho abundante y expresión amable. Una de sus tías había sido la mujer de Nahkri. Laintal Ay y ella habían estado en buenos términos durante muchos años.

-Quiero que veas a dos pacientes que tengo en una sala aislada -dijo, sacando una de las muchas llaves que traía colgadas del cinto. No vestía mielas, sino una bata color azafrán, larga hasta el suelo.

Ma Escantion abrió una sólida puerta detrás del despacho.

Atravesaron la vieja torre y treparon por las rampas hasta llegar a la parte superior. Llegaba desde abajo el sonido de un clow, que tocaba un convaleciente. Laintal Ay reconoció la melodía: «Para, para, río Voral». El ritmo era ágil, pero de una melancolía que se adecuaba a la inútil exhortación del estribillo. El río corría, y no se detendría, nunca, ni por amor ni por la vida misma...

Cada piso de la torre estaba dividido en pequeñas salas o celdas, con una ventanilla corrediza en la puerta. Sin una palabra, Ma Escantion corrió la ventanilla, que ocultaba una reja, e indicó a Laintal Ay que mirara.

En la celda había dos camas, y un hombre en cada una, casi desnudos. Estaban contraídos, rígidos pero nunca del todo quietos. El hombre situado más cerca de la puerta, de abundantes cabellos

negros, yacía con la columna vertebral arqueada y las manos unidas y apretadas por encima de la cabeza. Frotaba los nudillos contra la pared de piedra; sangraba y la sangre le corría por los brazos entre las venas azules. Torcía la cabeza, envarada, en un ángulo raro. Vio a Laintal Ay en la reja, y trató de mirarlo, pero la cabeza continuó el lento movimiento. Las arterias del cuello le sobresalían como cuerdas.

El segundo paciente, acostado debajo de la ventana, tenía los brazos apretados contra el pecho. Se enroscaba como una bola y volvía a desenroscarse, al tiempo que sacudía los pies, con tal violencia que los huesecillos le crujían. Miraba inquieto del suelo al techo y las paredes. Laintal Ay reconoció en él al hombre caído en la calle.

Ambos estaban mortalmente pálidos y cubiertos de sudor; un olor acre salía de la celda. Continuaron luchando contra invisibles contendientes mientras Laintal Ay cerraba la ventanilla.

-La fiebre de los huesos -dijo. Estaba junto a Ma Escantion, y trataba de verle la cara en la sombra.

Ella se limitó a asentir. Él la siguió por las rampas. El clow seguía desarrollando la melancólica melodía.

¿Por qué tanta prisa?
Que el deseo me lleve a ella
y si no, que me abandone...

Ma Escantion dijo por encima del hombro: -El primero llegó hace dos días... Tendría que haberte llamado ayer. Se niegan a comer; apenas se puede conseguir que beban agua. Es como un espasmo muscular prolongado. Les afecta la mente.

-¿Morirán?

-No más de la mitad sobrevive al ataque. A veces se curan cuando pierden peso; o enloquecen y mueren, como si la fiebre se les metiera en el cerebro y los matara.

Laintal Ay tragó saliva, sintiendo la garganta seca. En el despacho de ella, aspiró profundamente el aroma de las plantas de escantion y raige del antepecho de la ventana para apartar el hedor que aún tenía en la nariz. La habitación estaba pintada de blanco.

-¿Qué son? ¿Mercaderes?

-Los dos han venido del este, viajando con distintos grupos de madis. Uno es mercader, el otro bardo. Ambos tenían phagors esclavos, que están ahora en casa del veterinario. Sabes sin duda que la fiebre de los huesos se propaga rápidamente y se puede convertir en una gran plaga. Quiero que esos enfermos se marchen del hospital. Necesitamos aislarlos en algún lugar lejos de la ciudad. No serán los únicos casos.

-¿Has hablado de esto con Faralin Ferd?

Ella frunció el ceño.

-Inútil. Para comenzar, él y Tanth Ein dijeron que no se moviera a los pacientes. Luego sugirieron que se les diera muerte y se arrojaran los cuerpos al Voral.

-Veré qué puedo hacer. Conozco una torre en ruinas, a unas cinco millas. Tal vez pudiera servir.

-Sabía que ayudarías. -Ella le apoyó una mano en la manga, sonriendo.- Hay algo que trae la enfermedad. En condiciones favorables, puede extenderse como un incendio. Y media población moriría. No conocemos ninguna cura. Yo creo que son esos inmundos phagors quienes la transmiten. Quizá sea el olor de esas pelambres que tienen. Esta noche habrá dos horas de oscuridad: en ese tiempo, haré que maten y entierren a los dos phagors. Quería decírselo a alguien con autoridad. Y sabía que estarías de mi parte.

-¿Crees que podrían propagar más la peste?

-No lo sé. No quiero correr ningún riesgo. Puede ser otra la causa. Pueden ser los eclipses. O Wutra.

Ma Escantion se mordió el labio inferior. Laintal Ay leyó preocupación en la cara familiar.

-Sepúltalos hondo, para que los perros no los desentierren. Me ocuparé de esa torre. ¿Esperas más casos pronto? -concluyó, vacilando.

Librodot

Sin cambiar de expresión, ella respondió: -Por supuesto.

Cuando él se fue, el clow tocaba aún la quejumbrosa melodía, lejos, en las profundidades del edificio.

Laintal Ay no pensó ni siquiera en decírselo a Ma Escantion, pero tenía otros planes para las dos horas de oscuridad.

Las palabras de Dathka esa mañana, mientras Oyre se recobraba del pauk, después de comunicarse con los ancestros, lo habían perturbado. El y Oyre juntos eran postulantes invencibles al gobierno de Oldorando; no se le ocultaba la fuerza del argumento. En general, quería lo que era legítimamente suyo, como cualquier otra persona. Y por cierto quería a Oyre. Pero, ¿quería realmente gobernar Oldorando?

Le parecía que las palabras de Dathka habían cambiado sutilmente la situación. Quizás, ahora, sólo podía conquistar a Oyre tomando el poder.

Estos pensamientos le ocupaban la mente mientras procuraba resolver los problemas de Ma Escantion, los problemas de todos. La fiebre de los huesos se consideraba sólo una leyenda; pero el hecho de que nadie hubiese comprendido que era una enfermedad real, hacía aún más negra esa leyenda. La gente moría. La plaga era como la cumbre maníaca de un proceso natural.

Trabajó, por lo tanto, sin quejarse, con la ayuda de Goija Hin. Laintal Ay y el encargado de los esclavos buscaron a los dos phagors que habían venido con las víctimas de la fiebre y los enviaron a las celdas de aislamiento. Hicieron que los phagors enrollaran a sus amos enfermos en esteras y los sacaran del hospital. Esas esteras de aspecto inocente no causarían pánico.

El pequeño grupo se encaminó con su carga hacia la torre en ruinas que Laintal Ay conocía. Iba también con ellos Myk, el viejo esclavo phagor, para ayudar si era necesario en el transporte de los hombres enfermos. Con esto se pretendía apresurar los trámites, pero Myk había envejecido tanto que el avance era lento.

Goija Hin, también encorvado por la edad, con el pelo tan largo y endurecido sobre los hombros que parecía uno de sus miserables cautivos, azotaba a Myk. Ni el látigo ni las maldiciones hacían que el viejo esclavo anduviera más de prisa. Avanzaba, engrillado, sin protestar, aunque tenía las piernas en carne viva a causa de los azotes.

Mi problema consiste en que no quiero blandir el látigo ni sufrirlo, se dijo Laintal Ay. Otra capa de pensamientos le asomó en la mente, como una niebla en una mañana serena. Pensó que le faltaban ciertas cualidades. Deseaba pocas cosas. Estaba contento con el paso de los días.

Demasiado contento, supongo. Me ha bastado con saber que Oyre me ama, y con estar en sus brazos. Me ha bastado que Aoz Roon fuera casi un padre para mí. Y que el clima cambiara. Y que Wutra ordenara a los centinelas que se mantuvieran en sus puestos.

Ahora Wutra ha permitido que los centinelas se descarríen. Aoz Roon se ha ido. ¿Y qué era esa cosa hiriente que había dicho Oyre más temprano, que era maduro, implicando que yo no lo soy? Oh, ese silencioso amigo mío... ¿Es eso la madurez, ser una masa de astutas maquinaciones? ¿No es el contentamiento madurez suficiente?

Había en él mucho del abuelo Pequeño Yuli, muy poco de Yuli el Sacerdote. Y por primera vez en mucho tiempo, recordó la tierna fascinación de su abuelo por Loil Bry y la felicidad con que habían vivido en la habitación con ventana de porcelana. Eran otros tiempos. Todo había sido más simple entonces. Habían vivido contentos, con tan poco.

No estaba contento de morir ahora. No quería que lo asesinaran los lugartenientes, si pensaban que estaba implicado en el plan de Dathka. Y tampoco morir a causa de la fiebre de los huesos, contagiada por esos dos desventurados a quienes alejaban de la ciudad. Aún faltaban tres millas hasta la vieja torre.

Se detuvo. Los phagors y Goija Hin avanzaban maquinalmente con la triste carga. Y él mismo, haciendo una vez más lo que le pedían. No había ninguna razón. Era preciso romper esa estúpida costumbre de obedecer.

Gritó a los phagors. Se detuvieron donde estaban, sin moverse. La carga que llevaban sobre los hombros crujió levemente.

El grupo estaba en un sendero estrecho flanqueado por densas matas de dogotordo. Pocos días

antes un niño había muerto allí, devorado; todo indicaba que el asesino había sido un lengua de sable. Esos depredadores se acercaban a la ciudad ahora que los mielas salvajes escaseaban. Poca gente salía a los caminos.

Laintal Ay se internó entre los arbustos. Hizo que los phagors llevaran a sus amos enfermos a la espesura y los depositaran en tierra. Los monstruos lo hicieron descuidadamente, de modo que ambos hombres rodaron por el suelo, aún en sus rígidas posturas.

Tenían los labios azules y retraídos, y mostraban los dientes amarillos y las encías. Los miembros estaban distorsionados, y les crujían los huesos. Aunque conscientes, eran incapaces de evitar ciertos movimientos involuntarios, como el horrible rodar de los ojos, hundidos en la estirada piel de la cara.

-¿Sabes qué les ocurre a estos hombres? -preguntó Laintal Ay.

Goija Hin asintió y sonrió con malicia para demostrar que dominaba los conocimientos humanos.

-Están enfermos -dijo.

Laintal Ay no había olvidado la fiebre que le había contagiado un phagor.

-Mata a los hombres. Haz que los phagors abran tumbas con las manos. Tan rápido como puedas.

-Comprendido. -El encargado de los esclavos puso manos a la obra.

Laintal Ay se quedó allí, con una rama apretada contra la espalda, mirando cómo el grueso anciano cumplía lo ordenado, como había hecho siempre. A cada paso del proceso, Laintal Ay daba una orden, que era ejecutada. Se sentía responsable de todo, y no se permitía apartar la vista. Goija Hin sacó una espada corta, y atravesó dos veces el corazón de los enfermos. Los phagors abrieron las tumbas con las manos córneas; los dos phagors blancos, y Myk, tan obeso como Goija Hin, cubierto por el negro pelaje de la ancianidad.

Todos los phagors llevaban grilletes en las piernas. Hicieron rodar los cadáveres al interior de las tumbas y permanecieron inmóviles, como de costumbre, mientras esperaban la próxima orden. Se les dijo que abrieran tres tumbas más entre los arbustos. Lo hicieron, trabajando como animales mudos. Luego Goija Hin clavó la espada entre las costillas de los dos phagors extraños; y cuando cayeron de bruces al suelo, limpió el icor amarillo de la hoja en las pieles de las bestias.

Se ordenó a Myk que metiera los phagors en las tumbas y los cubriera de tierra.

Cuando Myk terminó, se volvió a Laintal Ay, haciendo correr la pálida lecha por una ventana de la nariz.- No matar a Myk, amo. Rompe mis cadenas y deja que me vaya y muera lejos.

-¿Cómo van a dejarte en libertad, vieja basura, después de tantos años? - preguntó, irritado, Goija Hin, alzando la espada.

Laintal Ay lo detuvo y miró al viejo phagor. La criatura lo había llevado a hombros cuando era niño. Le emocionó que Myk no intentara recordárselo. No apelaba a ciertos buenos sentimientos. Myk esperaba, inmóvil, lo que pudiera suceder.

-¿Qué edad tienes, Myk? -preguntó, y pensó: los sentimientos, mis sentimientos. No puedo dar la orden fatal, ¿verdad?

-Yo prisionero no cuento los años. -Las eses emergían como abejas de la garganta de Myk.- Una vez, los dos filos gobernamos Embruddock, y los Hijos de Freyr eran nuestros esclavos. Pregúntale a la Madre Shay Tal. Ella lo sabe.

-Me lo dijo. Y vosotros nos matabais como nosotros os matamos.

Los ojos rojos parpadearon una vez. La criatura dijo:

-Mantuvimos vivos a los Hijos de Freyr durante siglos, cuando Freyr estaba enfermo. Gran tontería. Ahora todos los Hijos morirán. Rompe mis cadenas, déjame morir en brida.

Laintal Ay señaló la tumba abierta.

-Mátalo -ordenó a Goija Hin.

Myk no se resistió. Goija Hin lo metió en el hoyo de una patada y amontonó tierra alrededor del cuerpo enorme. Luego se incorporó entre las malezas, con aire temeroso, humedeciéndose los labios.

-Te he conocido de niño. He sido bueno contigo. Siempre he dicho que serías el señor de Embruddock. Puedes preguntar a quienes me conocen.

No intentó defenderse con la espada. La dejó caer, mientras balbuceaba de rodillas, inclinando la greñuda cabeza.

-Probablemente Myk ha dicho la verdad -dijo Laintal Ay-. La peste ya está en nosotros. Ya es

demasiado tarde. -Sin mirar atrás, dejó a Goija Hin arrodillado donde estaba y regresó a la ciudad populosa, enojado consigo mismo por no haber sido capaz de descargar el golpe.

Era tarde cuando entró en la habitación, miró alrededor, siempre con la misma expresión sombría. Los rayos horizontales de Freyr iluminaban brillantemente el rincón más lejano, dejando el resto del cuarto en una extraña oscuridad. Se lavó en el barreño, echándose agua fría en la cara y dejándola correr. Lo hizo varias veces, respirando profundamente, sintiendo que se refrescaba, pero aún odiándose a sí mismo. Mientras se secaba la cara advirtió con satisfacción que las manos ya no le temblaban.

La luz del rincón se deslizó a una sola pared y se apagó hasta quedar reducida a un mero cuadrado amarillo como una pequeña caja en la que decaía el oro del mundo. Recorrió la habitación recogiendo unas pocas cosas, sin pensar casi en lo que hacía.

Hubo un golpe en la puerta. Entró Oyre. Como si hubiera sentido inmediatamente la tensión de la habitación, se detuvo en el umbral.

-Laintal Ay, ¿dónde te habías metido? Te estaba esperando.

-Tenía que hacer una cosa.

Oyre, con la mano en la cerradura, suspiró. La luz estaba detrás de él, y ella no podía verle la cara en la oscuridad creciente del cuarto, pero había advertido la brusquedad del tono.

-¿Ocurre algo, Laintal Ay?

Laintal Ay metió a golpes la vieja manta de cazador en una bolsa.

-Me voy de Oldorando.

-¿Te vas? ¿Adonde?

-Oh... Digamos que voy en busca de Aoz Roon. -Hablaba con amargura.- He perdido interés en... en todo lo que pasa aquí.-No seas tonto.- Ella dio un paso adelante mientras hablaba, para verlo mejor, pensando que él parecía muy grande en esa habitación de techo bajo.- ¿Cómo vas a encontrarlo?

Él se volvió, echándose la bolsa al hombro.

-¿Qué te parece más tonto, buscarlo en el mundo real o entre los coruscos, en pauk, como haces tú? Siempre has dicho que he de hacer algo grande. Nada te satisfacía... pues bien, ahora me iré, para hacer algo o morir. ¿No es grande eso?

Oyre rió débilmente.

-No quiero que te vayas. Quiero...

-Ya sé lo que quieres. Piensas que Dathka es maduro y yo no. Al diablo con eso. He tenido bastante. Me voy, como siempre he querido. Prueba con Dathka.

-Te quiero a ti, Laintal Ay. Ahora te conduces como Aoz Roon.

Él la aferró. -Basta de compararme con otros. Tal vez no seas tan inteligente como yo pensaba, o hubieras sabido que me herías. Yo también te quiero pero me voy.

-¿Por qué eres tan brutal? -gritó ella.

-He vivido bastante tiempo con brutos. No hagas preguntas estúpidas.

La abrazó, apretándose a ella, y la besó con dureza en la boca.

-Espero volver -dijo. Rió ante la necedad de la observación. Echando a

Oyre una última mirada, salió y cerró de un portazo, dejándola en la habitación vacía. El oro se había convertido en cenizas. Estaba casi oscuro, aunque ella veía puntos luminosos en la calle.

-¡Oh no! -dijo ella-. Maldito seas... Y yo también.

Se recobró, corrió a la puerta y la abrió llamándolo a gritos. Laintal Ay bajaba

sin responder. Ella lo alcanzó y le tiró de la manga. -¿Adonde vas, Laintal Ay, idiota? -Voy a ensillar a Oro. Lo dijo con tal furia, mientras se secaba la boca con el dorso de la mano,
que ella permaneció inmóvil. Luego pensó que tenía que buscar enseguida a Dathka. sabría cómo responder a la locura de su amigo.

En los últimos tiempos Dathka era una figura esquiva. A veces dormía en el edificio inconcluso del otro lado del Voral. A veces en una o en otra torre, a veces en alguno de los nuevos lugares

dudosos que empezaban a aparecer. Lo único que se le ocurrió a Oyre a esa hora, fue correr a la torre de Shay Tal esperando que estuviera con Vry. Afortunadamente así era. Él y Vry estaban en mitad de una disputa; ella tenía una mejilla enrojecida y se apartaba, como si Dathka le hubiese pegado.
Dathka estaba pálido de ira, pero Oyre irrumpió y contó su historia, sin tener en cuenta lo que ocurría entre ellos. Dathka emitió una exclamación ahogada.

-No podemos permitir que se marche ahora que todo se desmorona...

Le echó una mirada letal a Vry y salió a la carrera.

Corrió todo el camino hasta los establos y llegó a tiempo para sorprender a

Laintal Ay que salía llevando a Oro de la brida. -Estás loco, amigo, sé más sensato. Nadie quiere que te vayas. Vuelve en ti y ocúpate de tus propios intereses. -Estoy harto de hacer lo que quieren los demás. Me pides que me quede porque me necesitas en tus planes.

Dathka replicó con amargura: -Te necesitamos para evitar que Tanth Ein y su amigo y ese saco viscoso de Rainil Layan se apoderen de todo cuanto tenemos.

-No tienes ninguna posibilidad. Voy a buscar a Aoz Roon.

Dathka se burló. -Es una locura. Nadie sabe dónde está.

-Pienso que se ha ido a Sibornal con Shay Tal.

-Necio. Olvídate de Aoz Roon. Es viejo, su estrella se ha puesto. Ahora nos

toca a nosotros. Te vas de Oldorando porque tienes miedo, ¿no es verdad? Lo cierto es que tengo unos pocos amigos que no me han traicionado, incluso uno en el hospital.

-¿Qué quieres decir?-Sé tanto como tú. Te vas porque tienes miedo de la plaga.

Más tarde, Laintal Ay repitió obsesivamente las palabras coléricas que habían intercambiado, comprendiendo que Dathka había perdido la cabeza, pues no había sido el hombre imperturbable de siempre. Pero en el momento, actuó maquinalmente. Alzó la mano derecha, y con el canto golpeó a debajo de la nariz. Oyó que el hueso cedía.

Dathka cayó hacia atrás con las manos en la cara. La sangre le goteaba de los nudillos. Laintal Ay subió a la silla, espoleó a Oro y se abrió paso entre la gente que se reunía. Charlando excitadamente, la multitud rodeó al hombre herido, que se puso de pie tambaleando, maldiciendo, doblado por el dolor.

Todavía furioso, Laintal Ay salió de la ciudad, ligero de equipaje.

Pero estaba contento de llevarse poco más que la espada y una manta.

Mientras se alejaba, metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño objeto labrado. Anochecía y apenas podía verlo; pero lo conocía desde niño. Era un perro que movía la quijada cuando se subía y bajaba la cola. Lo tenía desde el día de la muerte del abuelo.

Lo arrojó contra el arbusto más cercano.

XIV

POR EL OJO DE LA AGUJA

La humanidad temía la mordedura del phagor, pero más temible era la mordedura de la garrapata del phagor.

La mordedura de la garrapata no irritaba al phagor y apenas al hombre. El aparato bucal de la garrapata se había adaptado a lo largo de milenios y era capaz de atravesar la piel con un daño mínimo. Luego aspiraba sin dolor los líquidos que necesitaba para desarrollar su propio y completo ciclo reproductivo.

La garrapata tiene unos complicados órganos genitales y carece de cabeza. El aparato bucal se divide en dos partes. Un par de pinzas modificadas penetran en la carne e inyectan anestesia local y un anticoagulante, y un par de órganos sensorios con una lámina cubierta de dientes inclinados hacia

Librodot

adentro, clavan cómodamente la garrapata al huésped.

La garrapata se adentra en la piel, se resiste a que la desplacen, y sólo cae cuando se ha nutrido, salvo que un ave vaquera la descubra con el inquisitivo pico y la devore como un exquisito bocado.

Las células de la garrapata son como multitudinarios Embruddocks para el virus hélico. El virus se aloja allí, inerte, aguardando cierto armónico que lo llame a la orquesta de la vida, pero si el huésped es una hembra phagor en celo, la garrapata despierta pronto a la actividad. Sólo dos veces, en el ciclo del Gran Año heliconiano, desencadena ese armónico la fase activa del virus. Los acontecimientos que sobrevienen luego deciden eventualmente el destino de naciones enteras. Un filósofo podría haber afirmado que Wutra es un virus hélico.

Obediente a esa señal externa, el virus emerge de las células de la garrapata, pasa del aparato bucal al cuerpo del huésped humano e invade el torrente sanguíneo. Como siguiendo sus propias octavas de aire, la fuerza invasora recorre el cuerpo hasta que llega al hipotálamo, inflamando el cerebro y con mucha frecuencia causando la muerte.

Una vez en el hipotálamo, esa antigua sede de la conciencia, la ira y la lujuria, el virus se multiplica con una furia reproductora que podría compararse a una tormenta sobre el Nktryhk.

En la invasión de una célula humana un sistema genético se introduce en el territorio de otro; la célula invadida capitula y se convierte virtualmente en una nueva unidad biológica completa, con una nueva historia natural, así como una ciudad cambia a veces de manos en una guerra prolongada, y pertenece primero a un bando y luego a otro.

Invasión y furiosa multiplicación; y luego los signos exteriores de estos acontecimientos: el maniático endurecimiento de las víctimas, los tendones en tensión como Laintal Ay había visto en el hospital, y antes muchas veces. En general los testigos no dejaban ningún testimonio por razones obvias.

Estos hechos habían sido establecidos mediante pacientes observaciones y cuidadosas deducciones. Las cultas familias del Avernus estaban preparadas para ese trabajo y disponían de un soberbio instrumental. De este modo se superaba en cierta medida la prohibición de visitar la superficie del planeta.

Pero el confinamiento en el Avernus tenía otros inconvenientes, aparte de los psicológicos. La verificación directa no era posible. Las epidemias recientes de la llamada fiebre de los huesos eran ahora un problema confuso, a causa de las últimas observaciones. Porque la familia Pin había señalado que era precisamente en el momento de los veinte eclipses y de la aparición del virus cuando se producía -al menos en Oldorando- un gran cambio en la dieta humana. El ratel no estaba ya de moda. La cosecha de brassimipos, rica en vitaminas, y que había sostenido a la comunidad durante siglos de invierno, había perdido el favor general. ¿No podía ser -sugerían los Pin- que ese cambio de dieta hiciese a los humanos más susceptibles a la picadura de la garrapata, al virus parásito de la garrapata? Había muchas discusiones, a menudo agitadas. Una vez más hubo apresurados que reclamaban una expedición ilegal a la superficie de Heliconia, a pesar del peligro.

La fiebre de los huesos no era siempre una enfermedad mortal. Se observó, además, que había distintas formas de caer enfermo. Algunos se daban cuenta de que la enfermedad estaba cerca y tenían tiempo de sentir miedo o de rendir cuentas a Wutra, según la disposición de cada uno; otros se desplomaban sin aviso mientras trabajaban o hablaban con los amigos, o paseaban por el campo, y aun cuando hacían el amor. Ni el contagio repentino ni la agravación insidiosa garantizaban la supervivencia. De todos modos, sólo la mitad se recuperaba. En cuanto al resto, afortunado era el cadáver que encontraba una tumba, como los pacientes del hospital de Ma Escantion; muchos, en el terror generalizado que asaltaba a las comunidades afectadas, eran abandonados como carroña, y poblaciones enteras huían de sus hogares, y descubrían que la peste acechaba en los caminos.

Así había sido siempre desde que había seres humanos en Heliconia. Los sobrevivientes de la epidemia perdían un tercio de su peso normal, aunque «normal» es, en este contexto, un término relativo. Nunca recuperaban el peso perdido, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos. Por fin había llegado la primavera; luego vendría el verano, cuando el ectomorfismo acompañaba a la adaptación.

Librodot

Las formas más delgadas persistían durante muchas generaciones, aunque con efectos gradualmente menos marcados. Mucho más tarde reaparecía la grasa subcutánea, y la enfermedad se mantenía latente en las células nerviosas de los que habían sobrevivido.

Este statu quo continuaba hasta el final del verano del Gran Año. Entonces golpeaba la Muerte Gorda.

Como para compensar tan extremos contrastes dimórficos estacionales, en Heliconia los dos sexos eran de similar estatura y peso corporal y cerebral. Ambos pesaban en promedio, en la adultez, unos doce staynes, la vieja medida oldorandina. Si sobrevivían a la fiebre de los huesos, enflaquecían hasta pesar unos escasos ocho staynes, o menos. La generación siguiente se ajustaba a esta nueva estructura. Luego las generaciones sucesivas aumentaban muy lentamente de peso, hasta que los estragos de la obscena Muerte Gorda provocaban otro cambio dramático.

Aoz Roon fue uno de los que sobrevivieron al primer ataque de la epidemia en ese ciclo. Muchos cientos de miles, después de él, estaban condenados a sufrir y salvarse o a morir. Algunos, ocultos en puntos remotos de los desiertos del mundo, escapaban por completo a la peste. Pero los descendientes se encontraban en desventaja en un mundo nuevo. Eran tratados como monstruos y tenían pocas probabilidades de subsistir. Las dos grandes enfermedades causadas por la garrapata del phagor eran en realidad una sola enfermedad; esa única enfermedad, esa Siva de las enfermedades, esa destructora y salvadora, traía una espada sangrienta que ayudaría a que la humanidad sobreviviese en las extravagantes condiciones del planeta.

Dos veces cada dos mil quinientos años terrestres, la población heliconiana tenía que pasar por el ojo de la aguja, la peste de la garrapata. Era el precio de la supervivencia y del continuo desarrollo. De esa carnicería, de esa aparente disonancia, brotaba una armonía subyacente, como si entre los gritos de agonía, y desde las más profundas fuentes del ser, se alzase el murmullo de que todo estaba inefablemente bien.

Sólo lo creían quienes podían creer. Cuando desapareció el chasquido de los músculos estirados, se oyó una rara música acuática. En el desierto estéril del dolor apareció una fluidez, que se manifestó ante todo en el oído de Aoz Roon. Cuando recuperó la vista sólo se le apareció una colección de formas redondeadas, manchadas, estiradas o de tono oscuro y uniforme. No tenían significado, ni él lo buscaba. Simplemente se quedó allí, con la espalda arqueada, la boca abierta, esperando a que los globos oculares dejaran de movérsele para poder enfocar la vista.

Aquellas armonías líquidas le ayudaron a recuperar la conciencia. Aunque era incapaz de coordinar los movimientos del cuerpo, comprendió oscuramente que tenía los brazos aprisionados. Unos pensamientos inconexos le pasaron por la mente. Vio ciervos que corrían; se vio a sí mismo corriendo, saltando, golpeando; una mujer reía, él estaba montado, el sol centelleaba entre árboles altos como un hombre. Los músculos respondían con sacudidas espasmódicas, como las de un perro viejo que sueña junto a una hoguera de campaña.

Las formas redondas se resolvieron en rocas. Estaba comprimido entre ellas, como si él mismo fuera algo inorgánico. Un árbol joven, desarraigado río arriba, descortezado, se confundía inextricablemente con las rocas y los cantos rodados. El cuerpo retorcido de Aoz Roon se apoyaba en el árbol con las manos en alguna parte, por encima de la cabeza.

Con penoso cuidado, Aoz Roon enderezó los miembros. Al cabo de un rato, se sentó con tos brazos apoyados en las rodillas y miró largamente el río bullicioso, escuchando complacido el ruido del agua. Se arrastró hacia adelante sobre manos y rodillas, sintiendo la piel floja sobre el cuerpo, hasta el borde del agua: una franja de tierra no más ancha que una mano. Miró con distraída gratitud el fluir incesante del agua. Llegó la noche. Se tendió con la cara sobre los cantos rodados.

Llegó la mañana. La luz de los dos soles cayó sobre Aoz Roon. También el calor. Se puso de pie, aferrándose

a una rama. Sacudió la greñuda cabeza, encantado por la facilidad con que se había movido. A unos pocos metros, separado de él por un estrecho torrente de agua espumosa, estaba el phagor.

-Azí que haz vuelto a la vida -dijo el phagor.

A través de los años, a través de los ciclos, desde la antigüedad más remota, era costumbre en muchas partes de Heliconia, y en particular en el continente de Campannlat, matar al rey de la tribu

Librodot

cuando daba señales de envejecer. El criterio y la forma de ejecución variaban en las distintas tribus. Aunque se consideraba que eran Wutra o Akha quienes los ponían en la tierra, la vida de los reyes era interrumpida bruscamente. Cuando encanecían, o eran incapaces de decapitar a un hombre de un solo hachazo, o de satisfacer los deseos sexuales de las esposas, o de saltar cierto abismo o torrente -según el criterio tribal- se les ofrecía una copa envenenada, o eran estrangulados o muertos por otros métodos.

Del mismo modo, los miembros de la tribu que exhibían síntomas de enfermedades mortales, que empezaban a estirarse y a gemir, recibían una muerte inmediata. En los viejos tiempos no se conocía la piedad. El destino era en general el fuego, pues se le atribuían virtudes purificadoras y junto con el enfermo iban a la pira la familia y los criados. Este salvaje ritual raramente servía para evitar las epidemias, de modo que los gritos de los quemados llegaban muchas veces a oídos donde zumbaba ya el primer aviso de la enfermedad.

A través de estas y otras adversidades, las generaciones humanas se civilizaron lentamente. El primer don de la civilización, sin el cual los hombres no pueden vivir juntos, pues prevalecería entonces una desesperada anarquía, es la simpatía por el prójimo; la imaginación capaz de encontrar remedio a distintas deficiencias humanas. Y así habían aparecido hospitales, y médicos, y enfermeras y sacerdotes, inclinados a aliviar el sufrimiento y no a acabar brutalmente con él.

Aoz Roon se había recuperado sin esta clase de ayuda. Tal vez lo ayudó su fuerte constitución. Sin tener en cuenta al phagor, se tambaleó hasta el agua gris, se inclinó lentamente, recogió un poco de agua en el hueco de las manos, y bebió.

Parte del agua se le escapó entre los dedos, y le cayó sobre la barba, y de ahí una brisa la empujó goteando, de lado, hacia el caudal original, que la reabsorbió. Esas gotas insignificantes fueron observadas mientras caían. Millones de ojos miraron las diminutas salpicaduras. Millones de ojos siguieron todos los gestos de Aoz Roon mientras jadeaba de pie con la boca húmeda, en la isla angosta.

Los monitores alineados en la Estación Observadora Terrestre vigilaban de cerca muchas cosas, una de ellas el señor de Embruddock. Era responsabilidad del Avernus transmitir al Instituto Heliconiano todas las señales recibidas de la superficie de Heliconia.

El receptor del Instituto Heliconiano estaba en Caronte, la luna de Plutón, en los extremos del sistema solar. El dinero que financiaba el receptor provenía del Canal de Educcimiento, que transmitía una continua saga de episodios heliconianos a las audiencias de la Tierra y los demás planetas solares. Vastos auditorios, semejantes a conchas enclavadas en la arena, se levantaban en todas las provincias, y podían alojar cada uno a diez mil personas. Los domos puntiagudos se elevaban al cielo, de donde provenían las ondas del Canal de Educcimiento.

A veces, esos auditorios permanecían casi desiertos durante años. Luego, en respuesta a algún nuevo suceso en el planeta distante, el público volvía a aumentar. Venía en peregrinaciones. Heliconia era la última gran forma artística de la Tierra. Nadie en la Tierra, desde los gobernantes hasta los barrenderos, desconocía ciertos aspectos de la vida heliconiana. Los nombres de Aoz Roon, Shay Tal, Vry y Laintal Ay estaban en todos los labios. Desde la muerte de los dioses terrestres, otras figuras ocupaban los altares.

Para el público, Aoz Roon era un contemporáneo situado simplemente en otra esfera, como una idea platónica que arrojara su sombra sobre la vasta caverna del auditorio. La capacidad de los auditorios era insuficiente otra vez. La gente entraba calzada con sandalias. El rumor de la plaga, del eclipse, se difundía en la Tierra como en Oldorando, y atraía a millares de personas a quienes el asombro y la preocupación por Heliconia habían transformado.

Pocos de esos peregrinos reflexionaban en la paradoja creada por la distancia entre Heliconia y la Tierra. Las ocho cultas familias del Avernus vivían al mismo tiempo que los heliconianos, y eran contemporáneos en todos los sentidos, aunque el virus hélico alejaba a los terrestres indefinidamente de ese mundo similar a la Tierra que ahora estudiaban.

¡Pero cuánto más alejadas estaban esas ocho familias del mundo distante que era para ellas el planeta natal! Transmitían señales a una Tierra donde no se había construido aún uno solo de esos

auditorios; donde ni siquiera habían nacido aún los arquitectos de esos auditorios. Las señales necesitaban mil años para atravesar el espacio entre los dos sistemas. En ese milenio, no sólo Heliconia había cambiado.

Y los que ahora contemplaban, en silencio, en las holo-pantallas del auditorio, la enorme figura de Aoz Roon, veían cómo bebía agua y cómo le caía de los labios y se mezclaba con la corriente del río, como era mil años antes, a mil años luz de distancia.

La luz aprisionada que veían era una construcción física, un milagro tecnológico. Y sólo un metafísica omnisciente hubiera podido decidir quién estaba más vivo en el momento en que las gotas de agua retomaban al río, si Aoz Roon o el público. Sin embargo no se requería mucha sutileza para deducir que a pesar de las ambigüedades impuestas por los límites de la visión, el macrocosmos y el microcosmos eran interdependientes, y estaban unidos por fenómenos como el virus hélico, cuyos efectos eran en última instancia universales, por ser el ojo de la aguja a cuyo través el macrocosmos y el microcosmos lograban verdadera unidad, aunque sólo se los percibiese como fenómenos de conciencia. El conocimiento a escala divina podría resolver las diferencias entre los infinitos órdenes del ser; pero era el
conocimiento humano el que unía estrechamente el pasado y el presente. La imaginación funcionaba; el virus era una mera función.

Los dos yelks trotaban a paso vivo, con los cuellos tendidos hacia delante, casi horizontales. Tenían los ollares dilatados porque venían trotando desde hacía rato. El sudor les brillaba en las paletas.

Los dos jinetes llevaban botas altas, de borde vuelto, y largos mantos de paño gris. Tenían caras inteligentes y cenicientas, con barbas pequeñas. Nadie habría dudado de que eran gente de Sibornal.

El pedregoso sendero que recorrían estaba sombreado por la ladera de una montaña. El plod-plod-plod regular de los cascos de los yelks resonaba en una tierra silenciosa de árboles y ríos.

Los hombres eran exploradores de las fuerzas de Festibariyatid, el monje guerrero. Disfrutaban de la cabalgata; respiraban el aire fresco, casi sin cambiar palabras, atentos a posibles enemigos.

Detrás de ellos venía un grupo de sibornaleses a pie, conduciendo a un grupo de protognósticos cautivos.

El sendero serpenteaba descendiendo hacia un río, cuya margen opuesta era un elevado promontorio rocoso. Se alzaba en estratos rotos, como terrazas inclinadas, y el frente casi vertical estaba cubierto de árboles de tronco grueso. Allí estaba el establecimiento gobernado por Festibariyatid.

Los exploradores vadearon el río. Los yelks se abrieron paso cuidadosamente entre los estratos; venían de las llanuras del norte y no se sentían a gusto en terreno montañoso. Ellos, y otros como ellos, habían venido al sur acompañando a los colonos que viajaban anualmente desde el continente norte hasta Chalce y las regiones que bordeaban Pannoval; a esto se debía la presencia de yelks tan al sur.

La retaguardia apareció en el sendero. Los cuatro miembros, armados con lanzas, escoltaban a algunos infortunados protognósticos capturados en una redada. Entre los cautivos se encontraban los Caathkarnit, ella todavía rascándose aunque los habían capturado semanas atrás. Acuciados por las puntas de las lanzas, vadearon el río y subieron al promontorio por un sendero que aún olía a yelk hasta un puesto de guardia y el establecimiento llamado Nueva Ashkitosh.

A ese vado y a ese peligroso sitio llegó muchas semanas más tarde Laintal Ay. Era un Laintal Ay que muy pocos amigos, incluso los más íntimos, hubieran reconocido en seguida. Había perdido la tercera parte de su peso; estaba delgado y casi esquelético, con una tez más clara y una expresión diferente en los ojos. En particular, y éste era el más delicado de los disfraces por ser transparente, se movía de otra manera. Había sufrido la fiebre de los huesos y había sobrevivido.

Al salir de Oldorando, se había encaminado al noreste, a través de lo que se llamaría más tarde la Ciénaga de Roon, en la dirección seguida por Shay Tal. Errando al azar, había perdido el sendero. El territorio que había conocido años atrás, cubierto de nieve y mostrando al cielo un rostro abierto, había desaparecido bajo una maraña verde.

La antigua soledad estaba ahora poblada de peligros. Tenía conciencia de que algo se movía, siempre, no sólo animales, sino también seres humanos, semihumanos, y de dos filos, alborotados por la marea de las estaciones. Rostros jóvenes y hostiles asomaban entre la espesura. Cada arbusto tenía orejas además de hojas.

Oro estaba inquieto en el bosque. Los mielas eran criaturas de espacios abiertos. Se mostró cada vez más terco y obstinado, hasta que por fin Laintal Ay se apeó, maldiciendo y lo llevó de la brida.

Llegó así hasta una torre de piedra, después de atravesar una floresta aparentemente interminable de helechos y abedules. Ató a Oro, antes de examinar el sitio. Todo parecía tranquilo. Entró en la torre y descansó, sintiéndose enfermo. Luego trepó a la cima y examinó los alrededores. Había visitado esa torre en los descuidados vagabundeos de antaño, mirando desde lo alto un horizonte desnudo. Dolorido y fatigado, salió de la torre. Se echó en el suelo, y se estiró, incapaz de bajar los brazos. Sintió calambres, la fiebre cayó sobre él como un golpe, y se arqueó hacia atrás en pleno delirio, como si quisiera quebrarse el espinazo.

Pequeños hombres y mujeres de color oscuro emergieron de unos escondites y lo miraron, y se acercaron luego furtivamente. Eran protognósticos de la tribu de los nondads, criaturas velludas que apenas llegaban a la cintura de Laintal Ay. Tenían manos de ocho dedos, ocultos a medias en el denso pelaje rojizo que les cubría las muñecas. Los rostros parecían de asokins, con un hocico protuberante que les daba el mismo aire patético de los madis.

Hablaban un lenguaje que era una mezcla de resoplidos, silbidos y chasquidos, en nada parecido al olonets, aunque recibiera algunas transfusiones del viejo lenguaje. Se consultaron mutuamente, y por fin decidieron llevarse con ellos al freyriano, ya que tenía una octava personal buena.

En la elevación de detrás de la torre crecía una hilera de orgullosos rajabarales, ocultos entre los abedules. Por la base de uno de estos árboles entraron los nondads en sus tierras, arrastrando a Laintal Ay, resoplando y riéndose de sus propias dificultades. Oro relinchaba y tiraba de la brida inútilmente: su amo había desaparecido.

Los nondads tenían un hogar seguro entre las raíces del gran árbol. Se llamaba las Ochenta Oscuridades. Dormían en camas de helechos para protegerse de los roedores que compartían esas mismas tierras.

Todo lo que hacían estaba gobernado por las costumbres. Era la costumbre elegir desde el nacimiento a reyes y guerreros que los gobernaran y protegieran. Estos gobernantes eran adiestrados para la lucha, y en las Ochenta Oscuridades se libraban salvajes combates a muerte. Pero los reyes eran delegados del resto de la tribu y representaban la violencia innata de todos, de manera que la gente común era mansa y afectuosa y se apretujaba entre sí sin mucho sentido de identidad personal. El principal impulso era favorecer siempre la vida; la vida de Laintal Ay fue protegida, aunque lo habrían devorado hasta la última falange si se hubiese muerto. Ésa era la costumbre.

Una de las hembras se convirtió en la esnoctruicsa de Laintal Ay; se echó a su lado, lo acarició y le absorbió la fiebre. Laintal Ay deliraba, se veía acosado por animales minúsculos como ratones, grandes como montañas. Cuando despertaba en la oscuridad, encontraba una extraña compañera, próxima como la vida misma, dispuesta a todo para salvarlo y devolverle la salud. Sintiéndose como un corusco, Laintal Ay cedía ardientemente a este nuevo modo de ser, en que el cielo y el infierno se expresaban en el mismo abrazo.

Por lo que logró entender más tarde, la palabra esnoctruicsa significaba sanadora, dadora, hurtadora y, sobre todo, sensitiva.

Estaba tendido en la oscuridad, convulsionado, con los miembros contraídos, sudando sustancia. El virus se encarnizaba, incontrolable, empujándolo a través del terrible ojo de la aguja de Siva. Laintal Ay se convirtió en un paisaje de nervios en el que combatían los ejércitos del dolor. Sin embargo, allí estaba la misteriosa esnoctruicsa, reaparecía una y otra vez: no estaba solo. El don de ella era la salud.

A su tiempo, los ejércitos del dolor se retiraron. Las voces de las Ochenta Oscuridades se hicieron gradualmente inteligibles, y Laintal Ay empezó a comprender oscuramente qué le había ocurrido. El extraordinario lenguaje de los nondads no tenía palabras para comida, bebida, amor, hambre, frío, calor, odio, esperanza, desesperación, dolor; aunque aparentemente las conocían los reyes y

guerreros que luchaban en la remota oscuridad. En cambio, el resto de la tribu dedicaba las horas libres, que eran muchas, a prolongadas discusiones acerca de lo último. Las necesidades de la vida no tenían palabras porque eran desdeñables; sólo importaba lo último.

Laintal Ay, algo sofocado por el súcubo, nunca dominó suficientemente el lenguaje para comprender lo último. Pero parecía que el tema principal del debate -también costumbre vigente desde muchas generaciones atrás- era decidir si todos tenían que fundirse a sí mismos en un solo ser con el gran dios de la oscuridad, Withram, o cultivar un estado diferente.

El discurso acerca de ese estado diferente era largo, y ni siquiera se interrumpía mientras los nondads comían. Laintal Ay nunca imaginó que estaban comiéndose a Oro. No tenía apetito. Las meditaciones acerca del estado diferente pasaban por él como agua.

Ese estado era comparado con muchas otras cosas, algunas sumamente incómodas, como la lucha y la luz: el estado impuesto a los reyes y los guerreros, y que podía ser interpretado como individualidad. La individualidad se oponía a la voluntad de Withram. Pero de algún modo, o así parecía continuar el argumento, tan enmarañado como las raíces del sitio donde era discutido, oponerse a la voluntad de Withram era también seguirla.

Todo era muy desconcertante, sobre todo cuando uno tenía en los brazos a una pequeña y velluda esnoctruicsa.

No fue ella quien murió primero. Todos murieron, silenciosamente, amontonados en las Ochenta Oscuridades. Al comienzo, él sólo advirtió que se unían menos voces a los armónicos del argumento. Luego la esnoctruicsa se puso rígida. El la abrazó estrechamente, con una angustia que no había sentido nunca. Pero los nondads no tenían defensas contra la enfermedad que Laintal Ay les había llevado; recuperarse de esa enfermedad no era una costumbre.

Poco después, también ella había muerto. Laintal Ay se incorporó y lloró. Nunca le había visto el rostro, aunque le había tocado muchas veces el pequeño cuerpo delgado, donde parecía habitar tan gran riqueza, reconociéndola en la oscuridad.

La discusión acerca de lo último concluyó al fin. Resoplidos, chasquidos y silbidos se desvanecieron en las Ochenta Oscuridades. Nada había quedado decidido. Aun la muerte, en definitiva, había mostrado cierta indecisión al respecto: había sido a la vez individual y común. Sólo el mismo Withram podía decir si estaba satisfecho, o si, a la manera de los dioses, prefería callar.

Abrumado por el golpe, Laintal Ay trató de ordenar unos pensamientos dispersos. Sobre las manos y las rodillas, se arrastró entre los cadáveres de sus salvadores, buscando la salida. La terrible y completa majestad de las Ochenta Oscuridades cayó sobre él.

Se dijo, tratando de proseguir la discusión: «Soy un individuo, cualesquiera que fuesen los problemas de mis queridos amigos los nondads. Sé que soy yo mismo; no puedo dejar de serlo. Por lo tanto, he de estar en paz conmigo mismo. No tengo por qué someterme a un perenne debate. En mi caso, todo está claro. Eso por lo menos lo sé, pase lo que pase. Soy mi propio dueño; y esta convicción ha de ser mi guía, tanto si vivo como si muero. Es inútil buscar a Aoz Roon. No es mi dueño. Yo lo soy. Ni Oyre tiene tanto poder sobre mí para que yo tenga que exiliarme. Las obligaciones no son esclavitudes...»

Y así sucesivamente, hasta que las palabras mismas empezaron a perder sentido. El laberinto entre las raíces no parecía tener salida. En muchas ocasiones, cuando un túnel angosto ascendía, Laintal Ay se arrastraba lleno de esperanzas, sólo para descubrir en el fondo un cadáver acurrucado, sobre cuyas entrañas los roedores llevaban a cabo una variedad peculiar de debate.

Cuando pasó por una cámara que se ensanchaba, tropezó con un rey. En la oscuridad, el tamaño tenía menos importancia que a la luz. El rey parecía enorme cuando se irguió, rugiendo y extendiendo las garras. Laintal Ay rodó, gritando y pateando, mientras intentaba sacar la daga y se le echaba encima, y la terrible cosa informe lanzaba dentelladas buscándole el cuello. Un codazo en un ojo quitó entusiasmo al atacante, por el momento. Laintal Ay extrajo la daga, que perdió enseguida en la reyerta. Encontró una raíz. Torció un brazo del rey sobre la raíz, mientras le golpeaba la cabeza, a pesar de los amenazadores colmillos. La furibunda criatura se liberó y volvió a lanzarse contra Laintal Ay, sin perder el brío. Las dos figuras, que el odio convertía en una, se revolvían entre la

tierra, la suciedad y los animales que se escurrían.

Débil por los estragos de la fiebre de los huesos y por el largo ayuno, Laintal Ay sintió que se le iban las ganas de luchar. Unas garras arañaron los costados del túnel. De repente, algo chocó contra los cuerpos unidos. Salvajes gritos y chasquidos resonaron en la oscuridad. Tan completa era la confusión que Laintal Ay necesitó un momento para comprender que había un tercer combatiente: un guerrero nondad. El guerrero concentraba casi toda su ira sobre el rey. Era como haber caído entre dos puercoespines.

Rodando y pataleando, Laintal Ay se apartó de la refriega, encontró la daga, y logró arrastrarse sangrando hasta un rincón oscuro. Alzó las piernas para protegerse el cuerpo y la cara contra un ataque frontal, y vio entonces, encima de su cabeza, una estrecha abertura. Cautelosamente se abrió paso por un túnel apenas mayor que él. Antes de la fiebre jamás hubiera podido pasar; ahora, con contorsiones de serpiente, consiguió emerger a un pequeño hoyo redondo en la superficie de la tierra. Sintió hojas muertas bajo las manos. Se tendió, jadeando, oyendo con temor los ruidos del combate.

-La luz de los centinelas -murmuró. En el hoyo había una leve luz gris, como una niebla. Había llegado a la salida de las Ochenta Oscuridades.

El temor lo impulsó a seguir la luz. Avanzó reptando, y se puso de pie, tembloroso, junto al desnudo muro cóncavo de un rajabaral. Ahora la luz era una cascada que caía del vasto lago del cielo.

Durante largo rato respiró profundamente, mientras se limpiaba cabizbajo la sangre y la tierra de la cara. El rostro salvaje de un hurón lo miró y desapareció. Había visitado el reino de los nondads, y los había matado a casi todos.

Recordó vividamente a la esnoctruicsa. Sintió dolor, también sorpresa, y gratitud.

Uno de los centinelas estaba sobre él. El otro, Batalix, se encontraba cerca del horizonte, e iluminaba casi horizontalmente la gran floresta silenciosa, dando una siniestra belleza al océano de follaje.

Las pieles de Laintal Ay estaban hechas jirones. Las garras del rey le habían abierto unas largas heridas sanguinolentas.

Sin esperanzas, llamó una vez a Oro. No esperaba ver de nuevo al miela. El instinto de cazador le advertía que no se quedase donde estaba; si no se movía, sería una presa fácil, y se sentía demasiado débil para afrontar otro combate.

Escuchó. Algo se sacudía dentro del rajabaral. Los nondads atribuían grandes virtudes a los árboles en cuyas raíces moraban; se decía que Withram residía en lo alto del rajabaral y que a veces descendía de allí, lanzándose iracundo contra un mundo tan injusto para los protognósticos. ¿Qué haría Withram, se preguntó, cuando todos los nondads murieran? Quizás aun el mismo Withram tuviera que adoptar otra individualidad.

-Despierta -se dijo en voz alta, al advertir que estaba divagando. No vio señales de la ruinosa torre, que le hubiera permitido orientarse. Sin embargo, se puso en marcha, con Batalix a la espalda, entre los troncos rayados. Sentía el cuerpo y los miembros agradablemente ligeros.

Pasaron los días. Se escondió de los grupos de phagors y de otros enemigos. No sentía hambre. La enfermedad lo había dejado sin apetito y con la mente despejada. Se encontró recordando cosas que le habían dicho Vry, Shay Tal, su madre y su abuela; cosas referentes a un mundo entre otros muchos mundos, un lugar en el que la vida era una extraordinaria felicidad, donde el aliento rebosaba en los pulmones como una marea y lo inesperado ocurría a cada momento... Cuánto debía a las mujeres... Y a la esnoctruicsa... Sabía, hasta los huesos, que era afortunado. Había una inagotable cantidad de mundos que se imbricaban unos en otros.

Y así, con paso ligero, llegó al vado del río ante el poblado de Sibornal que llamaban Nueva Ashkitosh.

Nueva Ashkitosh estaba en un estado de excitación constante. A los pobladores les gustaba así.

El poblado cubría una amplia zona. Era circular, en la medida en que el terreno lo permitía. En la periferia estaban las cabañas, las cercas, y las espaciadas torres de guardia, y en el interior las tierras de labranza, divididas por senderos que irradiaban desde el centro como los rayos de una rueda. En el centro había un conjunto de edificios y depósitos, y también unas pocilgas donde habitaban los

cautivos. Ese conjunto rodeaba el núcleo del poblado: una iglesia circular cuyo nombre era Iglesia de la Paz Formidable.

Los hombres y mujeres iban y venían atareados. La holgazanería no estaba permitida. Había enemigos adentro y afuera: Sibornal siempre había tenido enemigos.

El enemigo exterior era todo aquello que no proviniera de Sibornal. Los habitantes no eran agresivos, pero la religión les enseñaba a ser cautelosos. Y en particular con los nativos de Pannoval y con los phagors.

Los exploradores, montados en yelks, vigilaban las afueras. Hora por hora informaban acerca del avance de grupos dispersos de phagors, seguidos por un verdadero ejército que descendía de las montañas.

Las noticias habían traído una cierta alarma. Todo el mundo estaba alerta. Aunque los colonos de Sibornal eran hostiles a los invasores de dos filos y viceversa, había entre ellos una insegura alianza que reducía el conflicto a un mínimo. AI contrario de los habitantes de Embruddock, los de Sibornal nunca combatían voluntariamente contra los phagors.

En cambio, comerciaban con ellos. Los colonos sabían bien que eran vulnerables y que no podían retirarse a Sibornal; por rebeldes y por heréticos, no serían precisamente bienvenidos. Comerciaban en vidas humanas y semihumanas.

Los colonos estaban al borde del hambre, incluso en los buenos tiempos. La colonia era vegetariana y los hombres eran todos buenos campesinos: Las cosechas abundantes se sucedían. Pero en la mayor parte servían para alimentar a las cabalgaduras. Era preciso mantener una enorme cantidad de yelks, mielas, caballos y kaidaws (estos últimos regalo de los phagors) para que la comunidad pudiera sobrevivir.

Así era posible que los exploradores patrullaran constantemente los alrededores, manteniendo informados a los colonos y capturando a todo aquel que penetrara en la región. Las pocilgas estaban bien abastecidas de una pasajera población de prisioneros.

Los prisioneros eran entregados, como tributo, a los phagors. A cambio de esto, los phagors dejaban en paz a los colonos. ¿Por qué no? Con astucia, el sacerdote guerrero Festibariyatid había fundado el asentamiento en una falsa octava; ningún phagor podía tener motivo para atacarlo.

Aparte de esto, había también enemigos internos. Dos protognósticos que dijeron llamarse Caathkarnit-él y Caathkarnit-ella cayeron enfermos a poco de llegar y murieron pronto. El encargado llamó a un médico-sacerdote, que diagnosticó fiebre de los huesos. A partir de ese momento la enfermedad se extendió de semana en semana. Esa mañana en el dormitorio había aparecido un explorador con los miembros rígidos; sudaba profusamente y movía continuamente los ojos.

El desastre ocurrió en un momento especialmente inoportuno: cuando los colonos intentaban reunir un gran grupo de cautivos para entregarlos como prendas propiciatorias a la cruzada phagor que se aproximaba. Conocían ya el nombre del sacerdote guerrero de dos filos, que no era otro que el kzahhn Hrr-Brahl Yprt. Una gran cantidad de muertes estropearía el tributo. Por orden del Supremo Festibariyatid se cantaron más plegarias al ocaso. Laintal Ay escuchó las plegarias mientras entraba en el poblado y la melodía le agradó. Miró con Interés alrededor, ignorando a los dos centinelas armados que lo escoltaron a un gran cuartel central. Delante del cuartel unos prisioneros apilaban estiércol.

Al capitán de la guardia le sorprendió ese humano que no pertenecía a Sibornal y sin embargo entraba voluntariamente en la colonia. Después de hablar un rato con Laintal Ay y de intentar intimidarle, hizo que un subordinado llamara a un sacerdote guerrero.

Laintal Ay se estaba acostumbrando ya al hecho de que cualquier individuo que no hubiera sufrido la plaga le pareciese desagradablemente grueso. El sacerdote guerrero le parecía desagradablemente grueso. Enfrentó a Laintal Ay con aire desafiante y le hizo preguntas que él mismo consideraba astutas.

-He tenido algunas dificultades -respondió Laintal Ay-. He venido aquí buscando refugio. Necesito ropas. Los bosques están demasiado poblados para mí gusto. Quiero una montura, si es posible un miela, y estoy dispuesto a trabajar a cambio. Luego volveré a mi hogar.

-¿Qué clase de humano eres? ¿Vienes de Hespagorat? ¿Por qué eres tan delgado?

-He sobrevivido a la fiebre de los huesos.

El sacerdote guerrero se pasó un dedo por los labios.

-¿Eres un guerrero?

-Hace poco he matado a toda una tribu de Otros, los nondads.

-Entonces, ¿no temes a los protognósticos?

-De ningún modo.

Se le encomendó la tarea de custodiar las celdas y alimentar a los miserables ocupantes. Recibió en cambio unas ropas de lana gris. El pensamiento del sacerdote era sencillo. Alguien que había sufrido la fiebre podía cuidar a los prisioneros sin morirse en un momento inoportuno y sin transmitir la epidemia.

Cada vez más colonos y prisioneros morían a causa del flagelo. Laintal Ay observó que las plegarias en la Iglesia de la Paz Formidable se hacían más fervientes. Al mismo tiempo, la gente salía menos. El podía ir a cualquier parte sin que nadie lo detuviese. Sentía que de algún modo estaba viviendo una vida encantada. Cada día era un don.

Los exploradores guardaban los animales en un campo cercado. Un grupo de prisioneros los cuidaba y les llevaba forraje y heno. La colonia no conocía problema más grave. Una hectárea de hierba verde podía alimentar a veinticinco animales por día. En el campo cercado había cincuenta cabalgaduras, utilizadas para recorrer una zona cada vez más grande, que consumían novecientas sesenta hectáreas anuales, o algo menos porque a veces pastaban fuera del perímetro. A causa de esta situación la Iglesia de la Paz Formidable estaba casi siempre atestada de campesinos hambrientos: un fenómeno extraño, incluso en Heliconia.

Laintal Ay se negaba a gritarles a los prisioneros: trabajaban demasiado bien, si se consideraban las miserables circunstancias en que vivían. Los guardias se mantenían a distancia. Una leve lluvia hacía que tuvieran la cabeza baja. Sólo Laintal Ay se preocupaba por los animales, que se agrupaban y adelantaban los blandos hocicos esperando que les dieran de comer. Llegaría el momento en que elegiría uno y escaparía; uno o dos días más tarde, la guardia estaría bastante desorganizada, a juzgar por la marcha de las cosas.

Miró por segunda vez a una hembra miela. Tomó un trozo de pastel y se le acercó. Las rayas del animal eran de un color amarillo naranja desde la cabeza hasta la cola, con un polvoriento azul oscuro en el medio.

-¡Lealtad!

La yegua se adelantó, se apoderó del pastel y luego pasó el morro por debajo del brazo de Laintal Ay. El le acarició las orejas.

-Entonces, ¿dónde está Shay Tal? -preguntó.

La respuesta era obvia. Los sibornaleses la habían apresado y la habían entregado a los phagors. Ya nunca llegaría a Sibornal. Ahora Shay Tal era un corusco. Ella y su pequeña comitiva, unidos en el tiempo. El nombre del capitán de la guardia era Skitocherill. Una cautelosa amistad se desarrolló entre Laintal Ay y él. Laintal Ay podía ver que Skitocherill estaba asustado: jamás tocaba a nadie, llevaba un ramillete de raige y escantion en que metía frecuentemente la larga nariz, esperando protegerse así de la plaga.

-Vosotros los oldorandinos, ¿adoráis a algún dios? -preguntó.

-No. Podemos cuidarnos solos. Es verdad que hablamos bien de Wutra, pero expulsamos a todos los sacerdotes de Embruddock, hace varias generaciones. Tendríais que hacer lo mismo en Nueva Ashkitosh, viviríais mejor.

-Pura barbarie. Por eso te has contagiado la plaga, por ofender a Dios.

-Ayer murieron nueve prisioneros, y seis de vosotros. Rezáis mucho, y de nada os sirve.

Skitocherill parecía enojado. Se encontraron en campo abierto, y la brisa les agitaba las ropas. La melodía de la plegaria llegaba hasta ellos desde la iglesia.

-¿No admiras nuestra iglesia? Somos una simple comunidad campesina; sin embargo tenemos una iglesia hermosa. Apostaría a que no hay nada así en Oldorando.

-Es una cárcel.

Pero mientras hablaba, Laintal Ay oyó una melodía solemne, que venía de la iglesia y que parecía

hablarle con acentos misteriosos. A los instrumentos se sumaron unas voces altas.

-No digas eso. Podría hacer que te azotaran. En la iglesia está la vida. La Gran Rueda de Kharnabhar, el centro sagrado de nuestra fe. Si no fuera por la Gran Rueda, aún seguiríamos entre el hielo y la nieve. -Skitocherill alzó el índice y se trazó un círculo sobre la frente mientras hablaba.

-¿Qué es eso?

-Es la rueda que nos acerca todo el tiempo a Freyr. ¿No lo sabías? Yo fui allí de niño, en peregrinación. Está en las montañas de Shivenink. No eres un verdadero sibornalés hasta que haces la peregrinación. El día siguiente trajo otras siete muertes. Skitocherill estaba a cargo de la sepultura, con varios prisioneros madis apenas capaces de cavar.

Laintal Ay dijo: -Yo tenía una amiga querida que fue capturada por tu gente. Quería ir en peregrinación a Sibornal, para hablar con los sacerdotes de esa Gran Rueda tuya. Creyó que allí podía estar la fuente de la sabiduría. En cambio, fue capturada y vendida a los inmundos phagors. ¿Así tratáis a las personas?

Skitocherill se encogió de hombros.

-No me eches la culpa a mí. Probablemente pensaron que era una espía de Pannoval.

-¿Cómo podían pensar eso? Iba montada en un miela, como quienes la acompañaban. ¿Acaso tienen mielas en Pannoval? Jamás lo he oído. Era una mujer espléndida, y vosotros, bandoleros, la habéis entregado a los phagors.

-No somos bandoleros. Sólo queremos vivir en paz aquí, y trasladarnos a otro sitio cuando el suelo se agote.

-Quieres decir, cuando se agote la población. Por ejemplo, vendiendo mujeres a cambio de seguridad.

El sibornalés sonrió, incómodo, y dijo: -Los bárbaros de Campannlat no dan valor a sus mujeres.

-Les damos mucho valor.

-¿Gobiernan?

-Las mujeres no gobiernan.

-Sí en ciertas partes de Sibornal. Aquí mismo puedes ver cómo tratamos a las mujeres. Tenemos sacerdotisas.

-No he visto ninguna.

-Eso es porque las cuidamos bien. -Skitocherill se inclinó.- Oye, Laintal Ay. Pienso que en verdad no eres mala persona. Confiaré en ti. Sé cómo marchan aquí las cosas. Sé que muchos exploradores han partido y no han regresado. Han muerto de la plaga entre unos miserables matorrales, sin sepultura, y es probable que los cadáveres hayan sido devorados por las aves
o los Otros. Y todo empeora continuamente, incluso ahora mismo, mientras conversamos. Soy un hombre religioso, y creo en la plegaria; pero la fiebre de los huesos es tan feroz que ni siquiera la plegaria puede contra ella. Tengo una esposa a quien amo profundamente. Quiero hacer un trato.

Mientras Skitocherill hablaba, Laintal Ay, junto a él en una pequeña eminencia, miraba un miserable sector de terreno que descendía hacia un arroyo, bordeado por unos raquíticos espinos. Los prisioneros arrojaban paletadas de tierra hacia atrás, entre las piedras, mientras siete cadáveres - los de Sibornal envueltos en sábanas- aguardaban sepultura al descubierto. Se dijo: «Puedo comprender que este bloque de grasa quiera escapar, pero ¿qué me importa a mí de él? Ciertamente, no más de lo que significaban para él Shay Tal, Amin Lim y los otros.»

-¿Cuál es el trato?

-Cuatro yelks, bien alimentados. Yo, mi esposa, su criada, tú. Salimos juntos. Me dejarán pasar sin dificultad. Vamos a Oldorando. Tú conoces el camino, yo te ayudo, me ocupo de que tengas un buen animal. Eres demasiado valioso, y si no aceptas, nunca podrás salir de aquí y menos cuando la situación empeore. ¿Estás de acuerdo?

-¿Cuándo piensas partir?

Skitocherill metió la nariz en el ramillete de flores y escrutó a Laintal Ay.

-Si dices una palabra de esto a alguien te mato. Escucha: la cruzada del kzahhn phagor, Hrr-Brahl Yprt, ha de pasar por aquí antes de la puesta de Freyr, según nuestros exploradores. Nosotros cuatro los seguiremos; los phagors no nos atacarán si nos mantenemos en la retaguardia. La cruzada puede

ir adonde quiera; nosotros iremos a Oldorando.

-¿Y piensas vivir en un lugar tan bárbaro? -preguntó Laintal Ay.

-Antes de contestar tendré que ver hasta qué punto es bárbaro. Y procura no ser sarcástico con tus superiores. ¿Estás de acuerdo?

-Llevaré un miela y no un yelk. Lo elegiré yo mismo. Nunca he montado en un yelk. Y quiero una espada de metal blanco, no de bronce.

-Está bien. Entonces, ¿trato hecho?

-¿Estrechamos nuestras manos?

-No toco otras manos. Es suficiente la palabra. Está bien. Yo soy un hombre que teme a Dios; no te traicionaré. Cuídate tú de traicionarme. Haz enterrar esos cuerpos, yo haré que mi mujer se prepare para el viaje.

Apenas el alto sibornalés se marchó, Laintal Ay ordenó a los cautivos que abandonaran el trabajo.

-No soy vuestro amo. Soy un prisionero como vosotros. Odio a los sibornaleses. Arrojad esos cadáveres al agua y cubridlos de piedras, ahorraréis esfuerzo. Lavaos luego las manos.

Todos miraron con suspicacia y no con agradecimiento a ese hombre alto, vestido de lana gris, que hablaba cara a cara con los guardias de Sibornal. Laintal Ay no se inmutó. Si la vida de Shay Tal era barata, toda vida lo era. Mientras hacían lo ordenado, un cuerpo fue despojado de la sábana, y él pudo ver un rostro ceniciento congelado de angustia. Alzaron el cadáver por los pies y los hombros y lo arrojaron al arroyo; la corriente se apoderó codiciosamente de las vestiduras, y las apretó contra el cuerpo, que empezó a rodar sin ceremonia aguas abajo.

El arroyo demarcaba el perímetro de Nueva Ashkitosh: en la costa opuesta, detrás de unas barandas inconsistentes, empezaba la tierra de nadie.

Una vez concluida su tarea, los madis consideraron la posibilidad de escapar vadeando el arroyo y echando a correr. Algunos abogaban por este plan, de pie al borde del agua, llamando a los otros. Los más tímidos se negaban y gesticulaban, indicando peligros desconocidos. Todos miraban ansiosamente a Laintal Ay, que permanecía de brazos cruzados, y no se movía de donde estaba. Como no podían saber si era mejor que actuasen por separado o todos juntos, se limitaron a discutir entre ellos, moviéndose por la costa o en el agua, pero retornando siempre a un centro común de indecisión. Estas vacilaciones tenían un motivo. La tierra de nadie, del otro lado del arroyo, se estaba llenando de figuras que se movían hacia el oeste. Las aves incomodadas volaban delante de las figuras, giraban en el cielo y luego intentaban volver a posarse.

A media distancia, la tierra se alzaba hasta un horizonte bajo, donde se veía una hilera de tambores: copas de viejos rajabarales, despidiendo vapor. Más allá del vapor el paisaje se extendía en unas sierras distantes y serenas a la luz nebulosa. Aquí y allá había megalitos con curiosas incisiones que marcaban las líneas de las octavas de aire y de tierra.

Los fugitivos que iban hacia el oeste apartaban el rostro de Nueva Ashkitosh, corno si le tuvieran miedo. A veces estaban solos, pero en general marchaban en grupos, ocasionalmente numerosos. Algunos llevaban animales detrás o phagors con ellos: a veces los phagors eran los dueños de la situación.

El progreso no era continuo. Un gran grupo se detuvo en un barranco, a cierta distancia. Los ojos penetrantes de Laintal Ay vieron signos de lamentaciones; las figuras se inclinaban alternativamente hacia adelante o hacia atrás mostrando dolor. Otros se acercaban; algunos corrían de grupo en grupo. La plaga viajaba entre ellos.

Laintal Ay examinó el paisaje más distante buscando aquello de que huían. Creyó ver un pico cubierto de nieve entre dos sierras. La calidad de la luz cambiaba allí de continuo, como si unos seres de sombra jugaran en las cumbres. Unos temores supersticiosos le turbaron la mente, y sólo se tranquilizó cuando alcanzó a ver que no miraba una montaña sino algo más próximo y mucho menos estable: una bandada de aves vaqueras que convergían para atravesar un paso.

En ese momento, se decidió. Apartándose de los protognósticos, que continuaban discutiendo en la costa, regresó a los edificios de la guardia.

Era evidente para él que esos refugiados, muchos de ellos infectados ya por la plaga, iban hacia Oldorando. Tenía que regresar lo antes posible para poner sobre aviso a Dathka y a los

lugartenientes; de otro modo, Oldorando se hundiría bajo una marea de humanidad e inhumanidad enfermas. Sintió ansiedad por Oyre. Pensaba demasiado poco en ella desde los días de la esnoctruicsa.

Los soles le calentaban la espalda. Se sentía solo, pero no había remedio para eso por el momento.

Hizo sonar sus talones en la guardia; esperaba oír la música de la iglesia, pero sólo silencio venía de esa dirección. No sabiendo exactamente en qué punto del vasto perímetro vivían Skitocherill y su mujer, sólo podía esperar a que ambos aparecieran. La espera agravaba sus presentimientos.

Tres exploradores entraron a pie en el poblado, trayendo un par de cautivos; uno de ellos cayó al suelo y quedó postrado junto a la guardia. Los exploradores estaban enfermos y exhaustos. Tambaleándose, entraron en eledificio sin mirar a Laintal Ay. Éste observó indiferente al otro prisionero; ya no le importaban los prisioneros. Pero enseguida volvió a mirar.

El prisionero estaba de pie y con los pies separados, en actitud desafiante, aunque tenía la cabeza caída, como fatigado. Era de elevada estatura. La delgadez parecía indicar que había sobrevivido a la fiebre de los huesos. Vestía unas pieles negras que le colgaban flojamente.

Laintal Ay metió la cabeza en el interior del edificio de guardia, donde los exploradores recién llegados, acodados en una mesa, bebían cerveza de raíces.

-Llevo al prisionero a trabajar; lo necesitamos inmediatamente.

Se alejó antes de que pudieran responder.

Con una breve orden, Laintal Ay indicó al hombre la Iglesia de la Paz Formidable. Había sacerdotes dentro, en el altar central, pero Laintal Ay condujo al cautivo a un banco adosado a la pared, en un lugar poco iluminado. El hombre se dejó caer, agradecido, desplomándose como un saco de piedras.

Era Aoz Roon. Tenía la cara macilenta y arrugada, y la carne del cuello le colgaba en pliegues fláccidos; la barba se le había vuelto casi toda gris, pero era evidente que esas cejas unidas y esa boca firme correspondían al señor de Embruddock. Aoz Roon, al principio, no reconoció a Laintal Ay en ese hombre delgado, vestido a la manera de Sibornal. Al fin sofocó un sollozo y lo estrechó con fuerza, temblando.

Después de un rato pudo explicar qué le había ocurrido, y cómo había quedado desamparado en una isla diminuta en medio de la inundación. Cuando se recobró de la fiebre, advirtió que el phagor que había llegado con él a la isla estaba a punto de morir de hambre. El phagor no era un guerrero sino un humilde recolector de hongos, llamado Yhamm-Whrrmar, a quien aterrorizaba el agua y que, por consiguiente, no podía o no quería comer pescado. A causa de la anorexia que atacaba a quienes se recuperaban de la fiebre, Aoz Roon casi no necesitaba alimento. Ambos habían hablado a través de la corriente, y por último Aoz Roon había cruzado a la isla mayor y había acompañado amistosamente a su antiguo enemigo.

De vez en cuando veían en la costa seres humanos o phagors, y les gritaban; pero nadie cruzaba la rápida corriente para ayudarlos. Intentaron construir juntos una barca, en lo que consumieron varias semanas fatigosas.

Los primeros intentos fueron fallidos. Entretejiendo ramas, y cubriéndolas con barro seco, construyeron por fin una balsa que flotaba. Yhamm-Whrrmar subió un momento, y saltó enseguida afuera, aterrorizado. Después de muchas discusiones, Aoz Roon intentó solo la travesía. En mitad del río, el barro se deshizo y el armazón se hundió. Aoz Roon logró llegar hasta la costa, nadando río abajo.

Tenía la intención de conseguir una cuerda y rescatar a Yhamm-Whrrmar, pero los viajeros que encontró se mostraban hostiles o huían de él. Después de un largo vagabundeo, fue capturado por los exploradores sibornaleses, que lo llevaron a Nueva Ashkitosh.-Volveremos juntos a Embruddock -dijo Laintal Ay-. Oyre estará tan feliz...

Aoz Roon no respondió en seguida. -No puedo regresar... No puedo... No puedo abandonar a Yhamm-Whrrmar... Sin duda no comprendes... Se frotó las manos contra las rodillas. -Todavía eres el señor de Embruddock. Aoz Roon dejó caer la cabeza, suspirando. Había sido derrotado, había fracasado. Sólo quería un refugio tranquilo. Movió otra vez las manos sobre las rodillas y las gastadas pieles de oso.

-No hay refugios tranquilos -dijo Laintal Ay-. Todo está cambiando. Regresaremos juntos a Embruddock. Tan pronto como sea posible.

Como Aoz Roon parecía no tener ya ninguna voluntad, él tomaría las decisiones. Conseguiría un traje sibornalés en la guardia; disfrazado así, Aoz Roon se uniría al grupo de Skitocherill. Laintal Ay se alejó al fin, decepcionado. No era eso en verdad lo que había esperado de Aoz Roon.

Otra sorpresa le aguardaba fuera de la iglesia. Los miembros de la colonia se estaban reuniendo más allá de los edificios de madera que rodeaban la iglesia. Miraban en silencio hacia el campo abierto, anónimamente gris, más allá del poblado.

La cruzada del joven kzahhn phagor estaba a punto de llegar.

La huida ante el avance de la cruzada continuaba aún. De vez en cuando, algún ciervo se deslizaba entre los seres humanos, los protognósticos, los Otros. A veces, los fugitivos caminaban al lado de los grupos de phagors que eran la vanguardia del ejército de Hrr-Brahl Yprt. Había una especie de ceguera en la expedición, en el evidente desorden con que avanzaban. Los cruzados eran más numerosos que disciplinados.

Como al azar, pero en realidad bajo el dominio de las octavas de aire, los grupos de phagors se diseminaban a lo largo de las tierras salvajes. En todas partes avanzaban con un ritmo lento e incontenible, un lento paso anormal. No tenían prisa en los pálidos guarneses.

El camino a través de valles y montañas desde las casi estratosféricas alturas de Nktryhk hasta las llanuras de Oldorando era de cinco mil quinientos kilómetros. Los cruzados, como cualquier ejército humano que viaja casi siempre a pie por terreno difícil, rara vez sobrepasaban un promedio de dieciocho kilómetros.

Era raro que marcharan más de un día de cada veinte. Ocupaban la mayor parte del tiempo con las acostumbradas distracciones de los grandes ejércitos: el pillaje y el descanso.

Para conseguir provisiones, habían puesto sitio a varias pobres ciudades montañesas próximas al camino. Se refugiaban entre las rocas y en desfiladeros hasta que los Hijos de Freyr abrían las puertas y arrojaban las armas. Habían perseguido a pueblos nómadas, situados en el umbral de la humanidad, que ignoraban aún el poder de las semillas y estaban por lo tanto condenados a una vida errante por senderos peligrosos, buscando unas pocas cabezas de flacos arangos con que alimentarse. Al comienzo habían sido detenidos por las nevadas, y luego, más gravemente, por las inmensas inundaciones que corrían pendiente abajo en los flancos del Hhryggt.

Los cruzados habían sufrido también enfermedades, accidentes, deserciones, y los ataques de las tribus cuyo territorio atravesaban.

Estaban ahora en el giro de aire 446 según el calendario moderno. Para las mentes eotemporales de la raza de dos filos era también el año 367 después de la Pequeña Apoteosis del Gran Año 5634000 desde la Catástrofe. Habían pasado trece giros de aire desde que sonara por primera vez el cuerno de pinzasaco en los riscos helados del glaciar natal. Batalix y el amenazante Freyr estaban bajos y próximos en el cielo del oeste, mientras la cruzada emprendía la última etapa del viaje.

El terreno era suave como el regazo de una mujer en comparación con las altas tierras de Mordriat ya atravesadas; y las fuerzas salvajes no eran allí tan evidentes. Sin embargo, el terreno tenía marcas y cicatrices. La estación lo había remendado con plantas cuyas hojas de color verde ácido se extendían horizontalmente, como si estuviesen comprimidas por invisibles octavas de aire. Pero ningún follaje alcanzaba a ocultar la gran anatomía geológica situada debajo, corroída hasta hacía poco por siglos de hielo. Era una tierra que podía soportar pero no sustentar la inquieta esencia de la vida, en cualquier forma que esta esencia adoptara. Era el manuscrito inédito de la gran historia de Wutra. Los cuerpos cortos y gruesos del ejército phagor parecían manifestaciones autóctonas del lugar.

Comparados con ellos, los habitantes del poblado, con sus ropas grises, eran cosas sombrías y transitorias.

Laintal Ay recorrió la calle curva entre la iglesia y los depósitos y salas de guardia con un traje sibornalés para Aoz Roon. Mientras, alcanzaba a ver a la gente entre edificio y edificio.

Todos los habitantes de Nueva Ashkitosh se habían reunido para ver pasar la cruzada. Se preguntó si era por miedo, para averiguar si el tributo humano pagado a los de doble filo les había dado

realmente más seguridad.

Las silenciosas bestias blancas pasaron a ambos lados del poblado. Se movían con precisión, mirando adelante, indiferentes. Muchos estaban delgados, o acababan de mudar de pelaje, y las desnudas cabezas parecían enormes. Sobre ellos volaban con gran escándalo las aves vaqueras. Rompían filas en gran número y se disputaban con graznidos y aletazos los montones de estiércol apilados aquí y allá.

Los colonos hicieron oír sus propias voces, como si se opusieran a lo que pasaba fuera. Mientras Laintal Ay salía de la iglesia, las apretadas filas empezaron a cantar. Las palabras no eran en olonets. Tenían una textura áspera, aunque lírica, y la melodía era poderosa. La canción expresaba una cualidad esquiva, entre el desafío y la sumisión. Las voces de las mujeres flotaban claramente por encima de los bajos, que tocaban un himno glacial semejante a una marcha.

Ahora se podía discernir que en el desordenado caudal del ejército de bestias algunas montaban en kaidaws; no tantos kaidaws como al comienzo, pero suficientes para ser un espectáculo. En el centro de una falange más organizada estaba Rukk-Ggrl, con la roja cabeza gacha, llevando al joven kzahhn. Detrás del kzahhn estaban los generales y luego las fillockas privadas, de las que sólo dos sobrevivían, convertidas ahora en altaneras gillotas. Entre la multitud se veían cautivos humanos cargados, andando pesadamente.

Hrr-Brahl Yprt tenía la cabeza alta; la corona facial le brillaba a la luz enfermiza. Zzhrrk revoloteaba sobre él como una bandera. El kzahhn no se dignó echar una mirada al asentamiento humano que le rendía tributo. Sin embargo, la canción que rodaba por el campo y lo saludaba, le despertó en el eddre algún sentimiento, pues al llegar a cierto punto, casi a la altura de la Iglesia de la Paz Formidable, alzó la espada con la mano derecha, aunque jamás se sabría si como saludo o amenaza. Sin detenerse continuó su camino.

Laintal Ay condujo a Aoz Roon hacia el edificio de la guardia. Esperaron allí a Skitocherill, que llegó con su mujer y una criada cargada de equipaje.

-¿Quién es éste? -preguntó Skitocherill, señalando a Aoz Roon-. ¿Ya estás rompiendo tu parte del trato, bárbaro?

-Es mi amigo, y eso basta. ¿Adonde van tus amigos phagors?

El sibornalés encogió un solo hombro, como si la pregunta no valiera más.

-¿Por qué había de saberlo? Ve a preguntarles, si tienes tanta curiosidad.

-Van hacia Oldorando. ¿Lo sabíais, bandidos amigos de esas bestias, que cantáis en honor del jefe...?

-Si supiera dónde está cada poblado bárbaro del desierto no tendría que recurrir a ti para que me guiases. Se miraban con enojo cuando la mujer de Skitocherill se adelantó y dijo: -¿Por qué discutes, Barboe? Sigamos con el plan. Si este hombre dice que nos puede llevar a Ondoro, que lo haga.

-Por supuesto, querida -dijo Skitocherill, con una sonrisa que era una mueca. Frunciendo el ceño, se alejó de Laintal Ay y regresó enseguida con un explorador que traía varios yelks. La mujer examinó con silencioso desdén a Laintal Ay y a Aoz Roon.

Era una mujer robusta, casi tan alta como el marido, sin formas bajo las vestiduras grises. Lo que la hacía notable, para Laintal Ay, eran el pelo rubio lacio y los ojos azules; a pesar de la expresión dura, el conjunto era cordial. Le dijo amablemente: -Te llevaré sana y salva a Oldorando. Nuestra ciudad es hermosa y emocionante, con sus géisers y sus torres de piedra. El Silbador de Horas te sorprenderá. Tendrás que admirar todo lo que veas.

-No tendré que admirar nada -replicó ella con severidad. Como lamentando esta respuesta, le preguntó más amablemente cómo se llamaba.

-Vamos, ya se acerca el ocaso -urgió Skitocherill-. Vosotros dos, bárbaros, montaréis en yelks. No hay mielas disponibles. Y este explorador nos acompañará. Tiene orden de actuar enérgicamente si hay problemas. -Si hay cualquier problema -dijo el explorador debajo de su capucha.

Mientras Freyr se hundía en el horizonte, se pusieron en marcha; seis personas con siete yelks, uno cargado de equipaje. Pasaron sin incidentes junto a los centinelas de la puerta occidental. Los guardias parecían abatidos y sombríos a la luz declinante, y miraban la oscuridad que se avecinaba.

El grupo salió al campo, y marchó a la retaguardia del peludo ejército del kzahhn. El suelo estaba

Librodot

sucio y pisoteado por el paso de muchos pies.

Laintal Ay conducía la marcha, tratando de no tener en cuenta la incómoda montura del yelk. Sentía un peso sofocante en el corazón y el eddre cuando pensaba en e! salvaje ejército phagor que le precedía; con creciente certidumbre, imaginaba que pasarían por Oldorando, fuera cual fuera el destino final. Tenía que avanzar tan rápido como pudiera, sobrepasar la cruzada, y avisar a la ciudad. Golpeó al yelk con los talones.

Oyre y sus ojos sonrientes representaban todo lo que quería en la ciudad. No lamentaba la larga ausencia, que le había dado un nuevo conocimiento de sí mismo, y un nuevo respeto por la perspicacia de la muchacha. Ella había advertido que le faltaba madurez, y que dependía demasiado de otros, y había deseado algo mejor para él, quizá sin conseguir articular ese deseo. Ahora quizá él llegara de vuelta con las cualidades que más había necesitado. Siempre que llegara a tiempo.

Penetraron en una sombría floresta donde brillaba un sendero casi indiscernible, mientras Batalix se ponía en un dorado resplandor. Los árboles eran jóvenes, crecían enmarañados, las copas eran apenas más altas que las cabezas de los jinetes. Estaban rodeados de fantasmas. Una estrecha columna de protognósticos marchaba hacia el este, siguiendo una octava. Habían logrado de algún modo eludir al kzahhn y atravesar las filas de phagors. Las caras macilentas se movían confusamente entre los arbustos oscuros.

Laintal Ay enderezó el delgado cuerpo sobre la silla y miró hacia atrás. El explorador y Aoz Roon cerraban la marcha, apenas visibles. Aoz Roon tenía la cabeza baja; parecía roto y sin vida. Más adelante iban la criada y el yelk que traía la carga. Directamente detrás de Laintal Ay marchaban Skitocherill y su mujer, con las cabezas ocultas bajo las capuchas grises. La mirada de Laintal Ay buscó el rostro pálido de la mujer. Los ojos azules le brillaban, pero creyó advertir una expresión helada que lo asustó. ¿Acaso la muerte los estaba ya persiguiendo?

Volvió a golpear con los pies al lento yelk, obligándole a avanzar hacia los peligros que esperaban allá adelante.

XV

EL HEDOR DE LAS HOGUERAS

Había silencio en Oldorando. Poca gente recorría las calles. La mayoría llevaba algún remedio cerca de la cara, a veces sosteniéndolo por medio de una máscara contra la boca y la nariz. Para este fin ciertas hierbas eran muy estimadas. Ahuyentaban la peste, las moscas y el hedor de las hogueras.

Los dos centinelas, muy altos sobre las casas, brillaban como ojos, separados apenas por el espesor de un cabello. Debajo de las pizarras y las tejas, la población aguardaba. Se había hecho todo lo que se podía hacer. Ahora sólo cabía esperar.

El virus se movía de un barrio a otro de la ciudad. Una semana la mayoría de las muertes eran en el barrio sur, el llamado Pauk, y el resto de la ciudad respiraba más libremente. Luego, para alivio de los demás distritos, el virus diezmaba el barrio del otro lado del Voral. Pero en pocos días más la peste visitaba las viejas madrigueras rápida como el rayo, y estallaban lamentaciones en calles y aun en casas donde ya se habían oído llantos similares.

Tanth Ein y Faralin Ferd, los lugartenientes de Embruddock, con Raynil Layan, maestro de la casa de moneda, y, Señor de la Pradera del Oeste, habían organizado un Comité de la Fiebre, integrado también por otros ciudadanos útiles, como Ma Escantion. La encargada del hospital contaba con la ayuda de un cuerpo auxiliar formado por los peregrinos de Pannoval, los Apropiadores, que habían permanecido en Oldorando y predicaban contra la inmoralidad. Se habían dictado leyes para aliviar los estragos de la peste. Un contingente especial de policía se ocupaba de que se cumplieran.

En todas las calles y senderos se colocaron anuncios de que la ocultación de cuerpos muertos y el saqueo tenían la misma pena: ejecución por mordedura de phagor, un viejo suplicio que causaba delicados escalofríos a los ricos mercaderes. En las afueras, a todos los viajeros, se anunciaba del mismo modo que había peste en la ciudad. Pocos de esos fugitivos que procedían del este eran tan

imprudentes como para ignorar la advertencia: cambiaban de dirección y evitaban Oldorando. No era seguro que esos anuncios la protegieran también de aquellos que venían con malas intenciones.

Los primeros carros que se veían en Oldorando, torpes artefactos de dos ruedas, rodaban estruendosamente por las calles, arrastrados por mielas. Recogían la cosecha diaria de cadáveres, que se dejaban en la calle envueltos en telas o se echaban afuera sin ceremonia por las puertas o eran arrojados desnudos por las ventanas. Una madre, un marido, un hijo, amados en vida, eran terriblemente repugnantes cuando enfermaban y aún peor cuando estaban muertos.

Aunque se ignoraba la causa de la fiebre, había muchas teorías. Todas admitían que la enfermedad era contagiosa. Algunas llegaban a afirmar que bastaba mirar un cadáver. Otros, que habían prestado atención a la palabra del Akha de Naba, de pronto persuasiva, creían que la. causa era la concupiscencia.

Aparte de lo que creyese cada uno, todo el mundo estaba de acuerdo en que el fuego era la única solución para los cadáveres. Los cuerpos eran transportados en los carros fuera de la ciudad, y allí arrojados a las llamas. La pira se alimentaba constantemente. El humo y el olor de la grasa negra entraban en las calles, y a pesar de las ventanas cerradas recordaba a los habitantes lo vulnerables que eran. Los sobrevivientes se entregaban a uno de los dos extremos, y a veces a los dos: la mortificación y la lujuria.

Nadie creía que la fiebre hubiese llegado a su punto más alto, y se decía en cambio que aún sobrevendría algo peor. La esperanza equilibraba estos temores. Porque había una cantidad creciente de oldorandinos, en particular jóvenes, que sobrevivían a los peores ataques del virus hélico, y que ahora se paseaban delgados por la ciudad. Entre ellos se contaba Oyre.

La fiebre la había atacado en la calle. Cuando Dol Sakil la atendió, Oyre tenía ya el cuerpo dolorido y rígido. Dol la cuidó sin preocuparse por sí misma. Esta descuidada indiferencia era un aspecto conocido del carácter de Dol. A pesar de los vaticinios, no enfermó, y vivió para ver cómo Oyre pasaba por el ojo de la aguja, más delgada, casi esquelética. La única precaución que tomó fue enviar a su hijo, Rastil Roon, a vivir con el marido y el hijo de Amin Lim. Ahora el niño había regresado.

Las dos mujeres y el niño pasaban las horas en casa. La impresión de un final, y de una espera, no era desagradable. El aburrimiento tenía muchas mansiones. Jugaban con el niño a juegos sencillos que las transportaban a la infancia. Una o dos veces Vry se reunió con ellas, pero en ese tiempo Vry tenía un aire abstraído. Hablaba sólo de asuntos de trabajo y de sus propias aspiraciones. En una ocasión estalló en un discurso, y confesó sus relaciones con Raynil Layan, de quien no habían tenido hasta entonces nada bueno que decir. El asunto la exasperaba; sentía con frecuencia disgusto; odiaba al hombre cuando no estaba con ella, pero caía en sus brazos apenas lo veía.

-Todas nosotras lo hemos hecho, Vry -comentó Dol-. Solamente que tú lo has postergado un poco, por eso te duele más.

-No todas lo hemos hecho bastante -dijo Oyre, serena-. Ya no tengo deseos. Los he perdido... Lo que ahora deseo es el deseo. Quizá lo recupere, si recupero a Laintal Ay. -Miró el cielo azul por la ventana.-Pero estoy tan desgarrada -dijo Vry, que no quería apartarse de sus propios problemas-. Jamás estoy tranquila como antes. Ya no me reconozco.

Vry no había mencionado a Dathka, y las otras mujeres evitaron el tema. El amor que la empujaba hacia Raynil Layan le habría dado más felicidad si no estuviese tan preocupada por Dathka; no sólo lo recordaba a menudo; ahora, además, él la perseguía obsesivamente. Vry tenía miedo de lo que pudiera ocurrir y había convencido sin dificultad al nervioso Raynil Layan de que se encontraran en un cuarto secreto, y no en las casas de ellos. En ese cuarto secreto ella y su amante de barba hendida tenían una cita diaria, mientras la ciudad se ocupaba de la plaga y el ruido de los cascos de los animales entraba por la ventana abierta.

Raynil Layan quería cerrar la ventana, pero ella no lo permitía.

-Los animales pueden transmitirnos la enfermedad -protestaba él-. Veámonos de aquí, querida mía, alejémonos de la peste y de las demás preocupaciones.

-¿Cómo sobreviviríamos? Éste es nuestro sitio. Aquí, en esta ciudad, y uno en brazos del otro.

Raynil Layan respondió con una sonrisa inquieta: -¿Y si nos contagiáramos?

Librodot

Ella se dejó caer en la cama, de modo que sus pechos brincaron ante los ojos de él.

-Entonces moriríamos abrazados, apretados, haciendo el amor. No pierdas el ánimo, Raynil Layan, aliméntate del mío. Derrámate sobre mí una vez y otra y otra. -Vry le acarició con la mano las nalgas velludas y enganchó una pierna alrededor de la cintura del hombre.

-Eres una marrana insaciable -dijo él con admiración, mientras se apretaba contra ella.

Dathka se sentó al borde de la cama, con la cabeza en las manos. Como él no decía nada, la muchacha acostada tampoco habló; apartó los ojos y alzó las piernas hasta el pecho. Cuando él se levantó y empezó a vestirse, con la brusquedad de quien acaba de tomar una decisión, ella dijo en voz ahogada: - No tengo la peste, ¿sabes?

Él la miró con amargura, pero no respondió, y continuó vistiéndose de prisa.

Ella volvió la cabeza, apartándose de la cara los largos cabellos.

-¿Qué te ocurre, Dathka?

-Nada.

-No eres gran cosa como hombre.

Él se calzó, aparentemente más preocupado por las botas que por ella.

-No te quiero, mujer, no eres la que quiero. Métete eso en la cabeza y vete de aquí.

De un armario empotrado en la pared sacó una labrada daga curva. El brillo de la daga contrastaba con los oscuros paneles carcomidos de la puerta del armario. La guardó en el cinturón. Ella preguntó adonde iba. Dathka no le contestó. Cerró la puerta con violencia y bajó ruidosamente la escalera.

No había perdido esas últimas penosas semanas, desde que Laintal Ay se marchara y él descubriera lo que consideraba la traición de Vry. Había pasado gran parte del tiempo buscando apoyo entre la juventud de Oldorando, asegurando su posición, haciendo alianzas con los extranjeros irritados por las restricciones, simpatizando con aquellos -eran muchos- cuya forma de vida había sido destruida por la introducción de la moneda, que había impuesto unas duras jornadas de trabajo. El maestro encargado de la acuñación, Raynil Layan, era blanco frecuente de las críticas.

En el exterior todo estaba tranquilo; no había nadie en la calle lateral, excepto el hombre encargado de custodiar la puerta. La gente había ido al mercado, a atender las necesidades cotidianas. La pequeña tienda del boticario, con tantos frascos imponentes y ordenados, estaba haciendo muy buen negocio. Aún había mercaderes con tiendas y ropas brillantes. Y también personas que caminaban cargadas con bultos, abandonando la ciudad amenazada antes de que las cosas se agravasen.

Dathka no atendía a nada de esto. Se movía como un autómata con la mirada fija al frente. La tensión de la ciudad era también su propia tensión. Había llegado a un punto en que ya no podía tolerarla. Mataría a Raynil Layan, y también a Vry si era preciso, y terminaría con ella. Torcía la boca dejando los dientes al descubierto mientras ensayaba mentalmente, una y otra vez, el golpe fatal. Los hombres se apartaban de él, temiendo que aquella mirada fija fuera indicio de la peste.

Sabía dónde estaba la habitación secreta de Vry: sus espías lo tenían informado. Se dijo: si yo gobernara, cerraría definitivamente la academia. Nadie se ha atrevido aún a tomar esa decisión. Yo lo haría. Éste es el momento, con la excusa de que las clases de la academia difunden la peste. Eso sí que le dolería a Vry.

-Reflexiona, hermano, reflexiona. Reza, reza con los Apropiadores para que la fiebre te perdone, oye la palabra del gran Ahka de Naba...

Rozó al predicador callejero. También expulsaría a esos necios de las calles, si gobernaba.

Cerca de los establos de mielas de la calle Yuli, se le acercó un hombre que conocía, mercenario y traficante de animales.

-¿Sí?

-El está arriba ahora, señor. -El hombre indicó con las cejas una ventana alta en una de las casas de madera frente a los establos. Eran hoteles, casas de huéspedes o tiendas de bebidas que daban una fachada respetable a los prostíbulos de más atrás.

Dathka asintió brevemente.

Apartó una cortina de cuentas, que tenía atadas flores frescas de orlingo y de escantion, y entró en

una tienda de bebidas. En la habitación oscura no había clientes. De las paredes colgaban calaveras de animales con sonrisas aserradas. El propietario estaba junto al mostrador, de brazos cruzados, mirando el espacio. Ya sobornado, bajó la cabeza, de modo que la doble papada cayó sobre el pecho, como indicando que Dathka podía hacer lo que quisiese. Dathka pasó junto a él y subió.

En la escalera había un olor rancio, a coles y cosas peores. Aunque avanzaba junto a la pared, las tablas crujían. Oyó voces junto a la última puerta. Era seguro que Raynil Layan, de carácter nervioso, habría atrancado la puerta. Dathka golpeó los desvencijados paneles.

-Un mensaje, señor -dijo en voz apagada-. Es urgente. De la Casa de la Moneda.

Con una torcida sonrisa se preparó, escuchando cómo descorrían el cerrojo. Tan pronto como la puerta empezó a abrirse, la empujó y se precipitó dentro. Raynil Layan cayó hacia atrás, gritando. Al ver la daga, corrió a la ventana y pidió socorro, una sola vez. Dathka lo tornó por el cuello y lo arrojó contra la cama.

-¡Dathka! -Vry se sentó en la cama, tiró de una sábana y se cubrió el cuerpo desnudo.- ¡Fuera de aquí, eddre de rata!

Como única respuesta, él cerró la puerta de un puntapié, sin mirar alrededor.
Se volvió a Raynil Layan, que se incorporaba gimiendo.

-Sé que me vas a matar, estoy seguro -dijo el maestro de la acuñación de moneda, extendiendo una mano temblorosa-. No lo hagas, por favor. No soy tu enemigo. Puedo ayudarte.

-Tendré tanta compasión como la que tú has tenido con el viejo maestro Datnil.

Raynil Layan se puso de pie lentamente, ocultando su desnudez, mirando a Dathka con ojos temerosos.

-Yo no lo hice. No fui yo. Aoz Roon ordenó la ejecución. Era legal, de veras. Se había quebrantado la ley. En cambio no es legal que me mates. Díselo, Vry. Escucha, Dathka: el maestro Datnil no guardó los secretos de la corporación, le mostró el libro secreto a Shay Tal. Aunque no le mostró todo. No la peor parte. Tú tendrías que saberlo. Dathka hizo una pausa.

-Ese mundo está muerto, y también esa basura de las corporaciones. Ya sabes lo que pienso de las corporaciones. Al diablo con el pasado. Está muerto, así como tú lo estarás pronto.

Vry aprovechó la vacilación de Dathka. Había recuperado el ánimo.

-Oye,, déjame que te explique la situación. Los dos podemos ayudarte. En el libro hay cosas que el maestro Datnil no se atrevió a revelar a Shay Tal. Pasaron hace mucho, pero el pasado está todavía con nosotros, aunque quisiéramos otra cosa.

-Si fuera así, me aceptarías. Te he querido durante mucho tiempo.

Raynil Layan se puso la túnica y dijo, tratando de mantenerse lúcido: -Tu pelea es conmigo, no con Vry. En los diversos libros de las corporaciones hay noticias sobre la Embruddock de los tiempos antiguos. Demuestran que fue una vez una ciudad phagor. Probablemente ellos la construyeron; pero no hay registros de esa época. Sin duda alguna fueron dueños de la ciudad, así como de las corporaciones y de la población. Tenían hombres como esclavos.

-Y si eran dueños de Embruddock, ¿quién los mató? ¿Quién reconquistó la ciudad? ¿El Rey Denniss?

-Eso ocurrió después de Denniss. El libro sagrado no dice mucho; habla de la historia sólo incidental mente. Pensamos que un día los phagors decidieron irse.

-¿Sin ser derrotados?

Vry respondió: -Sabes que apenas comprendemos a los phagors. Quizá las octavas de aire cambiaron y todos se fueron. Pero es seguro que tuvieron poder aquí. Si hubieras mirado bien la pintura de Wutra en el viejo templo, te habrías dado cuenta. Wutra es la representación de un rey phagor.

Dathka se llevó la palma de la mano a la frente.

-¿Wutra, un phagor? No puede ser. Vas demasiado lejos. Esos malditos conocimientos... Pueden hacer negro lo que es blanco. Todos esos disparates nacen en la academia. Acabaré con ella. Si tengo el poder acabaré con ella.

-Si quieres el poder, estaré de tu parte -dijo Raynil Layan.

-No te quiero de mi parte.

-Sin embargo -el hombre torció la boca en una mueca de frustración, y se tiró de los extremos gemelos de la barba-, tenemos un problema que resolver. Porque parece que los phagors vuelven. Quizá pretendan recuperar la antigua ciudad. Eso es lo que pienso.

-¿Qué quieres decir?

-Es muy simple. Sin duda has oído los rumores. Se acerca un gran ejército phagor. Ve a hablar con la gente que pasa cerca de la ciudad. El problema es que Tanth Ein y Faralin Ferd no protegerán la ciudad, porque están demasiado ocupados en sus propios asuntos. Son ellos tus enemigos; no yo. Si un hombre fuerte mata a los lugartenientes y se apodera de la ciudad, podrá salvarla. Eso es lo que te sugiero.

Observó con atención a Dathka, mirando cómo las emociones le cambiaban el rostro. Sonrió animosamente sabiendo que el breve discurso le había salvado la vida.

-Te ayudaré -dijo-. Estoy de tu parte.

-También yo estoy de tu parte, Dathka -intervino Vry.

Él la miró con un brillo sombrío en los ojos.

-Tú no estarás nunca de mi parte. Aunque conquiste Embruddock para ti.

Faralin Ferd y Tanth Ein bebían en el Jarro de Dos Caras. Gozaban de la velada con sus mujeres, amigos y aduladores.

El Jarro de Dos Caras era uno de los pocos sitios donde se podían oír risas en esos días. La taberna era parte del nuevo edificio administrativo que alojaba también la Casa de la Moneda. El costo de la construcción había sido pagado en gran medida por los mercaderes ricos, algunos de los cuales estaban presentes con sus esposas. Había en la habitación muebles hasta hace poco desconocidos en Oldorando; divanes, mesas ovales, aparadores, ricos tapices que adornaban las paredes.

Corrían las bebidas importadas, y un joven rubio y extranjero tocaba el arpa.

Estaban cerrando las ventanas para impedir la entrada del aire helado de la noche y el olor a humo. En la mesa central ardía una lámpara de aceite. Había comida que nadie había probado. Un mercader contaba una larga historia de viajes, traiciones y muertes.

Faralin Ferd vestía una chaqueta de ante y una camisa de lana debajo. Tenía los codos apoyados en la mesa, mientras oía distraídamente la historia y miraba a su alrededor.

Farayl Musk, la mujer de Tanth Ein, se movía en silencio, observando si la esclava cerraba correctamente los postigos. Farayl Musk era pariente lejana tanto de Faralin Ferd como de Tanth Ein, y descendiente del gran Wall Ein Den. Aunque no exactamente hermosa, tenía talento y carácter, por lo que algunos le daban mucho valor y otros ninguno. Llevaba una vela en un candelabro, que protegía con la mano mientras avanzaba.

La llama le iluminaba el rostro y arrojaba en torno unas sombras inesperadas que la hacían aún más misteriosa. Farayl Musk sabía que Faralin Ferd la observaba, pero ella evitaba mirarlo, sabiendo lo que vale la indiferencia fingida.

Él pensaba, como muchas veces antes, que merecía a Farayl Musk más que a su propia mujer, que lo aburría. A pesar del riesgo, habían hecho el amor en varias ocasiones. Ahora el tiempo se acortaba. Podían estar todos muertos en unos cuantos días; la bebida no ahogaba esa certeza. La deseaba otra vez.

Faralin Ferd se puso de pie y salió bruscamente de la sala, echándole una mirada significativa. La historia del mercader había llegado a uno de sus periódicos puntos culminantes, cuando un hombre prominente se atragantaba con la carne de una de sus propias ovejas. Se oyeron risas. Sin embargo, unos ojos atentos vieron desaparecer al lugarteniente, y luego de un discreto intervalo, a la mujer del otro lugarteniente.

-Pensé que no te atrevías a seguirme. -La curiosidad es más fuerte que la cobardía. Sólo tenemos un instante.

-Hagamos el amor debajo de la escalera. Mira, en ese rincón.

Ella suspiró y se apoyó contra él, aferrando lo que él le ofrecía, con ambasmanos. Él recordaba lo dulce que era el aliento de esa mujer. -Entonces, debajo de la escalera. Farayl Musk puso en el suelo el candelabro. Se abrió el vestido y le mostró los pechos. Él la abrazó y la llevó al rincón, besándola,

excitado.

Allí fueron sorprendidos cuando una partida de doce hombres, al mando de Dathka, entró en la calle con antorchas encendidas y espadas desnudas.

Farayl Musk y Faralin Ferd protestaron en vano. Apenas tuvieron tiempo de arreglarse antes de ser conducidos al salón principal, donde otras espadas contenían al otro lugarteniente.

-Ésta es una acción legal -dijo Dathka, mirando a los demás como un lobo a unos arangos jóvenes-. Tomaré en mis manos el mando de Embruddock hasta que regrese el legítimo Señor de Embruddock, Aoz Roon. Aunque depuesto, soy el más antiguo de sus lugartenientes. Me propongo hacer que la ciudad esté bien protegida de los invasores.

Más atrás estaba Raynil Layan, sosteniendo la espada envainada.

-Apoyo a Dathka Den -dijo en voz alta-. Salud, señor Dathka Den.

Los ojos de Dathka descubrieron a Tanth Ein, perdido en las sombras. El mayor de los dos lugartenientes no se había puesto de pie. Aún estaba sentado en la cabecera de la mesa, con los brazos apoyados en el sillón.-¡Me desafías! -exclamó, saltando con la espada preparada-. ¡Ponte de pie!

Tanth Ein no llegó a moverse, pero un rictus de dolor le atravesó la cara mientras echaba la cabeza bruscamente hacia atrás. Revolvió los ojos. Cuando pateó el sillón, cayó rígidamente al suelo sin intentar detener la caída.

-¡La fiebre de los huesos! -gritó alguien-. ¡Está entre nosotros!

Farayl Musk empezó a gritar.

Por la mañana faltaban otras dos vidas, y una vez más el olor de la pira manchaba el aire de Oldorando. Tanth Ein estaba en el hospital, bajo la valiente atención de Ma Escantion.

A pesar del temor al contagio, una gran multitud se había reunido en la calle del Banco para oír la proclamación pública del gobierno de Dathka. En otros tiempos, una reunión semejante se habría celebrado al pie de la gran torre. Esos tiempos habían quedado atrás. La calle del Banco era más espaciosa y más elegante. De un lado había unos pocos tenderetes a lo largo de la costa del río; todavía se paseaban por allí los gansos, recordando antiguos derechos. Del otro lado había una hilera de edificios nuevos, y detrás de ellos se elevaban las viejas torres de piedra. Al pie de las torres habían levantado la plataforma pública.

En la plataforma estaban Raynil Layan, apoyándose en un pie y luego en otro; Faralin Ferd, con los brazos atados a la espalda, y seis jóvenes guerreros de la guardia de Dathka, armados con lanzas y espadas envainadas, que miraban torvamente a la multitud. Los vendedores de flores ofrecían a la gente ramilletes para protegerse contra la fiebre. También estaban allí los Apropiadores peregrinos, con trajes blancos y negros y letreros que urgían a la población a arrepentirse. Los niños jugaban en el límite de la muchedumbre, burlándose de la conducta de los mayores. Cuando sonó el Silbador de Horas, Dathka trepó a la plataforma y habló en seguida en público.

-Tomaré el gobierno para el bien de la ciudad -dijo. Ya no era el hombre silencioso de siempre.

Habló con elocuencia. Habló casi inmóvil, sin gesticular, sin emplear el cuerpo para dar fuerza a las palabras, como si sólo la lengua hubiera perdido el hábito del silencio. -No deseo reemplazar al legítimo gobernante de Embruddock, Aoz Roon. Cuando él regrese, si regresa, lo que es legítimamente suyo le será devuelto. Soy su representante. Aquéllos a quienes dejó en el mando han abusado del poder, lo han empleado mal. No he podido quedarme quieto ni soportarlo. Necesitamos honestidad en estos tiempos duros.

-Entonces, ¿por qué está a tu lado Raynil Layan, Dathka? -gritó una voz, y hubo otras observaciones que Dathka trató de acallar.

-Sé que tenéis quejas. Ya las escucharé más tarde. Ahora, escuchad vosotros. Juzgad a los lugartenientes de Aoz Roon. Eline Tal tuvo el valor de acompañar a su señor. Los otros dos se quedaron en casa. Tanth Ein tiene la fiebre como recompensa. Y aquí está el tercero, el peor, Faralin Ferd. Mirad cómo tiembla. ¿Acaso se ha acercado a vosotros alguna vez? Estaba adentro demasiado ocupado con su lascivia.

"Como todos sabéis, soy un cazador. Laintal Ay y yo logramos domesticar la pradera del oeste. Faralin Ferd morirá de la peste, lo mismo que Tanth Ein. ¿Seréis gobernados por cadáveres? Yo no

tendré la fiebre. La plaga se transmite por el intercambio sexual, y yo estoy libre de eso.

"Lo primero que haré será restaurar la guardia de Embruddock, y luego adiestraré un ejército competente. Tal como estamos ahora podemos ser víctimas de cualquier enemigo, humano o inhumano. Mejor es morir en la batalla que en la cama.

La última frase provocó un movimiento de inquietud. Dathka se detuvo, mirando a la gente. Estaban allí Oyrey Dol, esta última con Rastil Roon en brazos. Cuando se detuvo, Oyre gritó: -Eres un usurpador. ¿En qué eres mejor que Tanth Ein o Raynil Layan?

Dathka se acercó al borde de la plataforma.

-No estoy robando nada. He recogido algo que estaba caído. -Señaló a Oyre.- Tú más que nadie, Oyre, hija natural de Aoz Roon, tendrías que saber que le devolveré el gobierno a tu padre, tan pronto como regrese. El querría que yo hiciera esto.

-No puedes hablar por él si no está aquí.

-Puedo y lo hago.

-Entonces no tienes razón.

Otras personas, para quienes esta discusión no significaba gran cosa, o que no tenían interés en Aoz Roon, empezaron también a gritar, quejándose. Alguno arrojó una fruta más que madura. Los guardias empujaban sin éxito a la multitud.

Dathka palideció. Alzó el puño por encima de la cabeza, con pasión.

-Está bien, basuras, entonces diré públicamente lo que siempre se ha callado. No tengo miedo. Pensáis tan bien de Aoz Roon, pensáis que era admirable; yo os diré qué clase de hombre era. Un asesino. Y peor, un doble asesino.

Todos callaron y alzaron las caras.

Dathka temblaba, comprendiendo lo que había desencadenado.

-¿Cómo creéis que llegó al poder Aoz Roon? Mediante el crimen, un crimen sangriento y nocturno. Algunos de vosotros recordaréis todavía a Nahkri y a Klils, hijos de Dresyl. Nahkri y Klils gobernaban aquí cuando Embruddock era apenas una granja. Una noche oscura, Aoz Roon, joven entonces, arrojó a los dos hermanos desde lo alto de la gran torre cuando estaban borrachos. Una acción sucia. ¿Y quiénes fueron los testigos, quiénes lo vieron todo? Yo estaba allí. Y también ella estaba allí, la hija natural.

Señaló la delgada figura de Oyre, que abrazaba horrorizada a Dol.-¡Está loco! -gritó un muchacho-. ¡Dathka está loco! -La gente empezaba a marcharse, algunos corriendo. De pronto hubo un tumulto. En un extremo de la multitud se inició una riña.

Raynil Layan intentó reagrupar a la gente. De la figura impotente y pálida brotó una gran voz: -Apoyadnos y os apoyaremos. Defenderemos Oldorando.

Durante todo ese tiempo, Faralin Ferd había estado en silencio en la parte posterior de la plataforma, con los brazos atados retenido por un guardia. Sintió que era el momento de intervenir.

-¡Expulsad a Dathka! -gritó-. Nunca tuvo la aprobación de Aoz Roon ni tendrá la nuestra.

Dathka se volvió con el rápido movimiento de un cazador, sacando al mismo tiempo la daga curva. Se lanzó contra el lugarteniente. Farayl Musk gritó en algún punto de la multitud, y varias voces corearon: -¡Expulsad a Dathka!

Callaron casi en seguida, por la rápida reacción de Dathka. El humo flotaba en el aire, en mitad del silencio. Nadie se movió. Dathka estaba inmóvil, de espaldas a la gente. Por un instante, también Faralin Ferd se mantuvo inmóvil. Luego echó atrás la cabeza y lanzó un gemido sofocado, y le brotó sangre de la boca. Se inclinó y el guardia lo dejó caer a los pies de.

-¡Loco, nos matarán! -gritó Raynil Layan. Corrió a la parte posterior de la plataforma y saltó abajo. Antes de que nadie pudiera detenerlo, desapareció en una callejuela lateral.

El guardia huyó corriendo, sin prestar atención a las órdenes de Dathka, mientras la gente se apretaba contra la plataforma. Farayl Musk pedía a gritos que arrestaran a Dathka. Viendo que todo había terminado, también él saltó de la plataforma y corrió.

Alejados de la multitud, junto a los tenderetes, los niños pequeños saltaban y aplaudían, excitados. La muchedumbre empezó a alborotarse; el tumulto los animaba más que la muerte. A Dathka sólo le quedó la fuga ignominiosa. Corría, jadeando, susurrando incoherentemente, por las calles desiertas,

mientras sus tres sombras -penumbral, umbral, penumbral- cambiaban de forma a sus pies. También sus desordenados pensamientos se dilataban y contraían de un modo similar, mientras intentaba olvidar el fracaso y arrojar fuera, como un vómito, la certeza del desastre que había caído sobre él.

A un lado pasaban extranjeros con sus pertenencias cargadas en arcaicos trineos. Un anciano que acompañaba a un niño le dijo: -¡Vienen los peludos!

Oyó el ruido de la gente que corría, la muchedumbre vengadora. Sólo podía refugiarse en un lugar, una persona, una esperanza. Mientras la maldecía, corrió a casa de Vry.

Ella estaba de nuevo en la vieja torre. En una especie de ensoñación, sabía -y tenía miedo de saberlo- que Embruddock se acercaba a una crisis. Cuando él aporreó la puerta, Vry lo dejó entrar casi aliviada. Dathka se desmoronó llorando sobre la cama y ella lo miró sin burla ni simpatía.

-Qué confusión -dijo ella-. ¿Dónde está Raynil Layan?-Él siguió llorando, mientras golpeaba la cama con el puño.

-Basta -dijo ella suavemente. Echó a andar por la habitación, mirando el techo manchado-. En qué confusión vivimos todos. Querría no tener ninguna emoción. Los seres humanos somos terriblemente inseguros. Estábamos mejor cuando hacía frío y había nieve alrededor, cuando no teníamos... esperanzas. Querría que solamente hubiera conocimiento, puro conocimiento, y ninguna emoción.

Él se incorporó.

-Vry...

-No digas nada. Nada tienes para mí ni lo has tenido nunca, acéptalo. No quiero escuchar lo que me quieres decir. No quiero saber qué has hecho.

Los gansos gritaban en la calle. Él se sentó en la cama y bostezó.

-Sólo eres la mitad de una mujer. Eres fría. Siempre lo he sabido, pero no podía dejar de sentir lo que sentía por ti...

-¿Fría?... Estúpido, ardo como un rajabaral.

El ruido en la calle era más violento, tanto que se podían discernir voces individuales. Dathka corrió a la ventana.

¿Dónde estaban sus hombres? La gente que descendía en tropel de las calles próximas era toda desconocida. No podía ver un solo rostro familiar, no estaba ninguno de sus hombres, ni Raynil Layan -lo que no le sorprendía- ni un solo ciudadano a quien pudiera identificar. En otro tiempo, conocía todas las caras. Los extranjeros reclamaban ahora su sangre. Sintió verdadero miedo, como si su única ambición fuera morir a manos de un amigo. Ser odiado por los extraños era intolerable. Se asomó a la ventana y los maldijo, mostrando el puño.

Las caras se inclinaron hacia arriba, abriendo todas juntas las bocas como peces, y rugieron.

Dathka dejó caer el puño y se apartó de la ventana, sin querer someterse, pero igualmente sometido. Se apoyó contra la pared y se miró las manos ásperas; todavía tenía sangre fresca en las uñas.

Sólo cuando oyó abajo la voz de Vry advirtió que ella había salido del cuarto. Había abierto de par en par las puertas de la torre y ahora estaba en la plataforma hablando a la gente. La multitud se agolpaba y los que estaban más atrás pugnaban por acercarse para oír lo que ella decía. Algunos se burlaban, pero los demás los hacían callar. La voz clara y firme voló sobre las desgreñadas cabezas.

-¿Por qué no os detenéis y pensáis en lo que estáis haciendo? No sois animales. Tratad de ser humanos. Si tenemos que morir, muramos con dignidad, y no apretándonos mutuamente el cuello.

"Tenéis conciencia del sufrimiento. El sufrimiento y la conciencia son las marcas de nuestra humanidad. Sed orgullosos; no lo olvidéis cuando os llegue la muerte. Recordad el mundo de los coruscos que nos espera, donde sólo hay rechinar de dientes porque a los muertos les disgusta su propia vida. ¿No es algo terrible? ¿No os parece terrible sentir disgusto y desprecio por la propia vida? Transformad vuestras vidas desde dentro. No importan la temperatura, nieve, lluvia o sol; aceptadlos, pero trabajad para transformar vuestro ser interior. Tranquilizad vuestras almas. Pensad. ¿Acaso Dathka o su crimen tienen poder para curar problemas personales? Sólo vosotros mismos podéis hacerlo.

"Creéis que las cosas marchan mal. Os advierto que se acercan nuevas pruebas. Os lo digo con todo el peso de la academia. Mañana, mañana a mediodía, ocurriría la tercera -y la peor- de las

Librodot

Veinte Cegueras. Nada puede evitarlas. La humanidad no tiene poder sobre el cielo. ¿Qué haréis mañana? ¿Correréis como insensatos por las calles, cortando gargantas, rompiendo cosas, incendiando lo que construyeron los mejores, como si fuerais menos que los phagors? Decidid ahora mismo a qué bajezas e inmundicias llegaréis mañana.

Se miraron unos a otros, murmurando. Nadie gritaba. Ella esperó, eligiendo instintivamente el momento justo para iniciar un nuevo argumento.

-Hace años, la hechicera Shay Tal habló a los habitantes de Oldorando. Recuerdo claramente lo que dijo, porque admiré cada una de sus palabras. Nos ofreció el tesoro del conocimiento. Para que ese tesoro sea vuestro basta un poco de humildad y que os atreváis a tomarlo.

"Comprended lo que os digo. La ceguera de mañana no es un hecho sobrenatural. ¿Qué es? Simplemente, que uno de los dos centinelas pasa detrás del otro, esos dos soles que conocéis desde que nacisteis. Nuestro mundo es redondo, así como ellos son redondos. Imaginad qué grande ha de ser la bola de nuestro mundo para que no nos caigamos; sin embargo, es pequeña comparada con los centinelas. Ellos parecen pequeños sólo porque están muy lejos."Cuando habló, Shay Tal dijo que había ocurrido un desastre en el pasado. Yo creo que no es así. Sabemos más ahora. Wutra ha construido este mundo de manera que todo funciona por la acción conjunta de las distintas partes. El pelo os crece en la cabeza y el cuerpo mientras los soles salen y se ponen. No son acciones separadas, sino una sola a los ojos de Wutra. Nuestro mundo describe un círculo alrededor de Batalix, y otros mundos hacen lo mismo. A la vez, Batalix describe un círculo más grande alrededor de Freyr. Tenéis que aceptar que nuestra granja no está en el centro del universo.

Los murmullos de protesta crecieron. Vry los dominó alzando la voz: -¿Lo comprendéis? Comprender es más difícil que cortar cabezas, ¿verdad? Para comprender primero tenéis que oír, y luego aplicar la imaginación, para que los hechos vivan. Nuestro año, como sabemos todos, tiene cuatrocientos ochentadías. Ése es el tiempo que nos lleva, aquí en Hrl-Ichor, dar una vuelta completa alrededor de Batalix. Pero hay otro círculo: el que describe Batalix, junto con nuestro mundo, alrededor de Freyr. ¿Estáis preparados para oír la verdad? Tardamos en describir ese círculo mil ochocientos veinticinco años... Imaginaos ese gran año...

Ahora todos, en silencio, contemplaban a la nueva hechicera.

-Hasta nuestros días, pocos lo podían imaginar. Ninguno de nosotros esperaba vivir más de cuarenta años. Se necesitarían cuarenta y cinco vidas para completar ese círculo. Muchas de nuestras vidas parecen vidas aisladas, pero son parte de esa cosa más grande. Por eso es difícil adquirir el conocimiento, y muy fácil perderlo en tiempos de prueba.

Vry se sentía arrastrada por un poder nuevo, seducida por su propia elocuencia.

-¿Cuál es el desastre de que hablaba Shay Tal, tan enorme que nos hizo olvidar ese conocimiento? Pues simplemente, que la luz de Freyr varía a lo largo del gran año. Hemos pasado muchas generaciones de poca luz, de invierno, en que la tierra estaba muerta bajo la nieve. Tendríais que alegraros mañana cuando llegue el eclipse, la Ceguera, cuando el lejano Freyr pase por detrás del Batalix, porque ésa es la señal de que el calor de Freyr se está acercando... Mañana entraremos en la primavera del gran año. ¡Alegraos!

Tened el buen sentido y la capacidad de alegraros. ¡Arrojad lejos la confusión que la ignorancia ha traído a vuestras vidas y alegraos! Vendrán tiempos mejores para todos.

El chotapraxi los desvió. Esa hierba leñosa crecía en macizos ahora que estaban en terrenos más bajos. Los macizos se convirtieron pronto en espesuras.

La vegetación se alzaba por encima de ellos. Sólo se interrumpía en las pequeñas elevaciones adonde a veces trepaban para orientarse. Una zarza de finos vástagos se enredaba en el chotapraxi, haciendo que el avance fuera a la vez difícil y penoso. El ejército phagor había ido por otro camino. Ellos habían estado siguiendo unas sinuosas huellas de animales, pero aun así la marcha era muy trabajosa para los yelks. Parecían nerviosos, como si no les gustara el olor punzante de la hierba; los cuernos se les enredaban en los tallos huecos y las espinas se les clavaban en las partes más blandas de los cascos. Por último los hombres desmontaron, y llevaron de la brida a los necrógenos.

-¿Cuánto falta, bárbaro? -preguntó Skitocherill.

-No mucho -respondió Laintal Ay. Era la respuesta habitual a una pregunta habitual. Habían

dormido incómodamente en el bosque, y se habían despertado al alba con las ropas cubiertas de escarcha. Laintal Ay se sentía recuperado y todavía disfrutando de un nuevo bienestar, pero veía lo fatigados que estaban los otros. Aoz Roon era una sombra de lo que había sido; en mitad de la noche había hablado en una lengua extraña.

Llegaron a una zona cenagosa donde, para alivio de todos, el chotapraxi era menos tupido. Después de detenerse para ver si todo estaba en calma, se adelantaron otra vez, levantando bandadas de pequeñas aves. Había al frente un valle bordeado por suaves colinas. Entraron en él, en lugar de buscar un terreno más alto, sobre todo por causa de la fatiga; pero apenas estuvieron en la boca del valle, un viento helado se lanzó contra ellos como un animal, calándolos hasta los huesos. Avanzaron sombríamente, con la cabeza baja.

El viento traía niebla. La niebla envolvía los cuerpos de los hombres, pero las cabezas les asomaban por encima. Laintal Ay comprendía ese viento: sabía que una capa de aire helado se derramaba como agua por las distantes montañas de la izquierda, descendiendo entre las colinas hacia el valle, buscando terrenos más bajos. Era un viento local; cuanto antes se libraran de ese abrazo helado, tanto mejor.

La mujer de Skitocherill ahogó un grito y se detuvo, apoyándose contra el yelk, ocultándose el rostro con el brazo.

Skitocherill se acercó a ella y la abrazó. El aire helado le pegaba el manto a las piernas. Miró con preocupación a Laintal Ay.

-No puede seguir -dijo.

-Moriremos si nos quedamos aquí.

Apartando la humedad que tenía en los ojos, Laintal Ay miró hacia adelante. Unas horas más tarde, pensó, el valle estaría más caliente. En ese momento era una trampa mortal. Estaban a la sombra. La luz de los dos soles pasaba oblicuamente por la colina izquierda, encima de ellos, cortada en gruesas franjas por la sombra de los rajabarales gigantes de la cima. Los rajabarales humeaban ya al sol matutino; el vapor subía y arrojaba unas sombras que parecían rodar por el suelo.

Laintal Ay recordaba el lugar. Lo conocía desde la época en que había estado cubierto de nieve. Era habitualmente un lugar acogedor: el último paso antes de que el cazador ganara las llanuras donde estaba Oldorando. El viento arrebataba calor al cuerpo y había demasiado frío, aun para temblar. No podían seguir. La mujer de Skitocherill estaba aún apoyada contra el flanco del necrógeno; ahora que ella se había dado por vencida, también la criada se sentía en libertad de abandonarse y gritaba, de espaldas al viento.

-Subiremos hasta los rajabarales -dijo Laintal Ay gritando al oído de Skitocherill. Skitocherill asintió, abrazando siempre a su mujer, tratando de ayudarla a montar.

-Todos montados -ordenó Laintal Ay.

Mientras gritaba, alcanzó a ver algo blanco.

Sobre la colina, a la izquierda, aparecieron unas aves vaqueras, luchando contra el viento frío; las plumas pasaban del gris al blanco a la sombra intermitente de los rajabarales. Debajo de las aves había una hilera de phagors. Eran guerreros; empuñaban espadas. Se movieron hacia el borde de la colina y se quedaron inmóviles como rocas. Miraron a los humanos que se debatían entre las nieblas de allá abajo.

-¡Arriba, rápido, antes de que ataquen! -Mientras gritaban, Laintal Ay vio que Aoz Roon contemplaba a los phagors sin expresión, sin moverse.

Corrió hacia él y le dio un golpe en la espalda.

-Vamos. Tenemos que salir de aquí.

Aoz Roon emitió un sonido gutural.

-Estás hechizado, hombre; has aprendido algo de ese maldito lenguaje y eso te ha quitado las fuerzas.

Obligó a Aoz Roon a montar. El explorador hizo lo mismo con la criada, que lloraba de terror.

-Por la colina, hacia los rajabarales -ordenó Laintal Ay. Azotó la velluda grupa del animal de Aoz Roon mientras corría a montar en el suyo. Los yelks empezaron a trepar de mala gana. Apenas respondían a la acuciante urgencia de los hombres; los mielas se hubieran movido más rápida y

ligeramente..

-No nos atacarán -dijo el sibornalés-. Si hay problemas, les entregaremos a la criada.

-Los animales. Nos atacarán por nuestros animales. Para montar, o para comer. Si quieres negociar, quédate atrás. Skitocherill movió ansiosamente la cabeza y trepó a la silla de un salto.

Abrió la marcha, conduciendo el yelk de la mujer. El explorador y la criada iban detrás. Luego quedaba un espacio, porque Aoz Roon cabalgaba distraído y permitía que el yelk se separara de los demás, a pesar de los gritos de Laintal Ay. Éste cerraba la marcha, con el yelk de carga, mirando con frecuencia hacia la colina opuesta.

Los phagors no se movían. No podían tener miedo del viento frío; eran criaturas del hielo. La inmovilidad no implicaba necesariamente una decisión. Era imposible saber en qué pensaban.

Y así el grupo subió a la colina. Pronto se libraron del viento, para gran alivio de todos, y espolearon a los animales.

Cuando llegaron a la cumbre, el sol les dio en los ojos. Los dos soles, tan juntos que parecían unidos, brillaban entre los troncos de los grandes árboles. Por un instante pudieron ver unas figuras que danzaban en el corazón de la lumbre dorada, y también Otros, en medio de alguna misteriosa festividad. Luego los Otros desaparecieron, como si la ácida gloria de la luz los hubiera disuelto inexplicablemente. Temblando aún de frío, el grupo se guarneció entre las lisas columnas. Un dosel de vapor cubría las copas, y el lugar parecía un salón de los dioses. Había aproximadamente treinta rajabarales. Más allá, el campo abierto y el camino a Oldorando.

El destacamento phagor se movió. De la completa inmovilidad pasaron a la acción total. Las bestias descendieron ordenadamente la cuesta. Sólo uno de ellos montaba un kaidaw. Era el jefe. Las aves vaqueras permanecieron chillando sobre el valle.

Desesperado, Laintal Ay buscó un refugio. No había ninguno, aparte de los rajabarales. Los árboles ronroneaban roncamente. Laintal Ay sacó la espada y espoleó al yelk hasta donde estaba el sibornalés, que ayudaba a su mujer a desmontar.

-Tendremos que combatir. ¿Estás preparado? Llegarán dentro de uno o dos minutos. Skitocherill lo miró con una expresión de dolor en toda la cara. Abría la boca en una rara mueca de angustia.

-La fiebre de los huesos -dijo-. Va a morir.

La mujer tenía una mirada vidriosa, y el cuerpo contraído.

Laintal Ay apartó a Skitocherill con un ademán de impaciencia y llamó al explorador.

-Entonces, tú y yo. Atención, aquí vienen.

Como respuesta, el explorador sonrió torvamente y movió la mano de canto como si degollara a alguien, Laintal Ay se sintió alentado.

Recorrió furiosamente la base de los árboles, buscando la abertura por donde habían desaparecido los Otros, pensando que podía haber un refugio cerca... Un refugio y quizá una esnoctruicsa, pero ya nunca su esnoctruicsa, ya nunca más.

A pesar de la brusca retirada, los Otros no habían dejado una sola huella. No había otra alternativa que pelear. Sin duda morirían. Él no se daría por vencido hasta que el aliento se le escapara por todas las heridas de lanza recibidas de los phagors.

Junto con el explorador, subió hasta el punto más alto de la colina, para desafiar al enemigo cuando apareciera.

Detrás crecía el rumor de los rajabarales. Los árboles habían dejado de echar vapor y el ruido era como de truenos. Abajo, los rayos de los soles unidos penetraban casi hasta el fondo del valle, donde iluminaban el espectáculo de los phagors vadeando el viento catabático con los cuerpos macizos envueltos en torbellinos de niebla y los pelos tiesos alborotados. Miraron hacia arriba y dieron un grito al ver a los dos hombres. Empezaron a subir.

Este incidente era observado desde la Estación Terrestre, y mil años más tarde por todos los que llegaban calzados con sandalias a los grandes auditorios de la Tierra. Esos auditorios estaban más atestados que en ningún momento del último siglo. Las personas que iban a contemplar esa enorme recreación electrónica de una realidad que había dejado de ser real muchos siglos antes, esperaban sinceramente que esos seres humanos sobrevivirían; empleando siempre el futuro condicional al que recurre naturalmente el Homo sapiens, aun para tales acontecimientos de mucho tiempo atrás.

Librodot

Desde ese privilegiado punto de vista podían ver no sólo el incidente entre el grupo de rajabarales, sino la llanura donde en un tiempo se alzaba la terrible escultura de la Laguna del Pez, y la misma ciudad de Oldorando.

Todo ese paisaje estaba cubierto de figuras. El joven kzahhn se preparaba para atacar la ciudad que había destruido la vida y la brida del ilustre abuelo. Sólo esperaba la señal. Aunque sus fuerzas no estaban dispuestas con gran orden militar, sino algo dispersas, a la manera de los rebaños de ganado, y no siempre mirando hacia el frente, la sola magnitud numérica las tornaba formidables. Arrollarían Embruddock, y continuarían avanzando fatalmente hacia la costa sudoeste del continente de Campannlat, hasta los farallones del océano oriental de Climent, y quizá, si era posible, hasta Hespagorat y las rocosas tierras ancestrales de Pagovin.

Esta disposición nada homogénea de la cruzada phagor permitía que algunos viajeros, sobre todo fugitivos, pudieran moverse entre la tropa sin ser atacados, mientras escapaban apresuradamente hacia el punto de donde venía la cruzada. En general, esos temerosos grupos eran guiados por madis, sensibles a las octavas de aire que las pesadas bestias de Hrr-Brahl Yprt trataban de evitar. Así el barbado Raynil Layan empujaba hacia adelante a un tímido madi. Pasaron cerca del joven kzahhn, pero éste, inmóvil, no les hizo ningún caso.

El joven kzahhn, apoyado contra el fatigado flanco de Rukk-Ggrl, se comunicaba con aquellos que estaban en brida, el padre y el bisabuelo, oyendo en el pálido guarnés sus consejos e instrucciones. Detrás estaban los generales, y más atrás las dos gillotas sobrevivientes. Rara vez las había servido, pero si la fortuna ayudaba, volvería a ocurrir. Antes tenía que atravesar las dos octavas futuras de victoria o muerte; si llegaba a la octava de la victoria, habría música para el acoplamiento. Esperaba inmóvil, soltando ocasionalmente un poco de lecha por los ollares, entre la negra pelusa del hocico. El signo aparecería en el cielo, las octavas de aire se retorcerían hasta anudarse, y él, junto con las fuerzas que mandaba, se adelantaría para incendiar y arrasar aquella antigua ciudad maldita que antes había sido llamada Hrrm-Bhhrd Ydohk.

En ese antiguo campo de batalla, donde el hombre y el phagor se habían encontrado con una frecuencia de la que ellos nada sabían, Laintal Ay y el explorador sibornalés aprestaban las espadas para atacar al primer phagor que subiera la cuesta. Detrás de ellos los rajabarales continuaban atronando. Aoz Roon y la criada estaban agazapados junto a un tronco, esperando sin interés los acontecimientos. Skitocherill depositó en el suelo el cuerpo rígido de la mujer, tierna, muy tiernamente, protegiéndole la cara del enceguecedor doble sol que ascendía hacia el cenit. Luego corrió a unirse a sus compañeros, mientras desenvainaba la espada.

El ascenso desordenó la línea de phagors y los más rápidos llegaron a la cima. Cuando sobre la cuesta aparecieron la cabeza y los hombros del jefe, Laintal Ay se precipitó contra él. La única esperanza que les quedaba era poder despacharlos uno por uno. Había contado treinta y cinco o más phagors, y se negaba a considerar las probabilidades en contra.

El phagor alzó el brazo armado con la lanza. El brazo se inclinó hacia atrás en un ángulo desconcertante para un ser humano, pero Laintal Ay se deslizó por debajo de la lanza, y hundió la espada con el brazo recto. El codo recibió el impacto, mientras la hoja chocaba contra las costillas de la bestia. De la herida brotó una sangre amarilla y Laintal Ay recordó un viejo cuento de los cazadores; que los pulmones del phagor estaban siempre debajo de los intestinos. El lo había comprobado el día que desollara al phagor para engañar al kaidaw.

El phagor echó atrás la larga y huesuda cabeza, mientras los labios se le retraían sobre los dientes amarillentos en una mueca de agonía. Cayó y rodó por la pendiente, y quedó tendido abajo entre la niebla que se retiraba.

Pero los demás habían llegado a la cumbre y estrechaban filas. El explorador sibornalés combatía valientemente, susurrando de vez en cuando una maldición en su lengua natal. Con un grito, Laintal Ay se lanzó otra vez al ataque.

El mundo estalló.

El ruido fue tan violento y próximo, que la lucha se detuvo inmediatamente. Se oyó una segunda explosión. Unas piedras negras volaron encima de ellos; la mayoría fue a caer en el extremo lejano del valle. En seguida, el pandemónium.

Cada una de las partes se dejó llevar por sus propios instintos: los phagors se inmovilizaron, los humanos se arrojaron al suelo.

Eligieron bien el momento. Hubo nuevas explosiones simultáneas. Las piedras negras volaban por todas partes. Varias golpearon a los phagors, empujándolos hacia el fondo del valle, desparramando los cuerpos. El resto de los phagors dio media vuelta y corrió cuesta abajo, rodando, resbalando, pensando sólo en escapar. Las aves vaqueras huyeron chillando, desvaporidas.

Laintal Ay permaneció tendido, cubriéndose los oídos con las manos, mirando temeroso hacia arriba. Los rajabarales se abrían desde la copa, como toneles que reventaban soltando las duelas. En el otoño del último gran año de Heliconia habían retraído las enormes ramas cargadas de frutos juntándolas en la parte superior del tronco, cerrando la abertura con una capa de resina hasta el próximo equinoccio de primavera. Durante los siglos invernales, las bombas internas habían aspirado el calor del profundo subsuelo a través de las raíces, preparando así el momento de esta poderosa explosión.

El árbol más próximo a Laintal Ay estalló con furioso estruendo en una enorme erupción de semillas. Algunas volaban hacia arriba; la mayor parte se dispersaba en todas direcciones. La violencia de esa eyaculación arrojaba los proyectiles negros a un kilómetro de distancia. Había vapor por todas partes.

Cuando volvió el silencio, once rajabarales habían estallado. A medida que la ennegrecida corteza caía a los lados, una copa más delgada, blanquecina, cubierta de follaje verde, asomaba en el interior.

El follaje verde crecería hasta que las hojas brillantes techaran ese bosque de columnas pulidas, protegiendo las raíces de los terribles soles que arderían en el cielo cuando Heliconia se acercara más a Freyr, incomodando a hombres, bestias y plantas. Muchos morían o vivían a la sombra de los rajabarales, pero ellos tenían que proteger su propia forma de vida.

Esos rajabarales eran parte de la vegetación del nuevo mundo, el mundo que había nacido cuando Freyr irrumpiera en los nublados cielos de Heliconia. Lo mismo que los nuevos animales, luchaban en una continua competencia ecológica con los órdenes del viejo mundo, cuando Batalix imperaba solitario en el cielo. El sistema binario había creado una biología binaria.

Las semillas, negras, moteadas, calculadamente parecidas a piedras, tenían el tamaño de una cabeza humana. En el curso de los siguientes seiscientos mil días, algunas sobrevivirían y se convertirían en árboles.

Laintal Ay dio a una de ellas un descuidado puntapié y se acercó al explorador. El afilado cuerno de un phagor lo había atravesado de parte a parte. Skitocherill y Laintal Ay lo llevaron al lado de Aoz Roon y la criada. Estaba muy malherido y sangraba en abundancia. Se agacharon junto a él, impotentes mientras la vida se le escapaba del eddre.

Skitocherill inició un elaborado ritual religioso, que Laintal Ay interrumpió con impaciencia.

-Tenemos que ir a Embruddock en seguida, ¿comprendes? Deja aquí el cuerpo. Deja a la criada con tu mujer. Ven conmigo y con Aoz Roon. El tiempo corre.

Skitocherill señaló el cuerpo.

-Le debo esto. Llevará un rato, pero tiene que hacerse corno manda la fe.-Los peludos pueden volver. No se asustan con facilidad, y no podemos esperar un nuevo golpe de fortuna. Seguiré con Aoz Roon.

-Te has conducido bien, bárbaro, y me has ayudado. Prosigue tu camino, y quizá volvamos a encontrarnos alguna vez.

Cuando Laintal Ay se volvía para marcharse, se detuvo de pronto y miró atrás.

-Lamento lo que le ha ocurrido a tu mujer.

Aoz Roon había tenido el buen sentido de sostener a dos de los yelks cuando los rajabarales estallaron. Los demás animales habían huido.

-¿Eres capaz de montar?

-Sí, lo soy. Ayúdame, Laintal Ay. Me recobraré. Aprender el lenguaje de los phagors es ver el mundo de otra manera. Me recobraré.

-Monta y marchémonos.

Se alejaron rápidamente uno detrás del otro, abandonando el sitio sombreado donde el sibornalés

gris rezaba de rodillas.

Los yelks avanzaron a paso firme, con las cabezas gachas y la mirada vacía al frente. Cuando soltaban un trozo de excremento, los escarabajos emergían de prisa y hacían rodar el tesoro hacia unos depósitos subterráneos, plantando inadvertidamente la simiente de los futuros bosques.

La vista no llegaba muy lejos, pues una sucesión de largas estribaciones cortaba la llanura. Había allí más monumentos de piedra, antiguos como el tiempo, con sus signos circulares corroídos por la intemperie o los líquenes. Laintal Ay avanzaba dispuesto a enfrentar cualquier dificultad, y de cuando en cuando se volvía para apremiar a Aoz Roon.

En la llanura había grupos que se movían en todas direcciones, pero Laintal Ay se mantuvo lejos de ellos. Pasaron junto a unos cadáveres descarnados, a veces todavía con restos de ropas; unas grandes aves se habían posado sobre estos memoriales de la vida, y en una ocasión vieron a un furtivo lengua de sable.

Un frente frío se alzó detrás por el norte y el este. Los discos de Freyr y Batalix estaban juntos. Los yelks pasaron junto a la Laguna del Pez, donde un montón de piedras evocaba el milagro de Shay Tal en las aguas desaparecidas muchos inviernos antes. Trepaban por otra cuesta fatigosa, cuando el viento empezó a soplar. El mundo se oscureció.

Laintal Ay desmontó y acarició el hocico del yelk. Aoz Roon permaneció en la silla, con aire abatido.

Comenzaba el eclipse. Una vez más, exactamente como había anticipado Vry, Batalix daba una mordedura de phagor al brillante disco de Freyr. El proceso era lento e inexorable, y haría que Freyr desapareciese por completo durante cinco horas y media. No muy lejos de allí, el kzahhn había recibido el signo que esperaba.

Los soles estaban devorando su propia luz. Una terrible aprensión se apoderó de Laintal Ay, congelándole el eddre. Durante un instante vio las estrellas, que brillaban en el cielo diurno. Luego cerró los ojos y se aferró al yelk, ocultando el rostro en el áspero pelaje. Las Veinte Cegueras caían sobre él, e imploró desesperado a Wutra que ganara la guerra del cielo.

Aoz Roon alzó los ojos al cielo con un asombro que le embotaba las facciones afiladas y exclamó:
-¡Ahora Hrrm-Bhhrd Ydohk morirá!

El tiempo parecía detenerse. Lentamente, la luz más brillante se hundía detrás de la más opaca. El día se puso, gris como un cadáver.

Laintal Ay se dominó y tomó a Aoz Roon por los hombros delgados, escrutándole el rostro familiar pero diferente.

-¿Qué has dicho?

Aoz Roon le respondió, confuso: -Volveré a ser yo mismo.

-Te pregunté qué habías dicho.

-Sí... Ya conoces ese olor que tienen, ese olor a lecha que todo lo invade. Con el lenguaje ocurre lo mismo. Hace que todo sea diferente. Pasé medio giro de aire con Yhamm-Whrrmar, hablando con él. De muchas cosas. Cosas que para la parte de mi entendimiento que habla en olonets no tienen sentido.

-No importa. ¿Qué has dicho de Embruddock?

-Eso es algo que Yhamm-Whrrmar sabía que ocurriría, con tanta certeza como si fuera el pasado, no el futuro. Los phagors destruirán Embruddock...

-Tengo que seguir. Ven si quieres. Yo tengo que avisar a todos. A Oyre. A Dathka...

Aoz Roon se aferró entonces los brazos, con una fuerza repentina.

-Espera, Laintal Ay. En un instante volveré a ser yo mismo. Sufrí la fiebre de los huesos. El frío se me clavó en el corazón.

-Nunca has aceptado las excusas de nadie. Ahora te excusas tú.

Ciertas cualidades de otro tiempo volvieron al rostro de Aoz Roon cuando miró a Laintal Ay.

-Eres uno de los mejores; tienes mi marca; he sido tu señor. Escucha. Sólo digo lo que nunca pensé hasta que viví medio giro de aire en esa isla. Las generaciones nacen y pasan, luego caen al mundo inferior. No hay salida. Sólo podemos esperar que se diga una buena palabra cuando todo ha terminado.

-Hablaré bien de ti, pero todavía no estás muerto, hombre.

-La raza ancipital sabe que el tiempo de ellos ha terminado. Llegarán tiempos mejores para las mujeres y los hombres. Sol, flores, cosas suaves. Hasta que seamos olvidados. Hasta que Hrl-Ichor Yhar se vacíe.

Laintal Ay le dio un brusco empellón, apartándolo, maldiciendo, sin comprender.

-No importan el mañana ni todo eso. El mundo depende de ahora. Me voy a Embruddock.

Trepó nuevamente a la silla del yelk y lo espoleó. Con los movimientos letárgicos de un hombre que emerge de un sueño, Aoz Roon fue tras él. La penumbra gris se condensaba, como una fermentación. En otra hora, Batalix devoró la mitad de Freyr, y la quietud se hizo más tensa. Los dos hombres encontraron otros grupos petrificados por ese ocaso.

Más adelante vieron a un hombre que se acercaba a pie. Corría lenta pero sostenidamente, moviendo los brazos. Se detuvo en la cumbre de una elevación y los miró, listo para escapar. Laintal Ay apoyó la mano derecha en la empuñadura de la espada.

Incluso a aquella escasa luz, la majestuosa figura era inconfundible, con la cabeza leonina y la barba bifurcada, dramáticamente listada de gris. Laintal Ay lo llamó y avanzó con el yelk.

A Raynil Layan le llevó cierto tiempo convencerse de la identidad de Laintal Ay, y aún más reconocer a Aoz Roon en aquel hombre de ojos sin brillo. Se acercó cautelosamente evitando la cornamenta del yelk y apretó la muñeca de Laintal Ay con una mano húmeda.

-Me uniré a los antepasados si doy otro paso. Los dos tuvisteis la fiebre de los huesos, y habéis sobrevivido. Quizá yo no tenga tanta suerte. El esfuerzo aumenta el peligro, dicen; el esfuerzo sexual o de otra clase. -Apoyó la mano en el pecho, jadeando.- Oldorando está podrida por la peste. Como un necio, no he escapado a tiempo. Eso es lo que indican esos signos terribles en el cielo. He pecado, aunque no he sido tan malo como tú, Aoz Roon. Esos peregrinos religiosos decían la verdad. Sólo los coruscos me esperan.

Se dejó caer al suelo, resoplando, con la cabeza entre las manos. Apoyó el codo en un bulto que traía consigo.

-Cuéntame cosas de la ciudad -dijo Laintal Ay, impaciente.

-No preguntes... déjame en paz... morir en paz.

Laintal Ay desmontó y pateó el trasero del encargado de la acuñación de moneda.

-¿Qué ocurre en la ciudad... además de la peste?

Raynil Layan alzó la cara roja.

-Enemigos en el interior... Como si la visita de la fiebre no hubiera bastado, tu valioso amigo, el otro señor de la Pradera del Oeste, ha intentado usurpar el puesto de Aoz Roon. Yo ya desespero de la naturaleza humana.

Metió la mano en un bolso que le colgaba del cinto y sacó algunas brillantes monedas de oro, roons que él mismo acababa de acuñar.

-Quiero comprar tu yelk, Laintal Ay. Estás a una hora de tu casa y no lo necesitas. Yo sí...

-Más noticias. ¿Qué ha sido de Dathka? ¿Ha muerto?

-¿Quién sabe? Probablemente sí, a estas horas. Yo salí anoche.

-¿Y la tropa de phagors? ¿Cómo has pasado tú entre ellos? ¿Pagando con monedas?

Raynil Layan alzó una mano mientras guardaba el dinero con la otra.

-Hay muchos entre nosotros y la ciudad. Yo traía un guía madi, que supo evitarlos. Quién sabe qué se proponen esas inmundas criaturas. -Como si hubiese tenido un brusco recuerdo, agregó: -Comprende que me he marchado, no por mi bien, sino por aquellos a quienes yo tenía que proteger. Más atrás vienen otros de mi grupo. Nos robaron nuestros mielas apenas salimos, y por eso...

Gruñendo como un animal, Laintal Ay tiró de la chaqueta del hombre y lo puso de pie.

-¿Otros? ¿Otros? ¿Quién te acompaña? ¿A quiénes has abandonado, basura? ¿Vry estaba contigo? Raynil Layan hizo una mueca.

-Déjame en paz. Ella prefiere la astronomía, lamento decirlo. Aún está en la ciudad. Dame las gracias, Laintal Ay; he rescatado a amigos y familiares tuyos y de Aoz Roon. Y cédeme ese insoportable yelk...

-Más tarde arreglaré cuentas contigo. -Laintal Ay hizo a un lado a Raynil Layan y saltó al yelk. Lo

espoleó con violencia, cruzó la colina y avanzó rápidamente hasta la próxima, gritando.

En el borde de la pendiente vio a tres personas y un niño pequeño. Un guía madi se inclinaba ocultando el rostro, abrumado por los signos del cielo. Más atrás estaban Dol, con Rastil Roon en los brazos, y Oyre. El niño lloraba. Las dos mujeres miraron con temor a Laintal Ay mientras desmontaba y se acercaba. Sólo cuando las abrazó y las llamó lo reconocieron.

Oyre también había pasado por el ojo de la aguja de la fiebre. Sonrieron mirándose asombrados los cuerpos esqueléticos. Luego ella rió y lloró al mismo tiempo, y lo abrazó. Mientras todos se abrazaban, Aoz Roon se acercó, tomó la muñeca regordeta de su hijo y besó a Dol. Las lágrimas le corrían por la cara desgastada.

Las mujeres contaron algo de la reciente y penosa historia de Oldorando; Oyre explicó el fracasado intento de. estaba aún en la ciudad, con muchos otros. Cuando Raynil Layan se ofreció a escoltar a Oyre y Dol, ellas aceptaron. Aunque sospechaban que el hombre huía para salvarse, tenían tanto miedo de que Rastil Roon se contagiara la peste que aceptaron y se marcharon. No tenían ninguna experiencia, y los bandoleros de Borlien les robaron casi en seguida bienes y monturas.

-¿Y los phagors? ¿Atacarán la ciudad?

Las mujeres sólo sabían que la ciudad estaba aún en pie, a pesar del caos que reinaba entre los muros. Y habían visto, por cierto, unas enormes y apretadas fuerzas phagors fuera de la ciudad, mientras escapaban.

-Es preciso que regrese.

-Entonces iré contigo. No volveré a abandonarte -dijo Oyre-. Que Raynil Layan haga lo que le plazca. Dol y el niño pueden quedarse con mi padre.

Mientras hablaban, abrazados, el humo se elevó sobre la llanura, hacia el oeste. Estaban demasiado ocupados y felices para advertirlo.

-La vista de mi hijo me revive -dijo Aoz Roon, estrechando al niño y secándose los ojos con la mano-. Dol, si eres capaz de dejar morir el pasado, seré para ti un hombre mejor desde ahora en adelante.

-Dices palabras de arrepentimiento, padre -dijo Oyre-. Y yo tendría que hablar primero. Comprendo ahora qué testaruda he sido con Laintal Ay, y cómo por eso estuve a punto de perderlo.

Mientras miraba las lágrimas en los ojos de ella, Laintal Ay pensó involuntariamente en la esnoctruicsa, en las honduras de la tierra, bajo los rajabarales, y pensó que sólo porque Oyre había estado a punto de perderlo eran ahora los dos capaces de reencontrarse. La acarició, pero ella se apartó de él y dijo: -Perdóname, y seré tuya, y nunca más me mostraré testaruda, lo juro.

Laintal Ay la abrazó sonriendo.

-Conserva tu voluntad. Será necesaria. Tenemos mucho más que aprender, y hemos de cambiar con el cambio de los tiempos. Te agradezco que hayas comprendido, y que me hayas impulsado a hacer algo.

Se estrecharon amorosamente, uniendo los cuerpos delgados, besándose en los labios frágiles.

El guía madi empezaba a volver en sí. Se puso de pie y llamó a Raynil Layan, pero el maestro de la Casa de la Moneda había huido. Ahora el humo era más denso, añadiendo cenizas al cielo ceniciento.

Aoz Roon empezó a hablarle a Dol de sus experiencias en la isla, pero Laintal lo interrumpió: -Estamos unidos de nuevo, y es milagroso. Pero Oyre y yo tenemos que regresar en seguida a Embruddock. Allí sin duda nos necesitan.

Los dos centinelas se perdieron entre las nubes. Una brisa sopló desde Embruddock, turbando la llanura y trayendo la noticia del fuego. El humo era cada vez más espeso, y ocultaba a los seres vivientes -amigos o enemigos- dispersos en el extenso territorio. Todo estaba envuelto en humo y con él llegó el olor del incendio. Bandadas de gansos volaban hacia el este.

Las figuras humanas reunidas entre las cornamentas de los dos animales representaban tres generaciones. Empezaron a moverse mientras el paisaje desaparecía. Sobrevivirían, aunque todos los demás perecieran, aunque kzahhn triunfara, porque eso era lo que había ocurrido.

Aun entre las llamas que consumían Embruddock, nacían nuevas configuraciones. Detrás de la máscara ancipital de Wutra, Siva -el dios de la destrucción y la regeneración- estaba furiosamente

Librodot

ocupado en Heliconia. Ahora el eclipse era total.

... Alternativamente, podéis creer que todas estas cosas han existido antes, y que la raza humana ha sido borrada por un estallido violento de calor, o que sus ciudades han sido arrasadas por una gran conmoción del mundo, o anegadas por voraces ríos que escaparon de cauce a causa de persistentes lluvias. Con tanta más razón me concederéis el punto, admitiendo que habrá un fin para la tierra y el cielo. Si en efecto el mundo ha sido sacudido por tales plagas y peligros, entonces sólo se necesitará una sacudida más vigorosa para que se derrumbe en la ruina universal.

LUCRECIO, De Rerum Natura, 55 AC

Mi agradecimiento por las útiles discusiones preliminares al profesor Tom Shippey (filología), el doctor J.M. Roberts (historia), y al señor Desmond Morris (antropología).

He de agradecer además las indispensables sugerencias del doctor B.E. Juel-Jansen (patología) y del profesor Jack Cohen (biología). Pero mi mayor gratitud la reservo para el profesor Iain Nicholson (cosmología y astronomía) y el doctor Peter Catermole (geología climática); el gran globo mismo, sí, con todo lo que conlleva, es principalmente obra de ellos. Mi deuda con los escritos y amistad del doctor J.T. Fraser es evidente, espero.

Gracias también a Jennifer Jones (escribiendo a máquina más allá de sus obligaciones), a David Wingrove (por ser proteico) y a mi mujer, Margaret (por ser ella misma).

FIN

Librodot